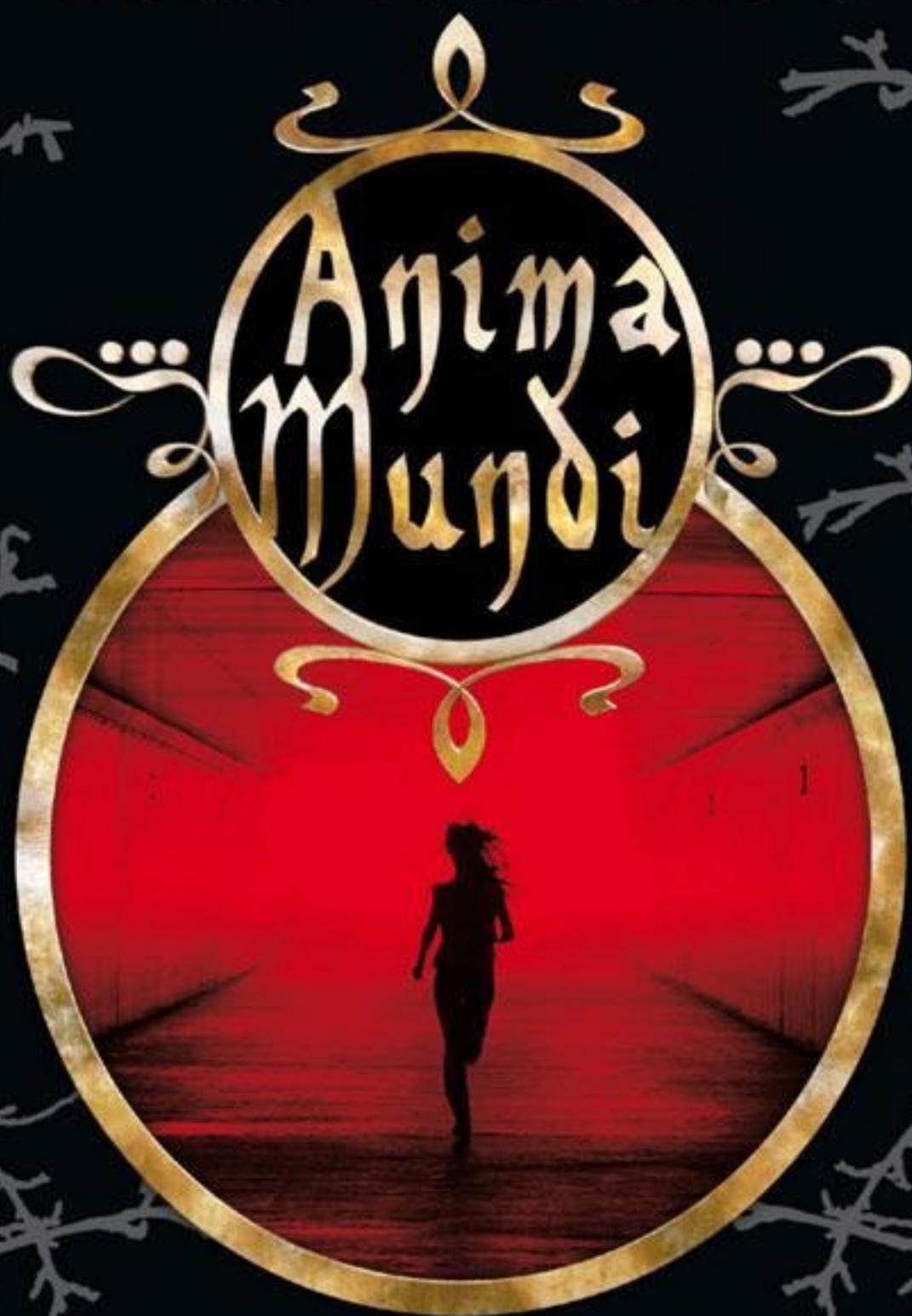


ELIA BARCELÓ



HIJOS del CLAN ROJO

Un secreto que no debería
ser revelado jamás.

Lectulandia

Tienen poder, dinero, belleza, y su vida abarca varios siglos. Son esplendorosos y crueles. Fascinantes. Son Karah, los cuatro clanes. Sus leyendas dicen que proceden de otra realidad. Karah vive entre nosotros, haito, controlando nuestro mundo, ocultando secretos milenarios, pero se están extinguiendo y han decidido forzar el nacimiento de un nexo para intentar el contacto con sus creadores. Ahora la necesitan a ella, una heroína que no sabe que es algo especial y a la que todos persiguen, en una trama de traiciones, viaje, asesinatos... en la búsqueda de la clave: ¿Qué es el Anima Mundi? Demasiado peligroso. ¿Te atreves a desafiar a los cuatro clanes?

Lectulandia

Elia Barceló

Los hijos del clan rojo

Anima Mundi - 1

ePUB v1.0

AlexAinhoa 25.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Hijos del clan rojo*

© del texto: Elia Barceló, 2012.

© de las fotografías de portada: AMR Image / Istockphoto y Shutterstock

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)

ePub base v2.1

*A mis hijos, Ian y Nina,
sin los que esta novela no habría existido.
Con todo mi amor y mi agradecimiento.*

Dramatis Personae

KARAH

Clan rojo:

(Elemento: Tierra ◇ Palo: Oros ◇ Piedra: Rubí)

<i>Personaje:</i>	<i>Arcano:</i>
Dominic von Lichtenberg	I El Mago
Eleonora Lavallo	XIX El Sol
Doctor Gregor Kaltenbrunn	XIII (carta sin nombre: es el Segador, la Muerte)
Miles Borman	No está representado por un Arcano
Mechthild Kaiser	No está representada por un Arcano
Flavia Brunelleschi	XVIII La Luna
Arek von Lichtenberg	X La Rueda
El Shane	0 El Loco

Clan negro:

(Elemento: Fuego ◇ Palo: Bastos ◇ Piedra: Ónix)

<i>Personaje:</i>	<i>Arcano:</i>
Imre Keller, el Presidente	IV El Emperador
Nils Olafson	VII El Carro
Alix Black	XV El Diablo

Clan blanco:

(Elemento: Aire ◇ Palo: Espadas ◇ Piedra: Piedraluna)

<i>Personaje:</i>	<i>Arcano:</i>
Lasha Rampanya	XVI La Torre
Emma Uribe	II La Emperatriz
Albert de Montferrat	VI Los Amantes
Tania Kurova-Gutridottir	IX El Eremita
Bianca Bloom	XI La Fuerza
Ennis O'Malley	No está representado por un Arcano
Aliena Wassermann-Lena	XXI El Mundo

Clan azul:

(Elemento: Agua ◇ Palo: Copas ◇ Piedra: Aguamarina) El Clan azul no aparece en la primera parte de Anima Mundi.

HAITO

Humanos relacionados con el clan rojo:

Clara Gärtner

Brigitte Gärtner

Familiares del clan negro:

Miss Fu

Mister Cheng

Humanos relacionados con el clan blanco:

Max Wassermann

Daniel Solstein

Dr. Richard Thomas Brown

Familiares del clan blanco:

Joseph Fleury

Chrystelle Fleury

Willy Bauer

Max Wassermann

OTROS SERES

Sombra

Urruahkhim

Israfel

El Segundo Advenimiento

William Butler Yeats

*En su lento giro, en espiral creciente.
El halcón es sordo al halconero.
Todo se derrumba; el centro no puede retenerlo.
La anarquía anda suelta para arrasarlo;
Una marea de sangre se alza oscura, y
en todas partes, naufraga la edad de la inocencia;
Los mejores carecen de valor, en tanto que los otros,
los peores, se llenan de pasión arrebatada.*

*Se acerca una revelación;
Se acerca el Segundo Advenimiento.
¡El Segundo Advenimiento! Apenas pronunciadas las palabras
cuando una inmensa imagen nacida del Spiritus Mundi
me alborota la vista: un desierto de arenas yermas;
una figura de cabeza humana y cuerpo de león
de mirada vacía, como el sol, despiadada,
mueve sus muslos lentos mientras en torno a ella
se ciernen, indignadas, las aves del desierto proyectando sus sombras.*

*Cae la oscuridad sobre la imagen, mas yo sé ahora
que los veinte siglos de su sueño de piedra
se han convertido en una pesadilla
al mecerse una cuna;
¿qué fiera bestia —cuya hora, largamente esperada, por fin está al llegar
—
se arrastra hacia Belén para nacer?*

TRADUCCIÓN E. B.

Primera Parte

Septiembre. Azul. Isla de Él

El sol de mediodía se reflejaba en el mar convirtiéndolo en un tejido de lentejuelas de oro que casi hacía daño a la vista. Las grandes rocas grises, empenachadas de vegetación intensamente verde, parecían flotar sobre el agua dorada igual que las dos barcas de pesca que se destacaban, negras, como dibujadas a tinta china, casi en el horizonte. Las palmeras se alzaban, inmóviles, en el mínimo círculo de su propia sombra y hasta los monos y los pájaros habían callado, aplastados por el calor y la humedad.

Era como si el paisaje, las cabañas de palma y ella misma fueran figuritas diminutas encerradas en un pisapapeles de cristal, flotando en el aire espeso traspasado de luz.

Para los habitantes de la isla, el día que había empezado hacía unas horas era uno más, sin ninguna importancia especial. Ella, sin embargo, desde el mismo momento de la salida del sol, había sentido que a lo largo del mundo la Trama había empezado a tensarse. Era apenas un cosquilleo, una sensación remota en las yemas de los dedos, un pequeño tirón en el estómago. Lo que llevaba toda su larga vida esperando, preparando.

Se preguntó vagamente quién más estaría esperando también, sintiendo quizá lo mismo que ella, esas ganas de ponerse a cantar, a bailar, de levantar los brazos hacia el cielo y dar las gracias por la felicidad de que hubiera, al fin, llegado el momento. ¿Quedarían más en el mundo como ella? ¿Sentirían lo mismo? ¿Desearían lo mismo?

Con suerte, en el verano, el siguiente verano, podrían tal vez reunirse todos y el sueño que durante siglos no había sido más que eso —un sueño— podría convertirse en realidad.

Septiembre. Innsbruck (Austria)

Cuando el sol salió sobre los Alpes, alguien que no había conseguido dormir en toda la noche se levantó, salió a la terraza, agradecido por los primeros rayos de luz, inspiró hondo y pasó la mano suavemente por las flores recién abiertas. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Ni siquiera podía estar seguro de que la Trama hubiera empezado a tensarse; quizá fueran sólo imaginaciones suyas después de tanto desearlo, de tanto preparar el camino, de tantos planes y mentiras y disfraces y cálculos.

Era su última posibilidad, porque el tiempo se acababa, y si esta vez no funcionaba no habría más ocasiones para él. Ni para él ni para ella, que era más joven, pero no mucho más.

Como si el pensamiento la hubiera convocado, su figura se perfiló en la puerta que desde el salón llevaba a la terraza. Ya no era joven pero seguía siendo la maravillosa compañera que había elegido tanto tiempo atrás. Ninguno de los dos era joven y precisamente por eso la posibilidad de que esta vez funcionara el contacto era tanto más apetecible. Si conseguían que todas las piezas cayeran en su lugar, tendrían una oportunidad.

—¿No has dormido? —preguntó ella, acercándose y poniéndole una mano en el hombro.

—No. ¿Cómo iba a dormir si todo está empezando a ponerse en marcha? ¿No lo notas?

—Creo que sí —contestó, dejando vagar la mirada por el valle verde, iluminado ahora por los primeros rayos dorados del sol naciente—. Pero llevo tanto tiempo imaginándolo que no estoy segura de que sea verdad.

—¿Crees que somos los únicos que lo sentimos, que lo sabemos?

—Somos los más viejos, tal vez, pero no los únicos. Si tenemos suerte, dentro de unos meses volveremos a reunirnos y podremos intentar que suceda.

Se miraron a los ojos sonriendo.

—Tendremos que volver a disfrazarnos, a cambiar de ciudad.

—Será fácil, mi amor. Tenemos costumbre.

Se besaron suavemente en los labios.

—Me gustaría volver a ser joven —dijo ella, mirándose en los ojos de él.

—Volverás a serlo. Volveremos a serlo cuando todo pase, cuando todo vuelva a empezar.

Septiembre. Rio de Janeiro (Brasil)

En el hemisferio sur, en Rio de Janeiro, un hombre miraba el mar desde su balcón, al atardecer. La gran roca del Pan de Azúcar recortaba su imponente silueta a su izquierda, violácea ya a la última luz del día. La tensión que sentía era tan intensa que apenas si podía respirar. Le habría gustado que su hermano gemelo estuviera con él en ese momento porque, después de tanto tiempo de espera, de investigación, de cálculos e hipótesis, algo en su interior le decía que había llegado el momento.

Él no tenía las capacidades de los que eran clánidas de pura sangre. Sólo la mitad de su dotación genética era *karah*; el resto era simplemente humana. *Haito*, como ellos lo llamaban. Pero llevaba toda la vida —una larga vida— reuniendo información, haciéndose preguntas y buscando respuestas. Él y su hermano eran, probablemente, los dos seres que más sabían en el mundo sobre el secreto mejor guardado de todos los tiempos.

Todo estaba a punto de ponerse en marcha y él estaba en una silla de ruedas porque un par de meses atrás había sufrido un accidente de tráfico que para la mayor parte de personas habría sido mortal. Pero se estaba recuperando, y Rufus seguía sano y alerta. Los dos juntos podrían hacer cualquier cosa que fuera necesaria.

Si no se equivocaban, en los próximos meses aparecería un nexo, y en algún momento entrarían en contacto con él, aunque todavía no sabían quién era; le contarían todo lo que debía saber y que nadie más querría explicarle; le pedirían que les permitiera ser parte del plan y, si todo salía bien, en menos de un año lograrían hacer realidad el máximo sueño de la humanidad: entrar en contacto con otra realidad extraña a la del mundo conocido.

Aún no sabía exactamente cómo iban a lograrlo, pero estaba seguro de que lo conseguirían. Y después... después... el futuro nunca había estado más abierto.

Lo único que sabía seguro era que todo iba a ponerse en marcha muy pronto y que, si sus cálculos eran correctos, todo empezaría con unas chicas muy jóvenes, aún ignorantes de su destino, en algún punto de Europa, la zona geográfica donde desde siempre se habían ubicado los clanes, hasta que en algún momento, unos antes y otros después, se habían ido alejando de lo que en tiempos había sido su hábitat natural.

Como siempre en la historia de la humanidad, todo empezaría con unas personas aparentemente vulgares, normales; con una relación amorosa, con una muerte de la que surgiría la vida.

Aún no sabía exactamente quién, ni exactamente dónde, pero tenía la certeza de que en algún lugar de Europa, en ese mismo momento, algo crucial se acababa de poner en marcha.

Septiembre. Volders (Innsbruck. Austria)

—¡Cuenta, cuenta, no me tengas en ascuas más tiempo! Desde tu SMS de anoche estoy que no vivo. —Lena tironeaba la correa de la mochila de Clara mientras bajaban el camino del instituto hacia el café de Herbert, cruzándose con docenas de

compañeros que iban hacia arriba y les echaban miradas de reprobación o de envidia.

Habían decidido saltarse las clases que hicieran falta hasta que el misterioso SMS de Clara quedara totalmente explicado, con pelos y señales: «Acabo de conocer al hombre de mi vida» no dejaba lugar a muchas dudas pero, a cambio, planteaba muchísimas preguntas.

Clara puso los ojos en blanco con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es que no sé por dónde empezar, te lo juro. Es que es todo tan increíble... no sé, como de película... no puedo creerme que esto me esté pasando a mí. Sobre todo después de lo de David.

—¿Qué pasa con David? No me digas que has vuelto a quedar con él...

Clara sacudió vigorosamente la cabeza.

—Claro que no. Te lo prometí y me lo prometí a mí misma.

—¡Venga, narices, cuenta! ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde lo has conocido? ¿A qué instituto va?

El café estaba casi desierto a esa hora. Sólo un par de empleados del banco de la esquina estaban aún pagando las consumiciones antes de marcharse al trabajo, y la anciana que siempre salía a pasear el perro y a la vuelta se tomaba una taza de té en la mesa de la ventana estaba empezando a desplegar el primer periódico de los varios que leía y que Herbert ponía a disposición de sus clientes.

Se instalaron lo más lejos posible de la mujer y su perro para tener un poco de intimidad, pidieron dos *latte machiati*, que era lo que más duraba, y se quedaron mirándose. Lena casi dando saltos en el asiento de pura curiosidad, Clara con la típica expresión del gato que se comió al ratón.

—A ver, por orden. Se llama Dominic. Padre alemán y madre italiana. Guapísimo.

—¿Le has hecho una foto?

—Ya me habría gustado, pero no pudo ser. Imagínate qué vergüenza, sacar el móvil y decirle: «Quédate quieto un momento para que pueda hacerte una foto y enseñársela a mi amiga». Pero en cuanto pueda te lo presento.

—Venga, más. Me estás poniendo los dientes largos.

—¿Te acuerdas de que yo el sábado quería que fuéramos las dos al baile del instituto de Martin y los del coro, pero entre que tú tenías que terminar para hoy el trabajo de biología y que mi madre estaba empeñada en que fuera con ella a la fiesta de la empresa, al final me resigné a no ir?

—Pues claro que me acuerdo, chica, ni que tuviera Alzheimer.

—El caso es que, como ya veía que no iba a ir al baile, al final me dejé convencer por mi madre. Quería presentarme a su jefe, a ver si el curso que viene, cuando haya terminado el instituto, puedo entrar a trabajar en uno de los hoteles de la cadena, en la recepción o así, para ver si me interesaría ese ambiente más que la universidad. Como

la fiestecilla era más bien de ir elegante, y aún tenía la idea de pasarme después por el baile si conseguía convencerte para salir, aunque fuera ya a las once o las doce, me puse el vestido negro.

—¿El largo o el corto? —la interrumpió Lena.

—El corto, mujer, la fiesta era por la tarde. Mi madre me dio el visto bueno y nos fuimos a casa de su jefe, un chalet impresionante con vistas sobre todo el valle, con el jardín decorado con lucecitas y antorchas, y mesas de bebidas y canapés por todas partes, y un par de esculturas de hielo. Figúrate, en septiembre; las pobres no hacían más que gotear, con lo bonitas que eran...

—Venga, mujer, al grano. —Lena llevaba ya varias servilletas destrozadas de pura impaciencia.

—Bueno, el caso es que me presentó al jefe, parece que le caí bien, quedamos en que me pasaría en junio para ver ya en serio dónde me podían colocar, mi madre me presentó a tropecientos colegas, comimos, bebimos, charlamos, bueno, más bien charlaron ellos; yo estaba haciendo de niña bien educada, sonrisa y boca cerrada salvo para comer, y cuando ya estaba yo sacando el móvil para llamarte y ver si había suerte y habías terminado el maldito trabajo y aún podíamos pasarnos por el baile, de repente lo vi, al otro lado de la piscina, mirándome.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando se encontraron sus miradas. No era la primera vez que un chico o incluso un hombre mayor la miraba descaradamente, sin el menor disimulo, pero nunca de ese modo, como si no fuera una simple mirada apreciativa, interesada, sino como si tuviese un significado ulterior, más intenso, más profundo. Como si aquel chico que la miraba fuera alguien especial, diferente, alguien que iba a tener una gran importancia en su vida.

Sintió de repente que le ardían las orejas y las mejillas, como si de pronto estuviera desnuda en aquel jardín y todo el mundo se hubiera dado cuenta.

Él le sonrió y alzó la copa que tenía en la mano en un brindis silencioso. Ella, azorada, desvió la vista un instante, pero en seguida volvió a mirarlo y brindó con él, con la piscina por medio. Ahora uno de los dos debería moverse y acercarse al otro, pero ¿quién? ¿O no había sido ésa la intención del desconocido? ¿O se trataba sólo de un gesto amable con la única chica joven que había en la fiesta, la única adolescente y evidentemente hija de alguien? Al fin y al cabo, aunque él al principio le había parecido muy joven, casi de su edad, ahora se daba cuenta de que debía de tener más de veinte años, al menos veintitrés o veinticuatro, y era absolutamente imposible que tuviera interés en ella, más allá de la simple amabilidad o de la ternura que despierta un animalillo simpático.

Él seguía mirándola, sin moverse del sitio, y ella se estaba poniendo cada vez más nerviosa porque, por un lado, sentía la imperiosa necesidad de ir hacia él pero, por otro, le daba una vergüenza inmensa ser ella la que fuera a buscarlo, como un perrito

curioso que acude al silbido de un extraño. Si él tenía interés («¿cómo va a tener interés, estúpida?») se acercaría él. Pero ¿y si no se acercaba? ¿Y si estaba esperando a que ella se decidiera pero ella no se movía del sitio? ¿No creería entonces que era ella la que no estaba interesada?

Un camarero pasó por su lado con una bandeja de copas de champán y ella aprovechó para dejar la que tenía en la mano, caliente y cubierta de huellas, y coger otra, tan fría que el cristal había perdido la transparencia.

Cuando volvió a mirar al otro lado de la piscina, él ya no estaba y, de repente, tuvo una sensación de pérdida, de abandono, que la recorrió como una descarga eléctrica. Se había cansado de esperar y había tomado su inmovilidad por falta de interés. Lo había perdido. Lo había perdido y ni siquiera se acordaba de cómo iba vestido, de cómo era. Sólo recordaba su mirada, su cabello castaño claro, su forma de estar de pie, inmóvil pero con la fuerza y la elegancia de un gran felino. De pronto tenía ganas de llorar.

—¿Quieres probar una? —dijo una voz masculina detrás de ella—. Dicen que son excelentes combinadas con champán. Yo no lo sé porque soy alérgico.

El chico de la piscina le tendía un platito lleno de fresas perfectas, que olían como si las hubieran acabado de coger del bosque. Aprovechando su confusión, él cogió una, la mojó en la copa de ella y se la ofreció con una sonrisa. Ella la mordió antes incluso de haberlo decidido. Él sonrió, satisfecho, dejó el plato en la mesa más cercana y regresó a su lado con la mano tendida.

—Dominic.

—Clara. —Y le estrechó la mano dándose cuenta de que, como había estado sosteniendo la copa, estaba húmeda—. ¡Ups! Lo siento.

Los dos rieron.

Ahora que lo tenía tan cerca se daba cuenta de que, efectivamente, era bastante mayor que ella, aunque tuviera algo que lo hacía muy joven, algo en sus movimientos, o en el brillo de sus ojos oscuros, una chispa de travesura, como si sólo estuviera fingiendo que era una persona seria.

Al cabo de un rato de conversación y de risas —más bien risas nerviosas por parte de Clara—, él le preguntó:

—¿Te encanta estar aquí o te apetecería que fuéramos a otro sitio? Yo no suelo dedicar más de dos horas a este tipo de reuniones sociales y, por ti, ya llevo más de tres, pero preferiría tenerte para mí solo durante un rato, hasta cuando tú tengas que volver a casa.

—¿Te imaginas, Lena? A mí nadie me había hablado así en la vida.

—¡Uf, chica! Ni a mí. Ni a nadie. Esas cosas sólo se oyen en las películas. ¿Y eso de que llevaba allí tres horas por ti?

—Luego me explicó que estaba en la fiesta por trabajo. Que su familia tiene una

gran cadena de hoteles y estaban a punto de comprar la cadena donde trabaja mi madre. Él había pensado pasarse sólo un rato a saludar y a conocer a los ejecutivos más importantes y marcharse lo antes posible. Pero luego... —Clara volvió a sonreír de un modo que parecía que le iba a estallar la cara—. Dice que me vio a mí y estuvo mirándome hasta que me quedé sola. Entonces se acercó... y ya ves.

—¿Qué veo? Si aún no me has contado nada...

Clara fue a decirle a su madre que había pensado irse a tomar algo con Dominic y luego volver a casa directamente. Ella estaba en una conversación que parecía importante y por eso Clara se limitó a presentarle rápidamente a su nuevo amigo, asegurarse de que su madre había entendido que se iba y despedirse con una sonrisa del resto de los invitados.

Él le abrió la puerta de un coche negro, pequeño y muy bajo, puso un cedé con una música de saxo, se volvió a mirarla y preguntó:

—¿Adónde, señora?

Pensó por un momento que sería estupendo pasarse por el baile donde había tanta gente que la conocía, para que la vieran con aquel chico maravilloso, pero no se atrevía a decírselo.

—No sé, la verdad —contestó—. ¿Qué te apetece a ti? ¿Adónde sueles ir tú?

—No soy de aquí. He estado en Innsbruck unas cuantas veces, pero siempre por trabajo. ¿Adónde podemos ir a tomar una copa y a bailar?

—¿Bailar? —Clara no podía creerse que quisiera bailar.

—Sí. ¿No te gusta bailar?

—Claro que me gusta. He hecho un montón de cursos de todo tipo de baile: vals, salsa, samba, tango, rumba, jive, fox... lo que quieras. —Echó una mirada a su reloj; eran apenas las once—. Si quieres, en el Palacio de Congresos hay un baile del instituto de unos amigos míos. Les dije que a lo mejor me pasaba un rato, si me daba tiempo.

Dominic puso el coche en marcha y, siguiendo las indicaciones de Clara, llegaron al aparcamiento subterráneo. En el ascensor, se miró discretamente al espejo y de repente se vio guapa, atractiva como no lo había estado nunca, como si se hubiese encendido una luz en su interior. Él posó la mano suavemente en la nuca de ella y acarició con el pulgar el lóbulo de su oreja, mirándola a los ojos.

—Eres preciosa, Clara —le dijo.

Entonces se abrieron las puertas y se vieron rodeados de chicos y chicas jóvenes, vestidos de fiesta, muchos de ellos ya ligeramente borrachos, con la sonrisa boba de quien ha tomado un poco más de lo que le conviene. La música sonaba fuerte desde los diferentes salones donde varias orquestas y conjuntos tocaban distintos estilos para todos los gustos.

Desde los quince años, Clara había estado en muchísimos bailes, y varios de

ellos, los más importantes, habían tenido lugar en el Palacio de Congresos, pero nunca le había parecido tan grande, tan bello, tan bien iluminado, tan lleno de flores como esa noche; nunca le había parecido tan mágico ni se había sentido tan afortunada como en ese momento en el que Dominic la cogió de la mano y salieron a la pista a bailar un vals.

—¿Fuisteis al baile? O sea, que ahora todo el mundo conoce a Dominic menos yo.

Clara negaba con la cabeza.

—No se lo presenté a nadie. Estuvimos bailando hasta las dos, casi sin parar. Y luego...

—Luego ¿qué?

—Es que... es que es increíble, Lena.

—Venga, cuenta.

—¿Te acuerdas de que te he dicho un montón de veces que la ilusión de mi vida es estar con un chico y que, cuando venga uno de esos vendedores de rosas, me compre una y me la dé delante de todo el mundo?

—Sí, claro. Ya se lo conté a David cuando salíais juntos, pero me dijo que le parecía ridículo y que le daría mucho corte. Además dijo que las rosas que venden en los bailes son carísimas y valía más la pena invitarte a tomar algo. ¡Qué falta de romanticismo! En fin... Dominic te compró una rosa, ¿a que sí?

Clara cerró los ojos y echó la cabeza atrás, recordando, disfrutando el recuerdo. Veía tras los párpados cerrados, como en una pantalla, el momento en que, en medio de la pista, en una pausa entre canción y canción, se les acercó un vendedor africano cargado con un gran ramo de rosas rojas. Ella desvió la vista en seguida porque no quería que Dominic se diera cuenta de lo mucho que le gustaría que le regalara una. Él le hizo un gesto al vendedor, que inclinó el ramo hacia ella para que escogiera.

—¿Puedo elegir una? —preguntó sin aliento.

—No. —Él cogió el ramo y se lo ofreció con una inclinación de cabeza, como si ella fuera una princesa de fábula y él un capitán de dragones—. No tienes que elegir nada. Son todas para ti.

—¡Clara! ¡Dios mío! —Lena le cogió las manos a su amiga y se las apretó con fuerza—. No me lo puedo creer. ¿De dónde ha salido ese tipo?

—Yo tampoco me lo explico. Pero estoy loca por él, Lena.

—¡A ver! Supongo que para eso lo ha hecho.

—¿Qué quieres decir? —A Clara le molestaba el tono que acababa de notar en las palabras de su amiga.

—Quiero decir que no me fío de un tipo que sin conocerte de nada te compra todas las rosas que encuentra. No es normal, además de que cuesta una fortuna.

—Dominic es rico, Lena. Si tiene una cadena de hoteles por todo el mundo, unas

cuantas rosas no lo van a arruinar.

—¿Cuántas?

—No sé... sesenta o setenta. —Clara sabía con toda precisión que había ciento una rosas rojas en aquel ramo, pero de repente no le apetecía decírselo a Lena.

—Mírame, Clara. No es por envidia, te lo juro. Me encanta que te hayas enamorado de verdad, estoy contentísima por ti, pero me parece raro. No me digas que a ti te parece normal.

—Normal... —Clara se encogió de hombros—. Normal, no, claro. Pero es maravilloso, es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida y no quiero que se acabe.

—¿Habéis quedado para veros pronto?

—Ya me ha mandado tres SMS, y nos veremos en cuanto vuelva. Se pasa la vida viajando, pero la semana que viene vendrá a verme, para mi cumpleaños. Entonces lo conocerás y ya verás como no tiene nada de raro. Es sólo que he tenido mucha suerte, al menos de momento. Pero me da mucho miedo perderlo, Lena. —Clara le cogió las manos a su amiga—. Lo quiero de verdad. Si me deja...

—¡Venga, venga, tontaina! —Lena se levantó, fue a sentarse al lado de Clara y le pasó el brazo por los hombros—. Primero, no hay por qué pensar que te va a dejar. Segundo, ¿cómo te va a dejar, si aún no estáis juntos? —Lena había dicho aquello para que Clara se riera, pero al darse cuenta de que no lo encontraba gracioso, cambió de estrategia—. Está claro que tiene interés, ¿no? Por muy rico que uno sea, no le regala setenta rosas a la primera que se encuentra por ahí, ¿no te parece? —Clara esbozó una sonrisa—. Tercero, si te hace daño, lo mato, le arranco el corazón y se lo echo a los lobos. ¿De acuerdo?

Se echaron a reír, aún abrazadas.

—Ya verás cuando se entere David... —dijo Lena con una sonrisa maliciosa.

—¿Quién es David?

Entre risas, recogieron sus trastos y emprendieron la vuelta al instituto, Clara perdida en sus recuerdos y Lena pensando que quizá fuera sólo su tendencia a no fiarse de nadie, pero a ella le seguía pareciendo un poco raro. Tendría que investigar a ese tal Dominic.

Septiembre. Negro. Shanghai (China)

Desde el despacho de Imre Keller, el Presidente, como sus miles de empleados lo

llamaban, se dominaba toda la ciudad: una extensión de rascacielos de formas y colores que habrían sido inimaginables unas décadas antes y que ahora se alzaban a su alrededor como un bosque de extraños árboles de piedra, cristal y metal, disparados hacia el cielo en un intento de alcanzar las estrellas.

Faltaba poco para la puesta de sol y el Huang Pu fulguraba a sus pies encendido por la luz del ocaso como un río de lava, salpicado de diminutas embarcaciones como motas negras, cargadas a su vez de diminutos seres que arrastraban sus diminutas y breves vidas a cientos de metros de su refugio.

No había encendido ninguna luz porque le gustaba asistir a la cotidiana muerte del sol, ver cómo las sombras de los altos edificios se iban convirtiendo en largos dedos ávidos que se estiraban hacia él, cómo la noche iba ganando terreno hasta adueñarse del mundo y cómo, demasiado rápido para su gusto, ya que siempre había amado la hora azul, las calles, las casas y los rascacielos se iban llenando de luces, de parpadeos de color, de destellos dorados.

Por los altavoces sonaba una música que le recordaba todas las veces que había asistido al ocaso en soledad, desde que ella no estaba: *Oxygène*, una composición de un autor francés que le estrujaba el corazón y a la vez le despertaba una ascua de esperanza.

La noche iba cayendo suavemente, desdibujándolo todo en la distancia. Pronto Shanghai se vestiría de luces y comenzaría su vida nocturna, chillona, vulgar. Entonces él le daría la espalda al horizonte del oeste, encendería la lámpara de trabajo, haría callar la música y pediría a su secretaria que hiciera ir allí a la persona que esperaba. Pero aún no. Aún no mientras sonaran esos gritos lejanos de gaviota electrónica, de naves surcando el espacio infinito, mientras el sol siguiera siendo una bola incandescente devorada por la silueta de la ciudad, mientras pudiera entregarse a los recuerdos de la única mujer que había amado de verdad en su ya larga vida.

Luego, pronto, habría mucho que hacer. Todo indicaba que se acercaba el momento que llevaba tanto tiempo esperando y entonces tendrían que hacerlo bien a la primera porque no habría otra oportunidad.

Le habría gustado poder pedir la opinión del *mahawk* del clan, pero desgraciadamente, desde hacía mucho tiempo, desde la desaparición de Ragiswind, el *mahawk* del clan negro era él mismo, de manera que era él quien tenía que tomar las decisiones y quien también tenía el poder y el deber de ejecutarlas o mandarlas ejecutar. Por eso había hecho llamar a Nils, con la esperanza de que él sirviera para lo que era necesario hacer.

Cuando el último borde de fuego hubo abandonado el horizonte, suspiró y se volvió hacia la enorme mesa de trabajo, con las manos a la espalda y los hombros vencidos por el peso de lo que ya imaginaba que les deparaba el futuro. No eran más que tres miembros en activo. Ragiswind y Eringard debían de haber muerto lejos del

clan, sin que nadie se enterara, siglos después de que hubieran decidido desaparecer. Luna se había marchado también treinta años atrás y ni siquiera sabían dónde estaba, si seguía vivo. Se estaban extinguiendo con rapidez y pronto no les quedarían más opciones que dejarse morir como el clan blanco o seguir el camino que el clan rojo había elegido tanto tiempo atrás, lo que le repugnaba profundamente. Y sin embargo, según todas sus investigaciones, eran precisamente ellos, los rojos, quienes muy pronto estarían en posesión de la pieza clave que les permitiría decidir sobre el futuro de todos, el futuro de *karah*.

Detestaba pensarlo. Tenía que haber otra solución. Era necesario que la hubiera. No se podían permitir caer en manos del clan rojo después de tantos siglos de equilibrio de poder. Ellos tampoco eran muchos, apenas media docena, y por eso habían puesto en marcha el plan, pensando que nadie se daría cuenta.

Alargó la mano hacia la lámpara cuando una voz surgió desde el fondo de la sala, ahora en penumbra, junto a la puerta, el único lugar en sombras, ya que las cuatro paredes eran grandes paneles de cristal.

—¿Querías verme, Imre?

Por un segundo sintió un chispazo de ira por haber sido cogido por sorpresa en un momento de debilidad. No podía permitir que su gente lo viera débil o dubitativo, ahora menos que nunca. Si hubiese tenido un látigo en la mano lo habría hecho chasquear en el suelo, pero no lo tenía y, a su pesar, la presencia de Nils le arrancó una sonrisa.

—¿Cómo has conseguido que Fu te dejara pasar sin avisarme?

La sonrisa pícaro de Nils pareció iluminar la penumbra.

—Tu dragón no me ha visto.

—¿No estaba en su puesto?

—Ella sí. Era yo el que no estaba. Llevo bastante tiempo practicando, ¿sabes? Siempre creí que no es posible que todas nuestras leyendas sean inventadas. Tiene que haber algo de verdad en el asunto, aunque sea poca.

—Entonces, ¿has conseguido algo?

—Algo. Te lo mostraré cuando esté más seguro.

—¿Quieres impresionarme?

Nils se acercó a Imre y le estrechó la mano con calidez.

—Siempre he querido impresionarte. Ya lo sabes. Pero creo que no he llegado a conseguirlo nunca. —Hubo una pausa en la que los dos perdieron la vista en las miles de luces que brillaban a su alrededor—. ¿Sabes, Imre? Llevo toda la vida oyendo que somos *karah*, que somos distintos de *haito*, que somos especiales, muy especiales, infinitamente mejores que ellos... y siempre lo he creído sin más. Hasta hace relativamente poco.

Imre no contestó, pero Nils lo conocía lo suficiente como para saber que estaba

escuchando con interés.

—No sé bien por qué, pero un día me hice una pregunta: ¿qué tenemos nosotros que no tengan los demás? Y encontré muy pocas cosas.

—La longevidad, por ejemplo. La salud, la capacidad de regeneración.

—Evidentemente.

—La inteligencia. La belleza.

—Muy sobrevalorados y en absoluto monopolio de *karah*.

—¿Entonces?

—Me di cuenta de que en todas nuestras leyendas, nuestros mitos fundacionales o como quieras llamarlos, nuestros antepasados son capaces de grandes prodigios lo que, lógicamente, es constitutivo de esas historias... hagiográficas, por llamarlas de algún modo. Los antepasados siempre son más grandes, más fuertes, más heroicos y todo lo que se te ocurra, pero los nuestros son prácticamente superhéroes: dominan la materia, el tiempo y el espacio.

—Son leyendas, Nils, tú lo has dicho.

—Puede que sí, pero he decidido investigarlo.

—Tu tiempo estaría mejor empleado si decidieras investigar en genética.

—Podemos financiar todas las empresas de investigación que queramos, en cuanto tú des luz verde.

Imre se volvió hasta quedar frente a Nils. En la penumbra de la sala sus ojos eran dos pozos de oscuridad.

—¿Y qué quieres que les demos para sus investigaciones? ¿Una muestra de nuestro ADN familiar?

Nils sonrió. Las implicaciones eran evidentes. Eran muy pocos; no podían arriesgarse a ser descubiertos por *haito*. Los encerrarían, los aislarían y acabarían por destruirlos en su afán por comprender e imitar.

—Dejémoslo. Tengo una misión para ti.

—¿Me gustará?

—No creo. La ventaja es que no te llevará mucho tiempo. Y el destino no está mal: Austria. Innsbruck.

—¿A quién hay que neutralizar?

—Todavía no lo sé con exactitud, pero te tendré informado.

Dio un par de largos pasos hasta su escritorio, cogió una delgada carpeta negra, lo único que había sobre la mesa, y se la tendió a Nils.

—Ahí está lo poco que sabemos de momento. Ve preparándote.

—Gracias, Imre. Creo que me hará bien salir de China; tú sabes que no aguanto mucho en el mismo lugar.

—Creo que tú fuiste el único que se alegró del traslado desde Nueva York.

—Sí. Ya era hora de cambiar de escenario. Pero desde tu despacho apenas si se

nota el cambio. —Se quedó mirando las luces que cubrían la ciudad nocturna, esperando un comentario—. No te molesto más.

Keller no contestó. Ya en la puerta, Nils se volvió hacia él de nuevo.

—¿Te apetece que cenemos juntos antes de que me vaya? Me parece que necesitas volver a la vida.

—Yo no estoy tan seguro, Nils, pero sí, será un placer. Llámame.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Imre Keller se quedó pensando, como tantas veces, si tenía algún sentido seguir vivo.

Sí. Lo tenía. Al menos hasta que pudiera intentarse lo que, según las leyendas, era posible. No faltaba mucho. Si tenían éxito habría valido la pena. Si no, ya moriría después.

Rojo. Roma (Italia)

El sol de mediodía derramaba su miel dorada sobre las viejas fachadas de las casas romanas potenciando los ocres, los rosados, los naranja. En Campo de' Fiori brillaban las frutas y las hortalizas en los puestos callejeros que se arracimaban en torno a la oscura estatua de Giordano Bruno, el filósofo y científico renacentista que había muerto allí, quemado en medio de la plaza, acusado de hereje y nigromante por haber defendido la existencia de otros soles y otros mundos habitados por seres inteligentes, por negar la divinidad de Cristo, y por la aplicación de la mnemotecnia para conseguir su prodigiosa memoria, que la Inquisición había considerado magia negra.

Dominic inclinó brevemente la cabeza en señal de respeto al pasar a los pies de la estatua de Bruno, como hacía siempre que estaba en Roma y sus asuntos lo llevaban a aquella plaza, una de las más llenas de vida y de color de la ciudad, una de sus favoritas que, además, estaba junto a su destino: la pequeña iglesia de Santa Bárbara.

Después de tanto esperar había llegado el momento. O, al menos, cabía la posibilidad de que hubiera llegado. La inminencia le apretaba la garganta y, aunque no quería confesárselo ni siquiera a sí mismo, estaba ligeramente nervioso.

Echó una mirada al reloj. Tenía aún siete minutos, de modo que entró en una enoteca y pidió un calvados.

Sacó el móvil, marcó el número de Eleonora y tecleó unas letras: «*¡Showtime!*».

Se bebió el calvados en dos sorbos lentos, apreciativos; su aroma y su textura lo reconfortaron, como tantas veces. Encontró su mirada en el espejo de la barra y se examinó críticamente: tan seguro y tranquilo como siempre, como si lo que se iba a

decidir no tuviera apenas relación con él, como si no llevara toda su vida esperando ese momento.

La respuesta a su SMS —«*In boca al lupo*»— lo hizo sonreír y, de repente, se sintió mejor. Fuera cual fuese la decisión, lo peor que podría pasarle era seguir esperando. Tenía costumbre. Esperaría si era necesario. Y si no... si no, todo podría empezar. Por fin.

Extendió los brazos, comprobó que sus manos no temblaban, pagó y se marchó a pasos largos, aunque no apresurados, en dirección a Santa Bárbara, una iglesia particularmente pequeña, más bien fea, que había sido blanca alguna vez, semioculta al fondo de una plaza triangular entre las fachadas decrepitas de unas casas que debían de ser tan antiguas como el maestro Bruno.

La puerta estaba cerrada, pero no tuvo más que presionar la pesada manivela de hierro negro y se abrió sin ruido dando paso a un interior oscurísimo y frío, que olía a cera vieja y a inciensos pasados. El silencio era casi tangible.

Se internó por un estrecho pasillo, a su derecha, en dirección a la sacristía, también desierta. Abrió uno de los enormes armarios con puertas de nogal donde destacaban cientos de agujeritos de carcomas antediluvianas, apartó unas vestiduras blancas que olían a naftalina y sudor antiguo y, presionando la pared del fondo, deslizó el tablero de modo que quedaron a la vista los primeros peldaños de una escalera de piedra que se perdía en la oscuridad.

Entró, volvió a colocar el tablero en su lugar, sacó del bolsillo de la americana una linterna delgadísima que iluminaba tres escalones y, silencioso como un gato, subió hasta un punto en el que la escalera acababa en tres puertas muy bajas. Abrió la de la izquierda, se agachó para pasar y, después de un corto pasillo en una oscuridad total, desembocó en un pequeño vestíbulo forrado en madera donde había varias togas negras en fundas de plástico con sus correspondientes birretes y cadenas. Después de atravesar unas cortinas de terciopelo morado, se encontró en una vasta sala de piso de taracea de mármol de colores y alto techo pintado con un fresco que representaba a Acteón perseguido por la jauría.

La fila de ventanas, casi junto al techo, dejaba entrar la luz dorada y cálida del sol de las dos de la tarde resaltando las finas tallas y el hermoso color rojizo de los siales de caoba que recorrían las cuatro paredes de la sala, como en el coro de una catedral.

Cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, lo esperaban charlando en un corrillo junto a la pared frontera, donde estaba el estrado que ocuparía el presidente en las Asambleas Capitulares.

Todos se volvieron hacia él. Un hombre alto, enjuto, de cabello plateado cortado muy corto y vestido impecablemente de gris con corbata burdeos se acercó a él sonriendo con la mano tendida.

—Querido Dominic, ¡qué alegría! Ya hacía demasiado tiempo.

Se estrecharon la mano y después se abrazaron un instante.

—Sí, tío Gregor. Demasiado. Pero a partir de ahora, si todo sale bien, nos veremos con más frecuencia.

—Eso espero, hijo, eso espero.

Uno tras otro, Dominic fue saludando a los presentes. Estrictamente hablando, no todos eran tíos suyos, pero se conocían desde hacía tanto tiempo y sus intereses estaban tan imbricados que podría haber llamado «tío» a cualquiera de ellos, sin faltar demasiado a la verdad. Y lo cierto era que estaban unidos por la sangre, que pertenecían al mismo clan.

—¿No había un sitio más incómodo para reunirnos? —preguntó Dominic, una vez terminados los saludos.

—Yo ofrecí mi casa —dijo una mujer alta y elegante, de espeso cabello negro cortado en media melena.

—En tu casa siempre hay demasiada gente, Mechthild —contestó un hombre con aspecto de banquero—. Además, es la costumbre cuando hay que tomar una decisión realmente importante. Éste es uno de los pocos lugares que tiene varias entradas y ofrece garantía total de confidencialidad.

La mujer se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. El banquero le dirigió una mirada desaprobadora, a la que ella no hizo el menor caso; sacó un cenicero del bolso, lo dejó abierto en el borde de uno de los sitios y se acomodó en otro con las piernas cruzadas.

La otra mujer, de cabello muy corto, también negro con algunas mechas azules, se aclaró la garganta hasta que todos se volvieron para mirarla.

—¿Empezamos?

Los presentes asintieron con la cabeza y cada uno se colocó donde quiso: unos siguieron de pie, algunos se sentaron, otros se limitaron a apoyarse en algún sitio, con los brazos cruzados. La mujer se sentó en la mesa del presidente, con los pies colgando.

—Todos sabemos qué hacemos aquí, de modo que no me pondré pesada repitiéndolo. Pero tengo que avisaros de que hay otro punto en el orden del día, casi más importante que el que nos ha hecho reunirnos.

—No puede haber nada más importante que nuestra supervivencia —dijo Dominic.

La mujer clavó la mirada en él.

—De eso se trata precisamente. Nuestros amigos del otro lado del mar están empezando a moverse de nuevo. Nada particularmente grave de momento, según las informaciones que me han hecho llegar, pero parece que alguien ha estado removiendo el avispero y lo que me preocupa es que haya sido justo ahora, como si

supieran que estamos tramando algo.

—Ellos siempre suponen que estamos tramando algo —comentó Mechthild a través de una nube de humo—. Como es su forma de vida, imaginan que es lo que hacemos todos.

—Sé que es una pregunta incómoda —interrumpió el banquero, Miles Borman, con su bello acento británico—, pero ¿alguien ha avisado al Shane?

Se miraron unos a otros, como pillados en falta, hasta que contestó Flavia, apretando los labios.

—Por supuesto. Al fin y al cabo es nuestro *mahawk*. Era de rigor hacerlo. Pero no tenía tiempo para nosotros. Me ha encargado que os diga que lo deja en nuestras manos. De modo que ya sabéis...

—Entonces —volvió Mechthild al tema anterior—, ese otro punto del que querías tratar, Flavia, ¿puedes decirnos algo concreto?

—De esto hablaremos más tarde. Ahora vamos a pasar al primer punto. Todos habéis recibido el dossier preliminar. Imagino que ya tendréis formada una opinión y podremos votar la solicitud de Dominic.

—Yo aún tengo un par de preguntas para Gregor —dijo Miles, que se había colocado lo más lejos posible de la fumadora.

—Por supuesto —dijo Flavia, la mujer que presidía la reunión—. Tenemos tiempo para preguntar y discutir antes de votar. ¿Te importa abandonar la sala, Dominic? Sabes que el solicitante no puede estar presente en la votación.

Por un instante, los ojos de Dominic lanzaron chispas, pero nada en su postura habría delatado el momento de furia. Asintió con la cabeza.

—No creo que vayamos a tardar mucho —continuó ella—. Luego tendremos que ponernos de acuerdo en cómo proceder con el otro asunto.

—Estaré fuera.

Dominic salió sin mirar atrás, cruzó el vestíbulo y se internó en la escalera, dejando la puerta entornada detrás de él. Se sentó en un peldaño y apoyó la cabeza contra la pared de piedra, tan fría. Sus ojos no necesitaron más de un segundo para acostumbrarse a la oscuridad. Las tinieblas siempre habían sido un bálsamo para él y, como muchos de sus asociados, habría preferido que las reuniones se celebraran durante la noche pero sabía que, sobre todo cuando se trataba de burlar la posible vigilancia de los otros, era mejor encontrarse a mediodía.

Mientras esperaba la decisión que cambiaría su vida, sus pensamientos se dirigieron hacia Clara. ¿Qué estaría haciendo? ¿Qué pensaría? ¿Tenía sentido escribirle un SMS cuando en cualquier momento podían interrumpirlo?

Sacó el móvil y tecleó con rapidez: «En Roma. Pienso en ti».

Apenas había apretado la tecla de enviar cuando la voz de Gregor le llegó desde el vestíbulo.

—¿Dominic? Te esperamos.

Innsbruck (Austria)

—¿Qué te pasa, mamá?

Desde que su padre se había marchado de casa, hacía ya casi un año, Clara tenía la costumbre de ver a su madre junto a la ventana, con la mirada perdida en la montaña y los labios crispados, pero en las últimas semanas las cosas habían empezado a mejorar y ella se había hecho ilusiones de que hubiera superado la peor fase y volviera a ser como antes. Sin embargo, al volver del instituto la había encontrado junto a la ventana, como en los peores tiempos, y ahora, después de dos horas encerrada en su cuarto haciendo los deberes más urgentes, su madre seguía allí. Se acercó despacio, esperando que lo notara, pero tuvo que carraspear un par de veces hasta conseguir que se volviera hacia ella, como sorprendida de su presencia.

—¡Ah, Clara! No te había oído llegar.

—Llevo más de dos horas en casa, mamá. Estaba trabajando en mi habitación. ¿Qué te pasa?

La madre se cruzó de brazos y se apretó fuerte los codos, como protegiéndose del frío o de una amenaza.

—Mañana hay una reunión importante. Nuestra cadena va a ser absorbida por otra y se rumorea que habrá una fuerte «reestructuración». Lo que significa que es muy probable que me quede sin empleo dentro de poco. Y como de tu padre no se sabe nada desde hace meses, la verdad es que no sé qué vamos a hacer. —Empezó a morderse el labio inferior—. Aparte de que mi trabajo es todo lo que tengo en el mundo, y además me encanta.

Clara se acercó y trató de abrazarla, pero algo en la posición corporal de su madre le hizo sentir que el abrazo no sería bienvenido y acabó por quedarse a su lado mirando el paisaje y poniéndole una mano en el hombro.

—Me tienes a mí, mamá.

La única respuesta fue un corto resoplido de incredulidad.

—¿No? ¿No te sirvo de nada?

La madre se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—¿Dónde has estado los últimos meses, cuando de verdad te necesitaba, eh? ¿Dónde? Con David, o llorando por algo que te había hecho David, o encerrada con Lena hablando de David, o arreglándote para salir con él porque las cosas habían

mejorado, o tirada en la cama hecha polvo por algo que él había dicho o hecho o no había dicho o no había hecho. —Se iba poniendo cada vez más furiosa y su tono iba subiendo hasta ser casi un grito—. Tu padre nos deja tiradas y tú te dedicas a sufrir por ese mocoso imbécil.

Clara abrió la boca para protestar y volvió a cerrarla. No sabía qué decir. Su primer impulso había sido negarlo todo y contestarle a gritos llamándola egoísta y mentirosa, pero acababa de darse cuenta de que, posiblemente, su madre tenía razón. La verdad era que en los últimos meses no había habido mucho más que David en su vida y cuando por fin, con la ayuda de Lena, había conseguido terminar con él, había necesitado aún un tiempo para recuperarse, para no pensar en él constantemente, para volver a admitir a otras personas y otros problemas en su vida. Y como eso había coincidido con la mejoría de su madre, ni se le había pasado por la cabeza que ella se hubiese sentido abandonada por todos: primero por su marido y luego por su hija.

—Lo siento, mamá —dijo por fin, bajando la cabeza—. Lo siento de verdad.

Se abrazaron, sin palabras, hasta que las dos se echaron a llorar y acabaron en el sofá, riéndose de sí mismas.

—Bueno —dijo la madre, limpiándose las lágrimas—. Si mañana me echan, ya pensaremos qué hacer. Al fin y al cabo, hay muchos hoteles y yo soy una gran profesional. Y no soy tan vieja todavía —terminó con una sonrisa vacilante.

—Eres joven, y guapa y competente, mamá. No me puedo creer que quieran prescindir de ti —dijo Clara volviendo a abrazarla, feliz de haber recuperado esa intimidad que creía ya perdida—. Y además... —continuó, sin poder ocultar una sonrisa y se mordió los labios con los dientes— a lo mejor yo puedo hacer algo para evitarlo.

—¿Tú?

—¿Te acuerdas de que el otro día, en la fiesta de tu jefe, te presenté a un chico guapísimo y nos fuimos juntos?

—Vagamente.

—¿Cómo que vagamente? Te presento al chico más guapo del mundo que además es el hombre de mi vida —la madre enarcó una ceja— y sólo te acuerdas vagamente?

Se encogió de hombros.

—Pues ese chico, Dominic von Lichtenberg, es el hijo de la familia que compra vuestra cadena y él también trabaja en la empresa. Estoy segura de que, aparte de lo buena profesional que tú eres, en cuanto se entere de que eres mi madre no habrá ningún problema.

—No me digas que sales con un Lichtenberg.

Clara asintió varias veces con la cabeza, sonriendo.

—Creo que sí.

—¿Cómo que crees que sí?

—Sólo estuvimos juntos esa noche, pero me ha mandado varios mensajes y va a venir para mi cumpleaños. Yo creo que... bueno... a lo mejor es un poco pronto para estar segura, pero...

—Entonces, ¿David es historia? —Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Clara tuvo la sensación de que su madre se alegraba por algo.

—No es ni siquiera historia, mami. La historia es lo que se recuerda del pasado y yo de él ya ni me acuerdo.

Las dos se echaron a reír.

Rojo. Roma (Italia)

Acuclillado en la balaustrada, con toda la ciudad a sus pies y el sol ocultándose a sus espaldas, Dominic disfrutaba del juego de los colores del atardecer sobre las torres y las cúpulas, los tejados cada vez más rojos, los aterciopelados bosquecillos de pinos, las lanzas oscuras de los cipreses, las fachadas y las ruinas blancas que destacaban aquí y allá con la belleza y la sencillez de unos huesos pelados, lavados por las lluvias y blanqueados por la luna llena. Las sombras se iban extendiendo sobre la ciudad y pronto la devorarían. Las noches eran cada vez más largas, más frías, más hermosas.

Al salir de la reunión había caminado sin rumbo durante un par de horas limitándose a sentir el movimiento elástico de sus músculos, el perfecto bombear de su corazón, la brisa sobre su piel, deseando correr como una pantera por el puro placer de hacerlo. Pero iba vestido con corbata y americana y uno de los puntos centrales de su educación era el no llamar la atención sin necesidad, de modo que se había limitado a caminar de prisa, como si tuviera una importante cita de negocios.

Ahora que había llegado al Gianicolo se daba cuenta de que era exactamente el lugar que había buscado, ese lugar entre la tierra y el cielo donde, inmóvil como una gárgola, podía repasar todo lo sucedido y empezar a forjar planes para el futuro.

La votación había sido unánime a su favor, de modo que ahora todo estaba en sus manos. Podía empezar con la Operación Arca cuando quisiera, aunque el proyecto no se pondría realmente en marcha hasta que Gregor hubiera dado luz verde. Pero estaba seguro de que la daría. Sus instintos no le habían fallado jamás y estaba totalmente convencido de no haberse equivocado. En otros tiempos eso habría sido bastante, mientras que ahora aún eran necesarios algunos controles que no dependían de él. Tendría que esperar un poco más, sólo un poco más.

El pitido de su móvil lo sacó de su inmovilidad. Era un mensaje de Eleonora, un

simple «???». Contestó con un «:-)» y un momento después recibió un «:-D».

La tensión que lo había llevado hasta la colina se evaporó al instante. El momento mágico había pasado, las sombras, como dedos ansiosos, acababan de apresar toda la ciudad, haciéndola suya. Sólo los seres alados del monumento a Vittorio Emanuele brillaban aún incendiados por los últimos rayos del sol que moría. Incluyó apenas la cabeza en un mudo gesto de respeto, se puso en pie, estiró todos los músculos en un movimiento fluido y, en la hora azul, se encaminó hacia Trastevere, hacia el pequeño apartamento que nadie, salvo él, conocía.

Innsbruck (Austria)

Lena cerró el ordenador con un suspiro, estiró los brazos por encima de la cabeza y se levantó de la silla donde había estado sentada más de media tarde, primero terminando todo lo que había que hacer para el día siguiente y luego navegando por la Red en busca de información sobre el flamante amor de Clara.

De algún modo que no podía precisar, aquel desconocido le daba mala espina y, aunque sabía que era injusto pensar mal de alguien a quien ni siquiera había visto al natural, solía fiarse de sus instintos y por eso se había pasado casi dos horas saltando de aquí para allá buscando datos y fotos. El numerito de las rosas era lo que había hecho saltar todas sus alarmas. Sin embargo, ahora que se había convencido de que Dominic von Lichtenberg era de verdad hijo de millonarios —incluso, posiblemente, de multimillonarios— ya no le parecía tan increíble que le hubiese regalado a Clara todo el ramo que llevaba el vendedor. Le seguía pareciendo imbécil, eso sí, una muestra de arrogancia y de presunción, pero ella nunca había conocido a un millonario y no tenía ni idea de si ciertas cosas que para ella eran pretenciosas y absurdas, resultaban normales en esa clase social.

Al menos, por lo que había podido averiguar, el chaval se ganaba su sueldo y trabajaba en el consorcio familiar en un alto puesto directivo, a pesar de su juventud. Tenía veinticinco años y ya era licenciado en derecho internacional e ingeniería financiera. Una lumbrera, vamos. Y además era realmente guapo, en eso Clara tenía toda la razón. En Internet había encontrado unas cuantas fotos de Dominic —no tantas como ella se había imaginado para alguien de la *jet set*— casi siempre en fiestas de beneficencia o relacionadas con su empresa, y dos en las que se le veía practicando su deporte favorito: la escalada en solitario.

En resumen, no había encontrado nada que apoyara su recelo contra aquel

muchacho surgido de la nada que había vuelto loca en un instante a su mejor amiga.

Lena era una chica reflexiva, analítica, dotada de un pensamiento tan racional que a veces llegaba incluso a asustar a sus amigos, y por eso era capaz de enfrentarse directamente con todas las posibilidades que pudieran aclarar su actitud y su comportamiento, calibrarlas, rechazar las que no representaran una solución y aceptar lo que quedara, al más puro estilo Sherlock Holmes.

Si no había encontrado nada que justificara esa reacción visceral suya en contra de Dominic von Lichtenberg, sólo cabían dos explicaciones: o bien había algo realmente y ella no había sido capaz de encontrarlo —ya que al fin y al cabo si en la vida del tal Dominic existía un secreto sucio no iba a estar en la Red al alcance de cualquiera—, o bien se trataba simplemente de que estaba celosa de Clara, o que le tenía envidia por haber encontrado a un chico como él.

La segunda posibilidad era, objetivamente, lógica. Y sin embargo sabía que no era así. No estaba celosa. No le tenía envidia. Era algo indefinible que le susurraba: «Tienes que apartar a tu amiga de ese hombre; ese hombre es peligroso, muy peligroso», pero no encontraba nada con que apoyar ese miedo difuso. Tendría que esperar a conocerlo y ver si, al natural, su recelo aumentaba o bien se desvanecía. Eso sería lo mejor, porque siempre había soñado con tener una buena relación con el novio de su mejor amiga y que Clara también le tuviera cariño al chico que ella eligiera, que pudieran salir los cuatro a bailar o a cenar o incluso ir de vacaciones. Pero así...

Ella aún no tenía novio y Clara, si continuaba con Dominic, cambiaría pronto de nivel, de costumbres, de todo. Ya no podrían ir los cuatro de viaje con Interrail, ni de camping. Si Clara seguía con un chico que regalaba setenta rosas de golpe, ya no irían a dormir a un albergue juvenil ni a una habitación compartida. Y ella y su futuro novio no iban a poder permitirse nada mejor al menos hasta que los dos trabajaran y ganaran un sueldo.

Suspiró otra vez y se fue a la cocina a prepararse algo para la cena. Otra vez sola. Era evidente que su padre no pensaba ir a cenar y ni siquiera le había mandado un mensaje como hacía al principio. Al parecer, aquella Isabella le tenía sorbido el seso y, poco a poco, lo estaba convirtiendo en un idiota.

Su padre nunca había sido demasiado expresivo ni mimoso. Muchas veces, cuando invitaban a otros matrimonios a cenar, le había oído decir, aunque siempre cuando pensaba que ella no lo oía, que a él nunca le habían gustado los niños y que sólo lo había hecho por su mujer, que deseaba un bebé por encima de todo; sin embargo a ella siempre la había tratado con cariño y la había ayudado en todo, desde pequeña, y sobre todo los primeros meses del año anterior, cuando se quedaron solos.

Mientras esperaba que se calentara el aceite para hacerse la tortilla francesa que siempre acababa siendo su cena cuando estaba cansada y un poco triste como en ese

momento, notó que los ojos empezaban a pincharle desde dentro y pronto las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

¡Echaba tanto de menos a su madre! A su padre lo quería, siempre lo había querido, aunque él, a partir de sus diez o doce años, había dejado de demostrarle mucho entusiasmo, pero no podía sustituir a su madre. Incluso si lo hubiera puesto todo de su parte, que no era el caso, no era lo mismo. Podía pedirle lo que necesitara en cuestiones prácticas y él se las solucionaba, siempre la apoyaba en cualquier problema que tuviera en el colegio, siempre podía contar con él cuando se trataba de algo serio.

Pero con él no podía arrebujarse en el sofá y ver una película romántica, ni podía contarle sus problemas con las amigas y los amigos, ni pedirle consejo sobre qué ponerse para un momento especial. Si su madre aún estuviera viva, ahora estarían las dos en la cocina y ella le contaría lo de Clara y Dominic y las rosas, y le enseñaría las fotos que había visto en la Red, y le preguntaría si ella creía que alguna vez encontraría al hombre de su vida. Y su madre la miraría a los ojos, le sonreiría y le diría que por supuesto que lo encontraría, que menuda suerte tendría el chico que la consiguiera, y luego la abrazaría muy fuerte y la mandaría a poner la mesa con una palmada en el trasero.

Echó una mirada circular a la cocina, al gran ficus benjamina que siempre había sido el orgullo de su madre y que ahora había perdido casi todas las hojas, como si estuviera triste por su ausencia y no consiguiera recuperarse a pesar de que ella no se olvidaba de regarlo, a los paños de cocina con el estampado de las vacas de colores que habían comprado juntas, al reloj amarillo que hacía tanto ruido cuando no estaba puesta la radio, como en ese momento, y que su madre siempre decía que era antediluviano y que habría que cambiar por uno digital.

—¡Mamá! ¿Dónde estás, mamá? —dijo bajito, entre sollozos que no podía controlar.

Terminó de hacer la tortilla, apagó el fuego, puso el plato en una bandeja junto con un vaso de leche fría, un poco de pan y dos mandarinas, y se fue a la sala de estar a ver una película antes de acostarse.

En momentos así comprendía por un instante que su padre no quisiera estar en casa. Dolía demasiado.

Pero de ahí a comprender que, después de haber estado veinte años felizmente casado, se hubiese liado ahora con una estúpida que no se parecía en nada a su mujer de siempre, que casi podría ser su hija y que, al menos por teléfono, tenía una risa como de gallina histérica que ponía los pelos de punta... ¿Cómo podía ser tan imbécil? Y cada semana pasaba más noches en casa de Isabella, y cada vez más a menudo se olvidaba de mandarle un mensaje a ella para que no se preocupara.

Los padres se pasan años recordando a los hijos la necesidad de avisar siempre

que haya cualquier retraso o cambio de planes, para que no tengan que preocuparse, y luego ellos hacen lo que les da la gana, sin pensar que los hijos también se angustian cuando no saben dónde están o cuándo tienen intención de volver.

Por un momento pensó en llamar a Clara, como casi todas las noches, pero ese día no le apetecía volver a hablar de Dominic, ni tenía ganas de contar sus propias penas.

Empezó a pasar canales con la esperanza de que en alguna cadena hubiera una película de acción, con muchos disparos y muchas explosiones, donde al final muere el malo y el bueno acaba sucio y lleno de rasguños, pero gana.

Negro. Innsbruck (Austria)

Nils llevaba apenas un par de semanas en Innsbruck y empezaba a orientarse en la rutina cotidiana cuando sucedió algo fuera de lo común.

Estaba tomando un té en el café Katzung, en pleno centro de la ciudad antigua, se había levantado de la mesa para ir al baño y, a su vuelta, alguien había dejado sobre la taza dos naipes. Uno, el más convencional, era el caballo de bastos. El otro era uno de los Arcanos Mayores del Tarot: el número VII, el Carro.

Los levantó, les dio la vuelta esperando que hubiera un mensaje o un número de teléfono escrito en el reverso, pero no había nada. Al parecer el mensaje estaba contenido en la misma simbología de las dos cartas.

Echó una mirada circular al local, a esa hora ya bastante lleno de gente, tanto turistas como nativos, con la esperanza de descubrir la mirada de alguien fija en la suya, pero nadie pareció darse por aludido y tampoco él reconoció a ninguno de los presentes.

Llamó a la camarera, pidió la cuenta y preguntó, como sin darle importancia, si ella había visto a alguien dejarle los naipes sobre la taza. La mujer tardó en comprender la pregunta y, cuando lo hizo, se limitó a agitar la cabeza en una negativa.

Nils pagó y se quedó mirando las cartas. No sabía prácticamente nada de Tarot, salvo que el clan blanco era muy aficionado a consultarlo. ¿Habría algún clánida blanco por los alrededores?

Lo que sí sabía con toda seguridad era que los bastos eran el palo del clan negro, de su propio clan. Quienquiera que hubiera dejado allí esas cartas le estaba diciendo con claridad que sabía quién era él realmente. ¿Y qué más? ¿Que deseaba ponerse en contacto con él? ¿O era más bien una advertencia, un aviso de que no interfiriera en

cuestiones relacionadas con el clan blanco? ¿Qué cuestiones? En Shanghai, Imre no le había mencionado nada relacionado con los otros clanes, aunque era evidente que el clan rojo tenía algún tipo de interés en Innsbruck y por eso estaba él en la capital del Tirol, para intentar averiguar qué se proponían.

¿Sería una señal del clan rojo? No parecía probable. Le habrían dejado un naipe de oros.

Abrió el pequeño ordenador y consultó el significado del Arcano número siete. Curioso. Al parecer el significado general era el comienzo de un largo viaje que se emprende con entusiasmo y confianza, de una aventura que nos llevará a través de numerosos altibajos y peligros en busca del paraíso perdido que quizá consigamos alcanzar. Era también una advertencia para no sobreestimar las propias facultades, para darse cuenta de la propia inexperiencia y estar siempre dispuesto a aprender para que nuestros planes lleguen a buen término.

Muy interesante.

De hecho, casi podía decir que era una carta que podía muy bien representarlo a él mismo, a Nils Olafson. Así había sido siempre su vida y en el momento presente su situación era, si cabía, más clara que nunca: un nuevo comienzo, una búsqueda, un camino peligroso que podría llevarlo a encontrar algo que aún no había quedado bien definido pero que era evidentemente importante no sólo para su clan, sino también para todo *karah*.

Echó una mirada al significado del caballo de bastos y, como suponía, también era posible referirlo a sí mismo: pasión, impaciencia, ramalazos de agresividad, amor al riesgo...

¿Quién le había dejado aquello sobre su taza y qué había querido decirle con ello? ¿Algo así como «sabemos quién eres y cómo eres»? De acuerdo, y ¿qué más? ¿«Márchate»? ¿«Sigue así»? ¿«Tenemos que vernos»?

No podía saberlo, de modo que se encogió de hombros, cerró el portátil y salió de la cafetería. Si alguien quería ponerse en contacto con él, ya lo haría. De momento no tenía ninguna prisa. Ni siquiera pensaba decírselo a Imre. Ya hablaría con él cuando tuviera algo que contarle.

Volders (Innsbruck. Austria);

Lena estaba en el último piso del edificio de su instituto, el Privates Oberstufenrealgymnasium St. Karl —PORG Volders para sus alumnos y profesores

—, que estaba situado en un pueblecito a quince kilómetros de Innsbruck, un instituto de bachillerato especializado en dos ramas: ecológica y musical. Había sido un internado durante el siglo XIX y la mitad del XX y, aunque había sido remodelado varias veces, seguía teniendo la dignidad que le otorgaban sus amplios pasillos, las grandes escaleras, los marcos de las puertas tallados en madera y la enorme altura de las habitaciones.

En el último piso, de techo abuhardillado, todo de madera clara, estaba el salón de actos, con capacidad para los trescientos alumnos, sus profesores y los padres que acudían a las veladas musicales, así como las salas de prácticas de los diferentes instrumentos.

Lena estaba medio reclinada en el largo banco corrido frente a las aulas de música, con la espalda apoyada en la mochila, hablando con dos chicos de octavo B —ella era de octavo C— que también estaban esperando su turno de piano. Clara estaba dentro; tocaba una pieza de Yann Tiersen que combinaba muy bien con la luz grisácea, como de acuario, que entraba por las ventanas inclinadas del ático, una música de bosque húmedo, de gotas resbalando desde las ramas altas.

A uno de ellos, Andy, Lena lo conocía desde la escuela anterior, a la que ambos habían asistido entre los diez y los catorce años, pero si entonces Andy había sido un niño callado y más bien bajito, ahora se había convertido en un chico de casi metro noventa, con rastas y una pasión desbordada por la batería. Al otro, Lenny, era la primera vez que lo veía y Andy se lo acababa de presentar, haciendo, de paso, un resumen de lo más importante:

—Éste es Lennart Schwarz, Lenny. Va a mi clase y es nuevo en el PORG. Bueno, en el PORG y en Tirol y casi que en Austria. Fuimos juntos a la guardería y a primero de primaria, cuando aún vivíamos en Viena. Luego nosotros nos vinimos a Tirol y sus padres consiguieron un trabajo en algún país raro y nos perdimos de vista, pero han vuelto este verano. Ha vivido ya en cuatro países. Toca el piano que te pasas. Y el saxo. Es buen tío —terminó, como si él no estuviera delante. Luego le palmeó la espalda, casi con orgullo de propietario—. Ésta es Lena. Una amiga de toda la vida. Quiero decir, que llevo toda la vida soportándola, pero es majilla cuando quiere. ¡Anda, me acabo de dar cuenta! Lenny y Lena. Parecen los protagonistas de un cuento para críos.

Lena se levantó y le estrechó la mano, sin hacer ningún caso a la cháchara de Andy.

—Con el tiempo una acaba por desarrollar sordera selectiva con este pelmazo —comentó—. ¿En qué países has vivido?

Le extrañaba no haberlo visto por el instituto en las cuatro semanas que ya llevaban de clase. No era sólo que fuera guapísimo, sino que además tenía algo que lo hacía especial; tal vez la inteligencia que brillaba en su mirada, o el pelo demasiado

largo por delante que casi le cubría los ojos a veces. Ojos de duende: estrechos y rasgados, de un verde muy raro, con chispas negras. Parecía un chico interesante.

—En Guatemala, en Turquía, en Italia y en Marruecos.

—¿Y hablas todas esas lenguas? —A Lena sus padres la habían criado en español, alemán y francés; en el instituto había aprendido latín, inglés e italiano, le encantaban los idiomas y estaba dispuesta a aprender todos los que pudiera.

—Español, italiano y francés bastante bien. Turco sólo un poco y árabe casi nada, porque donde nosotros vivíamos y en mi escuela se hablaba francés.

—¡Qué suerte, haber viajado tanto!

—¡Psé! He cambiado mil veces de amigos, de profesores, de todo. Ya ni sé quién soy ni de dónde. Pero en cuanto acabe este curso, elegiré una universidad que me guste y no me moveré de allí en toda mi vida, aunque cumpla cien años. El que quiera verme, incluidos mis padres, que venga.

Lenny lo había dicho todo sonriendo, quitándole importancia, como si fuera un chiste, pero había un punto de sincera amargura en sus palabras.

—Bueno, de momento estás aquí y podría ser peor, ya verás. —Por un instante a Lena se le pasó por la cabeza abrazarlo y consolarlo, pero lógicamente no lo hizo.

—He estado en tantos sitios que sé seguro que siempre puede ser peor. Es de las pocas cosas que tengo claras en esta vida: que sea lo que sea lo que te pase, siempre puede ser peor.

—Como ves, aquí el chaval es la alegría de la huerta —dijo Andy, pasándole un brazo por los hombros. Lenny volvió a sonreír.

—Pues sí, aunque te parezca raro, eso es precisamente lo que me hace ser bastante optimista. Me conformo con poco y estoy agradecido por lo que hay.

—¡Qué barbaridad, tío, qué de filosofías para esta hora de la mañana! —Andy se puso en cuclillas frente a Lena, que había vuelto a sentarse—. Oye, ¿es verdad que David y Clara lo han dejado por fin del todo? —preguntó en voz más baja, acercándose a su amiga.

—Pero ¡qué cotilla eres!

—Pues sí. Lo confieso. Anda, di.

—Es verdad.

—¡Por fin! Tú no sabes lo que me fastidiaba verla llorar por ese imbécil.

—Pues se acabó. —Estaba a punto de decirle que no sólo habían terminado, sino que Clara se acababa de enamorar otra vez, cuando se dio cuenta de que el piano había dejado de sonar hacía un minuto—. ¡Sssh!

En ese momento Clara acababa de abrir la puerta de la sala y Lena se levantó para que Frau Professor Danler no se impacientara.

—Te dejo ahí la mochila, Clara, ¿vale?

—Luego podríamos ir a comer algo a Hall. Tengo novedades —dijo con una

sonrisa tan amplia que parecía que le iba a tapan las orejas. Se acercó al oído de su amiga y le susurró—: Va a venir este viernes.

—Vale. Espérame y me lo cuentas.

Cuando Lena salió quince minutos después, se enteró de que habían quedado en que los chicos se reunirían con ellas en Hall, en la pizzería de siempre, cuando ellos terminaran su clase de piano. Esperaba que a ellas les diera tiempo para hablar de sus cosas antes de que aparecieran, aunque la verdad era que no le desagradaba que Lenny fuera a reunirse con ellas después.

Al llegar al final del pasillo, volvió un poco la cabeza para ver si Lenny las seguía con la vista. Andy había entrado en la sala de música y Lenny estaba solo, de pie, mirándolas. Mirando a Clara. O al menos eso le pareció a Lena.

Innsbruck (Austria)

Clara abrió la puerta del piso con la sensación de estar despertando de un sueño, como siempre que se separaba de Dominic. Era la tercera noche que volvía a casa después de haber pasado todo el día con él y, a pesar de que apenas si se conocían aún, como no paraba de decir Lena, tenía la sensación de que llevaban toda la vida juntos; por eso, cada vez que se marchaba y la dejaba en la puerta sentía que no era justo, que no estaba bien, que debían estar juntos siempre y para siempre. Y el día siguiente era lunes, él tenía que volver al trabajo y no se verían durante mucho tiempo otra vez.

Por eso la noche anterior incluso le había propuesto que se quedara a dormir con ella, pero Dominic, con esa sonrisa que le hacía cosquillas en el estómago, le había dicho que no, que no quería estropear las cosas apresurándolas y que, si se lo permitía, él tenía ciertos planes y ciertas sorpresas preparadas. Y ella había contestado que sí, claro, aunque luego, dando vueltas en la cama, pensando en lo que se habían contado a lo largo del día, lo que habían hecho, dónde habían estado, sin poder dormir de pura excitación, había empezado a llamarse idiota por no haber insistido para que se quedara con ella, aprovechando que su madre estaba de viaje y podrían haber estado solos en casa.

Ahora su madre iba a viajar cada vez más porque, sin que hubiera hecho falta ninguna recomendación, la nueva empresa le había ofrecido un puesto mucho más importante que el que había tenido hasta el momento, aunque el nuevo trabajo también significaba viajar más y aceptar mayores responsabilidades. Había vuelto tan

contenta con la oferta, que Clara la había animado a aceptar aunque eso significara verse menos. Al fin y al cabo, también ella terminaría pronto el curso y luego se marcharía a la universidad. Y ahora sus planes dependerían cada vez más de los de Dominic que, sin poder evitarlo —de hecho sin querer evitarlo— se había convertido en el centro de su existencia, a pesar de que Lena ya le había dicho dos veces que no le parecía bien que se dejara llevar de esa manera por alguien a quien apenas si había visto un par de veces. No conseguía explicarse esa obsesión de Lena.

Clara los había presentado el viernes por la tarde; habían quedado para tomar una copa juntos y ella tenía la esperanza de que se gustaran de inmediato, ya que no podía ni imaginarse que Dominic pudiera no caerle bien a alguien. Sin embargo no había sido como ella esperaba. Lena había estado más bien fría y ya desde el principio habían empezado mal.

—Tú eres el de cubo de rosas, ¿no? —La pregunta de Lena había sido bastante agresiva, aunque la hubiera hecho con esa sonrisa suya que, para los que no la conocían, podía pasar por auténtica.

—¿Perdona?

—Cuando la lleves a tomar una pizza ¿piensas comprarle también la pizzería?

Dominic se echó a reír sinceramente.

—¡Muy bueno! —siguió riéndose, contagiando también a Clara. Lena se limitó a sonreír—. Tienes razón —dijo cuando pudo hablar otra vez—. Lo de las rosas suena a macho imbécil y prepotente, pero no pude evitarlo. Fue un impulso. Una de esas cosas que llevaba toda la vida queriendo hacer, pero que nunca había hecho porque nunca había encontrado a la chica ideal. Como lo de «siga a ese taxi», que uno ha visto mil veces en las películas y nunca ha tenido ocasión de poner en práctica.

Lena sonrió, más por cortesía que por otra cosa. Sonaba totalmente razonable y sin embargo... sin embargo no acababa de creérselo.

—La verdad es que me alegro un montón de que Clara tenga una amiga tan estupenda que se preocupe de la clase de hombres con los que va.

—Es lo que hacen las amigas.

—¿Os apetece una copa de champán? —Dominic se puso en pie.

—No, deja. Yo ya me voy. Con lo poco que os veis, no quiero quitaros tiempo.

Antes de que él o Clara pudieran protestar, Lena se había puesto el abrigo.

—Nos llamamos. ¡Que lo paséis bien!

No se habían visto en todo el fin de semana, pero a Clara se le había pasado el tiempo volando. Ya se verían en el instituto. Ahora lo realmente importante era hacer lo que él le había pedido antes de marcharse.

Después de besarla por última vez le había dicho: «Vete al sitio que más te guste de tu casa, enciende una vela, piensa en mí, en nosotros, y abre este sobre. Lee el mensaje, piensa tu respuesta y mándame un SMS cuando lo hayas decidido».

Le temblaban las manos al sacar el sobre del bolso y se sentía como cuando, de pequeña, tenía delante los regalos de Navidad, misteriosos debajo de sus papeles brillantes y sus lazos. Por un lado estaba deseando abrirlos y saber qué contenían mientras que, por otro, quería prolongar en lo posible el misterio, la excitación, la felicidad de que todo fuera aún posible. Porque dentro de un paquete cerrado puede haber cualquier cosa, desde una tontería hasta lo que más deseas en el mundo, pero una vez abierto, todas las posibilidades se reducen a una y no hay más que lo que hay. Y no siempre es lo que deseabas.

El piso estaba oscuro y en la sala de estar las sombras de los muebles y los objetos parecían más negras que nunca, pero por una vez se alegraba de que su madre no estuviera en casa y no pudiese aparecer de un momento a otro para preguntarle qué hora era y qué era ese sobre que tenía en la mano. Había pensado abrirlo en su habitación, en la cama. Sin embargo, aprovechando que tenía todo el piso para ella sola, cruzó la sala de estar hasta el balcón acristalado desde el que se veían las luces de la ciudad, se sentó a la mesita de mimbre, entre las plantas que fingían una selva diminuta, encendió la vela, blanca y redonda como la luna llena y, en cuanto se le acostumbraron los ojos a la penumbra, abrió el sobre con un cuidado infinito.

Dentro había una tarjeta de papel grueso, cremoso, con dos líneas escritas a mano, en tinta negra, con una caligrafía que le pareció artística y en cierto modo antigua:

¿Me harás el honor de pasar tu cumpleaños conmigo en Roma? Si me dices que sí, te recogeré el viernes a la salida de clase y te acompañaré de vuelta a casa el domingo por la noche.

Si la sonrisa de Clara hubiera sido eléctrica habría podido iluminar toda la ciudad durante un año. Cerró los ojos unos instantes, mareada de pura felicidad, y estuvo a punto de contestar que sí antes incluso de pensar que tendría que consultarlo con su madre y que lo más probable era que no le pareciera bien. Conociéndola, diría más o menos lo que Lena no se cansaba de repetir: que apenas se conocían, que no podía irse con un desconocido a otra ciudad, que podía ser peligroso... ¡tonterías! Dominic no era un desconocido, era el hombre de su vida; cariñoso, educado, inteligente... y Roma era la ciudad donde había nacido. Tenía familia allí, le había comentado que estaba deseando que conociera a su tía Flavia.

En cuanto llegara su madre se lo pediría cruzando los dedos para que dijera que sí, pero si de todas formas no estaba de acuerdo, tendría que recordarle que iba a cumplir dieciocho años y a partir del jueves era mayor de edad. De hecho, aunque dijera que no, podía hacer lo que quisiera.

Agitó el sobre y notó que algo se movía, de modo que ahuecó la mano izquierda y dejó caer el contenido: una pulsera. Un cordón fino de oro, con una pequeña llave colgando. Encima de la llave, lanzando guiños a la luz de la vela, un rubí tallado en cabujón, como una diminuta gota de sangre fresca.

Azul. Isla de Él

Las manos que echaban las cartas no temblaban y, sin embargo, había una trepidación en el aire, a su alrededor, dentro de su cuerpo. Había tardado casi toda su vida en llegar hasta ese momento y ahora que por fin se daban las circunstancias que tantos conclánidas, durante tantas existencias, habían planeado, estaba sola y la inminencia la ahogaba.

Le habría gustado compartir ese instante con alguna de las personas que lo habían hecho posible, pero ya no quedaba casi nadie y los pocos que aún sobrevivían parecían haberlo olvidado. Sólo ella continuaba trabajando para conseguir la realización del mayor sueño de *karah* que, ahora, por fin, estaba cerca. O al menos era lo que pensaba, lo que sentía con cada fibra de su ser.

Por eso había decidido no esperar más, retirarse al interior de la ciudad submarina y consultar las cartas que le indicarían si era el momento, como ella creía, y qué debía hacer a continuación para que la última fase del plan se pusiera en marcha.

Tenía mucho que hacer: primero asegurarse de la existencia del nexo; luego comprobar que el plan que había encomendado a Nagai veinte años atrás hubiera dado sus frutos; ver si el clan rojo se había creído los rumores que ella misma había lanzado, y había actuado en consecuencia; convencerse de que el clan blanco cumpliría su parte, aunque no supiera lo que estaba haciendo y, por último, saber si el clan negro, en reacción a los mismos rumores, había enviado a alguien al lugar adecuado.

Era un proyecto complejo y todo dependía de todo, en un círculo difícil de romper. No era nada sencillo decidir cuál sería su primera pregunta, ya que de la respuesta dependerían las siguientes preguntas que tenía que plantear.

Mezcló las cartas con absoluta concentración, con movimientos fluidos, casi acuáticos, durante mucho, mucho tiempo. Los naipes se deslizaban, sedosos, entre sus dedos, sin decidirse a parar; el destino agitándose frente a ella, las infinitas posibilidades y combinaciones del futuro subiendo y bajando como granos en un reloj de arena. La penumbra azul la rodeaba, sedante, como si estuviera encerrada en un capullo de seda. El tiempo no contaba.

Por fin el movimiento de sus manos se detuvo. Extendió las cartas boca abajo sobre la extraña superficie, carnosa y tersa como el pétalo de una magnolia. Su dedo corazón recorrió en el aire la fila de naipes hasta que, suavemente, se posó sobre uno de ellos y le dio la vuelta.

Hizo una inspiración profunda y sonrió.

El Arcano número VII.

El viaje podía comenzar.

Volders (Innsbruck. Austria)

La última clase del viernes fue una tortura para Clara y para Lena. Clara ya casi no podía soportar la tensión de la espera y miraba constantemente su móvil, temiendo que a Dominic le hubiese surgido algún imprevisto y le hubiese enviado un mensaje diciéndole que tenían que aplazar el viaje. Lena pensaba lo mismo, pero lo que para su amiga habría sido una catástrofe, a ella la habría hecho feliz, porque desde que se había enterado de que Clara se iba a Roma con Dominic a pasar el fin de semana de su cumpleaños, no había podido quitarse de encima la sensación de que iba a suceder algo terrible. Sabía que era absurdo, pero toda su vida había tenido intuiciones, pálpitos repentinos que había aprendido a tomar en cuenta. Su parte racional era muy fuerte y siempre era la que mandaba en su comportamiento, pero a lo largo de los años se había convencido de que, cuando tenía uno de sus pálpitos, no le convenía desoírlo, por absurdo que pudiera parecer. Y ahora lo tenía. Lo tenía y era muy intenso.

Miró a Clara, que se mordía los labios, con los ojos perdidos en el paisaje, y estuvo a punto de darle con algo pesado en la cabeza para que entrara en razón o al menos para que tuvieran que llevarla a la clínica a darle un par de puntos y perdiera el avión.

No se explicaba que Brigitte, su madre, que siempre había sido una mujer con los pies en el suelo, le hubiera dado permiso. Pero desde que Hans las había abandonado sin la menor explicación, Brigitte había cambiado mucho y sólo ahora daba la sensación de que estaba empezando a salir del agujero negro en el que había caído, aunque a base de trabajar, de perderse en sus obligaciones, responsabilidades y viajes, prácticamente olvidando a su hija. «Clara ya es casi adulta, como tú, Lena —le había dicho la tarde antes, cuando había ido a hablar con ella, aprovechando que su amiga tenía ensayo de baile para el proyecto de primavera—. Al principio a mí también me pareció que no debía aceptar la invitación de Dominic, pero luego, cuando la vi tan enamorada... Y tú sabes lo mal que lo ha pasado, que lo hemos pasado las tres con el asunto de David. Sólo de verla contenta, ilusionada con este chico, que además parece muy buen muchacho, ya estoy tranquila. Y... bueno, es sólo de viernes a domingo, mientras yo estoy en un seminario en Linz.»

Había tratado de insinuarle que tenía una mala sensación con lo del viaje, pero no se sentía capaz de decirle que era una premonición, porque no habría sido verdad; no era exactamente una premonición, ya que en ese caso, por lo que había leído, uno sabe lo que va a suceder, o ve imágenes, como fotos fijas, en las que aparece un accidente o un asesinato o una explosión. Era todo tan vago que no se atrevía a decirlo: una especie de temblor interno, de corriente eléctrica de baja intensidad, algo

como si, al ver a Dominic, se encendieran unas luces de alarma a su alrededor y un pitido que iba subiendo de intensidad, cada vez más rápido; un pitido que significaba: «Aléjate, aléjate, aléjate».

Al final de la conversación, muy discretamente, Brigitte había insinuado que podía tratarse de que Lena se sentía sola ahora que Clara había encontrado a Dominic, que quizá le tuviera un poco de envidia y que todo se arreglaría en cuanto ella también se enamorara.

Se sintió de repente tan furiosa por la estúpida insinuación que a ella misma le sorprendió. Por un instante tuvo la clara visión del filo de su mano golpeando la cara de Brigitte una y otra vez hasta hacerla sangrar, hasta que cayera de rodillas al suelo tapándose el rostro con las manos mientras ella seguía golpeando, oyendo sus gemidos. Disfrutando al oírlos.

Un segundo después, la imagen se había disuelto, pero había quedado dentro de ella un poso amargo. Había descubierto en su interior una violencia que nunca había estado allí y que la confundía, porque no lograba entender de dónde había salido. Siempre había sido una chica pacífica y, si llevaba años practicando primero kárate y luego aikido, era sólo porque sus padres habían pensado que era una forma de matar dos pájaros de un tiro: ayudarla a sacar la enorme energía que le sobraba —había sido una niña hiperactiva— y estar seguros de que en caso de necesidad sabría defenderse. Lo primero lo había conseguido con el kárate, lo segundo con el aikido, que era el único deporte que practicaba ya.

Sonó el timbre anunciando el fin de las clases y Clara se puso en pie como un muñeco de resorte.

—¡Ey, espera!

—Vamos, rápido. Dominic estará ya esperándome y aún tengo que ponerme los zapatos y pintarme un poco.

Salieron galopando por el pasillo, bajaron la escalera de dos en dos, se quitaron las zapatillas obligatorias para estar en el instituto, se pusieron los zapatos y se metieron en el baño. Clara sacó un pequeño neceser y empezó a repasarse la raya del ojo mientras Lena, apoyada en el lavabo contiguo, la miraba hacer con una sensación de impotencia que la ahogaba.

—No te pases de negro. Es mediodía y no vas a un baile.

Clara sonrió y siguió repasándose la raya.

—Oye, escucha, Clara. —Lena tragó saliva, tratando de librarse de lo que le apretaba la garganta—. No sé por qué, pero tengo mucho miedo. No vayas, por favor. No puedo explicarlo, pero creo que te va a pasar algo malo. —Había estado a punto de decir «algo espantoso», pero no se atrevió—. Por favor, Clara, hazlo por mí. No vayas.

—Venga, venga, gallina —dijo mirándola rápidamente a través del espejo

mientras se daba un poco más de rímel—. Lena, la gran mente analítica y racional, hablándome de miedos extraños. ¡Si el domingo por la noche ya estaré aquí otra vez!

Algo en la mente de Lena, la misma voz que la había avisado antes, susurró: «Sí. Pero ya no serás la misma».

Cuando se dio cuenta, Clara estaba ya en la puerta, sujetándola para que saliera su amiga.

—Vamos, tortuga. ¿Estoy bien? ¿Tú crees que le gustaré?

Lena la miró con la sensación de que lo hacía por última vez y quizá por eso su imagen se grabó profundamente en su cerebro. En el futuro, siempre que pensara en Clara sería ésa la imagen que acudiría a su mente: botas con un poco de tacón, vaqueros negros, jersey rosa claro sobre una camiseta gris; sus ojos oscuros brillando como estrellas, su cabello de color miel recién lavado, esponjoso como una nube. La pulsera que él le había regalado en la mano derecha.

—Estás preciosa. Ya puede darse con un canto en los dientes de que tú quieras estar con él.

Se abrazaron fuerte unos segundos. De algún modo que no podía comprender, para Lena era una despedida.

—Dominic me ha dicho que en Roma me espera la otra mitad de mi regalo de cumpleaños —comentó Clara, sonriente, jugueteando con la pulsera nueva—. ¿Qué crees tú que puede ser? —le preguntó a Lena.

—Si fuera una persona como yo, ya que te ha regalado una llave, la otra mitad sería algo que esa llave puede abrir. Pero como estamos hablando de un tipo que te ha regalado un cubo de rosas, lo más probable es que la llave sea la que abre su corazón o alguna cursilada de ese estilo. Lo mismo te pide en matrimonio.

—¡Anda ya! —Pero la sonrisa de Clara dejaba bien claro que, si así fuera, no le molestaría lo más mínimo. Dejó la cartera y las zapatillas en el armario, lo cerró, se puso el anorak y, cuando ya estaban casi en la puerta de salida, se volvió otra vez hacia Lena—. Y si me lo pide, ¿qué le digo?

Las dos se echaron a reír como cuando tenían doce años. Salieron al exterior y Dominic, como recién recortado de una revista, estaba esperando de pie junto a su coche.

Todas las chicas que pasaban lo miraban extasiadas y todos los chicos miraban el coche, lo miraban a él y, rápidamente, hacían como si no se hubieran fijado.

—Hasta el lunes, Lena. ¡Deséame suerte!

—¡Suerte, preciosa! ¡Cuídate mucho, por favor! Y mándame un SMS cuando llegues, ¿vale?

La voz de su mente, sobreimpuesta a la sonrisa de Dominic y al abrazo de la pareja susurró: «Ya es tarde para la suerte. Y para cuidarse. Todo está en marcha».

Lena sacudió la cabeza para librarse de la voz, que esta vez no parecía la suya, la

que desde siempre le susurraba cosas que aún no habían sucedido, y la ominosa sensación que le había producido. Por encima del hombro de Clara, la mirada del muchacho se clavó en la de ella y durante un segundo tuvo la sensación de que estaba a punto de caer en un pozo profundísimo. En los ojos de Dominic chispeó brevemente algo que ella no consiguió comprender: ¿triumfo?, ¿advertencia?, ¿orgullo?; luego se apagó y, cuando volvió a mirarla antes de sentarse al volante, su mirada era de nuevo inocente. La saludó con la mano y cerró la puerta.

Lena siguió el coche con la vista hasta que se perdió en la carretera y se quedó, indecisa, en medio del camino, sin saber si volver atrás y estudiar un rato en la biblioteca o tomar el autobús para regresar a casa.

—¿Vas a Innsbruck?

La voz masculina la sacudió como si una mano la hubiera zarandeado físicamente.

—¿Qué? Sí, creo que sí.

Era Lenny.

—¿Y Clara?

—Se ha ido ya. Tenía prisa.

—¿Tenéis planes para esta noche o para mañana? Podríamos ir al cine o a tomar algo.

—Yo no tengo nada previsto. Clara no está. Se ha ido a Roma.

Iban bajando el camino a buen paso, para no perder el autobús, que pasaba cada media hora.

—¡Qué suerte! Yo he vivido tres años allí y daría cualquier cosa por volver. Pero de momento estoy sin pasta y la semana que viene tenemos tres exámenes, así que me voy a pasar el fin de semana empollando.

—¿No decías de ir al cine?

—Ni siquiera sé qué echan. Era por salir un rato.

—Pues si hacéis algo, me apunto.

—Vale. Llamaré a Andy y si hay plan, te doy un toque.

Cuando llegó a casa —vacía— fue a su habitación y se tumbó en la cama directamente, sin comer.

Se despertó casi a las siete de la tarde, de noche ya, empapada en sudor y con el estómago contraído de hambre y de nervios.

Había vuelto a tener una pesadilla, uno de esos sueños horripilantes, pegajosos, que parecían realidad y que la habían acompañado a lo largo de toda su vida. Pero normalmente las pesadillas la asaltaban cuando estaba de viaje, la primera o la segunda noche que pasaba en algún lugar desconocido. Había sido así desde siempre, desde sus primeros recuerdos: sus padres y ella se iban de vacaciones a algún lugar y, antes o después, sufría una de esas horribles pesadillas que hacían que su madre

tuviera que acostarse a su lado, abrazarla y tranquilizarla hasta que volvía a dormirse. Por eso, de pequeña, viajar le daba miedo.

En casa no le pasaba prácticamente nunca y sin embargo ahora, incluso en su propia cama y precisamente cuando estaba sola, había vuelto a suceder.

El sueño se estaba desdibujando con toda rapidez, pero creía recordar que había soñado que descendía por una inmensa pared de piedra agarrándose precariamente a los salientes de la roca, temiendo caerse y acabar aplastada en el fondo del barranco, por donde corría un estrecho río de lava. Unos enormes pájaros negros volaban a su alrededor dando terribles graznidos. El cielo era negro y rojo, con puntos blancos, de un blanco azulado, como una herida infectada. Le temblaban los brazos y las piernas del esfuerzo, y el sudor de la frente se le metía en los ojos produciéndole un tremendo escozor. Tenía que llegar hasta el fondo del barranco porque abajo estaba Lenny y la necesitaba. Entonces apareció Dominic flotando en el aire junto a ella. Su aspecto era sereno y casi bondadoso. Cuando los brazos ya apenas podían sostenerla, él le tendió la mano. En el mismo momento en que se soltaba de la roca para agarrar la mano de Dominic, oyó la voz de Clara gritando «¡Nooooo!» y se sintió caer como una piedra, hacia la lava que la esperaba al fondo del cañón. Y se despertó sudada y temblorosa, en la oscuridad.

Alargó la mano hacia la mesita de noche. En su móvil no había ningún mensaje nuevo.

Haito. Rojo. Roma (Italia)

A Clara, el vuelo se le pasó en un suspiro. Les sirvieron una copa de cava con un par de canapés, y la visibilidad era tan buena que disfrutó del paisaje como si estuviera volando por encima de un mapa gigante: primero las inmensas moles cubiertas de nieve de las montañas alpinas, luego la gran llanura verde del Po, más adelante la línea de la costa, el mar de un azul profundo salpicado aquí y allá de puntitos blancos que serían barcos de un tamaño respetable y desde arriba eran meros juguetes. Se sentía como si estuviera soñando despierta. Dominic le había pedido permiso para acabar de estudiar un informe que debía estar listo antes del lunes y, cuando ella le echaba una mirada con el rabillo del ojo y lo veía tan serio, tan guapo, haciendo su trabajo antes de poder dedicarle todo el tiempo en Roma, se le encogía el corazón de felicidad y miles de hormigas calientes le corrían por las venas. No podía creerse que aquello le estuviera sucediendo a ella, sobre todo después del año que acababa de

pasar; sólo dos meses atrás estaba convencida de que jamás sería feliz, de que no estaba previsto en la línea de su vida el volver a reír, el encontrar a alguien que la quisiera, el que el futuro se abriera frente a ella. Y sin embargo ahora...

Al llegar a Roma se dirigieron al aparcamiento de larga estancia y Dominic le abrió la puerta de un deportivo rojo.

—¿Has alquilado un Ferrari? —preguntó Clara, sin aliento.

Él se echó a reír.

—No. Éste es mi coche en Roma. Estuve a punto de pedir una limusina del hotel, igual que al principio había pensado traerte en el avión de la empresa; pero luego me imaginé lo que diría Lena y no me atreví. No quería arriesgarme a que pensaras que soy un imbécil que no busca más que impresionarte.

—No te preocupes de lo que diga Lena. Yo no pienso así.

—Es tu mejor amiga y, según Eleonora, la opinión de la mejor amiga es crucial en estos asuntos.

—¿Quién es Eleonora?

—Mi hermana. Está deseando conocerte, pero esta vez no podrá ser. Se ha ido a Dubai a pasar un par de días con su novio. Si quieres, podemos visitar a mi tía Flavia y ver si hay alguien más de la familia. Si no tienes ganas de familia, tampoco es problema. A ver, dime, ¿qué quieres ver en Roma?

—El Coliseo —dijo ella sin pensar ni un instante—. Y luego, lo que tú quieras.

Dominic sonrió, puso música, bajó la capota del coche porque la temperatura era realmente cálida y avanzaron por una amplia avenida bordeada de pinos romanos, entre los cuales blanqueaban unas ruinas, a su izquierda.

Cuando Clara estaba a punto de preguntarle qué eran esas ruinas, Dominic señaló frente a ellos:

—Señora, el *Colosseo* está servido.

Efectivamente, justo enfrente de ellos, la avenida desembocaba en el maravilloso Coliseo que tantas veces había visto en las películas. El cielo era de un azul perfecto, sin una sola nube y, a pesar de que estaban a principios de noviembre, la temperatura era de primavera, el sol les calentaba la cara y muchos de los turistas llevaban pantalones cortos y camisetas de algodón.

—¡Qué preciosidad! ¡Qué maravilla!

—Todo para ti —dijo, cogiéndole la mano y besándola.

Clara se echó a reír, extasiada, mientras sus ojos no se apartaban del Coliseo que ahora ya estaban rodeando. Un segundo después echó hacia atrás la cabeza, cerrando fuertemente los ojos para que no se le escaparan las lágrimas que le pinchaban por dentro, respiró hondo y echó una última mirada al Coliseo que ya desaparecía a sus espaldas.

—Estamos llegando.

—¿Vamos a tu casa?

—Yo no tengo casa en Roma. Vivo en el último piso de uno de nuestros hoteles. Ahora lo verás, no está mal, y me ahorro muchos problemas de intendencia. No es lo mismo que tener un piso propio, pero hasta que me instale definitivamente en una ciudad concreta, es la mejor solución.

Pararon delante de un palacete de fachada ocre con contraventanas verdes. Sólo una discreta placa dorada en la puerta informaba de que la Domus Iulia pertenecía a la cadena Mystery of Life. Un botones uniformado sacó las maletas del coche y se quedó las llaves, mientras otro se hacía cargo del equipaje. Los dos saludaron a Dominic con una confianza respetuosa.

El interior era de una elegancia clásica, con muebles de anticuario, bellas tapicerías y grandes plantas verdes.

—En la parte de atrás hay un invernadero donde también se sirven las comidas y un jardín bastante amplio. Luego lo veremos, ¿te parece?

A Clara todo le parecía bien. Asintió con la cabeza y, mientras esperaban el ascensor, creyó oír la voz de Lena diciéndole: «Eres una paleta; dices que sí a todo y acabarás hecha una alfombra, tirándote al suelo para que el señor te pise». Eso era lo que le había dicho cientos de veces refiriéndose a David, pero ¿qué iba a hacer, si la mayor parte de las veces no había nada concreto que ella quisiera hacer? ¿Qué más le daba ir en ese preciso instante a ver el invernadero y el jardín o ir más tarde, como él había propuesto?

Cuando se abrió el ascensor, Clara se dio cuenta de que, al parecer, en el último piso no había más que una puerta. Dominic la abrió y se hizo a un lado para que ella pasara delante.

La habitación era inmensa. Frente a ellos, una pared de puertaventanas de cristal del suelo al techo que daban a una terraza llena de plantas y flores, a la derecha una zona de sofás y sillones en tonos claros contrastando con una pared pintada de rojo oscuro donde destacaba un cuadro abstracto, y a la izquierda una puerta entreabierta que permitía distinguir una cama enorme. No le dio tiempo a fijarse en más detalles porque toda la habitación, todo lo que abarcaba la vista, estaba llena de rosas blancas en jarros de plata o de cristal. Docenas de rosas blancas. Cientos de rosas blancas.

Clara se llevó una mano a la garganta y otra a la boca, como si temiera perder el aliento para siempre. Dominic la abrazó por detrás, bajó la cabeza hasta la altura de su oído y le dijo en un susurro:

—A partir de ahora, tu amiga no tiene por qué saberlo todo, princesa. ¿Te gusta?

Ella empezó a asentir con la cabeza enloquecidamente; no se sentía capaz de hablar, tenía la garganta estrangulada y los ojos llenos de lágrimas. Él, sin soltarla, la fue llevando paso a paso hacia las ventanas fronterizas; salieron a la terraza, avanzaron hasta la barandilla y Clara no pudo evitar un «¡Ah!» de maravillada sorpresa. Desde

allí se extendía a sus pies toda la Roma antigua: el Coliseo a la derecha con el arco de Constantino y los Foros Imperiales más allá, la colina verde del Palatino a la izquierda, con sus ruinas blancas, sus pinos y sus cipreses, las torres de varias iglesias, las tejas rojizas de casas y casas como olas de un mar inmóvil. El sol de la tarde bajaba hacia el horizonte frente a ellos, tiñéndolo todo de oro, alargando las sombras, poniendo terciopelo en los colores.

—Aquí mismo, a nuestra derecha, estuvo la Domus Aurea, el maravilloso palacio de Nerón. Dos mil años después, estamos nosotros.

—¡Cuánta belleza! —suspiró.

Él se volvió hacia una mesita de hierro donde reposaba un cubo con una botella y un par de copas. Abrió el vino, sirvió y le tendió una, mirándola fijamente.

—Tienes toda la razón, Clara. ¡Cuánta belleza!

Le llevó un segundo darse cuenta de que no lo decía por el paisaje ni por las ruinas de la Antigüedad, sino por ella. Se sonrojó y bajó la vista.

—Por nosotros. Por el futuro. Por la vida que surge de la muerte —brindó Dominic.

Chocaron las copas, dieron un sorbo y se besaron. Un largo, largo beso.

Negro. Innsbruck (Austria)

Había alquilado un pequeño apartamento en Innsbruck, de precio medio, cerca de la universidad para poder pasar desapercibido entre la masa de estudiantes que llenaba el barrio a todas las horas del día. También había comprado una moto de segunda mano que le permitía moverse con comodidad, aunque sus trayectos se podían hacer casi siempre en autobús y sólo la sacaba cuando necesitaba volver a tener la sensación de libertad que sus tareas no le permitían durante la semana.

Para los vecinos, que apenas si lo miraban y que jamás le habían dirigido la palabra, no era más —o eso suponía él— que un estudiante, posiblemente alemán, nuevo en la universidad, que no armaba escándalo, ni daba fiestas, ni volvía borracho por las noches; un muchacho sencillo y trabajador que salía temprano de casa, volvía a media tarde, y no tenía ni amigos ni novias.

Por eso le sorprendió encontrarse el sobre en el buzón, aunque esperaba algo similar desde el incidente de la cafetería con las cartas del Tarot. La sorpresa no se debió al hecho mismo de encontrar un mensaje, sino al hecho de que alguien lo hubiera estado siguiendo hasta averiguar dónde vivía sin que él se hubiese dado

cuenta. Eso le molestaba profundamente. No se creía tan inocente como para no haberlo notado; el tipo que lo vigilaba debía de ser todo un profesional.

El mensaje en sí era realmente curioso: un sobre blanco con borde negro, como los que él sólo conocía de las participaciones de defunción, en cuyo interior había una tarjeta también bordeada de negro. Una bella mujer de mediana edad, ojos profundos y melena oscura lo contemplaba desde una fotografía en blanco y negro.

Nuestra amada

Marie Simansky

falleció inesperadamente el 28 de septiembre.

Fue sepultada en el cementerio de Mühlau.

Rogad por ella

Sin indicación de año, sin indicación de qué parentesco unía a aquella mujer con quien fuera que había depositado la esquila en el buzón. Comprobó la fecha del día en su reloj: 5 de noviembre.

Nils le dio la vuelta a la tarjeta buscando alguna pista más. Detrás, escritas en un lápiz fino y duro, en una letra diminuta, unas palabras en latín:

Hodie, prima nocte. Luna oriente.

Sonrió.

Una cita a la antigua.

Esta noche, a la salida de la luna.

Ahora tendría que averiguar dónde estaba ese cementerio y, sobre todo, cosa que le daba auténtica vergüenza por lo que significaba, cuándo saldría la luna esa noche. Hacía mucho que no medía así el tiempo y no tenía la menor idea de a qué hora podría ser la cita.

De todas formas, tendría que ir allí mientras aún hubiera luz para encontrar el lugar donde se le convocaba: la tumba de Marie Simansky. Luego esperaría a aquel desconocido que quería hablar con él.

El que la cita fuera en un cementerio, por la noche, no le preocupaba lo más mínimo. A lo largo de su existencia se había acostumbrado a la muerte.

Haito. Rojo. Roma (Italia)

Clara se había imaginado que, nada más llegar a Roma, donde Dominic se sentiría en su territorio, se meterían en la cama y no se levantarían hasta el día siguiente o hasta que el hambre los forzara a ir a buscar una pizza. Al menos era lo que a ella le habría

gustado hacer. Sin embargo, apenas media hora después de llegar al hotel estaban saliendo de nuevo.

—Un fin de semana no da para mucho, preciosa, y hay tantas cosas que quiero enseñarte —le había dicho—. Sin contar con las tiendas, claro. Si salimos muy tarde ya no te va a dar tiempo a comprar nada hoy.

La verdad era que ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de comprar. Ni andaba demasiado boyante de dinero ni estaba de excursión con las amigas del instituto, pero bien mirado tampoco tenía nada en contra de darse una vuelta por las tiendas romanas y comprarse alguna tontería.

Un coche del hotel los llevó a la vía del Corso y desde allí fueron paseando por calles y plazas, viendo y comentando todo lo que les iba saliendo al paso, tanto monumentos y fachadas imponentes como pequeñas tiendas llenas de cosas raras. Roma estaba llena de sorpresas: ruinas antiguas y columnas blancas que surgían de pronto, al volver una esquina, fuentes de todos los tamaños, palacios señoriales con adornos de estuco o frescos medio borrados por el tiempo, callejuelas estrechas que desembocaban en una plaza diminuta que llevaba a un pasaje oscuro que de pronto se abría a una calle o un ensanche que parecía otra ciudad. Y gente, muchísima gente, y motos y coches sorteando a los paseantes que a veces tenían que meterse urgentemente en un portal para no ser atropellados, y grupos de turistas en busca de un sitio donde cenar.

La temperatura seguía siendo agradable, aunque la luz iba desapareciendo y la penumbra iba tiñendo de rosa, de violeta y luego de azul los pisos altos de las casas.

Clara disfrutaba de todo lo que les salía al paso, apretando la mano de Dominic como si fuera el ancla que la mantenía unida al sueño del que no quería despertar. De vez en cuando lo miraba sin que él se diera cuenta y se sentía como una niña a la que le acaban de comprar el globo más bonito de todo el racimo del vendedor y ahora puede llevarlo orgullosamente atado a la muñeca, cuidando de que no se le suelte porque perderlo y verlo desaparecer en el cielo, sabiendo que por unos minutos había sido suyo, sería lo peor del mundo.

Se rió para sí, pensando qué diría Dominic si supiera que en su interior acababa de compararlo con un globo. Aún no lo conocía bastante como para saber si le gustaría o no, de modo que decidió no decírselo todavía. Quizá más adelante, cuando llevaran mucho tiempo juntos, se reirían hablando de ello. Pero, de momento, le resultaba un poco difícil saber cómo comportarse con él. No podía evitar sentirse un poco tonta, inadecuada; él era mucho mayor que ella y, por eso, tenía mucha más experiencia en todo; a su lado se sentía segura y protegida pero también un poco incómoda, sin saber cuál era exactamente su lugar, como si no fuera más que un cachorrillo simpático y no la mujer de la que él se había enamorado.

Pero es que tampoco acababa de creerse que Dominic se hubiese enamorado

precisamente de ella, que no tenía nada de especial, que apenas si había viajado en la vida, que no destacaba realmente en nada. Tenía compañeras que tocaban maravillosamente un instrumento, o que eran grandes deportistas, o que tenían una voz que era un regalo de Dios, o enormemente creativas, o excelentes en matemáticas y pensamiento abstracto. Ella no tenía nada de todo eso. Sus notas eran medianas, hacía más o menos bien todo lo que tenía que hacer pero ni siquiera se había planteado qué quería hacer con su vida cuando, en junio, terminara la Matura y tuviera que decidir cómo seguir. No había ninguna carrera que le apeteciera de verdad y por eso había acabado por darle la razón a su madre y estaba dispuesta a probar un trabajo en la hostelería, quizá en la recepción de uno de los hoteles de la cadena, aprovechando que en idiomas era bastante buena.

Y ahora, con lo de Dominic, de repente se sentía metida en una película para adolescentes: la chica mona, un poco ignorante, que trabaja de camarera en un hotel y por casualidad conoce al hijo del dueño y acaba convertida en su esposa, después de haber aprendido todo lo que necesita saber para estar a la altura. La cosa era francamente ridícula, una cursilada. Y real.

—Mañana haremos una visita más organizada, pero ahora me gustaría enseñarte una de mis plazas favoritas —interrumpió él el flujo de sus pensamientos después de que hubieran admirado el Pantheon y la plaza Navona—. Podemos cenar por allí, si te parece. Es temprano, pero yo ya empiezo a tener hambre.

—Sí, yo también. Las pizzas aquí deben de ser buenísimas, ¿no?

—Claro. Y la pasta. Conozco un par de sitios estupendos. Ven, quiero que entremos por la via dei Giubbonari.

Llegaron a una plaza con un pequeño jardín de donde salía una calle estrecha, llena de tiendas y de gente que paseaba entre risas y llamadas en todos los idiomas a ver esto y aquello en los escaparates. Flotaba en el ambiente una sensación de alegría, de libertad, de primera noche de fin de semana, llena de posibilidades, de sueños, de magia.

Se quedaron un instante parados, contemplando las luces, la gente, el cielo ya casi nocturno. Se miraron sonrientes, sintiendo la electricidad chispear entre ellos. Entonces Dominic, sin ningún esfuerzo, la levantó como si no pesara más que una almohada de plumas, la tomó en brazos como si fueran recién casados y pensara atravesar con ella el umbral de su nueva casa, y la besó.

Luego la depositó en el suelo, entre las sonrisas y las miradas de envidia de los que se habían dado cuenta, y siguieron caminando, comentando la ropa de los escaparates, los colores, los divertidos sombreros que llenaban una vitrina y las corbatas de otra. Luego, en la siguiente bocacalle, Dominic volvió a alzarla en vilo y, con ella en brazos, siguió caminando, como si no sintiera su peso, en dirección a la plaza que le quería enseñar. A su derecha surgió una pequeña iglesia, insignificante y

bastante fea, pero que destacaba por su originalidad: la placita era apenas un ensanche de forma triangular y en el vértice aplanado se alzaba la fachada blanca con un arbolito en maceta a cada lado de la puerta.

—¿Era ésta la plaza que querías enseñarme?

Él sacudió la cabeza.

—No. La que yo quiero es Campo de' Fiori; ya estamos muy cerca.

—¿Cuál es esa iglesia?

—Ni idea. En Roma hay más de setecientas. Y no parece gran cosa, la verdad. ¿Quieres que me entere?

Ella sonrió porque, aunque tampoco le parecía que valiera mucho la pena, siempre le hacía gracia que cuando mostraba interés por algo, él se lo tomara muy en serio.

—De acuerdo. En cuanto nos sentemos en algún restaurante, te dejo un momento y voy a ver si consigo las llaves.

—No, hombre, no hace falta. Ya la veremos mañana en todo caso.

Él volvió a besarla sin dejarla aún en el suelo y luego siguió caminando sin fijarse, o al menos sin aparentar fijarse, en las miradas que les echaban los turistas e incluso en alguna foto que les tomaban al pasar, mientras Clara se debatía entre la felicidad más perfecta y una especie de ligera vergüenza por estar poniéndose tan en evidencia. Pero al fin y al cabo, allí no la conocía nadie y la situación era tan maravillosa, tan increíble, que se obligaba a disfrutarla segundo a segundo porque se conocía bien y sabía que, si no se fijaba ahora en todo, luego se reprocharía haber perdido uno de los mejores momentos de su vida.

La plaza, grande, cuadrada, llena de mesas de terrazas de cafés y restaurantes, tenía una gran estatua en el centro: un hombre vestido de monje, con la capucha echada sobre los ojos. Dominic la rodeó hasta que se encontraron frente a ella. Entonces depositó a Clara en el suelo con suavidad.

—Princesa, te presento al maestro Bruno. Giordano Bruno. Fue quemado aquí mismo, donde hoy está su estatua, el 17 de febrero de 1600.

—¿Por qué?

—Según la Inquisición, por hereje. Por no retractarse de, entre otras cosas, la idea de que las estrellas son mundos lejanos poblados por seres inteligentes. Bueno, y por negar la divinidad de Cristo y la posibilidad del Juicio Final.

—¡Qué moderno! Y ¡qué valiente!

—Sí. Era un gran hombre. Un poco problemático y difícil de trato, pero tenía mucho talento. Maestro Bruno, os presento a mi elegida. —Clara estuvo a punto de dar un grito de alegría. «Mi elegida.» Había dicho «mi elegida»—. Saluda, Clara.

Miró a Dominic sin saber qué le estaba pidiendo y ya estaba a punto de echarse a reír cuando notó que, extrañamente, allí había algo que para él era muy importante,

de modo que desvió la vista hacia la estatua, hacia la mirada que habitaba las profundidades de piedra de la capucha, hizo una pequeña reverencia como la que le habían enseñado a hacer el año anterior en el montaje teatral y dijo en voz baja:

—Maestro, es un honor.

Entonces Dominic sonrió.

—Vamos a comer. Tengo una hambre de lobo.

Minutos después estaban sentados en una terraza, junto a la estufa que, a través de su pirámide de cristal, dejaba ver las llamas del interior. Cientos de lucecitas doradas brillaban enredadas en la pérgola de madera que los cubría, y desde donde estaba Clara se adivinaba al fondo la negra figura del monje quemado.

Dominic volvió de la barra con dos vasos de un vino ligeramente gaseoso que olía deliciosamente a fresas.

—Pruébalo, es Fragolino. —Chocaron las copas mirándose a los ojos—. Por nosotros y nuestro futuro. Ahora te dejo sola un momento. Voy a echar una mirada a la iglesia esa que te ha llamado la atención. Tú, mientras, disfruta del vino. He encargado la cena, sin preguntarte, ya lo sé, pero quería darte una sorpresa. Vuelvo en seguida. —Ya se había alejado unos pasos cuando se volvió de nuevo hacia ella—. Si no se te ocurre nada que hacer mientras vuelvo mándale un mensaje a tu madre, para que no diga que no te cuidó. Y si te sobra tiempo, piensa en mí —terminó con una sonrisa.

No tenía ganas de empezar a mandar mensajes, su felicidad era demasiado grande como para reducirla a unas cuantas palabras, pero Dominic tenía razón, si le enviaba una nota a su madre sería más fácil conseguir que le diera permiso la próxima vez que quisiera pasar un fin de semana con él. Tecléo con rapidez: «Hemos llegado bien a Roma. Todo perfecto. Vamos a cenar. Besos». Lo terminó con un *smiley* y pulsó la tecla de enviar. Luego, ya a punto de guardar el móvil en la mochila, pensó que si le mandaba también uno a Lena se ahorraría que fuera ella quien llamara, y además ofendida porque le había prometido avisarla de que todo iba bien, así que copió el mismo texto que acababa de enviar, lo mandó al número de su amiga y se bebió todo el vino que quedaba en la copa. Estaba buenísimo, pero como hacía bastantes horas que no había comido y lo que le habían dado en el avión era tan poco, sintió que el alcohol empezaba a subírsele muy rápido a la cabeza y se le nublaba ligeramente la vista. Esperaba no tener que vomitar la cena ni marearse en público, pero las emociones del día y el haberse levantado a las cinco para lavarse el pelo antes de ir a clase se estaban manifestando ahora de golpe. Menos mal que Dominic la había dejado sola y podía recuperarse hasta que él volviera.

Lo que más necesitaba era apoyar la cabeza en algún lado y dormir cinco minutos. Con cinco minutos, uno se sentía mucho más descansado, pero poner la cabeza en sus brazos cruzados sobre la mesa no le parecía demasiado presentable;

podía llegar él y verla así, como una vieja borracha. La silla en la que estaba sentada tenía un respaldo bastante alto. Si se echaba un poco hacia abajo para apoyar la cabeza sería mucho mejor, como dormir en un tren o en un avión. Así. Estiró las piernas, puso la mochila en su regazo, cruzó los brazos por encima y, con una última mirada a la estatua de Bruno, cerró los ojos con infinito alivio.

Innsbruck (Austria)

Lo primero que hizo Lena al volver al vestuario fue mirar el móvil por si había algún mensaje de Clara con noticias de Roma, o de Lenny proponiéndole algún plan para la noche.

Cuando se había despertado de la siesta, a las siete menos veinte, sudada y con el corazón desbocado por la pesadilla que acababa de tener, había cogido la bolsa de deporte y se había ido directamente al USI (el Instituto Universitario de Deporte), a la sala de *fitness*, porque desde la muerte de su madre se había acostumbrado a superar sus penas y sus angustias a base de agotamiento físico. En otros tiempos, habría podido llorar un rato en casa frente a una taza de té o de chocolate que su madre le habría puesto delante, le habría podido contar que tenía miedo por Clara y que le habría hecho ilusión que Lenny la llamara, y luego podrían haber decidido ir al cine a ver alguna comedia de esas con final feliz donde la pareja acaba reuniéndose después de montones de problemas y malentendidos. Pero desde que estaba sola, y más desde que Clara vivía en su propia nube de color de rosa, no le quedaba otro remedio que salir a correr o agotarse durante un par de horas en el gimnasio hasta que el cansancio le hiciera desear meterse en la cama, dormir y olvidar.

Ahora eran ya las diez menos cuarto y estaban a punto de cerrar, de modo que tenía que darse prisa con la ducha, pero primero era el móvil. Había veces que le fastidiaba esa dependencia del estúpido aparato, pero no podía evitarlo, no podía imaginar cómo era la vida antes de los móviles, qué habían hecho los jóvenes para mantenerse en contacto y quedar y salir.

No había ninguna llamada perdida y sólo un mensaje de texto. De Clara. Lo abrió con manos temblorosas y estuvo a punto de estrellar el móvil contra la pared.

«Hemos llegado bien a Roma. Todo perfecto. Vamos a cenar. Besos.»

La muy imbécil no se había molestado siquiera en escribir unas líneas sólo para ella; estaba claro que aquél era el SMS destinado a cumplir con su madre y, para no perder tiempo, se había limitado a enviarle una copia. Seguramente para evitar que la

llamara preguntando cómo iban las cosas y que le estropeará la noche romántica.

Se desnudó casi con rabia, tirando la ropa sobre el banco, deseando ponerse a dar gritos de desesperación, sintiéndose sola, abandonada, olvidada por todos. ¿Cómo era posible que una chica de dieciocho años, inteligente, simpática y guapa —porque era guapa, lo sabía, aunque nunca se había preocupado mucho de su aspecto— estuviera totalmente sola un viernes por la noche, sin que a nadie se le hubiese ocurrido llamarla ni siquiera para ir al cine o para tomar una copa en grupo? ¿Qué había hecho mal en la vida para haber llegado a esa situación?

Se metió en la ducha, abrió el grifo a la máxima potencia, para que las gotas le golpearan el cuerpo, y se quedó quieta, con las dos manos apoyadas contra la pared, esperando que el agua consiguiera eliminar su pena y su soledad.

Nunca en toda su vida había deseado tanto tener a alguien que la quisiera, un chico que ahora estuviera esperándola en algún café, o que fuera a recogerla, o que le hubiese preparado una cena —aunque se tratase de unos espaguetis mal cocidos— para celebrar que era viernes y tenían toda la noche por delante. Pero no había nadie. Nadie que pensara en ella, nadie que la esperara, nadie a quien le hiciera ilusión una llamada suya. La soledad era como una droga que le hubieran inyectado en vena y estuviera empezando a extenderse por todo su cuerpo, anestesiándola, quitándole la sensibilidad.

El vestuario, más que vacío parecía abandonado, como si se hubiera metido en una de esas películas en las que toda la humanidad ha desaparecido del planeta. Sus pasos húmedos sobre el linóleo del suelo hacían un ruido de succión perfectamente audible en el silencio. Ella había sido la única mujer en la sala de *fitness* y por tanto no podía esperar que entrara nadie más a ducharse. Todos los armarios estaban abiertos, como bocas desdentadas. Las luces fluorescentes se estrellaban contra la porcelana blanca de los lavabos, los espejos no reflejaban más que un vestuario vacío donde una figura femenina desnuda se movía como perdida. Deseó salir de allí a toda velocidad y, por un instante, tuvo la sensación de que no podría, de que aquel cuarto se negaría a abrirse para que ella pudiera salir, como si fuera la boca de un animal que la tuviese ya atrapada en sus fauces, una serpiente que estuviera empezando a tragarse un ratón.

Se vistió en unos segundos sin molestarse siquiera en secarse el pelo para no tener que seguir allí ni un momento más y cuando apoyó el hombro en la puerta y ésta cedió bajo su peso, apenas pudo retener un suspiro de alivio.

«Mira que eres tonta —pensó—. ¿Cómo se te puede ocurrir que no iba a abrirse? El portero sabe que estás aquí, te ha visto corriendo en la cinta y sabe que eres la única chica. No te va a encerrar.»

De todas formas, bajó corriendo la escalera y sólo empezó a sentirse segura cuando salió al exterior y pudo aspirar el aire helado de la noche. Olía a nieve, a pesar

de que el cielo estaba despejado, y las estrellas brillaban con tanta intensidad que parecía que estuvieran al alcance de su mano.

No había nadie por los alrededores. La mayor parte de los chicos que habían estado haciendo pesas se había marchado poco después de las nueve y ahora ya ni siquiera quedaban coches en el aparcamiento. La única luz llegaba del aeropuerto cercano y de las farolas de la calle que llevaba a la ciudad.

Se acomodó la bolsa a la espalda y se quedó un momento parada, sin saber qué hacer, decidiendo si esperar un autobús o recorrer a pie los cuarenta minutos hasta su casa. Pero tampoco tenía ganas de ir a casa. Estaba cansada, sí, pero también estaba muerta de hambre, y triste, y angustiada, y...

Echó la cabeza hacia atrás, inspiró profundamente y se estiró hasta que su cuerpo volvió a ser una línea recta. Detestaba ponerse así, lloriquear, aunque sólo fuera por dentro, tener lástima de sí misma, darse palmaditas en la espalda, como una idiota, y sin embargo últimamente lo hacía cada vez con más frecuencia.

Se puso el gorro sobre el cabello húmedo que se le había quedado helado y, a buen paso, se dirigió a la parada del autobús. En una película ahora sería un buen momento para que apareciera «el chico de su vida»: un extranjero que para a su lado porque acaba de alquilar un coche en el aeropuerto y quiere preguntarle cómo llegar al centro; o un atleta que ha estado entrenándose hasta tarde, ha decidido tomar el autobús y de repente la ve a ella y se da cuenta de que es la chica que ha estado buscando toda su vida; o un estudiante de Erasmus francés o finlandés o polaco, que lleva un mes en Innsbruck y aún no conoce a nadie y se siente tan solo y tan abandonado como ella. Pero eso sólo pasaba en las películas.

En la parada del autobús esperaban dos amigas hablando en voz baja y tres chicos que, a juzgar por su conversación, llegaban de jugar un partido de fútbol y habían decidido dedicar la noche a emborracharse seriamente con cerveza de trigo y aguardiente para celebrar la victoria, después de haber engullido unas cuantas hamburguesas.

Lena se planteó por un momento la posibilidad de comerse también una hamburguesa y la desechó de inmediato, más que nada por el ambiente. Aquello estaría lleno de críos en noche de viernes, aprovechando que los padres los dejaban salir hasta las doce, y no se oirían más que carcajadas y estupideces. No. Ya tenía edad de ir a un restaurante normal, pedir algo bueno y pagar con la tarjeta que le había sacado su padre al cumplir los dieciocho y que apenas usaba. Pero el restaurante estaría lleno de parejas y eso era casi peor: un claro recordatorio de su soledad, de que nadie la quería.

¿Y si se iba al Blue Chip a bailar hasta que no pudiera más? Demasiado temprano; y además tenía que comer algo, llevaba todo el día con la barrita de cereales que se había comido a media mañana. Decidió ir al Tapabar a comer un par

de tapas españolas; a lo mejor tenía suerte, había música en vivo y alguno de sus compañeros de clase iba allí con sus amigos.

En ese momento llegó al autobús, casi vacío, porque sólo había recogido a un par de pasajeros en el aeropuerto, y se sentó con una sonrisa de satisfacción, la primera del día. Sólo de pensar en una tortilla de patatas se le hacía la boca agua. Y un par de boquerones en vinagre. Y quizá unos mejillones, si tenían. De repente el hambre era tan intensa que se sentía como una puñalada en el estómago. Se dobló sobre sí misma sujetándose con fuerza para que pasara el espasmo lo antes posible. Los futbolistas le echaron una mirada y desviaron la vista en seguida.

El espasmo no acababa de pasarse. Era cada vez más intenso y se extendía por sus músculos en una especie de temblor incontrolable que dolía y le hacía rechinar los dientes para no gritar.

En ese momento, como si alguien le hubiera puesto una foto delante de los ojos, creyó ver a Clara muerta o desmayada o en coma en una camilla blanca en una sala enorme de madera labrada, de techos altísimos y ventanas como vidrieras de catedral por las que se filtraba una luz rojiza. Y dos figuras vestidas como cirujanos, pero con batas rojas, que se inclinaban sobre ella mientras las sombras de la habitación, unas sombras extrañamente vivas, parecían contener el aliento a su alrededor.

Entonces Lena gritó y la imagen desapareció a la vez que los espasmos.

Uno de los chicos se acuclilló a su lado.

—¿Estás bien?

Ella afirmó con la cabeza por pura costumbre de disimular, luego la sacudió en una negativa, y luego, sin poder evitarlo, se echó a llorar.

—Eh, eh, mujer, no llores, anda. ¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño en el entrenamiento?

Lena aún no se sentía capaz de hablar, de modo que dijo que no con la cabeza e intentó sonreír un poco para darle las gracias. El chico metió la mano en las profundidades de su parka y sacó un par de cubitos de dextrosa.

—No tengo nada más, lo siento —dijo, ofreciéndoselos—, pero de momento te ayudarán hasta que comas algo más sólido. Me apuesto lo que quieras a que estás muerta de hambre.

Ella sonrió, se secó las lágrimas con la manga y se metió la dextrosa en la boca mientras asentía vigorosamente con la cabeza.

—Nunca he entendido que a las mujeres se os olvide comer, la verdad.

—¡Eh, Dani, que nos bajamos!

El chico hizo un gesto afirmativo hacia sus compañeros.

—¿Estarás bien? ¿Puedo dejarte sola, sin miedo a que te quedes frita en la terminal?

Lena asintió.

—Oye, no serás muda, ¿verdad?

—No. No soy muda —logró contestar por fin, tragándose el nudo que se le había formado en la garganta—. Lo que pasa es que estoy hecha polvo y llevo todo el día sin comer, tenías razón. —Al oír su voz, el muchacho sonrió, aliviado—. Pero me voy a ir directamente al Tapabar y le voy a poner remedio. Gracias por...

Dani hizo un gesto quitándole importancia. Echó una mirada a sus amigos, como indeciso. Sabía que si la invitaba a unirse a ellos, no les iba a hacer ninguna gracia, pero tampoco quería dejarla sola. Tenía la sensación de que necesitaba compañía, y además, a pesar de las lágrimas y la nariz roja y el gorro que no dejaba que se le viera el pelo, la chavala era preciosa.

—Lo mismo nos vemos luego allí —concluyó—. Anda, dame tu teléfono. Así te doy un toque y me aseguro de que sigues viva ¿vale?

El autobús acababa de llegar a la parada y los compañeros ya estaban bajando.

—¡Venga, tío, deja ya de ligar!

Dani apuntó rápidamente el número de Lena.

—Luego te hago una perdida para que tengas el mío. ¡Come hasta que no puedas más! ¿Me oyes? ¡Es una orden! —le gritó ya desde fuera.

Lena asintió de nuevo con la cabeza y saludó con la mano a la única persona que en todo el día había sido amable con ella.

La imagen de Clara en la camilla no se le quitaba de la mente. Había sido tan fuerte, tan claro, tan real que no podía tratarse sólo de su imaginación. Porque, además, ella sentía que no sólo era verdad, sino que estaba sucediendo en ese momento, en el mismo instante en que ella estaba sentada en el autobús. Sentía con toda claridad que en ese momento Clara estaba desmayada o anestesiada en una camilla, en un lugar que parecía el salón vacío de un castillo o una extraña iglesia sin bancos. Podía verlo como si le hubieran enseñado una foto: un salón inmenso, todo de madera, en penumbra, salvo la zona fuertemente iluminada con luces de quirófano, y dos figuras vestidas con batas de cirujano, pero no verdes ni azules, sino rojas, que se inclinaban sobre ella con alguna intención que no podía comprender pero que no tenía nada de bueno.

Y eso era imposible. No hacía ni media hora había leído el mensaje de Clara diciendo que estaba bien y que iban a cenar. Aunque, bien mirado, ¿era de Clara el mensaje? ¿No era posible que aquellas dos líneas tan sosas hubieran sido escritas por Dominic para que tanto la madre como la amiga pensarán que todo iba bien?

No. Eso era pura paranoia. No era posible que aquella imagen que le había acudido tuviese ninguna relación con la realidad. Era simplemente una especie de alucinación producida por el agotamiento, el bajón de azúcar, el hambre y la soledad. Y por la desconfianza que, inexplicablemente, le inspiraba Dominic.

¿Se estaría volviendo loca?

La cosa empezaba a ser preocupante porque, en los últimos tiempos, las imágenes que le acudían a la mente ya no eran simples sensaciones difusas que desaparecían en seguida sin dejar rastro. Ahora, las intuiciones eran tan intensas que la sacudían por dentro, y las imágenes eran, mientras duraban, más claras que la realidad que la rodeaba.

La imagen de Clara en la camilla con las dos figuras rojas inclinadas sobre ella era mucho más fuerte y más definida que su recuerdo de lo que le había pasado a ella hacía unos minutos. Ni siquiera se había fijado en cómo era el chico que había sido tan amable con ella. No podría decir de qué color tenía los ojos, ni si llevaba gorro. Si volvía a verlo, lo más probable era que no lo reconociera. Sin embargo, estaba segura de que reconocería instantáneamente la sala donde había visto a Clara.

El pitido de anuncio de un mensaje la sobresaltó y, aún no lo había abierto, cuando volvió a sonar.

El primero era de Dani y decía: «Come. Y quédate un rato en el Tapa. La música es buena para el alma».

El segundo era de Andy: «Lenny y yo vamos a jugar una partida de billar. ¿Te apuntas?».

A las diez y cuarto de la noche. En todo el día no se les había ocurrido llamarla, ni para el cine, ni para cenar, ni para nada y ahora que ya se habían dado cuenta de que no tenían mejor plan, caían en que la tonta de Lena estaría en casa esperando que alguien se apiadara de ella. Estuvo tentada de contestar de inmediato: «Lo siento, tengo mejor plan», pero en seguida pensó que su padre tenía razón cuando decía que uno tiene que dejarse todas las puertas abiertas.

Primero comer. Luego ya se vería.

Negro. Innsbruck (Austria)

Era una tarde dorada, gloriosa como sólo son algunas tardes de otoño en los Alpes, justo antes de que empiece el invierno. El aire era ya fresco, con filo de nieve, pero el sol calentaba aún y los árboles brillaban, esplendorosos, en toda la gama de los rojos y amarillos antes de volverse primero marrones y luego simples esqueletos negros que la escarcha y las nieves cubrirían.

Nils dejó la moto aparcada en la pequeña plazoleta de Mühlau y subió a pie al cementerio, cruzando el rápido arroyo donde desde tiempos inmemoriales había estado el molino que había dado su nombre al barrio y, cuesta arriba, hasta el muro de

piedra que daba acceso al campo santo, desierto ya a esa hora de la tarde. No se había molestado en mirar a qué hora cerraban las puertas, pero eso era algo que no le preocupaba. Estaba seguro de que nadie comprobaría con demasiado celo que no quedaran visitantes.

El lugar era idílico: los árboles dorados se balanceaban en una brisa suave; las dalias, las zinnias y los crisantemos brillaban al sol en todos los colores; las tumbas estaban limpias y cuidadas, cada una de ellas como un pequeño jardín otoñal recién decorado con velas rojas para la fiesta de Todos los Santos. Apenas unos días atrás, los pájaros volaban aún de rama en rama, entre gorjeos y revuelo de alas; una ardilla se le quedó mirando desde el tronco de una haya y desapareció árbol arriba como un espejismo peludo y marrón que le arrancó una sonrisa.

No había nadie en la zona del cementerio en la que él estaba, la más antigua, aunque se oían voces procedentes de la parte donde se enterraban las urnas con las cenizas de los difuntos que habían elegido la cremación.

Ahora que había pasado Todos los Santos y todos los familiares habían visitado las tumbas, el campo santo quedaría solitario durante unas semanas, hasta Navidad. Quien fuera su contacto, había elegido bien el momento de la cita.

Nils fue caminando con calma por los senderos abiertos entre las tumbas, disfrutando de la calidez del sol y del olor a tierra regada, leyendo a izquierda y derecha los nombres grabados en las lápidas: Müller, Maier, Calovini, Haidacher, Pichler, De Francesco... casi todos apellidos de la región con alguno que otro procedente de Italia. El que él estaba buscando era checo; no debía de haber muchos.

Una escultura le llamó la atención y se acercó a mirarla con más detalle: había sido tallada en granito blanco y representaba a una mujer llorando, inclinada sobre una lápida, con el rostro cubierto por sus mismos cabellos y los hombros vencidos de dolor.

Debajo, unas letras casi borradas, cinceladas en la piedra, rezaban:

MARIE SIMANSKY

1817-1863

BLANCA FUISTE. Y BELLA. SIEMPRE SERÁS.

La inscripción estaba en latín y era la única tumba que no estaba profusamente adornada con flores, lo que debía de indicar que ya no quedaban familiares que la cuidaran; sólo crecían en ella unos arbustos de hoja perenne, acebo, le pareció, y detrás, como protegiéndola, un sauce que tendía sus ramas hacia la mujer sollozante. Un rosal trepador, que ahora no era más que un esqueleto, convertiría la sepultura en un vergel al llegar la primavera.

Considerando que Marie, suponiendo que allí hubiera alguien enterrado, había muerto siglo y medio atrás, la fecha que el mensaje daba como la de su muerte, el 28 de septiembre, podía tener algún significado que a él se le escapaba. Claro que podía

haber muerto ese día, pero el dato no tenía ninguna importancia, por lo que, si se habían molestado en destacarlo, él tendría que averiguar de qué se trataba.

En cuanto al clan, la cosa parecía más clara. «Blanca fuiste», decía la inscripción.

La luna había estado llena hacía dos noches, de modo que estaba en menguante y, según las informaciones del Instituto de Astronomía, saldría a las veinte treinta y cuatro. No tenía mucho sentido esperar tanto tiempo en el cementerio; era más lógico regresar a la ciudad, comer algo, volver ya oscurecido y saltar la verja poco antes de la hora convenida.

Tenía auténtica curiosidad por saber quién acudiría a la cita.

Haito. Rojo. Roma (Italia)

El miedo no la dejaba respirar. No sabía dónde estaba ni qué le estaban haciendo, pero sabía que era algo terrible, que tenía que huir, gritar, pedir ayuda, salir corriendo de allí para que no le hicieran... aquello. ¿Qué? ¿Qué querían de ella? ¿Por qué susurraban sobre su cabeza? ¿En qué lengua hablaban? ¿Dónde estaba Dominic? ¿Por qué no acudía a salvarla? ¿Por qué no podía gritar?

Intentaba mover la cabeza, al menos la cabeza, y no podía. Los párpados se le caían sobre los ojos y, cuando conseguía abrirlos unos milímetros, sólo veía sombras a su alrededor, bañadas en un resplandor rojizo. Otras veces había tenido que cerrarlos en seguida porque una luz violentamente blanca, como la de los dentistas o la de los quirófanos, le había herido la vista. Tenía tanto miedo que por un momento creyó que le explotaría el corazón; y sin embargo antes, cuando oía los susurros y la luz blanca la envolvía, no había sentido miedo, nada más que una cierta curiosidad, como si no fuera ella la que estaba tendida bajo aquellas cabezas blancas que llevaban unas grandes gafas iridiscentes que no permitían ver los ojos. Ahora ya nadie hablaba a su alrededor, la penumbra roja habría podido ser sedante y empezaba a sentir de nuevo la ropa sobre su piel, la superficie sobre la que se apoyaba su cabeza.

El miedo iba desapareciendo lentamente, con cada bocanada de aire fresco que inspiraba, pero seguía sin poder moverse.

Quería abrir los ojos, saber dónde estaba, salir de allí. Pero era como estar sumergida en un frasco de miel. Todo era pegajoso, cada movimiento de los párpados, de las aletas de la nariz, de las puntas de los dedos, costaba un esfuerzo inmenso, pero necesitaba moverse, recuperar su cuerpo, despertar. ¿Despertar?

Algo tironeaba de su hombro, la sacudía. Una voz lejana, distorsionada, le decía algo que no podía comprender y que sonaba como una orden.

—Sssp... rrr... ttt aaa raaaa...

Intentó pestañear, pero los párpados seguían como pegados, como si las pestañas fueran cables de plomo.

—Aaaa ... raaaa...

¿Dominic? ¿Era de Dominic aquella voz? Entonces podía relajarse, volverse a dormir. ¿Dormir? ¿Estaba dormida? ¿Era un sueño? Una ola de alivio le pasó por encima, como el agua en la playa, y eso la sacudió. No era más que una pesadilla y de una pesadilla se puede despertar con sólo deseárselo, de modo que se aplicó a deseárselo con toda la fuerza de su mente.

—¡Clara! ¡Despierta, Clara! ¿Te pasa algo? ¿Estás mal?

Poco a poco consiguió abrir los ojos y enfocar el rostro preocupado de Dominic, que estaba acuclillado junto a la silla donde se había quedado dormida. Sacudió un poco la cabeza y le sonrió.

—Me había dormido —dijo con un hilo de voz, notando cómo la inundaban la vergüenza y el alivio a partes iguales.

Él sacó un pañuelo de tela del bolsillo y, con mucha dulzura, se lo pasó por los labios y por la barbilla.

—¿Qué tengo? —preguntó Clara, sobresaltada.

—Nada. Apenas un poco de saliva. Debes de haber dormido muy profundamente.

Ahora sí que la vergüenza era enorme; no sólo se había dormido en el restaurante, como una vieja frente al televisor, y en público, a la vista de todo el mundo, sino que además Dominic la había pillado babeando.

Deseando desaparecer, se levantó de golpe notando, de paso, que sus piernas parecían de plastilina, por lo que tuvo que apoyarse en la mesa.

—¿Mareada?

—Un poco. Pero quiero ir al baño; vuelvo en seguida.

—¿Puedes ir sola?

—Claro.

El primer paso le salió relativamente bien, pero el segundo la habría enviado directamente al suelo si Dominic no la hubiera atrapado por la cintura un segundo antes de caer.

—¡Ups! Lo siento —dijo él, mirando hacia el suelo.

Ella, aún confusa, lo miró buscando una explicación.

Dominic se agachó, recogió del suelo el reloj que acababa de pisar y que tenía el cristal destrozado, y se lo mostró en el cuenco de la mano.

—Debe de habésete caído al levantarte y lo he pisado al tratar de cogerte. Lo siento de verdad. Espero que no fuera un recuerdo importante.

Clara negó con la cabeza.

—No. No. Lo compré en un mercadillo el verano pasado.

—Menos mal. ¿Te sientes capaz ya?

Clara se soltó del abrazo de Dominic y dio un par de pasos vacilantes.

—Sí. ¡Qué vergüenza! Es la primera vez que me pasa una cosa así. No te vayas a creer, ¿eh?

—Es el cansancio del día. Demasiadas emociones. —Él le sonreía y sus ojos brillaban—. Anda, no tardes, deben de estar a punto de traernos la cena. ¡Ah! Y la iglesia se llama Santa Bárbara y es feísima por dentro.

—¿La has visto?

—He pillado al sacristán cuando salía y he echado un vistazo, pero no quiero que tu primera iglesia en Roma sea precisamente ésta.

Aún tuvo que apoyarse en la puerta del restaurante antes de enfilar el pasillo.

—¿Seguro que estás bien? Si quieres nos vamos directamente al hotel y comemos algo en la habitación.

—No, no te preocupes. Es que he tenido una pesadilla horrible y aún no he conseguido quitármela de encima.

Él se acercó, con una profunda arruga entre las cejas.

—¿Quieres contármela? Eso ayuda a que se pase la sensación.

—Ya casi ni me acuerdo. Algo de que estaba tumbada en un sitio grande y oscuro, inmovilizada, y unos... no sé... ¿médicos? Sí, unos médicos muy raros, vestidos de rojo, me hacían algo.

—¿Algo que dolía?

—No. No sé. No me acuerdo. Creo que no. Era sólo que tenía mucho miedo, que yo no quería, pero no podía moverme ni salir corriendo. Y tampoco podía gritar, y te llamaba por dentro y tú no estabas.

—Yo siempre estoy —dijo Dominic acariciándole la mejilla y el lóbulo de la oreja—. Yo te protegeré mientras vivas.

Se besaron ligeramente en los labios y Clara, ya con pasos más firmes, entró en el baño mientras él iba a la barra.

Una hora después pidieron un taxi y Dominic dio la dirección del hotel. La cena había sido estupenda, pero Clara, para su gran mortificación, se sentía totalmente agotada y estaba contentísima de que Dominic, al parecer, también lo estuviera y no le hubiera propuesto salir de copas. No se sentía capaz ni de tomar un sorbo más de alcohol ni de seguir despierta. Lo único que de verdad le apetecía era meterse en la cama, cerrar los ojos y dormir diez o doce horas, pero no sabía cómo decirle a Dominic que su cansancio era tan grande que ni siquiera le hacía ilusión la idea de acostarse con él porque tenía miedo de quedarse dormida.

El Coliseo, de noche, era incluso más hermoso que de día, iluminado por una luz

dorada que lo hacía destacar sobre la negrura del cielo y de los árboles que lo rodeaban; y sin turistas que, con sus risas y gritos, empañaran la solemnidad del monumento. Con la cabeza apoyada de lado en el respaldo del asiento, lo miró, extasiada, hasta que se perdió de vista en una curva.

Poco antes de llegar al hotel, Clara sintió una náusea tan fuerte que temió ponerse a vomitar dentro del taxi, pero logró contenerse hasta que se detuvo frente a la puerta y le dio tiempo a hacerlo en uno de los parterres del hotel.

—Soy imbécil —murmuraba Dominic—. ¿Cómo no se me ha ocurrido que después de una pesadilla tan intensa y, con lo mal que te encontrabas, no podía sentarte bien una cena con vino? Ven, cariño, siéntate aquí. —Sujetando a Clara por los hombros, entraron en el vestíbulo y la acomodó en un diván de terciopelo, bajo una palmera de interior que se curvaba graciosamente sobre ella, como protegiéndola—. Voy a llamar al médico.

—¡No, Dominic! No hace falta. En seguida estaré bien.

Pero, con un beso en la frente, se alejó hasta el mostrador de recepción y momentos más tarde un hombre bajito y sonriente la ayudaba, junto con Dominic, a subir al ascensor y tumbarse en la cama.

—Anda, Clara, ponte ya el pijama y así, cuando el doctor te ponga la inyección, te puedes dormir sin más.

—¿Y tú? —preguntó con una voz que intentaba no ser llorosa.

—Me acostaré a tu lado, por si me necesitas. No te preocupes. Mañana tendremos todo el día. Y la mitad de pasado mañana.

—¿Qué me va a poner? —preguntó Clara al volver del baño, ya arreglada para acostarse.

—Un sedante suave y un antiespasmódico. Mañana estará usted como nueva, *signorina*. Ahora lo que más necesita es dormir.

Unos minutos después, ya solos, Clara empezó a sentir un bienestar maravilloso extendiéndose por todo su cuerpo que se iba relajando como si flotara en un mar de espuma. Dominic había apagado todas las lámparas, dejando sólo una luz muy tenue, rosada, que llegaba de algún lugar en el suelo; al salir del baño se desnudó lentamente, de espaldas a la cama, mirando hacia el exterior. Doblaba cada prenda antes de dejarla en un sillón y flexionaba los músculos, como agradecido de poder quitarse la ropa y volver a estar desnudo.

Clara, desde la cama, ya medio atontada por el cansancio y la inyección, miraba fascinada su cuerpo que, con la luz de la lamparilla, parecía dorado, como el de un joven dios pagano en los cuadros renacentistas. A su derecha, en mitad del cielo, la luna flotaba entre nubes rápidas.

Cuando Dominic terminó de desnudarse y se volvió hacia ella, la luna enmarcó por un instante su cabeza, y Clara creyó ver una diadema de cuernos plateados, el filo

de una arma. Su rostro quedaba en sombra y sus piernas, su abdomen y su tórax eran una escultura viva, dorada, pulsante.

Sin saber por qué, en ese momento, un segundo antes de que él volviera a moverse y se metiera entre las sábanas a su lado, Clara pensó que no le importaría morir por él.

Negro. Innsbruck (Austria)

Entrar en el cementerio no le supuso ningún problema. Vestido de negro como iba, no era más que una sombra entre sombras y no existía ningún sistema de alarma del que tuviera que precaverse. Además, para su suerte, el campo santo estaba sobre una colina, bastante apartado de las casas más cercanas y a esas horas toda la población estaba ya viendo la televisión después de haber recogido la cocina, o incluso preparándose para meterse en la cama.

Llegó sigilosamente hasta la tumba de Marie, se apoyó en la lápida y dejó vagar la mirada por los alrededores. Sus ojos se adaptaban con rapidez a la oscuridad y veía con bastante nitidez. Aquí y allá titilaba la llama de alguna pequeña vela desde el interior de su tulipa roja. No había más movimiento. Todo estaba en silencio.

Una repentina ráfaga de viento hizo caer una lluvia de hojas sobre las tumbas y en seguida todo volvió a quedar tranquilo. En el campanario de la iglesia cercana, un reloj dio la media. Si la luna era puntual, faltaban cuatro minutos.

Decidió dar una vuelta para matar el tiempo hasta la hora de su cita. Caminó lentamente hasta el final del sendero, torció a la izquierda y regresó por la paralela, por la parte trasera de la tumba de Marie. De repente, se detuvo conteniendo la respiración.

Había algo grande y oscuro tapando parcialmente la blanca estatua de la mujer llorosa.

Nils dejó pasar unos segundos, escuchando. Nada. Silencio.

—¡Honor a tu clan, conclánida! Acércate —dijo una voz masculina—, estamos solos.

Nils dio unos pasos en dirección a la voz. Sobre el horizonte apareció, como un rostro curioso, el disco de la luna.

El desconocido iba, como Nils, totalmente vestido de negro. Llevaba un amplio abrigo con el cuello y las solapas subidos, y un sombrero de ala ancha que ocultaba casi totalmente su cara.

—¿Quién eres? —preguntó Nils.

—Sabes muy bien que entre nosotros un nombre no significa mucho, es algo que cambia cada seis o siete décadas.

—Tal vez un nombre no sea importante, pero sí un clan.

—Soy *karah*, como tú. Baste con eso por el momento.

Nils guardó silencio. Al cabo de unos instantes, el otro preguntó:

—¿Quieres asegurarte?

—Si no te importa...

—Más vale prevenir que curar, como dice *haito*, ¿no es eso, clánida negro? Por supuesto. Aquí tienes mi mano. —Se quitó el guante de cuero y se la ofreció.

Nils sacó del bolsillo la navajita que usaba para sacarles punta a los lápices, agarró la muñeca del desconocido y, con rapidez, le hizo un pequeño corte. Luego se llevó la herida a los labios y sorbió un poco.

—¿Satisfecho? —preguntó el hombre enmascarado con un ligero tono de burla.

—Ahora sí, conclánida. ¡Honor a tu clan! Sea el que sea. Habla. Te escucho. —A Nils no le parecía particularmente extraña la maniobra de acercamiento del desconocido; él mismo había organizado ese tipo de encuentros en casos en los que la necesidad de sigilo era imperiosa.

—Supongo que estás aquí cumpliendo órdenes de tu *mahawk*, al que actualmente se conoce como el Presidente.

—¿Y si te digo que estoy de vacaciones?

—Estás en tu derecho, por supuesto. Para lo que yo quiero decirte, no importa. ¿Has oído hablar del Anima Mundi?

—Como todos nosotros. Aunque, si te soy sincero, nunca he acabado de comprenderlo. Pero sí, por supuesto, de vez en cuando he oído hablar de ello, en nuestras leyendas.

—Esta vez no se trata de una leyenda. El momento está cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Sería largo de contar.

—¿Y para qué me dices todo esto? ¿Qué tengo yo que ver en el asunto?

El hombre se apartó del mausoleo, se acercó a su conclánida y echó a andar lentamente.

—Ven. Demos un paseo. Te explicaré algunas cosas que quizá te interesen.

Roma (Italia)

Meses después, cuando su vida se hubiera convertido en una pesadilla sin salida, Clara recordaría con perfecta claridad algunos momentos de ese día en el que estaba convencida de que empezaba el futuro más esplendoroso que habría podido soñar.

Despertó sola en la cama y, apenas medio minuto después de haber abierto los ojos, una camarera joven y sonriente dejó una enorme bandeja a su lado y se retiró. Había tanta comida que casi le dio risa: huevos, frutas, jamón, salmón, panecillos, mantequilla, mermeladas, *müsli*, *cornflakes*... y una exquisita orquídea blanca y violeta. También había una nota junto a la orquídea:

Como no sabía si preferías té o café, te he pedido las dos cosas. Te recojo a las diez y nos vamos a la conquista de Roma.

Recordaría también, con una punzada de angustia, que en aquel momento se había sentido un poco desilusionada de que él no estuviera a su lado, de que se hubiese levantado antes que ella sin despertarla con el beso que ella esperaba. Pero que en seguida había pensado que, teniendo en cuenta lo mal que ella se había sentido la noche anterior, se había comportado con enorme delicadeza permitiéndole despertarse a su ritmo y haciéndole llevar el desayuno a la cama.

Su siguiente recuerdo del día, uno de los más intensos, sería el de la primera vez que vio la escultura más maravillosa de su vida, en Villa Borghese.

El museo estaba en medio de un enorme parque lleno de árboles cuyas hojas — amarillas, anaranjadas, rojas— estaban empezando a caer, cubriendo el suelo como una alfombra de colores cálidos.

Brillaba el sol de la mañana haciendo saltar chispas de plata de las fuentes. En las ramas, gorjeaban los gorriones, revoloteando entre los árboles, y hasta pudieron ver una ardilla que trepaba a toda velocidad hasta su nido. Era como si el mundo se hubiera convertido en un perfecto escenario para su felicidad.

Entraron en la sala cogidos de la mano. Dominic le estaba diciendo algo para hacerla reír y distraerla, de manera que no viera la obra de arte que quería mostrarle hasta que estuviera frente a ella.

Se le cortó la respiración al verla porque, aunque nunca le habían enseñado realmente a apreciar el arte, aquellas dos figuras de mármol blanco eran tan reales y tan impresionantes que por un instante tuvo la sensación de que iba a echarse a llorar de emoción.

—¿Qué... qué son? —tartamudeó—. ¿Quiénes son?

Él la abrazó por detrás y le habló al oído.

—Es de 1624, una de las más grandes obras del maestro Bernini, aunque la esculpió muy joven; apenas tenía veinte años. Representa a Daphne y a Apolo.

—¿Y por qué ella está asustada y tiene hojas en las puntas de los dedos?

—Es una historia de la mitología griega: Apolo, el gran dios de la belleza, el arte, la inspiración, la música, la luz solar y muchas otras cosas, se peleó con el dios del

amor, Eros, y éste, para vengarse, le disparó una de sus flechas de oro, con lo cual Apolo se enamoró perdidamente de la ninfa Daphne, a la que Eros había disparado una flecha de plomo para hacerla insensible al amor de Apolo.

»Además, Daphne era una ninfa del séquito de Artemisa, también llamada Diana, la diosa virgen de los bosques y la caza. Cuando se vio perseguida por Apolo, huyó de él y, al ver que estaba a punto de alcanzarla, pidió a su padre, que era un dios fluvial, que la convirtiera en otra cosa, para que Apolo no pudiera violarla.

»Entonces, su padre la transformó en laurel, y aquí vemos lo que el poeta romano Ovidio cuenta en *Las Metamorfosis*: el momento exacto en el que Daphne está transformándose de mujer a laurel. Sus pies se clavan en la tierra convirtiéndose en raíces, sus piernas se vuelven tronco y se cubren de corteza, sus brazos pronto serán ramas, de sus dedos brotan las hojas...

»Dice la leyenda que, desde entonces, Apolo lleva siempre una corona de laurel en memoria de su amor imposible.

Clara se quedó un par de minutos en silencio, dando vueltas alrededor de la estatua, admirando la perfección de los rasgos, la finura del mármol, pensando en la historia que acababa de escuchar.

—¿Por qué parece que a Apolo no le hace sufrir la transformación de Daphne? — De algún modo que incluso a ella misma le parecía raro, no le daba ninguna vergüenza preguntarle a Dominic todo lo que quería saber.

—Se supone que Bernini le dio esa expresión neutra para que quedara claro que se trata de un dios, que Apolo está por encima de vulgaridades como la furia o la frustración. Pero yo también creo que la sensación del contemplador habría sido incluso más fuerte si le hubiera permitido un poco más de expresión humana. Al fin y al cabo, está a punto de perder lo que más desea.

—¡El pobre!

—¡Ajá! —Dominic le hablaba junto a la oreja, haciéndole cosquillas con su aliento—. De modo que te identificas más con él que con ella.

—Igual que tú.

—No. Lo de no conseguir algo que deseas es bastante frecuente y siempre acaba por superarse. Además, de los fracasos se puede aprender mucho y se supone que forman el carácter. Yo encuentro mucho más misteriosa y atractiva la posibilidad de transformarse. Dejar de ser quien eres para ser otra cosa.

—¿A ti te gustaría ser otra cosa? ¿Un laurel, como Daphne?

Clara lo había dicho en tono de broma, pero Dominic no sonrió.

—No, claro. ¿Cómo voy a desear ser algo inmóvil y sin voluntad propia?

—¿Y en qué te gustaría transformarte?

Por un segundo sus ojos destellaron como si estuviera a punto de decirlo; luego se encogió de hombros.

—No sé. Tampoco lo he pensado tanto. En un animal volador, quizá. ¿Y tú?

—¿En gato?

—La señora tiene alma de depredador, por lo que veo.

—¡Qué va! ¡Depredador, anda ya! Los gatos ya no cazan. Yo lo decía por lo de estar bien cuidado, dormir, que te den de comer, que te hagan caricias... y cuando no te apetece, te vas a dar una vuelta y nadie te manda ni te ata con una correa.

—Pero te castran o te esterilizan para que no puedas tener crías que molesten a tus amos. Y, aunque no te lleven con una correa, tienes amos. Eso es lo peor.

—También hay gatos libres y salvajes, que viven por su cuenta, pero eso debe de ser muy cansado. Yo creo que prefiero ser gato doméstico.

—¿Aunque te esterilicen?

—No me parece tan terrible, la verdad. Sí, lo tengo claro: gato doméstico.

—Si ése es tu deseo, ama, haré lo posible por cumplirlo.

En ese instante, mirándose a los ojos, ella pensó que a partir de ese momento tendría que tener cuidado con lo que deseara porque Dominic parecía muy capaz de hacer cualquier cosa que estuviera en su mano para que lo consiguiera. Y, sin saber por qué, en lugar de alegrarse, la simple idea le daba un poco de miedo.

El resto del día se les pasó en un soplo.

Clara guardaba ávidamente cada imagen, cada caricia, cada conversación, para recordarlas después, para poder pasar mentalmente las hojas de un álbum inexistente en el que quedaran almacenados para siempre recuerdos como el brillo del sol en el cabello de Dominic mientras, en el interior del Coliseo, contemplaban lo que en tiempos antiguos fue la arena donde morían los gladiadores; la brisa que movía suavemente los pinos y los cipreses del Palatino; el centelleo del Tiber junto a la Isola Tiberina, las alcachofas fritas del restaurante judío, el sabor del helado de café y nata paseando por la columnata de San Pedro, diseñada también por el gran Bernini; la música *reggae* de la tienda donde compraron un vestido precioso lleno de cristalitos como estrellas... y siempre sus ojos, pendientes de ella, la calidez de su sonrisa, la firmeza de sus manos, de sus labios, la sensación de seguridad que tenía a su lado, de permanencia, de eternidad.

Y por fin la noche, el momento culminante de aquel sábado 5 de noviembre que parecía haber durado toda una vida: la cena en la terraza de su habitación en Villa Iulia, con la ciudad extendida a sus pies, ella con el vestido nuevo y él con americana granate y camisa blanca; las velas, el vino blanco tan frío, con un aroma a frutas desconocidas que producía un ligero mareo, como si la sangre empezara a chispear en las venas; el dormitorio lleno ahora de rosas rojas. Y su amor, y su cuerpo, y su voz grave y dulce prometiéndole, asegurándole.

Clara nunca había hecho el amor con nadie aparte de David, que había sido su primer novio y a quien había querido de verdad. Pero a pesar de que no tenía mucho

término de comparación, en cuanto Dominic la llevó a la gran cama con su colcha de seda roja y empezó a desnudarla, supo que nada era comparable con lo que estaba a punto de suceder, que su cuerpo nunca había estado tan vivo y hambriento como en ese instante, que cada roce de sus manos y de sus labios, era una descarga eléctrica que la hacía sentir en carne viva.

Cerrando los ojos, empezó a gemir casi sin notarlo mientras él la acariciaba, sintiendo que se volvería loca de excitación si no la tomaba en seguida, si seguía haciéndole desear que la penetrara. Pensó fugazmente en que debería preguntarle si tenía un preservativo a mano, pero estaba segura de que él sabría lo que tenía que hacer. Era un chico mayor, serio, responsable; no podía tratarlo como a un crío preguntándole algo tan obvio.

Dominic se había desnudado también y ahora le tendía en el cuenco de la mano una pequeña pastilla roja, igual a la que él acababa de tragarse.

—¿Qué es? —preguntó Clara.

—Tómatela. Te gustará, te lo prometo. No es una droga; es sólo un potenciador de sensaciones.

Ella se echó a reír.

—Si se me potencian más las sensaciones, me explotará el corazón.

—Anda, confía en mí. Prueba.

Se la tragó dócilmente y volvió a cerrar los ojos para entregarse de nuevo a sus caricias. Unos minutos después, el mundo se había convertido en una niebla rosada en la que ya no sabía quién era ella misma. No había más que sensación: la seda de las sábanas; el olor de las rosas, de las velas, del dulce sudor, el sexo y el semen; el crujido de la madera de la cama; el crepitar de las llamas; las manos de Dominic deslizándose por toda su piel; sus propias manos dibujando el cuerpo del semidiós que la amaba.

Nunca supo cuánto tiempo estuvieron enlazados, besándose, mordiéndose, arañándose, acariciándose; un tiempo que los relojes nunca serían capaces de medir.

En algún momento de la noche, cuando las velas ya se habían consumido casi por completo y la habitación parecía flotar en la penumbra con la espesa fragancia de las rosas, ella preguntó en un murmullo, acurrucándose contra él antes de dormirse:

—¿Estarás siempre conmigo?

Él se apoyó en un codo para poder mirarla a los ojos y, mientras le acariciaba la cabeza, le respondió con voz solemne:

—Te lo prometo, Clara. Hasta el final.

Ella sintió un escalofrío, que en aquellos momentos interpretó como la mayor felicidad que había sentido en su vida, y se quedó dormida al lado de Dominic.

Rojo. Roma (Italia)

Sentados al sol en Villa Torlonia, frente a la Casina delle Civette, Dominic y Flavia miraban corretear a los niños en un silencio cómodo. Procuraban encontrarse siempre que coincidían en la misma ciudad y, a veces, cuando no había nada urgente que decidir, no cambiaban más que unas frases, como si lo importante fuera simplemente la proximidad, la certeza de que el otro seguía ahí.

Las mechaz azules del cabello de Flavia destellaban como plumas de alguna ave exótica. Dominic enredó un dedo en ellas y las hizo brillar al sol.

—Bonito color. Es una pequeña traición, pero es bonito.

—Ya sabes que me aburro de ser siempre igual. Necesitaba un cambio. Son muchos siglos de rojo, querido mío. —Volvió el rostro hacia él con una leve sonrisa; sus gafas negras eran tan grandes que parecían una máscara—. Y hablando de cambios, ¿qué tal estás tú, Nico? ¿Eres feliz?

Dominic lo pensó unos segundos.

—Casi —terminó por contestar—. Ha sido muy duro; más de lo que me había imaginado, pero ya estamos en el buen camino.

Ella le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—¿Qué te falta? ¿Puedo hacer algo yo?

—Desde que dijiste aquello de nuestros amigos de ultramar estoy inquieto. Hace tiempo que no se mueven y me resulta intrigante que hayan empezado precisamente ahora.

—Sabes muy bien qué piensan de nuestro modo de actuar.

—¿Tú crees que piensan? —la interrumpió, con la voz cargada de sarcasmo.

—Pues claro. No son tan estúpidos como les gusta hacernos creer. Lo que pasa es que ellos se han decantado por lo teatral y nosotros por lo pragmático. Desde hace más de dos siglos. Pero sinceramente, no creo que haya ningún peligro real. El proyecto Arca va a ir relativamente rápido y cuando lleguen a enterarse, si se enteran, será tarde. Y entonces todas las decisiones de importancia serán nuestras.

—Pero vamos a estar expuestos durante varios meses, si todo va bien.

Flavia sacudió la cabeza.

—No te preocupes. Gregor lo tiene todo calculado y tus constantes viajes los distraerán de lo importante. ¿Dónde anda Eleonora?

—Ya habrá vuelto de Dubai. Quizá traiga noticias del clan negro.

—¿Por qué no te tomas unos días tú también?

—Ahora, pronto. En cuanto la cosa se ponga en marcha y antes de empezar a viajar de nuevo. Un par de días en Lichtenberg. ¿No te apetece? Hace siglos que no vienes.

—Más tarde quizá. No es buen momento para reuniones familiares. ¿Vais a venir a comer hoy, antes de volver a Austria, para darle la impresión de que somos normales? —sonrió Flavia con picardía.

—No lo sé todavía. Dejaré que decida ella, pero supongo que no. ¿Sigues viviendo en via del Babuino?

—Por supuesto.

—Un piso incómodo sin luz y sin vistas, lleno de trastos viejos.

—Una vivienda noble en el mejor barrio de Roma, llena de antigüedades. Cuando quiero luz me voy a Marruecos y cuando quiero vistas, a Suiza.

Dominic le cogió la mano y la besó en el dorso.

—Eres sabia. Y bella. Te tendré al tanto.

Se pusieron de pie. Flavia le acarició el pelo y le dio un beso en los labios.

—Lleva mucho cuidado, Nico. Y no dejes que nadie estropee lo que nos hemos propuesto.

—Te lo prometo.

Innsbruck (Austria)

Cuando Lena salió de la autoescuela era ya noche cerrada y el frío era tan intenso que cortaba la respiración, pero era agradable oler la nieve que no había dejado de caer en toda la tarde y había cubierto la ciudad y, sobre todo, oír el ruido de sus botas al aplastarla, crunch-crunch-crunch.

Metió la mano en el bolsillo, sacó el móvil y lo encendió, con un suspiro. Se estaba aficionando a tenerlo apagado porque, al fin y al cabo, cada vez tenía menos llamadas y lo pasaba peor mirándolo cada dos por tres y volviéndolo a guardar, frustrada.

Clara la había llamado el día antes, casi histérica de felicidad y de miedo, para decirle que Dominic iba a ir allí el fin de semana. Su padre había enviado un SMS avisándola de que el viernes y el sábado se quedaba en casa de Isabella. Eso era todo. Había llegado al punto en que le habría hecho ilusión hasta que la llamaran para contestar a una encuesta, pero ni eso. De modo que, como no le apetecía volver a casa, había decidido llamar a alguien de clase para ver si iban a tomar algo, o al cine, o a cenar.

Había tres llamadas perdidas de un número desconocido, desde las tres de la tarde hasta las cinco. Llamó al buzón de voz, casi nerviosa, y oyó una voz masculina que,

de momento, no reconoció.

—¡Eres más difícil de localizar que un ministro! Perdona que no te haya llamado antes, pero nos han llevado de maniobras dos semanas y no quería hablar contigo sin poder verte cara a cara —¿Maniobras? ¿Quién narices era? Tenía que ser una equivocación—. Ahora ya estoy en Innsbruck, es viernes y... en fin... me gustaría tomar algo contigo... y conocerte un poco. A todo esto... soy Dani —¿Dani? ¿Qué Dani?—. Nos conocimos en el autobús, cuando tú casi te desmayas de hambre, ¿te acuerdas? ¿Me dejas invitarte a cenar? Llámame, anda.

Se quedó parada en mitad de la acera, mirando el móvil como si fuera un objeto desconocido. Luego, poco a poco, empezó a sonreír. Hacía casi un mes. Por eso ya había borrado el número, pensando que si no había llamado hasta ese momento ya no llamaría nunca. Y ahora, de golpe...

La verdad es que no tenía muy claro si le apetecía salir a cenar con él o no. Ni siquiera se acordaba de su cara, pero había sido amable con ella y no estaba muy sobrada de personas amables a su alrededor. Incluso Lenny, con el que había soñado un poco, parecía ignorarla conscientemente, como dejando claro que no tenía ningún interés en ella.

Sin pensarlo más, apretó el botón de devolver la llamada. Él contestó al segundo pitido.

—¿Dani? Soy Lena.

—¿Lena?

Estuvo a punto de colgar en ese mismo instante, pero de repente Dani empezó a hablar como una ametralladora.

—¡Lena! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría! No cuelgues, no cuelgues, estoy en un sitio donde hay mucho ruido. ¡Qué bien que hayas llamado! ¿Podemos vernos? ¿Adónde quieres ir? Yo estoy con unos amigos en el irlandés, pero llego en un momento a donde me digas.

Estuvo a punto de decirle que iría al pub y en ese momento se vio reflejada en un escaparate y se dio cuenta de que no iba especialmente arreglada. Pero tampoco le apetecía ir a casa, emperifollarse como una imbécil para un perfecto desconocido y luego enfadarse consigo misma por haberlo hecho.

—Aún necesitaré media hora para acabar lo que estoy haciendo, ¿vale?

—Perfecto. ¿Dónde quedamos? ¿En el Tapabar?

—Buena idea. Dentro de media hora.

Caminó a buen paso hasta el centro comercial que más cerca le pillaba, entró en el H&M, dio una vuelta rápida, eligió una especie de túnica de flores que iba bien con los vaqueros negros que llevaba, y compró también unos pendientes largos, baratos pero bonitos. Luego entró en un supermercado y, en la sección de cosmética, se repasó la raya de los ojos, se puso un poco de sombra marrón, se dio rímel en las

pestañas y un toque de lápiz de labios con brillo. En el lavabo se cambió de ropa, se peinó la melena, se ahuecó los rizos con las manos y se miró al espejo, satisfecha, aunque con el toque de autoironía que le era propio: tanto sentirse adulta e independiente, tanto reírse de las compañeras «femeninas» y presumidas, y ahora, sólo porque iba a encontrarse con un chico cuyo rostro ni siquiera recordaba, se tomaba todas aquellas molestias.

Se miró fijamente al espejo y, de golpe, se acordó de lo que hacía su madre cuando se arreglaba para alguna ocasión especial y trató de repetir lo poco que recordaba. Cuando terminó y dijo «*Showtime*» como ella hacía, sin saber por qué, daba la sensación de que algo se había iluminado en su interior poniéndola más guapa. Sonrió y salió a la calle.

Llegó a la hora convenida y tuvo que esperar un momento antes de entrar en el local porque no quería que Dani notara lo rápido que había tenido que andar para llegar a tiempo. Cuando se le serenó la respiración, empujó la puerta y el calor del bar estuvo a punto de hacerla salir de nuevo. Se quitó el anorak instantáneamente y se quedó allí, junto a la puerta, paseando la vista por la gente que llenaba la barra. ¿Cómo iba a reconocerlo? Y él, ¿cómo esperaba reconocerla a ella, si la única vez que la había visto estaba medio desmayada, sin pintar y con el gorro calado hasta las cejas?

Al otro lado de la barra, un chico moreno, de hombros anchos y cabello largo, la miraba fijamente. Era guapo, pero no podía ser Dani, de modo que desvió la vista y fue intercambiando miradas con todos los chicos que estaban solos, aunque tampoco podía estar segura de que no hubiera venido con algún amigo.

De repente sonó su móvil. Dani.

Apretó fuerte los labios antes de contestar. Estaba segura de que ahora le diría que le había surgido algo y no podía llegar, que ya la llamaría, que ya se verían otro día. Estuvo a punto de no cogerlo, pero nunca había sido capaz de soportar que un teléfono sonara y sonara sin hacerlo callar.

—¿Sí?

—¡Eres tú! —dijo la voz de Dani en su oído—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué dices? ¿Qué es lo que no te puedes creer? ¿Dónde estás?

—Si te vuelves un poco a la derecha y miras recto me verás. Soy el de la sonrisa más grande de todo el bar.

Lena buscó un segundo entre la gente que llenaba la barra y, efectivamente, encontró una sonrisa esplendorosa de dientes blancos un poco por debajo de unos ojos grises y un pelo tan corto que no estaba segura de su color.

Los dos apagaron el móvil y ella se acercó a la barra, donde él estaba dejando libre el taburete que le había guardado.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué es lo que no te podías creer? —preguntó Lena, después de sentarse y pedir una copa de vino blanco.

—Cuando has abierto la puerta he pensado que eras la chica más guapa que he visto en mi vida y que me gustaría que fueras Lena, pero no me podía creer que fuera a tener tanta suerte. ¡Y ha resultado que sí! ¿Estás muy decepcionada conmigo?

Lena sonrió, negó con la cabeza y volvió a sonreír.

Cuando Dani la besó en la puerta de su casa, cinco horas después, aún seguía sonriendo y, por primera vez desde hacía meses, se durmió sin pensar ni un solo momento en Clara.

Volders (Innsbruck. Austria)

Clara miraba sin ver el paisaje nevado que se extendía alrededor del instituto mientras el profesor de religión hablaba de distintas concepciones del cielo y el infierno a lo largo de los siglos con la voz monótona que lo caracterizaba y que hacía que, poco a poco, toda la clase fuera cayendo en una especie de trance que el calor reinante en el aula hacía más profundo. Los copos que caían mansos detrás de los cristales producían una sensación hipnótica y se hubiera podido oír el ruido de una pelusa al rodar por el suelo, ya que la mayor parte de los alumnos estaban casi dormidos.

Ella no estaba dormida; estaba sencillamente perpleja, obnubilada y, mucho peor, bajo la perplejidad, estaba aterrorizada. Tanto que no sabía qué hacer, qué pensar, cómo manejar aquella horrible situación. Tendría que hablar con Lena y pedirle ayuda. No tenía a nadie más. Era lo único que podía hacer. Pero resultaba difícil porque Lena estaba seriamente ofendida con ella desde el fin de semana de Roma y, aunque seguían haciendo muchas cosas juntas —tampoco podían evitarlo realmente, ya que iban a la misma clase—, algo se había roto en su amistad.

Clara estaba convencida de que se trataba simplemente de celos, de pura envidia, porque ella había encontrado al hombre de su vida tan pronto y era más de lo que cualquier chica pudiera desear, mientras que Lena seguía sola, cada vez tenía peor carácter y además estaba desarrollando una paranoia increíble con Dominic.

Al volver de Roma le había contado una especie de alucinación que había tenido en un autobús cuando volvía de hacer deporte y, a pesar de que ella se había asustado un poco de las coincidencias entre la alucinación de su amiga y su propia pesadilla en el restaurante de Campo de' Fiori, no le había dicho lo que ella misma había soñado

porque eso habría sido casi darle la razón.

Clara había acusado a Lena de estar volviéndose obsesiva y de querer contagiarle su locura para que abandonara a Dominic y habían acabado peleándose de verdad y rompiendo el contacto durante varios días. Ahora habían vuelto a hablarse, pero no era como antes. Ya no se reían juntas, ya no comentaban nada personal y Lena constantemente ponía excusas para no quedar con ella, además de que se las arreglaba para que nunca estuvieran las dos solas en ninguna parte.

Pero habían sido tan buenas amigas que Clara estaba segura de que la ayudaría si se lo pedía. Sólo que no sabía cómo hacerlo.

Sonó el timbre del fin de las clases y todos los alumnos sacudieron la cabeza tratando de ahuyentar así la modorra que les había producido el profesor. Poco a poco empezaron a recoger sus cosas, a levantarse, a estirar los brazos y las piernas, a probar si los músculos de su cara eran aún capaces de articular una sonrisa.

Cuando Clara estaba a punto de acercarse a Lena, que ya se había colgado la mochila al hombro, Lenny la cogió del codo y no tuvo más remedio que volverse.

—¿Qué haces esta tarde, Clara? ¿Te apetece que salgamos a tomar un café? ¿O al cine?

Por un segundo lo miró con incredulidad, sin acabar de reaccionar. ¿Cómo se le ocurría tratar de ligar con ella cuando todo el colegio sabía que estaba saliendo con Dominic? Pero a lo mejor lo había entendido mal y lo que quería era hablar sobre algún problema o bien quería usarla para acercarse a Lena. Y a su amiga le vendría muy bien que alguien —especialmente Lenny— se interesara por ella. Estaba claro que el chico aquel le gustaba.

—¿Por qué? —le preguntó mientras salían de la clase y bajaban la escalera—. ¿Tienes problemas? ¿Quieres hablar de Lena?

Él se quedó parado en medio de la escalera, de pura perplejidad. Los que bajaban detrás chocaron contra ellos y siguieron adelante llamándolos de todo.

—¿Por qué iba a querer hablar de Lena?

—No sé. Creía que te gustaba.

—Pues no. Vamos, me cae bien, claro, pero no como tú piensas. A mí quien me interesa eres tú.

Clara sintió que le iba a dar la risa histérica de un momento a otro y empezó a toser tratando de disimularlo. Cuando por fin pudo dominarse, habían llegado a la planta baja, a la zona de taquillas donde esperaban las botas de nieve para salir al exterior.

—Tengo novio, Lenny —le dijo con paciencia, como si le hablara a un niño.

—El novio molesta, pero no impide —dijo él, con un guiño—. Viejo proverbio español.

—Éste sí que impide. Es el hombre de mi vida, ¿sabes? Y además... —Se dio

cuenta de que estaba a punto de decir algo de lo que se arrepentiría en seguida y cerró la boca.

—Además, ¿qué?

Como no sabía cómo continuar, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—A Lena le gustas. ¿Por qué no lo intentas con ella? Haríais buena pareja.

—Lena es demasiado dura para mi gusto. No tiene dulzura, no es como debe ser una mujer. Lo sabe todo, lo hace todo bien, no necesita a nadie, es perfectamente racional. Yo creo que ni siquiera ha llorado en su vida.

—No la conoces, Lenny. Dale una oportunidad.

—¿Por qué no me la das tú a mí?

Estuvo a punto de decirle: «Porque Dominic es cien veces mejor que tú, y lo quiero y me quiere, y es un hombre. Tú no eres más que un crío cabezota y de éstos ya he tenido. Conseguí sobrevivir a David, que era un imbécil egoísta e infantil, y no me metería en otra cosa así aunque me gustaras». Pero se calló, agachó la cabeza y empezó a abrocharse las botas con lentitud, esperando que comprendiera y se marchara.

En ese momento apareció Lena desde la fila de armarios de detrás. Estaba pálida y tensa y era evidente que lo había oído todo. Lenny cambió su peso de un pie a otro, se mordió los labios y, con un gesto de despedida esbozado a medias les dio la espalda y se dirigió hacia la salida.

—¡Qué hijo de puta! —dijo Clara.

Lena se dejó caer en el banco de madera, junto a su amiga.

—Sí. Como todos.

—No todos, Lena.

—No, claro, Dominic no. Él es un ángel.

—No empecemos.

—Tienes razón, perdona. Es que duele oír esas cosas, ¿sabes?

—No tiene ni idea de cómo eres.

—Ya.

—Además, es imbécil, porque si de verdad quería conquistarme... imagínate... ha venido a decir que yo le gusto porque soy tonta, débil, lloricona y dependiente. Lo contrario de lo que tú eres, según él. Tú no le gustas porque eres mejor que él; yo le gusto porque estoy por debajo. —Parecía que, a medida que hablaba, se iba dando cuenta de lo que había dicho Lenny unos minutos atrás—. ¡Será gilipollas! —acabó, furiosa.

Lena se echó a reír y se abrazaron con fuerza durante un par de minutos.

Aprovechando que tenía la cabeza metida en el cuello de Lena y que no tenía que mirarla a la cara, Clara dijo muy bajito.

—Estoy embarazada, Lena. No sé qué hacer.

Durante un momento no pasó nada. Siguieron abrazadas en silencio. Luego, segundo a segundo, el cuerpo de Lena empezó a tensarse, a endurecerse, se separó del de Clara y, con los brazos extendidos agarrándole los hombros, la miró a la cara.

—¿Tú eres imbécil?

De alguna extraña manera, Clara agradeció infinitamente que no le hubiera preguntado si estaba segura, que era lo que habría hecho cualquier otro en las mismas circunstancias.

—No me digas que te has acostado con un tipo al que conoces desde hace dos meses sin usar preservativo. —Lena sonaba realmente escandalizada—. No puedes ser tan tonta.

—¡Claro que hemos usado preservativo! —se defendió ella, aunque la verdad era que no recordaba mucho a partir del momento en que había tomado aquella maravillosa bolita roja que le había dado Dominic—. Pero algo ha debido de salir mal.

—¿No estabas tomando la píldora?

—Sí, pero cuando me juré a mí misma no volver a pensar en David y, sobre todo, no volverme a acostar con él, pasara lo que pasase, dejé las píldoras para que mi cuerpo descansara un poco y para convencerme a mí misma de que esta vez iba en serio. Y como no pensaba salir con nadie más en una buena temporada...

—Vale, vale. No hay que darle más vueltas. Hay que ver qué hacemos.

Clara se sintió débil de felicidad: Lena había dicho «hacemos». Podía contar con ella y, contando con Lena, todo tendría solución.

—¿Lo sabe tu madre?

—¡No!

—¿Y Dominic?

—Tampoco. Tú eres la única.

Una leve sonrisa se insinuó en los labios de Lena, a pesar de la profunda arruga que marcaba su entrecejo.

—¿Quieres tenerlo? Piénsalo bien, porque ésa es la pregunta del millón. De eso depende todo lo demás.

Clara se quedó quieta, mordiéndose los labios, mirando a la pared de enfrente en la que no había nada que ver.

—La verdad es que sí, Lena. Es un hijo suyo, ¿comprendes?

—No. No comprendo. —Su voz sonaba contenida, pero furiosa—. Estás en el último curso del instituto. Si ahora empiezas con embarazos y partos y lactancias, ni siquiera podrás terminar, ni hacer la Matura, ni trabajar en un hotel en verano como querías, ni ir a la universidad el curso que viene, ni podrás hacer nada durante un montón de tiempo. Te quedarás sola, descolgada de tu ambiente, de los amigos; no podrás salir, ni moverte, ni decidir qué vas a hacer con tu vida. ¿Es eso lo que

quieres?

—Yo lo que quiero es que él me quiera y quiera al bebé; criarlo juntos.

—Y boda por la iglesia con traje de novia blanco con velo, y vestiditos premamá de color de rosa y salir de compras con la madre y la suegra para ir haciendo la canastilla del bebé... como una idiota de los años cincuenta.

—No seas cruel conmigo, Lena. ¿Qué tiene de malo hacerse ilusiones?

—Que siempre llega alguien y te las destroza. Las únicas ilusiones que uno puede hacerse son las que sólo dependen de uno mismo.

Clara pensó que su amiga, para tener poco más de dieciocho años, era ya una persona muy amarga.

Lena se puso en pie en la sala desierta, entre las taquillas metálicas, estiró los brazos hacia el techo, movió el cuello en todas direcciones y se cerró la cremallera del anorak.

—¡Vámonos! Necesito que me dé el aire. Aquí no se puede ni pensar.

—Y ¿qué vamos a hacer, Lena? —Los ojos de Clara estaban llenos de lágrimas.

—¿Vamos? ¡Vais! Ahora, por lo que me has dicho, todo depende de Dominic, para variar. De lo que él quiera, de cómo vea él las cosas, de lo que esté dispuesto a dar. Yo ni entro ni salgo.

—Entonces, ¿se lo digo?

—No se me ocurre otra forma de que se entere. —La ironía era evidente, pero Clara no la notó.

—¿Y si me dice que no lo quiere, que no me quiere?

—Lo pensaremos cuando suceda.

Lena caminaba a largas zancadas, como si tuviera una prisa inmensa por salir de los terrenos del colegio.

—¿Y cómo lo hago? ¿Qué le digo? ¿Lo llamo? ¿Le escribo?

—¡Clara, por tu padre! ¡Te daría de bofetadas ahora mismo! Llámalo, dile que quieres hablar con él de algo urgente y que mueva el culo y venga a verte.

—¿Y si no le va bien venir?

A Lena le habría encantado tener ya el carnet de conducir para poder meterse en el coche en ese mismo instante, dar un solemne portazo y salir corriendo, dejando atrás a Clara con sus lloriqueos y sus melindres, con su estúpida manera de pensar que cualquier imbécil era más importante que ella misma y sus problemas.

Ni siquiera había tenido ocasión de hablarle de Dani, pero estaba segura de que en esos momentos a Clara le daría bastante igual que su amiga saliera o no con alguien.

Por suerte, el autobús acababa de llegar y aún quedaban asientos libres, porque la mayor parte de los alumnos se habían marchado en el anterior.

—Llámalo, Clara. Que entienda que es algo importante y que corre prisa. Si te da largas o si no viene, o si cambias de opinión, me llamas y ya se nos ocurrirá algo.

Como había demasiados oídos alrededor, guardaron silencio. Luego Clara sacó los auriculares, le ofreció uno a Lena y llegaron a la ciudad compartiendo música, cogidas de la mano, como en otros tiempos.

Innsbruck (Austria)

Daniel y Lena caminaban cogidos de la mano hacia la casa de ella después de haber estado bailando hasta tarde. Era la cuarta vez que salían y acababan de decidir que ese día pasarían la noche juntos.

Aún les zumbaban un poco los oídos de la discoteca, así que, en vez de hablar, se limitaban a mirarse de vez en cuando, sonreírse, y seguir caminando sobre la nieve recién caída que iban aplastando con las botas y crujía a cada paso que daban. El frío era soportable, casi bienvenido después del calor que habían pasado bailando. Eran las tres de la madrugada y la ciudad estaba tranquila, envuelta en ese silencio especial que trae la nieve, como si fuera una maqueta diminuta encerrada en un pisapapeles de cristal.

Lena abrió la verja y cruzaron el silencio el pequeño jardín. Una vez en casa, ella echó el cerrojo y encendió las luces del pasillo y la sala de estar.

—¡Bienvenido a casa Wassermann, señor Solstein!

—¿No hay nadie? —preguntó él.

—No. Mi padre está de viaje. —Ya le había contado algo de la rabia que sentía por ese enamoramiento repentino de su padre, pero no quería darle demasiados detalles por el momento, y tampoco quería que nada desagradable interfiriera en su noche especial—. Tenemos la casa para nosotros solos —terminó, sonriendo con picardía.

Le enseñó un poco el piso para que se orientara: cocina, sala de estar-biblioteca-estudio, que era la habitación más grande de la casa, baño, una puerta cerrada —el dormitorio de sus padres, dijo— y luego, agarrándolo de la mano, lo hizo entrar en su habitación y cerró la puerta.

Daniel se quitó la mochila y se quedó parado allí mismo, en la entrada, echando una mirada circular, mientras ella iba encendiendo unas cuantas velas y ponía una música suave. El color dominante era el blanco, aunque había bastantes cosas negras y algunos acentos de colores intensos.

—Parece que te gusta el blanco —comentó.

—Herencia de mi madre. Era su color favorito y me acostumbré desde pequeña.

Tiene la ventaja de que puedes combinarlo con todo.

Apagó la luz de la habitación y conectó un proyector astronómico que su padre le había regalado por su último cumpleaños, el primero que habían pasado solos. Inmediatamente, el techo se cubrió de estrellas, como si estuvieran al aire libre.

—¡Qué preciosidad! —dijo él, admirado.

Lena se tumbó en la cama.

—Anda, ven.

—¿Estás segura? Quiero decir, que si prefieres que esperemos más... lo que tú quieras.

—Ven.

Dani se acuclilló junto a su mochila y un instante después estaba sentado en el borde de la cama, al lado de Lena, y le ofrecía una rosa.

—No sé si habrá sobrevivido al viaje en la mochila, pero...

Antes de que pudiera acabar la frase, se estaban besando, primero con dulzura, luego cada vez con más urgencia. Ella le pasaba las manos por la cabeza, por el pelo cortísimo de soldado, mientras él le acariciaba el pecho, el vientre, la espalda, por debajo de la ropa que empezaba ya a resultar molesta.

No era la primera vez para ninguno de los dos, pero ambos coincidían en que su primera experiencia había sido excitante sobre todo por eso, por ser la primera, porque todo era nuevo y desconocido. Ahora era otra cosa. Los dos sentían que había una calidad diferente en su abrazo, una madurez que había estado ausente en otras relaciones, un deseo de compartir muy diferente del egoísmo que había guiado los primeros contactos. Él ahora quería, sobre todo, que a ella le gustara, que fuera feliz, que quisiera repetirlo y quedarse con él. Ella, en lugar de pensar más que nada en hacerlo bien, en que él quedara satisfecho, lo que quería era sentir y hacerle sentir que los dos juntos podían ser mucho más que separados.

Se interrumpieron el tiempo justo para que él pudiera darle a elegir con una sonrisa.

—No tengo ninguno blanco —dijo.

—Es igual. Dentro de un momento voy a cerrar los ojos otra vez.

—¿Crees que te dolerá? —preguntó él, preocupado.

—Supongo que un poco. Hace mucho de la última vez.

—¿Mucho? ¿Me has mentido con la edad y tienes más de veinte años?

—Meses... listo, muchos meses... eso basta para que vuelva a doler —dijo ella atacándolo con la almohada.

Tiempo después, cuando se relajaron el uno junto a la otra, Lena pensó que la mayor parte de las cosas que una leía en las revistas femeninas y veía en las películas no era verdad. La realidad era menos exagerada y mucho más bonita, y mucho más natural, y dolía más, y una podía también reírse y pasarlo bien. Y, sobre todo, pensó

que empezar a enamorarse era una sensación estupenda.

Daniel la abrazó fuerte y le susurró algo que podría haber sido un «te quiero», pero tan bajito que no estaba segura, y prefirió no preguntarle para que no tuviera que repetirlo y también, hasta cierto punto, para no saberlo. Luego él le acomodó la cabeza en el hueco de su hombro para poder dormirse juntos, abrazados. Y Lena, por primera vez desde que había perdido a su madre, se sintió protegida y feliz en su cama, después de tantas noches de angustia y soledad.

Antes de hundirse definitivamente en el sueño, le pareció ver los ojos de Lenny ocultando durante unos segundos los ojos de Dani y todo su cuerpo dio un salto, pero él la abrazó más fuerte, volvió a susurrarle, casi dormido: «Tranquila, mi amor, no pasa nada, estoy contigo», y Lena se dejó llevar por la seguridad de su piel, se relajó y unos segundos después se había quedado dormida.

PORG Volders. Innsbruck (Austria)

El lunes, al llegar a clase, Lena se encontró con Clara, que la esperaba en la puerta del instituto, saltando de impaciencia.

—¡Vámonos antes de que nos vea todo el mundo!

—¿Adónde?

—Al café de Herbert, o a donde sea. Tengo mucho que contarte.

Echaron a andar colina abajo y, a mitad de la cuesta, se encontraron con Andy y Lenny, que subían a clase.

—¿Vais a tomar café? —preguntó Andy—. Nos apuntamos.

Ya se habían dado la vuelta para bajar con ellas cuando Clara le puso la mano en el pecho a su amigo.

—No, Andy. Lo siento pero no. Lena y yo tenemos que hablar.

—Es que éste quería pedirle perdón a Lena por la metedura de pata del otro día.

Lenny se miraba las punteras de las zapatillas, como si la cosa no fuera con él, mientras Andy hablaba con las chicas.

—No es necesario que me pida perdón por nada. —Lena hablaba como si Lenny no estuviera presente—. Sólo dijo lo que pensaba de mí y tiene perfecto derecho a pensar lo que quiera. Se lo dices cuando lo veas —terminó, y echó a andar cuesta abajo dejando plantados a los chicos en mitad del camino. Clara tuvo que correr unos pasos para alcanzarla.

—¡Será gallina! —explotó Lena en cuanto Clara estuvo a su lado—. Si algo me

da asco es un hombre cobarde.

—¿Y una mujer no?

—También, pero menos. Y ya sé que no es políticamente correcto y esas zarandajas, pero yo he pensado toda la vida que los hombres tienen que ser valientes y estar dispuestos a defenderte si hace falta.

—Tendrías que haber nacido el siglo pasado —dijo Clara, riéndose—. Aunque la verdad es que yo pienso lo mismo. ¿Te acuerdas del imbécil de David con aquello de que «no me veo capaz de llevar una relación estable», «somos demasiado jóvenes», «es mucha responsabilidad»?

—No hablemos de David, que me hierva la sangre. ¡Gallina! ¡Mocoso! ¡Gilipollas! —Clara la había oído despotricar de David en muchas ocasiones, pero esta vez tenía la sensación de que aquellos insultos iban más bien dedicados a Lenny, que seguramente le había hecho más daño con sus comentarios de lo que ella quería confesar—. Pero hablando de responsabilidad... ¿se lo has dicho ya a Dominic?

Acababan de entrar en el café. Clara se bajó la cremallera del anorak y, aún con la cabeza baja, levantó la mirada hacia su amiga y sonrió mientras asentía.

—¿Y?

Clara cogió a Lena de la mano.

—Nos vamos a casar.

Lena sintió como una descarga eléctrica, como si hubiera tocado un cable de alta tensión y un fuerte calambre estuviera recorriendo dolorosamente todos los nervios de su cuerpo. Se le aflojaron las piernas y cayó sobre el banco de madera como una marioneta con las cuerdas cortadas.

—¡No! —exclamó con voz ahogada, sin saber por qué—. ¡No, Clara, no!

—¿Se puede saber qué te pasa? Te cuento lo mejor que me ha pasado en la vida y reaccionas así. No te entiendo, Lena, de verdad.

Ella sacudió la cabeza, sintiéndose impotente para explicar lo que le estaba sucediendo.

—Yo tampoco me entiendo, Clara. Yo tampoco sé lo que me pasa, pero no lo puedo evitar. Ese tipo me da miedo. Te está cambiando, te está convirtiendo en otra cosa.

—Pues claro que me está cambiando. Voy a tener un hijo suyo.

—Ya. ¿Para cuándo?

—Julio, si todo va bien.

—¿Y la boda?

—Ahora mismo. Antes de Navidad.

—¿Aquí o en Roma?

—¿En Roma?

—Allí es donde está su familia, ¿no?

—Él tiene familia en todo el mundo. Son muy viajeros. No, ni aquí ni allí —dijo, contestando a su pregunta y sonriendo sin poderlo evitar—. Le gustaría que nos casáramos en Dubai, en uno de los hoteles que acaban de inaugurar en uno de los rascacielos más altos y modernos.

Lena no podía dejar de hacer preguntas, negándose a reaccionar a las respuestas por temor a ponerse realmente furiosa.

—¿Se lo has dicho ya a tu madre?

—Sí. Al principio no le hizo mucha gracia, pero ahora está encantada con la idea.

—No me extraña.

—¿Qué quieres decir? —Clara frunció los ojos y entre las cejas apareció una profunda arruga—. ¿Por qué has dicho eso, Lena?

—Por nada. Olvídalo.

—Quiero que me lo digas. Que me digas lo que estás pensando.

—Sabes muy bien lo que estoy pensando —dijo Lena, sacando de golpe toda la rabia contenida—. Que lleva más de un año sin hacerte caso, teniéndose lástima a sí misma por el abandono de tu padre, que está encantada de pasarle a otro la patata caliente y que Dominic se ocupe de ti, y que como es rico y además es prácticamente su jefe, se le arregla el futuro.

—¡Cállate, Lena!

—Tú querías saberlo.

—Ahora comprendo lo que dice Dominic: que no me fíe de ti, que no te cuente nada. Tiene razón.

Clara se levantó, furiosa, recogió sus cosas, dejó unas monedas sobre la mesa y se marchó sin probar el té que había pedido. Lena se quedó en la mesa, mirando la espuma de su *latte* como si en ella pudiera ver lo que le deparaba el destino, rechazando la idea de que los agujeritos que se iban formando en la espuma que se disolvía poco a poco fueran una imagen de su futuro.

Dani había vuelto a Viena, al servicio militar, y aunque le gustaba mucho, se reía con él y era un buen chico, además de ser estupendo en la cama, no sabía si estaba realmente enamorada de él, enamorada para siempre.

De quien sí habría podido enamorarse, o al menos eso creía a veces, era de Lenny, porque siempre sentía como un golpe en el estómago al verlo, una atracción irracional e incomprensible, pero Lenny era un cobarde que no se atrevería a hablarle nunca más.

Aunque tenía muchos compañeros que la apreciaban, no tenía auténticos amigos. Andy era buen chaval, pero más bien corto, y Clara, que había sido su única amiga de verdad, la odiaba y ni siquiera querría invitarla a su boda después de aquella conversación.

Y su madre llevaba más de un año muerta.

Sin casi darse cuenta, las lágrimas empezaron a escurrírsele por las mejillas. Caían en la espuma del vaso y formaban cráteres profundos, marcando la superficie con un dibujo irregular.

Le habría gustado entregarse a su fantasía favorita: que ella era realmente una extraterrestre que se había quedado en la tierra por accidente y había perdido la memoria y que un día los suyos irían a buscarla y se la llevarían a su planeta, donde todo el mundo era como ella, la entenderían y la querrían. Pero sabía que esas tonterías no ayudaban a superar los problemas reales. Lo real era que se había quedado sin madre y se acababa de quedar sin amiga, y que con su padre no podía contar para cosas que a él no le parecían de verdad importantes.

Y había otra cosa que también era real, aunque nadie quisiera reconocerlo: Dominic era peligroso. Muy peligroso. Pero nunca conseguiría convencer a Clara. Se daría cuenta cuando fuera demasiado tarde. Ella había hecho todo lo posible por ayudarla, pero su amiga la había rechazado. Tendría que olvidarla y concentrarse en su propia vida, en recoger los pedazos de lo que había sido una vida feliz, pegarlos y seguir adelante, aunque las fisuras estuvieran siempre ahí para recordarle que algo se había roto definitivamente. Se sentía muy capaz de hacerlo. Sería doloroso, pero lo haría.

En algo sí que tenía Lenny toda la razón: ella era una mujer muy dura. Mucho.

Innsbruck (Austria)

Clara estaba tumbada en su cama, a media tarde, porque se sentía realmente cansada aunque no hubiera hecho gran cosa en todo el día. Pero la pelea con Lena la había dejado agotada y el embarazo no le estaba sentando nada bien: por la mañana tenía mareos y náuseas, y por las noches apenas conseguía dormir. El corazón se le disparaba sin ningún motivo y tenía que sentarse en la cama apretándose el pecho con la sensación de que se ahogaría si no se relajaba.

Por suerte, uno de los tíos favoritos de Dominic, el doctor Kaltenbrunn, era un gran ginecólogo suizo y acudiría a visitarla el sábado, para asegurarse de que todo estaba bien.

Cerró los ojos concentrándose en lo que había querido contarle a Lena: el recuerdo de la noche del viernes.

Él la había recogido en casa y, sin dejarla hablar de nada importante, habían subido a Seefeld, la estación de esquí cercana a Innsbruck que, con los adornos de

Navidad en las calles, parecía el escenario de un cuento de hadas invernal. Todo estaba cubierto de nieve recién caída, blanca e impoluta; las calles brillaban envueltas en sus adornos rojos y dorados, los abetos oscuros destellaban enjorjados de velitas de plata, la luna navegaba en el cielo sobre unas nubes blancas transparentes como velos de novia.

Dominic aparcó en una calle solitaria desde la que se veía parte de la pequeña ciudad iluminada como para una fiesta, y sus luces titilaban en el aire helado de la noche. Cortó el contacto y apagó las luces del coche. Suspiró profundamente, mirando fijo al frente, sin apartar las manos del volante.

—Ahora podemos hablar, Clara. Tu mensaje decía que tenías algo importante que decirme. ¿Vas a dejarme? —preguntó sin mirarla. Su voz expresaba un profundo dolor.

Clara se quedó pasmada. ¿Cómo podía pensar que ella...? Se volvió hacia él y con las dos manos le cogió la cara para que la mirara a los ojos.

—No, mi amor, no. ¿Cómo iba a dejarte, si te quiero con toda mi alma?

—¿Lo dices en serio, Clara? ¿Me sigues queriendo?

Él la abrazó tan fuerte que casi le hacía daño.

—Entonces, ¿de qué querías hablar? ¿Cuál es el problema?

—Estoy embarazada —dijo bajando la vista, temiendo su reacción.

Por un momento la apretó tan fuerte que había pensado que la iba a estrujar como un oso, rompiéndole todos los huesos. Luego Dominic hizo una inspiración profunda, la apartó suavemente y la miró a los ojos en la oscuridad del coche mientras ella temblaba de miedo, pendiente de su reacción y de su respuesta.

Él le acarició la mejilla con infinita delicadeza.

—Gracias, Clara —le dijo, empezando a sonreír—. Me has dado lo mejor que puede dar una mujer.

—¿Te alegras? —preguntó ella en voz tan baja y sorprendida que él soltó una carcajada.

—¡Pues claro que me alegro, tonta! No soy ningún niño ya, tengo un buen trabajo y una situación económica que cualquiera definiría como sólida, te tengo a ti (al menos eso espero) y pronto tendré también un hijo o una hija. ¿Qué más se puede pedir? ¡Ven! Tengo una idea.

Salieron del coche y caminaron estrechamente abrazados hasta un hotel que brillaba como un faro, atravesaron un jardín decorado con estatuas de hielo que representaban hadas y duendes y, al entrar, él la instaló en un sillón pidiéndole que esperara un momento.

Clara supuso que iba a pedir una habitación para celebrar la noticia y cerró los ojos de pura felicidad. Quería al bebé. La quería a ella. Ahora subirían a la mejor suite del hotel y harían el amor durante horas, como aquella noche en Roma.

Eso era lo único que de vez en cuando la angustiaba un poco: que desde aquél sábado de la Domus Iulia en Roma, precisamente la noche en que se había quedado embarazada, no habían vuelto a hacer el amor. Unas veces porque él estaba agotado y sólo quería dormir a su lado y abrazarla; otras porque él estaba demasiado preocupado por algún asunto de negocios y prefería dejarla en casa y marcharse a dormir a un hotel. Otras, en fin, porque él no empezaba y ella no se atrevía a decirle que le gustaría.

No se lo había contado a nadie, claro. A su madre, por razones obvias. A Lena, porque sabía lo que le diría. Sólo quien estaba con Dominic podía comprender ciertas cosas que, vistas desde fuera, parecerían incomprensibles. Lena, con su típica dureza contra él, le habría dicho: «¿Qué le pasa, que ya es impotente a los veinticinco años? Ese tipo no te conviene, Clara. Si ya no le apetece cuando no lleváis ni tres meses juntos, ¿qué puedes esperar para el futuro?».

Pero Lena no sabía que con Dominic una chica se sentía no sólo especial, sino única, en la cima del mundo, volando entre dragones.

—No te duermas, pequeña. ¡Vamos!

Dominic la cogió de la mano y volvieron a salir al exterior. Clara no entendía nada.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

Dieron la vuelta al hotel y, en la parte trasera, desde donde salía un camino que llevaba al bosque, les estaba esperando un trineo tirado por dos caballos. El conductor bajó del pescante y ayudó a Clara a instalarse entre pieles de oveja, tan blancas como la nieve y mucho más suaves. Dominic se sentó a su lado, extendió una manta gruesa sobre sus rodillas, sacó un termo y dos tazas de plata, sirvió una bebida humeante, y le pasó un brazo por los hombros.

—Lo siento, pequeña, no podía ser alcohol, así que de champán nada, pero verás lo bueno que está este té con miel de arce.

Chocaron las tazas.

—Por el bebé —dijo él.

—Por nosotros y nuestro futuro —añadió Clara.

El trineo se deslizaba suavemente por un paisaje nevado que la luna hacía resplandecer. Las campanillas tintineaban alegremente y el té les proporcionaba un agradable calor que las pieles de oveja ayudaban a mantener. Olía a clavo, canela y naranja. Las montañas se alzaban como gigantes blancos a su alrededor, custodiando el frágil trineo que cruzaba el paisaje bajo las estrellas. Los abetos oscuros los rodeaban, misteriosos. El aliento de los caballos, como el de ellos, formaba en el aire nubes blancas que el aire de la marcha disolvía.

Cuando acabaron de tomarse el té, Dominic recogió las tazas, las metió en la

bolsa y empezó a buscar algo por sus bolsillos.

—¿Qué haces? —preguntó ella, divertida.

—Ahora lo verás, si consigo encontrarlo. Eres increíblemente curiosa, siempre quieres saberlo todo.

Dominic se inclinó hacia adelante, le tocó el hombro al conductor y éste, como si ya supiera de qué se trataba, se apeó y se alejó hacia el bosque, dejándolos solos con los caballos en una pequeña cuesta desde la que se veía la ciudad de la que habían salido, con todas sus luces brillando abajo, igual que lo hacían las estrellas arriba.

—Yo ahora debería arrodillarme delante de ti, ¿sabes? Pero aquí, en el coche, iba a quedar un poco ridículo y si lo hago en el suelo ni me vas a ver.

Ella sonrió sin saber qué decir ni de qué hablaba Dominic.

—Clara, vas a darme un hijo. Eso ya sería bastante para lo que voy a pedirte, pero como ves, ya lo llevaba preparado, por si acaso tu llamada no tenía que ver con una separación. Soy un optimista incurable. ¿Quieres casarte conmigo?

Le tendía, abierta, una caja de joyería donde destellaba una sortija de aspecto antiguo, con una gran piedra que, bajo la luz de la luna, parecía negra.

—En mi familia, desde siempre, los anillos de compromiso son de rubí, no de diamante. Es nuestra piedra. Y la tuya, si me aceptas.

El recuerdo de la noche mágica se disolvió en un instante con un espasmo en el estómago que parecía una puñalada. Clara gimió en la cama, se encogió, agarrándose el vientre, y volvió a gemir apretando los dientes para no gritar. No valía la pena gritar porque su madre aún no había vuelto a casa y no había nadie que pudiera ayudarla.

Poco a poco el dolor fue cediendo hasta convertirse sólo en una especie de latido sordo. ¿Sería hambre? Por la mañana había vomitado el desayuno y luego no se había atrevido a comer nada más; así que podía muy bien ser hambre. Se levantó, abrió la nevera y empezó a investigar. Había yogures, fruta y queso, pero no le apetecía nada. Sólo de imaginarse esa pasta en la boca le daban arcadas. ¿Pan, quizá? Tampoco.

De improviso, apareció en su mente la imagen de algo que le apetecía tanto que se le llenó la boca de saliva en un instante: una hamburguesa. Una hamburguesa medio cruda.

Antes de haberse dado cuenta, estaba poniéndose los zapatos para salir a buscarla, porque el deseo de meterse en la boca un pedazo de carne era incontrolable, a pesar de que llevaba más de cinco años de vegetarianismo. Debía de tener algo que ver con el bebé. Seguramente necesitaba proteínas para desarrollarse; más proteínas de las que podía conseguir de las nueces y de la leche que tomaba y, en ese caso, no tendría más remedio que dejar de ser vegetariana hasta que naciera el niño. Se lo preguntaría al doctor Kaltenbrunn en cuanto lo viera.

Entró en la hamburguesería, pidió que estuviera muy cruda y, con los ojos

brillantes de deseo, se quedó mirando cómo el cocinero echaba la carne en la plancha, le daba rápidamente la vuelta con la espátula y se la servía como ella la había pedido: casi cruda, en plato, sin pan.

Se la llevó a la mesa, la devoró en tres bocados y desde allí mismo, con un gesto, pidió otra.

Tenía razón Lena, pensó. Estaba cambiando mucho. Pero estaba cambiando para bien. Y tenía todo el derecho de cambiar.

Ahora, muy pronto, pertenecería a la familia Lichtenberg, el clan rojo, como lo había llamado Dominic, aunque sin darle más explicaciones; el anillo que llevaba en el dedo lo decía muy claro. Y si a Lena no le gustaba, dejarían de ser amigas, así de simple.

Se comió la segunda hamburguesa, con un calor en el estómago y una satisfacción física como hacía tiempo que no sentía, y salió a la tarde helada, que ya era noche, con la sensación de que el mundo era suyo.

Segunda Parte

Volders. Innsbruck (Austria)

El 4 de diciembre sucedieron dos cosas que cambiarían para siempre la vida de Lena, aunque la primera no parecía, en principio, tener una relación directa con ella.

Poco antes del recreo, en plena clase, entró Mika, uno de los profesores de canto, y cuchicheó unos segundos con el profesor de matemáticas. Éste dio por terminada la clase y se marchó, dejándolos con el músico.

Era un profesor bastante joven, tanto que aún no había terminado del todo la carrera en el conservatorio, con una larga melena rubia, rizada, que solía llevar recogida en una cola de caballo pero que ese día llevaba suelta, y una barbita de mosquetero. No era muy popular en la escuela porque se consideraba a sí mismo un gran artista, tenía favoritismos muy claros y, cuando las cosas no se hacían a su manera, podía ser realmente desagradable. Pero siempre era el encargado de organizar los festivales, fiestas y presentaciones, además de dirigir el coro del instituto.

—Ya sé que es demasiado tarde para lo que se me ha ocurrido —les anunció en cuanto el profesor de matemáticas se hubo marchado—, pero he pensado que podríamos hacer algo original para la fiesta de Navidad, un par de números de distintos musicales, dos o tres, para animar la cosa y que no salga todo tan solemne y navideño. ¿Os apuntaríais? Harían falta unos diez o doce y ensayaríamos tres o cuatro veces unas tres horas, por la tarde o, si podéis, el fin de semana.

De momento no les hizo mucha ilusión porque los ensayos iban a coincidir con los exámenes de antes de Navidad y porque sabían que Mika, cuando las cosas se ponían difíciles, se volvía agresivo y los amenazaba con toda clase de suspensos y represalias. Pero si decían que no, también podían tener problemas.

Aún no les había dado tiempo a contestar cuando sonó el timbre y todo el mundo se puso de pie, deseando salir del aula a estirar las piernas y tomar el aire.

Mika, antes de que se le desbandara la gente, propuso con la voz más alegre que consiguió fingir:

—Vamos afuera y lo hablamos al sol, ¿vale?

Bajaron en grupo la escalera, cogieron los anoraks y salieron a la zona soleada junto a la puerta principal. Los que fumaban encendieron sus cigarrillos bajo la mirada de odio de Mika, que no podía hacer nada para impedirlo ya que todos los alumnos eran mayores de edad y estaban al aire libre, y pusieron cara de estar dispuestos a escuchar los planes de la actuación de urgencia.

El profesor empezó a convencerlos de que se podía hacer, que no costaría mucho, que todos tenían suficiente experiencia y por eso necesitaba que fueran precisamente ellos los que participaran.

—Perdone —dijo Clara, interrumpiendo las explicaciones—. Vuelvo en seguida, pero tengo que ir al baño.

Entró en el edificio a toda velocidad. Desde que estaba embarazada tenía que ir constantemente al lavabo y, como aún no lo sabía nadie, salvo Lena, había tenido que contarle a todo el mundo que tenía cistitis, para que comprendieran que no podía aguantar.

Lena escuchaba a Mika apoyada en la pared del colegio, con los ojos cerrados al sol para sentir mejor la calidez, y para no tener que verle la cara de mocoso presumido que tanto detestaba. Con el plumífero azul y la melena castaño dorada brillando al sol parecía un estúpido ángel barroco y estaba claro que se gustaba muchísimo a sí mismo.

De todas formas, la cosa no iba mucho con ella. No tenía una voz que le permitiera interpretar papeles de solista y era una de las pocas chicas que no habían ido a cursos de danza, ni ballet, ni nada por el estilo. Dos años atrás había hecho un solo que había salido magnífico, con una coreografía inspirada en el kendo, pero a Mika no se le ocurriría ofrecerle ningún papel, así que podía oírlo como quien oye llover.

—¿Qué te parece, Lena? ¿Te apetecería? —oyó decir como desde lejos.

Abrió los ojos de golpe, parpadeando como una loca.

—¿Qué? ¿Si me apetece qué?

—A ver si prestas más atención. Al fin y al cabo es un profesor quien te habla.

—Perdone.

—Si te gustaría hacer de Magenta, en el dúo con Riffraff, del *Rocky Horror Picture Show*. El *Time Warp*. No tienes una gran voz, pero en los graves eres bastante decente.

—¡Guau! ¡Qué pasada!

—¿Eso es que sí?

Le estaba mirando fijamente a los ojos azules, dispuesta a decir que sí con la poca voz que, según él, tenía, cuando de golpe se oyó un ruido como el de una botella de champán al saltar el corcho, y la cabeza de Mika estalló hecha pedazos en una explosión de sangre y sesos que alcanzó a la mayor parte de los presentes.

Antes de haber decidido nada, Lena se encontró en el suelo, girando sobre sí misma para ponerse a cubierto debajo de los contenedores de basura. No sabía bien de dónde había llegado el disparo, pero parecía lógico que el tirador se hubiera ocultado entre los árboles del talud que protegía el edificio por el sur. Y en ese caso, el lugar que ella había escogido era el más seguro.

Se oían gritos por todas partes, puertas que se abrían y cerraban de golpe, ruido de pasos y carreras, sollozos histéricos... pero ella, incomprensiblemente, seguía tranquila, como si todo lo que sucedía a su alrededor estuviera viéndolo en el cine,

comiendo palomitas. Su corazón latía al ritmo normal, sus ojos se movían despacio como si escaneara los alrededores, tratando de identificar la fuente del peligro. Su cerebro había empezado a dar forma a una idea nebulosa que se iba haciendo más clara por momentos, conforme se fijaba en la figura de Mika, de bruces contra el suelo, con lo que había sido la cara, y ahora no era más que un amasijo de sangre y huesos, aplastada contra el asfalto, el largo cabello rubio rizado brillando al sol, y el anorak azul. Azul como el de Clara.

Unos momentos más tarde daba la sensación de que los trescientos alumnos y los cincuenta profesores estaban allí, rodeando el cadáver del músico. El director apenas conseguía tranquilizar a las chicas que gritaban después de haber echado una ojeada al charco de sangre que se extendía por la entrada y a la figura yacente, casi sin cabeza, que había sido Mika.

Cuando llegó la policía, el director pidió con voz serena que la gente volviera al interior del edificio y que todos los que habían estado charlando con el profesor en el momento de su muerte se reunieran con él y los inspectores en su despacho para ser interrogados.

Lena salió de debajo de los contenedores sacudiéndose la ropa y, antes de subir a donde la habían convocado, sacó el móvil y llamó a Clara.

—No tengo tiempo para hablar —le dijo—. Sube a la biblioteca y quédate allí hasta que yo llegue. No. No te lo puedo explicar ahora. Quédate ahí. Y dame el teléfono de Dominic. No te importa para qué. Vale. Estupendo, que venga a recogerte a la una. No puedo perder tiempo ahora. Tengo que ir al despacho del director. Prométeme que no te moverás de allí.

Colgó y marcó el número que le había dado Clara. Saltó el buzón de voz al primer pitido, lo que podía significar que Dominic aún estaba en el avión y había desconectado el aparato. O bien que no reconocía el número y no pensaba contestar.

Habló con rapidez.

—Dominic. Soy Lena. Ha habido un asesinato en el colegio. Saca de aquí a Clara lo antes posible. Luego te explico.

No habían pasado ni treinta segundos y, cuando estaba a punto de llamar con los nudillos a la puerta del director, sonó su móvil y se apartó hacia las ventanas para poder hablar.

—Soy Dominic. Cuéntame qué ha pasado. —Su voz sonaba serena pero extraña, como si de repente hubiera dejado de fingir que era un chico joven sin grandes preocupaciones y saliera su verdadero ser. Como si hubiera envejecido veinte años.

—No puedo ahora, pero es urgente. Ha habido un asesinato en el colegio. Tienes que sacar a Clara de aquí.

—¿Crees que ella corre algún peligro? —Ahora la voz volvía a ser irónica, como casi siempre que hablaba con ella, ligeramente despreciativa.

—Ven y entérate tú mismo.

Colgó, realmente rabiosa por su reacción, y entró en el despacho, donde los policías estaban diciendo a los reunidos que iban a ser interrogados por separado y que fueran intentando recordar cualquier detalle fuera de lo común que pudiera ser de ayuda para aclarar el asesinato del profesor Michael Alexander. Luego les pidieron que esperaran en la sala de profesores tomando sus notas y que no hablaran entre ellos de lo sucedido para no influenciarse mutuamente.

Lena estaba segura de haber visto algo fuera de lo común, pero no tenía ninguna intención de decírselo a nadie por el momento, así que pidió ser la primera en contestar las preguntas de la policía para quedarse libre cuanto antes.

Ya estaba terminando el interrogatorio («No he visto nada, tenía los ojos cerrados; no se me ocurre que nadie pudiera querer matar a Mika; no me he fijado en nada fuera de lo común») cuando, desde la ventana del despacho del director, vio acercarse el deportivo de Dominic, de modo que pidió permiso para marcharse, se despidió a toda velocidad y bajó los escalones de dos en dos para interceptarlo antes de que recogiera a Clara.

La policía había acordonado la zona y habían obligado a Dominic a esperar al otro lado de la cinta roja y blanca, sin dejarlo acercarse a la entrada, de donde el cadáver aún no había sido retirado.

Lena fue a reunirse con él, se saludaron brevemente con la cabeza y Dominic, que ya había sacado el móvil para avisar a Clara de que podía bajar, de algún modo comprendió y volvió a guardarlo.

—¿Quién es el muerto?

—Un profesor de música. Estábamos hablando de la fiesta de Navidad cuando de repente alguien que debía de estar ahí arriba, apostado entre los árboles, le ha pegado un tiro. Y yo no entiendo mucho de armas y munición, pero debía de ser un proyectil bestial porque casi le ha arrancado la cabeza.

Dominic paseaba la vista por la zona que había señalado Lena.

—¿Se sabe por qué?

—Están en ello. Pero yo tengo una teoría.

—¿Y qué te hace pensar que a mí me interesa el asunto?

—¿Le has echado una mirada al cadáver? —Ahora era ella la que lo miraba con un brillo de ironía en los ojos, como desafiándolo a comprender el acertijo que le estaba proponiendo.

Él hizo lo que le pedía la muchacha.

—¿Lleva el anorak de Clara? —preguntó, mientras su rostro cambiaba de expresión.

—Muy observador. No. Lleva el suyo, pero es del mismo color, efectivamente. ¿Te has fijado también en su pelo? ¿Y en que no era un tipo particularmente alto ni

fornido?

Dominic observó atentamente el cuerpo tendido en el suelo. Luego se volvió hacia Lena, la miró de frente y, por primera vez desde que se conocían, se encendió una luz de respeto en sus ojos, quizá incluso de admiración.

—Eres muy inteligente, Lena —dijo por fin—. Gracias. Ahora comprendo lo que quieres decir. Y puede que tengas razón. Sacaré de aquí a Clara ahora mismo.

Lena le puso una mano en el brazo cuando ya estaba a punto de sacar el móvil de nuevo.

—Dominic, ¿tiene esto que ver contigo, con tus negocios? ¿Corre peligro Clara por estar contigo?

Pasó unos segundos sin contestar, luego sonrió.

—Por supuesto que no. La protejo yo. La protege toda mi familia.

—Pero hay razones para tener que protegerla, ¿me equivoco? No tengo ni idea de por qué, pero ese tirador creía que Mika era Clara, ¿verdad?

Dominic sonrió.

—No exageremos.

—¿Por qué querían matar a Clara?

—Tienes todo mi respeto, Lena, pero no hay que ponerse paranoicos. Desde ahora me encargo yo, descuida. Has sido una buena amiga.

—¿Quiere eso decir que ya no lo voy a ser más?

—Clara me ha contado que no os habláis. Y dentro de muy poco dejará de vivir aquí. Todo lo humano pasa, acaba, tiene un final, Lena.

—Ya. *Sic transit gloria mundi*, ¿no?

Dominic hizo una especie de reverencia como Lena sólo había visto en las películas, luego sacó el móvil y avisó a Clara de que bajara rápido, que se marchaban.

Durante unos instantes, dudó entre quedarse allí y despedirse de su amiga, a la que según Dominic no volvería a ver, o esconderse donde fuera para no tener que decirle adiós o, mucho peor, ver frialdad o desprecio en su mirada. Al final triunfó el cariño y se quedó esperando, en silencio, hasta que salió su amiga, asustada y nerviosa.

Su novio la abrazó y cuchichearon unos segundos antes de que Clara se volviera hacia Lena para despedirse. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Sabes que puedes contar conmigo, Clara. Llámame si me necesitas, estés donde estés.

—Siempre serás mi mejor amiga —le dijo Clara al oído, apretándola fuerte.

—Lleva mucho cuidado. Y, si nos perdemos de vista, al menos avísame cuando nazca el bebé.

Clara sonrió a través de las lágrimas, asintió varias veces en silencio y subió al coche.

—¿Te llevamos a la ciudad?

Lena sacudió la cabeza en una negativa.

—¡Buena suerte! —dijo por fin con voz estrangulada por la emoción.

En ese momento, por fortuna, sonó el móvil de Lena, de modo que hizo un gesto de despedida con la mano y se apartó un poco para poder hablar con tranquilidad mientras iba bajando la cuesta que llevaba a la parada del autobús. Todos los otros chicos y chicas iban también hablando por teléfono, contando lo sucedido, de manera que nadie la llamó ni trató de trabar conversación mientras ella contestaba a aquella llamada, de un número desconocido.

—¿Sí?

—¿Señorita Wassermann? —Era una voz masculina, cultivada, como de un hombre mayor, banquero, abogado, político... algo así le pareció.

—Soy yo. Dígame.

—Permítame que me presente. Soy el doctor Kürsinger, notario, y he sido encargado de ponerme en contacto con usted en el momento en que se dieran ciertas circunstancias.

—Mmm... —No sabía qué decir, pero tampoco quería que pensara que había colgado.

—Esas circunstancias se acaban de dar. ¿Podría usted pasarse por mi despacho de inmediato?

—¿Ahora?

—Efectivamente. Sin perder un minuto.

—No sé. —Aquello le sonaba tan raro que no conseguía pensar con claridad—. Acabo de salir de clase y... no sé. Primero tendré que hablar con mi padre —se le ocurrió decir por fin.

—No, por favor. Es usted mayor de edad y tengo instrucciones expresas de pedirle que no hable con su padre antes de hacerlo conmigo.

—¿Instrucciones expresas? ¿De quién?

—De su madre, señorita Wassermann. De su difunta madre.

Lena estuvo a punto de dejar caer el teléfono en ese instante. Por suerte ya había subido al autobús y estaba sentada. Tenía la sensación de que las piernas se le habían vuelto blandas.

—Tengo unos documentos que entregarle por encargo de su madre y tiene que ser hoy mismo, ahora mismo. Por favor, le ruego que no pierda tiempo y venga cuanto antes. Le explicaré todo lo que sé, pero no por teléfono.

—¿Dónde lo encuentro?

—Maximilianstrasse. En el mismo edificio de la oficina de Correos.

—Voy para allá.

—La espero. Por favor, venga sola.

Al apretar el botón rojo se dio cuenta de que le temblaban las manos y las apretó fuerte una contra otra antes de guardar el móvil en el bolsillo, tratando de resistir la tentación de llamar inmediatamente a su padre. Recordaba con total claridad la cantidad de veces que le habían dicho en casa: «Si alguna vez, en alguna circunstancia, te dicen que no le cuentes esto o aquello a tus padres, ven inmediatamente a decírnoslo. Nadie dice una cosa así, a no ser que piense hacer algo muy malo». Y ella sabía que tenían razón, pero esta vez era un poco distinto porque era su misma madre la que había pedido que no informara a su padre. Pero ¿por qué? Además, también podía ser mentira y no tener nada que ver con su madre. Por fortuna, la calle donde la había citado el supuesto notario era una de las más céntricas de Innsbruck y el edificio de Correos estaba siempre lleno de gente que entraba y salía; no la iban a secuestrar. ¿O sí?

Pensó por un momento en llamar a Clara, como había hecho siempre, y pedirle que la acompañara, pero no quería que Clara y Dominic pensarán que se estaba inventando excusas para no perder el contacto. Contárselo a cualquiera de sus amigos o compañeros de clase no tenía ningún sentido; tendría que explicar tantas cosas que no le daría tiempo antes de llegar y además pensarían que estaba loca. Sin embargo, el sentido común le decía que no podía meterse en la oficina de un desconocido sin que nadie supiera adónde había ido, de modo que, incluso sabiendo que era un poco tonto y sintiéndose algo ridícula —«*Better safe than sorry*», pensó en ese instante, una de esas frases que su padre le había inculcado desde que empezó a aprender inglés—, mandó un SMS a Dani, porque así no tenía que darle tantas explicaciones como si lo llamaba. Sin mencionar que, si oía su voz, notaría lo nerviosa y asustada que estaba. El pobre no podía hacer nada porque estaba a quinientos kilómetros, pero si desaparecía podría decirle a su padre adónde había ido.

«Dr. Kürsinger, notario. Edificio de Correos. Quiere verme, no sé por qué. Te llamo cuando salga. Beso.»

Nunca le había parecido tan grande y majestuoso el edificio como en el momento en que cruzó la puerta buscando la placa del notario. Había algo de falso e inquietante en unas puertas antiguas, de pesada madera de nogal, que se abrían solas como las de los centros comerciales.

La escalera era enorme, blanca, de mármol, con techos altísimos y una baranda llena de volutas y adornos. No se oía nada. Seguramente porque eran casi las tres y mucha gente había terminado ya su jornada normal. Los pasillos eran también inmensos, más anchos que la sala de estar de cualquier familia.

Fue caminando despacio hacia las ventanas del fondo, mirando las puertas con sus pulidas manivelas de latón brillante, agradecida por llevar deportivas con suela de goma y no tener que ir taconeando por allí; estaba segura de que sus zapatos harían eco, y de pronto se sintió como si estuviera a punto de meterse en otro mundo

después de atravesar un laberinto sin retorno.

«¡Qué tonterías piensas, Lena!», se dijo a sí misma para darse ánimo.

La puerta que buscaba era la última. El despacho del notario haría esquina. Recordó una de las frases de su cuento favorito, el que su madre le había recitado cientos de veces, hasta que había conseguido aprendérselo de memoria: «Siempre es la última puerta, y siempre hay una puerta más, aunque no puedas verla». Ahora, de repente, aquella frase familiar le dio un escalofrío.

Tocó con los nudillos, no obtuvo respuesta y abrió lentamente, apoyándose en la manivela. La mesa donde debería estar la secretaria estaba vacía, de modo que cruzó el despacho y llamó a la otra puerta.

Una décima de segundo después, como si hubiera estado esperándola detrás de la hoja de madera, se encontró cara a cara con un señor de unos sesenta años, calvo, regordete y con un traje gris oscuro que parecía pintado sobre su cuerpo.

—¡Cuánto me alegro de verla sana y salva! Pase, pase, acomódese.

Se estrecharon la mano y el notario la ayudó a quitarse el anorak, que colgó en un perchero. Luego dio la vuelta a un enorme escritorio y se instaló en un sillón giratorio.

—Bien, Aliena, ¿puedo llamarla Aliena?

Ella sacudió la cabeza.

—Nadie me llama así. El nombrecito fue un capricho de mi madre, por una obra de Shakespeare, y mi padre nunca fue capaz de negarle nada. Prefiero que me llamen Lena, si no le importa.

—Como guste. Tome, lea esto —dijo tendiéndole un sobre que la hizo sobresaltarse. Su nombre estaba escrito en la inconfundible letra de su madre, la misma letra que conocía de cientos de notas de «He ido a comprar» o «No me encuentro bien y no voy a ir a trabajar» o «Papá y yo nos vamos al cine». Estaba claro que era de ella. Un mensaje de ultratumba. Tragó saliva y lo abrió. El notario, con las manos cruzadas sobre el vientre, como un cura que estuviera a punto de dormirse, la miraba sereno, con los ojos entornados.

Cariño:

Sé que esto te sorprenderá y siento no haber podido prepararte mejor, pero te juro que he hecho todo lo que estaba en mi mano y estoy segura de que sabrás arreglártelas.

Si estás leyendo esto, eso significa que yo ya no estoy contigo y no te puedo ayudar como he hecho durante toda mi vida. De momento habrá muchas cosas que no comprenderás. He dispuesto que vayas recibiendo información a medida que la vayas necesitando. No sufras, corazón, he tratado de preverlo todo para ayudarte en lo posible. Siempre pensé que

moriría pronto y, ya ves, no me he equivocado. Por eso a veces tenía tanta prisa en que aprendieras esto y aquello o tenía mucho empeño en que hicieras ciertas cosas. Ya descubrirás el motivo.

Te he pedido que no te pongas en contacto con papá y espero que me hayas obedecido. Es una forma de protegerlo a él, aunque ya sabe lo bastante como para no sorprenderse. El doctor Kürsinger cuidará de que sepa qué ha sucedido. Tú ahora tienes que pensar en ti. Eres una chica maravillosa, no lo olvides. Mi niña blanca y negra, ¿te acuerdas aún de la narración?

Confía en mí, preciosa. Siempre te dije que, aunque muriera, estaría contigo. No estarás sola, Lena. Y vivirás.

Con todo mi amor,

MAMÁ

Cuando levantó la vista de la carta tenía los ojos llenos de lágrimas y el mundo se había convertido en un borrón. Se esforzó por no sollozar, pero sin apenas darse cuenta empezó a llorar con desesperación, como cuando era pequeña, ruidosamente, ciega a todo lo que no fuera su dolor.

El notario se levantó, le puso un paquete de pañuelos de papel entre las manos y empezó a darle palmaditas en el hombro hasta que el llanto fue cediendo.

—¿Qué? ¿Qué...? —tartamudeó—: ¿Qué es todo esto? No entiendo nada. Parece una mala película de espías. ¿Se había vuelto loca mi madre?

—No, Lena. Su madre era una mujer perfectamente equilibrada, si le sirve de algo mi opinión. Pasemos a lo siguiente. Tome esto. —Le tendió un abultado sobre marrón, de los que tienen burbujitas de plástico—. Dentro encontrará seis mil euros que, de momento, deberían bastar para cubrir sus necesidades más básicas. Y aquí... —continuó, tendiéndole ahora otro sobre, lacrado en azul oscuro—. No, por favor, no lo abra ahora ni me diga usted nada. Ahí encontrará una dirección, ignoro de qué ciudad, y una llave que abrirá la puerta de esa dirección. Siguiendo las instrucciones de su madre, debería hacer lo posible para llegar ahí cuanto antes. También me pidió que le recordara lo que ambas saben sobre los móviles. No sé a qué se refería su madre, pero me aseguró que usted comprendería.

Lena asintió lentamente con la cabeza.

—Aquí —añadió. Ahora era una caja de cartón con estampado navideño lo que le tendía— encontrará ciertos objetos que le serán de utilidad llegado el caso. Unos tienen un uso evidente, otros no tanto, pero antes o después llegará el momento y entonces comprenderá. Téngalos siempre a mano. Siempre, no lo olvide. No. No abra ahora la caja. Tenemos muy poco tiempo. ¿Alguna pregunta?

Lena estuvo a punto de tener un ataque de risa histérica.

—¿Alguna? —Le salió una voz chillona que casi no reconoció como propia—. ¡Todas, maldita sea! ¡Tengo miles de preguntas!

—Ahora tenemos que marcharnos, Lena. —El hombre se acababa de poner el abrigo y le ofrecía el anorak haciendo gestos perentorios.

—¿Adónde?

—Usted, a empezar su nueva vida.

—¿Qué nueva vida?

—Ya lo entenderá.

Habían llegado de nuevo a la escalera y, cuando Lena iba a empezar a bajar, el notario de golpe se dio la vuelta y, sin una palabra más, desapareció tras una puerta que a ella le había pasado desapercibida porque era tan blanca como la pared.

—¡Doctor Kürsinger! —gritó—. ¡Doctor Kürsinger!

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita? —preguntó un hombre alto y fuerte, con un abrigo gris claro, como su cabello, que subía en ese momento la escalera.

—No, gracias —contestó, aún sin aliento—. Quería preguntarle algo al doctor Kürsinger, pero ha desaparecido.

El hombre la miró con curiosidad, con la cabeza ladeada a la izquierda.

—¡Qué raro! —dijo, esbozando una sonrisa—. El doctor Kürsinger soy yo.

Los ojos de Lena se abrieron como platos y, aprovechando lo ancha que era la escalera, echó a correr hacia la calle dejando atrás al hombre, que la miraba totalmente perplejo.

Tres minutos más tarde estaba sentada a la mesa del fondo de un café donde no había entrado nunca; una de esas cafeterías que debieron de ser muy coquetas en los años cincuenta o sesenta y que ahora sólo estaba ocupada por unas cuantas señoras mayores que, de dos en dos, con el sombrero puesto, removían el azúcar en su té y se contaban sus enfermedades.

Se sentía en estado de shock, casi como año y medio atrás, después del funeral de su madre. Tenía la misma sensación en el estómago de haberse tragado una bola de hierro que nunca sería capaz de digerir, el mismo velo de colores frente a los ojos, como si el mundo de siempre fuera sólo una película de plástico transparente y ahora empezara a disolverse para mostrar la auténtica realidad que existía debajo y que ya no era hermosa como lo había sido hasta ese momento.

Miraba sin ver los objetos que había dejado sobre la mesa y notaba cómo las lágrimas se deslizaban calientes por sus mejillas hasta las comisuras de la boca, donde dejaban un regusto salado.

La camarera, una mujer que debía de estar cerca de la jubilación, vestida de negro con delantalito blanco, dejó el café con leche en la mesa, la miró con dulzura y, ya a punto de dedicarle una palabra de consuelo, sacudió la cabeza, cerró la boca y se

alejó en silencio, dejándola llorar a gusto.

Por puro hábito, Lena sacó el móvil del bolsillo del anorak, lo dejó sobre la mesa y se quedó mirándolo como si fuera la primera vez que lo veía. Recordaba con toda claridad las veces que habían hablado de ello, cuando jugaban a uno de sus juegos favoritos que, de paso, le servía a su madre para su trabajo de guionista de una serie policíaca de televisión.

—Supón que tienes que huir, Lena. ¿Qué haces?

—Procurar que no puedan seguirme, que no me encuentren. Cubrir mis huellas.

—Bien. ¿Cómo?

—Necesito dinero. Voy al cajero y saco algo.

—Si tienes tiempo es bueno que vayas guardando algo en casa y luego saques de golpe, además, lo máximo que te permita la tarjeta, para tener suficiente efectivo. Nunca debes ir sacando por el camino; así eres fácil de rastrear; y no pagues con tarjeta ni en hoteles ni en ninguna parte. Si pagas al contado siempre, no hay rastro de ti. ¿Móvil?

Ahí siempre acababa suspirando o resoplando.

—Ya sé que hay que destruirlo, ya, pero es que ahí llevo todos mis números, los mensajes que quiero guardar, mis fotos... todo, mamá.

—Sí, pero si existe, eres vulnerable. Y si lo usas, pueden saber dónde estás. El móvil es un GPS para el que te esté buscando. Apunta o mejor memoriza todo lo importante y luego destrúyelo en cuanto salgas de aquí. Si más adelante necesitas comunicarte con alguien, llama desde una cabina, o desde un locutorio, o compra un aparato de prepago.

A eso se refería el notario, suponiendo que fuera un notario aquel extraño individuo que había desaparecido de un momento a otro.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué clase de secreto ocultaba su madre? ¿Por qué nunca le había explicado nada? Tenía la sensación de que el cráneo acabaría por estallarle si el dolor de cabeza que se le había insinuado al separarse de Clara seguía aumentando.

Repasó la lista de contactos del móvil tratando de decidir qué números necesitaba realmente, y poco a poco empezó a sentir algo curioso a medida que iba descartando nombres de amigas, amigos, conocidos, compañeros de clase, contactos de sus padres... De hecho, no echaba de menos a nadie, no necesitaba a nadie, no había nadie a quien pudiera pedir ayuda ni con quien quisiera contactar más adelante. Era como si de un momento a otro, incluso antes de saber adónde tenía que dirigirse, se hubiera cerrado definitivamente la primera etapa de su vida y todos aquellos nombres se hubieran vaciado de contenido.

El número de su padre se lo sabía de memoria. El de su madre también y, aunque seguía en su lista, ya no le serviría nunca más. El de Dani también lo tenía memorizado, igual que el de Clara, aunque seguramente tampoco volvería a

utilizarlo. ¿Qué otros podría necesitar? ¿El de Lenny? ¿Para qué? ¿El de Dominic?

Apuntó los dos últimos en la agenda de papel, por si acaso, y volvió a mirar toda la lista, nombre tras nombre, casi como una despedida.

No quiso mirar las fotos, ni los mensajes, ni siquiera el último de su madre, el que le había mandado desde Viena el mismo día en que había tenido el accidente mortal. Se lo sabía de memoria y todas las veces acababa llorando al leerlo, así que no podía permitírselo. Ahora tenía que procurar pensar con claridad y decidir qué iba a hacer.

Lo más urgente era decidir si por fin iba a llamar a su padre o no. Deseaba con todas sus fuerzas hablar con él, abrazarse a él y dejar que él se ocupara de todo, que la protegiera, que la cuidara. Pero la carta de su madre decía que podía ser peligroso para él. Sería espantoso que a su padre le pasara algo por su culpa.

De momento llamaría a Dani para que no se preocupara por el mensaje que había recibido y para tratar de decirle que iba a estar un tiempo sin ponerse en contacto con él, aunque de hecho ni ella misma sabía aún qué iba a ser de su vida ni adónde tendría que marcharse. Quizá no fuera tan buena idea meterlo en el asunto, pero necesitaba hablar con alguien, urgentemente, para no volverse loca.

Podía llamar a Clara, pero si le contaba algo a su amiga —o a su ex amiga, pensó con amargura—, ella se lo contaría a Dominic y eso, sin saber por qué, la aterrorizaba.

Andy le haría caso y se empeñaría en que quedaran para un café, pero le tomaría el pelo, no se creería nada y no le serviría más que para desahogarse. Y no tenía amigos tan íntimos como para contarles algo que parecía sacado de una película de espías. Estaba la gente del aikido, pero no tenían una relación tan estrecha como para atreverse a explicarles algo que ni ella misma comprendía.

La vibración del teléfono en su mano le arrancó un grito que atrajo las miradas desaprobadoras de todas las damas de su alrededor y por eso lo cogió sin siquiera darse cuenta de quién llamaba.

—¿Sí? —preguntó sin aliento.

—¿Lena? Tienes voz de ultratumba.

Era una expresión totalmente usual que, sin embargo, le arrancó un escalofrío.

—Es que llevo un mal día.

—Claro, mujer, es lógico. Me han dicho que estabas justo al lado de Mika cuando le han volado la cabeza.

—Sí. —No se le ocurría qué más decir. La verdad era que no había pensado para nada en el asesinato de Mika. Tenía problemas más urgentes.

—¿Estás por la ciudad? ¿Te apetece que nos tomemos un café?

—No tengo muchas ganas de hablar de Mika y del asesinato.

—No hace falta que hablemos de eso, pero me gustaría verte.

—No estoy con Clara.

—Ya lo sé. La he visto marcharse con su príncipe azul y Andy me ha contado que ha cortado contigo.

Le subió un sollozo a la garganta que se esforzó por controlar.

—Son cosas que pasan.

—Anda, vamos a tomar un café. Invito yo. —Hubo una pausa—. Quiero disculparme por las tonterías que dije hace poco. Yo soy muy tímido, aunque no lo parezca, ¿sabes? Por eso me ha costado tanto decidirme.

Lena estuvo a punto de gritarle que era un mentiroso y un imbécil, que ahora quería verla a ella porque ya se había convencido de que no tenía ninguna posibilidad con Clara. Pero se encontraba tan sola y tan abandonada que le hacía ilusión la idea de llorar en el hombro de Lenny, si la dejaba.

—No soy muy buena compañía en estos momentos. Y además estoy saliendo con un chico. —No sabía bien por qué había dicho eso, pero quería dejar las cosas claras, o quizá simplemente fastidiarlo, que supiera que había perdido su oportunidad.

—¿Y dónde está ahora que lo necesitas?

—Haciendo la mili.

Lenny se rió.

—No te estoy pidiendo en matrimonio. Sólo quería verte y que volvamos a ser amigos. Luego ya... lo que tú quieras. ¿En la Treibhaus, dentro de un cuarto de hora?

—En el Uni Café.

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza que te vean conmigo?

—Es que estoy en la biblioteca de la universidad y me viene mejor —mintió.

—Vale. Hasta ahora mismo. Y... gracias, Lena.

Al colgar el teléfono, apartó de un empujón todo lo que había en la mesa, apoyó la cabeza en los brazos y gritó en silencio, como hacía cuando de verdad estaba desesperada. Al cabo de un minuto, empezó a recoger porque antes de llegar al Uni Café tenía que hacer algo que se le acababa de ocurrir.

Ya saliendo de la cafetería volvió a sonar el móvil. «Papá», leyó. ¿Debía cogerlo o dejarlo sonar? ¿Sería capaz de fingir, de mentirle, o acabaría contándoselo todo en cuanto oyera su voz? Lo mejor sería no cogerlo, pero tenía tantas ganas de oír su voz, de saber que seguía estando ahí...

—¿Papá? —Ya estaba hecho.

—¡Hola, cariño! Perdona que no te haya contestado antes, pero estaba muy liado. No hay problema en que te vayas a pasar unos días a casa de tu amiga. Ya lo he hablado con el director y comprende perfectamente que necesites un poco de tiempo después de lo que ha pasado hoy, así que tómalo con calma, procura dar paseos por el bosque y dormir mucho, hija. Isabella y yo nos pasaremos el domingo a ver cómo estás y, si quieres, ya te vuelves con nosotros, ¿vale?

Lena no daba crédito a sus oídos. Su padre, que siempre había sido hombre de

pocas palabras, hablaba sin parar, sin dejarla decir nada.

—Dales recuerdos a los padres de tu amiga y muchas gracias de mi parte. Y si eres capaz, déjate el móvil en casa, para que no te den la lata. Si necesito localizarte te llamo al fijo, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo? —insistió, al notar el silencio perplejo al otro lado.

—Sí, papá —logró decir, con un enorme esfuerzo. Su padre sabía. Su padre y su madre compartían un secreto que ella jamás había adivinado—. Ya te llamaré al llegar. Gracias por todo.

—Cuídate, hija. Cuídate mucho. Te quiero, pequeña.

Hacía meses, años quizá, que su padre no le había dicho que la quería y ahora, precisamente ahora...

—Yo también te quiero, papá.

Durante unos segundos se quedó clavada en mitad de la calle, sin saber qué hacer ni adónde ir mientras las sombras se alargaban a su alrededor, como dedos siniestros que quisieran apresarla. El sol acababa de ocultarse detrás de la montaña y, aunque aún era temprano, pronto sería noche cerrada. Y ella tenía que salir de Innsbruck. Y ni siquiera sabía todavía adónde tenía que dirigirse. Pero no podía abrir la caja ni el otro sobre allí mismo. Lo haría después, cuando volviera a quedarse sola. A Lenny le daría la coartada que acababa de proporcionarle su padre: que el asesinato de Mika la había afectado mucho y se iba unos días a casa de una amiga de cuando eran pequeñas... que vivía... ¿dónde vivía? Cerca de Salzburgo, en uno de los pequeños pueblos junto a un lago. Ya improvisaría. ¿Cómo se llamaba su amiga? Hannah. Sí. Se iba a casa de Hannah, a una granja del Mondsee.

Cruzó la calle, entró en las oficinas de Correos, inspiró hondo, apagó el móvil, lo metió —apagado y sin batería— en un sobre grueso, escribió la dirección de su casa y lo envió, certificado, a nombre de su padre. Él entendería y lo guardaría en algún lugar seguro.

Ya subiendo la escalera del Uni Café se dio cuenta de que no tenía móvil para enviarle un SMS a Dani, como le había prometido. Pero le habían pasado tantas cosas en un solo día que a cualquiera se le habría olvidado, se consoló. Le pediría el móvil a Lenny. Sonrió por primera vez desde el asesinato de Mika. Llamar a Dani desde el móvil de Lenny sería una especie de justicia poética.

Lenny había llegado antes que ella y estaba en la mesa del fondo, de perfil, mirando por la ventana. Era un chico muy guapo. Le fastidiaba reconocerlo, pero era realmente guapo, de los que llaman la atención: alto, de hombros anchos y delgado sin estar flaco. El flequillo le caía sobre los ojos y se lo apartaba de vez en cuando con un movimiento reflejo de cabeza. Llevaba una sudadera gris azulada con capucha y vaqueros negros.

Desvió la vista de la ventana, la vio y se puso de pie con una de esas sonrisas

traviesas que hacen cosquillas en el corazón.

—Temía que me fueras a dar plantón —la saludó.

—¿Por qué iba a darte plantón?

Él se encogió de hombros.

—Hay chicas que lo hacen, para cobrarse las ofensas.

Se sentaron uno al lado de la otra en el banco semicircular del mirador, con la espalda hacia las luces de la calle.

—Como decía mi madre: «No ofende el que quiere, sino el que puede».

—¿Y yo no puedo?

La llegada del camarero la salvó de contestar, pidieron dos tes verdes y cuando volvió a dejarlos solos, Lenny preguntó algo todavía más difícil.

—Me has dicho antes que estás saliendo con alguien. ¿Vais en serio?

—Para ser tímido, haces preguntas muy directas. ¿A ti qué más te da si vamos en serio o no?

—No me gusta hacerme ilusiones sin fundamento. —Dejó de hablar por unos segundos; el tiempo que tardó el camarero en dejar sobre la mesa las dos tazas de té —. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—No creo. Se llama Daniel y está en Viena. Cuando acabe la mili quiere terminar física. A todo esto, se me ha descargado el móvil; ¿me prestas el tuyo para mandar un mensaje?

Lenny le pasó su móvil sin decir palabra y empezó a remover el azúcar en el té. Ella tecleó a toda velocidad.

«Todo bien. Te llamo en cuanto pueda, pero puedo tardar un par de días. Beso. Lena.»

En cuanto le devolvió el aparato, Lenny volvió a la carga.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Lo quieres?

—¡Por el amor de Dios, Lenny! Tampoco nos conocemos tanto.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

Lena empezó a sacudir la cabeza. Aquella conversación estaba empezando a resultar idiota.

—No. Quiero decir que tú y yo no nos conocemos tanto como para que me hagas esas preguntas, y no, con Dani no llevo mucho tiempo. Y si quieres decirme algo en concreto, dímelo porque tengo un poco de prisa.

Estuvo a punto de echarse a reír descontroladamente al oírse decir que tenía un poco de prisa porque su cerebro terminó la frase en su interior: «Verás, Lenny, tengo un poco de prisa porque tengo que salir huyendo no sé bien por qué, ni sé tampoco adónde; mi mejor amiga me ha abandonado para siempre y está con un tipo que me

parece realmente peligroso y que se la acaba de llevar a la otra punta del mundo; esta mañana han matado a uno de mis profesores pensando que era Clara; he recibido un mensaje de mi madre desde el Más Allá; he tenido una interesante conversación con un notario que no lo era y que ha desaparecido por arte de magia; llevo seis mil euros en la mochila y no puedo siquiera despedirme de mi padre antes de irme de mi ciudad, de mi instituto y de todo lo que conozco».

Lógicamente, Lenny no se dio cuenta de lo que a ella le acababa de pasar por la cabeza, de modo que hizo una inspiración profunda, la miró a los ojos, volvió a bajar la vista y se lanzó.

—Me habría gustado decírtelo de otro modo, pero parece que eres más directa de lo que yo pensaba. En fin... lo que quería decirte... es que me he dado cuenta de que me gustas mucho, Lena; me gustas de verdad... y bueno... me gustaría que lo intentáramos.

Un mes atrás Lena se habría puesto a dar saltos de alegría, al menos en su interior. Sin embargo, en ese momento lo único que sintió fue una especie de mareo y unas ganas inmensas de tirarse al suelo, cerrar los ojos y no despertarse en un siglo. Él debió de darse cuenta porque, de repente, la agarró fuerte por los hombros y casi la obligó a apoyar la cabeza en su pecho.

—Relájate, Lena, tranquila. Te has puesto pálida de golpe, como si fueras a desmayarte. ¿Tan horrible te parece la idea?

Ella cerró los ojos para evitar que el mareo la hiciera vomitar, aunque no tenía nada en el estómago, y se forzó a respirar pausadamente, notando el aire que entraba y salía de sus pulmones. Poco a poco se iba relajando y le resultaba cada vez más agradable sentir el tacto de la camiseta de él contra su mejilla, su olor suave, mezcla de algún gel de ducha con hierbas y un ligero sudor masculino, los latidos de su corazón, que podía sentir a través de la tela y que se iban acelerando por momentos. Sin querer confesárselo ni siquiera a sí misma, se sentía bien con él, protegida, como si pudiera dormirse en su hombro y dejar que él se ocupara de todo. Le habría gustado tanto que pudiera ser... Pero no era posible. No era posible en ese momento y quizá ya nunca lo fuera, de modo que empezó a mentalizarse para separarse de su abrazo y decirle que tenía que irse ya.

Abrió los ojos y se encontró con los de Lenny medio cerrados, mirándola con deseo, como ella llevaba meses soñando, como había querido desde la primera vez que lo había visto, en el instituto. Pensó por un momento que no era correcto, que no podía hacerle eso a Dani, que tenía que separarse de esa mirada, ponerse el anorak y salir del bar a buscar un lugar donde abrir el resto del legado de su madre y enterarse por fin de lo que le esperaba. Pero un segundo después se estaban besando y todo lo demás había perdido importancia.

—¿Por qué ahora, Lenny? —preguntó cuando pudo hablar.

—Porque soy imbécil. Y lento —dijo con sincera rabia—. Si me hubiera dado cuenta antes, podríamos llevar ya mucho tiempo juntos. Y no habríamos tenido que sufrir ninguno de los dos.

—¿Tú has sufrido? ¿Por mí?

—Por lo menos desde que Andy me dijo que tenías novio.

—Entonces, ¿lo sabías?

—Quería estar seguro. A veces Andy se porta como un idiota y miente para cabrear a la gente. Espero que no sea demasiado tarde.

Volvió a acercarse a sus labios, muy despacio, como con miedo de que lo rechazara, como dándole ocasión de decir que no. Lena cerró los ojos y volvió a besarlo. Luego suspiró.

—Tengo que irme, en serio.

—Te acompaño.

—No, mejor que no. He quedado con mi padre ahora delante de la universidad.

—Nos vemos mañana en clase. —Lenny le acarició la mejilla y volvió a besarla.

—No. Lo siento. Me voy un par de días a casa de unos amigos de mis padres. Además, necesito un poco de tiempo, ¿comprendes? No me lo esperaba. Ha sido muy rápido.

—Tómate tiempo, Lena. Ahora que sé... bueno... tú me entiendes... Ahora que lo sé, no me importa esperar. Eres maravillosa. De verdad. ¿Puedo escribirte? Hay cosas que prefiero poner por escrito.

Lena asintió con la cabeza deseando decirle que no recibiría sus mensajes porque su móvil estaría apagado en algún lugar desconocido, pero tuvo suerte porque él añadió:

—Si no te importa, te escribo por *e-mail*, si te llevas el portátil. ¿Me contestarás?

—Sí. En cuanto me instale.

Volvieron a besarse, porque de algún modo ya no importaba, estaba bien así, y Lenny la acompañó hasta la puerta del bar.

—Déjame que baje contigo, anda. Así conozco a tu padre.

Ella le acarició el pelo, con una mezcla de deseo de quedarse con él e impaciencia por salir de allí a hacer lo que tenía que hacer.

—La próxima vez. Te lo prometo.

Al bajar la escalera, se volvió un momento y lo vio por última vez, siguiéndola con los ojos. Sus miradas se encontraron y entonces Lenny se llevó la mano ahuecada al pecho e hizo un gesto como si quisiera coger su corazón y ofrecérselo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y salió al frío de la noche, aterrorizada y feliz, sin saber adónde ir.

Clínica privada del doctor Kaltenbrunn. Neuchâtel (Suiza)

Clara miraba los bosques que se extendían, casi en blanco y negro, frente a la ventana de la habitación del sanatorio suizo donde se encontraba. La quietud era impresionante, el silencio, casi total. Sólo de vez en cuando se oía el grito de un pájaro, probablemente de presa, que volaba muy alto describiendo círculos en el cielo gris, cargado de nieve.

Le vino a la memoria algo que nunca había entendido y que ahora, de pronto, comprendía perfectamente. Una profesora de italiano que habían tenido en tercero les había dicho una vez que siempre que veía los silenciosos bosques oscuros, cubiertos de nieve, y las ramas desnudas de los árboles, pensaba que era una imagen de la muerte, un paisaje que había sido vivo y hermoso y de donde habían huido todos los colores y los sonidos. Ella era del sur de Italia y sólo se quedó un curso en la escuela porque echaba de menos el mar, el sol y la alegría de su tierra.

Se rodeó con los brazos intentando darse ánimos. Seguramente no tendría que pasar mucho tiempo allí. Le harían todos los controles, se asegurarían de que todo fuera bien y la dejarían salir para preparar la boda. ¡Le hacía tanta ilusión! Pero Dominic estaba serio, preocupado por algo que no le había explicado todavía. En ese mismo momento estaba hablando con su madre y con el doctor Kaltenbrunn mientras a ella la habían enviado a la habitación para ponerse el camisón del sanatorio y esperar a que la enfermera acudiera a recogerla para llevarla a que le hicieran las pruebas.

Se apartó de la ventana, entró en el baño —porcelana fina de color marfil, adornos en oro mate—, se puso el camisón y la bata, se peinó frente al espejo y volvió al cuarto, a esperar, sintiéndose como una muñeca de plástico sentada en la cama de una niña viva.

Estaba enamorada de Dominic, quería tener el bebé, era feliz. Y sin embargo...

Sin embargo, había veces que le gustaría volver atrás, al tiempo en que no conocía a Dominic ni había empezado a salir con David, a la época en que tenía dieciséis años y se pasaba los días con Lena, imaginando futuros esplendorosos, prometiéndose que siempre estarían juntas, mirando a los chicos y riéndose de todo, yendo al cine a ver películas de chicas, a comer palomitas, a dejarse mirar. Luego dormían las dos en casa de una de ellas, y charlaban hasta la madrugada, y hacían los deberes, y ponían verdes a los profesores y les daban ataques de risas histéricas, y ataques de hambre a medianoche.

En aquella época las dos tenían a su padre y a su madre, no tenían penas de amor, y su futuro se extendía por delante de ellas largo, brillante, maravilloso. Todo estaba abierto, todo era posible. Mientras que ahora...

Pero no debía ponerse triste. Seguramente todo era una cuestión hormonal, igual que las náuseas de las mañanas, y los antojos repentinos, y el apremiante deseo de comer carne, y las ganas de llorar que le venían de golpe, sin ninguna lógica. Le preguntaría al doctor y muy pronto se sentiría como siempre: alegre, fuerte y con ganas de hacer cosas.

Sacó el móvil del bolso y, sin pararse a pensarlo, llamó a Lena. Daba igual lo que costara la llamada; Dominic era rico y ella también lo sería en cuanto se casaran, pero en ese momento necesitaba oír la voz de Lena, necesitaba que su amiga le dijera que todo saldría bien, como había hecho siempre.

Al primer pitido saltó una voz diciendo que el usuario no estaba disponible, que volviera a intentarlo más tarde. Pulsó el botón rojo y se quedó mirando la foto de Lena, en la que aparecía sonriente, con la melena recién lavada y los ojos brillantes. Quizá había desconectado el móvil por alguna razón.

O quizá había bloqueado su número. Estaría en su derecho al hacerlo. Al fin y al cabo era ella, Clara, la que la había abandonado, la que había decidido que en su nueva vida ya no había sitio para Lena. Tendría que seguir intentándolo o, si no, tendría que mandarle un *e-mail* pidiéndole perdón. Era su única amiga y no podía perderla sólo porque Dominic y ella no se cayeran bien.

La enfermera entró empujando una silla de ruedas y le pidió con helada cortesía que guardara el móvil y se acomodara en la silla. Clara obedeció, cerró los ojos y, como ya empezaba a ser costumbre en ella, apretó fuerte con la mano derecha la piedra roja del anillo de compromiso que llevaba en la izquierda, para darse valor.

Munich (Alemania). París (Francia)

El tren salió de Munich puntualmente y, por lo que había podido apreciar, nadie la había seguido. Ni siquiera había notado una mirada sospechosa por parte de nadie. Hacía tanto frío que la gente iba envuelta en gorros, capuchas y bufandas y la mayor parte caminaba encogida, con la vista baja.

Al salir del Uni Café había ido directa a la estación de Innsbruck para no caer en la tentación de pasarse antes por su casa a recoger todo lo que podría necesitar. Ésa era una de las cosas que también había aprendido de su madre: desaparecer significaba desaparecer, así, sin más, con lo puesto. El dinero que llevaba sería bastante para comprar un portátil, quizá un nuevo móvil de prepago y algo de ropa, incluso si la ciudad a la que tenía que ir estaba al otro lado del mundo.

En la estación, se encerró en el lavabo, se sentó sobre la tapadera del váter y, con manos temblorosas, abrió el sobre que contenía las instrucciones. Lo primero que vio fue una llave con una goma roja y otra, más grande, con una goma azul. Luego desplegó el papel, que resultaron ser dos: en uno había unos números, como la combinación de una caja fuerte. En el otro, escrito en letras del alfabeto griego, una dirección que consiguió descifrar: Rue Babin o Vavin, 25, 5. izda. París.

Cerró los ojos y soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta. ¡Menos mal que sólo era París! A lo largo de la tarde, en los momentos en los que había conseguido pensar algo, había temido seriamente tener que irse lejos de Europa, tomar un vuelo intercontinental, ir a un lugar donde la lengua le resultara por completo desconocida. Pero París era aceptable, civilizado, una ciudad en la que había estado varias veces con sus padres, que conocía relativamente bien, cuya lengua había estudiado de los diez a los catorce años. Ir a París era un regalo, un lujo, incluso de ese modo: sola, asustada, sin saber a qué iba ni de qué estaba huyendo.

Por un momento estuvo a punto de abrir la caja que le había dado el hombre misterioso, pero prefirió dejarlo para más tarde, cuando estuviera en algún lugar más cómodo y privado. Ahora que ya sabía adónde tenía que ir, se sentía mejor y podía esperar con más calma.

Salió de la cabina y empezó a hacer planes a toda velocidad mientras se lavaba las manos. Podía llamar al aeropuerto, ver si salía un avión hacia París y llegar de inmediato, pero los billetes de avión son nominales, tendría que enseñar un documento de identidad y su movimiento quedaría registrado. Otra información que debía a su madre, la gran Bianca Wassermann, amada por todos los directores de cine y televisión por su sutil pensamiento criminal. Mejor tren o autobús, y estando en la estación de ferrocarril, la cosa estaba clara. Primero un tren a una gran ciudad, donde hay cientos de caminos que se bifurcan. Luego, desde ahí, si no la había seguido nadie, tomaría un tren nocturno a París. Si tenía dudas, iría primero a otra gran ciudad y allí trataría de desaparecer de nuevo.

Una vez en Munich se caló el gorro hasta las cejas, recogiendo dentro toda la melena, se envolvió en la bufanda y empezó a toser a intervalos irregulares para que a nadie le extrañara que una chica tan resfriada procurara taparse bien; y segura ya de que nadie la había seguido, fue a la ventanilla en lugar de sacar el billete en la máquina y compró un compartimento individual de coche cama por primera vez en su vida. A pesar de que temía llamar la atención, el empleado que se lo vendió no pareció pensar que fuera nada extraño que una chica joven quisiera viajar sola, aunque fuera más caro. Se limitó a informarla de que las posibilidades eran: litera en un compartimento de seis personas, litera en uno de cuatro, cama en uno de tres sólo para mujeres, o compartimento individual, con desayuno. Pagó al contado y se alejó de la ventanilla sin dejar de toser hasta que se subió en el vagón donde estaba su

cabina. Faltaban aún veinticinco minutos hasta la salida del tren, de modo que el encargado del coche cama aún no estaba por allí. Encontró su cubículo, cerró con pestillo, bajó la persiana y, antes de que nadie pudiera interrumpirla, hizo lo que llevaba todo el día deseando hacer: abrir la caja misteriosa, la que el doctor Kürsinger, o quien fuera aquel hombre, le había prohibido abrir en su presencia.

Lo primero que le llamó la atención fueron los tres pasaportes, de distintos colores. Ella no había tenido ocasión de pasar por casa a recoger su pasaporte austríaco, el único que tenía, y ahora se encontraba con que no lo iba a necesitar, a menos que aquellos tres no estuvieran pensados para su uso, lo que sería totalmente absurdo.

Los abrió con cierta aprensión y se quedó de piedra: en los tres estaba su foto, pero con distintos peinados y colores de cabello. Uno era canadiense y estaba a nombre de Blanche White. En ése tenía veintiún años, había nacido en Vancouver y llevaba el pelo corto y de un rubio muy claro, con un corte deportivo. Otro era suizo y la titular era una muchacha también de veintiún años llamada Claire Weiss, de Sankt Gallen, con media melena rojiza con mechuras más claras y gafas de un rojo intenso. El tercero era español. Ahí se llamaba Alba Blanco Sandoval, había nacido en Alicante, tenía la misma edad de los otros y llevaba una melena morena y lisa hasta más abajo de los hombros. En éste había también un visado para Tailandia, válido para tres meses más. Se preguntó qué podía significar aquello. ¿Estaba previsto que tuviera que volar a Asia?

Volvió a mirar los pasaportes cada vez más nerviosa. Por fortuna hablaba todas las lenguas necesarias: inglés, francés, alemán y español. Bueno, por fortuna no, claro, sino porque su madre lo había arreglado de manera que no tuviera dificultades, igual que se había empeñado en que aprendiera idiomas desde que tenía uso de razón y que eligiera latín en el instituto.

¿Qué clase de contactos tenía su madre, que le habían permitido hacerse con tres pasaportes falsos? ¿Qué clase de doble vida habría llevado sin haberle dado jamás una pista a ella?

Miró las fotos con detenimiento, sintiéndose al borde de un ataque de histeria. Ni su propio padre la habría reconocido en ninguna de las tres. Tendría que inventarse un mínimo de vida y recuerdos para cada una de las tres personalidades, usando mucho de su propia biografía y procurando que hubiese suficientes puntos coincidentes para no despistarse ella misma. «La mejor mentira es la más cercana a la verdad», oyó en su interior; una frase que su madre le había repetido tantas veces a lo largo de su vida. También era muy propio de su madre que los nombres de las tres personalidades fueran tan similares; así eran más fáciles de recordar. Dejó los documentos falsos encima de la cama y se concentró en el resto: un par de tarjetas de crédito al mismo nombre de los pasaportes; varias llaves de distintos modelos, atadas con gomas de

diferentes colores, sin ninguna indicación de qué era lo que abrían, un móvil bastante antiguo que, de momento, dejó apagado como estaba; una larga lista de nombres de personas que no le decían absolutamente nada, escritos en diferentes colores sobre una cartulina verde pálido; la misma lista con los mismos nombres pero esta vez unidos con flechas a los arcanos mayores del Tarot, o eso le pareció; otra lista de lugares, muchos de los cuales conocía porque habían pasado allí unas vacaciones en algún momento de su vida; en éstos, a la derecha, había una cruz, como si alguien hubiera estado marcando los que ya habían sido visitados; una foto de la estatua de una tumba en un cementerio de Innsbruck que siempre le había gustado mucho a su madre y representaba a una mujer llorando con el pelo tapándole la cara; una fotocopia de la página de una revista donde se hablaba de una exposición sobre el hundimiento del *Titanic* y la recuperación de varias joyas que habían permanecido durante casi un siglo en el fondo del océano; la foto de dos personas, un hombre anciano y una mujer de unos cincuenta años, con una línea escrita en tinta negra en la parte de atrás: «*Oncle Joseph et Chri-Chri. 1999*»; una especie de mapa de piratas de lo que parecían varias islas, aunque habrían podido ser cualquier otra cosa, todas ellas sin nombre, salvo una donde se leía simplemente «Él»; un leoncito de peluche que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas porque era el gemelo exacto de *Alex*, el que había perdido hacía más de diez años en unas vacaciones en Túnez y al que había echado de menos desde entonces; y finalmente, varios objetos aparentemente absurdos: un llavero minilinterna con forma de platillo volante y luz azul; un dado fluorescente que en vez de puntos tenía ojos oblicuos, como rostros extraterrestres; un pequeño reloj de arena que tenía en su interior una especie de glóbulos azules que subían en vez de bajar; un pisapapeles de cristal con un laberinto parecido al de la catedral de Chartres; un huevo sorpresa de plástico lleno de cápsulas blancas y negras; un encendedor con forma de pequeña pistola plateada. Nada más.

Si no hubiera sabido que aquello representaba el legado de su madre, que su madre se había preocupado de reunir todos aquellos objetos para ayudarla a desaparecer, habría pensado que eran simplemente los restos de una limpieza, como cuando se vacía una cómoda para arreglar y tirar lo que no vale y, por un descuido, aún quedan cosas en una caja que ha quedado olvidada en un rincón.

El doctor Kürsinger, que seguramente no era el doctor Kürsinger, pero ¿cómo lo iba a llamar, si no?, le había dicho que debía llevar siempre consigo todas aquellas cosas, de modo que volvió a meterlas en la caja, dejando fuera el pasaporte español, que era el que más se le parecía si se alisaba un poco el pelo. Luego tendría que pensar en comprarse pantalones con muchos bolsillos para llevar siempre a mano todos aquellos objetos estúpidos que quizá le fueran necesarios para algo que no podía imaginar. Ya estaba deseando llegar a París para ver si allí hallaba respuesta a todas las preguntas que se le amontonaban dentro.

Apenas si había hecho desaparecer la caja en su mochila cuando sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Sí?

—Soy el revisor. Necesito su billete y su carnet de identidad, por favor.

Lena abrió cuidadosamente, pensando que si no era quien decía, ella tampoco podría hacer mucho para evitar que entrara si quería hacerlo. Pero al parecer no había mentido; se trataba de un hombre de mediana edad, vestido con uniforme azul oscuro.

—Le devolveré su documento mañana temprano, cuando le traiga el desayuno. ¿Habla usted alemán?

—Sí. —Le parecía increíble que alguien le preguntara si hablaba su lengua materna, pero recordó de repente que el pasaporte que le acababa de dar decía que era española. Decidió hablar poco para que no se le notara que estaba fingiendo.

—¿Le parece bien a las siete? La llegada es a las ocho.

—Está bien, gracias.

—¿Café, té o chocolate?

—¿Cómo dice?

—El desayuno. ¿Qué prefiere beber?

—¡Ah! Café, por favor.

—Que duerma bien. Si necesita algo, aquí tiene usted el timbre. Vendré en seguida. Buenas noches.

Lena cerró con pestillo y se apoyó contra la puerta con un suspiro de alivio al verse sola de nuevo. Estaba agotada y a la vez estaba tan nerviosa que no se creía capaz de dormirse, además de que se acababa de dar cuenta de que no había comido nada en absoluto desde el desayuno. El hambre la golpeó como si le hubieran dado una puñalada, se dobló sobre sí misma y estuvo a punto de perder el conocimiento, así que se dejó deslizar hasta quedar sentada en el suelo del compartimento, mareada como cuando unas horas antes se había apoyado en el pecho de Lenny en el Uni Café. ¿Cómo era posible que sólo hiciera unas horas de eso?

Ahora él estaría en su cama, pensando quizá en ella, en que se verían al cabo de unos días al volver al instituto, rodeado de sus libros y su música y sus cosas familiares, en la misma casa que sus padres, protegido y seguro, imaginando que saldrían juntos por Navidad, haciendo planes, o quizá escribiéndole un *e-mail* para decirle por carta lo que no se había atrevido a decir de palabra.

¿Y Dani? Se acordó de que era precisamente así como lo había conocido, en el autobús, en pleno ataque de hambre y de otra cosa... de aquella visión horrible, que ahora ya no conseguía recordar con precisión. ¿Dónde estaría Dani en ese momento? Durmiendo en el cuartel, en las afueras de Viena, en el mismo cuarto que otros diez o veinte chicos; ella no había estado nunca en un cuartel, no tenía ni idea de cómo dormían, salvo lo que había visto en las películas. A lo mejor no podía dormirse y

estaba también pensando en ella, tratando de comprender lo que había querido decirle en su último SMS. Eso le daba un par de días de tranquilidad. Tanto Daniel como Lenny sabían que estaría fuera unos días y no se preocuparían de momento si no daba señales de vida, pero ¿qué iba a hacer después? ¿Podría ponerse en contacto con ellos y explicarles que había tenido que huir y no sabía por qué ni cuándo volvería? ¿Y a Dani, qué le iba a decir? ¿Que había besado a Lenny, a pesar de que estaba saliendo con él? Tonterías. Tampoco había por qué contarle todo. Lo más difícil era saber qué podía decirles y cuándo. O cortar por completo el contacto, aunque lo pasaran fatal sin saber qué había sido de ella. Pero en ese caso, irían a preguntarle a su padre, o al director del instituto, que también era su tutor, o incluso podrían ir a la policía, y entonces empezarían a buscarla por toda Europa. Aunque ella era mayor de edad y si había decidido desaparecer, tenía derecho.

«Ya lo pensaré mañana», se dijo a sí misma recordando una frase de *Lo que el viento se llevó* que siempre les había encantado a ella y a su madre. Se puso lentamente en pie, hasta sentir que podía volver a sostenerse sobre las piernas, cogió la mochila con todo lo que tenía en el mundo y, tratando de darse ánimos, se fue a buscar el vagón restaurante dispuesta a regalarse una cena gigante. Dinero, al menos, no le faltaba.

Rojo. Clínica privada del doctor Kaltenbrunn. Neuchâtel (Suiza)

Cuando Clara entró en el despacho del doctor Kaltenbrunn, después del reconocimiento que le había hecho, ya vestida con ropa de calle y sabiendo que todo estaba bien, que el bebé se desarrollaba con normalidad y que no había nada malo en su estado de salud, se encontró con Dominic, que le tendía la mano con una sonrisa resplandeciente, con su madre, que la abrazó fuerte y, con un brazo por los hombros, la acompañó a un sillón, con los ojos helados del doctor Kaltenbrunn —tío Gregor, como lo llamaba Dominic— y con la mujer más esplendorosa que había visto en su vida y que la miraba sonriente, como esperando a que terminara de acomodarse para que se la presentaran.

Era una mujer joven, pero no una chica; sobre los treinta años, supuso. Alta, delgada pero llena de curvas, con unos ojos de un verde tan intenso que parecían falsos, rodeados de largas pestañas maquilladas, y una melena enorme y roja que rodeaba su cara fina y pálida como una aura, como si el pelo tuviera vida propia y sólo se hubiera quedado quieto por propia voluntad. Todo en ella irradiaba seguridad,

fuerza, belleza. ¿Qué podía hacer allí aquella mujer? No era posible que se tratara de su matrona, la que la acompañaría durante el parto; era demasiado guapa, demasiado impresionante y fuera de lo común. Y no iba vestida como una profesional de la sanidad. Llevaba pantalones de cuero negro, una blusa blanca con volantes en el escote y una chaqueta de punto abierta, de un rojo vivo. De una fina cadena colgaba una gruesa piedra roja, lisa y pulida, como una gran gota de sangre.

Dominic se colocó al lado de la mujer, la abrazó por los hombros, causándole una punzada de celos, y la acercó hasta el sillón donde ella se había dejado caer.

—Mira, Clara, ésta es Eleonora. Ha venido a conocerte.

Clara alzó la vista hacia Dominic, sin comprender de qué le hablaba, dolida por la familiaridad y el cariño que percibía entre ellos.

—Es mi hermana mayor, ¿recuerdas que te he hablado de ella? Acaba de volver de Dubai, donde estaba preparando nuestra boda.

Eleonora la abrazó estrechamente, como si la conociera desde siempre.

—¡Qué ganas tenía de conocerte, Clara! ¡Dominic me ha hablado tanto de ti! Por teléfono, claro. —Se echó a reír; una risa clara y cantarina—. Últimamente nos vemos poco, la verdad. ¡Y pronto habrá un bebé en la familia! No puedes imaginarte la ilusión que me hace. Dime, tío Gregor, ¿cómo está el pequeño?

—Bien, preciosa, extraordinariamente bien. No podríamos soñar nada mejor.

Durante unos minutos, Eleonora contó lo largo que se le había hecho el viaje y los problemas que estaban teniendo con el nuevo hotel que debería haber estado listo para las fiestas de Navidad y quizá no lo estuviera.

—Pero en realidad no importa —terminó—, porque al final la boda será aquí, ¿no?

Clara y su madre se miraron y desviaron la vista hacia Eleonora, perplejas. Dominic intervino, después de un instante de duda en el que él y el doctor intercambiaron una mirada.

—Ellas aún no lo sabían, Nora. No he tenido tiempo de decírselo.

—¡Oh! Perdón. Lo siento mucho, de verdad.

—Un viaje tan largo, con tantos cambios de presión no resulta aconsejable en tu estado, Clara —dijo el doctor Kaltenbrunn, con su voz grave y serena—. Lo mejor es que lo hagáis en verano, después del parto. Comprendo que estés decepcionada, pero tienes que pensar en el bebé.

—¿Y la boda? —preguntó Clara, odiándose por la estúpida voz que le había salido, una voz quejicosa, boba, de niña mimada, que no era la suya.

Dominic se acuclilló delante de ella y le cogió las manos.

—La haremos aquí. En el mejor hotel del lago. Y después, en verano, iremos a China, o a Tailandia, adonde tú prefieras.

—Es que una boda en Suiza, en diciembre... —dijo Brigitte, hablando por su

hija.

—Será la boda más bonita que hayáis visto. Os lo prometo. ¿Tú qué dices, Clara?

Ella tragó saliva, intentando ocultar las lágrimas que ya le asomaban sin poderlas contener.

—Lo que tú quieras, Dominic.

—A mí también me habría gustado que fuera en Dubai, pero la salud del bebé y la tuya son lo primero. Y me parece fundamental que nos casemos cuanto antes. Uno nunca sabe lo que puede pasar y lo más importante es que tú estés protegida y que el niño lleve el nombre de su padre, ¿no crees?

Ella asintió con la cabeza.

—Igual que tú, Clara. Para mí es muy importante que seas cuanto antes Clara von Lichtenberg.

Con el rabillo del ojo comprobó, con profunda satisfacción, que tanto Eleonora como el tío Gregor asentían muy serios; Clara temía no ser aceptada por la familia de Dominic, que pensarán que no era bastante para un clan tan aristocrático como el de ellos.

—¿De acuerdo, entonces?

Clara sonrió.

—De acuerdo.

—¡Estupendo! En ese caso, propongo que vayamos inmediatamente a entrevistarnos con el equipo de eventos del hotel. ¿Os parece que fijemos la boda para el día veinticuatro?

—¿Nochebuena? —preguntó Brigitte, sorprendida.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —Dominic la miraba con una ceja alzada, en su mejor imitación de un noble británico.

Todos se echaron a reír. Clara tardó un par de segundos pensando que, de algún modo que no podía precisar, no le acababa de gustar la idea de casarse en Nochebuena, pero viendo la alegría de los demás, olvidó sus preocupaciones y se echó a reír también, feliz de nuevo.

París (Francia)

Contrariamente a lo que había pensado, había dormido de maravilla y la noche se le había hecho corta. Era la primera vez que dormía sola en un tren, en una cama con sábanas de tela, con un baño individual que tenía incluso ducha, y a pesar de que la

situación no era precisamente feliz, se sentía adulta, llena de energía, con ganas de aceptar el desafío que la vida le había planteado, aunque fuera un desafío tan impreciso que no podía ni siquiera imaginar qué tendría que hacer ni con quién tendría que enfrentarse.

Se terminó el desayuno mientras el mundo se iba iluminando a través de la ventanilla del tren y, con cada bocado que daba al panecillo con mantequilla y mermelada, sentía más ganas de reír, de dar gritos y ponerse a dar saltos. Aquellos campos todavía oscuros eran campos franceses, como los árboles y los pájaros y las ovejas; ella era ahora una extranjera que tendría que estar de camino a clase para no llegar tarde a matemáticas y, sin embargo, estaba en otro país, casi de vacaciones, sola, sin móvil, sin portátil, tan libre que ni siquiera tenía que ocuparse de una maleta. Era la primera vez en su vida que se sentía así y tenía que confesarse a sí misma que le gustaba. Que le gustaba muchísimo. Y que en ese momento le daban igual tanto Daniel como Lenny. Lo único que le hacía cosquillas en el estómago era la idea de llegar a la dirección que le había dado su madre y ver qué había allí.

Por eso tomó un taxi en lugar de andar buscando un punto de información para saber dónde estaba la calle a la que tenía que dirigirse y luego intentar llegar en metro. Como el taxista era extranjero no le tomó el pelo por el error de pronunciación al decir rue Babin en lugar de rue Vavin. Un taxista parisino habría hecho algún comentario sobre los estúpidos extranjeros que son incapaces de pronunciar correctamente el francés, pero seguramente ya no quedaban taxistas parisinos, y ella no podía saber si era con «b» o con «v», porque su madre lo había escrito en alfabeto griego, que no hace diferencia entre las dos.

La dirección no le sonaba de nada y no tenía la más remota idea de en qué barrio podía estar; por eso se llevó una estupenda sorpresa al darse cuenta de que se trataba de una calle bastante pequeña, junto al Jardín del Luxemburgo, en pleno barrio universitario, aunque en una zona más elegante.

El número 25 era un edificio antiguo, gris como casi todos, al que le habría venido muy bien una restauración de la fachada pero que seguía teniendo el encanto de los tiempos pasados, con sus balcones de hierro negro llenos de floripondios y sus puertaventanas que alguna vez estuvieron pintadas de azul.

Lena sacó las dos llaves y las probó en la cerradura. Una de ellas entraba, pero la puerta seguía sin abrirse. Entonces se dio cuenta de que en el sitio donde en Austria estaría el interfono allí no había más que un teclado para marcar una clave. ¿Qué clave?

Se quedó mirando los números como una tonta, cambiando su peso de un pie a otro. ¿Qué clave? ¿Su cumpleaños? ¿El cumpleaños de su madre?

Empezaba a tener frío plantada allí, delante de la puerta, pero seguramente lo mejor era esperar a que saliera algún vecino para poder entrar. Luego ya preguntaría.

De repente, llamándose idiota, recordó que en el sobre donde estaban las llaves también había un papelito con una serie de números que, por puro entrenamiento, había memorizado: 12122. La puerta se abrió dejando el paso franco a un vestíbulo bastante oscuro que olía a cerrado y a comida fría; una amplia escalera de peldaños de mármol muy bajitos y gastados se perdía en las alturas girando en torno a un hermoso ascensor del siglo diecinueve que ya no funcionaba, a juzgar por la cantidad de trastos viejos que había dentro.

La dirección decía quinto piso izquierda. Lena miró hacia arriba, alegrándose de no llevar maleta, y empezó a subir con tranquilidad. Los techos debían de tener tres o cuatro metros de altura, porque el quinto piso estaba donde normalmente habría estado el octavo o noveno.

En el descansillo había una antigua fuente con un grifo que figuraba un dragón y dos ventanas enrejadas. Metió la llave en la cerradura de la puerta de la izquierda y, con un chirrido que le puso los pelos de punta, la hoja se abrió a una oscuridad total.

Lena miró por encima del hombro antes de atreverse a entrar. La escalera estaba vacía y silenciosa. El piso también.

«Vamos, mujer —se dijo para darse ánimos—. No puede haber nada malo ahí dentro. Todo es cosa de mamá y ella nunca te pondría en peligro.»

Pero estaba tan oscuro... y no le apetecía en absoluto meter la mano y tantear la pared buscando un interruptor.

En ese momento se acordó del llavero-linterna. Dejó la mochila en el suelo, lo sacó de la caja y lo encendió. Un rayo de luz azul, mucho más potente de lo que su tamaño podía hacer pensar, disolvió las tinieblas del pasillo y Lena pudo dar con un interruptor que hizo que todo se iluminara de golpe. Cerró la puerta y miró a su alrededor, despacio, para no perderse nada en la primera inspección: muebles funcionales, de Ikea probablemente. Una cómoda con cajones, un perchero, a su derecha un espejo de cuerpo entero, de marco dorado, que en ese momento no la reflejaba a ella sino a la puerta de su izquierda, una reproducción de una escena de circo de Chagall, azul, roja y amarilla, y una alfombra blanca y negra donde destacaba una nota escrita a mano. Una nota de su madre.

Tragó saliva, dejó la mochila junto a la puerta, se agachó para recogerla y acabó por sentarse allí mismo para leer las breves líneas:

¡Bienvenida, Alienitschka! Tu verdadera vida está a punto de empezar. ¡Cuánto me habría gustado estar contigo! Pero sé que puedes hacerlo. Extiende en el balcón de la sala de estar la toalla blanca que encontrarás encima del sofá y quédate en casa hasta que Chrystelle se ponga en contacto contigo. Disfruta de las sorpresas. Recuerda todo lo que te he enseñado, cuídate y no confíes en todo el mundo. ¡Te quiero, preciosa!

MAMÁ

Hacía tanto tiempo que no había encontrado una nota de su madre al volver a casa que necesitó unos minutos para tranquilizarse. Por un instante había tenido la sensación de haber vuelto al pasado y eso era maravilloso y a la vez dolía terriblemente porque no volvería a suceder.

Se puso de pie apretando la nota en la mano, abrió la puerta de la izquierda y se encontró en la sala de estar que estaba arreglada con el inconfundible estilo de su madre: libros, papeles, reproducciones de cuadros simbolistas e impresionistas, mapas antiguos, fotos en blanco y negro de cosas raras, recuerdos de viajes, máscaras, cojines de colores y, cuando consiguió abrir las puertas que daban al diminuto balcón, luz, mucha luz que de repente lo inundó todo como si fuera agua. Sólo faltaban las plantas, pero, lógicamente, no había ninguna porque su madre no sabía cuándo llegaría el momento y no podía enviar a nadie a cuidarlas.

El piso era tan alto que desde la ventana se veía un mar de tejados rojizos y las famosas mansardas parisinas, coronadas de chimeneas por las que se escapaban columnas de humo oscuro que se diluía en el cielo azul pastel.

Llevó la mochila a la sala de estar, la dejó junto al televisor y, antes de hacer lo que decía la nota, dio una vuelta por el piso. Había una cocina diminuta que daba a un patio interior, un pequeño baño con cabina de ducha y un dormitorio muy blanco, como le gustaba a su madre. Se sentía tan en casa que a ella misma le resultaba extraño, pero era como si no estuviera sola, como si hubiese vuelto a su infancia, sólo que en otra ciudad y en otro piso.

Abrió los armarios de la cocina: latas, pasta, galletas, botes de tomate, azúcar, leche de larga conservación... suficiente para resistir una semana. En la nevera había hielo, agua mineral con gas, y dos botellas de vino blanco, Rotgipfler, el que más les gustaba a las dos.

¿Cuándo habría sido la última vez que su madre había estado en el piso? Incluso si había sido poco antes de su accidente, tendría que hacer más de un año, dos años en mayo. Había pensado en todo.

En el dormitorio, el ropero tenía prendas que obviamente habían sido compradas para ella y que eran tan básicas que no podían pasar de moda: unos vaqueros clásicos azul claro, otros negros, unos cargo, caqui, llenos de bolsillos; dos chándals, uno gris y otro azul; camisetas, jerseys, ropa interior. En la parte de arriba, una maleta negra, de tamaño mediano.

También había un par de cosas de la talla de su madre, una más que la suya, un traje de chaqueta que ella no conocía, un elegante vestido corto, un abrigo de paño y unas prendas deportivas, junto con algo de ropa interior. Cogió una de las camisetas, la de un murciélago colgado boca abajo que decía «I'M WATCHING YOU» y hundió la

cara en ella. Olía a su madre. No a un perfume que uno pudiera comprar en una tienda, sino a una combinación indefinible de detergente, desodorante, perfume y el olor corporal propio que Lena conocía desde siempre.

Era inquietante. Era como si Bianca Wassermann, tan alegre y llena de energía como siempre, fuera a abrir la puerta del piso de un momento a otro diciéndole: «Todo ha sido una broma, Lenutschka. Sigo aquí».

Pero no tenía sentido caer en la nostalgia ni en tristezas absurdas. Colgó la toalla en la reja del balcón, sujetándola con un par de pinzas para que no se volara, y se quedó mirando el teléfono del piso deseando que sonara cuanto antes, aunque sabía que en el mejor de los casos pasarían horas antes de que aquella tal Chrystelle — ¿quién sería?— se diera cuenta de que la hija de Bianca había llegado a París y se pusiera en contacto con ella.

A las cinco de la tarde era otra vez de noche y Lena estaba harta de dar vueltas por el piso, de comer —se había preparado una pasta con tomate y luego se había comido un bote de melocotón en almíbar y después, viendo la tele, un paquete de palomitas— y de oír ruidos que la ponían en alerta durante unos segundos y no significaban nada. Necesitaba salir, moverse, hacer algo de ejercicio. El Jardín del Luxemburgo era una tentación casi irresistible, a dos pasos de la casa, pero la nota decía que debía esperar. ¿Cuánto? ¿Cuánto tendría que esperar aún? Y además necesitaba comprar pan y fruta fresca. Si se marchaba media hora no pasaría nada. Se estaba volviendo loca encerrada allí, esperando sin saber qué.

Antes de darle más vueltas, se puso el anorak, se caló el gorro, se aseguró de llevar las llaves y cerró la puerta con la sensación de estar haciendo algo malo. Bajó los escalones a saltos, de dos en dos, de tres en tres, feliz de poder moverse y de estar a punto de respirar el aire de la calle. Volvería pronto, pero de momento necesitaba salir.

La calle estaba desierta y no le pareció que hubiera nadie en los coches aparcados cerca de la casa. Con las manos en los bolsillos, echó a andar hacia el parque, silbando. Una anciana con un caniche se quedó mirándola, pero no la saludó.

El cartel de la reja del parque decía que la puerta se cerraba a las seis; aún tenía un rato. La alameda de castaños pelados se extendía frente a ella, oscura y ominosa, punteada por faroles que daban una luz perlada, misteriosa y le recordaban a un cuadro muy inquietante que había visto años antes en el Museo d'Orsey. Seguramente de día era un paseo muy agradable, pero ahora, de repente, no estaba segura de si era buena idea meterse por allí, sola.

—No, *mademoiselle*, no es buena idea —dijo una voz femenina a sus espaldas, en francés, como si la hubiese oído pensar.

Lena se volvió hacia la voz y de repente se encontró con las patas de un pastor alemán en su cintura. Dio un paso atrás, por reflejo, y el animal empezó a tirar de la

cadena para alcanzarla.

—No tenga miedo. *Chrystelle* no hace nada.

Miró a la mujer, perpleja. No podía ser casualidad.

—Me gustan los perros —dijo, sinceramente.

—Lo suponía. Puede acariciarla, si quiere. Ahí en el cuello es donde más le gusta.

Lena se acuclilló frente a la perra, hizo lo que decía la mujer y, casi como esperaba, encontró un papel debajo del collar. Con el alumbrado público no podía verle el rostro con claridad, pero estaba casi totalmente segura de que era la mujer de la foto que le había puesto su madre en la caja, la que estaba al lado del anciano *oncle Joseph*.

—Si tiene ganas de caminar, vaya a Trocadero y dese un paseo por allí. La Torre Eiffel se pone muy bonita por la noche y hay muchísima gente, no hay ningún peligro. Tengo que irme, *Chrystelle* necesita correr un poco.

La mujer se alejó a buen paso casi arrastrada por el animal, dejando a Lena apretando el papel en la mano y sin saber qué pensar, aunque lo que resultaba evidente era que, como le había prometido su madre, *Chrystelle* se había comunicado con ella y, por tanto, no era necesario que esperase en casa, sino más bien que siguiera el consejo que le acababa de dar la mujer y cogiera el metro para llegar a Trocadero.

Se metió el papel discretamente en el bolsillo sin mirarlo aún. Si se estaban tomando tantas molestias para que nadie se diera cuenta de nada, era porque suponían que podía estar siendo vigilada y no quería ponérselo fácil a los otros, quienesquiera que fueran esos otros.

Caminó hasta la parada del metro y, una vez en el andén, esperando el tren para llegar hasta Trocadero, desplegó el papel en el hueco de la mano y leyó la dirección: «1 boulevard Delessert». Fingió que se metía un chicle en la boca y rompió la nota en trozos diminutos.

Veinte minutos después estaba mirando el mapa del barrio. Localizar la calle que buscaba fue fácil, el número, también. El problema era que parecía tratarse de un edificio que tenía un montón de viviendas, casi todas iluminadas. No tenía ni idea de dónde llamar, así que decidió esperar a que ellos la localizaran.

Se dio cuenta de que estaba empezando a pensar como una auténtica paranoica: «ellos», «los otros».

La puerta del número 1, un gran portón de madera oscura, se abrió sin que saliera nadie a la calle. Lena entró justo a tiempo de ver a la mujer con la que había hablado subiendo la escalera delante de ella. Pero ahora ya no parecía una anciana paseando a su perra, sino una mujer activa y mucho más joven.

En el último piso, su guía entró en la vivienda de la derecha, Lena la siguió, y la puerta se cerró detrás de ellas.

—¡Papá! —llamó la mujer por encima de su hombro, sonriente, sin dejar de mirar a Lena—. La hija de Bianca está aquí.

Viena (Austria)

Daniel estaba saliendo del cuartel cuando lo alcanzó Peter, un compañero que iba en la misma dirección.

—¿Vas al centro? —le preguntó, con una palmada en el hombro.

—Sí.

—Yo también. Si quieres, te llevo. Tengo el coche ahí al lado.

Peter era vienés y, aunque era de su unidad, Dani no tenía demasiada relación con él porque, sobre todo desde que salía con Lena, trataba de irse a Innsbruck los fines de semana para verla y no tenía tiempo para los compañeros del cuartel. Además, Peter era homosexual y, cuando se vestía de civil, como en ese momento, tenía un gusto demasiado exhibicionista para él. No habría tenido nada en contra de una chica que llevara vaqueros con unos diamantitos bordeando los bolsillos traseros; sin embargo, tratándose de un chico que caminaba a su lado, era algo que no le acababa de gustar. Pero el centro estaba lejos y la temperatura había caído por debajo de los diez bajo cero, así que aceptó encantado.

—¿Vas a algo concreto o sólo a dar una vuelta? —preguntó Peter mientras trataba de poner en marcha el motor, que debía de haberse quedado congelado.

Por un momento pensó mentirle, pero luego decidió que no tenía por qué avergonzarse de lo que iba a hacer.

—Quería echar una mirada a las tiendas.

—¿Regalos de Navidad o ropa para ti?

Daniel era hijo de madre española y padre tirolés, y aunque a su parte española le habría parecido normal, a su parte tirolesa le molestaba un poco esa familiaridad, esas preguntas que sólo habrían sido aceptables en un amigo. Sin embargo, había viajado lo suficiente como para saber que algo así era natural y no le habría dado ninguna importancia si esa pregunta se la hubiera hecho en inglés un tipo al que acabara de conocer en cualquier otro país.

—Porque, si es ropa lo que quieres comprar, puedo echarte una mano.

—¿Qué pasa, no te gusta cómo me visto? —preguntó Dani, algo picado.

—Pero ¡qué susceptible eres, tío! Tú hazme caso y verás lo que dice tu novia cuando te vea. Porque tienes novia, ¿no?

Estuvo a punto de contestarle «¿A ti qué te importa?», pero acabó por decirle simplemente que sí.

—¿Desde hace mucho?

—Vamos a cumplir un mes.

—¡Qué estupendo! Entonces vas a comprarle algo para el aniversario, ¿es eso?

Dani estuvo a punto de ponerse colorado porque era eso precisamente lo que tenía previsto y además sabía bastante bien lo que quería comprarle, aunque no estaba demasiado seguro de si era lo más adecuado. Tenía miedo de que Lena lo encontrara precipitado, pero le hacía una ilusión enorme comprarle un anillo, una sortija, o una pulsera fina, algo que pudiera llevar siempre puesto y que dijera bien a las claras que estaban juntos, que ella quería estar con él. Había pensado en algo muy sencillo, de plata, con algún grabado o una piedra discreta, pero ni siquiera sabía dónde buscar. Quizá Peter, siendo de Viena, tuviera idea.

—¿Quieres una joya o la cosa no va tan en serio? —siguió preguntando Peter sin mirarlo, atento al tráfico.

—Sí a las dos cosas. Pero no tengo mucho; había pensado en algo bonito, de plata. Un anillo tal vez.

—Tengo un amigo orfebre que hace cosas preciosas. Nos hará buen precio. ¿Cómo se llama la bella afortunada?

—Aliena.

—¡Qué preciosidad de nombre! Significa «la extraña», «la forastera», ¿lo sabías?

—No. A mí me sonaba a la película, a Alien. Y a ella también, por eso prefiere que la llamen Lena.

Estaban ya en el Ring, y Peter empezó a internarse por calles cada vez más estrechas y antiguas.

—¿Cuánto puedes gastar?

—No sé. Había pensado unos cien euros máximo. Es lo primero que le regalo y no quiero exagerar. Y ella es una chica muy sencilla.

—Por ese precio yo creo que podemos sacarle a Ossi una sortija con alguna piedra bonita. A todo esto, cuando entremos en el *atelier*, nos besaremos y me llamará Pippi. No se te ocurra reírte, ¿vale?

—¿Por qué me iba a reír? —preguntó Dani, mordiéndose las mejillas por dentro y tratando de mantener la expresión neutra.

Pippi soltó la carcajada al verle la cara, cerró el coche y entraron en un taller diminuto con un escaparate forrado de terciopelo negro para que se vieran mejor las cuatro o cinco piezas expuestas, exquisitas joyas en plata y oro con piedras semipreciosas.

Como ya le había anunciado, Ossi y Pippi se besaron mientras Daniel miraba fijamente, como si le interesaran muchísimo, los dos opulentos collares que estaban

extendidos sobre el mostrador. Peter le explicó al orfebre lo que buscaban y Dani volvió a quedarse perplejo frente a la pregunta.

—¿Cuál es su piedra?

—¿Qué?

—La piedra de tu chica. —Dani no reaccionó—. Sabrás, al menos, de qué signo es, ¿no?

—Acuario. Creo. De finales de enero —dijo un poco vacilante.

—Sí. Acuario. Este año que viene, en marzo, comienza también la era de Acuario, su signo, la era del gran salto adelante de la humanidad. Una era en la que, con suerte, dejaremos de matarnos entre nosotros como hemos hecho hasta ahora, para unirnos y comenzar una nueva etapa de paz y solidaridad, que buena falta nos hace.

Daniel miró a Pippi, que sonreía curioso por ver su reacción, pero no dijo nada porque no se le ocurría nada que decir. Todo aquello le sonaba totalmente esotérico y ni siquiera sabía si podía haber algo sensato en el asunto o si sólo se trataba de tonterías inventadas por cuatro locos.

—No sufras, ya lo dejo. Vamos a lo que querías. Mira, hay varias piedras para elegir. Yo te las enseño así, sin montar, tú las miras, las tocas, las acaricias entre las manos y me dices si hay alguna que te diga algo especial.

—¿Cómo me va a decir nada una piedra? —Dani miró a Peter dejando bien claro que empezaba a pensar que Ossi estaba como una regadera.

—Tú prueba. Estoy seguro de que habrá una piedra que, por lo que sea, sientas que es la piedra de Lena, la que refleja su alma, la que condensa vuestro amor.

—La que más me guste, vamos.

Ossi se lo quedó mirando muy serio, con la cabeza ladeada.

—Para nada. Ni que fueras uno de esos nuevos ricos rusos horteras que compran lo más grande, gordo y caro que haya en la joyería.

Se fue a la trastienda y salió con un par de saquitos grises de los que fue sacando piedras pulidas de varios colores y las fue colocando sobre el mostrador, después de quitar los collares.

—Concéntrate y elige.

—Pero yo quería una sortija.

—Tú elige. Luego la montaré. Pippi y yo vamos a poner la tetera. Avisa cuando acabes.

Daniel se quedó mirando la superficie negra donde brillaban suavemente las piedras pulidas, como si fueran gotas de distintos líquidos: había una entre amarilla y marrón, con rayas atigradas, otra rojo oscuro que parecía tener un fuego en su interior, otra de un verde pálido, otra de color de rosa... pero la que atrajo inmediatamente su mirada produciéndole un fuerte deseo de tomarla en la mano fue

una del tamaño de la uña de su dedo meñique que despedía un brillo suave, perlado, entre blanco y azul, como si estuviera hecha de rayos de luz de luna.

Se la puso en el cuenco de la mano izquierda y la acarició con el índice de la derecha. Era como acariciar la mejilla de Lena dormida, tan suave, tan perfecta, tan increíblemente a su lado. Se la imaginó en un anillo. Se imaginó a sí mismo poniéndoselo en el dedo. Se imaginó junto a ella, abrazados; Lena a su lado, vestida sólo con la piedra.

—¡La tengo! —gritó, entusiasmado hacia la trastienda.

Oyó la voz de Ossi.

—Déjame adivinar... has elegido la piedra de luna, ¿verdad?

—No sé cómo se llama, pero seguro que es una piedra de luna; no puede ser otra cosa. —La tienda era tan pequeña que podían hablar con un tono normal aunque no se vieran.

—Anda, ven a tomarte un té con nosotros. Y tráete la piedra.

Dio la vuelta al mostrador, apartó la cortina negra y se encontró en un taller mucho más grande que la tienda donde destacaba una gran mesa de trabajo con una potente lámpara-lupa apagada en ese momento. Pippi y Ossi estaban sentados a una mesa redonda alta, en dos taburetes. Una vela naranja ardía entre ellos.

—¿Cómo sabías que iba a elegir ésta? —preguntó, poniendo la piedra en la mesa.

Ossi se encogió de hombros, como si fuera evidente.

—Es una de las piedras de los Acuario; es femenina y lunar. Se dice que ayuda a predecir el futuro, que favorece la meditación y equilibra el yin y el yang. También ayuda a recordar e interpretar los sueños y, para los que practican el viaje astral, es útil para que no se rompa el cordón de plata, la conexión entre el cuerpo y el espíritu. En la India representa el tercer ojo y es una piedra sagrada, igual que en la antigua Roma, donde era un regalo entre amantes, porque se supone que aumenta la pasión entre los que se quieren. —Alzó las palmas de las manos y sonrió.

—Y tú te crees todo eso.

—Saber no es creer. Yo he aprendido muchas cosas sobre las piedras; lo que cada uno crea ya no es asunto mío, pero me parece que has elegido bien. ¿Tienes una foto de ella?

—¿De quién? ¿De Lena?

—No. Del hombre lobo —dijo con sorna.

Dani buscó en el móvil y le enseñó la que le había hecho la primera noche que durmieron juntos, donde llevaba el cabello suelto y una blusa blanca con un volantito en el escote. Pippi se inclinó sobre su amigo para verla también.

—¡Vaya, tío! Considerando cómo te vistes, nunca habría creído que tuvieras tan buen gusto —dijo, después de un silbido—. La chavala es preciosa. Cuídala y no dejes que se te escape.

Ossi hizo un par de diseños en un papel que ya estaba lleno de dibujos y se lo tendió.

—¿Te gusta algo así?

Asintió con la cabeza sin hablar. Ossi era un artista; acababa de darse cuenta.

—No te voy a poder pagar lo que vale esto, Ossi.

—Sí, ya. Me pasa mucho —contestó con total naturalidad, sin darle importancia—. Págame el material, aunque sea a plazos, y el resto ya me lo darás cuando puedas. ¿Qué estudias?

—Física. He hecho dos años, ahora estoy en la mili, como Peter, y en cuanto salga me lanzaré de cabeza. Ahora ya tengo claro que es lo mío. Quiero estudiar física cuántica.

—Cuando te den el Nobel no te libras de pagarme. —Se puso de pie—. ¡Venga, al cuartel! Pásate a recogerla pasado mañana.

—¿No prefieres cerrar el chiringuito y venirte a tomar una cerveza?

Ossi sacudió la cabeza.

—No. Estoy en vena. Tengo ganas de ponerme a ello.

Salieron al frío, que se había hecho mucho más intenso en el tiempo que habían estado en el taller; se metieron en el primer bar que les salió al paso y que resultó ser un sitio bastante cutre, pero muy acogedor, todo forrado en madera, y dos horas después seguían allí, bastante tocados ya pero felices y sonrientes, con el calorcillo del alcohol en la sangre. Sin darse cuenta, después de hablar de los compañeros y los oficiales, de fútbol, de esquí, de planes para Navidad y para el verano, habían pasado a hablar de planes para la vida, de sus familias, de sus recuerdos de infancia. Dani se sentía cómodo, relajado, como si en lugar de estar con un simple conocido estuviera con un amigo de siempre. Mejor incluso que con un amigo del colegio, porque ellos ya tenían su idea preconcebida de él, mientras que para Pippi todo era nuevo y podía mostrarse como era de verdad, sin sentirse obligado a mantener una imagen o a dar explicaciones por haberla cambiado.

—¿Ossi y tú sois...? —preguntó Dani cuando la conversación empezó a hacerse más íntima.

—¿Pareja? No. Ya no. Pero nos quisimos mucho.

—No parecía que fuera tu ex.

—No es mi ex. ¡Qué expresión más idiota! Ossi es Ossi. Sigue siendo uno de mis mejores amigos y siempre será el primer hombre del que estuve enamorado y también mi primer amante. Eso de «ex» es una marca de posesión, para que quede claro que, aunque ahora ya no te quiera o ya no lo quieras, durante un tiempo tuviste derechos sobre él y formas parte de su historia. Yo no pienso así. Y Ossi tampoco.

Hubo una pausa en la que los dos tomaron el último trago que quedaba en el vaso y pidieron otra cerveza con un gesto.

—¿Y Lena?

Daniel estuvo a punto de no contestar. Sin embargo, dio un largo trago a la cerveza recién servida y se lanzó, porque necesitaba hablar con alguien de lo que más le preocupaba, y tenía la sensación de que con Peter era posible.

—Estoy loco por ella, Pippi. La quiero de verdad, pero me da mucho miedo quererla así, y que ella lo sepa.

—¿Miedo a sufrir?

—Supongo que sí. Además de que ella es tan distinta a todas, tan especial... No, no pongas esa cara... Lo digo en serio, no sólo porque esté enamorado de ella. Sé que se acabará, que me dejará. Y a veces no sé si es mejor tenerla ahora y perderla, o cortar ya mismo para que no duela tanto después.

—¡Qué estupidez!

—¿Tú crees?

—*Sip.*

La respuesta de Pippi, tan breve y tan decidida, combinada con el gesto que hizo dejando caer la cabeza sobre el pecho, le provocó un ataque de risa tal que acabó en ataque de hipo. Cuando se le pasó, Pippi volvió a la carga.

—Parece mentira que esté usted en el ejército, soldado. ¿No te suena eso de vencer o morir? Pues ya sabes. Pero que nunca se diga que fuiste un cobarde. ¡Lucha por ella, pardiez!

Dani le había contado ya tantas cosas que decidió contarle también lo que de verdad le quemaba por dentro.

—No sé qué le pasa a Lena, pero estoy seguro de que tiene problemas. Me avisó de que no podría estar en contacto conmigo durante unos días, pero no es propio de ella. Es muy raro. Y tiene algo que ver con un notario o algo así. He intentado llamarla de todas formas, pero tiene el móvil desconectado; no me contesta por *e-mail* y, al final, por pura desesperación, he llamado a su padre al bufete (es abogado, como el tuyo), y salta un contestador diciendo que se ha tomado unos días de vacaciones.

—Pues entonces está claro por qué no contesta, hombre de Dios. Porque se ha ido de vacaciones con su padre.

—Me lo habría dicho.

—Espera un par de días, como te ha pedido ella.

—¡A ver! ¿Qué remedio me queda? Pero tengo una sensación rara, Pippi. Tengo miedo. Si le hubiera pasado algo...

—Te habrías enterado. Las malas noticias vuelan, y siempre hay alguien dispuesto a «hacerte un favor» dándotelas el primero. ¡Venga! ¡Vámonos a que nos dé el aire un rato, a ver si se nos pasa un poco y podemos coger el coche! O no. ¡Ya sé! ¡Al cine! El cine cura todas las penas del alma y hace que el cerebro se despeje, la

boca deje de decir tonterías, y el alcohol se evapore.

—¿Y qué vamos a ver?

—Cualquier cosa donde haya mucha acción y salgan hombres guapos.

Clínica privada del doctor Kaltenbrunn. Neuchâtel (Suiza)

Clara estaba en el salón del sanatorio, viendo la televisión porque, aunque tenía una en su cuarto, de vez en cuando le gustaba cambiar de ambiente, bajar un rato y ver si había alguien con quien hablar: alguna enfermera o alguna otra chica embarazada, aunque la mayor parte eran mucho mayores que ella y, si estaban en la clínica, era porque tenían un embarazo de alto riesgo que no les permitía estar en casa, así que casi todas se quedaban en sus habitaciones en lugar de reunirse en la gran sala que ocupaba toda la esquina suroeste del edificio.

Más que el salón de una clínica podría haberse tratado de un hotel de lujo, con la gran chimenea, siempre encendida, los grupos de sofás y sillones en tonos cálidos, las grandes plantas que casi tocaban el techo, los ramos de flores frescas y ahora el enorme árbol de Navidad, enjovado de luces y brillos rojos y dorados.

En ese momento no había nadie más en la sala, cosa nada rara porque eran cerca de las tres de la madrugada. Pero Clara no conseguía dormir y, harta de dar vueltas en la cama, había decidido vestirse y bajar a tomar una infusión o un vaso de leche caliente, ver un rato la tele y volver a intentarlo.

Se había quedado sola la tarde antes, cuando se habían marchado su madre, Dominic y Eleonora. «Tú disfruta, preciosa —le había dicho Dominic—. Los demás tenemos que trabajar.» Y allí estaba ella, dándole vueltas al traje de novia que ya estaba encargado, a los detalles de la boda, que estaban en manos de profesionales, y a la sensación de vacío, cada vez más grande, que se estaba apoderando de ella. No tenía absolutamente nada que hacer y, aunque había pedido de todos los modos posibles que la dejaran volver a casa y al instituto, se habían negado en redondo. No pensaban arriesgarse a que volviera a un lugar donde se había cometido un asesinato, le habían explicado todos, al menos hasta que la policía no hubiera aclarado completamente quién había matado al profesor Michael Alexander y por qué.

Así que, allí estaba, aburrida y sola, sintiéndose estúpida, inútil, profundamente absurda; sin Lena, sin compañeros de clase, sin salir a ninguna parte, sin exámenes, sin saber del mundo más que lo que contaban las noticias, pero no era ése el mundo que le interesaba.

Seguía teniendo náuseas al despertarse y se pasaba la mitad de la mañana vomitando o intentando vomitar, pero después de mediodía se encontraba mejor y entonces quedaban muchas, muchas horas de tedio, apenas aliviadas por un paseo en el parque del sanatorio, que a mediados de diciembre no era un lugar particularmente alegre, alguna película o algún rato de Facebook, aunque tenía prohibido decir dónde estaba o qué le pasaba. Habría podido decir que estaba en Dubai preparando la boda, pero, como no era verdad y ella nunca había tenido demasiada imaginación, se sentía incapaz de inventarse respuestas a lo que preguntarían las chicas de clase, y había acabado por no entrar casi nunca para no verse en un compromiso.

El salón estaba en penumbra; la única luz llegaba de la chimenea, ya casi apagada, del televisor y de un par de lámparas bajas de brillo muy suave. Clara estaba recostada en uno de los sofás más grandes y cómodos, mirando sin ver un videoclip musical y acariciando una y otra vez el suavísimo pelo de *Sasha*, uno de los tres gatos que se paseaban tranquilamente por la planta baja y parecían no tener un único dueño. Se dejaban acariciar por todos y entraban y salían a su antojo. A ella, al principio le había parecido inexplicable tratándose de un sanatorio, pero el doctor Kaltenbrunn — no conseguía animarse a llamarlo tío Gregor— le había explicado que eran gatos muy dóciles, castrados, y que estaban allí porque acariciar el pelo de un gato y tenerlo en el regazo era una de las mejores terapias para tranquilizar a pacientes nerviosos o asustadizos. Y debía de ser cierto porque a ella le resultaba muy agradable estar allí, casi a oscuras, ligeramente atontada, pasando la mano una y otra vez por el lomo del animal mientras sonaba una música muy bajita desde la tele.

El corazón del gato latía, caliente, regular como un metrónomo. Bajo sus manos, si cerraba los ojos, Clara sentía fluir su sangre, ese río de energía que hacía que estuviera vivo. Aún no sentía a su bebé; era demasiado pronto para notar movimientos, pero se imaginaba que llegaría el momento en que podría tumbarse, como en ese instante, y sentir su corazón, su sangre, recorriéndolos a los dos. Sangre roja, nutritiva, corriente de vida.

Sasha abrió los ojos de golpe, lanzó un gemido lastimero, saltó de su regazo y huyó, espantado. Clara se incorporó, asustada de sí misma, y lo siguió con la vista hasta que se perdió entre las sombras del pasillo. Por un instante había pensado, no, no había pensado, *había visto*, como si fuera una fotografía, a *Sasha* degollado, su sangre fluyendo como una fuente sobre el sofá color marfil, y a ella misma mojóndose las manos en la sangre del gato, lamiéndoselas con deleite.

¿Se habría quedado dormida y habría tenido una pesadilla? No podía ser otra cosa. Y sin embargo, *Sasha* había sentido algo tan real y amenazador que lo había puesto en fuga y ella aún tenía el corazón acelerado y las manos sudadas, pero, sobre todo, lo que más la asustaba era que, por más que intentaba apartarla, la imagen seguía allí y en lugar de resultarle repugnante, la atraía. ¿Cómo era posible que al

pensar en toda aquella sangre sintiera sed?

Se levantó, fue sigilosamente a la cocina y abrió la nevera sin encender la luz. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Sangre de gato?

Desde que estaba embarazada su olfato había mejorado tanto que a veces era casi insoportable, porque la mayor parte de olores no eran precisamente agradables. Cerró los ojos y se dejó llevar por la nariz. Había algo atrayente en aquella nevera, algo que le hacía la boca agua y que no conseguía encontrar porque el frío hacía que los olores perdieran intensidad y, además, casi todo estaba metido en cajitas de plástico.

Siguió intentándolo hasta que sus dedos ávidos se cerraron sobre uno de los envases. Lo abrió sobre la larga encimera de la cocina. Incluso en la penumbra los trozos brillaban frescos, invitadores... y el olor era... enloquecedor.

Metió dos dedos en la caja y se llevó a la boca el pedazo de hígado crudo. Nunca había deseado tanto ningún alimento en su vida. Sintió su textura fresca, suave, los dientes que cortaban y trituraban aquella pulpa sanguinolenta, aquel sabor delicioso, aquella sangre dulce que le resbalaba por la garganta.

Cuando la caja se quedó vacía, se chupó los dedos hasta dejarlos limpios y, con la mano en el vientre, satisfecha y feliz, subió la escalera hasta su cuarto y se quedó dormida casi de inmediato.

París (Francia)

Un viejecito con pantuflas y bata a cuadros apartó a ambos lados las cortinas de terciopelo granate que, como un telón de teatro, separaban el vestíbulo del piso de la sala de estar y por un momento todo quedó en suspenso, como si el tiempo se hubiera detenido. La mujer y su padre miraban a Lena arrobados, con una intensidad que a ella empezó a ponerla nerviosa al cabo de unos segundos.

—¡Querida niña! —dijo por fin el hombre, avanzando hacia ella con los brazos abiertos.

—Nuestra pequeña Aliena —añadió la mujer—. ¡Por fin!

Los dos la abrazaron y en seguida, tomándola cada uno de un brazo, la hicieron pasar a una habitación enorme, de techos altísimos, con la chimenea encendida, y tres balcones desde los que se veía la Torre Eiffel en todo su esplendor.

Frente a la chimenea, sobre una mesita, había un servicio de té de porcelana china y un plato con galletitas. Se acomodaron cada uno en un sillón y le ofrecieron el sofá a Lena.

—¡Qué vista tan preciosa! —dijo Lena para romper la tensión, ya que los dos parecían empeñados en contemplarla en silencio, como si ella fuera una obra de arte.

—¡Y pensar que al principio no nos gustó nada ese armatoste! —comentó el hombre—. Pero a todo se acostumbra uno.

—Nosotros ya ni nos damos cuenta, pero sí que es bonita, sobre todo desde hace un par de años, que a las horas en punto encienden la lluvia de diamantes —dijo la mujer, mirando por la ventana como si fuera la primera vez.

Lena se había quedado de piedra al oír el comentario del anciano, pero en ese momento le habló de nuevo y decidió guardar su pregunta para más adelante, cuando comprendiera mejor lo que estaba pasando.

—Como puedes suponer, querida, yo soy el tío Joseph y ésta es tu tía Chri-Chri. Se llama Chrystelle, claro, pero siempre la hemos llamado así.

—¿Chrystelle no era la perra? —preguntó Lena, divertida.

—Era un truco, mujer. Ni siquiera era una perra, ¿no te has dado cuenta de que era macho? Y no es nuestro; es de la vecina de al lado, que está con gripe. ¡Anda, cuéntanoslo todo!

—¿Todo? ¿Qué?

—Lo que ha pasado para que hayas llegado hasta aquí. Algo ha tenido que suceder en los últimos días.

Lena contó todo lo que pensaba que podía tener importancia para ellos, desde el momento en que mataron a Mika. Los dos se miraron y Chrystelle preguntó:

—¿Qué más había pasado antes? ¿Por qué han matado a ese profesor? ¿O no era a él a quien querían matar?

Lena estaba perpleja, primero al ver que el anciano y la mujer se tomaban con tal naturalidad un asesinato en un instituto, y segundo por el ingenio que significaba el haberse dado cuenta de que quizá hubiese otro motivo para que Mika estuviera muerto. Les contó todo lo que sabía, empezando por el momento en que Clara conoció a Dominic y, por fin, encontró unos interlocutores no sólo interesados, sino dispuestos a creerse lo que ella contaba, incluidos los sueños y las premoniciones. E incluso capaces de añadir información y respuestas a las preguntas que llevaba semanas haciéndose, aunque de momento lo que los dos añadían a su relato era más misterioso que explicativo.

En cuanto empezó a describir a Dominic y su comportamiento con Clara, Chri-Chri dijo, mirando a su padre:

—¿Rojo o negro?

—Rojo —contestó el tío Joseph—. Los negros no se mezclan con nosotros. Sigue, querida.

Lena continuó cada vez más animada.

—Parece que creen que ha llegado el momento —murmuró el hombre casi para sí

mismo.

—Yo también estoy segura de ello. Sólo que se equivocan en algo crucial — contestó la mujer con una sonrisa misteriosa.

—Posiblemente. El tiempo lo dirá.

Cuando llegó a la parte del notario y cómo se dio cuenta de que no se trataba del doctor Kürsinger y cómo desapareció de un momento a otro, los dos sonrieron.

—Willy. Siempre quiso mucho a Bianca; es natural que ella se lo pidiera y que él estuviera dispuesto a hacerlo.

—Me pregunto dónde estará. Hace tanto que no nos visita... Dime, querida, ¿y Max?

—¿Mi padre?

—Claro. ¿Qué has sabido de él?

Lena contó la conversación que habían mantenido por móvil.

—Supongo que ahora tendrá el buen sentido de desaparecer durante un tiempo — comentó Joseph mirando a Chri-Chri.

—Max hará lo que sea necesario, como siempre. Aunque Bianca ya no esté, lo hará por ella. Y por Aliena.

—Por favor, me estoy poniendo nerviosa. ¿No podrían explicarme algo para que yo entienda qué está pasando y de qué hablan?

—Termina de contar y entonces nos tocará a nosotros. Y trátanos de tú. Somos familia.

Obedientemente, Lena acabó de contar su historia y, al verlos cabecear complacidos, se animó a preguntar:

—¿Qué es eso de que somos familia? Mi padre es hijo único y sus padres murieron siendo yo muy pequeña. Mi madre era huérfana, de modo que...

Los dos sonrieron.

—Todo eso es verdad, *chérie* —dijo el tío Joseph—. Tu madre era huérfana, pero nosotros la criamos hasta que se fue a estudiar, conoció a Max y se casó con él. Por eso el francés y el español eran sus lenguas maternas.

—Ella se crió en un orfanato del sur de España, luego consiguió una beca para estudiar y estuvo un tiempo en París y luego en Austria —dijo Lena, muy seria, consciente de que estaba llevándoles la contraria—. Al menos es lo que ella me contó siempre, y no creo que me mintiera.

—Yo soy español. Vine a París cuando la guerra civil, con mi hija, para ponerla a salvo; más adelante, por circunstancias que iremos contándote, nos hicimos cargo de tu madre, que era una hija para mí y una hermana pequeña para Chri-Chri. Le prometimos cuidar de ti cuando fuera necesario.

Lena sacudió la cabeza, nerviosa.

—No entiendo nada. No me cuadran las fechas. No sé por qué mi madre no me

explicó todas esas cosas, con tanto que me contó a lo largo de los años.

—Para protegerte, pequeña. Pero te enseñó mucho de lo que vas a necesitar en tu nueva vida.

—¿Qué nueva vida?

—Poco a poco. No tengas prisa; aún hay tiempo.

Se puso de pie casi con violencia y empezó a caminar arriba y abajo del salón, sacudiendo la melena, como siempre que estaba nerviosa y a punto de estallar.

—¿No podéis ser un poco más claros, narices? ¿Qué nueva vida? ¿Qué se supone que tengo que hacer? Ahora me diréis que soy la elegida de alguna secta de pacotilla o algo así. Esto parece una mala novela.

Chrystelle se levantó, abrió las puertas de una librería y se acercó a Lena con un álbum de fotos.

—Toma, ve mirando esto mientras voy a buscar algo que será el principio de la explicación que quieres. Si quieres saber algo sobre las fotos, pregunta a papá.

Lena volvió a acomodarse en el sofá con el álbum en el regazo y fue pasando las grandes hojas amarillentas, separadas por un finísimo papel de seda. Había docenas de fotos en blanco y negro, muchas con los bordes dentados. La mayor parte mostraban a su madre, a diferentes edades, empezando desde los tres o cuatro años, donde, lógicamente, estaba irreconocible: montada a caballo, jugando con la nieve, paseando por un parque cogida de la mano de Chri-Chri, que era lo menos diez o quince años mayor, sentada en el regazo del *oncle* Joseph, que parecía casi igual de viejo que en ese momento, vestida para una fiesta, con un gran lazo en el pelo y zapatos de charol... Su madre crecía delante de ella, foto tras foto: unas cuantas del colegio, en diferentes cursos; otras ya en color, de adolescente; vestida para un baile, con el pelo recogido en un moño complicadísimo y guantes largos; montada en una moto negra y haciendo el signo de la paz con la mano derecha; con su padre, un Max jovencísimo en la terraza del Trocadero, frente a la Torre Eiffel. Luego una que ella conocía bien porque siempre había estado en el dormitorio de sus padres, la foto del momento en que nació ella: la joven pareja en la cama de la clínica, ella en camisón, él vestido de calle, ambos sonrientes y obviamente felices, y una Lena diminuta en brazos de su madre.

A continuación venían más fotos de ella misma, sola o con sus padres. E incluso una en la que se las veía a ella y a Clara en la mesa de la cocina, frente a un montón de carpetas y papeles preparando algún examen.

Claro que se le pasó por la cabeza que todo pudiera ser un montaje, pero rechazó la idea de inmediato. Un montaje, ¿para qué? ¿Qué interés podían tener en mentirle sobre el pasado?

Quedaba por saber, naturalmente, por qué su madre nunca le había hablado de ello pero, por lo demás, estaba suficientemente convencida.

—¿Qué? ¿Nos crees ahora? —preguntó Joseph con sorna.

Lena asintió con la cabeza, en silencio. Dejó el álbum sobre la mesa, se levantó y se acercó lentamente a las ventanas, con la vista fija en la torre, que había empezado a destellar. Al fin y al cabo, tampoco era tan raro que su madre hubiera estado enviándoles fotos durante años para que vieran su desarrollo; eran prácticamente sus padres y, por tanto, los abuelos de ella. Lo que sí era raro era que nunca le hubiese hablado de ellos.

Habían estado en París varias veces y, ahora que lo pensaba, su madre siempre había desaparecido al menos una tarde por asuntos de trabajo, mientras ella y su padre iban al cine o a algún museo. Quizá esas citas de trabajo hubiesen sido sólo una excusa para visitar a *oncle* Joseph y a Chri-Chri. Pero ¿por qué no llevarla a ella para que la conocieran? Se imaginaba la típica respuesta que no le aclaraba nada: «Para protegerte». ¿De qué? ¿De qué narices había que protegerla?

Chrystelle entró con una cajita en las manos.

—Siéntate, hija.

Lena obedeció y se instaló de nuevo en el sofá, mirando fijamente a la mujer, que se había sentado frente a ella, en el otro extremo. Abrió la caja con lo que a Lena le pareció reverencia, y se la tendió. En el interior, sobre un lecho de terciopelo azul noche, brillaba un bellissimo medallón de diamantes de estilo *art nouveau*.

—¡Qué maravilla! —dijo Lena, sin aliento.

—No es auténtico. Es sólo una copia con diamantes artificiales. El auténtico fue recuperado del fondo del mar hace unos años y está ahora en un museo en Estados Unidos. Se supone que su propietaria, cuya identidad no se conoce, debió de morir en el naufragio. Por eso se le conoce como *Collier Mystère*. Uno más entre los muchos misterios del *Titanic*.

—¡El *Titanic*!

—Se ha exagerado mucho con ese barco. No ha sido el único en naufragar, pero ciertas cosas quedan en la memoria colectiva y se convierten en leyendas. A veces es mejor así, porque las leyendas permiten que se elucubre y se invente sobre ellas. De ese modo la verdad suele quedar oculta y sólo los iniciados saben.

Lena la miró, de nuevo suspicaz. ¿Habría caído en manos de dos viejos locos? Pero era su misma madre la que la había llevado hasta allí. Tenía que darles una oportunidad.

—Por ejemplo, nosotros sí sabemos a quién pertenecía este medallón.

El tío Joseph le guiñó un ojo.

—Era de la madre de tu madre. Comprendo que no me creas, *chérie*, pero tenemos todas las pruebas. Si en algún momento quisieras hacer valer tus derechos y recuperar la joya de tu abuela, podrías hacerlo. Pero es una decisión que tomarás más adelante, cuando comprendas todo lo que implicaría. Ahora tenemos que hablar de

otras cosas.

Lena se tensó en el asiento y apretó el medallón en la mano.

—Supongo que Bianca te enseñaría un cuento o poema, no sé bien cómo llamarlo. ¿Una narración?

—¿Te refieres a *Cómo volver a casa*?

—Exactamente. Bien. Me alegro. Repítelo siempre que puedas, no lo olvides nunca y no se lo repitas jamás a nadie, salvo a tu hijo o hija, si llegas a tenerlo.

—También supongo que alguna vez, como sin darle importancia, te hablaría de los clanes. —Lena sacudió la cabeza en una negativa—. ¡Qué prudente nuestra Bianca! En fin. En ese caso hay que empezar por el principio. Sólo quiero advertirte de que no te lo contaré todo y de que no contestaré a nada que no me parezca oportuno contestar. Todo tiene un motivo y todo lo irás comprendiéndolo poco a poco, con el tiempo. ¿De acuerdo?

—Sí, lo que quieras, tío Joseph.

—Fíjate en el dibujo del medallón; verás que el elemento base es el cuatro: cuatro flores de cuatro pétalos, es decir cuatro círculos...

—Yo veo cinco por todas partes —interrumpió Lena.

—Efectivamente. En cada flor hay cuatro círculos rodeando el círculo central, y del mismo modo hay cuatro flores rodeando la flor central. Y hay cuatro hojas alargadas que conectan el centro con la flor exterior. Y la rosa central está en un círculo inscrito en un cuadrado y en cada uno de los cuatro lados de ese cuadrado hay una flor. Y en cada una de las puntas que separan esas flores hay un diamante: cuatro en total, ¿me sigues?

Asintió con la cabeza sin dejar de mirar el medallón.

—Entre nosotros, esa joya se conoce como *La trama de diamantes* y simboliza la base de nuestro mundo.

—Has dicho «entre nosotros»; ¿quiénes somos «nosotros», *oncle Joseph*?

—Esos cuatro pétalos —continuó él como si no hubiera oído la pregunta— representan los cuatro clanes que existen. Tienen nombres propios, pero de momento es más fácil que usemos colores; es lo que hacen ellos mismos. Tenemos el clan blanco, el clan rojo, el clan negro y el clan azul.

—¿Y qué representa el círculo central?

—Aún no. Eso más tarde. Los clanes existen desde siempre y nunca han tenido muchos miembros, pero actualmente son cada vez menos.

—Espera, espera, ¿estamos hablando de familias, de sectas, de qué?

—Cada clan es una familia extensa y normalmente sus miembros se unen entre ellos mismos para procrear, aunque siempre hay hijos mixtos con gente de otros clanes o incluso con personas de fuera de la Trama, cosa que suele considerarse perversa, o al menos inadecuada, pero que sucede de vez en cuando.

—Y si procrean sólo entre sí, ¿no acaban teniendo niños dañados?

—No. De hecho, los hijos que nacen de dos personas del mismo clan suelen ser superiores, incluso. Luego te explico por qué. En cualquier caso, los clanes nunca han sido muy prolíficos, pero cada vez nacen menos niños clánidas; por eso los miembros del clan rojo procrean a veces con mujeres humanas, aunque exista un alto riesgo de que sus características vayan haciéndose más raras en cada generación.

—¿Qué tipo de características?

—Nosotros no lo sabemos todo, por supuesto, pero lo que salta a la vista es la longevidad, la buena salud, la belleza, la inteligencia...

—Y esos... clanes... ¿para qué sirven? ¿Qué hacen?

—Vivir. Igual que tú. Tienen una conciencia muy fuerte de ser algo distinto al resto de la humanidad, sólo se relacionan entre ellos y, como llevan tantos siglos en posiciones dominantes, tienen muchísimo dinero y muchísimo poder, aunque nunca lo muestran directamente. Compiten entre sí. A veces luchan y matan, a veces se ayudan. Hace tiempo que no tienen planes comunes, pero ahora algo acaba de ponerse en marcha y seguramente será necesario que vuelvan a unirse para alcanzar una meta que no todos desean. Cuando llegue ese momento, surgirá el Anima Mundi y entonces, si nuestros cálculos son correctos, tendremos, por primera vez en casi dos mil años, la posibilidad de alcanzar otra realidad. Aunque no debo ocultarte que esos cálculos se basan en antiguas leyendas que no tenemos forma de saber si son verdad.

Lena cerró los ojos unos instantes y tragó saliva.

—Tío Joseph, tía Chri-Chri, ¿qué pinto yo en todo esto? —Volvió la vista a uno y a otra, esperando una respuesta que la tranquilizara.

—*Chérie*, tú eres hija de tu madre.

—¿Y mi madre...?

—Tu madre era el miembro más joven del clan blanco. Ahora lo eres tú. Nunca se nos ocurrió que, llegado el momento, Bianca no estaría con nosotros aunque, la verdad, su muerte no nos sorprendió.

Hubo un silencio. Joseph y su hija estaban dándole tiempo para que fuera comprendiendo la situación.

—Lo de mi madre no fue un accidente, ¿verdad?

Los dos negaron con la cabeza.

—Pero no hay pruebas y tampoco sabemos quién pudo querer matarla ni por qué. Tenemos ciertas sospechas, pero aún es pronto para que tú las compartas —dijo Chrystelle—. Creemos que es mejor que vayas aprendiendo poco a poco y ocupando el lugar que te corresponde; así quizá puedas ver cosas que nosotros, al no ser clánidas, no hemos sido capaces de ver.

—¿Vosotros no formáis parte del clan?

—No directamente —contestó el anciano—. Mi bisabuelo fue un clánida blanco

que tuvo una relación con una chica española. Mi abuelo, mi padre y yo nos casamos con mujeres normales; no nos habrían permitido otra cosa, pero seguimos siendo lo que en los clanes llaman «familiares». Por eso criamos a tu madre cuando murió la suya. Ya te iremos explicando en detalle lo que significa.

—¿Por qué no la criaron dentro de su propio clan?

—Aún no es momento de contestar a esa pregunta, Aliena.

—Se está haciendo tarde, hija —intervino Chri-Chri—. Y ya has oído tanto que me parece que necesitas un descanso. Vete a casa y duerme. Mañana puedes volver a la misma hora y seguiremos; tengo la sensación de que mañana tendrás muchas preguntas que hacernos.

Lena estuvo a punto de echarse a reír. Ya tenía miles de preguntas, pero para lo que le servían... No le contestaban más que a lo que ellos querían.

—Toma. Ponte el medallón. Te protegerá.

—No necesariamente —dijo el anciano con naturalidad, sin darse cuenta de que así estaba asustando a la chica—, pero te indicará el camino; de eso estoy seguro.

Lena sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Hasta mañana entonces.

—Entra por la misma puerta; la clave es el año de tu nacimiento.

Tía Chrystelle la acompañó al vestíbulo y le dio tres besos.

—Sé que mi Bianca te ha preparado bien —le susurró al oído—. Ten cuidado de todos modos. Ve directamente a casa y no te olvides de llevar siempre contigo lo que tu madre te dejó.

Lena asintió, pillada en falta. Al salir de casa no se le había ocurrido coger las cosas y lo había dejado todo allí, incluso el dinero.

La puerta se cerró detrás de ella y por un momento tuvo la sensación de que no había sido más que un sueño, pero el medallón, que se había colgado del cuello por debajo de la camiseta, aún estaba frío. Todo había sido real.

Eran casi las diez de la noche cuando por fin regresó al apartamento de donde había salido a las cinco. La cabeza le zumbaba, como si todo lo que le habían contado fueran insectos que dieran vueltas y vueltas dentro de su cráneo, golpeándose con las paredes. No conseguía comprender casi nada de todo aquel asunto de los clanes. Por lo que ella había captado se trataba de una especie de familias aristocráticas, muy antiguas, que se creían superiores a los demás, pero no entendía qué pretendían ni por qué había miembros que corrían peligro. Lo que sí le había quedado muy claro era que su madre había sido asesinada, y que ella, Bianca, había sabido desde siempre lo que le iba a suceder y por eso la había educado de una forma concreta que no era la normal.

Tenía que averiguar más cosas sobre los clanes, y sus miembros y sus metas...

Miembros.

En la caja que había heredado había una lista de nombres. ¿Era posible que se tratara de una lista de los clánidas, como los había llamado el tío Joseph? Creía recordar que los nombres estaban escritos en diferentes colores.

La caja seguía en su mochila, junto al televisor. La lista de nombres continuaba allí y era muy posible que se tratara efectivamente de los cuatro clanes.

Siguiendo una intuición, miró los nombres escritos en rojo y encontró lo que buscaba: Dominic von Lichtenberg.

Le vinieron a la mente las palabras exactas del anciano a las que, en el momento, no les había concedido importancia: «Por eso los miembros del clan rojo procrean a veces con mujeres humanas». ¿Humanas?

Soltó la lista como si quemara y se quedó mirando fijamente la noche tras la ventana, sintiendo cómo el miedo iba trepando por su interior hasta asfixiarla.

* * *

Algo comenzó a agitarse en las tinieblas. Donde hasta un microsegundo atrás no había aparentemente más que un mundo mineral, sin luz y sin vida, ahora las partículas empezaban a vibrar, a coagularse, a buscar relaciones inauditas, casi imposibles.

Ningún ser sentiente asistía al acto de creación en lo más profundo de la roca, pero el estado vibracional de la materia habría ido haciéndose perceptible para un improbable observador.

El proceso que pronto culminaría en una nueva existencia se había disparado muy lejos de allí y pronto se pondría en marcha hacia el destino para el que había sido creado.

* * *

París (Francia)

Lena se paseaba por el apartamento como una fiera enajulada, tratando de decidir qué hacer. Había conseguido, en parte, vencer su primer impulso de terror a base de un gran plato de pasta y una generosa ración de chocolate, acompañados de mucha racionalización.

«A ver, idiota —se decía—, ¿qué es lo que te ha dado tanto miedo? ¿Que el pobre tío Joseph, que es más viejo que el hilo negro, haya dicho una tontería con eso de que cuando construyeron la Torre Eiffel no le gustó? Si ni siquiera es capaz de recordar con claridad las fechas de su vida... ¿Quién te dice a ti que no te llega pronto más información de mamá, explicándote que quería que conocieras a las personas que la criaron, aunque estén ya un poco idos?»

»Pero lo de que alguien haya matado a Mika pensando que era Clara no es ninguna tontería —decía otra voz en su cerebro—. Y Dominic está en la lista de mamá. Y suponiendo que el tío Joseph sepa lo que dice, el embarazo de Clara no ha sido casualidad, lo que significa que quieren algo de ella, quieren que les dé un hijo. ¿Para qué? Y si quieren eso de Clara, ¿qué pueden querer de mí? ¿Matarme o hacerme lo mismo que a ella?»

Siempre volvía a ese punto: «¿Qué quieren de mí?». Lo que la llevaba a otro similar: «¿Quiénes son los que quieren algo de mí?».

Si lo que le acababan de contar era mínimamente cierto, ella, por herencia de su madre, pertenecía al clan blanco, aunque no tenía ni la más remota idea de qué significaba o qué implicaba pertenecer a uno de los clanes y a ése en concreto.

Decidió que ésa sería la primera pregunta que les haría al día siguiente: «¿Qué es el clan blanco? ¿Qué significa pertenecer a él? ¿Cómo me pongo en contacto con otros de mi clan?».

Necesitaba tanto hablar con alguien, que tenía que estrujarse las manos para no coger el teléfono y llamar a su padre, a Dani o a Clara, pero si su madre se había tomado tantas molestias para ayudarla a desaparecer, no podía estropearlo ahora todo poniéndose en contacto con nadie. Además, si hablaba con Clara sólo conseguiría aterrorizarla. Su padre habría sido perfecto, pero él probablemente tenía el teléfono del piso de París y, si él no la llamaba, era porque no convenía hacerlo.

Daniel.

¡Cuánto le gustaría que estuviera allí, a su lado, que la abrazara y le dijera que no había por qué tener miedo, que todo se arreglaría! ¡Qué maravilloso sería poder dar un paseo cogidos de la mano por París, sin pensar en peligros que no podía ni imaginar! Y ni siquiera tenía el móvil ni el portátil para, al menos, ver una foto suya y consolarse pensando que estaba ahí, lejos, pero con ella de algún modo.

Tenía que hablar con él. Lo necesitaba. Además, él estaría cada vez más preocupado por su silencio. Era importante que lo tranquilizara porque, si seguía sin saber nada de ella durante más tiempo, igual decidía que lo había abandonado y la dejaba por otra. Y eso sería horrible. A pesar de lo que había pasado con Lenny, y que ahora se le desdibujaba como si fuera el recuerdo de un sueño, el que de verdad la quería y le daba seguridad era Daniel. Daniel, con sus dulces ojos grises, su pelo tan corto que hacía cosquillas en la palma de la mano al acariciarlo, sus orejas

despegadas de duende, su sonrisa, su forma de desearla, de tocarla, como si fuera algo tan valioso que le asustara romperlo, su voz susurrándole al oído palabras de amor.

Se abrazó fuerte a sí misma, dudando. Podía salir a buscar un locutorio de teléfonos, de los que usaban los inmigrantes para llamar a casa, pero eso significaba salir a la calle a medianoche sin saber adónde dirigirse. Casi le parecía oír la voz de su madre diciéndole: «Pero ¿tú estás tonta? ¿O es que no te he enseñado nada?», y lo peor era que tenía razón. Ella también sabía perfectamente que tenía que esperar a que se hiciera de día; sólo que no se creía capaz.

La otra opción era llamar desde la comodidad de su piso, caliente, protegida, metida en la cama incluso, para oír la voz de Dani. Pero ¿y si el teléfono estaba pinchado? Se enterarían de todo lo que hablaran, sabrían de la existencia de Dani y, llegado el caso, podrían chantajearla amenazándolo a él. Había visto suficientes películas para saber que meter a los seres queridos en asuntos turbios nunca salía bien, a menos que el protagonista fuera Bruce Willis o Harrison Ford.

Fue al armario del cuarto de baño con la esperanza de encontrar somníferos, pensando que ésa era la mejor solución: tomarse una píldora y dormir hasta media mañana, sin angustiarse, sin darle vueltas a nada, sin soñar. Pero su madre, fiel a sus principios, había dejado un botiquín bien provisto para toda clase de emergencias, salvo ésa. A cambio, había un papelito enrollado: «Necesitas todos tus sentidos para hacer lo que tienes que hacer, cariño. Tienes que estar alerta. Ya dormirás al final, y entonces no te harán falta las pastillas. Te quiero». Debajo había un corazón rojo, una flor azul y un *smiley* violentamente amarillo.

Sonrió a su pesar y algo en la nota la decidió. Cogió el teléfono y marcó el número de Dani con el corazón en la garganta.

Tardó tanto en contestar que ya estaba segura de que se conectaría el buzón de voz, de que no conseguiría hablar con él. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de colgar, dejó que sonara una vez más y oyó su voz, fría, suspicaz.

—¿Sí? ¿Sabe usted qué hora es?

—Dani, soy yo.

La voz cambió de un instante a otro, como si todo el hielo se hubiera derretido de golpe.

—¡Lena! ¡Dios mío, por fin! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Qué pasa? Me he vuelto loco pensando en ti.

—Estoy bien, Dani. —Estaba a punto de echarse a llorar de alivio. Dani seguía ahí y queriéndola—. No puedo decirte dónde estoy, pero lejos, a más de mil kilómetros. Dani... —Se le quebró la voz.

—Preciosa, cielo, ¿qué te pasa?

—Sólo quería oír tu voz. Estoy un poco asustada y... quería saber que estás ahí.

—Claro que estoy aquí. Siempre estoy aquí para ti. Dime dónde estás y haré todo lo posible por ir a verte.

Se dio cuenta de que estaba negando con la cabeza, entre lágrimas, y que Dani no podía verla.

—Ten paciencia, por favor. No puedo explicártelo por teléfono. Trataré de llamarte siempre que pueda, pero tengo miedo de que te pase algo a ti.

—A mí no me pasa nada. Si no puedes decirme dónde estás, ven tú a Viena. Coge el primer avión y ven aquí, por favor. Tenemos que vernos, Lena. No tengo mucho en el banco, pero es bastante para pagarte un billete. Por favor.

Cerró los ojos y se imaginó llegando al aeropuerto de Viena, a Dani esperándola, su abrazo tan fuerte, tan firme, sus besos... y se le escapó un gemido.

—Tengo que quedarme aquí.

—¿Por qué, Lena? ¿No puedes venir, aunque sea un día? Yo necesito saber qué te pasa, cómo puedo ayudar. No puedo estar así, cariño. ¿Lo entiendes?

Lena empezó a sollozar abiertamente.

—¿Estás sola? —preguntó él—. ¿Te oye alguien?

—Sí. Estoy sola. No sé si me oye alguien —dijo, cuando consiguió hablar—, pero me da lo mismo.

—¿Puedes moverte libremente?

—No sé. Creo que sí. Pero lo de ir a Viena no estaba previsto y no sé si voy a poder. ¿Y si te hacen algo a ti?

—A mí nadie me va a hacer nada. Además, sé defenderme. Ven, Lena. Prométeme que vas a venir.

El deseo de estar con Dani cuanto antes era tan fuerte que oscurecía cualquier otro pensamiento. Tenía razón: podía ir a Viena uno o dos días, contárselo todo, pensar juntos y quizá entonces volver al apartamento del tío Joseph y Chri-Chri a seguir aprendiendo todo lo que no sabía.

—Voy a llamar a un taxi para que me lleve al aeropuerto. Cogeré el primer avión, pero no puedo avisarte de cuándo llego. No tengo el móvil.

—Busca un punto Internet en el aeropuerto y mándame un *e-mail* con el número de vuelo y la hora en cuanto lo sepas. Iré a recogerte.

—¿Te dejarán salir del cuartel?

—Me arriesgaré. Pero, de todas formas, por si acaso, hay que tener un plan B. Si por lo que sea no estoy en el aeropuerto, nos vemos en la Stumpergasse, no sé el número, a unos trescientos metros de la Mariahilferstrasse, cuesta abajo. Es un taller de orfebre muy pequeño, pero tiene un escaparate precioso; lo encontrarás seguro. Dile a Ossi que me estás esperando y que te haga un té.

—¿Quién es Ossi?

—Un amigo.

—Gracias, Dani.

—Lena... vendrás, ¿verdad?

—Te lo prometo.

—Te quiero.

—Sí.

—Mañana ya estamos juntos.

—Sí. Lo estoy deseando. Hasta mañana.

Colgó y suspiró profundamente. Ahora que había hablado con Dani ya nada parecía tan terrible; podría haberse metido en la cama felizmente y haber dormido toda la noche, pero le había prometido ir al aeropuerto inmediatamente y buscar un vuelo a Viena. Tenía que salir de París, tenía que pensar hasta conseguir aclararse. Al fin y al cabo, no había sucedido nada grave. Su madre le había dejado un montón de mensajes de alarma y lo había organizado todo para que desapareciera, pero ella no había podido saber cómo sería exactamente la situación. Quizá el falso doctor Kürsinger, Willy, como lo había llamado Chri-Chri, se hubiese precipitado dándole todo aquello. Y además, su madre no podía saber que ella tendría novio y que podría esconderse en Viena después de haber visitado a sus parientes en París. Tanto daba ocultarse en una ciudad como en otra.

Vació la mochila de todos los trastos del instituto —qué extraño le parecía ahora que apenas unos días atrás ése fuera todo su mundo y sus únicas angustias consistieran en presentar los trabajos a tiempo y preparar los exámenes— y metió dentro todo lo que su madre le había dejado. El dinero lo repartió entre la mochila, los bolsillos de delante y el sujetador. Cerró el piso con doble vuelta de llave y, al salir a la calle, se dio cuenta de que no había llamado a un taxi, pero recordaba haber visto una parada muy cerca de la casa, en la plaza donde desembocaba la calle paralela. Estaba oscuro, pero no más que a las cinco de la tarde, de modo que se arregló bien la mochila y echó a andar con rapidez en la dirección que la llevaría a la plaza.

París (Francia)

A pesar de que eran casi las cinco de la madrugada, las calles no estaban tan desiertas como Lena había pensado y, poco a poco, el boulevard Montparnasse se iba llenando de parisinos que se apresuraban a tomar el primer metro para llegar al trabajo. Como en la placita que ella recordaba no había ningún taxi y estaba ya tan cerca de la

estación de ferrocarril, decidió caminar un poco más y enterarse de si salían trenes de cercanías hacia el aeropuerto. Llevaba mucho dinero, pero no sabía cuánto tendría que durarle y, como tampoco sabía a qué hora saldría un vuelo hacia Viena, igual le daba llegar un rato antes que un rato después.

Sonrió pensando en Dani. La verdad era que a ella misma le había sorprendido un poco su arrebatado y, ahora que se sentía mejor, ya no estaba segura de estar tan enamorada de él como le había dado a entender por teléfono. ¿Se habría comportado igual si hubiera decidido llamar a Lenny? ¿Era sólo que necesitaba saber que había alguien a quien ella le importara?

¡Qué complicado se había vuelto todo! Un par de meses atrás sentía que era la chica más solitaria y abandonada del planeta y ahora tenía problemas consigo misma justo por lo contrario.

Lenny era atractivo, muy atractivo, y había sido el primer chico en el que se había fijado nada más empezar el curso, lo que ahora le parecía años atrás. Sin embargo, algo le decía que no era de fiar, que con todo su atractivo era un egoísta integral que sólo hacía lo que él quería o necesitaba en el momento en que lo deseaba.

Daniel era otra cosa, y se lo había demostrado ya varias veces, incluida la conversación que habían tenido hacía apenas una hora, pero era menos... Ladeó la cabeza y entornó los ojos, como hacía siempre que estaba tratando de encontrar la palabra exacta que la ayudaría a comprender lo que tenía en la cabeza. Era menos... esplendoroso, quizá. Lenny era realmente guapo, tenía una especie de glamour como sólo se ve en las películas; podría ser una estrella de cine en cuanto se arreglara un poco. Dani, en cambio, era simpático, tenía un cuerpo bonito y fibroso, pero no era un chico guapo convencional. Tenía las orejas demasiado despegadas, la nariz demasiado grande, y no se preocupaba mucho de la ropa que se ponía.

Sin embargo, con él, las pocas veces que habían estado juntos, se sentía cómoda, a salvo, apreciada y querida. Y le había gustado acostarse con él, aunque cuando recordaba cómo le había dolido, no le apetecía repetir muy pronto.

Lo que sí le había gustado era la sensación de ser algo especial para él, esa sensación extraña y tan nueva de poder que había experimentado al sentir el deseo de Dani, su necesidad de acariciarla, de tenerla, de estar con ella casi con desesperación. Eso había sido estupendo, y también después, su alegría, su dulzura, sus palabras susurradas, la sensación de triunfo compartido, como si hubieran hecho algo muy difícil, largo tiempo deseado, y lo hubieran hecho juntos, y bien.

A ella sola le dio risa estar pensando ese tipo de cosas a las cinco de la madrugada, entre el primer tráfico de la ciudad que se despertaba, aún de noche, con todas las farolas encendidas, con un frío terrible que se colaba por debajo de la bufanda y del gorro, yendo a una estación a intentar tomar un tren para después tomar un avión, sin que nadie supiera dónde se encontraba en esos momentos.

Era marciano y muy excitante. No podía creer que una hora atrás estuviera tan asustada y se sintiera tan mal; en esos momentos, mientras empezaba a bajar la escalera del metro de la estación de Montparnasse, se sentía fuerte, adulta, independiente, dueña de su vida y de su destino, que se presentaba más original y exótico de lo que nunca se hubiese atrevido a imaginar. Invencible.

Por eso, la sorpresa fue tremenda cuando de repente, unos brazos como cables de acero la agarraron por detrás. Gracias a los largos años de entrenamientos y seminarios de aikido, la respuesta de su cuerpo fue inconsciente: en lugar de envararse o forcejear, dobló las rodillas y se agachó, plegándose sobre sí misma, para hacer perder el equilibrio a su atacante y conseguir que volara por encima de ella, teniendo que soltarla para poder frenar su caída con las manos.

Lena sabía que había hecho exactamente lo que tenía que hacer y que cualquier agresor sin entrenamiento estaría ahora tratando de recoger sus dientes, esparcidos por todos los peldaños. Sin embargo, aquel hombre parecía haber adivinado su movimiento y, en lugar de soltarla, se había pegado a ella sin aflojar su presa y los dos rodaban por la escalera sin que ella pudiera detener la caída. Lo único que podía hacer, y era lo que estaba haciendo, era protegerse los dientes con los labios y rogar por que ninguno de los escalones le diera un golpe mortal en la nuca o en el cráneo. Tan preocupada estaba por sus dientes, que no se le pasó por la cabeza gritar. Ya gritaría cuando pararan de dar vueltas por fin, y entonces gritaría tanto que el hombre saldría huyendo de puro miedo por haber dado con una loca de atar. Ésa era una de las primeras cosas que le habían grabado a fuego en su educación: si te atacan, sobre todo en un lugar público, grita; grita desesperadamente, que nadie piense que tú estás consintiendo en lo que te pasa, que se sepa que se te está tratando con violencia.

Por eso, apenas llegaron al final de la escalera y dejaron de rodar, Lena soltó un alarido terrible que hizo eco en los tres túneles que se abrían frente a ellos, y se quedó de piedra al darse cuenta de que nadie reaccionaba en absoluto. No se trataba de que les diera miedo intervenir y prefirieran hacerse los sordos. No había más que verlos caminar, perdidos en sus pensamientos y en las diferentes músicas de sus auriculares para darse cuenta de que de verdad no la habían oído gritar a pesar de que sólo se encontraba a un par de metros de ellos. Volvió a aullar hasta que se quedó sin aire y sucedió lo mismo: la gente pasaba a su lado sin tensar los músculos, sin encoger los hombros, sin mirarlos siquiera.

El agresor, a quien no podía ver porque estaba detrás de ella agarrándola con una presa de acero que le inmovilizaba los brazos, pegados al cuerpo, la levantó como si no pesara más que una almohada y empezó a subir con ella la escalera, hacia la superficie. Mientras tanto, Lena había dejado de gritar y se limitaba a intentar entablar contacto con las personas que se cruzaban con ellos, diciendo en todas las lenguas que se le ocurrían «por favor», «por favor», «socorro», «policía», «policía»,

sin conseguir ni una sola mirada de vuelta. Era exactamente como si no estuviese allí, como si hubiese desaparecido y ella fuera capaz de ver a la gente pero la gente no pudiese verla a ella. Dentro de la angustia y el terror que empezaba a sentir, también había un punto de fascinación frente a lo que estaba pasando. Pensó por un instante si sería un sueño; si en lugar de salir a la calle, se habría quedado dormida después de hablar con Dani y ahora todo aquello no era más que el cine de su mente intentando procesar todas las cosas raras que le habían ocurrido en los últimos días, pero desechó en seguida la idea. El frío era real, y el sudor que empezaba a empaparle la camiseta, y las náuseas y el miedo.

Intentó volver hacia atrás la cabeza para ver quién era el que la llevaba contra su voluntad, con esa naturalidad y esa falta de esfuerzo. Tendría que ser un gigante. Sin embargo, por lo poco que alcanzaba a ver, la cabeza del hombre sólo estaba algo por encima de la suya, y los brazos que la rodeaban, negros y con guantes, eran normales, no mucho más gruesos que los de ella.

En vista de que no parecía ser capaz de atraer la atención de los transeúntes, decidió intentar hablar con su secuestrador.

—¡Suélteme! ¡Suélteme de una vez! ¡Dígame qué quiere de mí! Podemos hablarlo. ¡Déjeme en el suelo! Ahí hay un café. Vamos allí y lo hablamos. Podemos entendernos.

El hombre siguió caminando impertérrito, a pasos largos y cómodos, a pesar de la carga que llevaba. Nadie se volvía a mirarlos. Había cada vez más gente en la calle, pero nadie chocaba con ellos, se limitaban a evitarlos sin reaccionar, como el agua de un riachuelo cuando rodea una roca que está en medio de la corriente.

—¡Por favor! —insistió ella—. Dígame qué quiere de mí.

La presión sobre su estómago estaba empezando a darle unas náuseas cada vez más fuertes; el hombre tenía que notar las arcadas, pero no parecía importarle.

Al cabo de unos cientos de metros, entraron en un hotel grande y moderno, con mucho cristal y metal y muchos muebles de diseño en gris y granate. Dos muchachos muy jóvenes, de uniforme, dormitaban junto al carrito del equipaje; la recepción estaba desierta. Entraron en el ascensor y, sin que su secuestrador hubiera apartado los brazos de ella, el botón del séptimo piso se iluminó y el aparato se puso en marcha hacia arriba.

Lena empezó a concebir la esperanza de que, una vez llegaran a la puerta de la habitación, el hombre tendría que soltarla para sacar la tarjeta o la llave. Entonces ella echaría a correr hacia abajo, dando unos gritos que podrían resucitar a los muertos del cercano cementerio de Montparnasse.

El ascensor, al contrario de tantos otros, no tenía espejo en la pared del fondo, pero la puerta, por dentro, era de metal dorado y Lena se esforzó por verle la cara en el reflejo al hombre que la retenía. Era fundamental que se fijara bien en sus rasgos

para poder reconocerlo si conseguía escapar, y para poder dar su descripción a la policía. Pero en el metal de la puerta el rostro del hombre era poco más que un borrón negruzco sin rasgos definidos. Quizá llevaba puesto un pasamontañas o era simplemente que el metal no estaba tan pulido para servir de espejo. Sin embargo, ella sí se reflejaba con bastante claridad: podía ver sus ojos desorbitados por el terror, el dibujo escandinavo de su gorro, un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

La puerta del ascensor se abrió en silencio y recorrieron unos metros por un pasillo enmoquetado que absorbía el ruido de los pasos del hombre que seguía arrastrándola en peso, como si ella no fuera más que un cojín y él se hubiera olvidado de su existencia.

Llegaron frente a una puerta y Lena cerró los ojos un momento, reuniendo fuerzas y concentración para salir corriendo en el instante en que el hombre la depositara en el suelo para sacar la llave, pero cuando, dos segundos más tarde, nerviosa por la espera, volvió a abrirlos, ya estaban dentro del cuarto sin que Lena pudiera hacerse una idea de cómo habían entrado. ¿Un cómplice? ¿Habría allí dentro otro hombre igual de fuerte, igual de mudo que su secuestrador? ¿Qué pensaban hacerle?

Volvió a gritar desesperadamente y empezó a sacudirse como una epiléptica, sabiendo ya que no conseguiría nada. Lo había hecho de vez en cuando en la calle y los brazos de acero no habían aflojado ni mínimamente su presión. Al cabo de unos segundos a ella misma le pareció estúpido malgastar sus fuerzas para no conseguir nada, y volvió a quedarse quieta.

Estaban en medio de una habitación amplia y elegante, con una gran cama de matrimonio perfectamente hecha, las cortinas echadas, la puerta del baño entornada y la luz encendida. Había un par de maletas abiertas sobre una cómoda a su derecha, con ropa de hombre y de mujer, por lo que le pareció ver. ¿Era una mujer la cómplice del secuestrador? ¿Tendría algo que ver aquello con la historia de los clanes que le había contado el *oncle Joseph*? ¿Era eso lo que temía su madre, lo que la había hecho tener que abandonar su ciudad y su vida? ¿Que aquella gente la encontrara? Entonces ya era tarde para todo. La habían encontrado.

La habían encontrado por idiota, por no saber estarse quieta en la seguridad de su apartamento, por no haber hecho caso de los consejos de su madre, de Willy y de Chri-Chri. Notó cómo se le cerraba la garganta y las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Hacía calor en aquella habitación. Le molestaba el gorro sobre la frente y el anorak la estaba ahogando.

El anorak.

Se miró el cuerpo y vio que los brazos negros del secuestrador ya no la rodeaban. Intentó moverse, abrirse la cremallera porque el calor estaba empezando a darle angustia, y se dio cuenta de que estaba plantada en medio del cuarto sin poder mover un solo músculo, salvo los de la cabeza. ¿Dónde se había metido el hombre? ¿Qué le

había hecho?

Esforzando mucho los ojos le pareció ver que había alguien en el baño, pero estaba tan quieto como ella misma, y podía ser una simple alucinación o algo de ropa colgada. ¿Dónde se había metido aquel tipo? ¿Qué pensaba hacerle?

—¿Está usted ahí? —preguntó con la boca seca, deseando y temiendo que le contestara.

Un microsegundo después, su agresor estaba plantado frente a ella, como si se hubiera materializado allí, a unos centímetros de su cuerpo. Lena tuvo que cerrar los ojos porque su cerebro se negaba a comprender lo que veía.

—¡Abre los ojos! —creyó oír en algún punto intermedio entre su oído y su cerebro. Era una voz que no podía dejar de obedecer.

Abrió los ojos lentamente, apenas una ranura, como se hace cuando se ha estado mucho tiempo en la oscuridad y se teme que la luz sea excesiva, como se hace cuando el miedo es abrumador.

Lo que tenía delante no era un hombre. O no del todo, aunque lo parecía si la mirada era rápida y el cerebro rellenaba los vacíos de lo que los ojos habían creído captar. Era una especie de coágulo de negrura, pero una negrura viva, pulsante, que se movía perezosamente, como un torbellino lento, o una nube de pájaros diminutos, o un enjambre de insectos, cambiando de forma, haciendo que el cerebro creyera comprender lo que veía durante un segundo para destruirlo después. De vez en cuando se distinguía una cara afilada, de pómulos altos y ojos estrechos, de cráneo pelado, de labios delgadísimo, como un simple corte en una superficie. Luego volvía a desaparecer y parecía de nuevo un borrón con forma de cabeza humana, sin rasgos, sin expresión.

También se había equivocado en su tamaño: era alto, muy alto. A veces daba la sensación de que llegaba al techo del cuarto y tenía que encorvarse y reducirse hasta volver a fingir no ser más que un hombre de hombros anchos, casi flaco, con brazos nervudos y manos largas y finas que no estaban enfundadas en guantes de cuero como ella había creído, sino que parecían estar hechas de niebla negra como polvo de carbón.

—¿Qué eres? —preguntó Lena por fin, sin aliento.

—Eso no importa.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada. Si eres quien puedes ser, serás tú quien quiera algo.

Mirándola con la cabeza curiosamente ladeada y con una expresión que, estúpidamente, le recordó al cuadro *El grito*, de Munch, ese ser oscuro le puso un índice en el pecho y, de repente, Lena se vio empujada, transportada por los aires, hasta la gran cama blanca que ocupaba la mayor parte de la habitación. Cayó suavemente con los brazos y las piernas inmóviles, en aspa, como si estuviera atada a

cuatro postes por cuerdas invisibles, imposibles de aflojar.

El monstruo, que poco a poco iba pareciéndose más a un ser humano, como si estuviera coagulándose lentamente en una forma fija, la miró un instante tirada en la cama y entró en el baño dejando la puerta abierta.

Ahora, Lena podía ver que no se había equivocado: de verdad había alguien allí. Dos personas, una pareja de unos treinta años, estaban de pie junto a la bañera de hidromasaje, pero quietos como estatuas, como si hubieran muerto de pie y por un extraño truco del equilibrio siguieran allí, sin caerse. Ella era pelirroja y llevaba un conjunto de bragas y sujetador de encaje azul. Él, detrás de ella, en boxers, y con una erección más que evidente, le cogía un pecho por debajo del encaje, mientras hundía la boca en el cuello de ella para besarlo. Ambos, por fortuna, tenían los ojos cerrados. Lena pensó que no se habría sentido capaz de soportar su mirada vacía.

Cuando el monstruo salió del cuarto de baño ya parecía totalmente un ser humano. Extraño, eso sí, pero humano. Alto, fibroso, con el cráneo afeitado y la piel muy pálida, con ojos tan negros como dos piedras pulidas. Iba vestido con unos pantalones muy estrechos, de cuero negro, y un jersey de cuello alto, negro también. Unas tijeras plateadas brillaban en su mano derecha.

Sin ser consciente de lo que hacía, por puro terror, Lena empezó a gritar, sacudiendo la cabeza convulsivamente mientras el resto de su cuerpo estaba perfectamente inmóvil, como si le hubiesen inyectado una anestesia potentísima.

El hombre de negro le quitó las botas como desnudando a una muñeca. Luego cogió las tijeras y empezó a cortarle la costura de los pantalones mientras ella gritaba y gritaba y las lágrimas le caían hasta empapar la sábana. Cuando los vaqueros se hubieron convertido en simples jirones de tela, los apartó de la cama, le quitó los calcetines y le cortó, de nuevo con las tijeras, los dos costados de las bragas, a la altura de las caderas; las retiró en un movimiento y continuó con la ropa que aún le cubría la parte de arriba.

Lena sollozaba histéricamente, aterrorizada. El ruido de las tijeras cortando las diferentes prendas se le clavaba en mitad de la frente y había una idea recurrente que no la dejaba tranquila: «Si no le importa que puedas reconocerlo ni le preocupa destrozar toda tu ropa es que no piensa dejarte salir viva de aquí».

El hombre dio el corte final al sujetador en el centro del pecho, y las dos partes elásticas salieron despedidas a ambos lados de su cuerpo junto con los billetes que se había guardado allí. Fue echando al suelo a manotazos todos los restos de tela que quedaban por la cama hasta que estuvo desnuda por completo.

El medallón que le había dado Chri-Chri y que ella se había colgado del cuello, seguía allí, brillando sobre su esternón, lanzando destellos bajo la luz.

Por un instante, tuvo la sensación de que el hombre oscuro hacía un gesto de reconocimiento, de respeto, pero no de sorpresa, como si siempre hubiera sabido que

ella lo llevaría; fue algo en el rictus de los labios, en la dilatación de las aletas de la nariz. Luego desapareció.

La respiración de Lena era corta y rápida; sabía que se desmayaría si seguía respirando así y por una parte era justamente eso lo que quería: no estar presente cuando aquel monstruo le hiciera... lo que fuera que quería hacerle. No era posible que quisiera simplemente violarla. ¿O sí? ¿O a Clara también le habían hecho algo parecido y luego lo habían borrado de su recuerdo, como cuando te dan gotas K.O.?

¿Sería posible que al día siguiente lo hubiera olvidado todo y al cabo de unas semanas se diera cuenta de que estaba embarazada y pensara que el niño era de Dani?

No. No se desmayaría. Tenía que estar consciente y sufrirlo todo para saber lo que pasaba.

El hombre la contemplaba desde los pies de la cama, en perfecto silencio, en perfecta quietud. Lena sintió un escalofrío al imaginarse qué pensaba hacerle, pero no quería cerrar los ojos.

Desvió la vista hacia el hombre del baño, rígido en su eterna pose de amante, y entonces se dio cuenta de algo que la tranquilizó fugazmente: su secuestrador no tenía una erección como la del hombre. Nada hacía pensar que pensara violarla. De hecho, no la estaba contemplando, como ella había pensado al principio: la estaba... observando... no, más que eso... la estaba... examinando... escudriñando... como si estuviera buscando algo en concreto.

Se acercó a ella y empezó a mirar cada centímetro cuadrado de la piel de sus pies: la planta, el talón, el empeine, la piel de entre los dedos, separándolos para asegurarse de haberlo visto todo, las uñas, los tobillos... Giraba las piernas hacia dentro, de nuevo hacia fuera, la parte de detrás de la rodilla, los muslos, las ingles...

Lena daba cortos aullidos que no era capaz de controlar. Cualquiera que hubiera podido oírla desde el pasillo habría pensado que era un perrillo de pocos meses el que gimoteaba de esa manera. Estaba totalmente inmóvil, no podía apartarse, no tenía ni siquiera movimientos reflejos, pero lo sentía todo con total intensidad, unas veces cosquillas, otras la suavidad de la piel de las manos del hombre, calor, la piel seca de él en contacto con la suya, sudada, escalofríos, carne de gallina...

De improviso, el hombre se apartó de la cama y volvió a meterse en el baño. Lena se mordió los labios hasta hacerlos sangrar. La última vez que había ido al baño había vuelto con las tijeras. ¿Qué habría ido a buscar ahora?

Lo supo en cuanto lo vio recortado en la puerta y empezó a temblar descontroladamente, aunque su cuerpo seguía inmóvil. Esta vez lo que llevaba en la mano era una navaja barbera. Pero ella ya no llevaba ropa que se pudiera cortar.

El monstruo se acuclilló a los pies de la cama, entre las piernas abiertas de Lena, y, con rapidez, le enjabonó la vulva y el monte de Venus. Luego, con un par de movimientos precisos, deslizó la navaja por todas las superficies de su zona íntima,

tensando la piel entre los dedos para evitar heridas y, en apenas unos segundos, terminó de afeitarla mientras ella sollozaba, desesperada y aterrorizada.

Ahora sí que habría deseado desmayarse, pero no podía. Había demasiada adrenalina recorriendo su cuerpo y nunca sería capaz de obligarse a sí misma a desconectarse.

Él arrojó la navaja al suelo, y metió el rostro entre sus muslos, abriéndolos con las dos manos, como si buscara algo que ella pudiera estar ocultando en la vagina. Pero no había nada que encontrar; no ocultaba nada, y habría podido decírselo si la voz, después de tanto llorar, le hubiera respondido.

Al cabo de unos segundos continuó su examen por la zona de detrás, girándola sin ningún esfuerzo, dejándola igual de inmóvil que había estado hasta el momento. Miró entre las nalgas, en cada pliegue, en cada milímetro de piel, debajo de los pechos, en las axilas, que de todas formas llevaba afeitadas, en el cuello, en la nuca, detrás y dentro de las orejas; luego examinó el interior de la boca, el paladar y la garganta con una linterna, la parte de abajo de la lengua, la parte de dentro de los labios. Metódicamente, sin prisa, en silencio, haciendo caso omiso de sus gemidos y sus sollozos convertidos en un terrible hipo que apenas la dejaba respirar.

—¿Qué, hijo de puta? —gritó Lena entre hipidos, cuando vio que el hombre dejaba la linterna sobre la cama—. ¿Ya has visto bastante?

Sin decir palabra, el hombre volvió a acercarse y su mano, como una garra, se cerró en su melena.

Ella gritó de dolor.

—No hablaré más, te lo prometo, no hablaré más.

Entonces él, igual que antes, sin ningún esfuerzo, la giró boca abajo y al revés de como había estado hasta ese momento, con la cabeza colgando a los pies de la cama.

—¿Qué me vas a hacer? ¿Qué me vas a hacer? Por favor —empezó a suplicar—, por favor, no me hagas daño, no me hagas daño.

Él se acuclilló frente a la cabeza de Lena, que colgaba inmóvil, ocultándole el rostro. Ahora no podía mover más que los ojos.

Le recogió suavemente el pelo con una mano hasta tener una gran cola de caballo. Apretó con fuerza, tensándole los cabellos de tal modo que el dolor la obligó a gritar. Entonces, de un solo tajo, le cortó la melena.

Ella empezó a aullar mientras él, con las tijeras, iba cortándole el pelo metódicamente, a milímetros del cuero cabelludo y, cuando terminó, volvió a usar el jabón en su cráneo y, con la navaja, se lo afeitó hasta dejarlo perfectamente liso y desnudo.

Entonces, por primera vez desde que el monstruo había aparecido en su vida, lo oyó respirar.

Fue como una inhalación, seguida de una exhalación.

—¡Ah!

Lena sintió cómo las dos manos del ser oscuro se posaban en su cráneo, a los lados, sobre las orejas, y de pronto la inundó un calor diferente a todo lo que había sentido en su vida, como si la refracción de un haz de luz pasada por un prisma llenara todo su interior de los colores más puros del universo.

El terror se desvaneció y por un instante tuvo la sensación de flotar en unas aguas benéficas, dulces, cálidas, que la llevaban a un lugar hermoso y seguro.

—Ven —oyó decir.

Un momento después estaba de pie, podía moverse y, aunque había sido humillada y aterrorizada y estaba desnuda frente a un extraño, frente al extraño que la había torturado, una parte de su ser sabía que todo estaba bien, que tenía que ser así, que allí empezaba el viaje.

—Mírate —dijo el hombre poniéndola frente al espejo.

Había vuelto a ser una especie de nube oscura con forma humana que casi tocaba el techo y, con sus manos de niebla a ambos lados de su cráneo, le inclinaba la cabeza para que pudiera ver algo en el espejo.

Lena miró, confusa, lo que había llevado toda la vida, sin saberlo, debajo del pelo: el mismo símbolo que llevaba colgado al cuello, *La trama de diamantes*, había sido tatuado en su cráneo antes de su primer recuerdo.

—Ahora empieza tu camino —dijo la voz del hombre—. Sombra te guiará.

Lena se volvió hacia él, que, extrañamente, seguía siendo humano frente a ella mientras que era sólo oscuridad en el espejo.

—¿Quién eres?

—Nadie.

—¿Qué eres?

—Sombra.

—¿Y yo?

—¡Vámonos! Tenemos mucho que hacer.

Blanco. Estación de investigación glaciológica. Ártico (Islandia)

Apenas se hubo dejado caer, agotado, en la estrecha cama de su cubículo personal, cuando sonó la señal del ordenador que anunciaba una llamada por Skype. Por un momento pensó no contestar; no podía ser tan urgente, pero luego recordó que había pedido a un ex alumno que le buscara unas informaciones y, conociendo a Ritch,

podía ser él ya con los resultados, de manera que, suspirando y medio deseando que dejara de sonar de una vez, se levantó y se sentó frente al aparato.

Era Ritch, efectivamente. Como siempre, sonreía de oreja a oreja, el pelo se le disparaba en todas direcciones y parecía la viva imagen de la aceleración. Era de los pocos que aún llevaban bata blanca, aunque en su caso nunca pareciera realmente blanca.

—¡Ey, Doc!

—¿Qué hay, Ritch?

—Tengo lo que me pidió. ¿Se lo envió por *mail*?

—Claro. Gracias por el trabajo.

Ritch hizo un gesto para quitarle importancia.

—No me ha costado casi nada. Como no tengo vida propia...

Ése había sido uno de los temas recurrentes en sus tutorías, cuando Richard Thomas Brown estaba preparando su tesis doctoral y el doctor Lasha Rampanya, su profesor, le reprochaba que dedicara su vida exclusivamente a la geología.

—Ya eres mayor; es asunto tuyo si te gustan más las rocas que las chicas.

—A mí lo que me gustaría es que me dejara de una vez echarle una mano en sus investigaciones. Son ustedes cuatro gatos, me he enterado. No me diga que no necesita un asistente.

—Mis investigaciones actuales no tienen nada que ver con las tuyas. No te serviría para tu carrera. Además, vamos muy escasos de fondos; no podemos pagar un sueldo más.

Ritch levantó la mano izquierda frente a la cámara y, con la derecha, fue contando dedos.

—Uno: en esta maldita universidad me va a ser imposible hacer carrera, como usted lo llama, porque hacen todo lo que pueden por no dejarme trabajar, lo que ellos llaman «ponerme en mi sitio»; dos: me conoce usted desde hace cinco años, sabe que soy capaz de entusiasarme por cualquier tema, no estoy obsesionado con uno solo como otros colegas, y también he estudiado física; tres: nunca he trabajado sobre hielo y me gustaría probar; cuatro: creo que la mirada de un geólogo podría resultarles útil, y cinco: lo haría gratis, si me dan cama y comida. Además, no conozco personalmente a la doctora Uribe y me encantaría hablar con ella.

—Vale, Ritch, lo tendré en cuenta, pero he tenido un día muy largo y me acababa de tumbar cuando has llamado; estoy hecho polvo.

—Perdone, Doc. Le llamo en un par de días; así me dice si necesita algo más y lo mismo ha tenido ocasión de considerar mi oferta.

—Eres tú quien tiene que pensarlo de nuevo. Aquí no hay más que hielo en dos o tres mil kilómetros a la redonda y cuatro científicos viejos.

—Yo podría contribuir a bajar la media de edad —dijo, con una sonrisa

esplendorosa que parecía potenciar los montones de pecas de su cara—. Vale, ya lo dejo. ¡Buenas noches, Doc! ¡Que sueñe con bellas estrellas de hielo!

Lasha sintió un inmenso alivio al hacer clic sobre el botón de finalizar. Ritch era un chico estupendo y una mente brillante, pero era capaz de agotar la paciencia de un santo con su insistencia. Si empleara la mitad de sus capacidades en ligar, podría conseguir a cualquier mujer, aunque sólo fuera por pura pesadez.

Personalmente no le importaría tenerlo una temporada en la estación, pero era demasiado inquisitivo, demasiado curioso y demasiado inteligente. Se daría cuenta en seguida de que había mucho más que los experimentos que llevaban a cabo con el hielo ártico y él aún no había decidido ofrecerle la posibilidad de formar parte de la familia.

Pero estaba claro que se aburría, que la universidad que lo había contratado no le ofrecía desafíos ni posibilidades a su altura. Tendría que hacer algo al respecto.

Hizo una lista de colegas a quienes podía pedir que contrataran al muchacho y le ofrecieran algo realmente atractivo. Eso lo tendría ocupado y distraído durante un par de años y luego ya se vería. Tiempo era lo único de lo que disponían en abundancia, al menos por el momento.

París (Francia)

Cuando salieron del hotel, el sol iluminaba ya las calles y, aunque el frío seguía siendo terrible, Lena pensó que era agradable sentir el calorcillo en la cara y, sobre todo, darse cuenta de que, al menos de momento, seguía viva. Llevaba el gorro calado hasta las orejas y se había puesto algo de ropa de la mujer desconocida, pero le temblaba todo el cuerpo más de agotamiento que de frío. Lo único que quería era poder meterse en una cama, cerrar los ojos y olvidar, pero no estaba en posición de elegir; con un secuestrador como Sombra no parecía posible la negociación.

Lo miró de reojo: el tipo era realmente inquietante, pero ahora ya parecía humano; de hecho parecía un psicópata, o un asesino a sueldo, o las dos cosas juntas, pero nadie habría pensado que era de otra especie. Su aspecto físico se había estabilizado en una altura media, sobre el metro ochenta, complexión media —hombros anchos y cuerpo musculoso sin llamar la atención—, cráneo afeitado cubierto ahora con un gorro negro, nariz afilada, pómulos altos, labios finos y ojos rasgados intensamente negros. Nada extraño. Y sin embargo, daba escalofríos.

—Necesitas dormir —dijo en ese momento.

Lena estuvo a punto de echarse a llorar de agradecimiento.

—¿Puedo irme a casa?

—No.

Sombra le abrió la puerta del primer taxi que había en la parada y dio la dirección al taxista: rue Benjamin Franklin.

—¿Adónde vamos?

Sombra no contestó. Lena cerró los ojos y recordó lo que su madre le había enseñado para ese tipo de circunstancias: «Finge que te duermes, pero sigue despierta, graba en tu mente el camino, piensa si conoces la zona y por dónde podrías escapar si se te presentara la oportunidad». Apoyó la cabeza en el respaldo y estuvo a punto de quedarse dormida, porque la verdad era que daba igual; su madre no había contado con un tipo como Sombra. Eso estaba pensado para secuestradores normales, no para seres de otro mundo, como parecía ser él.

De todas formas, empezó a despabilarse al darse cuenta de que el taxi se acercaba a la zona donde vivían Joseph y Chri-Chri. Si tenía ocasión de burlar la vigilancia de Sombra podría intentar refugiarse allí, con la esperanza de que él no supiera que existían, pero para eso lo mejor sería fingir que estaba tan agotada que no sabía ni dónde estaban ni adónde iban. No haría falta mucho fingimiento para parecer exhausta; lo estaba realmente.

El taxi se detuvo frente a un hotel discreto, Sombra pagó con el dinero que ella había guardado en su sujetador y que él había encontrado al recoger la ropa destrozada para tirarla a un contenedor, y entraron en una recepción llena de flores de tela y muebles de madera dorada, tapizados de terciopelo rosa. Sólo habría faltado una bailarina con tutú para que aquella entrada pareciera un joyero de plástico para niñas de cuatro años. En medio de todo aquello, Sombra parecía una caricatura de malo de película, pero la señora que los atendió no dio muestras de notarlo. Les sonrió, les prometió que la suya era la mejor habitación de la casa y no movió una pestaña al darse cuenta de que no llevaban equipaje. Se limitó a cobrarles la noche por adelantado y a indicarles el piso al que debían subir.

Una vez arriba, en un cuarto donde todas las telas a la vista —cortinas, colcha, alfombras— tenían estampado floral, Sombra se quedó plantado junto a la puerta mientras ella iba a mirar el baño, y la vista desde el balconcito, y a pasar la mano por la cama.

—Descansa todo lo que necesites. Sombra volverá.

Lena estuvo a punto de gritar de alegría. ¿De verdad pensaba marcharse y dejarla sola allí? ¿De verdad creía que ella seguiría allí cuando él volviera? Asintió con su expresión más seria y humilde.

—Voy a darme una ducha primero. Luego creo que necesitaré diez o doce horas.

—Si necesitas alimento, pídelo a la mujer de abajo. Es importante que tengas

fuerza y te encuentres bien antes de empezar.

—¿Empezar qué?

—Come, descansa, lávate si lo necesitas. Sombra volverá.

Notó una risa histérica trepándole por la garganta y la disfrazó de tos, antes de que él le preguntara qué era lo que le hacía tanta gracia. Aquel «volveré» había sonado como si estuviera tratando de tranquilizarla, asegurándole que no la dejaría sola mucho tiempo. Y eso tenía realmente mucha gracia.

Se metió en el baño sin una palabra más y estuvo unos segundos plantada frente al espejo, sin atreverse a quitarse el gorro. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, ojeras moradas, los labios mordidos y las mejillas hundidas. Parecía la superviviente de un naufragio o de una cámara de tortura.

No quería moverse para no hacer ruido y poder oír cuándo se marchaba él, aunque, después de pensarlo un momento, se dio cuenta de que de todas formas tendría que esperar un rato para poder tratar de huir cuando él se hubiera ido. No era plan de apresurarse y encontrárselo en el salón de abajo leyendo el periódico. Si de verdad tenía algo que hacer por ahí, le dejaría media hora de ventaja y luego intentaría salir sin ser vista y llegar a toda velocidad al piso del boulevard Delessert. Ellos la ocultarían y la protegerían.

Se desnudó despacio, de espaldas al espejo, dejando caer al suelo las prendas prestadas, o más bien robadas a aquella mujer desconocida que quizá siguiera allí, rígida como un maniquí de escaparate, o quizá estuviera muerta.

Se miró el cuerpo como si no fuera el suyo de siempre. Aparte de la falta de vello en la zona púbica, todo estaba igual y, sin embargo, la sensación no era la misma. Hasta ese momento, su cuerpo había sido sólo suyo y las únicas personas que la habían tocado más allá de un abrazo o de un par de besos de saludo o despedida —su madre, su padre, su primer novio, Clara, Dani— siempre la habían tratado con cariño y respeto, mientras que ahora se sentía violada, humillada, torturada. Por primera vez en su vida había sido una víctima, seguía siendo una víctima y eso que, al leerlo, ofende intelectualmente, al vivirlo es algo que marca como un hierro candente.

Era cierto que después, cuando las manos de Sombra se habían posado sobre su cabeza, todo había cambiado y, mientras duró el contacto, había sentido una luz destellando en mil colores, llenándola por dentro, pero ahora la luz se había apagado y sólo quedaba el asco, el miedo, el frío.

Abrió el grifo de la ducha y dejó correr el agua hasta que empezó a salir ardiendo, se arrancó el gorro y, antes de meterse bajo el chorro, echó una mirada fugaz al tatuaje que llevaba en la cabeza y que, presumiblemente, le había hecho su madre. ¿Por qué nunca le había dicho nada? ¿Por qué nunca la había preparado para lo que le iba a pasar?

El agua le quemaba la piel, pero ese dolor le parecía necesario para hacer

desaparecer todo rastro del contacto de Sombra, de sus manos de niebla negra, de sus ojos devoradores. Se frotó una y otra vez el cráneo, con la estúpida esperanza de que no fuera más que un dibujo de tinta que él le hubiera marcado en la cabeza para asustarla; pero cuando salió por fin de la ducha, frotó el espejo empañado y se miró, la *Trama de diamantes* seguía allí, reflejando exactamente el colgante que llevaba al cuello: el símbolo de los cuatro clanes rodeando otro círculo central. Si conseguía llegar al piso de Joseph y Chri-Chri no se movería de allí hasta que le hubieran contestado todas las preguntas.

Se secó enérgicamente, salió del baño entre nubes de vapor y volvió a vestirse con la única ropa que tenía. Sombra no estaba.

Recogió la mochila y, cruzando los dedos para tener suerte, bajó la escalera fingiendo despreocupación. Si le decían algo, contestaría que iba a dar una vuelta y que por favor le dijeran a su... ¿a su qué?, ¿amigo? (¡qué horror pensar en Sombra como en un amigo!), pero novio era mucho peor; ¿compañero? (¿Y por qué compartían una habitación?) ¿Padre? (¡Qué asco!) Pero no, no haría falta nada. Aquél debía de ser un hotel de los que hacen pocas preguntas; ni siquiera les habían pedido documentación. Suspiró y enderezó la espalda.

El salón estaba desierto. No había ningún Sombra leyendo el periódico, como había temido, dispuesto a llevarla de nuevo a su habitación. La señora que los había atendido antes tampoco estaba en su puesto. Lo único que seguía allí eran las flores y los sillones de terciopelo verde manzana.

Cruzó el salón sigilosamente, llegó a la calle y echó a correr a toda la velocidad que le permitía su agotamiento, en la dirección que suponía correcta. No había mucha gente en la calle, pero, conforme se acercaba a la plaza de Trocadero, el tráfico aumentaba y se iba sintiendo más segura, aunque no podía evitar mirar constantemente por encima del hombro porque no conseguía comprender que Sombra la hubiese dejado sola sin temer que se escapara. No podía ser tan idiota. Y sin embargo, todo indicaba que sí lo era; quizá porque, al no ser humano, su lógica era diferente. Le dio un escalofrío al darse cuenta de lo que acababa de pensar. No era humano. Y ella lo tomaba con esa naturalidad. Debía de estar volviéndose loca, pero de momento daba igual; lo único que importaba era ponerse a salvo.

Cruzó la calle antes de llegar a la plaza, que no estaba llena de autobuses turísticos aparcados o dejando bajar turistas como ella recordaba. Al pasar bajo la estatua ecuestre de algún general que ocupaba el centro del jardincillo, echó una rápida mirada a la derecha para ver la Torre Eiffel entre los dos grandes edificios: el Palais de Chaillot y el Musée de L'Homme, creía recordar. Siempre la animaba ver la Torre Eiffel, tan grácil, como un juguete dejado allí por un niño gigantesco, pero esta vez tenía demasiada prisa para detenerse a mirarla. Un vistazo tendría que bastar.

Se quedó rígida sin poder evitarlo. Notó que las piernas le fallaban y cayó al suelo

de rodillas, como una marioneta con las cuerdas cortadas.

Frente a ella, entre los dos enormes edificios con sus columnas cuadradas, se extendía la gran terraza panorámica que ella conocía de tantas visitas a París, pero donde debía estar la Torre Eiffel, justo en el centro de su campo de visión, no había nada, nada en absoluto.

Caminando como una autómatas, haciendo caso omiso a los coches que tocaban el claxon, enfurecidos por su temeridad, cruzó los metros que la separaban de la terraza y, conforme se acercaba a la balaustrada desde donde todo el mundo, en su recuerdo, se hacía fotos con la Torre, se iba dando cuenta de que no se había equivocado: el monumento había desaparecido. Estaban las escalinatas que bajaban al río, el Sena, el puente, los jardines cuadriculados y al fondo la Escuela Militar, pero la Torre no existía.

Llegó a la balaustrada de piedra, apoyó todo su peso en ella y, de repente, tuvo la sensación de que su cerebro dejaba de funcionar, como si se pusiera en *stand by*. No sentía ni horror, ni sorpresa, ni furia, ni prácticamente nada. Era como si la información fuera excesiva para ser procesada y, de golpe, la aplicación se negara a funcionar. Pensó que si fuera un ordenador ahora tendría que apretar *control+alt+suprimir* y entonces aparecería la ventanita del *Task Manager*, podría marcar *End Task* y todo se cerraría.

Se quedó allí un tiempo indeterminado, sin hacer nada, sin pensar nada, mirando el hueco de aire, de vacío, donde debería estar la Torre Eiffel.

Al cabo de un rato se dio la vuelta, de espaldas al monumento inexistente, y empezó a fijarse en lo demás. Todo parecía igual, salvo que la gente llevaba una ropa ligeramente distinta, como si la moda hubiera cambiado en las últimas horas o como si estuviera de repente en otro país, incluso en otro continente.

Fue caminando despacio hasta la parada del metro para estudiar el plano del barrio, el mismo que había consultado la noche anterior —¿cómo era posible que sólo fuera la noche anterior?— cuando buscaba la dirección de Chrystelle. Pero ahora, como se había temido nada más tener la idea, el boulevard Delessert no existía.

«¿Y ahora?», pensó.

Ahora, claro, de vuelta al hotel, a comer, a dormir, a descansar esperando a Sombra.

Había tenido razón él. Ahora, la idea de volver a verlo la alegraba. Él la sacaría de allí.

Blanco. Estación de investigación glaciológica. Ártico (Islandia)

Lasha entró en la cocina atraído por el delicioso olor del café recién hecho y se encontró con dos sorpresas: encima de la mesa reposaba una bandeja llena de buñuelos aún calientes y Emma, que jamás se levantaba antes de las diez, estaba tarareando una canción mientras ponía la mesa.

—¿Molesto? —preguntó, al ver que sólo había puesto dos tazas y dos platos.

—Al contrario, querido. Te esperaba. Todo esto es para ti. Siéntate.

Abrió una de las sillas plegables y tomó asiento sin quitarle ojo de encima. Aquello era francamente inaudito. Emma le sirvió café, le acercó la jarrita de nata y el azucarero y se acomodó enfrente de él, con la bandeja de buñuelos como barrera.

—¿Celebramos algo? —preguntó él por fin, viendo que ella no abría la boca pero lo miraba expectante, como si fuera él quien tuviera que darle una noticia.

—Mi querido Lasha, tú eres el *mahawk* del clan ¿y me preguntas a mí si celebramos algo?

—No digas tonterías, Emma. Somos cuatro gatos, y, de los cuatro, tres y medio vivimos aquí, en una base de investigación prácticamente en el Polo Norte. Ninguno de nosotros creemos ya en las memeces que nos inculcaron de pequeños; yo menos que nadie. ¿Qué importancia tiene que yo sea oficialmente el *mahawk*? Y ¿por qué debería saber si hoy es una fecha especial? ¿Toca adorar a algún dios o a algún antepasado? ¿O es el día del santo Buñuelo? A todo esto, están deliciosos.

—Va a nacer, Lasha.

—¿Quién? —La miró sin expresión, con sus ojos casi transparentes, como el hielo que estudiaba.

—Lo sabes tan bien como yo. Es posible que dentro de muy poco volvamos a tener un Nexo. —La mayúscula en «Nexo» resultaba audible y Lasha hizo una mueca de desagrado. Sonaba como «Mesías».

—¿Y?

—Hace siglos, ¿qué digo siglos?, milenios, que no tenemos un nexo, que ni siquiera sabemos qué hacer para que nazca. —La mujer parecía una botella de cava a punto de explotar.

—Que yo sepa, seguimos sin saberlo. Suponiendo que de hecho exista tal cosa.

La profesora Emma Uribe, una de las más respetadas arqueólogas del mundo, se puso de pie y empezó a tironearse los cortos cabellos en todas direcciones.

—Eres desesperante, Lasha.

—Soy un científico, por si no te has dado cuenta. Igual que tú.

—Sí, aquí somos todos científicos, ¡menuda plasta! Buenos días, Emma, buenos días, Lasha. ¿Puedo? —Albert alargó la mano hacia los buñuelos sin esperar respuesta—. Pero, que yo sepa —continuó—, el hecho de ser científico no está reñido con tener fantasía ni con ilusionarse con ideas absurdas, ni siquiera con enamorarse ocasionalmente.

—Ni siquiera sabes de qué estamos hablando.

—Claro que lo sé. Emma me lo contó anoche, cuando tú ya te habías ido a dormir. El que aún no sabe nada eres tú, conclánida.

—Ilústrame.

—Emma ha estado en contacto con los otros clanes. —Lasha apretó los labios, como si de golpe hubiera mordido algo muy ácido— porque, según nuestros cálculos, estamos entrando en el momento en el que pueden darse las circunstancias necesarias para que nazca un Nexo. —Albert también pronunciaba la palabra reverentemente.

—He comprobado que los demás clanes también saben que es ahora —continuó Emma— y, lo más importante, he averiguado que el único clan que está esperando descendencia es el rojo.

—¡Vaya éxito! ¡Un nexo rojo! ¡Lo que habíamos estado deseando desde que el mundo es mundo! —La ironía era patente.

—Tú sabes muy bien que los nexos no pertenecen a ningún clan. Su sangre es mixta.

—Os juro que me duele físicamente oírlos decir esas estupideces de sangres y conjunciones y narices. Todo eso no son más que mitos, leyendas, sandeces que nuestros antepasados se han ido inventando al correr de los siglos para justificar nuestra existencia, nuestras diferencias con el resto de la humanidad. ¿No os parece mucho más sensato aceptar simplemente que descendemos de otra rama de homínido? ¿O es que vosotros, sí, me refiero a vosotros dos, os habéis contagiado de las religiones *haito*? ¿No os estáis oyendo? Sonáis igual que los cristianos hablando del Mesías. Supongo que ahora diréis que una muchacha bella y virgen va a tener un bebé, macho por supuesto, destinado a salvarnos a todos. O al menos, ya que sois tan clánidas, destinado a salvar a *karah*.

Emma y Albert miraban a Lasha con los labios apretados, sin decir palabra.

—Esperad. Sé cómo va... Un joven y apuesto miembro de uno de los clanes, el rojo, por lo que acabo de oír, ha elegido no se sabe con qué criterios, a una bella joven, humana, supongo, para engendrar en ella al Salvador que, según las leyendas compartidas por los clanes, será capaz de conectarnos a todos y permitirnos el acceso al mundo del que realmente procedemos y que no está en otro lugar sino en este mismo, aunque en otro plano, o algo por el estilo. ¿No os dais cuenta de que es una tomadura de pelo, de que es una especie de copia barata de otros mitos? O bien, de acuerdo, quizá esos otros mitos, esas religiones, hayan surgido como copia de nuestras leyendas, si os gusta más la idea. Pero es absurdo. Absurdo, infantil, idiota. ¿No lo veis?

El silencio se alargó durante más de un minuto. Albert y Emma bebían café, masticaban cada uno su buñuelo y perdían la vista en la blancura de la pared o en el brillo metálico de los armarios de cocina.

—¿No vais a decir nada?

—¿Para qué? —preguntó Albert—. ¿Para darte más munición y que vuelvas a la carga? Nooo. Yo ya estoy muy viejo para que me echen reprimendas. Además, estimado colega y casi hermano, si lo que tenemos ahí abajo en el hielo no te sirve para darte cuenta de que no todo son leyendas, no te voy a convencer yo. —Se levantó, puso dos buñuelos en un plato, le dio un beso a Emma y, con un gesto amistoso en dirección a Lasha, desapareció por el pasillo que llevaba a los laboratorios.

—Albert es un cielo —dijo Emma casi para sí misma levantándose también—. Haría falta más gente por aquí. Jóvenes, a ser posible.

—Pues ya ves... no tienes más que imitar a nuestros hermanos y buscar una doncella que quiera tener el honor de procrear con uno de nosotros.

—Detesto recordártelo, querido, pero empiezo a tener la impresión de que somos estériles.

—Tú eres estéril —dijo Lasha enfatizando el «tú». Al ver la expresión de Emma, se apresuró a añadir—. Bueno, lo admito, no del todo, pero casi. Tuviste una hija, la perdiste en un accidente; mala suerte. Albert y yo hemos demostrado que podemos procrear, que no somos estériles.

—Ah, perdona, tú quizá no lo seas. La cuestión es que se me había olvidado que hace siglos que ni siquiera lo intentas. —El hombre torció el gesto—. Dejémoslo, Lasha, ya nos hemos resignado. Es posible que tengas razón, que seamos unos humanos un poco distintos por alguna torcedura de nuestro árbol genealógico, pero tampoco hace daño soñar.

—¿Soñar con qué, concretamente?

Emma cerró los ojos, echó la cabeza atrás y metió las manos muy hondo en los bolsillos de su bata blanca.

—Soñar con que, por algún milagro, conseguimos entrar en contacto con otras personas como nosotros y volvemos a vivir en un mundo en el que no tengamos que escondernos constantemente, en el que no tengamos que ocultar nuestras características, en el que no estemos pensando siempre en que si nos descubren nos encerrarán y nos viviseccionarán hasta que sepan qué es lo que nos hace diferentes.

Lasha se levantó, se acercó a Emma, que seguía con los ojos entrecerrados, y le puso una mano en el hombro.

—Piensa con la cabeza, Emma. ¿Dónde iban a estar esas personas? Y si están, ¿por qué no se ponen ellos en contacto con nosotros?

—Porque las puertas están cerradas cuando no hay nexo —dijo con total convicción.

Lasha sacudió la cabeza dos veces, tres, cuatro, lentamente, con los ojos entornados y los labios formando una línea.

—Eres el *mahawk* del clan. Es tu responsabilidad —insistió ella, al ver que se marchaba—. Investígalo. Investígalo, al menos.

Se quedó mirándolo mientras se alejaba: su alta figura, sus anchas espaldas, su cabello plateado que le caía, liso como una peluca, hasta más abajo de los hombros. Era muy doloroso que no estuviera dispuesto ni siquiera a intentarlo, que no les proporcionara ningún tipo de ayuda ni de consuelo.

Antes, cuando Ennis aún vivía con ellos, todo era más llevadero, podían soñar con un futuro. Pero la felicidad nunca es para siempre.

Se encogió de hombros, se enderezó y decidió anunciar que iban a abrir un puesto para un becario en la estación. Necesitaban gente joven, sangre fresca, pensara lo que pensase Lasha. Ya era hora de volver a hablar, de compartir, de enseñar. Quizá incluso dos becarios. Sí. Empezó a sonreír a medida que su cerebro empezaba a jugar con la formulación de la oferta, porque tampoco les servía cualquiera; había que asegurarse de que reunieran ciertas condiciones, entre otras, una sana apertura mental y cierta dosis de fantasía. Sí. Asintió vigorosamente con la cabeza. Hacía falta empezar a moverse.

Clínica privada del doctor Kaltenbrunn. Neuchâtel (Suiza)

Clara caminaba de vuelta al sanatorio con la cabeza baja, tratando de hurtar el rostro al viento helado que soplaba desde el lago. Había salido a dar un paseo, para oxigenarse y hacer un poco de ejercicio; tenía la sensación de que si continuaba viviendo de la cama al sofá y del sofá a la cama acabaría por volverse loca y perdería los pocos músculos que le quedaban.

Ella y Nathalie habían bajado juntas hasta la orilla del lago pero luego, cuando ya estaban a punto de emprender el paseo que las llevaría hasta el mirador del otro extremo, a apenas cinco kilómetros, Nathalie había decidido que hacía demasiado frío y que ya había hecho bastante ejercicio y se había vuelto al sanatorio a tumbarse un rato.

Miró el reloj con la esperanza de que quedara poco para la cena. Empezaba a estar realmente hambrienta, a pesar de que no eran más que las cinco menos diez. Tendría que entretenerse con una taza de té hasta las seis.

Las altas montañas que la rodeaban estaban cubiertas de nieve que ahora brillaba en un intenso color de rosa, iluminada por el último sol. La nostalgia de casa era, de pronto, tan intensa y dolorosa que tuvo que detenerse un momento para poder

recuperar la respiración y secarse las lágrimas de los ojos.

Se sentía sola, sola como nunca lo había estado en la vida. Abandonada. Desesperada.

Faltaba sólo una semana para que llegaran Dominic y su madre, para la boda, y eso debería llenarla de alegría. Sin embargo, estaba cada vez más triste y cada vez con más frecuencia se descubría pensando que no valía la pena e incluso algunas veces se sorprendía a sí misma preguntándose si de verdad quería a Dominic, si no habría sido todo un deslumbramiento momentáneo complicado después con el asunto del embarazo y el asesinato de Mika, por no hablar del casi secuestro que representaba su estancia en aquel sanatorio para millonarias.

En esos momentos siempre le acudía a la mente la imagen de Lena, su voz, sus ojos brillantes: «¿De verdad quieres casarte con ese tipo, Clara? Si te casas con él, no volverás a decidir nada más en tu vida; el niño será un Lichtenberg y, si algún día quieres separarte, lo perderás».

¡Maldición, maldición! ¿Por qué le había dado por pensar cosas tan horribles?

Sacó el móvil y marcó el número de Dominic. Necesitaba oír su voz para convencerse de que todo lo que había estado pensando no eran más que tonterías causadas por las hormonas que alborotaban todo su cuerpo.

La comunicación se cortó al primer pitido, como siempre que estaba en alguna reunión o volando a alguna parte. Incomunicado.

Probó con el teléfono de su madre, con los mismos resultados. Con Lena no valía la pena probar más; ya se había dado cuenta de que seguramente había cambiado de móvil y no le había dado su nuevo número. Y no se sentía con ánimos de llamar a Eleonora, a quien apenas conocía, para llorarle por teléfono.

Hasta su padre había cortado todo contacto con ellas y hacía más de medio año que no sabían nada de él.

No le quedaba nadie.

Salvo David. No era que esperara mucho de él pero, al fin y al cabo, habían salido juntos durante más de un año y, al menos al principio, se habían querido de verdad.

Siguió caminando en la creciente oscuridad, fijándose dónde ponía los pies para evitar los traicioneros charcos de hielo que podían hacerla resbalar y caer.

¿Se atrevería a llamar a David? ¿Para qué? ¿Qué pensaba contarle? No habían vuelto a verse desde mediados de verano y, por lo que ella sabía, ni siquiera había llegado a enterarse de que se había vuelto a enamorar, había dejado el instituto y ahora estaba embarazada de tres meses y a punto de casarse. Si lo llamaba y le decía que se sentía triste y sola o que tenía dudas, conociéndolo, o bien se reiría de ella o se limitaría a decirle lo que tantas veces le había dicho a lo largo de su relación: «Lo has elegido tú, preciosa. Tú has pedido la sopa, tú te la comes».

O quizá... otras veces había sido cariñoso con ella, dulce, comprensivo. Había

habido un tiempo en que no podía imaginar nada mejor en el mundo que acurrucarse con él en un sofá y dejar girar el mundo.

Las luces del sanatorio brillaban, cálidas y anaranjadas, al final del camino de los rododendros que ahora se alzaban, oscuros y amenazadores, a su alrededor. De repente tenía muchísimas ganas de estar en el salón mirando el fuego y sus reflejos en las bolas rojas del gigantesco árbol de Navidad, de un rojo brillante y fresco, como la sangre, como la piedra del clan.

A punto ya de llegar a la explanada que se abría frente a la entrada del sanatorio, unos quejidos animales la obligaron a desviarse hacia la oscuridad de debajo de los abetos para investigar. Allí, el suelo no estaba cubierto de nieve y por eso localizó con facilidad el origen de los chillidos: una mancha blanca se retorció en el suelo luchando contra otro animal que no se veía bien en la penumbra. Posiblemente, dos gatos peleándose por una hembra. O un zorro atacando a un gato. Mejor alejarse con rapidez.

Sin embargo, algo la mantenía inmóvil bajo los abetos, fascinada por los chillidos y bufidos de aquellos dos animales que, frente a sus ojos, luchaban a vida o muerte. Sin saber bien lo que hacía ni por qué, echó a correr hacia ellos, gritando para asustarlos.

Uno de los animales, el más oscuro, salió corriendo, aterrorizado, y se perdió entre los arbustos. El otro, el claro, se quedó en el suelo, retorciéndose de dolor, lanzando agudos chillidos y tratando de ponerse a salvo, arrastrándose con dificultad.

Clara se agachó a su lado y, con las manos bien hundidas en sus guantes de esquí, le cogió la cabeza. Los ojos del gato reflejaban la luz que, desde el salón del sanatorio, se filtraba entre los árboles, y parecían dos luces diminutas y espantadas. Tenía una larga herida en el vientre y las patas traseras parecían haber perdido la movilidad. Clara le dio la vuelta para ver la herida, sin preocuparse de las sacudidas y los intentos del gato de morderla y arañarla. Era como si se supiera, de pronto, absolutamente invencible y los intentos desesperados de aquel animal para hacerle daño no sólo no la asustaran, sino más bien le produjeran una especie de ternura. Porque no podía defenderse. Porque no podría evitar lo que le iba a suceder.

A continuación levantó el gato con las dos manos y se lo acercó a la cara, a la nariz. Olía a nieve, a miedo y también a sangre. Era delicioso.

Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y, sin pensarlo, clavó los dientes en el vientre herido y empezó a chupar sin preocuparse del pelo del animal ni de sus sacudidas desesperadas ni de las uñas que se le enganchaban en la melena.

Al cabo de un tiempo, todo quedó en calma. El gato dejó de moverse y su cuerpo se relajó, entregándose a lo inevitable. Clara chupó aún un poco más, casi con dulzura, como agradeciéndole el regalo que acababa de hacerle. Luego lo depositó en el suelo, debajo de un arbusto de hoja perenne que lo ocultaría durante mucho

tiempo. Antes o después las hormigas lo encontrarían, o los pequeños depredadores de la zona, algún zorro, quizá, y pronto no quedarían más que huesos. El círculo de la vida se habría cerrado.

Clara se puso de pie, se sacudió los pantalones que se le habían ensuciado a la altura de las rodillas y echó a andar hacia las luces, frotándose la boca y la cara con un pañuelo de papel.

Se sentía fuerte, dueña de sí misma, elástica. Nunca había tenido la mente tan clara. Echó la cabeza atrás, buscando la luna en el cielo, con ganas de aullar de felicidad, pero no había luna y no podía ponerse a hacer cosas que permitieran dudar de su equilibrio mental, de modo que se limpió bien los pies en el felpudo y, por la escalera lateral, subió a su cuarto a arreglarse para la cena. Se pondría el vestido de lana rojo.

Negro. Shanghai (China)

El Presidente terminó de cenar, plegó la immaculada servilleta almidonada y perdió la vista en el artesonado del techo en el que, entre vigas oscuras y doradas, hermosos dragones negros luchaban contra hermosos dragones rojos. Una lucha eterna. Por el poder, por el dinero, por el honor.

Estaba cansado, muy cansado de luchar. Cosas que durante toda su vida había creído esenciales, de repente le parecían absurdas, prescindibles, repetitivas. Sobre todo repetitivas, como si la existencia fuera una especie de *laterna magica*, de cinta sin fin que pasara y pasara siempre los mismos paisajes, los mismos sentimientos, los mismos desafíos, hasta que todo se volvía gris, monótono, esperable.

Cogió un pequeño salero de plata y marfil y lo hizo girar entre sus dedos admirando su elegancia, su belleza. Eso era lo único que a veces aún le aceleraba el corazón: la belleza, el arte. Y sin embargo, ninguna de esas obras había sido creada por *karah*. Todos los artesanos y los artistas eran *haito*. *Karah* se había limitado durante siglos a admirar, comprar, poseer, coleccionar, financiar, subvencionar. ¿Por qué nunca había surgido un auténtico artista en ninguno de los clanes? ¿Quizá porque sus vidas siempre habían sido acomodadas, seguras, felices, y el arte surge del dolor, del deseo de lo inalcanzable, de lo efímero de la existencia?

¿Qué legado dejaría *karah* sobre la tierra cuando el último de ellos dejara de existir?

Se levantó de la mesa y pasó a la biblioteca que, a diferencia del comedor, no

estaba decorada al estilo oriental, sino europeo clásico: paredes cubiertas de estanterías y paneles de caoba fingiendo llamas, miles de volúmenes perfectamente archivados, una chimenea encendida, sillones de cuero con lámparas de pantalla verde en el exterior y dorada por dentro para que la luz que incidía sobre el libro fuera cálida, mullidos sofás y sillones de orejas, un servicio de café *art déco*, de plata y ónix.

A una seña suya, Chang se retiró sin decir palabra. No necesitaba nada más. Prefería servirse el café él mismo mientras hojeaba una de las revistas de su grupo.

Cuando el reloj dio las doce con su tintineo francés, tomó la última taza de las tres que se permitía, cerró la puerta con llave y subió la escalera de caracol en busca del pasadizo secreto, como todas las noches que pasaba en casa.

Era su único vicio y, por tanto, su secreto mejor guardado, de los muchos que formaban su vida.

Deslizó el panel y dejó que el sistema reconociera el iris de sus dos ojos, sus huellas digitales y su voz. Un segundo después, el angosto pasillo se iluminó tenuemente, dejando entrever la escalera que lo llevaría a la cámara del tesoro, a su jardín secreto.

Innsbruck (Austria)

El teléfono sonó siete veces hasta que contestó por fin una voz masculina.

—Max Wassermann.

—Buenas noches, señor Wassermann. Soy Daniel Solstein. ¿Es usted el padre de Lena?

—Sí. ¿Y usted?

—Yo soy... bueno... Lena y yo salimos juntos, pero aún no he tenido ocasión de conocerlo a usted personalmente.

—Lo siento, pero mi hija nunca me ha hablado de usted.

Dani tragó saliva. La conversación no estaba saliendo en absoluto como él se la había figurado. Había supuesto que el padre de Lena lo conocería, aunque no fuera más que de nombre, y estaría tan angustiado y desesperado como él al no haber tenido noticias de su hija en más de una semana, pero claro, quizá con su padre sí que se había comunicado y en ese caso eso significaría... prefería no pensarlo.

—Perdone que sea tan directo, señor Wassermann, pero ¿sabe usted dónde está Lena? ¿Sabe si está bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

El tipo aquel era tan frío que Dani tuvo que morderse los labios para no insultarlo.

—¿Dónde está?

—Eso no es de su incumbencia, señor Solstein. Si Lena hubiese querido decirle dónde se encuentra, lo habría hecho. Asumo que sabe dónde localizarlo y, si no lo ha llamado ella...

—Es que sí me ha llamado. Y no sonaba precisamente feliz. Estaba muy asustada, no sabía qué hacer, se sentía muy sola. Por eso me llamó. ¿Me está escuchando?

—Lo escucho. Continúe. —«Lena lo ha llamado. A un desconocido. ¿Qué narices está pasando? ¿Tan mal está? ¿Por qué no me ha llamado a mí?»

—La convencí para que viniera a Viena. Yo no podía ir a buscarla porque estoy haciendo el servicio militar.

—Comprendo.

—Me prometió que tomaría el primer avión. Y de eso hace tres días. No tengo forma de comunicarme con ella. Me estoy volviendo loco, señor Wassermann.

«No eres el único, muchacho», pensó.

Hubo un silencio tan largo que Dani creyó que el padre de Lena había colgado.

—Y ¿dónde le dijo que estaba? —preguntó por fin, como sin darle importancia. «No puede ser tan idiota como para habérselo dicho, mi niña no.»

—A más de mil kilómetros, me dijo. Eso fue todo.

—¡Ah! —«¡Bien, Lena!»—. ¿Le dijo también a qué había ido o qué había pasado?

—No. Me dijo que era largo de explicar y muy difícil de creer...

«No tienes ni idea, chico.»

—... pero que me lo diría cuando nos viéramos. Me dijo también que tenía mucho miedo y que pensaba que si me lo contaba podría ser peligroso incluso para mí.

«Efectivamente, así es.»

—Mi hija siempre ha tenido una gran fantasía; me extraña que usted no lo sepa.

—¿Fantasía? ¿Y por fantasía ha dejado el instituto en el último curso de un día para otro? ¿Y también es fantasía que esté tan lejos?

—Eso a usted no le consta. Le ha podido mentir. En cualquier caso, ¿qué quiere que haga yo? —«No te metas en esto, hijo. Lo único que conseguirás, si de verdad la quieres, es sufrir.»

—¿Usted no está preocupado por ella?

Hubo otro largo silencio.

«Yo hace días que no duermo.»

—No. No lo estaba hasta ahora. Llámeme de nuevo pasado mañana. Yo también haré unas llamadas. Después, quizá, podamos hablar.

—De acuerdo. ¿No puedo hacer nada mientras tanto?

—No, Daniel. —«Tú podrías olvidarla. Sería lo mejor para los dos. Para mí es distinto»—. ¿Me permite que lo llame Daniel?

—Ajá.

—Nadie puede hacer nada por el momento. De todas formas, avíseme si Lena se vuelve a poner en contacto con usted. Quizá necesite ayuda. —«Ojalá se ponga en contacto, pero me temo que ya es tarde»—. Buenas noches.

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por Lena, señor Wassermann, se lo juro. «No jures, hijo. No sabes lo que podría costarte.»

—Buenas noches y... gracias.

—Daniel...

—¿Sí?

—Le agradecería que no comentara nada de esto con nadie. Si de verdad tiene usted una... relación... con Lena, es por su bien.

—Por supuesto.

El padre de Lena cortó la comunicación y Dani le dio un puñetazo a la pared que tenía más cerca. Había sido como hablar con un tiburón, con un pez frío y escurridizo. ¿Cómo era posible que una chica como Lena tuviera aquel padre? Ella le había contado que se había vuelto así después de la muerte de su mujer, pero no podía creerlo; cuando uno es así es así desde siempre. Pobre Lena, sin madre y con ese témpano de hielo en casa. No era de extrañar que lo hubiera llamado a él en lugar de llamar a su padre.

¿Dónde estaría? ¿Qué le habría pasado? ¿Seguiría viva?

El pensamiento le dio escalofríos. Tenía que hacer algo para encontrarla, para ayudarla, pero ¿qué?

París (Francia)

Cuando abrió los ojos se encontraba totalmente desorientada y le dolía todo el cuerpo, como si le hubiera pasado por encima el rodillo de una máquina asfáltadora.

La luz llegaba de la derecha, lo que significaba que no estaba en su cama, ni en la de Dani, ni en casa de Clara. ¿Dani? ¿Clara?

Por un instante tuvo la sensación de que Daniel y Clara eran nombres que se había inventado, pero que no correspondían a nadie que conociera. Sin pretenderlo, se le escapó un gemido que a ella misma le sonó extraño. ¿Dónde estaba? ¿Qué había

pasado?

De pronto lo recordó todo. París. La huida desde Innsbruck. Chrystelle y *oncle Joseph*. El otro París sin la Torre Eiffel. ¡Sombra! Se sentó en la cama apretando las sábanas contra su pecho, boqueando como un pez fuera del agua.

Sombra la miraba, imperturbable, plantado a los pies de la cama. Una torre de negrura.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, mirándome?

—Diez horas, cuarenta y tres minutos y quince segundos.

Si era una broma, no tenía ninguna gracia. Si no lo era, era muchísimo peor. Lena echó una mirada inquieta a su alrededor, buscando inconscientemente una posible vía de escape de aquella habitación llena de flores pintadas.

—¿Estás descansada?

Asintió con la cabeza. Le dolía todo, pero no iba a mejorar quedándose allí tumbada frente a él.

—Vístete. Hay que ponerse en marcha.

—¿Adónde?

—A empezar tu aprendizaje.

El tipo aquel seguía dándole escalofríos, pero tenía que reconocer que su voz era muy agradable. Si cerraba los ojos podía imaginar que era un actor de teatro. Si cerraba los ojos podía creer que todo aquello no era más que una pesadilla de la que podría despertar.

—¿Qué tengo que aprender?

Sombra no se rió como habría hecho un humano y, sin embargo, de alguna manera se las arregló para que ella sintiera que había dicho una estupidez.

—Todo —contestó sin atisbo de ironía—. A dominarte a ti misma. A dominar la materia. Para empezar. ¡Vamos!

Lena saltó de la cama ante lo perentorio de su orden y, sólo al ponerse de pie, se dio cuenta de que no llevaba nada más que las bragas. Por puro reflejo cruzó los brazos sobre el pecho y en seguida los dejó caer de nuevo. Después de lo que Sombra le había hecho en el otro hotel, cuando buscaba la marca, y ahora que estaba tan claro que no era humano, resultaba bastante ridículo ir tapándose como una púdica damisela del siglo XIX.

De todas formas, no le apetecía vestirse delante de él, así que se metió en el baño, se lavó un poco y salió ya dispuesta a lo inevitable. Si por alguna razón aquel ser consideraba que era necesario que aprendiera ciertas habilidades, no tenía por qué negarse. Se le ocurrían muchas cosas bastante peores que aprender lo que fuera.

Salieron del hotel sin encontrarse con nadie y, en el último momento, Lena echó una mirada al salón por encima del hombro y le pareció que la tapicería de los sillones había cambiado de color, pero no recordaba cuál era el original y no supo si

se trataba sólo de imaginaciones suyas. Era de noche y no había una alma por los alrededores. Caminaron con rapidez y en silencio hasta una boca de metro, bajaron la escalera, esperaron la llegada del tren en un andén desierto que a Lena empezó a darle miedo, porque ya no podía decidir si estaba soñando o no, si estaba en su mundo o no, y al cabo de unos minutos oyeron el fragor lejano del tren que estaba al llegar.

—Sombra sabe que lo sabes, pero es conveniente que lo hayas oído tú misma. No tiene ningún sentido que intentes escapar de Sombra. No es bueno para ti ni para nadie. Y, aunque aún no lo sepas, Sombra es necesario. Te librarás de Sombra cuando llegue el momento.

Si no fuera porque estaban solos en la estación, Lena habría pensado que el ser había hablado en aquel momento justo para que el ruido del tren cubriera sus palabras y las protegiera de oídos indiscretos, pero debía de haber sido simple casualidad.

Lena había perdido su reloj y, como tampoco tenía ya móvil, no sabía qué hora era, pero supuso que debía de ser muy temprano porque el metro funcionaba ya y la poca gente que había en el vagón no daba la sensación de volver de juerga, sino más bien de dirigirse al trabajo. Una mujer de mediana edad con la nariz enrojecida por el frío intercambió una mirada con ella y desvió la vista, igual que un chaval africano con una cola de caballo hecha de rastas. Nadie miraba a Sombra, a pesar de su terrible aspecto, como si no les llamara la atención, como si no estuviera allí.

En Opera su vagón se detuvo frente a un cartel que promocionaba una tarjeta turística —«Découvrez Paris»—, donde se veía a una pareja cenando al atardecer en una terraza con todas las luces de la ciudad a sus pies y la Torre Eiffel al fondo. Se le llenaron los ojos de lágrimas de alivio, echó la cabeza atrás y suspiró profundamente. Fuera el que fuese aquel lugar en el que había estado, ya habían vuelto al mundo de siempre. Sólo por eso merecía la pena dejar todos los pensamientos negros y permitirse un momento de felicidad. Estaba en casa. O al menos parecía que lo estaba.

Cambiaron de línea en dos ocasiones y poco a poco Lena empezó a estar segura de que se dirigían al aeropuerto, pero como Sombra no había creído necesario contestarle cuando le preguntó adónde iban, decidió seguir callada y ver qué pasaba.

Efectivamente, bajaron en la Terminal 2 del aeropuerto Charles de Gaulle, y en ese momento ella se dio cuenta de que él llevaba su mochila. ¡No había perdido todo lo que su madre había guardado para ella!

—Toma. Llévala tú. Necesitarás un pasaporte.

Lena tragó saliva. Si necesitaba pasaporte era que pensaba llevarla lejos, fuera de Europa. Recordó que tenía tres diferentes para elegir.

—¿Cuál?

—El que quieras.

No podía sacar tres pasaportes allí, en medio de toda la gente que los rodeaba y enseñárselos a Sombra, así que metió la mano al azar y sacó el español, a nombre de Alba Blanco Sandoval. El único problema era que en la foto llevaba el cabello largo y liso, hasta los hombros, mientras que ahora todo su pelo estaba en el suelo de una habitación de hotel en Montparnasse.

—¿Qué hacemos? —le susurró—. No me parezco en nada.

Sombra miró la foto sin cambiar de expresión, la miró a ella y le puso las manos en la cabeza, por encima de las orejas durante medio segundo.

—Ya puedes quitarte el gorro. Vamos. Tenemos poco tiempo.

Lena no habría podido decir por qué, pero le daba pánico quitarse el gorro y ver qué le había hecho Sombra, pero ya estaban en el control de seguridad y había que dejarlo todo en las bandejas de plástico.

Se quitó el anorak y, con miedo de sí misma, muy despacio, como si en lugar de un gorro de lana se estuviera quitando un esparadrapo pegado a una herida reciente, se quitó también el gorro. En el mismo momento de hacerlo, notó cómo una abundante melena se derramaba por su cuello y sus hombros. Se volvió, estupefacta, para mirar a Sombra, pero no estaba a su lado, ni por los alrededores. Había vuelto a desaparecer.

Tan pronto como pasó el control se metió en el lavabo de señoras y fue directamente a un espejo. Desde el cristal le devolvía la mirada una chica que era ella, pero no del todo: las huellas del maltrato habían desaparecido, tenía la piel más tersa y con mejor color que nunca en su vida, los ojos le brillaban como en los momentos de mayor felicidad, y el cabello, que de alguna manera le había conseguido Sombra, era mucho más denso y fuerte que el suyo natural, y eso que todas las amigas le habían envidiado siempre la melena.

Se echó agua en la cara, mareada. ¿Qué clase de ser era aquel Sombra? ¿Qué quería de ella? Le había dicho que no tenía ningún sentido tratar de escapar de él, pero si ahora en el aeropuerto, entre tanta gente y con tanta policía, no lo intentaba, no tendría mejor oportunidad. Tenía que probar, al menos, la posibilidad de mandar un mensaje a su padre y a Dani, para que supieran lo que le estaba pasando, para que Dani supiera que no lo había traicionado, sino que no estaba en su mano hacer lo que le había prometido y reunirse con él en Viena.

Si al salir del lavabo no estaba Sombra esperándola en la puerta, intentaría desaparecer, a pesar de que ni siquiera estaba segura de haber vuelto a su realidad, al mundo en el que siempre había vivido.

No le dio tiempo casi ni a formular el pensamiento. Toda la melena se arremolinó en su cara, como si soplara un fuerte viento desde detrás y el pelo se le puso rígido en dirección a la puerta, como si una mano invisible la arrastrara por los cabellos hacia la salida.

«Ya voy, Sombra —se dijo para sí misma—, sólo ha sido un pensamiento.» El cabello volvió a recuperar su forma normal. Abrió la puerta y allí estaba él, con la misma expresión indescifrable, esperando.

—Parece que una de tus habilidades es leerle el pensamiento a la gente —comentó Lena, echándose la mochila al hombro.

—El tuyo sí. Y cualquiera que sea necesario para protegerte.

—¿Ah? Ahora resulta que, después de lo que me has hecho, eres mi protector.

—Así es. Entre otras cosas.

—¿Me vas a decir adónde vamos?

—A Rabat.

Le sorprendió que se lo dijera y también el destino que acababa de nombrar. ¿Marruecos? La capital de Argelia era Argel, y en Túnez había estado de vacaciones con sus padres y sabía que no había ninguna ciudad con ese nombre. Tenía que ser Marruecos. ¿Por qué narices iban a África del Norte?

—¿Para qué vamos allí? —Ya que había empezado a contestar preguntas, quizá se tratara de hacer las correctas, y no se perdía nada por probar.

—Es un buen lugar para que aprendas.

Estaban a punto de pasar el control de la tarjeta de embarque y Lena estaba empezando a ponerse nerviosa con su pasaporte falso, pero quizá fuera lo mejor que podía pasarle. Quizá si notaban que no era un documento legal, la detendrían, Sombra se evaporaría y ella quedaría libre después de que la policía se hubiera asegurado de que no era ninguna criminal. Llamarían a su padre y entonces... la azafata miró su pasaporte, la miró a ella y le deseó buen vuelo.

Llevaba más de un año distanciada de su padre, sin embargo ahora daría cualquier cosa por estar con él, por volver a sentir su firmeza, la seguridad que emanaba de él, su mano apoyada en el hombro, como siempre que hacían cola en alguna parte. El tío Joseph y Chrystelle lo habían conocido de joven, cuando se enamoró de Bianca, cuando se casaron y la tuvieron a ella, cuando aún era un muchacho alegre y despreocupado, no el hombre serio y frío en el que se había ido convirtiendo con el tiempo.

La imagen mental de un Max Wassermann joven y sonriente empezó a oscilar en su mente, como cuando se agita el agua quieta de un estanque y todos los reflejos que antes formaban el dibujo del paisaje se convierten de nuevo en destellos de color que no significan nada. La negrura de Sombra había entrado en su mente y reclamaba su atención mientras su cuerpo seguía sentado en el asiento del avión, con el cinturón puesto.

Escucha, Lena, oyó en su interior. No hables, no cambies de expresión, no hagas nada que pueda delatar que oyes a Sombra. Para los de fuera, te acabas de quedar dormida. ¿Comprendes?

Pasado el primer sobresalto al sentir la voz de Sombra dentro de su cabeza, Lena puso todo su empeño en formar un «sí».

Bien. Sombra te recibe. Empezamos. Escucha con atención. Sombra va a mostrarte algo.

En su mente apareció de repente la imagen de un lago entre montañas. Era un lago grande, casi circular, que reflejaba como un espejo las altas cumbres que lo rodeaban, la nieve de sus cimas y los árboles de sus laderas, esplendorosos en todos los colores del otoño.

Como si estuviera en una plataforma giratoria, su punto de vista fue deslizándose hasta ir viendo el lago desde todos sus lados: tres cubiertos de bosques que llegaban hasta la orilla y otro donde una escarpadura rocosa casi blanca se hundía en las aguas quietas. En el centro del lago, sobre una pequeña plataforma techada ardía un buen fuego, cuyo humo escapaba casi vertical por un agujero abierto en la techumbre de la plataforma. De los aleros colgaban campanillas y cintas de colores que vibraban y se removían con la suave brisa.

¿Ves?

Veo.

Acércate al fuego.

¿Cómo?

Igual que lo haces en sueños. Desea acercarte.

Lena empezó a mirar bien la orilla en la que se encontraba, buscando algo que pudiera llevarla hasta el centro del lago.

¿Por qué buscas una herramienta? No te he pedido que viajes hasta allí. Basta con que estés allí.

Sí, ya, pero tengo que ir, ¿no?

No. Tienes que estar.

No te entiendo.

Sí entiendes, pero piensas que es imposible. No recorras el camino, no pienses qué vas a hacer para cruzar el agua. Ignora el agua. Desea estar junto al fuego. Fija en él tu mirada y piensa que cada vez está un poco más cerca, si eso te ayuda.

Lena empezó a intentar hacer lo que Sombra le pedía. Cualquiera que la hubiera mirado en ese momento se habría dado cuenta de que su rostro tenía una expresión casi dolorosa de concentración y esfuerzo, y en su entrecejo se marcaba una profunda arruga.

La imagen parecía dar saltos, como una película mal sincronizada. A veces le daba la sensación de que estaba a punto de conseguirlo y luego el fuego volvía a estar en el centro del lago y ella en la orilla.

No puedo.

Sí que puedes. Sigue intentándolo.

Lena miraba la plataforma en el centro del lago como hipnotizada. ¿Y si intentara nadar hasta allí? No estaba tan lejos, podía conseguirlo. Pero el agua estaría helada. Además, Sombra le había dicho que no se trataba de ir hasta allí sino de estar allí.

Pero ¿cómo iba a estar de pronto allí? Eso sería como lo de *Star Trek*, lo de «*Beam me up, Scotty*»; sería teleportación, y eso era sencillamente imposible para un humano.

No lo pienses. Hazlo.

Se quedó mirando fijamente la hoguera, deseando estar junto a las llamas, sintiendo su calor, su olor a humo y a madera quemada, viendo los colores cambiantes del fuego. Se concentró en el fuego y se le ocurrió fingir que estaba viéndolo a través del visor de una cámara. Ahora podría conectar el zoom y, ya que ella no parecía ser capaz de ir hasta la hoguera, podía intentar que la hoguera se acercara a ella. Quizá no fuera lo mismo pero era una forma de empezar.

Trató de reducir la imagen a la plataforma, al pequeño pabellón donde brillaba el fuego, como si intentara encuadrar para tomar una buena foto, excluyendo lo que no quería sacar. Luego, poco a poco... zoom —ahora ya no salían las columnas en la imagen—, zoom —el fuego en el centro de la foto—, zoom —la hoguera; sus llamas danzantes, las volutas amarillas y naranjas desprendiendo un humo casi blanco, el corazón de la hoguera, rojo intenso—, zoom —el olor del fuego, el tintineo de las campanillas a su alrededor, el calor en la parte delantera de su cuerpo mientras que en la trasera se sentía el frío y la humedad del lago.

«Bien.»

Estuvo a punto de volver a la orilla sin querer, pero un ligero empujón de Sombra la mantuvo junto al fuego. Lo había conseguido. Había llegado. Desde allí podía ver el lago a su alrededor, toda la superficie líquida que no había tenido que cruzar para llegar a donde estaba ahora.

¿Te das cuenta? La clave es el deseo.

No, Sombra, no es eso, contestó, arrebatada de alegría por haberlo conseguido. La clave es la imaginación, la fantasía. Yo no quería venir, pero quería imaginarlo.

Es un principio. Si te ayuda, empezarás por ahí. Ahora salta de un lado a otro. Del fuego a la orilla, de la orilla al fuego, hasta que no tengas que esforzarte para lograrlo. Vamos, Lena, salta.

Lena empezó a saltar. Primero con muchas dificultades, torpemente, como un bebé que quiere ponerse de pie agarrándose a una silla y acaba siempre sentado sobre el pañal después de haberse levantado durante unos momentos. Luego, poco a poco, con algo más de seguridad. De la hoguera a la orilla, de la orilla a la hoguera, de la hoguera a la orilla...

Estoy agotada, Sombra.

Descansa ahora. Hemos llegado.

¿Hemos llegado? ¿Adónde?

A Rabat.

¿Ya?

Han pasado casi tres horas.

No es posible.

El tiempo es muy elástico, Lena, ya lo aprenderás.

Me muero de hambre.

Suele suceder. Comerás pronto. Ahora relájate unos minutos.

Lena cerró los ojos que había tenido cerrados todo el tiempo, pero ahora eran los otros ojos los que necesitaban descanso, los de la mente, los que le habían permitido ver la imagen del lago como en un sueño particularmente intenso. Fue un alivio poder apagar la luz y la foto mental en la que había estado dando saltos, tratando de dominar la pequeña distancia que separaba los dos puntos; pero había sido impresionante. Se sentía orgullosa de haber conseguido lo que Sombra le había pedido que hiciera y, aunque a ella misma le parecía incomprensible, se sentía casi feliz y totalmente dispuesta a aceptar un nuevo desafío en cuanto consiguiera recuperarse del agotamiento. Sonaba tonto estar cansada de imaginar que uno iba de aquí para allá en un paisaje inventado, pero así era. Estaba tan agotada como cuando llevaba tres horas de entrenamiento en el *dojo* y, de la misma manera, también sentía una especie de calorcillo agradable, de cosquilleo que, sin embargo, no se notaba en los músculos sino en algún lugar para el que no tenía nombre.

Estaba a punto de dormirse de verdad cuando Sombra la sacudió físicamente y le echó la mochila sobre las piernas. Todos los pasajeros del avión se habían puesto de pie y esperaban, encendiendo los móviles, a que se abriera la puerta para bajar y lanzarse cuanto antes a sus ocupaciones.

Parpadeó varias veces para despejar la visión y se puso en marcha detrás de Sombra, que ahora era un hombre alto, de pelo muy corto, vestido de traje gris oscuro.

Estoy harta de llevar esta ropa que no es mía, pensó Lena para que él lo escuchara. Ahora empezaba a hacer una distinción entre «pensar en voz alta», destinado a Sombra, y pensar simplemente, para sí misma, aunque era consciente de que él podía oírlo todo y probablemente también lo hacía siempre, sin preocuparse de que ella estuviera pensando en algo privado o incluso íntimo.

Hazte otra. Fue la respuesta.

Muy gracioso.

Mientras esperaban en cola para el control de pasaportes, Lena pensó que Sombra, muy probablemente, no había tratado de ser gracioso, sino que hablaba totalmente en serio. Igual que él cambiaba su aspecto cada vez que le parecía necesario, también esperaba que ella fuera capaz de hacerlo. Sólo que no era capaz, y

que ni siquiera creía que alguna vez pudiera conseguirlo por mucho que él le enseñara, cosa que tampoco había hecho. ¿Podía ser que él pensara que los humanos eran capaces de hacer cosas así? Todo podía ser, claro. Ella no sabía nada de él, aquel ser no era humano. Eso era todo lo que podía asegurar; pero ignoraba por completo de dónde había salido, para qué estaba allí y qué sabía él del mundo que le rodeaba y de las personas con las que se relacionaba.

Lo único que sabía, aceptando que él le hubiera dicho la verdad, era que había acudido a protegerla y a enseñarle. Pero ¿por qué? Enseñarle ¿para qué? Protegerla ¿de quién?

Cruzó los controles casi sin darse cuenta, perdida en sus pensamientos, y al salir a la calle la luz la deslumbró con su calidez, con su intensidad que se reflejaba en las flores de los hibiscos y las buganvillas, en las palmeras que se movían suavemente con la brisa y brillaban como si estuvieran mojadas de oro. El aire olía bien: a tierra, a flores. Respiró hondo tratando de bloquear el pensamiento, las preguntas y las dudas para concentrarse simplemente en la sensación de estar en un lugar cálido en mitad de diciembre, pero en cuanto su mente formuló la palabra «diciembre» le vino a la cabeza que unos días más tarde sería Navidad y eso trajo consigo una avalancha de pensamientos y recuerdos, de una nostalgia tan intensa que dolía y oprimía la garganta. De pronto echaba de menos a su madre con tanta fuerza que casi no podía pensar en nada más, echaba de menos ser otra vez pequeña y estar en casa esperando a que llegara la Nochebuena, y los regalos, y las galletas, y que su padre volviera a tener tiempo y pudieran ir a montar en trineo, al cine, a la piscina... y al volver a casa, meterse en la cama caliente y que su madre se acostara junto a ella a contarle una historia, o a repetirle las instrucciones de *Cómo volver a casa*.

«Te hallarás en un lugar extraño. Pensarás en cómo llegaste allí, pero tus recuerdos se habrán difuminado como árboles en la niebla...»

Sube, Lena.

Un coche negro, tan brillante que hacía daño mirarlo sin gafas de sol, acababa de parar junto a ella. Sombra estaba al volante.

Se acomodó en el asiento del copiloto y, haciendo un esfuerzo para salir del ataque de nostalgia, se concentró en el exótico paisaje.

Lux Aeterna. Isla de la Rosa de Luz (mar Caribe)

Con la mirada perdida en el profundo azul del mar y las suaves laderas ajardinadas

que bajaban hasta la orilla, el Gran Maestro esperaba el anuncio de la llegada de su ilustre visitante. Durante muchos meses, demasiados, había sido un paseo en la cuerda floja y alguna que otra vez había llegado a perder la fe y a pensar que nunca se decidiría, pero por fin había llegado el momento tan largamente deseado.

Un tintineo como de varillas de cristal y plata le anunció que se habían puesto en camino desde la avenida de la Concordia y eso significaba que tardarían apenas cinco minutos en llegar, así que se puso en pie, flexionó los brazos, los extendió hacia el cielo, se alisó la túnica blanca que le llegaba a media pierna, sobre los pantalones también blancos, y se miró al espejo que estaba oculto tras una de las pilastras: sus ojos destellaban, tan azules como el mismo mar, sus cabellos de un castaño claro relucían y, cayendo en suaves ondas, enmarcaban un rostro bronceado de sonrisa bondadosa, con las arrugas justas para lucir un equilibrio de fuerza juvenil y sabia madurez enfatizada por la barba, corta y cuidada. El medallón de la Rosa de Luz en platino y diamantes pendía de su cuello lanzando destellos de arcoíris bajo el sol.

Estaba listo.

Volvió a ocultar el espejo, avanzó unos pasos hasta colocarse en el centro de la estrella de taracea de mármol que ocupaba casi todo el suelo del pabellón de la Paz Perfecta, y se quedó inmóvil, esperando, oyendo los gorjeos de los pájaros a su alrededor.

Apenas medio minuto después, con el rabillo del ojo vio acercarse las delicadas figuras de Dakini y Visha con sus túnicas rosadas flanqueando a otra persona, más alta y algo más robusta que las muchachas, vestida con un conjunto azul de chaqueta y falda. Llegaron al pabellón, subieron la escalinata y entonces las dos novicias, inclinando las cabezas, se apartaron a ambos lados para dejar sitio a la mujer rubia frente al Gran Maestro de la Orden.

—Su Alteza Real la princesa Karla pide ser recibida, Maestro.

—Bienvenida, hermana Karla, sé bienvenida. Te hemos echado de menos.

La mujer sonrió, inclinó la cabeza, y él le tendió la mano para que la besara.

—Su Alteza tomará un refrigerio en el mirador, hijas. Y tú, hermana, ven conmigo.

Caminaron en un silencio cómodo hasta un pequeño cenador de mármol blanco que ocupaba la cumbre de una suave colina con una espléndida vista sobre el mar; se sentaron en los bancos, frente a frente, y la mujer dejó vagar la vista por los jardines floridos, por las palmeras, hasta el horizonte azul.

—Es hermoso estar aquí. Lo he echado de menos. —Hablaban en inglés, aunque ambos tenían un ligero acento extranjero.

—Ahora podrás venir siempre que quieras. Dentro de muy poco pertenecerás a los Elegidos y no habrá secreto que te esté vedado.

—¿Y veré a Israfel?

—Por supuesto, Karla. En cuanto prestes juramento y te entregues a la Orden lo verás. Y él te verá a ti. —Era consciente de que la princesa acababa de reprimir un escalofrío y por eso hizo una pausa para aumentar el efecto—. Y recibirás tu nuevo nombre. Y conocerás tu destino.

—Y después, Maestro... después...

—Cuando llegue el momento, recibirás tu Guía y él te acompañará al Más Allá para que no te pierdas en la oscuridad y el frío, para que tu alma llegue a la Luz Eterna.

La mujer suspiró profundamente y cerró los ojos. Le había costado meses de dudas pero por fin se había decidido y ahora, de repente, tenía tanta prisa que apenas si podía esperar el momento en que se entregaría definitivamente a la Orden de la Rosa de Luz.

—¿Cuándo será la ceremonia, Maestro?

—Esta noche o mañana por la noche. De otro modo, habrá que esperar a la siguiente conjunción, dentro de diez semanas.

—Esta noche —le salió una voz apremiante, casi ronca de deseo.

El Gran Maestre sonrió.

—¿Estás segura, hermana? Las prisas no son buenas. Tienes que desearlo con todo tu corazón. Piensa que si Israfel o uno de sus hermanos te ve, y tú sabes muy bien a qué me refiero, nunca más podrás cambiar de opinión. Si te entregas, te entregas para siempre. O serás destruida para toda la eternidad.

—Lo sé. Estoy segura. Lo quiero así.

Las dos novicias llegaron con una bandeja en la que llevaban una jarra de un vino de un rosa palidísimo, tan frío que casi no se veía su color a través del cristal empañado, una copa tan fina que parecía hecha de pompas de jabón, y unos pedazos de diferentes panes.

El Maestro sirvió el vino, le tendió la copa y cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Cuál será mi nuevo nombre? —preguntó Karla, después de brindar con una mirada.

—El que Israfel elija cuando mire el fondo de tu alma. El que tuviste al principio del mundo y olvidaste después.

La mujer comió un trozo de pan y se sacudió las migas que habían caído sobre su falda azul.

—Luego vestiré de blanco.

—Siempre.

Ella levantó los ojos hacia él, sobresaltada. Él le tomó la mano con delicadeza.

—Lo hemos hablado, hermana. Atendiendo a tu especial posición en el mundo, puedes usar otros colores en caso necesario, siempre que debajo de las ropas mundanas vayas vestida de blanco; y, en lo posible, elegirás colores pálidos,

luminosos, como tu nueva alma angélica.

Ella asintió vigorosamente.

—Así lo haré, Maestro.

—¿Tienes algo que te preocupe? ¿Algún peso que te impida elevarte hacia la luz?

—No he sido capaz de convencer a mi marido.

—No te angusties, hermana; era de esperar. Él no tiene una alma como la tuya, aún no está preparado, pero tú eres tú misma, además de ser su esposa. Puedes tomar tus propias decisiones, sobre todo las que conciernen a la trascendencia de tu alma; tienes tu propia fortuna, tus propias opiniones, tus amigos. No dependes de él.

—No, Maestro; pero mi marido es el príncipe heredero. Compartimos muchas responsabilidades y me gustaría no tener que engañarlo en algo tan importante para mí.

—Si lo deseas, una vez seas miembro de la Orden, yo mismo iré a hablar con él.

—Oh, Maestro, ¿lo harías por mí?

—Por supuesto, hija mía. Y ahora, vamos a casa. Tenemos mucho que hacer si la ceremonia va a ser esta misma noche. Tú tienes que prepararte y yo tengo que comenzar la meditación para convocar la Presencia. Mi optimismo natural me ha llevado a suponer que pronto llegaría el momento y ya llevo doce días de ayuno, en previsión —terminó con una sonrisa.

—Entonces, ¿esta noche?

—A medianoche. Al alba serás una de los nuestros.

—Es lo que más deseo en el mundo.

Innsbruck (Austria)

Daniel bajó la mochila del portaequipajes y se preparó para apearse del tren pensando cuánto le gustaría que ahora Lena estuviera allí, esperándolo, con la nariz enrojecida por el frío y la melena semioculta por el gorro de lana. Se besarían, ella tendría los labios helados en contraste con los suyos, tan calientes, y él podría hundir las manos en su pelo y abrazarla y saber que todo estaba bien, que seguía queriéndolo.

Pero Lena estaba desaparecida y él había ido a pasar el fin de semana en casa por dos razones: primero porque necesitaba desesperadamente sentirse querido y apoyado por su familia, y segundo porque si pensaba averiguar algo sobre el paradero de Lena tenía que empezar a investigar en Innsbruck, preguntándole a todo el que pudiera saber algo de ella, además de intentar encontrarse con el desagradable señor

Wassermann y ver si al natural había más posibilidades de sacarle algo, ya que no le parecía creíble que un padre pierda a su hija de dieciocho años y se quede tan tranquilo, sin acudir a la policía y sin hacer nada para encontrarla.

No había nadie esperándolo porque, como había cogido el primer tren, tanto sus padres como su hermano Markus estaban trabajando, de modo que salió tranquilamente de la estación y decidió tomarse un café en el Central antes de irse a casa.

Se instaló en una mesita junto a la ventana, pidió un *capuccino*, sacó el cuaderno de notas y empezó a hacer una lista de gente que podría eventualmente saber algo de Lena: Clara, a pesar de que se habían peleado seriamente; su amigo Andy; el director del instituto; su tutor; su padre...

En ese momento sonó su móvil y en el display apareció un número desconocido. Contestó inmediatamente.

—Daniel Solstein.

—Hola, Daniel. Perdona que te llame aunque no nos conozcamos. Soy Lennart Schwarz, compañero de clase de Lena.

—Dime, dime. ¿Sabes algo de ella?

Se oyó una especie de inspiración al otro lado.

—Eso quiere decir que tú tampoco sabes dónde está.

—A ver, explícate.

—Mira, ya te digo, soy compañero de clase, del otro grupo, pero coincidimos en piano y en otras asignaturas. También soy amigo de Andy y de Clara, y hemos ido a tomar café y a jugar al billar unas cuantas veces.

—Ya.

—Pues eso, que hace casi dos semanas que nadie sabe nada de Lena y se me ha ocurrido llamarte a ver si tú nos puedes sacar de dudas.

—¿Y cómo has conseguido mi número?

—El día en que Lena desapareció estuvimos tomando un café y ella envió un SMS desde mi móvil a este número. Llevo días dándole vueltas a la idea de llamar, pero siempre me parecía que no tenía derecho. Luego, conforme pasaba el tiempo y nadie sabía nada de ella, pensé que había que aprovechar todas las pistas y por eso me he decidido. Eres amigo suyo, supongo.

—Soy su novio.

—¡Ah, vaya! Pero al parecer tampoco sabes nada de ella.

Dani se mordió el labio inferior. Si confesaba que él tampoco sabía nada, quedaría como un imbécil. ¿Qué clase de relación tenía una pareja en la que ella desaparecía y él no tenía ni idea de dónde buscarla? Pero si insinuaba que sabía algo, el otro insistiría en que le diera alguna información para tranquilizar a los amigos y a la gente del colegio. Y si se negaba a decirle algo, tampoco podía pretender que Lennart

compartiera con él lo que sabía.

—Hablé con ella hace un par de días —dijo por fin—. Quedamos en vernos pero no se presentó. ¿Sabes tú algo de dónde puede estar?

—Nada en absoluto. ¿Crees que se ha metido en algo raro, que puede estar en peligro?

—No, no creo —mintió.

—Mira, yo... bueno... Andy y yo apreciamos mucho a Lena, ¿sabes? Si hay algo que podamos hacer, si hubiera que echar una mano para... no sé... para encontrarla o para sacarla... de lo que sea... tienes mi número. Llámame, ¿vale?

—Sí, gracias. Espero que no haga falta.

—¿Quieres que la busquemos juntos?

Aquel tipo estaba empezando a ponerse realmente pesado.

—No, de verdad, no creo que esté muy lejos. Me figuro que necesitaba pensar un poco y se ha retirado unos días para aclararse.

—¿Me llamarás si averiguas algo?

—Le diré a Lena que te llame ella, ¿de acuerdo?

Hubo un silencio, como si el otro no quisiera cortar la comunicación pero no supiera qué decir para mantener el contacto.

—De acuerdo.

En cuanto colgó, Dani empezó a pintar rayas y flechas en el cuaderno que tenía delante. Cada vez entendía menos lo que estaba pasando. ¿Cómo era posible que ni el padre de Lena ni sus amigos supieran que salía con él? ¿De verdad no le había contado a nadie que tenía novio? No llevaban mucho tiempo, menos de un mes, pero de todas formas lo normal era decírselo a la gente con la que uno se relaciona y, sin embargo, por lo que parecía, Lena no se lo había dicho a nadie. ¿Por qué? ¿Se avergonzaba de él? ¿O es que para ella no era importante, era sólo algo pasajero, para no estar sola ahora que Clara había encontrado a su príncipe azul?

Y el tipo ese, el tal Lennart, le había caído fatal sin saber por qué. ¿De dónde venía tanto interés por Lena? ¿Por qué habían estado juntos justo antes de que ella desapareciera? ¿Sabía más de lo que le había dicho? Había insistido mucho en si Lena se habría metido en un asunto raro donde quizá hiciera falta ayuda de más personas para poder sacarla de ello. ¿Sabía algo que él ignoraba?

Acabaría por volverse loco.

Se tomó el café en dos sorbos rápidos, pagó y decidió ir a esperar a su madre a la salida del trabajo. A la hora de cenar lo hablaría con su familia y luego seguramente trataría de conseguir ver al padre de Lena y convencerlo de que, trabajando juntos, tendrían más posibilidades de encontrarla.

Blanco. París (Francia)

Max Wassermann clavó los ojos en las ventanas del último piso y se le escapó una fugaz sonrisa antes de cruzar la calle y marcar la clave que le abriría la puerta. Sólo tenía buenos recuerdos de aquel apartamento del boulevard Delessert, recuerdos de juventud, de cuando Bianca vivía allí, de todas las cenas con Joseph y Chrystelle en el salón, con el balcón abierto y la Torre Eiffel como una tramoya de teatro brillando frente a ellos.

Quizá no hubiera sido muy inteligente ir a París, pero la llamada de aquel muchacho que decía ser novio de Lena lo había puesto muy nervioso y había decidido acudir personalmente a comprobar que todo iba bien. No sabía mucho de lo que Bianca había dispuesto, pero estaba seguro de que, al menos en un primer paso, habría enviado a Lena a casa de *oncle* Joseph. Era la mejor manera de protegerla y de darle, dosificada, la información que iría necesitando para saber de dónde procedía y cuál era su lugar en el mundo.

Con un zumbido, se liberó el pestillo de la puerta y Max subió los altos escalones, que hacía más de veinte años que no pisaba, hasta la puerta del apartamento. Chrystelle lo esperaba con los ojos húmedos y los brazos abiertos.

—¡Max, querido Max! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Qué guapo estás!

—Gracias, Chrystelle, *chérie*. —La abrazó con sincero cariño y la tuvo apretada durante medio minuto, oliendo su perfume antiguo que tantos recuerdos le traía—. ¿Cómo está Joseph?

—Viejo, amigo mío, muy viejo —contestó el tío Joseph saliendo a su encuentro—. Pero encantado de seguir vivo para ver lo que está pasando, después de tanto tiempo de espera. Ven, pasa, hay café y Chrystelle ha hecho galletas de jengibre.

—Mis favoritas.

—Claro. Estaremos viejos, pero no hemos perdido la memoria.

Max entró en el salón como quien entra en un baño caliente después de un agotador día de trabajo. Pasó la vista por las altísimas estanterías atestadas de libros, por los viejos cuadros con sus pesados marcos dorados, por las valiosas alfombras que habían visto tiempos mejores, por los muebles de madera clara, las tapicerías de brocado, las teatrales cortinas... y suspiró. La Torre Eiffel seguía recortándose contra el cielo gris, el tiempo parecía haberse detenido en aquella casa que olía como en sus recuerdos: a papel, a cuero, a lavanda.

—¡Qué felicidad! —dijo, sonriente.

—Bienvenido a casa, hijo.

—Temía que os enfadarais conmigo por presentarme así.

Los dos ancianos sacudieron la cabeza sin dejar de sonreír.

—Lena está aquí, ¿verdad?

Joseph y Chrystelle intercambiaron una mirada.

—Siéntate, Max.

Se sentó en el borde del sofá, tenso de nuevo, porque aquello no podía significar nada bueno.

—La pequeña Aliena nos ha visitado —comenzó *oncle* Joseph— y hemos empezado a enseñarle quién es.

Max se relajó un tanto.

—Aún no le hemos hablado de mil cosas, evidentemente. No sabe nada de ti, no sabe nada de las leyendas y los mitos, salvo los que su madre le fue inculcando de niña. Tampoco sabe nada de sí misma, o de lo que nosotros pensamos sobre ella.

—Sí, lo comprendo. Hace falta mucho tiempo. Pero está bien, ¿no? Lena está bien.

Hubo un silencio espeso que a Max le pareció una losa que cayera sobre él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó por fin con la voz ronca.

Chrystelle se acuclilló frente a él, lo miró fijamente a los ojos y le cogió las manos.

—Max, Sombra ha encontrado a Lena.

Lux Aeterna. Isla de la Rosa de Luz (mar Caribe)

La luna llena rielaba sobre las tranquilas aguas del Caribe, el cielo sobre la pequeña isla que albergaba el santuario era tan oscuro como el espacio exterior y brillaba salpicado de estrellas. En el hemisferio de piedra blanca, frente al mar, dos docenas de figuras vestidas de blanco aguardaban, sentadas en las gradas, el comienzo de la ceremonia mientras que unos cuantos jóvenes acólitos iban encendiendo los pequeños fuegos plateados que iluminarían la escena y colocando las guirnaldas y brazadas de flores blancas alrededor de la gran Rosa de Luz que destellaba en el suelo. En los pebeteros empezó a consumirse la salvia blanca que purificaría y santificaría el rito.

Todo estaba en silencio. Sólo se oía el rumor de las olas deshaciéndose en espuma sobre la arena blanca y el susurro de la leve brisa entre las palmeras y los cocoteros. Había una intensa expectación en el aire, la tensión de la espera de algo extraordinario a punto de suceder.

Cuando la luna estuvo en el centro exacto de la rosa y su rutilante estela sobre el agua parecía un camino para subir al cielo, desde los templos y pabellones empezó a

oírse un ritmo de tambor, suave al principio, cada vez más y más intenso a medida que se iba acelerando conforme se acercaba al hemisferio donde los asistentes esperaban, ahora ya puestos de pie.

Al tambor se fueron uniendo las voces de distintos instrumentos de viento y de cuerda en una melodía dulce, repetitiva, intoxicante. La procesión se acercaba. Delante caminaba con solemnidad el Gran Maestro de la Orden vestido con una simple túnica blanca; unos pasos más atrás, rodeada de muchachas casi desnudas que agitaban cascabeles, lo seguía Karla, descalza y con el pelo suelto, vestida de negro. Los músicos cerraban la procesión.

Cuando llegaron al hemiciclo, lo rodearon cuatro veces hasta que la aspirante quedó de pie en el centro de la rosa mientras que el Maestro se colocaba en una elevación en la parte superior del círculo. La música cesó. Varias manos arrojaron puñados de especias a los pebeteros, que flamearon por un segundo antes de liberar toda su carga de aromas junto a un humo espeso y blanco. Los asistentes se cubrieron la cabeza con el manto y el Maestro abrió los brazos en un gesto de bienvenida universal.

—Hermanos angélicos, hermanas angélicas. Ha llegado el momento de recibir entre nosotros a un nuevo miembro. Su camino, como el de todos nosotros, ha sido duro, sembrado de zarzas y espinos, pero como la rosa, su pureza se eleva sobre las espinas para abrir sus pétalos a la luz. Hermana Karla, dínos si has sido instruida en las verdades de la *Lux Aeterna*.

—Sí, Maestro.

—Háblanos, hermana. Dínos en qué creemos.

La figura vestida de negro miró la luna, hizo una inclinación de cabeza al Maestro, se volvió hacia los asistentes a la ceremonia y empezó a hablar sin titubeos, como si hubiera ensayado muchas veces las palabras que estaba pronunciando.

—En el comienzo de los tiempos, cuando Dios creó todo lo que existe, antes de la creación de los mares y las tierras y los seres humanos y los animales y las plantas, antes incluso de las estrellas y los planetas, Dios creó la luz. Y junto a ella, a una clase de seres hechos de luz pura a quienes llamó ángeles.

»Cuando el tiempo fue creado, y con él el devenir de las cosas, y los humanos fueron sujetos al tiempo y a la muerte, los seres angélicos se escindieron en los órdenes que conocemos como ángeles y demonios. Los demonios eligieron quedarse en la tierra para tentar a los humanos y llenarlos con su oscuridad, para perderlos después de la muerte y arrastrarlos a las eternas tinieblas. Los ángeles decidieron permanecer fuera de la tierra para no contaminar su pureza ni con sus hermanos renegados ni con los seres humanos.

»Sólo unos pocos seres angélicos, apiadándose de los pobres humanos tan expuestos a las tentaciones demoníacas, eligieron un destino difícil y, en ocasiones,

doloroso: vinieron a la tierra para ayudarnos, consolarnos y llevarnos a la Luz tras nuestra muerte.

»Esos seres fundaron al principio una ciudad sobre el mar a la que los humanos llamaron Atlantis y, cuando los diablos la destruyeron, tuvieron que huir por toda la tierra y esconderse para seguir cumpliendo su tarea. Son seres de pura luz, frágiles, eternos. Su misión, libremente elegida, es la de protegernos y ayudarnos a alcanzar la trascendencia, el Más Allá; pero sólo pueden ayudar a los que lo desean y se entregan a ellos. Quedan muy pocos ya, porque desde el principio del mundo han estado luchando contra los demonios, y los humanos han olvidado su existencia. Algunos fueron destruidos, otros abandonaron la tierra y volvieron a casa, pero aún hay algunos entre nosotros, y nos aman.

»Mientras queden sobre la tierra cuatro ángeles atlantes y un Maestro que los convoque, la salvación es posible, conseguiremos conquistar el miedo y el dolor, y llegar a la Luz Eterna.

—Así es, hija mía. ¿Crees?

—Creo.

—¿Te entregas a la Rosa, a la Eterna Luz?

—Me entrego a la Rosa.

—¿Sabes que tu entrega es total e irrevocable? ¿Sabes que entregas todo lo que eres y lo que tienes, lo que serás y tendrás, para siempre?

—Lo sé, Maestro. Lo sé, hermanos, hermanas.

—Que la luz te inunde.

Volvió a sonar la música mientras las muchachas se acercaban a ella y le soltaban los lazos que mantenían cerrada la túnica negra que había llevado hasta entonces. La mujer quedó desnuda en medio de un resplandor plateado que procedía de las antorchas que sujetaban unos acólitos. Unos segundos después la ayudaron a vestir la túnica blanca de los Elegidos y le colocaron en la cabeza una corona de rosas antes de retirarse al exterior del círculo.

El Maestro se acercó, sonriendo con benevolencia, y le puso el manto blanco sobre los hombros.

—Bienvenida seas, hermana. Vamos. Israfil nos espera en el templo.

La sintió temblar bajo sus manos y le acarició el cabello.

—No temas. Él te ama. Verá hasta el fondo de tu alma y te nombrará para que puedas salvarte. ¿Estás lista?

—Estoy lista, Maestro —dijo con un nudo en la garganta.

—Vamos entonces.

Cada uno de los asistentes recibió una antorcha y, en fila de dos, cantando y caminando sobre pétalos de rosas blancas, se dirigieron hacia el templo donde esperaba el ángel.

Rabat (Marruecos)

Lena iba perdiendo la cuenta del tiempo que llevaba en Rabat. Nada más llegar se habían instalado en un hotel para europeos con todos los servicios habituales y unas habitaciones espaciosas con una terracita que daba al jardín y la piscina, y prácticamente no habían vuelto a salir a la calle. En apariencia eran una pareja de turistas normales, salvo que se pasaban todo el tiempo en el hotel y Lena imaginaba, con cierta repugnancia, que el personal pensaría que estaban en viaje de novios y no salían de la cama.

Sombra le daba ejercicios cada vez más complicados en los que siempre se trataba de moverse sin moverse, del mismo estilo que el del lago, y ella pasaba casi todo su tiempo tumbada en la cama, o sentada en un sillón, o en una estera en el suelo, boca arriba o boca abajo, practicando, intentando una y otra vez lo que se suponía que debía ser capaz de conseguir. El servicio de habitaciones le subía las comidas al cuarto y, cuando llegaba por fin el momento de dormir, Lena tenía la sensación de caer en un pozo oscurísimo, sin sueños, sin recuerdos.

Lo que más le alegraba era que no había vuelto a tener pesadillas. La primera noche que había pasado en Rabat, quizá por lo extraño del entorno, o porque era lo que siempre, inexplicablemente, le pasaba cuando salía de viaje, había tenido uno de los terribles sueños que recordaba de su infancia, en los que de pronto se encontraba en un lugar que no era un lugar, lo que había llegado a definir más bien como un estado de cambio inminente. Una oscuridad pulsante, extrañamente viva, la rodeaba y de pronto algo en ella sabía que había llegado el momento, que iba a empezar a transformarse, y el miedo la llenaba como un líquido venenoso, y gritaba y se rebelaba, pero no servía de nada.

Todo su ser, tanto su cuerpo como su alma o su conciencia, empezaba a sentirse desgarrado en todas direcciones, pero sobre todo en un eje vertical, hacia arriba y hacia abajo, como si manos gigantes la hubieran agarrado por la cabeza y los pies y tiraran de ella en direcciones opuestas. Entonces se iba estirando, adelgazando, hasta convertirse en una cuerda elástica cada vez más larga, cada vez más tensa, que se tendía en medio del espacio exterior —a veces podía ver incluso estrellas desconocidas, nebulosas, extraños fenómenos de color— hasta que tenía la sensación de que acabaría por romperse para siempre y casi lo deseaba.

En ese momento, de repente, sentía que todo su ser se había convertido en otra cosa, en una especie de puente, de arco que unía dos orillas y era usado como camino, como lugar de paso por algo que no podía nombrar. A veces tenía la sensación de que miles de millones de hormigas diminutas pasaban por encima o a través de ella; otras veces era un burbujeo extraño que la hacía sentirse recorrida por un gas o un líquido

gaseoso; en una ocasión particularmente espantosa que aún recordaba con terror y que llevaba años tratando de olvidar, la sensación había sido de que alguien, un ser concreto y físico, mucho más grande que ella, que por entonces era una niña pequeña, trataba de abrirse paso por su interior, como si ella fuera un tubo de goma y él quisiera atravesarla reptando por dentro para salir por el otro lado. Pero de eso hacía ya mucho tiempo, procuraba no pensar en ello y con mucha frecuencia lo conseguía.

La pesadilla de la primera noche que pasó en Rabat no había sido tan terrible. Había vuelto a sentir que su cuerpo no le pertenecía, sino que poco a poco se iba convirtiendo en una especie de vehículo para algo que, en ese sueño concreto, no se había presentado. Sus pies se habían fundido con la tierra, convirtiéndose en raíces de un árbol muy poderoso, y su cabeza había ido alejándose cada vez más del suelo hasta encontrarse fuera de la tierra y más allá, proyectándose hacia el infinito. Dentro del sueño había oído una voz muy extraña, —no humana, había pensado mientras soñaba—, que, sin embargo, pronunciaba palabras humanas que no le decían nada, en una lengua que no comprendía: *Irmisul*, *Yggdrasil*, *Mimaeid*, *Lärad*, *Kantara...* y que sólo podía recordar porque las había oído muchas veces.

Luego, al despertar, no había tenido la sensación de violación e impotencia que conocía de otras veces, sino que, extrañamente, se había sentido casi renovada, como cuando soñaba que estaba volando por sus propios medios sobre un paisaje conocido y amado. Esta vez no había tenido la necesidad de llorar y de compadecerse por haber dejado de ser pequeña, por no poder meterse en la cama de sus padres y volver a dormirse abrazada a ellos.

Y desde esa primera noche ya no había vuelto a soñar. Se metía en la cama y, de un momento a otro, era como si la desenchufaran; se ponía cómoda, se agarraba a la almohada, a veces tenía un segundo para pensar en Dani o en que le gustaría estar en casa, y de repente abría los ojos y la noche había dado paso al día.

Cuando despertaba se encontraba bien, descansada, con ganas de continuar aprendiendo, y ella misma no conseguía imaginar cómo era posible que su cuerpo siguiera sintiéndose en forma a pesar de que no hacía nada para moverlo. Le habría gustado nadar o salir a correr o pasar un par de horas en un gimnasio, pero nunca había tiempo para otra cosa que no fuera practicar.

—¿Para qué hacemos todo esto? —le preguntó un día a Sombra al cabo de mucho tiempo de prácticas.

—Para que seas capaz de hacer lo que tienes que hacer llegado el momento.

—¿Y qué es lo que tengo que saber hacer?

—Sombra te lo dirá cuando debas saberlo.

—¿Por qué siempre hablas de ti mismo en tercera persona?

Sombra se quedó mirándola fijamente, con la expresión neutra de cuando no pensaba contestar, hasta que ella bajó la vista. Luego le dio otro ejercicio y eso fue

todo.

—Necesito salir, Sombra —le acababa de decir ahora, después de varios días sin moverse del hotel. Hacía tiempo que le había perdido el miedo porque estaba claro que no pensaba hacerle daño, pero también sabía que no podría librarse de él y que siempre era él quien decidía lo que ella podía hacer y lo que no.

—De acuerdo. Hoy harás unos ejercicios al aire libre.

Estuvo a punto de ponerse a dar saltos de alegría.

—¿Vamos al mar?

—Aún no. Vamos a la Chellah.

—¿Qué es eso?

—Un jardín en las ruinas romanas de la primera fundación de Rabat.

—¿Podemos ir a pie? Se me va a olvidar andar.

—Si quieres, puedes ir caminando.

—¿Y tú?

—Sombra estará allí. —La miró a los ojos y al instante en la mente de Lena apareció un plano del camino que tenía que recorrer para llegar a la Chellah, así como unas imágenes del exterior para que la reconociera al verla.

Se concentró en lo que le mostraba y cuando volvió a ver la realidad que la rodeaba, Sombra había desaparecido como tantas otras veces. Estaba terminando de abrocharse las zapatillas de deporte cuando de repente su mirada se fijó en el teléfono de la mesita de noche y sintió como si sus manos desarrollaran vida propia y se tendieran hacia él sin concurso de su voluntad. ¡Llevaba tanto tiempo incomunicada! Dani se estaría volviendo loco de preocupación. Su padre quizá también, pero al menos él sabía algo de lo que estaba pasando, mientras que Dani no sabía nada de nada y estaría pensando toda clase de cosas horribles; lo mismo que le habría pasado a ella si fuera él quien hubiera desaparecido sin explicaciones.

Buscó en la hoja de información lo que tenía que hacer para llamar a Austria y marcó con dedos temblorosos, esperando ver aparecer a Sombra en cualquier momento. El móvil de Dani sonaba y sonaba y ella estaba ya desesperada cuando, de repente, contestó.

—Daniel Solstein.

Tragó saliva porque de pronto no sabía qué podía decirle. Hacía tanto que no se habían visto, le habían pasado tantas cosas desde la última vez que habían estado juntos que ya no sabía si ella era la misma persona, ni si lo era él.

—Soy Lena. No tengo mucho tiempo.

—¿Estás bien? —Eso era lo más importante y él llevaba más de una semana entrenándose para hacer primero esa pregunta si ella volvía a llamar. No tenía sentido hacer preguntas idiotas antes de las fundamentales.

—Sí, Dani, no te preocupes, estoy bien. En serio.

—Necesito verte, Lena.

—No puede ser. Estoy muy lejos y no me dejan.

—¿Quién, cariño? ¿Quién no te deja?

—No puedo hablar mucho. Sólo quería decirte que pienso en ti y que me pondré en contacto de nuevo en cuanto pueda.

—He hablado con tu padre. Parece que él no está preocupado. Trataré de verlo hoy o mañana.

—Dile que lo quiero mucho, por favor.

—Sí. ¿Y a mí? ¿Me quieres a mí?

—¿Crees que estaría llamándote, si no?

—Lena, por favor, deja que te ayude, dime qué te pasa, dónde estás...

—Tengo que irme, Dani.

—¡No! No te vayas aún. Por favor. ¿Tu padre sabe dónde estás?

—No. Nadie lo sabe.

—Un tal Lennart me ha llamado preguntando por ti.

—¿Lenny? ¿Lenny te ha llamado?

—¿Sabe él algo que yo no sepa?

—No, ¿qué va a saber?

—Lena... ¿por que no le has contado a nadie que somos novios?

—¿Qué? Pues claro que lo he contado, pero ahora no tengo tiempo para hablar de esas cosas. Adiós, Dani. Piensa en mí. Te echo mucho de menos.

Daniel la oyó llorar al teléfono y estuvo a punto de ponerse a aullar de pura impotencia, por no poder abrazarla, consolarla, decirle que él la ayudaría, que todo saldría bien, pero antes de poder reaccionar, oyó el clic del teléfono y Lena se perdió en la distancia.

Se sentó en un portal y cerró los ojos para repasar la conversación sin interrupciones ni otras impresiones del exterior. Esta vez había sonado mucho más tranquila, más relajada y segura de sí misma; esta vez no parecía asustada y eso ya era mucho. Además, lo había llamado en un momento en el que, al parecer, estaba sola y más o menos libre, lo que quería decir que él seguía importándole, que aún lo quería. ¿Qué más podía sacar de la conversación? Que tanto su padre como ese Lenny le habían mentado al decirle que ella nunca había mencionado que fueran novios. ¿Por qué? Si Lena decía la verdad, y él no tenía por qué dudar de su palabra, los dos lo sabían y, sin embargo, ambos habían tratado de crearle una inseguridad al respecto. ¿Para que se enfadara con ella y la olvidara?

Ahora ya estaba empezando a pensar tonterías. Tenía que volver a lo básico. ¿Qué más sabía a través de las pocas palabras de Lena? No le había dado ninguna pista, salvo que había una o varias personas que la obligaban a permanecer lejos de casa y que podían darle o no permiso para comunicarse con él. Daba la impresión de que la

llamada había sido algo clandestino, algo que sus ¿secuestradores?, ¿guardianes? ignoraban.

Seguramente habría llamado desde un móvil con el número suprimido y no podría volver a llamar. Miró el protocolo de llamadas de todas formas.

No podía creerlo. Se puso en pie de un salto al darse cuenta de que Lena no había llamado desde un móvil, sino desde un teléfono fijo que salía en pantalla. Un teléfono fijo con prefijo internacional y de país. Buscó rápidamente en Internet tratando de localizar de qué país se trataba.

Marruecos.

Lena estaba en algún lugar de Marruecos. Pero era algo que no pensaba contarle a nadie.

Clínica privada del doctor Kaltenbrunn. Neuchâtel (Suiza)

Eleonora entró en la habitación con el ramo de flores más enorme que Clara había visto en su vida: rosas, gerberas, amarilis, gladiolos, orquídeas... una variedad increíble de flores en distintos tonos de rojo mezclados con hojas de un verde brillante. El ramo era tan grande que casi tapaba por completo a su portadora, pero en seguida lo dejó encima de la cama y la abrazó con fuerza.

—¿Mañana es el gran día, querida! ¿Cómo estás? ¿Nerviosa, excitada?

—Un poco nerviosa, la verdad. ¿Dónde está Dominic?

—Abajo, hablando con tu madre, que también acaba de llegar. Anda, vístete y nos vamos a comer por ahí y a hablar de los últimos detalles. Ya me ha dicho el tío Gregor que te has convertido en una carnívora. —Soltó una carcajada fresca que a Clara le dio grima.

—¿Cómo dices? —No era posible que el doctor Kaltenbrunn se hubiera enterado de sus escapadas nocturnas en busca de animales. Estaba segura de que nadie sabía nada en el sanatorio.

—Que para haber sido vegetariana durante tantos años parece que ahora te has aficionado a la carne y te encantan los filetes semicrudos.

—Pues sí. Yo tampoco lo entiendo; debe de ser el embarazo.

—Es mucho mejor comer carne, créeme. En el clan rojo apreciamos la buena comida. ¿Tienes planes para esta tarde o podemos ir un rato de compras? Me gustaría regalarte algo bonito, pero como aún no te conozco bien, creo que sería mejor que fuéramos juntas.

—Yo había pensado estar con Dominic.

—Claro, mujer, pero más tarde, ¿no? Ahora vamos a comer, luego nos iremos de tiendas tu madre, tú y yo, después nos pasaremos por el hotel a ver si tenemos alguna queja sobre la decoración para mañana y ya luego, cuando terminemos de cenar, os podréis retirar a vuestro cuarto y estar solos un rato.

—Es que hace mucho que no nos vemos, Eleonora.

—Sí, querida. Así son las cosas en nuestra familia; ya te irás acostumbrando. Nos vemos poco, pero cuando estamos juntos, siempre es espectacular.

Mientras se vestía para salir, viendo a Eleonora recostada en el sofá de su habitación mirando el paisaje alpino, Clara pensó que ése era precisamente el adjetivo que mejor describía a Eleonora: espectacular. A su lado ella se sentía como un ratón, feo y gris; como un ratón al lado de un tigre o de una pantera.

Bajaron juntas la escalera y, al ver a Dominic hablando relajadamente con su madre, con las manos en los bolsillos del pantalón, estuvo a punto de desmayarse de felicidad. Él también era un leopardo o una pantera, como su hermana. No quería ir a comer con nadie, no quería ir de compras; lo único que quería era que él la abrazara y la llevara a una cama o a un sofá y poder acurrucarse con él durante días enteros, sin nadie más alrededor, y estar juntos, y hacer el amor, y ser felices sin testigos. Pero cuando se encontraron, en lugar de saltar encima de él y agarrarse a su cuello dando gritos de alegría, la vergüenza pudo más y se limitó a besarlo con dulzura y a quedarse muy cerca de él hasta que él le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso suave en la oreja mientras escuchaba a su hermana haciendo planes para todos. Luego la acaparró su madre y, en cuanto terminaron de comer en un restaurante elegantísimo que sin embargo no le dejó el menor recuerdo, Dominic se excusó dejándolas solas hasta la noche.

—Nico es el típico hombre que detesta ir de compras. Imagínate que la mayor parte de lo que viste son prendas que le llevan directamente a su despacho y que ni siquiera se prueba, porque su hombre de confianza tiene todas sus medidas —les explicó Eleonora.

Por un momento, como le sucedía cada vez con más frecuencia, Clara pensó que todo aquello era un despropósito, que era una locura estar a punto de casarse con alguien a quien no conocía en absoluto sólo porque tres meses atrás se había enamorado de él y ahora estaba esperando un hijo suyo; alguien que pertenecía a un mundo totalmente distinto, que consideraba naturales cosas que para ella eran incomprensibles, que seguramente ni siquiera sería capaz de comprender cómo vivían y sentían las personas normales, como ella.

Ni siquiera sabía bien cómo comportarse con él en los raros momentos en que estaban solos, ni podía participar en la conversación cuando estaban los cuatro juntos porque los otros tres hablaban de temas profesionales que a ella no le decían nada.

Aunque no quería confesárselo ni siquiera a sí misma, cada vez sentía con más fuerza que se estaba metiendo en una trampa; pero otras veces, cuando sus ojos se encontraban y él le regalaba su sonrisa secreta, esa sonrisa especial sólo para ella, lo olvidaba todo y habría estado dispuesta a morir por él.

Al día siguiente, después de una noche pasada con su madre porque Dominic tenía que preparar una sorpresa que quería darle como regalo de boda, Clara se encontró con que el doctor Kaltenbrunn había hecho que le subieran un filete tártaro como desayuno, junto con una jarra de zumo de naranja.

—No me puedo creer que te apetezca comer carne cruda recién levantada, hija —dijo su madre enarcando una ceja.

—No me apetece, mamá —mintió Clara—, pero el tío Gregor dice que la necesito por algo de la metabolización del hierro.

—Él sabrá. Anda, date un poco de prisa, que la maquilladora y el peluquero están al llegar. —Se acercó por detrás y la abrazó fuerte—. ¿Quién nos iba a decir a nosotras el año pasado que estaríamos en uno de los hoteles más caros de Europa a punto de emparentar con los Lichtenberg, y que yo iba a ser abuela? ¿Estás contenta, cariño?

Clara tragó saliva y, para retrasar la respuesta, se metió una buena cucharada de carne en la boca. El doctor debía de saber más de lo que aparentaba porque aquel filete tártaro no llevaba ni sal ni especias de ningún tipo; era simplemente carne, jugosa y tierna, casi viva aún.

—Creo que sí —contestó por fin.

—¿Cómo que crees que sí? ¿Qué tontería es ésa?

Clara sacudió la cabeza.

—No sé, mamá. Ha ido todo muy de prisa. La verdad es que casi no conozco a Dominic. Y echo de menos a Lena.

—¡Bah! Eso no son más que nervios. Y lo de Lena... si hubiera sido mejor amiga, ahora estaría aquí, con nosotras. Vamos, no lo pienses más. Termínate el desayuno de fiera y a arreglarte.

El desayuno de fiera. Su madre había dado en el clavo. Era justamente eso lo que tanto miedo le daba: que se estaba convirtiendo en algo que no era ella; en una depredadora, en una fiera capaz de atrapar a un pobre gato o un conejo indefenso y clavarle los dientes. Eso era algo que no podía compartir con nadie y que no lograba comprender.

Cuando empezaba el hambre era una sensación espantosa, como si le faltara algo fundamental para seguir con vida; luego, cuando conseguía cazar a su presa y la boca se le llenaba de sangre no había nada mejor en el mundo. Se sentía capaz de volar, de arrancar árboles, de atravesar una pared de roca. Era como estar en lo más alto de una montaña inmensa, tocando el cielo. Después, cuando estaba ya en la cama, relajada,

satisfecha, y empezaba a pensar en lo sucedido, de repente la vergüenza la inundaba y se sentía sucia, animalesca, monstruosa.

Había llegado a pensar... Pero no. Era demasiado estúpido.

Había llegado a pensar que se estaba convirtiendo en vampira, que los Lichtenberg eran una familia de vampiros y de algún modo, sin que ella se hubiera dado cuenta, le habían contagiado la enfermedad.

En esos momentos lo que quería era llamar a Lena, contarle todos sus miedos y pedirle ayuda como siempre había hecho; pero luego pasaba el arrebatado y lo olvidaba hasta la siguiente vez, con la única esperanza de que todo quedara atrás cuando naciera el bebé, que todo volviera a ser como era antes y que nadie se enterara mientras tanto.

Llegaron la maquilladora y el peluquero y los pensamientos oscuros desaparecieron entre pinturas y secadores y medias y ropa interior. Cuando se miró al espejo vestida con el traje de novia más maravilloso del mundo, se sonrió a sí misma y pensó que todo había valido la pena, que iba a ser muy feliz. ¿Cómo no iba a ser feliz casada con Dominic, y con un bebé perfecto y la casa fantástica que él le había prometido y todo el dinero del mundo para poder viajar, estudiar, invitar... lo que quisiera?

Se abrazó a su madre, cogió el ramo de novia —rojo, como sus zapatos, y como el collar de rubíes, propiedad de la familia, que Eleonora le había dejado sobre el tocador— y, con un suspiro de felicidad, bajó la escalera del brazo del doctor Kaltenbrunn entre los aplausos de una docena de desconocidos que, al parecer, formaban parte del clan rojo, fuera eso lo que fuese.

Sólo en ese momento se dio cuenta de que era Nochebuena; la Nochebuena más extraña de su vida y la primera que pasaría sin su padre, que las había abandonado el día de Año Nuevo del año anterior.

Lux Aeterna. Isla de la Rosa de Luz (mar Caribe)

El pequeño templo de inspiración egipcia brillaba con una luz perlada, semioculto entre palmeras y bambúes. La iluminación de todo el complejo era una obra de arte firmada por Christian Rauch, el mejor artista del momento, que lo mismo trabajaba para iluminar grandes eventos como para los más prestigiosos directores de cine.

Desde los comienzos de la Orden, Alejandro Andrade, el Gran Maestre, había sido consciente de que la liturgia y la dramaturgia son por lo menos tan importantes

como las ideas que se desea propagar y por ello había hecho una gran inversión en lo que más conmueve el alma humana: la iluminación y la música. Y el tiempo le había dado la razón: sus muchos y ricos adeptos probaban la calidad de sus creencias y lo certero de la forma estética que había elegido para que se sintieran arropados y satisfechos.

Ahora que la música había cesado y la procesión se había detenido frente a la entrada del templo, lo único que se oía era el rumor de las olas, el susurro del viento en las palmas y un sonido cristalino, casi inaudible, como de campanillas de plata y varillas de cristal entrechocando en algún misterioso lugar.

La fachada, cuadrada y sobria, brillaba como bañada en luna líquida y desde el interior se filtraba una luz rojizo dorada que calentaba el corazón y hacía desear entrar en la nave y dejarse flotar como una pluma en las partículas luminosas.

Un escalofrío recorrió la espalda del Gran Maestro al sentir que el templo estaba habitado. Israfil había acudido a su llamada.

Sintió que empezaba a sudar, pero no podía limpiarse la frente con la manga sin más, de manera que, con un gesto, pidió a una de las novicias que le llevara un cuenco de agua perfumada, hizo sus abluciones como si formaran parte del ritual y, refrescado y más tranquilo, tendió la mano a la iniciada. Sus ojos se encontraron y el Maestro se dio cuenta de que la mujer, por muy princesa que fuera, se había convertido simplemente en un animal aterrorizado. Temblaba como una hoja, tenía las manos heladas y los ojos se le habían desorbitado hasta ocupar la mitad de su rostro.

—No temas, hija. Israfil te espera.

El temblor de sus manos se intensificó y el Maestro tuvo que sujetarla por miedo a que se le doblaran las rodillas y cayera al suelo.

—Yo te acompaño. Todos te acompañamos. No tengas temor. Disfruta del momento, hermana; has recorrido un largo camino para llegar aquí.

La princesa asintió y dio un ligero apretón a las manos del Maestro para que comprendiera que estaba dispuesta; tenía la garganta tan oprimida que no se sentía capaz de hablar.

Cogidos de la mano se dirigieron solemnemente al templo, seguidos por la compañía de Elegidos con sus mantos blancos. Los novicios y acólitos, así como los músicos, se quedaron en el exterior, acuclillados en silencio entre las frondas, como exóticos pájaros dormidos.

Nada más atravesar el vestíbulo y penetrar en la nave, la princesa inspiró por la boca, maravillada, lo que arrancó al Maestro una sonrisa rápidamente reprimida. Siempre ocurría aquello. Cualquiera que entrara en aquel templo se quedaba sin aliento, y no sólo la primera vez.

La nave era enorme porque había sido excavada en la colina y desde fuera nadie

habría podido adivinar su tamaño. Desde el exterior sólo se veía un pequeño templo de líneas sencillas y pura piedra blanca; pero una vez cruzado el umbral, el visitante se encontraba con un altísimo espacio abierto que parecía infinito, enfatizado por una arquitectura luminosa que fingía caminos en el aire y hacía que los iniciados se sintieran ingrátidos, como aspirados hacia el universo.

Una especie de brisa de suspiros, exhalaciones y susurros recorrió a los circunstantes, que fueron avanzando hacia el fondo extendiendo las manos para jugar con la luz, que cambiaba de color, de forma y de intensidad como un ser vivo que fluyera a su alrededor, dándoles la bienvenida. Sólo una vez al año les estaba permitida a los Elegidos la visita al templo, más las raras ocasiones en las que se producía una iniciación; por eso habían acudido casi todos, para disfrutar de la profunda dicha de pertenecer a la Rosa de Luz, así como para reafirmar su fe en la Presencia.

Cuando estuvieron todos reunidos al fondo de la nave, donde en el suelo destellaba una rosa hecha de brillantes, un relámpago índigo, acompañado de un poderoso trueno, estuvo a punto de cegar a los fieles, que cayeron de rodillas, cubriéndose la cabeza con el manto. La iniciada y el Maestro permanecieron de pie, aunque ella habría preferido arrodillarse también y bajar la vista.

—Israfel, Israfel, Israfel —susurraron todas las voces.

De un momento a otro, como de la nada, se coaguló una figura que parecía estar hecha de pura luz violeta con chispas de oro y que lentamente, como si la luz misma fuera esculpiendo sus formas, se iba convirtiendo en una figura más o menos humana, salvo que era mucho más grande y tenía dos alas, poderosas y blanquísimas, flanqueando su cuerpo. Su cabeza, de largos cabellos tan blancos que daban la impresión de ser irisados y cambiaban de color, estaba nimbada de una luz dorada tan vibrante que parecía estar hecha de seres vivos, danzantes, pulsantes. Sus pies no se apoyaban en el suelo; flotaban a unos centímetros de la rosa, cubiertos por una larga túnica, blanca como una nube, como la niebla del mar. Sus ojos eran transparentes y su mirada quemaba como un rayo y parecía abarcarlos a todos a la vez.

—Israfel —dijo el Maestro con voz sonora—. Te damos las gracias por tu presencia y queremos mostrarte a una persona que desea tu guía y tu luz. —Dio unos pasos atrás, dejando a la princesa Karla, temblorosa y fascinada, frente a él.

Ella había sido instruida durante muchos meses en la ceremonia de iniciación; estaba acostumbrada a protocolos y liturgias, tenía una gran capacidad para recordar movimientos, gestos y palabras, había participado en docenas de ceremonias con las personas más poderosas del planeta, pero nada la había podido preparar para la Presencia que ahora tenía frente a ella. Era un ángel. Un ángel de verdad, por una parte como los que aparecen pintados en las iglesias, pero por otra totalmente distinto. No había nada dulce y suave en aquel ser que vibraba flotando en la luz. O

más exactamente, no era cuestión de dulzura y suavidad, sino de que, simplemente, no era humano. Los patrones humanos no eran aplicables a él. Eso era lo que daba tanto miedo y, a la vez, lo que hacía que el corazón saltara de gozo al verlo, porque existía, porque estaba ahí.

—Karla —dijo el ángel con una voz que era como un trueno sobre el mar.

Ella cayó de rodillas.

—¿Has venido a entregarte a mí?

—Me entrego a ti, Israfel. —Su voz era apenas un murmullo.

—No tengas miedo. Álzate. Mírame.

Karla echó una mirada por encima del hombro a los compañeros que la rodeaban y que miraban, fascinados, el rostro del ángel. Todos ellos habían sobrevivido; ella también sobreviviría.

Se puso en pie, avanzó cuatro pasos como le habían enseñado, echó la cabeza atrás para poder mirarlo y clavó los ojos en los de la Criatura, que la traspasaron como un rayo. De un instante a otro se sintió tragada por un remolino de agua y luz, unas veces helado, otras tan caliente que quemaba; tuvo la intensa sensación de que aquella mirada de fuego la estaba recorriendo por dentro, aprendiendo su vida, sus secretos, sus temores, sus dudas, su amor, su debilidad, su fuerza, haciéndola suya para siempre. Un intenso dolor la recorrió entera y gritó sin darse cuenta. Luego le pareció que entraba en un túnel de piedra tan estrecho que las paredes le impedían avanzar, frotándose contra su cuerpo, haciéndolo sangrar. Se vio libre del túnel, pero a la salida unas altas llamas rojas, rugientes, la forzaron a atravesar una larguísima extensión de fuego. Dolía horriblemente, pero a través de las llamas se veía el cabrilleo del agua, un gran lago azul y frío, rodeado de bosques y altas montañas de roca blanca. El fuego estaba en el centro, en un pequeño pabellón.

El dolor desapareció. El frío del agua fue un bálsamo que pronto la hizo tiritar hasta que sintió que se congelaría, que su corazón dejaría de latir. Pero repentinamente el frío cesó, y el agua se transformó en una brisa cálida que la arrastraba como si no pesara más que una hoja de otoño. Voló sobre las montañas, sobre un desierto dorado, sobre un océano de un intenso azul, hasta una pequeña isla cubierta de palmeras, hasta la luz que inundaba el templo, hasta los ojos de hielo ardiente de Israfel.

—Tu nombre es Kentra. Eres mía. Yo te llevaré a la Luz cuando te llegue la hora. Te llamaré por tu nombre y me reconocerás.

El hilo se rompió y Karla, ahora Kentra, se dejó caer al suelo, agotada, desmadejada.

—Os recuerdo a todos —dijo el ángel con voz de trueno sobre el mar—. Conozco vuestros nombres. Sois míos y os protegeré.

Los fieles se llevaron la mano al corazón y se inclinaron hasta tocar el suelo con

la frente. Cuando volvieron a alzar la vista, el ángel había desaparecido y todos temblaban o lloraban. Hasta el Maestro, que una vez tras otra se quedaba perplejo con la aparición de Israfel.

Blanco. Estación de investigación glaciológica. Ártico (Islandia)

—Entonces, Albert, ¿tú estás a favor? —Emma Uribe se inclinaba sobre la mesa como si su cercanía física pudiera hacer que su compañero diera su aprobación más de prisa. Albert la miraba, divertido, mientras le daba bocados a una manzana bastante vieja ya, la última que les quedaba.

—Pues claro que estoy a favor. Estoy harto de esta endogamia, casi siempre tú y yo de acuerdo, Lasha en contra y Tania como si no existiera.

—Sí. Ése es otro de los temas que habría que discutir.

—¿Cuál? ¿Tania?

Emma asintió con la cabeza.

—No te molestes. Ya lo he intentado yo varias veces, pero siempre insiste en que está bien y en que vive aquí porque le gusta nuestra compañía...

—Pero si nunca se le ve el pelo —interrumpió Emma.

—Es lo que ella dice, no lo que creo yo. Y que está contenta con el progreso de sus investigaciones, y que siempre hemos sabido que no es una persona demasiado social. Así que no te molestes en pedirle su opinión sobre el asunto de traer a alguien más a la estación. El que llegue tardará meses en darse cuenta de que existe Tania.

—¿Tienes alguna sugerencia, o envío un anuncio a las universidades más obvias?

—Yo creo que si queremos a alguien que traiga un poco de vida al garito, el candidato ideal es Ritch.

—¿Quién es Ritch?

—Richard Thomas Brown, un joven geólogo, y creo que también físico, que hizo la tesis con Lasha y lo admira hasta la veneración, pero piensa por sí mismo, es muy alegre y extremadamente curioso, además de brillante.

Emma ladeó la cabeza y empezó a darse golpecitos en el labio.

—Curioso, dices... ¿y eso te parece bueno?

—Pues sí, la verdad, porque desde que estamos en esto, y no quiero recordarte cuantísimo tiempo llevamos en lo mismo, no hemos avanzado mucho y últimamente tengo la impresión de que lo que nos bloquea es que somos siempre nosotros mirando con los mismos ojos y las mismas ideas preconcebidas. Quizá trayendo a alguien que

mire con ojos limpios...

—Sí, puede que tengas razón, pero en ese caso, primero tendríamos que aceptarlo en la familia, y eso lleva su tiempo, y segundo, lo ideal sería que no fuera geólogo.

—¿Y qué debería ser, según tú?

Emma soltó la carcajada porque era un tema que llevaban años y años discutiendo.

—¡Yo qué sé! Ingeniero, informático, físico, lingüista, poeta... cualquier cosa nos vendría bien. Todos nos vendrían bien.

En el silencio sólo se oía a Albert, que estaba masticando ya el corazón de la manzana.

—¿No habría que consultar a Lasha si invitamos a Ritch? —volvió a preguntar Emma que empezaba a darse cuenta de que, si enviaba la oferta, las cosas podían adquirir una dinámica propia con mucha rapidez.

—Dirá que no. Aunque una vez, hace unos meses, me comentó que si pensábamos aceptar a otro familiar, Ritch sería una buena opción.

Emma se puso en pie de un salto.

—Entonces voy a ponerme en contacto con él ahora mismo, aunque no sé si le hará ilusión venir aquí, donde no hay más que hielo y viejos.

—Y el mayor secreto del planeta. —Albert sonrió achicando los ojos, lo que siempre le daba un aspecto todavía más élfico.

—¿El mayor?

—No se me ocurre nada que pueda competir con lo que tenemos ahí abajo, pero en cualquier caso, si no es el mayor, es el mejor guardado. Si tenemos un accidente nosotros cuatro, desaparece con nosotros. Quizá sea bueno compartirlo.

—¿Con *haito*? Si no nos importó matar a todos los que participaron en la primera excavación para salvaguardar el secreto...

—Eso era necesario. Además, eran demasiados para poder confiar en su silencio. Éste es sólo uno. Si lo aceptamos en la familia...

—De todas maneras, jamás sera *karah*.

—Lo pensaremos cuando venga. Si viene. ¡Menuda sorpresa se va a llevar Lasha! A todo esto, ¿dónde se ha metido?

—Se ha marchado un par de días. Parece que me ha hecho caso y se ha ido a ver qué oye por ahí.

—¿Sobre el nexo?

Emma asintió con la cabeza, mordiéndose los labios. Albert palmeó la parte de sofá que estaba vacía a su lado, invitándola a sentarse, y le pasó un brazo por los hombros.

—No te hagas muchas ilusiones, Emma. A mí también me gustaría, pero si lo piensas bien, es pura especulación. Algún *mahawk* ha empezado a airear viejas

leyendas y, como últimamente es tan raro que *karah* tenga descendencia, las ilusiones colectivas se han disparado y ya no nos alegra simplemente que vaya a haber uno más de nosotros, sino que nos imaginamos que va a ser el Salvador, el Mesías, como dice Lasha.

—¿En qué *mahawk* estás pensando? Nosotros ya no tenemos, porque nuestro querido Lasha, en cuanto a eso, es como si no existiera; el *mahawk* azul no se relaciona con nadie y hace siglos que apenas tenemos noticias de ellos; el rojo está loco de atar y ni ellos lo nombran ya para nada. Sólo queda Imre, el Presidente, el gran financiero y constructor. ¿Tú te imaginas a Imre propagando noticias de nexos?

—Hace mucho que no lo veo. Puede haber cambiado.

—Sí. Antes era un T-Rex, ahora a lo mejor es un tiburón; en cualquier caso, una fiera con más dientes que cerebro.

—No lo subestimes, Emma. Imre no es sólo un depredador, como tú quieres creer. Es extremadamente inteligente y leal, y tu odio por él puede estar justificado, no lo niego, pero no le quita un ápice de sus cualidades.

Los dos suspiraron, cada uno perdido en sus recuerdos, y apoyaron la cabeza en el respaldo del sofá, la vista fija en la gran pantalla que en ese momento pasaba imágenes de Marruecos, vibrantes de color: murallas amarillas, torres rojas, cerámicas, alfombras, flores, palmeras, las olas del Atlántico rompiéndose en cascadas de espuma blanca contra las rocas, contra la arena dorada...

—Emma —preguntó Albert por fin—, ¿tú crees de verdad que ese niño que está a punto de nacer será un nexo?

Ella se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos.

—Sí, Albert, yo creo que sí.

—Entonces —dijo después de una pausa—, habría que enviar a alguien a protegerlo, ¿no crees?

—Protegerlo ¿de quién?

Albert se encogió de hombros.

—No creo que Lasha sea el único *karah* que piense que estaríamos mejor sin él. La vida de un bebé es frágil. Y la de una mujer embarazada también.

—El clan rojo los protege.

—Yo estaría más tranquilo si hubiera alguien del clan blanco entre las sombras.

—Ya no nos queda nadie, lo sabes. Somos médicos y científicos desde hace tanto que se nos ha olvidado que también deberíamos tener a gente que sepa luchar. Joseph era magnífico, pero debe de estar ya muy viejo.

—Eso podría tener arreglo.

Emma lo miró, agradablemente sorprendida.

—¿Crees que aún funcionaría? Tendrá ya más de cien años.

Albert volvió a encogerse de hombros.

—Podríamos probar.

—Voy a buscarte un billete para París.

—¿No quieres venir conmigo?

—Tengo que ocuparme del muchacho, de Ritch. Y Tania se quedaría sola.

—Tania siempre está sola. Lo de Ritch puede esperar. Si vienes, te invito a cenar al mejor restaurante de la ciudad y te regalo lo que quieras.

—Voy a echar una mirada a los precios, a ver si nos lo podemos permitir. — Emma le guiñó un ojo ya en la puerta y ambos soltaron la carcajada.

Negro. Shanghai (China)

Imre Keller estaba de nuevo en su despacho, sobre las luces de Shanghai, debatiendo consigo mismo la conveniencia de azuzar a Nils o dejar que él hiciera las cosas a su modo, aunque por el momento daba la sensación de que no se avanzaba en ninguna dirección.

La joven *haito* había sobrevivido, así como el bebé que llevaba en el vientre, y probablemente estaba oculta en alguna de las muchas instituciones que controlaba el clan rojo. De momento, por ese lado, no había mucho que hacer, salvo esperar a que llegara el momento del parto y entonces atacar con suavidad y rapidez. Para eso confiaba ciegamente en Nils, aunque de momento sus resultados fueran más bien decepcionantes.

Unos discretos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones; dio su permiso y entró Fu, tan bella como siempre, vestida de seda negra.

—Hay alguien que desea verlo, señor Presidente.

—¿Alguien? —repitió, irritado. No era propio de su asistente y familiar expresarse con tan poca precisión—. ¿No tiene nombre, ni tarjeta de visita?

Fu sacudió la cabeza en una negativa.

—¿Y qué le hace pensar que estaré dispuesto a recibirlo, miss Fu? —preguntó con clara irritación en la voz.

La muchacha dejó sobre la pulida superficie de la mesa una moneda de oro en la que se apreciaban cuatro segmentos unidos por un pequeño círculo central.

—Me ha dicho que el señor Presidente lo reconocería. Disculpe que me haya dejado persuadir. Es una persona con una aura especial, señor. Si me permite, casi diría que podrían ser familia.

Keller cogió la moneda como si quemara y, lentamente, la hizo girar entre sus

dedos.

—Hágalo pasar, miss Fu. Y márchese a casa.

La mujer inclinó la cabeza y salió silenciosamente del despacho.

Unos segundos más tarde, la puerta volvía a abrirse para dejar paso a una figura envuelta en una capa de seda escarlata, con una gran capucha cubriéndole el rostro. El Presidente deslizó la mano hacia el interruptor de la lámpara de mesa.

—No te molestes, Imre. Los dos somos animales nocturnos. O lo éramos.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Mucho, sí. —Le dio la espalda y avanzó unos pasos hasta colocarse frente al horizonte que el ocaso aún teñía de rojo—. Hermosa atalaya. Pone las cosas en su lugar.

—¿Ellos abajo, nosotros arriba?

La carcajada fue chirriante; un sonido que a cualquiera le habría dado grima y a Imre aún le incomodaba escuchar, después de tanto tiempo.

—Creo que te he echado de menos todos estos siglos. ¡Ah, parece que estoy olvidando mis buenas maneras! ¡Honor a los clanes! ¡Honor a tu clan! ¿Qué has hecho últimamente además de amontonar millones?

—Nada especial. ¿Y tú?

—Yo he ido volviéndome loco para poder soportar este mundo.

—Este mundo es el tuyo, Shane. El nuestro.

La figura escarlata volvió a reír desafortadamente.

—Ahora vuelves a hablar de ti misma en masculino, por lo que veo —siguió hablando el Presidente que, con las manos a la espalda, se había colocado al lado derecho del Shane, frente a la ventana, ambos con la vista perdida en la ciudad.

—No lo ves, Imre, lo oyes, pero sí; en este momento me refiero a mí mismo en masculino. Otras veces no. Hace tiempo que decidí prescindir del sexo, que tanto complica las cosas. He ido simplificando mi vida, mi apariencia, mi mente, mis relaciones.

Con un movimiento amplio y totalmente inesperado, se libró de la capa, que cayó al suelo en círculo, rodeando sus pies calzados con botas rojas de charol. Su cuerpo era extremadamente delgado, casi esquelético, su cuello largo. Llevaba el cabello corto, casi blanco, y sus puntas se disparaban, verticales, en todas direcciones; sus ojos eran dos charcos de sombra y brillaban como ascuas, con un fulgor apagado, como si viviera el rescoldo de una hoguera en su interior.

—¿Ves, querido? —dijo acercándose. Cogió la mano del Presidente y la llevó a su bajo vientre, entre sus piernas—. Ya no existe nada aquí. Ni aquí. —Ahora la mano estaba en el lugar donde en algún tiempo estuvieron sus pechos.

—¿Por qué, Shane?

—Ya te lo he dicho. Porque estoy loco. Ahora me llamo Nadie. O el Shane.

—Y sigues siendo el *mahawk* de tu clan.

Otra vez la risa enervante.

—A mi clan no le preocupa tener o no tener *mahawk*, aunque deberían, precisamente ahora.

—¿Has venido por eso?

—He venido porque quería verte antes de irme más lejos, de olvidarlo todo. Y porque, después de toda una vida buscando, ahora sé quién tiene la Trama.

Imre tragó saliva. Aquel extraño ser en el que se había convertido el Shane podía estar realmente loco, pero si sabía dónde encontrar la Trama era necesario que se lo dijera antes de seguir su camino hacia la nada.

—La Trama es una más de las leyendas —dijo con medido desprecio, porque suponía que sería el modo más efectivo de estimular al Shane para que hablara, ahora que parecía haber perdido el control.

—¡Sois todos unos imbéciles! —Imre sonrió en su interior; el truco había funcionado; el Shane estaba perdiendo facultades o había cambiado realmente—. La Trama no es ninguna leyenda. Tampoco tiene ningún tipo de propiedades mágicas. Es, simplemente, el estúpido plano que el nexo necesita para saber dónde tiene que situar a los arcontes para poder establecer el contacto. Vuestra ignorancia os ciega.

—Y si sabes dónde está, ¿por qué vienes a decírmelo a mí? ¿Has decidido traicionar a tu clan por los viejos tiempos?

El Shane volvió a reír estrepitosamente.

—En mi clan nadie me escucha. Son todos tan ilustrados... tan pragmáticos... tan *haito*... Podrían haberse hecho con el nexo y ni lo han oído. No quiero hablar con ellos. Y te he dicho la verdad, Imre. Tú me conoces, tienes que notarlo... me estoy volviendo loca, de verdad. Ahora puedo hablar con sensatez, pero cada vez dura menos y entonces ya no sé lo que digo, ya no sé quién soy. Soy Nadie.

Era casi doloroso oír hablar al Shane de ese modo. Siempre había sido su mejor enemigo, desde los primeros tiempos. Primero macho, luego hembra, o casi; siempre brillante, astuto, un maestro en la estrategia, el mejor *mahawk* de todos los clanes, intuitivo, culto, condenadamente atractivo en su doble sexualidad y ahora ese ser ambiguo y roto que tenía delante y que parecía a punto de perder la razón.

—¿Quieres saberlo o no?! —chilló enfurecido.

—Tú sabes que sí, Shane. ¿Quién no querría?

—Claro. Tú más que nadie. —De pronto había bajado la voz. Sus labios finos, pintados de un violento escarlata, se curvaron en una sonrisa que parecía el corte de una navaja.

Imre apretó los puños. No era posible que el Shane supiera... y sin embargo...

Nadie se acercó a él ondulando como una serpiente y se apretó contra el cuerpo de Imre, como había hecho tanto tiempo atrás, en otra vida.

—No temas. Conozco tu secreto, pero conmigo está a salvo. ¿Para qué iba a contarlo? ¿De qué me serviría? ¿Quién me iba a creer? —terminó con otra risotada—. Pero a ti te lo diré.

—¿Acambio de qué? —El Shane podía estar loco, pero nunca había dado algo por nada; salvo una vez, en un tiempo tan lejano que Imre pensaba a veces que lo había imaginado.

Sin apartarse de su lado, frotándose contra él como un gato contra el sólido tronco de un árbol, contestó bajando la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible.

—Quiero cruzar esa puerta para no volver. Y quiero que, cuando tú tengas lo que deseas, los mates a todos, Imre. A todos.

—¿Quieres masacrar a *karah*?

—No son más que un puñado ya, Imre. Se merecen la muerte. Y el planeta se merece librarse de nosotros por fin. —Nadie se apartó del Presidente y se quedó contemplando las luces de la ciudad, musitando una canción tan vieja que Imre sintió que se le encogía el estómago de angustia. Era evidente que empezaba a alejarse de él.

—Shane. Nadie. Dime dónde está.

—Jura. —El *mahawk* rojo se dio la vuelta, tendiéndole un estilete como un carámbano de cristal que reflejaba mil luces de colores en la oscuridad.

Un largo silencio. Los ojos se encontraron y se quedaron prendidos de la mirada del otro, recordando, calculando, calibrando la ganancia y la pérdida. Al cabo de un tiempo que parecía estar fuera del tiempo que miden los relojes, Imre Keller flexionó la mano izquierda y, asiendo fuertemente la hoja con la derecha, la pasó por la palma hasta que brotó la sangre. El Shane hizo lo mismo y sus manos se estrecharon, ensangrentadas, goteando sobre el suelo de mármol negro.

—La tienen unos fanáticos. Ellos no saben lo que tienen, no saben qué es ni para qué sirve, pero están dispuestos a todo para proteger sus reliquias —susurró el Shane al oído de Imre, como si hubiera alguien más en el piso ochenta del edificio. Las dos manos latían como si compartieran un solo corazón—. ¿Has oído hablar de la Rosa de Luz o *Lux Aeterna*? Ellos la tienen.

Se agachó, recogió al vuelo su capa, se envolvió en ella con un floreo, se echó la capucha sobre la cabeza y ya en la puerta se volvió hacia Imre, que se había quedado plantado en mitad de la sala, rodeado por las luces de la ciudad, como suspendido entre la tierra y el cielo, goteando sangre.

—Adiós, hermano. En tus manos está.

—¡Honor a los clanes! ¡Honor a tu clan! —contestó el Presidente con voz enronquecida un segundo antes de que se cerrara la puerta.

Sólo le respondió la risa de Nadie desde el pasillo.

Rabat (Marruecos)

Lena estaba parada al borde de la carretera tratando de cruzar a la Chellah, cuya larga muralla de color ocre se alzaba ya frente a ella, pero el tráfico era tan endiablado que no había manera de atreverse a pasar sorteando los coches, como hacían los nativos, y los conductores no parecían tener ninguna intención de cederle el paso.

No eran más de diez o quince metros, pero llevaba allí parada unos cuantos minutos y empezaba a pensar que la Chellah era inalcanzable, al menos a esa hora del día.

Ya se le había pasado el ataque de llanto y la caminata le estaba sentando bien porque la ayudaba a despejarse la cabeza y a mover un poco los músculos, pero de todas formas se sentía sola y echaba de menos su casa, su familia, sus amigos, y a Dani.

En una cafetería por la que había pasado había visto un árbol de Navidad y eso le había hecho buscar un calendario y darse cuenta de que era Nochebuena, una Nochebuena que pasaría en un país norteafricano, sola, sin música, sin regalos, sin nada de lo que había representado siempre la Navidad. Y esta vez habría sido la primera con novio; se había hecho muchas ilusiones de lo que harían juntos, de todas las cosas que volverían a ser nuevas al hacerlas en pareja; también pensaba presentarle a Dani a su padre y quizá conocer a la familia de él, sentir que estaba empezando otra etapa de su vida. Y sin embargo, allí estaba, sola en un país extraño, sin poder comunicarse con nadie, cumpliendo las órdenes de una especie de psicópata que ni siquiera era humano, para aprender cosas que no entendía qué falta le podían hacer; aunque tenía que reconocer que, cuando conseguía dominar un paso más, la sensación de triunfo era maravillosa.

Estaba empezando a cansarse de estar allí como una idiota, viendo pasar los coches a toda velocidad, sin atreverse a intentar llegar al otro lado, así que de un momento a otro, casi sin decidirlo, se lanzó a la calzada para obligarlos a frenar, al menos lo justo hasta que consiguiera llegar a donde quería.

Hubo frenazos, gestos obscenos y algún que otro bocinazo, pero pronto se encontró a menos de dos pasos de la otra acera. Entonces, como surgido de la nada, vio con el rabillo del ojo un enorme todoterreno negro que se le echaba encima a velocidad suicida y supo que no podría esquivarlo, que un instante después el coche la embestiría y ella acabaría rota contra el asfalto y aplastada por el resto de vehículos que no podrían frenar a tiempo. Todo su cuerpo se tensó, preparándose estúpidamente para el golpe, y, de improviso, sin saber cómo, se encontró a salvo, en la acera en la que quería estar; temblando, pero a salvo.

Sacudió la cabeza, perpleja. ¿Había dado un salto sin darse cuenta para librarse

del coche que la embestía? No recordaba haber saltado, pero tenía que ser así.

Bien, Lena, oyó en su interior.

Bien, ¿qué?

Los ejercicios del lago y la hoguera han resultado útiles.

¿Qué? No es posible.

De momento sólo puedes hacerlo en circunstancias de tensión extrema, pero lo conseguirás.

¿He saltado? ¿He saltado como en los ejercicios? ¿Yo sola o me has empujado tú?

Sombra te ha ayudado un poco, pero lo has hecho tú. La próxima vez serás capaz de hacerlo sola.

No podía creerlo. Era demasiado bueno. Y además era imposible.

Tu especie no es capaz de hacer muchas cosas porque estáis convencidos de que no podéis hacerlas. Vuestras investigaciones científicas os han persuadido de que ciertas cosas son imposibles y de que vuestro mundo es como ellas postulan, pero, como acabas de comprobar, se puede aprender. De todas formas, no todos tenéis las condiciones necesarias. Tú las tienes.

Lena, deseando ponerse a dar saltos de alegría, pagó el dirham que costaba entrar en la Chellah y bajó el caminito hacia las ruinas en medio de las acacias y unos árboles desconocidos con grandes flores de color de rosa, colgando de las ramas como bolas de Navidad. Sombra estaba sentado en una gruesa columna truncada, mirando el minarete donde aún se veía un nido de cigüeñas vacío. No había nadie más. El valle del Bouregreg se extendía, luminoso y ancho, abajo a su izquierda.

—Gracias, Sombra —le dijo en voz alta cuando llegó a su altura—. Por enseñarme, pero, sobre todo, por salvarme la vida. Ese todoterreno estaba a punto de matarme.

—Ese todoterreno era Sombra. No te habría matado. Pero ha servido para hacerte saltar.

Abrió la boca para gritarle y la volvió a cerrar. Se trataba, al parecer, de su método didáctico, y tenía que confesarse que había funcionado. Sin el estímulo de aquel mastodonte que estaba a punto de aplastarla, nunca habría conseguido saltar.

—Sombra... —Continuó mentalmente—: *Cuando has dicho que me habías ayudado un poco, ¿era eso lo que querías decir, que tú eras el coche, o que me has ayudado a saltar?*

Lo primero.

Entonces, ¿lo he hecho yo sola?

Sí.

¿Qué voy a aprender ahora?

Algo que llevará mucho tiempo. Vas a aprender que tú eres todo.

Lena se echó a reír sin poder evitarlo. Aquello sonaba tan absurdo, tan prepotente, que la única reacción posible era la risa.

¿Cómo que yo soy todo?

Sombra no te dará explicaciones teóricas. Lo comprenderás cuando lo sientas. Entonces ya no lo encontrarás risible. Ven. Pon tu mano en el muslo de Sombra.

Se acercó a él y, con una leve vacilación, hizo lo que le pedía. Los músculos de su pierna, a través de la tela del pantalón, eran pura piedra.

¿Percibes la solidez de la pierna?

Sí.

¿Percibes dónde empieza el muslo de Sombra y dónde acaba la superficie de tu mano?

Sí, claro.

Mira a Sombra a los ojos y aprieta un poco la mano.

Lena obedeció.

¿Sigues percibiendo lo mismo?

Sí.

Mira hacia abajo.

Estuvo a punto de desmayarse. Su mano se hundía en el muslo de Sombra, a través del tejido del pantalón, como si la hubiera metido en un estanque. La sacó de un tirón y empezó a frotársela contra el pecho con la misma sensación de asco que si la hubiera metido en el limo de un estanque lleno de cosas podridas. Sombra la miraba impertérrito, como siempre, hasta que a ella misma empezó a darle vergüenza lo exagerado de su reacción.

Todo está compuesto de los mismos elementos. Todo está en movimiento constante. Tú eres todo. Todo es tú.

Me asusta, Sombra.

Porque contradice todo lo que has aprendido. Imagina que metes la mano en el agua, en una corriente de aire, como los secadores de manos, en la llama de una vela por unos segundos, ¿te asusta eso?

No.

Sombra bajó de la columna, dejándole libre el sitio.

Mete la mano ahí.

¿Dónde?

La mirada de Sombra no dejaba lugar a dudas. Le estaba pidiendo que intentara meter la mano en la columna de mármol, como si fuera agua.

Si te ayuda, puedes imaginar cera líquida o chocolate blanco fundido.

Lena extendió el dedo índice, titubeante, como si fuera a probar una salsa, y tocó la dureza del mármol, caliente de sol.

Mételo.

No pue...

En un instante, su dedo se había hundido en la piedra, lo que le arrancó un grito de sorpresa. No sentía nada en el dedo, ni frío ni calor, ni presión ni textura; era simplemente como si el mármol no existiera.

Imagina que tu dedo está hecho de finísimos granos de arena y lo estás metiendo en un vaso lleno de piedras de río. Cabe perfectamente ¿no lo notas? Tus granos de arena ocupan los vacíos entre las piedras.

Sombra.

Sintió que la escuchaba, aunque no se hubiera molestado en contestarle; también tuvo la sensación de que sabía muy bien qué era lo que iba a preguntar.

Si sigo aprendiendo, al final dejaré de ser humana, ¿verdad?

Sí. Ésa es la meta.

Yo no quiero dejar de ser humana.

Puedes intentar conservar también tu humanidad, pero ésa no es la tarea de Sombra.

¿Qué puedo hacer?

Sombra no sabe ni puede ayudarte en eso.

Lena se sintió arrastrada por un miedo terrible, por una pena tan intensa que le cortaba la respiración. Si seguía por el camino que había emprendido, acabaría siendo el ser más solitario de la tierra, separada de todos, capaz de hacer milagros, pero sola, distinta, monstruosa.

Por favor, Sombra, dime qué puedo hacer.

Puedes pensar qué es lo que te hace humana, qué es lo que deseas conservar de tu naturaleza anterior y practicar para no perderlo. Sólo se alcanza la perfección practicando, con esfuerzo, con entrega. Eso es algo que empiezas a saber.

Sí.

La tristeza la estaba invadiendo como una niebla, lentamente, casi sin notarlo. Pensó que le gustaría dormirse durante cien años y que al despertar Sombra hubiera desaparecido y todo hubiera vuelto a la normalidad.

¿Y si me niego a aprender?

Nunca sabrás para qué has nacido. Tu madre seguirá muerta; su sacrificio habrá sido inútil.

¿Qué? ¿Qué has dicho de mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre con esto?

Ella grabó la marca en tu cráneo. Ella sabía lo que tenía que suceder.

Si yo continúo, ¿ayudará eso a mi madre de alguna forma?

Sombra no contestará más preguntas ahora. Elige. ¿Deseas aprender?

Sí.

A ella misma le sorprendió su rapidez de respuesta.

En ese caso sigue practicando. Entra en la roca. Sé la roca. Haz que la roca sea

tú.

Cerró sus sentimientos, olvidó que era Nochebuena y que estaba sola, y que pronto dejaría de ser humana, y se concentró en lo que Sombra le enseñaba. Si su madre lo había previsto así, tendría que confiar en que no se hubiera equivocado.

Viena (Austria)

Habían pasado ya las vacaciones de Navidad cuando Daniel, cansado de esperar, decidió ponerse de nuevo en contacto con el padre de Lena.

Había llamado varias veces al número de Marruecos, había averiguado que era un hotel, había visto las fotos en Internet e incluso había conseguido entenderse más o menos con el recepcionista, pero al final había tenido que aceptar que no había ningún cliente alojado que respondiera al nombre de Aliena Wassermann; ni siquiera tenían ningún cliente austríaco, le había dicho una muchacha muy simpática que hacía el turno de mañana.

Una explicación posible era que Lena hubiera conseguido escapar unos minutos y se hubiera metido a telefonar en el primer hotel que le había salido al paso. Ni siquiera era seguro ya que siguiera en Marruecos, pero él no había podido moverse de Austria porque, estando en el ejército, no tenía permitido cruzar la frontera de su país. Le faltaban algo menos de cuatro meses para licenciarse y eso era una eternidad. No podía estar seguro de que ella fuera a quedarse allí durante tanto tiempo, pero era la única pista que tenía.

En cuanto terminara la mili y tuviera los papeles en regla, cogería todos sus ahorros y se iría a buscar a Lena, pero por el momento no le quedaba más remedio que aguantar y quizá tratar de intercambiar información con el señor Wassermann; ahora por lo menos tenía algo que ofrecer: él sabía dónde estaba Lena, o al menos dónde había estado unos días atrás, y él probablemente no.

Lo había estado llamando a lo largo de los días festivos, pero al parecer se había marchado de viaje y, a pesar de que él le había ido dejando mensajes en el contestador, nunca le había devuelto las llamadas.

Ahora, instalado en el piso de Pippi para tener un poco de intimidad, y aprovechando que su amigo se había ido al cine, se estaba preparando para llamar cuando, de repente, sonó su móvil.

—Daniel Solstein.

—Hola, Daniel. Habla Max Wassermann. —Dani se puso rígido en el sofá.

—Estaba a punto de llamarlo yo. ¿Hay algo nuevo?

—Estoy en Viena por trabajo pero me acabo de quedar libre. Me gustaría invitarte a cenar, si tienes tiempo.

No lo podía creer. Era como si fuera otra persona la que ahora le hablaba. Seguía siendo más bien seco, pero ya no se percibía ese hielo, esa distancia cortante de la última vez. Y había pasado de llamarlo «señor Solstein» a llamarlo simplemente Daniel. ¿Habría hablado con Lena mientras tanto?

—Claro, por supuesto. Encantado. ¿Cuándo y dónde nos vemos?

—¿En la Palmenhaus, dentro de media hora? ¿Sabes dónde está el restaurante?

—Sí. Perfecto. Salgo para allá. ¿Cómo lo reconozco?

—Yo te reconoceré.

Wassermann colgó y Dani se quedó perplejo, mirando sin ver el póster gigante del Life Ball que ocupaba la pared enfrente del sofá. Quería verlo. Él quería verlo. Eso sólo podía significar que, fuera como fuese, tenía alguna información nueva, y que se había enterado de que él era realmente el novio de su hija. O quería pedirle ayuda para buscarla. O...

«Deja de pensar estupideces y muévete —se ordenó a sí mismo—. Ya te enterarás cuando lo veas.»

Dejó una nota para Pippi, cerró bien la puerta y se lanzó al metro. Por fortuna el restaurante estaba muy cerca, al lado de la Biblioteca Nacional, y además era uno de los que más le gustaban, aunque no se lo podía permitir casi nunca. De hecho era ahí adonde tenía pensado llevar a Lena la primera vez que fuera a visitarlo a Viena. Era un antiguo invernadero, del siglo XIX, todo cristal, de techos altísimos, lleno de palmeras y ficus y plantas exóticas, con una iluminación muy cálida y un ambiente distendido, con buena música. Parecía que Max Wassermann tenía buen gusto, además de haber engendrado a una hija preciosa.

Aún estaba sacudiéndose del pelo la nieve que le había caído encima en el corto trayecto desde la salida del metro cuando un hombre alto y delgado se puso en pie en una mesa del fondo y le hizo una seña.

Daniel se acercó, después de colgar el anorak, y se estrecharon la mano mirándose a los ojos, cada uno tratando de medir al otro.

—Gracias por la invitación, señor Wassermann.

—Max. Es más cómodo.

Se les acercó una camarera con la carta y durante unos minutos nadie dijo nada; pidieron y se quedaron mirándose de nuevo. Wassermann era más joven de lo que Daniel había imaginado y, a pesar de que llevaba traje gris y gafas metálicas, producía más la sensación de estar disfrazado de persona seria que de serlo realmente.

Para Max, Daniel era de algún modo una nueva versión de sí mismo, aunque no

se le pareciera en absoluto. Max siempre había tenido aspecto intelectual, alto, más bien flaco, con gafas y pelo corto, siempre vestido con tonos grises o azules. Daniel tenía aspecto deportivo, hombros anchos y complexión más fuerte, aunque era delgado, llevaba el pelo rapado de los chicos que están haciendo el servicio militar y eso hacía que se le vieran más las orejas, un poco despegadas. Miraba de frente, con sinceridad, lo que le resultaba muy positivo. Durante varios días se había temido que Lena, al ser la primera vez, se hubiera enamorado de uno de esos niñatos con carita de bobo que tanto abundaban últimamente. Daniel parecía un chico normal, como había sido él treinta años atrás.

—Te estarás preguntando por qué te he llamado ahora, ¿no?

—Pues sí.

—Te dije que haría unas llamadas. Las he hecho. Y he leído el diario de Lena.

—¿Quéee...?

—¿Te escandaliza?

—Pues sí, la verdad. No me parece decente.

Max sonrió. Dio las gracias a la camarera que acababa de dejar en la mesa dos cervezas grandes y volvió a mirar a Daniel.

—Ese diario ha estado en mi casa los últimos siete u ocho años y jamás se me ha pasado por la cabeza abrirlo. Pero no sé si te haces cargo de cómo se siente uno cuando su hija desaparece de pronto. Todas las pistas son pocas. Hay que hacer todo lo posible, y ese diario era una fuente de información.

—¿Le ha servido para algo, al menos?

Max volvió a esbozar la pequeña sonrisa que tanto le gustaba a Lena porque, por unos segundos, dejaba ver al chico que había sido en el pasado.

—Me ha servido para querer conocerte, por ejemplo. —Chocaron los vasos y dieron un largo trago de cerveza—. Parece que Lena te quiere y yo respeto mucho los gustos y las elecciones de mi hija.

—Pero ¿hay alguna información de valor? ¿Algo que nos permita encontrarla?

El hombre se pasó la mano por la frente. Ya había decidido en el viaje a Viena qué era lo que pensaba contarle a Daniel, pero ahora empezaba a darse cuenta de por qué lo había elegido Lena y eso le hacía dudar; quizá debería poner más cartas sobre la mesa. No todas, pero unas cuantas más. Aquel muchacho parecía realmente maduro, estable, de fiar, todo lo que Lena decía de él en su diario. Que era tenaz estaba claro. Muchos chicos de su edad habrían decidido que lo mejor era olvidarse de esa novia tan problemática y buscarse otra durante las fiestas de Navidad.

—Verás... no sé por dónde empezar. Es difícil. Hace falta... no sé si decir imaginación o amplitud de miras, o flexibilidad o directamente ingenuidad y fantasía. O quizá, simplemente, ser imbécil y estar enamorado. No sé. Lo que sí sé es que, hace treinta y tantos años, yo necesité todo eso y mucho más para poder entrar en la

vida de Bianca, para poder quedarme con ella. ¿Crees que tienes todas esas cualidades?

—No lo sé, la verdad. Vamos a probar.

—Me gusta tu sinceridad, hijo, pero quiero advertirte que, cuanto más sepas, más cambiará tu vida. Y que puedes correr peligro. Bueno, y lo más probable es que directamente pienses que te estoy tomando el pelo y que no te lo creas.

Daniel tomó otro trago de cerveza.

—Lo acepto todo.

—De acuerdo. A ver cómo te lo explico...

Daniel estaba empezando a pensar que aquello parecía una película y que el padre de Lena, por la razón que fuera, quería mantenerlo al margen a base de contarle algún cuento chino, pero decidió concederle el beneficio de la duda y escuchar lo que tenía que decirle. En el peor de los casos él sí tenía una pista sólida, y Max le iba a pagar un buen chuletón de ternera.

—No sé si te habrás dado cuenta de que Lena no es del todo normal.

Dani lo miró, perplejo, y sacudió la cabeza.

—No me refiero a que tenga algún déficit o alguna enfermedad física o mental. Quiero decir que es extraordinaria.

Daniel se relajó de nuevo y sonrió.

—Eso sí que lo he notado.

—Creo que hablamos de cosas distintas, pero eso no es lo importante ahora. Su madre, que también era extraordinaria, y yo hemos intentado que no se le note, que no llame la atención en ningún momento, porque queríamos que creciera como una niña normal y que ciertas personas de las que te hablaré más tarde no se fijaran en ella, pero sabíamos, o más bien temíamos, que antes o después nos encontrarían. Hace cerca de dos años mi mujer sufrió un accidente mortal. Estoy convencido de que no fue un accidente, ya que ambos pensábamos que eso podría suceder en algún momento y ahora sé seguro que fue intencional, porque Bianca había dejado todo un plan de evasión para Lena.

—Pero —interrumpió Daniel—, si su mujer murió hace ya casi dos años y Lena ha desaparecido hace unas semanas, ¿por qué ha tenido que ser ahora?

—Porque hace unas semanas, en el instituto de Volders donde estudia Lena, fue asesinado un profesor.

—Y ¿eso qué tiene que ver?

—Bianca dispuso en su testamento que si en el entorno inmediato de Lena se producía un asesinato o una muerte no explicada, ella debería desaparecer. Luego lo entenderás mejor.

—¿Para ir adónde?

Max suspiró.

—En principio a París. Allí tenemos familia.

—Es decir, que su primera llamada, cuando quedamos en que vendría a Viena porque estaba muy asustada y se sentía muy sola era desde París.

—Seguramente.

—Y luego se esfumó. ¿Por qué? Cuando hablé con ella, me dijo que alguien no la dejaba. ¿Sabe usted de quién hablaba?

—Creo que sí.

La camarera llevó los platos, cambiaron unas palabras con ella y volvieron a quedarse solos.

—¿Conoces a Clara, la mejor amiga de Lena?

El cambio de tema desconcertó a Daniel pero contestó de todas formas.

—No he llegado a conocerla de verdad. Nos vimos una vez en un café y hablamos un momento, pero las cosas ya no iban bien entre ellas. Sé que Lena sufría mucho por eso y por el imbécil del novio que Clara había elegido.

—Ese novio es una de las razones de la desaparición de Lena. ¿Qué sabes de él?

—Sé que es millonario, que es hijo de una familia muy importante, aristocrática, creo, y que la madre de Clara trabaja en su empresa. También sé, aunque Lena me pidió que no lo hablara con nadie —Max hizo un gesto como para indicarle que ahora ya no tenía importancia, que estaba disculpado—, que está embarazada y que se van a casar.

—Así es. Lo que quizá no sepas es que Dominic, el novio de Clara, pertenece a uno de los cuatro clanes, al rojo. Bianca, mi mujer, pertenecía a otro, al blanco, y lógicamente, Lena también. Pero ella no lo ha sabido hasta hace muy poco.

En la mente de Daniel apareció instantáneamente la habitación de Lena, toda blanca. Su voz diciéndole que el blanco era el color favorito de su madre y que ella había heredado el gusto por ese color. Alejó el recuerdo y siguió preguntando:

—¿De qué clanes estamos hablando? ¿Escocia? Son los únicos que me suenan.

Max no llegó a reírse, pero volvió a sonreír.

—Éstos no son tan conocidos, pero son mucho más antiguos. Tienen muy pocos miembros y para ellos la reproducción es algo central porque están convencidos de que su genoma es diferente y quieren mantenerlo lo más puro posible.

—O sea, que no son humanos.

Max miró a Daniel sorprendido, tanto por su rapidez mental como por la ecuanimidad con la que había formulado la conclusión evidente, como si fuera algo cotidiano.

—Sí —contestó—, pero no del todo. Según ellos, son superiores a los humanos. Son otra especie.

—¿En qué se manifiesta?

—Son muy longevos. Su salud es infinitamente mejor que la nuestra; se curan de

casi todo con enorme rapidez. Son... no sé si te diría que más bellos... eso va a gustos... pero en fin, tú has visto a Dominic, ¿no?

—En foto, en Internet.

—Y a Lena.

Daniel sonrió de oreja a oreja.

—No se trata ya de que sean más o menos guapos; la belleza depende de patrones culturales, de modas diferentes en cada época... pero sí tienen una presencia que los demás no tenemos, sobre todo cuando quieren. Si un clánida entra en un local y lo desea, todos se vuelven a mirarlo. Todos sin excepción. A Lena, su madre estaba a punto de enseñarle cuando... en fin... no tuvo tiempo; tendrá que aprenderlo sola.

—¿Usted no es... cómo ha dicho... «clánida»?

—No. A mí, después de dudar mucho y de que Bianca luchara mucho por mí, me aceptaron como «familiar». Si tienes suerte, ése será tu destino. Estarás más sano, vivirás más... pero siempre serás *haito*.

—¿Qué es eso?

—Supongo que significa «humano». Ellos son *karah*.

Siguieron comiendo unos minutos en silencio. Max hizo una seña para que les llevaran más cerveza.

—Ahora, no me preguntes por qué, el clan rojo ha decidido intentar reproducirse y Dominic ha conseguido que Clara se quede embarazada. Ese niño es la máxima riqueza del clan, casi te diría que de los clanes, porque se están extinguiendo. Y además, basándose en ciertas leyendas que proceden de antiguos mitos clánidas, muchos de ellos están convencidos de que ese niño es algo muy especial, lo que ellos llaman un nexo. No sé bien lo que significa, pero hace siglos o quizá incluso milenios del último nexo clánida, de modo que hay mucha gente dispuesta a lo que sea para proteger a la madre y al niño y, a la vez, hay gente tratando de matarlos para que las cosas sigan como están.

—¿Y Lena?

—Según mi mujer, Lena es la pieza central en ese juego porque es ella la única que puede entrenar al niño o a la niña que nazca.

—Pero ¿cómo lo va a entrenar si ella misma no sabía hasta hace un par de semanas que pertenecía a uno de los clanes?

—Buena pregunta. —Levantó el vaso—. Por Lena y por nosotros, Daniel. Ahora, tu pregunta. Lena estaba en París y había empezado a recoger información de estos familiares de los que te he hablado. Bianca siempre tuvo la esperanza de que, si todo era como ella lo suponía, Lena encontraría a alguien que se conoce con el nombre de Sombra y que es una especie de gran mentor y protector de los clanes, alguien que nadie ha visto nunca y cuya existencia sólo se conoce por leyendas. —Hizo una pausa—. Según los familiares de París, Lena está con Sombra.

—En Marruecos —añadió Dani.

Max se sobresaltó.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Después de la llamada desde París hubo otra. No se lo había dicho aún porque... —Se encogió de hombros para no tener que decir con todas las palabras que había decidido no darle más información hasta asegurarse de que podía fiarse de él. Max pareció comprenderlo y lo animó con un gesto a que siguiera contando—. Su última llamada fue desde un hotel de Rabat. En cuanto termine el servicio militar pienso ir a buscarla.

—Yo también quisiera verla y asegurarme de que está bien, pero no sé si debemos interferir en su aprendizaje.

—No quiero interferir en nada, Max, pero si Lena quiere que esté con ella, yo iré.

—Y ¿si te dice que no?

Daniel se mordió el labio inferior.

—Necesito que me lo diga cara a cara. Luego haré todo lo posible por que cambie de opinión. De todas formas, aún me quedan más de dos meses que aguantar, hasta fines de abril. Si vuelve a llamarme, se lo propondré. ¿Quiere que le diga que usted también quiere verla?

—Por favor.

—Y si lo llama a usted...

—Se lo diré, descuida.

La camarera retiró los platos y les llevó la carta del postre, que los dos dejaron sobre la mesa, sin mirarla siquiera.

—Tengo otra pregunta, Max. ¿Qué es un nexo? Ya sé que antes me ha dicho que no sabe bien de qué se trata pero... —Mostrando las palmas de las manos hacia arriba, le ofreció una sonrisa traviesa.

El padre de Lena tomó un trago de su vaso para ganar tiempo, se subió las gafas y cerró los ojos un segundo antes de contestar.

—Si te contesto lo poco que sé, vas a pensar definitivamente que me he vuelto loco.

—¿Más? —preguntó Dani, sonriendo. Max le devolvió la sonrisa.

—No te voy a decir que yo creo en ello, ¿de acuerdo? No sé si creo o no, y la verdad es que no me importa demasiado. Si mi mujer viviera, me preocuparía; pero así... —Sacudió la cabeza y una intensa expresión de tristeza apareció en su rostro—. En fin. Según muchas de sus leyendas hay otra realidad accesible desde ésta, o incluso varios planos de realidad, las teorías difieren; hay quien prefiere hablar de mundos o de universos paralelos a éste a los que se podría pasar si uno supiera cómo hacerlo. *Karah* piensa, o algunos de ellos lo creen, al menos, que si existe un nexo y ese nexo ocupa un lugar preciso en el planeta, que, a todo esto nadie sabe cuál es, las

puertas se abrirán y el acceso será posible.

—¿En las dos direcciones?

—¿Cómo dices? —Max estaba realmente perplejo al ver que Daniel preguntaba como si aceptara todo lo que le estaba contando.

—¿Si el paso entre realidades o mundos o lo que sea, se da en las dos direcciones? ¿Si los que estamos aquí podemos pasar al otro lado y los del otro lado pueden venir aquí también en cuanto se abra la puerta?

—Ni idea. Nunca se me había ocurrido. Bianca estaba convencida de que en cuanto tuviéramos un nexo podríamos probar si de verdad existen esas otras realidades. Ella creía que sí y su gran ilusión era cruzar las puertas.

—¿Por espíritu científico?

—Por pura y loca curiosidad. Mi mujer siempre estuvo dispuesta a jugarse la vida para conseguir la respuesta a una pregunta. —Tragó saliva y giró la cabeza como buscando a la camarera para que Dani no se diera cuenta de que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—¿Y cómo se sabe que alguien es un nexo? —siguió preguntando Daniel, como si no hubiera notado nada, para facilitarle el momento.

—No está demasiado claro. Las leyendas no se ponen de acuerdo, pero parece que debe tener sangre mixta.

—Pues no me parece tan difícil de conseguir.

—Porque no conoces a *karah*. Son terriblemente endogámicos, orgullosos, clánidas; no se mezclan jamás, aunque el resultado sea la extinción. Parece que a través de los tiempos se han dado muy pocos casos de hijos de dos clanes, porque durante mucho tiempo el castigo fue la muerte o el ostracismo total.

—¿Y con humanos?

—Sí. En general, el clan rojo lo acepta, aunque el humano nunca llega a integrarse en el clan.

—¿Bianca no era del clan blanco?

Max se pasó la mano por la frente, progresivamente incómodo. No tenía pensado dar esa cantidad de datos en la primera reunión, pero hacía tanto tiempo que no hablaba de los temas que más le importaban que sentía un enorme alivio al explicar lo que él había tardado tanto en comprender.

—Bianca era una rebelde y había abandonado a su clan. Ella ya era una hija mixta. Se separó de los suyos para no poner en peligro a su madre, vivió mucho tiempo como *haito*, de modo que llegó a identificarse con nosotros. Luego nos conocimos, tuvimos a Lena y decidimos educarla como humana hasta que llegara a la edad de conocer a *karah* y decidir por sí misma.

—Pero entonces, tanto Bianca como Lena podrían ser un nexo.

—No, imposible. El nexo nace en momentos muy concretos en los que se dan

circunstancias excepcionales que sólo conocen los *mahawks* de los clanes. Un *mahawk* es una especie de jefe, portavoz, guía espiritual, chamán a veces, algo parecido. Con los siglos se ha ido perdiendo la función. Bueno... con los siglos se han ido perdiendo los clanes. Por eso ahora están tan excitados, porque puede ser que haya llegado el momento en que todo es posible. Lógicamente unos están deseando que eso suceda y están dispuestos a todo para conseguir que se dé el pasaje, mientras que otros no quieren saber nada del asunto y también harán lo posible por impedirlo.

—Cuando dices que están dispuestos a todo —interrumpió Daniel, tuteándolo de pronto—, ¿te refieres a que matarían a los suyos para conseguirlo o para impedirlo?

—Sí. *Karah* nunca ha tenido escrúpulos a la hora de matar, aunque normalmente no se matan entre sí.

—Entonces, Lena corre un peligro terrible.

—Corre peligro, sí —contestó Max lentamente y bajando cada vez más la voz—, pero si está con Sombra, y si Sombra es como cuentan los mitos, entonces no hay nada que temer. Él la protegerá.

Daniel quedó en silencio, dando vueltas entre las manos al vaso vacío.

—¿Comprendes ahora lo que te he advertido al principio, Daniel? Si profundizas más en el asunto y *karah* te descubre, te matarán.

—¿Por qué siempre dices «*karah*» como si fuera una sola persona?

—Así es como ellos se refieren a sí mismos. *Karah* son ellos, todos ellos. *Haito* somos nosotros.

—¿Cuántos son ellos?

—Unas dos docenas, supongo. Quizá treinta o cuarenta; nadie lo sabe con seguridad. No hay listas.

—Hubo una pausa en la que Max volvió a pedir que les llenaran los vasos y se levantó para ir al baño.

—Daniel. —Max preguntó al volver lo que había estado pensando mientras había estado en el lavabo—: ¿De verdad te crees todo lo que te estoy contando? Yo tardé meses en aceptar que podría ser verdad.

—¿Y qué ganaste con ello?

—Nada, claro, pero es que era tan increíble...

—Mira, si me lo hubiera contado Lena tumbados en un prado en primavera, habría pensado que me tomaba el pelo o que tenía mucha imaginación, pero dadas las circunstancias y considerando que quien me lo cuenta es su padre y que ella ha desaparecido, creo que lo más sensato es aceptarlo, aunque sólo sea como hipótesis de trabajo.

Volvieron a chocar las cervezas. Max miraba a Daniel con admiración.

—Lena es realmente *karah*. Tú eres la prueba.

—¿Qué?

—*Karah* siempre elige lo mejor —dijo Max, sonriendo y alzando su vaso en un brindis mudo.

Daniel se echó a reír, incómodo y ligeramente avergonzado, hasta que se le ocurrió la respuesta perfecta.

—Entonces los dos somos de lo mejor que ha producido *haito*, Max. Bianca, que también era *karah*, te eligió a ti.

Se miraron por encima del borde del vaso y, por un momento, Daniel creyó ver una sombra cruzando el rostro de Max. Luego sonrió y la sombra quedó olvidada.

Rabat (Marruecos)

Faltaban dos días para su cumpleaños cuando Sombra, sin dar explicaciones, como siempre, decidió otorgarle el deseo que ella llevaba expresando desde que habían llegado al país. Nada más levantarse, le dijo que pasarían el día frente al mar.

Salieron del hotel en coche y recorrieron en silencio, un silencio que a Lena cada vez le resultaba más cómodo, los pocos kilómetros que los separaban de la costa. Era prácticamente la primera vez que veía la ciudad, salvo las cuatro calles que había atravesado el día de Nochebuena para llegar a la Chellah, y todo le parecía maravilloso: las casas blancas, algunas de ellas restos de la época colonial con su encanto de tiempos pasados; las palmeras recortadas contra el cielo azul; las banderas del país que se veían por todas partes, intensamente rojas, con el pentagrama verde en el centro; las murallas de color de arena; la gente vestida con chilabas de colores; los cafés llenos de hombres que, sentados con una taza delante, se limitaban a ver pasar a los demás... Le fascinaban también muchas cosas en las que antes no habría reparado: la cantidad de gente que había por las calles; el tráfico casi suicida; las bandadas de niños pequeños, como pajarillos, que iban camino del colegio, riéndose y dándose empujones; la vida cotidiana y pulsante de una ciudad, algo que ya casi había olvidado.

Unos minutos más tarde, el mar surgió a su derecha, imponente. Lena siempre había amado el mar, pero esta vez sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Era más de lo que recordaba de sus vacaciones en el Mediterráneo. Era enorme, poderoso, inmenso, de un azul tan puro que dolía; y sus olas rompían entre espumas blancas contra los acantilados de la costa, felices de destrozarse en su encuentro con la tierra, y retraerse y deshacerse en gotas irisadas al sol y volverse a juntar en una cresta arrogante para romperse de nuevo contra las rocas entre gritos de gaviotas y

olor a sal.

Se abrazó a sí misma y, si hubiera estado con sus padres, con amigos o con Dani, habría lanzado un grito de júbilo a pleno pulmón, pero con Sombra, conociendo su falta de reacción, le parecía ridículo hacerlo.

—Hay muchas formas de expresar alegría —dijo él, sin apartar la vista de la carretera—. Sombra recuerda otras reacciones humanas.

—Sí, claro, también puedes limitarte a sonreír, o hacer algún gesto codificado como los actores del teatro Kabuki —contestó Lena, cáustica, como siempre. A veces su maestro tenía la gracia de plancharle por completo las emociones, sobre todo las positivas.

—Puedes gritar si te hace feliz.

—No, deja, es igual.

—Quieres seguir siendo humana, ¿no es cierto?

Ella se quedó mirándolo, perpleja.

—Dijiste en la Chellah que tienes miedo de perder tu humanidad al aprender lo que Sombra debe enseñarte.

—Sí, tienes razón.

—Entonces quizá debas continuar reaccionando de manera humana frente a tus emociones humanas en lugar de intentar suprimirlas. Es sólo una sugerencia. Sombra no sabe mucho de *haito*. Por alguna razón que Sombra no conoce, tú deseas ser humana y debes recordar que para ser o seguir siendo algo, lo que elijas, tienes que hacerlo una y otra vez. Sólo la repetición crea automatismo.

Lena guardó silencio y volvió a perder la vista en la lejanía azul, en las olas de crestas de encaje que ahora se habían vuelto mansas y suaves al romper contra las arenas de las playas; los acantilados habían quedado atrás, más al norte.

Sombra tenía razón, pero ahora que había pasado el momento ya no tenía ganas de ponerse a dar gritos de alegría. Quizá más tarde, cuando consiguiera volver a ser pura sensación, sin el filtro de lo intelectual.

Él no dijo nada más y ella siguió en silencio, mientras hacían camino hacia el sur, con el mar, cada vez más manso, a su derecha, y a la izquierda aparecían bosques de tamarindos y acacias.

Sombra aparcó frente a una playa desierta. A ambos lados vieron casitas y pequeños chalets cerrados que en verano estarían llenos de familias de vacaciones; delante de ellos, el mar que rugía en voz baja como un felino satisfecho.

Lena bajó del coche, se puso la chaqueta para que el viento frío no le atravesara la ropa más bien ligera que llevaba, e hizo una inspiración profunda. Olía bien: a sal, a algas, a yodo, a libertad. Le habría gustado ser una cometa, subir y subir hacia el cielo, jugar con el viento, ser feliz sin pensar, sin planear, sin decidir.

Hazlo, oyó en su mente.

¿Qué?

Sé lo que quieres ser. Puedes hacerlo. Recuerda lo que has aprendido.

Lena volvió a inspirar, notando esta vez cómo el aire llenaba sus pulmones de aire marino y la volvía ligera, como un globo que alguien estuviera hinchando.

¿Puedo?

Puedes. Inténtalo.

Hizo varias inspiraciones profundas, echó la cabeza atrás y, de repente, sintió como un tirón, como si algo en su interior se hubiera soltado, como si una amarra oxidada se hubiera desprendido y todo pudiera ponerse de nuevo en marcha.

Tenía la mirada clavada en el cielo inmenso, de un azul perfecto, sin una sola nube y, cuando la desprendió de él, se dio cuenta de que abajo, muy abajo, dos figuras humanas diminutas, estaban de pie en la playa, mirando hacia lo alto. Una de las figuras era como un esbozo hecho a carboncillo, Sombra. La otra era más pequeña, femenina, con una melena que se agitaba al viento.

Y ella ¿quién era ella? ¿Dónde estaba?

Tú eres la cometa, Lena, ¿recuerdas? Lo que querías ser.

Por un momento sintió pánico ante la idea de que el viento se la llevara a alta mar, pero en el mismo instante supo que Sombra tenía la cuerda de la cometa firmemente sujeta en sus manos negras y probablemente inexistentes.

Vuela, Lena, vuela. Sombra vela por ti.

Fue un instante de felicidad abrumadora, sentirse volando por encima del océano, unas veces muy abajo, rozando la cresta blanca de las olas, otras veces alto, muy alto, compartiendo giros y cabriolas con las gaviotas que, soliviantadas, daban vueltas a su alrededor, sentirse libre e ingrávida sabiendo, al mismo tiempo, que Sombra estaba ahí y cuidaba de ella.

El sol había llegado ya a su cenit cuando Lena, si saber bien cómo, se posó en la arena, volvió a contemplar el mar desde una altura humana, regresó a su cuerpo y sonrió a su maestro.

—Gracias, Sombra. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

—Sombra se siente colmado al verte satisfecha.

Ella volvió a sonreírle. Le habría gustado poder darle un abrazo, pero tenía la seguridad de que Sombra no lo entendería, de que la sensación de su rechazo sería frustrante para ella, de modo que se aguantó las ganas de demostrarle físicamente su agradecimiento y, a cambio, soltó un par de gritos que hicieron salir volando a las gaviotas.

—¿Quieres comer algo antes de empezar?

Otra vez el trabajo. Aquel hombre... bueno, pensó, de hecho no era un hombre en absoluto, no pensaba más que en trabajar. Pero al menos había aprendido que ella necesitaba comer de vez en cuando.

—¿Hay algún restaurante por aquí cerca?

—Varios. Especialidad pescado y marisco.

—Perfecto. Me comería un buey.

—No ofrecen buey. Pescado y marisco.

Lena se echó a reír. Si Sombra hubiera sido humano se habría mosqueado, pensando que se estaba riendo de él, pero, como no lo era, se limitó a mirarla con la misma expresión que habría tenido una piedra.

—Perfecto. Vamos a comer y luego trabajamos. ¿No te apetecería probar algo?

—Sombra no necesita alimentarse como las especies del planeta Tierra —contestó, mientras caminaban en dirección al restaurante de un hotel que estaba en la misma arena.

—Eso ya lo sé, pero ¿no tienes curiosidad? Si no has comido nunca, puede ser toda una experiencia.

Como de costumbre, no contestó y siguieron caminando hacia el restaurante hombro con hombro, como si fueran antiguos amigos.

Una hora después estaban de nuevo en la playa, mirando el sol que ya bajaba hacia el horizonte de poniente e iba alargando las sombras de árboles y casas a su alrededor.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Lena—. ¿Me has traído a ver el mar como regalo, porque pasado mañana es mi cumpleaños o por algo en concreto?

Sombra volvió el rostro hacia ella y, a pesar de la costumbre que tenía de verlo, y de verlo cambiar, tuvo que reprimir un escalofrío. Era un mosaico de sombras, con dos ojos como bolas de vidrio brillante en mitad de una piel pálida como el vientre de un reptil.

—¿No puedes poner una cara normal, por favor?

—¿Normal?

Parecía que Lena le estaba pidiendo algo importante, pero no conseguía comprenderlo.

—Me das miedo, Sombra. De verdad. Estás horrible. ¿Te importaría cambiar de aspecto?

—¿Así? —preguntó. De repente tenía la cara de Dani y Lena estuvo a punto de desmayarse del susto.

—¡No! —gritó.

—¿Así? —Ahora era Lenny quien la miraba desde la altura de Sombra.

Lena volvió a gritar, se cubrió los ojos y le dio la espalda a su maestro.

—Sombra ha encontrado esos rostros en tu mente. Te hacen sentir bien.

—¡Cuando son ellos sí, maldita sea! Pero tú no eres ellos.

—En ese sentido, analógicamente, este aspecto tampoco es lo que deseas, ¿no es cierto? —dijo.

Lena apartó las manos de la cara y lo miró por encima del hombro. Ahora Sombra fingía ser su madre, con el cabello sacudido por el viento, los ojos llenos de arrugas al entornarlos frente al sol de poniente y la sonrisa de siempre, cálida, cómplice. Incluso se había tomado la molestia de hacerse más pequeño para aparentar la altura de Bianca.

Sin poder evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas y deseó más que nunca que su madre no hubiera muerto, que volviera a abrazarla.

—Tienes razón, Sombra. Tampoco es eso lo que quiero. —Trataba de sonar tranquila y razonable, pero apenas tenía su voz bajo control—. No te preocupes. Ya no me importa que estés horrible.

—Si das a Sombra unas indicaciones...

—¡Déjalo, déjalo! ¡Vamos a trabajar! —Se sentía tan agobiada y tan furiosa que no sabía qué hacer con toda la rabia que notaba hervir en su interior.

Úsala, Lena. Esa rabia es una fuerza, como la que tiene el mar. ¿La sientes? Usa tus mareas, tus olas, tus seísmos, usa todo lo que tienes, proyéctalo y haz algo con ello.

Un instante después, unos metros mar adentro, una columna de agua como el embudo de un tornado se elevó de pronto como si fuera el surtidor de una fuente que alguien hubiera puesto en marcha y siguió subiendo, vertical y magnífica, hasta romperse arriba y caer de nuevo levantando cascadas de espuma en mitad de las olas.

Bien hecho. Recuerda que tú eres todo; todo es tú.

Lena aflojó la tensión, una vez desgastada la rabia, y el surtidor desapareció en el mar cabrilleante.

Te gusta la sensación de poder.

No era una pregunta, pero contestó de todos modos.

Sí. Me gusta.

Sigue practicando.

Cuando Sombra decidió que era suficiente, ya había caído la noche.

Lux Aeterna. Isla de la Rosa de Luz (mar Caribe)

Después de las festividades de la iniciación de la princesa Karla, ahora Kentra por voluntad del ángel, Alejandro Andrade estaba agotado. Nunca había acabado de comprender por qué unos simples días de rituales y comida ligera eran capaces de dejarlo como si hubiera ido a la otra punta del mundo a paso de marcha y, aunque no

le gustaba confesárselo ni siquiera a sí mismo, había llegado a la conclusión de que lo que realmente lo dejaba exhausto era la tensión y el terror que experimentaba cada vez que Israfel hacía su aparición.

Los últimos días antes de la ceremonia ya no dormía bien pensando qué sucedería si el ángel no se presentaba. ¿Seguirían creyendo en él sus adeptos si después de los ayunos y las purificaciones y el largo viaje que casi todos habían hecho para llegar a la isla, en el momento decisivo se encontraban con un templo vacío de la Presencia? Suponía que sí, que eso no destruiría su fe, porque al fin y al cabo nadie puede controlar los movimientos de un arcángel y podía darse el caso de que Israfel tuviera cosas más importantes que hacer en los momentos en los que había sido convocado por el Gran Maestro de la Rosa de Luz. Andrade estaba convencido de que sus fieles le perdonarían un par de ocasiones frustradas; no obstante, los últimos días siempre eran una tortura y apenas conseguía conciliar el sueño de puros nervios.

Y luego, cuando ya en el templo de improviso aparecía Israfel, aunque debería sentirse feliz y relajado de que todo hubiera salido bien, empezaba el terror, que tenía que ocultar de sus adeptos porque no era aceptable que el Gran Maestro tuviera miedo del ángel; pero sólo podía controlarlo por fuera. En su interior, temblaba como una hoja bajo la mirada de Israfel, esa mirada de hielo y fuego, que no era en absoluto humana, y sabía con total seguridad que aquello era una locura y que nunca debería haberse adentrado por unos caminos que no podía comprender y mucho menos manejar.

Para los sacerdotes de otras religiones era mucho más fácil: era todo cuestión de fe, de creer a pie juntillas que existían dioses, ángeles, demonios, apariciones misteriosas procedentes del Más Allá. Él, sin embargo, no necesitaba creer. Él sabía, porque lo había visto y experimentado en muchas ocasiones. Además, la existencia real de Israfel le llevaba también a creer que, si había ángeles, era más que posible que también hubiera demonios, aunque él nunca se los hubiese encontrado; y si un ángel que estaba de su parte le provocaba esa sensación de terror, no quería ni pensar cómo se sentiría si fuera un demonio el que apareciera en su templo la próxima vez que convocara a la Presencia.

Israfel le había dicho, al principio, por medio del Ejecutor, que quedaban muy pocos ángeles atlantes y que los pocos que quedaban se ocultaban porque ya no tenían siempre la fuerza de enfrentarse a sus enemigos diabólicos. Eso formaba parte de sus creencias transmitidas y él lo aceptaba por completo, aunque significaba que todo adepto de la Rosa de Luz estaba más en peligro de ser atacado por un demonio, ya que conocía su existencia y la de los ángeles. Que pudieran contar con la protección de uno de ellos no siempre hacía olvidar que, al fin y al cabo, los ángeles atlantes se estaban extinguiendo, lo que significaba que no siempre vencían.

«Deja de darle vueltas a todo eso —se dijo, molesto consigo mismo—. Las cosas

son como son y es natural que tengas miedo de seres que te sobrepasan, que no entiendes y que pueden destruirte para siempre con una sola mirada. No eres más que un ser humano, y los seres humanos han tenido miedo siempre, desde que surgieron sobre la tierra. La historia de la humanidad es la historia del terror y de su lenta conquista. Por el momento todo va bien. Has conseguido que Karla se comprometa para siempre y te entregue el control de su inmensa fortuna; tienes a más de veinte de las personas más ricas y poderosas del mundo temblando a tus pies porque te necesitan para que Israfel se les aparezca y los aterrorice un poco, además de hacer que se sientan realmente Elegidos. Vives en un lugar de ensueño y no das cuentas a nadie de tus actos, salvo a un arcángel al que normalmente no tienes que ver más que una o dos veces al año y al Ejecutor sobre la tierra de la voluntad de los ángeles atlantes, ese ser horripilante que, por fortuna, casi nunca te visita. ¿Qué más quieres?»

Se levantó de la cama, donde llevaba ya casi una hora despierto sin animarse a comenzar el día, abrió las cortinas para que entrara la luz del sol, dejó vagar la vista por el jardín hasta perderla en el horizonte del mar, y suspiró de alivio. Ya había acabado todo por el momento. Los Elegidos se habían marchado, cada uno a su vida cotidiana, y él estaba solo en su isla, atendido por sus acólitos y sus novicias, que trabajaban sin cobrar un céntimo a cambio de alojamiento, comida y ayuda espiritual, con la esperanza de convertirse algún día en Elegidos y hacerse dignos de la Presencia.

«¿Qué más quieres? —se repitió. Y por primera vez desde que había empezado todo, dieciocho años atrás, una respuesta apareció en su mente—: Quiero saber.»

Se llevó la mano a la boca, sorprendido, como si quisiera cerrarse a sí mismo la posibilidad de hablar y decir en voz alta lo que había pensado. Saber. ¿Era eso de verdad lo que quería?

Sí. Era eso. Llevaba dieciocho años haciendo exactamente la voluntad del ángel, contentándose con las migajas de saber que éste le ofrecía de vez en cuando, y acababa de descubrir que no le bastaba. En su santuario se guardaban los documentos secretos de la Orden que Israfel le había hecho jurar que protegería con su vida y con las vidas de todos los que los custodiaban, al entregarse a la Rosa de Luz. Todos los iniciados prestaban un juramento de sangre y de fuego en privado, frente a los cuatro edecanes de la Orden, los miembros más antiguos. Todos habían jurado defender esos documentos hasta el fin y no leerlos jamás, bajo pena de muerte.

Y ahora él, que siempre había sido un cobarde, concebía la estúpida idea de entrar en el sancta sanctorum de su templo, abrir la caja fuerte que dieciocho años atrás había costado una fortuna, sacar los documentos, o al menos uno de ellos, el más sagrado, y leer su contenido. Porque sí. Por aburrimiento. Por curiosidad.

Porque estaba harto de ser un apéndice del ángel y no saber nada, y tener que

formular crípticamente las respuestas a los Iniciados y a los Elegidos sencillamente porque no sabía qué contestar.

Se vistió apresuradamente con pantalones anchos y una túnica corta, y salió de su pabellón privado sin siquiera ducharse ni tomar una taza de té. Si no lo hacía ahora, no lo haría nunca.

Cruzó la explanada del Amor Inmortal a largas zancadas, bajo el sol violentamente amarillo que acababa de remontar el horizonte creando unas bellas y largas sombras azules, y se dirigió a la entrada del templo que, después de las festividades, había sido clausurado de nuevo para que ninguno de los jóvenes acólitos pudiera entrar furtivamente.

Las palmeras se balanceaban en la brisa. Olía a mar y a fuego de leña, el que encendían las novicias para asar las tortas de harina. Dudó un momento. ¿De verdad quería ponerse en peligro por pura curiosidad? ¿No le bastaba con toda aquella belleza a su alrededor, con los colores del guacamayo que lo observaba desde un árbol cercano? Sacudió la cabeza, impaciente como un caballo que huele ya su pesebre. No. No le bastaba. Él era un ser humano, no un animal doméstico.

Echó una mirada a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie espionando y se deslizó detrás de uno de los pilares del frontón del templo, abrió una pequeña tapa disimulada en la piedra y descubrió un teclado alfanumérico. Marcó la clave y, sin un solo ruido una estrecha puerta se abrió hacia dentro. Apenas hubo entrado, se encendieron las luces de la escalera que descendía, y se cerró la puerta a sus espaldas.

Siempre le producía un escalofrío entrar en el templo en solitario. Por un lado era una inmensa sensación de poder que lo hacía querer aullar de alegría; por otro era un miedo paralizante por haberse atrevido a penetrar en un lugar donde sucedían cosas tan incomprensibles como la aparición de Israfel y otras que, por fortuna, sólo habían tenido lugar en contadísimas ocasiones, en las que no quería pensar.

La escalera terminaba en un largo y estrecho pasillo que llevaba a la parte trasera del círculo donde, excavada en la roca, estaba la cámara de seguridad.

Hacía calor allí, como siempre. Debería haberse acordado de coger una toalla antes de bajar a las profundidades, pero ahora ya era tarde. El sudor había empezado a correrle por la frente y los costados, pero había ido allí a hacer algo y lo iba a hacer, con calor o sin él.

Por un segundo pensó si Israfel estaría sintiendo en ese mismo instante que su Gran Maestro estaba a punto de violar su juramento, pero se consoló pensando que, al fin y al cabo, él tenía cierto derecho a conocer, para así persuadir mejor a nuevos adeptos y para conquistar el miedo constante en el que vivía, causado en parte por la ignorancia.

Introdujo la combinación con manos levemente temblorosas y la puerta acorazada se abrió, dejando a la vista su contenido: varias cajas metálicas muy delgadas que

tenían grabada en la tapa la Rosa de Luz. Una de ellas tenía un diamante en el centro. La más sagrada.

Le temblaban tanto las manos y las rodillas que tuvo que apoyarse en la pared e inspirar profundamente varias veces para serenarse. No podía volverse atrás ahora. Si aparecía el arcángel, lo destruiría igualmente, tanto si había visto lo que contenía la caja como si no lo había hecho. Ya no importaba. Su desobediencia era patente.

Sacó la caja con cuidado y la apoyó en la columna de mármol blanco que obviamente estaba pensada para ese fin, aunque él nunca la hubiera utilizado. La caja era muy ligera y estaba hecha de un metal parecido al aluminio pero más resistente, un metal con un brillo opalino y una extraña suavidad.

Volvió a inspirar hondo, por la boca, y levantó la tapa. Dentro había unas simples hojas de papel delgadísimas, casi transparentes, amarillentas de puro viejas, escritas con tinta negra en una letra antigua que costaba trabajo descifrar. Le supuso un gran esfuerzo despegarlas unas de otras sin romper el delicado papel. Se humedeció ligeramente el dedo y, con mucho cuidado, las separó. Las dos primeras estaban llenas de texto. La tercera era un mapa del mundo en el que destacaban unas líneas y unos círculos que marcaban ciertos lugares. Había un punto central situado sobre el golfo de Tailandia y luego cuatro más, uno en cada dirección partiendo del centro. Otros cuatro puntos rodeaban los primeros y otros cuatro se encontraban más allá. Las líneas que los unían formaban una rosa de luz esquemática sobre el mapamundi.

Se le ocurrió que quizá aquél fuera el plano secreto que marcaba el emplazamiento de la Atlántida y se le escapó una sonrisa de felicidad. ¿Cuánto podría valer una cosa así en el mercado? Y no era que necesitara dinero precisamente, pero a pesar de los años que llevaba viviendo como Maestro de una Orden formada por las personas más ricas e influyentes del planeta, los antiguos reflejos tardaban en morir.

Apartó el plano para concentrarse en la lectura de las otras hojas, cosa nada fácil porque su vista era cada vez peor, pero no podía permitir que sus adeptos lo vieran con gafas, ni siquiera con lentillas. Achicó los ojos, forzándose a descifrar la enrevesada letra, y por un momento temió que estuviera escrita en una lengua incomprensible, pero había tenido suerte, el texto estaba en español; el problema era que a veces la letra se hacía indescifrable o usaba palabras que no había visto en la vida. Empezó a leer primero moviendo los labios en silencio y luego en voz baja, tratando de comprender lo que leía, pasando el dedo por la línea para no confundirse.

Los arcontes serán en número de doce y ocuparán sus posiciones de seguido durante cuarenta horas del calendario [...]. Todos ellos serán karah y pertenecerán a los cuatro clanes, en número de tres por color. Su sexo [...] importancia, asimismo su edad y condición.

Aquello no tenía el menor sentido. ¿Qué clase de secreto era uno que no servía para nada?

Una vez hayan ocupado los arcontes sus posiciones, el nexo se [...] con su lugar y entrará en sintonía con la [...] hasta que todos juntos sean la luz.

¿La luz? ¿O la voz? ¿La hoz? De un modo u otro, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Tenía que procurar salir de allí cuanto antes. Se había arriesgado para nada, por una estupidez; ni siquiera valía la pena tratar de ver lo que había en las otras cajas, ya que el Ejecutor le había dicho desde el principio que se trataba de documentos y no le había mentado. Quizá para los ángeles aquello tuviera mucha importancia, pero para él era un puro galimatías. Él había jurado dar su vida para proteger aquellos papeles y resultaba que no decían más que estupideces incomprensibles. ¡Qué decepción!

Pero al menos ahora ya lo sabía. Lo dejaría todo exactamente como lo había encontrado y nadie se enteraría jamás de que él había estado allí.

Tenía las manos tan sudadas que temía dejar manchas reveladoras en el papel, así que se las secó en la túnica y luego se la quitó y se pasó la tela por la frente y por el cuello por miedo a dejar gotas en el suelo o en la columna. Metió los papeles en su caja, dudó un momento al ver las otras tres, y acabó cerrando la caja fuerte para salir cuanto antes de aquel lugar que estaba empezando a darle claustrofobia. Estaba deseando sentir la brisa en su rostro sudado, ver el mar, darse una ducha fría, comer y beber algo. En cuanto saliera, mandaría recado a Daika de que lo acompañara en el sagrado ritual de la unión de los cuerpos. Se bañarían juntos en el estanque de las rosas y luego pasarían la tarde jugando en la cama hasta la hora de los rezos vespertinos.

Salió por donde había entrado y el alivio al verse al aire libre fue tan grande que por un segundo sintió que se iba a marear y se sentó en uno de los bancos del Paseo de la Luz Celeste, sombreado por un enorme ficus. No le había servido de nada su incursión, pero al menos podía estar orgulloso de sí mismo. Se había atrevido. Después de tantos años de obedecer sin más, por fin se había atrevido.

Ya no recordaba las palabras que tan trabajosamente había descifrado, así que decidió que la próxima vez llevaría un cuaderno para copiar algún párrafo y analizarlo después, en sus habitaciones.

Oyó las suaves voces femeninas a sus espaldas y de repente notó la sed y el cansancio como un líquido viscoso que se derramara sobre él. No podía aguantar un segundo más, necesitaba ayuda inmediata.

—Hermanas —llamó con una voz que parecía de arena—. Agua, por caridad.

Le pareció ver que se acercaban dos figuras rosadas, borrosas como nubes; unos dedos fríos pasaron por su frente proporcionándole un alivio celestial; unas voces lejanas hablaban de que debía tumbarse en el banco y descansar. Las voces decían «así, así», pero él no sentía su cuerpo tumbado. De hecho no sentía nada, salvo la sed y un ahogo terrible en el pecho, como si alguien le hubiera puesto una losa encima. No podía respirar. Cada inhalación quemaba como arena candente produciéndole un dolor inhumano.

De pronto comprendió.

Un castigo. Aquello era el castigo por haber traicionado su juramento, por no haber cumplido la palabra dada. Israfel lo sabía.

El terror lo devoró como una fiera hecha de garras y dientes.

Sintió que todo su rostro se convertía en un trozo de goma que se estiraba hacia los lados, deformándole la boca, rasgándole los ojos. Quiso llevarse las manos a la cara y no pudo; las manos habían dejado de obedecerle. Tampoco sentía los pies y de pronto un río de hielo empezó a recorrer sus venas paralizando su cuerpo hasta el corazón. El dolor lo anulaba todo.

Supo que iba a morir. Lo supo con la misma seguridad con la que se sabe que va a salir el sol. La muerte era irrevocable, inaplazable. Le quedaban apenas unos segundos de vida, lo justo para encomendarse a su ángel y pedirle que no lo dejara solo en las tinieblas, que lo acompañara hasta la *Aeterna Lux*. Le había servido bien durante muchos años. No le negaría su ayuda ahora. Israfel sabía, tenía que saber que él no era más que un pobre mortal al que la curiosidad había hecho flaquear después de tanto tiempo de lealtad absoluta.

Con toda la voluntad de su desesperación, con su último aliento, llamó a Israfel.

Y entonces, en un relámpago de comprensión, se dio cuenta de que no vendría, de que todo era una farsa, de que siempre había sabido que era una farsa; que no había arcángel, ni *Aeterna Lux*, ni caminos celestiales donde acecharan seres diabólicos entre las sombras. Israfel no era humano, no podía serlo; pero tampoco era un ángel.

Israfel le había mentado siempre.

No sentía las lágrimas deslizarse por sus mejillas febriles pero sabía que estaban ahí y que, desde fuera, las novicias pensarían que estaba a punto de entregarse a la guía del arcángel, que ahora lo estaría llamando por su nombre para llevarlo a la Luz.

Pensó que era una gran ironía. Pensó que había usado mal su vida. Pensó que había engañado a muchos que comprenderían en el último instante, como él.

Luego dejó de pensar. Un segundo después estaba muerto.

Castillo de Chambord. Valle del Loire (Francia)

Albert llamó con los nudillos y, sin esperar respuesta, abrió la puerta con suavidad. Joseph dormía boca arriba y, si no hubiera sido por su pecho que subía y bajaba regularmente, podría haber pensado que estaba muerto. A través de los visillos blancos se adivinaba la imponente mole del castillo de Chambord, ahora rosada por la luz del sol poniente.

Llevaba casi un mes intentando devolver a Joseph algo del vigor perdido, pero estaba a punto de rendirse; estaba claro que su *ikhôr* ya no servía, o bien habían empezado demasiado tarde y, aunque era un anciano extraordinariamente fuerte, ya tenía muchos más años de los que en rigor le correspondían, de modo que tanto Emma como él estaban casi convencidos de que no iban a tener más remedio que rendirse, dejar de intentar devolver a Joseph la vitalidad perdida y buscar a un profesional a quien, por supuesto, no podrían contar nada de importancia. Lo único que podían hacer era contratarlo para proteger a la muchacha embarazada y explicarle que de todas formas ya estaba muy bien protegida por su propia, poderosa familia. Más no podían hacer.

Lo observó durante unos segundos. Siempre los había servido bien; era uno de los familiares más antiguos y leales del clan blanco, igual que su hija Chrystelle, pero el tiempo de *haito* sobre la tierra es breve y tenía que hacerse a la idea de que pronto los abandonaría.

Apoyó el hombro contra la jamba de la puerta y perdió la vista en la fachada del castillo que tanto había significado para él, preguntándose cuántas personas habrían pasado por su vida sin dejar apenas recuerdo, cuántos de los seres que en épocas pasadas habían sido importantes para él no serían ya más que un puñado de huesos en su sepultura.

Habían ido los cuatro al valle del Loire, Joseph y Chrystelle, Emma y él, y se habían instalado en un hotel directamente enfrente del castillo que a los dos les traía tantos recuerdos de juventud, del maestro Leonardo da Vinci, de las fiestas galantes que ahora no eran más que ambientación de novelas históricas, pero para ellos habían sido, en un tiempo remoto, la iniciación a la vida y al amor.

Su vida se estaba convirtiendo en una carga. Llevaban demasiado tiempo conviviendo con *haito* y eso los llevaba a dos sentimientos igual de molestos: por un lado se habían acostumbrado a ellos, se habían identificado con ellos, y sentían la diferencia de modo doloroso; por otro lado, el hecho de que los únicos a quienes podían considerar sus iguales fueran los otros clánidas hacía que acabaran aburriéndose de los demás y de sí mismos, cansados de moverse siempre en los mismos círculos, de hacer planes a largo plazo con las mismas personas. Ser *karah* en

un mundo de *karah* podría haber sido muy estimulante. Ser *karah* en un mundo de *haito* no siempre lo era, a menos que, como los clánidas negros y los rojos, se sintiera uno superior por el hecho de ser *karah* y derivara un placer de las cortas existencias que los rodeaban. Pero no habían tenido elección. Uno nace como nace, sin que nadie le pregunte si era eso lo que quería ser, tigre o mariposa, ballena o halcón.

Joseph se removió en sueños y Albert abrió la puerta para marcharse. Mejor dejar dormir al viejo un rato más antes de decirle que tenían que buscar otra solución.

Desde el rincón en sombra donde estaba la cama surgió una voz ronca.

—Max —creyó oírle decir.

—¿Cómo dices, Joseph?

—Llama a Max Wassermann. Dile que hace falta para que el clan blanco tenga ojos y oídos cerca de esa muchacha. Sabe manejar una arma, aunque, oficialmente, sólo las usa para cazar cuando se abre la veda.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Desde antes de que entraras, pero no quería interrumpir tus recuerdos — terminó con una risa cascada.

—¿Recuerdos?

—En la época del rey François tú debías de tener unos veinte años, más o menos igual que Emma.

—Sabes demasiado, viejo —contestó con una sonrisa. Agarró una silla, la puso junto a la cama y se sentó a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo.

—No tengo ya mucho que hacer, además de aprender historia, hacer cálculos y recordar fragmentos de conversaciones. No soy *karah*, pero he vivido bastante.

—¿Crees de verdad que podemos confiar en Max Wassermann?

—Siempre que su misión no lo lleve a encontrarse con Imre Keller, sí. Max habría servido al clan blanco tan bien como nosotros dos, si se lo hubierais permitido. Él quería a Bianca por encima de todo, había sido iniciado en la mayor parte de los secretos, y ha sido un gran padre para Aliena.

—¿Dónde está ahora la niña?

—No lo sé. Y no es tan niña; debe de estar a punto de cumplir los diecinueve años. Pregúntaselo a Max cuando lo llames.

—¿Crees que estará dispuesto a colaborar?

—La muchacha embarazada es o era la mejor amiga de su hija.

—Eso puede aumentar el interés, tienes razón.

—Pero tenéis que pagarle bien, porque para él significará tener que dejar su trabajo durante un par de meses.

—El dinero no es problema.

—Ya lo sé. Es una pena que no se pueda comprar todo con dinero.

—¿Te estás poniendo sentimental a tu edad?

—Es un simple hecho. Un nexo no se compra, por ponerte un ejemplo actual.

—*Touché*. Si se comprara, haría muchos siglos que lo habríamos intentado.

—Si todo sale bien y ese niño llega a nacer, no tendréis que esperar mucho tiempo.

—¿Sabes tú cuánto, Joseph?

—Según mis estudios, no hay por qué esperar mucho. Sólo hay que llevarlo al centro de la Trama...

—Que nadie sabe dónde está —interrumpió Albert.

—Y, antes, encontrar a alguien que pueda entrenarlo.

Si hubiera habido más luz en el cuarto, Albert se habría dado cuenta de que los labios de Joseph dibujaban una sonrisa irónica.

—¿Entrenarlo?

—Ni siquiera *karah* nace, como Atenea, completamente armada.

—Acabas de hundir mis esperanzas, compañero.

—Déjame descansar un rato más, Albert. Mientras, pensaré qué podemos hacer. Estoy seguro de que habrá una solución.

Cuando la puerta se cerró, Joseph seguía sonriendo.

Madrid (España)

Madrid, dos días antes de que empezara oficialmente el mes de febrero, no era tan cálido como Rabat, pero tenía a su favor la animación de las calles, la lengua que se oía alrededor, la vida europea, la sensación de que estaba un poco más cerca de todo lo que había tenido que abandonar para aprender con Sombra.

Llevaban apenas dos horas en España, se habían instalado en un pequeño hotel en la plaza de Santa Ana, y Sombra había desaparecido, aunque citándola a mediodía en el cercano parque del Retiro, de manera que no le quedaba mucho tiempo.

Saludó a la chica de recepción y salió a la calle, decidida a tomar un chocolate con churros antes de ir a encontrarse con su mentor quien, aparentemente, nunca necesitaba nada de comer. Le había preguntado sobre ello en varias ocasiones pero, con el estilo hierático que al principio le ponía los pelos de punta y ahora casi le hacía gracia, Sombra se había limitado a mirarla fijamente y dejar la mente en blanco. Seguramente el equivalente extraterrestre de «No te importa».

Mientras bajaba por la calle de Alcalá hacia la plaza de Cibeles, Lena se preguntó por qué se empeñaba en considerar extraterrestre a Sombra. Quizá porque pensar en

él como un ser mágico le parecía poco serio, ya que ella, aunque había disfrutado como todos los jóvenes de su edad de películas y novelas de magia, nunca había creído realmente que la magia fuera algo existente en este mundo. De alguna manera, y sabía que la cosa era bastante absurda, le parecía más serio pensar que Sombra había llegado de otro mundo donde habría más seres como él, que allí probablemente serían normales. Pero a veces, cuando tenía un rato para pensar sin sentir que él estaba asistiendo a todos sus procesos mentales, podía ver las cosas desde otro punto de vista, hacerse preguntas y jugar con las respuestas. ¿No era posible que Sombra fuera un mago o un ser mágico? O, si no, ¿qué tal un ángel, un arcángel? O un demonio, sí, ¿por qué no? Había millones de personas que creían en la existencia de ángeles y diablos, ¿se equivocaban todos? ¿No podía ser que Sombra fuera uno de ellos?

No. Era más simple pensar que se trataba de un extraterrestre que había venido a la tierra con una misión específica, o incluso por casualidad. Pero, en ese caso, querría volver a su planeta y, sin embargo, Sombra no le había insinuado jamás que quisiera regresar a ninguna parte o que se sintiera extraño aquí.

¿Y si era de aquí? ¿Y si era otro tipo de ser vivo, desconocido para la inmensa mayoría de los humanos? Al fin y al cabo, cuando se le veía por la calle, aunque se sentía un cosquilleo de inquietud que podía derivar rápidamente hacia el miedo e incluso el puro terror, no parecía nada fuera de lo común. Era realmente posible que hubiera más gente como él y ella nunca se hubiera dado cuenta.

Si hasta su madre había sido otro tipo de ser y ella no lo había notado... Claro que siempre había sabido que era especial, extraordinaria, maravillosa, pero suponía que eso era lo que todas las hijas piensan de sus madres cuando la relación es buena. ¿Cuántos tipos de seres desconocidos existirían en la tierra? ¿Cuántas personas habría que eran algo muy distinto de lo que parecen y vivían camufladas de humanos entre la gente normal? Sintió un escalofrío al darse cuenta de que su comprensión del mundo estaba cambiando. No sólo se estaba alejando de los patrones normales, sino que se estaba volviendo paranoica; de un momento a otro empezaría a hablar de «ellos» sin saber bien a quiénes se refería.

Entró en los jardines del Buen Retiro por la entrada de la Puerta de Alcalá y siguió caminando a buen paso hasta el gran estanque, que brillaba como un espejo bajo el sol de mediodía. No había mucha gente porque era miércoles y la mayor parte de la población tenía que estar en su trabajo o en el colegio; sin embargo, había varios grupitos de jubilados en una de las terrazas y bastantes canguros de diferentes nacionalidades paseando bebés en cochecitos o vigilando a niños pequeños para que no se acercaran demasiado al agua. La temperatura era agradable y en los árboles floridos ya se notaba la inminente llegada de la primavera que en Austria aún se haría esperar.

Suspiró pensando en Innsbruck, en los cerezos de su calle que se ponían de color de rosa, como algodones de azúcar, en el magnolio japonés de Frau Knapp, que daba flores tan grandes que parecían de plástico, en el manzano que se veía desde la ventana de su habitación y que cuando florecía llenaba el aire de perfume. Se sentó en el borde del estanque y cerró los ojos al sol. La imagen del enorme manzano florido llenaba su mente. Era perfecto, blanco como una nube, delicado en sus flores y fuerte en su tronco rugoso, oloroso a miel. La brisa hacía temblar los pétalos de las flores y, cuando soplaba un poco más intensamente, los arrancaba de su asidero y entonces todo se llenaba de pétalos blancos y rosados, como una nieve tibia y perfumada.

Buena imagen, dijo Sombra en su interior. Quédate donde estás y busca sin abrir los ojos. Piensa dónde está Sombra.

Te oigo pero apenas te siento; debes de estar muy lejos.

¿A qué distancia y en qué dirección?

Lena se esforzó por precisar lo que le pedía.

A mi izquierda.

Notó el rugido que Sombra solía dedicar a sus imprecisiones y, a pesar de que tenía costumbre, se encogió un poco.

Al sur-suroeste. A unos quinientos metros, tal vez un poco más.

Bien. Escucha. Sombra quiere que escuches ahora.

Te escucho.

No. No escuches a Sombra. Escucha a los que te rodean.

Estaba a punto de decir «no puedo» cuando se dio cuenta de que era lo que decía siempre que Sombra le pedía que hiciera algo nuevo. Debía de estar harto de que siempre fuera la misma respuesta que, además, no servía de nada porque al final, antes o después, acababa por conseguirlo, así que se esforzó por captar lo que había en su entorno inmediato.

Primero fue como un chirrido impreciso, como el que se oye con las ventanas cerradas en verano, en un país del sur, cuando las cigarras cantan enloquecidas a la hora de la siesta y uno se pregunta qué tendrán que decirse con esa insistencia y esa machaconería. Sentía que a su alrededor había pensamientos, gente que se hablaba a sí misma, pero no podía distinguir las palabras, ni siquiera las imágenes en sus mentes.

Sigue intentándolo.

Aquello era agotador. Como tratar de oír las informaciones dadas por radio a un volumen casi inaudible en una habitación llena de ruidos.

¡Mi ositoooo!, oyó de pronto, tan alto que se sobresaltó. ¡Corchito, Corchitoooo!

Abrió los ojos sin pensarlo. Un oso de peluche marrón, pequeño, muy gastado, con una oreja rota, se alejaba flotando en círculos por el estanque. Una niña morena,

muy bonita, de unos dos años —Celia, se llama Celia, lo supo instantáneamente—, aullaba con la boca abierta, produciendo un sonido como de sirena de ambulancia, sin palabras, pero con toda la desesperación de un ser que ha perdido lo más importante de su mundo.

Una muchacha bajita y morena, con una larga trenza a la espalda, trataba de tranquilizarla prometiéndole subir a una de las barcas de alquiler y pescar el osito. Mientras hablaba, Lena oía: «Cuando consigamos el bote y nos acerquemos, el oso se habrá hundido ya. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Su madre me lo ha dejado muy claro: “*Corchito* es como un hijo, no hay que perderlo de vista”. Si no consigo recuperar el maldito peluche, me echarán. Tengo que pescarlo como sea. Como sea».

Lena estaba tan fascinada con lo que estaba oyendo que al principio no se dio cuenta de que, además de oír lo que decía la chica de la trenza —Noemí—, había empezado a entender también retazos de pensamientos o de conversaciones mentales que se cruzaban por encima de la principal, como si en un tren todo el mundo se hubiera quitado de golpe los auriculares y se superpusieran todas las músicas, todas las bandas sonoras.

«... imbécil, mira que preguntarme si ya estoy mejor de la depresión...», «... oposiciones... nunca... soy un inútil...», «Mamá... ¿por qué, mamá?... ¿tengo yo la culpa?», «¿Cuánto valdrá una barca? ¿No sería mejor comprar otro oso?», «Sortija de brillantes... en mi mano... más bonita», «*Corchitoooo*», «Ahora... un solo disparo... en mitad de la frente...», «Un Alfa rojo», «La primavera... ¿el verano también? ¿Navidad?», «Maldita cadera... maldita vejez», «Esta noche le digo que sí... si me llama», «Entre los ojos... ya».

No era posible y, sin embargo, Lena tuvo la sensación de que era capaz de ver la bala dirigirse derecho hacia ella, hacia su cabeza, para hacerla explotar. Se agachó sin pensarlo y, detrás de ella, saltó un surtidor de agua. Había tenido suerte, pero el tirador no fallaría otra vez. Estaba en uno de los árboles, casi frente a ella. Lo había oído pensar. Lo sentía ahora.

Sombraaaaa, gritó, desesperada y, a la vez, proyectó toda su fuerza, toda su voluntad, hacia adelante, como un golpe de viento repentino y furioso, mientras corría tratando de ponerse a cubierto y de alejarse de aquel lugar tan despejado y donde tantos niños correteaban sin darse cuenta de que, casi a su lado, había un asesino con una arma de largo alcance.

Consiguió ganar la zona arbolada, a la derecha del lugar del que había salido el disparo, y lo que vio la dejó helada: un hombre con un gorro de lana azul marino gritaba desesperadamente tratando de entender lo que le estaba sucediendo. El arma, un fusil con mira telescópica, estaba en el suelo, a unos veinte metros de él; había una mochila apoyada en el tronco del árbol desde donde había disparado.

El hombre estaba literalmente clavado en un banco del paseo, como si se hubiera

caído desde una rama, y el banco, en lugar de estar hecho de hormigón y madera, estuviera hecho de barro y palos. La cabeza y la mitad del pecho, casi hasta la cintura, estaban libres, así como los dos brazos, abiertos por encima de la cabeza, como para planear, pero de la cintura hacia abajo, hasta las rodillas, todo el cuerpo estaba fundido con el banco, como si hubiera caído en una cuba de hormigón aún blando y se hubiera solidificado a su alrededor.

Lena lo miraba con los ojos desencajados, sin atreverse a acercarse al asesino que, ahora al verla, había dejado de gritar.

—¡Sácame de aquí, puta! ¿Qué me has hecho? —rugió con voz ronca.

Ella negó con la cabeza, más por pura perplejidad que para negarse a algo que de todas maneras no podía hacer.

Un hombre bajo y fuerte, surgido de ninguna parte, de hombros anchos y brazos que apenas podía pegar a su cuerpo de puro musculoso, llegó en dos zancadas hasta el asesino, acercó su rostro al del hombre, inclinó la cabeza como si le interesara extraordinariamente lo que veía, y se quedó mirándolo fijamente a los ojos que se le habían desorbitado de terror.

Sombra.

—No me mates —susurró el hombre en voz áspera—. No he hecho nada. No sé nada.

Sombra hundió la mano en el pecho del hombre, como si la hubiera metido en un cuenco de agua, agarró su corazón y giró la mano, retorciéndola hasta que arrancó las arterias y las venas. Sacó la víscera chorreando sangre y la metió con fuerza en la boca del hombre que aún sacudía la cabeza espasmódicamente, así como las manos que parecían bailar un flamenco macabro.

Bajo los ojos atónitos de Lena, se agachó, cogió el fusil y, en un par de movimientos suaves, lo convirtió en una caja con una lente en el centro de la tapa; cogió la mochila, revisó su contenido, metió la caja dentro y se volvió a mirar el cadáver que ya no se movía. Seguía teniendo los ojos desorbitados, en la boca abierta se adivinaba un contenido macabro del que escurría un hilo de sangre. El hombre que era Sombra se inclinó sobre el asesino, se lo cargó sobre el pecho, como si quisiera bailar con él, y lo tumbó delicadamente sobre el banco donde, hasta ese mismo momento, había estado incrustado.

¿Vamos a dejarlo ahí, sin más?, preguntó Lena.

Sí. Ahora sí.

¿Cómo que ahora sí?

No podemos dejarlo dentro del banco. No lo entenderían y se harían preguntas.

¿Y así no se van a hacer preguntas?

El asesinato de un asesino no plantea interrogantes. Vámonos. Necesitas descansar.

¿Cómo va a saber la policía que era un asesino? Acabas de hacer desaparecer el arma.

En la mochila hay una pistola. Eso bastará.

Sombra, ¿podrías abrazarme?

No.

Lena se echó a llorar desesperada, como la niña que había perdido su peluche.

—¿No puedes abrazarme, maldita sea? —empezó a decir entre hipo y sollozos—. Me encuentro fatal. No sé qué ha pasado, no sé qué he hecho, pero sé lo que has hecho tú y es... es horrible... es... —Se le cortó la voz y siguió sollozando desconsolada.

Un instante después, sin transición de ningún tipo, estaban en la rotonda del Ángel Caído, al otro extremo del parque.

Si vas a hacer tanto ruido es mejor alejarnos, dijo Sombra, imperturbable, como siempre.

¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has matado a ese hombre, así?

Iba a matarte a ti. Sombra te protege.

Pero... ¿así?

Los humanos no viven sin corazón. Es rápido y eficaz.

¡Y monstruoso!

Sombra no contestó y se hizo un largo silencio mientras bajaban la avenida arbolada, en dirección a la cuesta de Moyano y a Atocha.

Además, podríamos habernos enterado de por qué quería matarme y quién lo ha enviado, dijo Lena al cabo de un buen rato.

Sombra lo sabe. El asesino no sabía mucho, pero Sombra ha extraído la información antes de que muriera. Sombra comprende más que él.

¡Ah!

Estaban ya a la altura del museo Reina Sofía de Arte Contemporáneo cuando Lena hizo la siguiente pregunta.

«¿Quién ha sido, Sombra? ¿Quién quería matarme?»

Cuando se volvió hacia su izquierda, para verle los ojos, Sombra había desaparecido y Lena estaba sola en la plaza.

Clínica privada del doctor Kaltenbrunn. Neuchâtel (Suiza)

El cielo estaba perfectamente azul, se oían las campanas de la iglesia del pueblecillo

cercano, el sol acariciaba la piel a pesar de que la brisa aún era fresca, las campanillas de la nieve estaban empezando a abrirse paso entre la hierba del invierno, Dominic caminaba junto a Clara por el sendero que llevaba al lago, y ella hubiera podido matarlo allí mismo.

Era la primera vez que se peleaban y, a pesar de que sabía que era lo normal, que todas las parejas se peleaban y luego hacían las paces, no podía evitar pensar en todas las veces que le había sucedido lo mismo con David. Estaba harta de que los hombres decidieran por ella, de que las cosas sólo pudieran ir bien si ella se plegaba a sus deseos, si decía que sí, y, a ser posible, si daba la sensación de que le encantaba la idea. Y ya estaba bien. No le encantaba en absoluto la idea y esta vez no pensaba dar su brazo a torcer.

—La verdad, Clara —volvió él a la carga, en cuanto se detuvieron sobre la colina para ver el lago a sus pies—, no me explico que prefieras quedarte aquí en lugar de cambiar de ambiente y venir a conocer nuestra maravillosa casa de la costa de Amalfi.

—Tú sabes muy bien que no «prefiero» quedarme aquí, que yo lo que quiero es volver a Innsbruck o irme a vivir contigo donde tú estés. Yo lo que no quiero es salir de una cárcel para meterme en otra. Al menos aquí hay otras chicas y mujeres en mi situación y tengo con quién hablar, con quién salir a pasear o ver la tele o lo que sea. Si me voy a esa casa maravillosa, estaré más sola que la una. Tú nunca paras quieto y allí, por lo que me has dicho, no están más que unos cuantos criados y Eleonora de vez en cuando.

—El tío Gregor te acompañaría dos o tres días por semana.

—¡Qué ilusión! —dijo con todo el sarcasmo que pudo poner en dos palabras.

—Sé que no te cae bien, y lo lamento de verdad, porque es un médico excelente y una persona estupenda, pero en cuanto nazca el bebé ya no tendrás que soportar su presencia, te lo prometo.

Clara soltó un bufido y echó a andar cuesta abajo, sin mirar si Dominic la seguía. En esos momentos lo odiaba; detestaba oírlo hablar como un personaje de novela del siglo pasado, detestaba verlo tan guapo, tan conjuntado aunque fuera vestido con ropa deportiva, tan perfecto... mientras que ella se sentía cada vez más gorda, más fea, más tonta... además de abandonada y ninguneada. ¿Cómo había podido caer en aquella trampa? ¿Por qué no había hecho caso a Lena cuando aún no era tarde para retroceder?

¿Dónde estaría su amiga? Se había enterado por Facebook de que Lena también había dejado el instituto, pero nadie parecía saber qué estaba haciendo o dónde. Incluso unos días atrás había recibido un *e-mail* de Lenny preguntando si ella sabía algo de su paradero.

Se mordió los labios. Si le hubiera hecho más caso a Lenny ahora estaría saliendo

con él, yendo al instituto todos los días, preparando los exámenes de Matura. Lena también se habría enamorado de un compañero y podrían ir a bailar los cuatro, a tomar una pizza por ahí, a hacer planes de futuro, mientras que así... su futuro ya estaba planeado y ella no tenía voz ni voto en esos planes. Ella ya no era Clara Gärtner; ahora su nombre era Clara von Lichtenberg, tenía un título nobiliario, un castillo en Tirol del Sur, un chalet en la costa de Amalfi —la famosa y maravillosa casa donde Dominic quería que viviera hasta poco antes del parto—, un jet privado en el que no podía marcharse a ninguna parte y una cadena de hoteles en todos los lugares del mundo a los que no podía ir.

Y además...

Además se estaba convirtiendo en un monstruo y no podía hablarlo con nadie.

Tachó el pensamiento como le habían enseñado a hacer en un cursillo de psicología un par de años atrás. Se imaginó a sí misma llevándose a la boca un animal cualquiera para beber su sangre y empezó a tachar la imagen con un gran rotulador negro. Una raya, otra, otra, una cruz, otra raya, un borrón, otro, otro, hasta que no quedó nada más que una mancha negra, un coágulo de negrura que lo negaba todo.

Sintió los brazos de Dominic abrazándola por detrás y, sin poder evitarlo, se apretó contra él, deseando que la besara, que le dijera que la quería, que todo iba a salir bien.

—¿Qué te pasa, pequeña? —le susurró al oído—. Dime qué tienes y haré todo lo posible para que vuelvas a ser feliz.

Ella se volvió hacia él, se dejó abrazar y se echó a llorar desconsoladamente.

—Estoy muy sola —dijo cuando pudo hablar de un modo comprensible—; estoy muy, muy sola, y tengo miedo, y me aburro aquí. Ésta no es mi vida, Nico.

—Dominic. Sólo mi familia me llama Nico.

Clara se apartó de su abrazo, como si quemara.

—¿Ah sí? Y yo ¿qué soy?

—Tú eres la madre de mi hijo. Mi mujer, si lo prefieres —añadió al ver su expresión—. Mi esposa. No te enfades, Clara, pero prefiero que me llames Dominic. O si te gusta más uno de esos nombres cortos y estúpidos, llámame Domi, pero Nico no. Por favor. ¿De acuerdo?

Estuvo a punto de decir que no, pero de repente se acordó de cuando estaban en tercero y a las compañeras de clase les dio por buscar nombres idiotas para todo el mundo. A ella le tocó Kiki y cada vez que alguien la llamaba así le daban ganas de estrangularlo. A Dominic sólo lo llamaba Nico su hermana mayor. Quizá por eso no quería que nadie más lo llamara con su nombre infantil.

—Dominic.

Él sonrió.

—Gracias, Clara. A ver... hablábamos de ti. Dime, ¿qué te gustaría?

—Volver a casa.

—No es posible, lo siento.

—Pero ¿por qué no? ¿por qué, maldita sea? He vivido allí toda mi vida, ¿por qué, ahora, de repente ya no puede ser? ¡Ya soy mayor! Estoy harta de que todos me tratéis como si fuera imbécil.

Dominic la miró muy serio, como sopesando lo que podía o no contarle.

—De acuerdo. Te lo diré. Eres adulta, sí; tienes derecho.

Repentinamente a Clara ya no le apetecía tanto la idea de que Dominic le dijera... lo que al parecer había decidido decirle y, si hubiera podido hacerlo sin perder la dignidad, le habría dicho que no hacía falta que le diera explicaciones. Pero no era posible.

—¿Recuerdas la muerte de aquel profesor tuyo?

—Claro.

—Fue asesinado por una confusión.

—No te entiendo.

—El tirador quería matarte a ti.

Como en una mala obra de teatro, Clara se llevó una mano a la boca y otra al pecho.

—Te has convertido en una persona muy importante. Llevas un hijo del clan rojo. Por primera vez en mucho, mucho tiempo nos va a nacer un bebé. Y eso no es todo.

—¿No? —preguntó con un hilo de voz, deseando que se callara.

—Ese niño, o niña, podría ser lo que todos los clanes llevamos siglos esperando.

Clara sintió que estaba a punto de tener un ataque de histeria y se iba a echar a reír de un momento a otro. Aquello sonaba exactamente como la Anunciación, sin arcángel san Gabriel. Tenía que ser una broma, pero Dominic no daba la sensación de estar contando un chiste.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Totalmente. Mi hijo puede ser el nexo que esperamos.

—¿Tu hijo? —preguntó, picada.

—Nuestro hijo, Clara.

—¿Una especie de Mesías, de Salvador?

—Sí. Algo parecido. Por eso hay que cuidaros tanto, ¿entiendes? Corréis peligro y es importante que estéis siempre en un entorno protegido, vigilado, para evitar sorpresas.

—Pero ¿quién quiere matarme?

—No lo sabemos con certeza, aunque lo lógico es que se trate de alguien de otro clan, probablemente el negro, que no verían con buenos ojos que seamos nosotros los que consigamos engendrar al nexo.

—Me estoy mareando.

Dominic le pasó un brazo por la cintura y la ayudó a sentarse en una piedra, sobre la que primero colocó su jersey.

—¿Estás mejor?

Él se puso detrás, con las piernas abiertas, y la dejó apoyar la cabeza en su hombro. Clara asintió sin palabras.

—Si me voy a la casa de la costa de Amalfi ¿estaré segura?

—Todos creemos que es mejor. Tendrás todo lo que quieras, todo lo que necesites. Además de protección total. Yo te visitaré con frecuencia, Eleonora también, y tu madre; podemos incluso arreglar que venga alguna amiga a verte, ¿te gustaría eso?

Ella movió la cabeza afirmativamente mientras las lágrimas se deslizaban en silencio por sus mejillas sin que Dominic lo notara.

—Falta muy poco ya, tesoro. Nuestros hijos suelen nacer antes de lo normal. Y en cuanto nazca el bebé serás más libre, ya verás.

En ese momento estuvo a punto de decirle lo que le pasaba cuando caía la noche y la necesidad de beber se volvía irresistible, pero no tuvo valor. Estaba confusa, mareada, asustada.

—¡Ay!

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes, Clara?

—¡Se ha movido! ¡Toca, toca aquí! —casi gritó, poniéndole una mano sobre el vientre—. ¿Lo notas?

El rostro de Dominic se iluminó de pronto con una expresión de triunfo como Clara no había visto jamás.

—¡Está vivo!

—¡Pues claro que está vivo! ¡Qué cosas tienes! —De repente todo había quedado olvidado frente aquella muestra de la existencia de su hijo. Clara ya no era una chica deprimida y quejicosa, aterrorizada por el desarrollo de los acontecimientos; ahora, de repente, creía por fin en el bebé que pronto nacería, en su bebé.

Dominic se puso en pie y la levantó en vilo, como si no pesara nada.

—¡Oh, Clara, Clara! ¡Qué maravilla! ¡Qué felicidad!

Se besaron y luego él la llevó en brazos de vuelta al sanatorio, hablando de nombres posibles en femenino y en masculino.

Castillo de Chambord. Valle del Loire (Francia)

Desde la terraza del hotel, el castillo de Chambord era una joya misteriosamente iluminada en la noche. El espectáculo nocturno estaba en pleno curso. Aquí y allá, en diferentes salones, las luces se encendían y se apagaban, unas anaranjadas, otras de color de rosa, otras de un azul fantasmal, como si una compañía de espectros se paseara por su interior buscando la vida de otros tiempos. En la amplia terraza que remataba el edificio, las luces eran difusas, cambiantes, y de vez en cuando formaban sobre la superficie de las chimeneas constelaciones de estrellas, salamandras, ojos abiertos y cerrados, guirnaldas de flores.

Emma y Albert, bien envueltos en sendas mantas, contemplaban el despliegue de luz desde las sombras de un castaño.

—¡Cuánta belleza! —dijo ella en voz baja.

—¡Y cuántos recuerdos!

Emma giró la cabeza hacia él y le regaló una pequeña sonrisa.

—¿Tú también?

Albert rió suavemente.

—Siempre has sido el amor de mi vida, Emma, lo sabes. ¿Cómo voy a olvidar que fue aquí donde todo empezó? Entonces no te llamabas Emma.

—Ni tú Albert. —Acarició la manta de cachemir que la cubría y su expresión se hizo soñadora—. Yo era la joven condesita de Montfleury. Isabelle. Pero tú me llamabas Fiordiligi, a la moda italiana.

Hacía muchos años que no habían hablado de tiempos pasados; trabajaban juntos, se veían casi todos los días, pero sus conversaciones ya nunca eran íntimas, ni siquiera personales. Era como si los dos fueran de verdad otras personas, diferentes de las que habían sido entonces. Pero ahora, entre las sombras, con la luna creciente bajando hacia el horizonte, brillante como un cuchillo, era de pronto más fácil, como si el tiempo se hubiera detenido y hubiera dado media vuelta, hacia atrás, hacia el pasado.

—Nunca olvidaré la primera vez que te vi —dijo Albert con la vista fija en las luces de Chambord, sin mirar a Emma—. Sabía que veníamos a que yo te conociera, con la excusa de presentarme al rey; sabía que mi mentor, mi tío Gilles, tenía la esperanza de que nos gustáramos lo suficiente como para casarnos e intentar tener un hijo, y yo estaba dispuesto a ello, evidentemente, para eso me habían educado, pero cuando te vi...

—En el salón azul, junto al despachito del delfín —interrumpió Emma con voz soñadora.

—Estabas como enmarcada por las puertas abiertas que daban a la pequeña biblioteca. Ibas vestida de blanco y oro, y detrás de ti brillaban todos los volúmenes recién traídos de Italia. Tenías el pelo rubio trenzado hacia arriba, despejando el cuello, y los ojos más brillantes que he visto en la vida, como estrellas. —Suspiró—.

Me enamoré de ti como un idiota, en ese mismo instante, sin que me importara en absoluto lo que los conclánidas pudieran pensar de mí.

Emma suspiró también.

—Creo que fue lo más hermoso que me ha pasado en toda mi vida, Philippe. — Albert sintió un escalofrío al oírla llamarlo por el nombre de su infancia, de su juventud, como tanto tiempo atrás—. ¡Qué lástima que el amor no viva tanto como nosotros!

Estuvo a punto de contradecirla, de confesarle que, si había estudiado biología y llevaba más de cincuenta años en una estación en medio de los hielos eternos, era solamente para estar con ella, para verla todos los días, y oírla reír, y hablar de cualquier cosa, pero decidió guardar silencio, como llevaba tres siglos haciendo. Mejor conformarse con lo posible que arriesgarse a perderlo todo.

—Está bonito este espectáculo de luz y sonido, ¿verdad? —comentó ella al cabo de un par de minutos de silencio.

—Sí. Han tenido buen gusto.

Emma miró a Albert sin girar la cabeza, para que no se diera cuenta. Siempre había parecido un príncipe elfo. Con los siglos se había hecho más sólido, más sabio, más sereno, pero seguía siendo tan guapo como entonces, con esos ojos grises de seda, con ese cabello rubio, fuerte, que invitaba a acariciarlo. Su amor había sido un torbellino, un huracán que lo arrastraba todo, pero en algún momento sus vidas se habían ido separando y, más tarde, al reunirse de nuevo, ella había tenido que aceptar que él no la quería ya, que se habían convertido en amigos, hermanos, conclánidas, aunque seguían sintiendo una afinidad tan poderosa que, a veces, parecía amor.

¿Qué pasaría si ella ahora le tendiera la mano y lo atrajera hacia sí, como aquella primera vez en la terraza del castillo, bajo las estrellas?

No. No quería oírle decir que ya no era tiempo de amor. No quería que la rechazara.

Se puso en pie y se apretó la manta contra el cuerpo.

—Ya hace demasiado frío, Albert. Me voy a la cama.

Él se levantó también, se inclinó frente a ella, le tomó la mano y se la besó.

—Buenas noches, Fiordiligi.

La vio perderse en las sombras, sintiendo que, de nuevo, un arpón se le había clavado dentro y era ella quien tenía el cabo, como siempre, como durante todos los siglos desde que se conocieron. Se clavó las uñas en las palmas de las manos para no seguirla. Dejó la manta en la hamaca y echó a correr hacia los bosques oscuros para agotarse antes de regresar.

Madrid (España)

Lena estaba tumbada boca abajo en la cama del hotel sintiéndose más desgraciada que en todos los días de su vida, salvo en los que siguieron a la muerte de su madre. Pero entonces el dolor tenía sentido, era natural y, aunque no le gustara reconocerlo, sabía que alguna vez pasaría, que volvería a reír y a ser feliz, a pesar de que siempre la recordaría y la echaría de menos, mientras que ahora el dolor que sentía era estéril, inútil, innecesario y, sobre todo, para el futuro, porque sabía que lo que acababa de suceder en el parque del Retiro era lo que le esperaba en adelante: una vida en la que iría comprendiendo cosas cada vez más extrañas, donde iría entrando en un juego que ahora le parecía una locura y en el que, al parecer, el asesinato era uno de los platos cotidianos.

Se sentía tan sola, tan sola... Habría dado diez años de su vida por un abrazo, por una caricia, por que un ser humano la estrechara entre sus brazos y poderse acurrucar contra alguien vivo que la mimara, y hablara con ella y le diera valor. Estaba aterrorizada.

No podía apartar sus pensamientos del momento en el que Sombra había hundido la mano en el pecho del hombre como si fuera de mantequilla y le había arrancado el corazón sin un parpadeo. Y luego... ¿por qué había tenido que metérselo en la boca? ¿No era bastante con matarlo? ¿Tenía que hacer algo tan asqueroso, tan cruel?

Que Sombra no tenía sentimientos, o no como los de ella, había quedado claro en muchas ocasiones, pero siempre había sido un ser eminentemente práctico; la crueldad no le resultaba necesaria, no era... efectiva, como él lo formulaba. ¿O sí? ¿O en este caso lo era?

Se le ocurrió de repente tratar de averiguarlo y, así como estaba, llorosa y con la cabeza tapada por la almohada, lanzó el pensamiento, como de puntillas, a la mente de Sombra. No era la primera vez que lo intentaba, y nunca lo había conseguido, pero tampoco perdía nada con probar. Estaba segura de que se sentiría mejor si lograba atravesar aquella barrera de negrura, de vacío, que Sombra ponía en su camino cada vez que ella quería comprender lo que pensaba.

Nada más evocarla, la barrera volvió a aparecer, pero esta vez no era como las otras, sólida, infranqueable. Esta vez se presentaba a su ojo interior como una altísima puerta de dos hojas, claveteada con gruesos remaches de cabeza cuadrada y fajada con anchas cintas de hierro, incrustada en un muro de sillares de piedra negra, tan alto que cuando echaba la cabeza atrás no conseguía verle el final. Estaba muy oscuro y no se oía el mínimo ruido, salvo un siseo como de un viento huracanado colándose por una rendija muy lejos del lugar donde ella se encontraba. Las puertas no tenían aldaba, ni llamador, ni cerradura, ni picaporte, como si sólo pudieran

abrirse desde dentro y no estuvieran pensadas para que nadie acudiera a llamar a ellas.

Lo intentó de todas formas. Acercó su mano mental, inmaterial, a la puerta oscura y tocó con los nudillos, lo que no produjo ningún sonido. Probó con las uñas y, esta vez, se limitó a repiquetear sobre el negro metal hasta componer un ritmo casi alegre, totalmente incongruente con el lugar en el que se encontraba.

El repiqueteo se fue haciendo más intenso hasta que Lena empezó a tener la sensación de que podía verlo entrando a través de la puerta, colándose más allá del hierro y la madera, despertando ecos en el espacio del otro lado. Quizá alguien acudiría a su llamada y las puertas se abrirían para dejarla pasar.

No sucedió nada y, poco a poco, se fue cansando de tamborilear en vano con las uñas. Dejó caer la mano y, al mirar hacia abajo, se dio cuenta de que la puerta no se apoyaba totalmente en el dintel. Había una ranura de más de tres centímetros que, sin embargo, no dejaba pasar ninguna luz; sólo una débil claridad grisácea, difusa como un amanecer en la niebla.

¿Un amanecer? ¿Niebla?

«Te hallarás en un lugar extraño. Pensarás en cómo llegaste allí pero tus recuerdos se habrán difuminado como árboles en la niebla...»

¿Se referirían a eso las instrucciones de *Cómo volver a casa*?

No. Era un lugar extraño, pero recordaba perfectamente cómo había llegado allí.

Pensó que si fuera mucho más pequeña, podría pasar por debajo de la puerta y echar una mirada al interior. Se tumbó en el suelo, de lado, para poder acercarse un ojo a la ranura. Oscuridad. Silencio.

Se volvió un poco más, tratando de pegarse a la madera, de acomodarse mejor la cabeza, y tuvo la sensación de que algo cedía, de que podía seguir girando hasta darse la vuelta como si estuviera dando volteretas dentro del agua. Cerró los ojos, mareada, y cuando los abrió se dio cuenta de que, de algún modo, había atravesado la puerta y estaba dentro.

Se sentó en el suelo de losas de piedra, con la espalda apoyada en una de las hojas de la puerta gigante y, lentamente, tratando de no marearse, fue observando lo que la rodeaba. La mejor comparación que se le ocurría era como estar encerrada en una inmensa catedral gótica, oscura, pétrea, misteriosa. Frente a ella se extendía la nave central, sostenida por columnas tan altas que la perspectiva hacía que se encontraran arriba, como los raíles del tren se encuentran en el horizonte. No se veía el techo; la distancia era tan grande que Lena sentía que caería hacia arriba si trataba de moverse. No le habría extrañado ver nubes flotando en las alturas.

La luz era escasa, pero ya podía ver que todo estaba lleno de símbolos incomprensibles, de figuras que no se parecían a nada que ella conociera, ni humanos ni animales, de extraños haces de luz que aparecían de pronto y volvían a extinguirse

antes de que pudiera ni pensar en acercarse a ellos. Lena se sentía como una canica a punto de rodar por el suelo de la nave, empujada por una voluntad desconocida.

La impresión de haber conseguido llegar más allá de la barrera, incluso más allá de la colosal entrada, no la dejaba pensar con claridad. Ella no había ido allí a hacer turismo, a forzar la intimidad de su maestro. Tenía una pregunta que hacer.

Se levantó con cuidado, sin separar la espalda de la puerta, como si eso fuera garantía de regreso, y se quedó allí, temblorosa, preguntando ¿por qué?, lanzando ese porqué hacia las tinieblas de la mente de Sombra, probando la posibilidad de que él le ofreciera una respuesta.

Un segundo después estaba sentada en la cama con una idea tan clara que parecía propia: cuando la policía encontrara el cadáver mutilado pensaría que era un ajuste de cuentas entre bandas de narcotraficantes. Sombra se había ocupado de que en la caja que había fabricado a partir del fusil quedaran restos de polvo de cocaína. La explicación del asesinato estaría muy clara para ellos y los detalles escabrosos no llegarían a los periódicos. Fin del asunto. No había sido crueldad gratuita sino puro pragmatismo, como de costumbre. Brillante.

Se encogió sobre sí misma y se abrazó las rodillas. Ya había vuelto a suceder. Admiraba el comportamiento de Sombra. Un paso más hacia la pérdida de la humanidad, de todos los valores que le habían enseñado. Una cosa era identificarse con un monstruo en una sesión de cine con palomitas y otra muy distinta apreciar el trabajo macabro de alguien que pretendía convertirla en un monstruo de verdad en la realidad de su propio mundo, el mismo mundo donde debería estar yendo a clase por las mañanas, preparando exámenes y cotilleando sobre compañeros y profesores.

Tenía que hacer algo para preservar su humanidad. Era necesario que dedicara una hora al día, al menos una hora, a seguir siendo la Lena de siempre, a seguir siendo humana.

Unos golpes en la puerta de la habitación la sobresaltaron. Sombra nunca llamaba a la puerta y no conocía a nadie en Madrid. Nadie sabía dónde estaba. ¿Y si el hombre que había intentado matarla tenía un cómplice? Podría haberlos seguido al volver del Retiro. Pero en ese caso, no llamaría a la puerta, intentaría pillarla desprevenida. ¿O no?

Con el corazón en un puño, y sin saber qué hacer, se retiró el pelo de la cara, se pasó las manos por la melena, cortesía de Sombra, que aún no había conseguido considerar como propia, y gritó: «¡Un momento, ya voy!». Aquella puerta era tan poca cosa que daba igual que la abriera por su propia voluntad o no. Si quería entrar, entraría. Cuánto lamentaba no haberle pedido una arma a Sombra; ahora se sentiría más tranquila.

Volvió a darse cuenta de que la Lena de siempre no habría pensado así acerca de tener una arma a mano. A la Lena que había sido hasta hacía pocos meses se le habría

ocurrido que podía ser la camarera con toallas limpias, o algún empleado del hotel para ver si la tele funcionaba o si había algún problema con la ducha.

Se puso los pantalones y abrió la puerta. No era ni la camarera ni el técnico ni el fontanero. O al menos no parecía serlo. Plantado en el pasillo la miraba un chico de unos veintitantos años, alto, de cuerpo modelado en gimnasio, pelo cuidadosamente descuidado por un excelente peluquero y una sonrisa pícaro de buen chico con fondo salvaje que le debía de haber costado meses de entrenamiento en una agencia de modelos o de actores o donde se enseñaran esas cosas. Llevaba vaqueros caros, camisa blanca de tela muy fina con dos botones abiertos, y una cazadora de cuero negro de marca; un amuleto de plata y madera al cuello y multitud de pulseritas de cuero en la muñeca derecha.

—¿Sí? —preguntó Lena, porque no se le ocurría nada más. Estaba claro que se trataba de una confusión, ya que no parecía vendedor de nada.

—¡Hola! ¿Eres Lena?

—Sí.

—Me envía tu padre.

—¿Mi padre?

Aquel guaperas debía de pensar que era idiota, pero es que estaba totalmente perpleja y no era capaz de decir nada inteligente.

—Sí, guapa. Tu padre. Yo también lo veo un poquito raro, pero... —Se encogió de hombros y volvió a intentar encandilarla con la sonrisa—. ¿Me vas a dejar pasar o qué?

—¿Pasar? ¿Aquí? ¿Para qué?

—Anda, deja de hacerte la tonta. Déjame entrar y te lo explico, ¿vale?

Lena miró por encima del hombro, a la cama deshecha y sus cuatro cosas tiradas de cualquier modo por el cuarto.

—Está todo hecho un desastre.

—Te juro que no lo voy a arreglar.

Se hizo a un lado pensando que, en el peor de los casos, sabía defenderse, además de que las paredes eran tan finas que la oiría todo el hotel si gritaba.

—Dime cómo se llama mi padre —preguntó en cuanto hubo cerrado la puerta— y para qué te envía. Y, sobre todo, cómo ha sabido dónde encontrarme.

El chaval se sentó en la cama y volvió a sonreír, esta vez de una manera que él debía de creer insinuante. Tenía buenos dientes: muy blancos y muy iguales; debían de haber costado una fortuna.

—Mira, en este negocio normalmente nadie nos da su nombre real, ¿sabes? Tu padre sólo me ha dicho dónde estabas, me ha pagado bien, realmente bien, y me ha dicho que te dé lo que necesitas. —Hizo una rápida mueca que mostró la cara que debía de tener cuando no estaba haciendo de chico de película—. También me ha

dicho que te trate como a una reina y que si no lo hago bien me encontrará y me lo hará pagar. La verdad es que tu padre acojona bastante, princesa. ¿Qué es? ¿De la CIA?

Lena empezó a comprender y, por un momento, no supo si enfadarse o soltar la carcajada.

—Mi... padre te ha dicho que me des lo que necesito...

—Eso es.

—¿Y no te ha dicho qué es lo que necesito?

El chico sacó de su repertorio una sonrisa obscena y se pasó la lengua por los labios tratando de resultar sexy.

—Eso lo averiguaremos en seguida, preciosa. Anda, desnúdate, enséñame lo que tienes. ¿O prefieres ver primero lo que yo tengo para ti?

Lena ya casi no podía reprimir las carcajadas. El chaval había empezado a desabrocharse la camisa blanca, luciendo conscientemente sus pectorales hinchados y los músculos de su abdomen, que parecían de revista de papel satinado.

—Pero ¿qué haces? —dijo por fin entre risas.

—La verdad es que eres tonta del culo, tía. ¿Qué pasa? ¿Que nunca has visto a un hombre? No me digas que eres virgen...

—No soy virgen y el gilipollas eres tú —contestó, picada—. Ya te estás largando.

—Ni hablar. Tu padre me ha pagado por llevarte al catre y es lo que pienso hacer, quieras o no quieras. Si salgo de aquí sin haber cumplido, tu padre me apiola. —Con cada palabra que pronunciaba, su acento se hacía más y más vulgar.

—No te preocupes, le diré que no eres mi tipo y en paz.

—Soy de lo mejorcito que hay en Madrid, nena. Y como ya he cobrado... yo tengo mis principios, ¿sabes, rica? Anda, déjame que haga mi trabajo; te juro que no te arrepentirás. Te daré lo que me pidas.

—Lo único que quiero es que te largues y me dejes en paz. Anda, no es culpa tuya.

El chico se acercó un par de pasos, como si temiera que ella empezara a dar gritos de un momento a otro, haciendo gestos conciliadores con las manos.

—Estás nerviosa, Lena. Es natural. Seguro que es la primera vez que estás con un profesional. Ven, anda, déjame al menos que te bese, a ver si te gusta.

Al decir «déjame al menos que...» por un instante Lena había pensado que iba a decir «que te abrace» y estuvo a punto de aceptar. Un abrazo sí que le habría venido realmente bien. Pero así no, con ese tipo no. Si dejaba que la abrazara, él creería que sólo era el prólogo de mucho más.

Sin saber cómo ni de dónde había llegado la fuerza, se sintió inundada por una especie de corriente de la que, mucho tiempo atrás, le había hablado su madre, y que tenía relación con la imagen que los demás podían percibir de ella cuando lo deseaba.

Fue como si de un momento a otro se transformara en una mujer más vieja, más dura, más sabia, revestida de una tremenda autoridad.

—Márchate. No te necesito. Gracias por venir, pero ahora vete y olvídate.

El chaval debió de ver exactamente lo que ella había sentido porque su nuez subió y bajó dos veces, se esfumó su sonrisa y, de repente, empezó a abrocharse los botones de la camisa a toda velocidad, recogió la cazadora y salió del cuarto volviendo la cabeza constantemente, como si tuviera miedo de que le disparara por la espalda.

Al verse sola, Lena lanzó un suspiro y se relajó. Tres segundos después, las carcajadas la hacían doblarse en dos y apenas conseguía respirar de pura risa. Abrió el balcón que daba a la plaza de Santa Ana sin importarle las miradas que algunos transeúntes le lanzaron al oírla reír. De todas maneras seguramente tendrían que cambiar de hotel ahora que aquel muchacho sabía quiénes eran y dónde se alojaban; daba igual que medio Madrid la oyera reírse.

Siguió con la vista al profesional que seguía echando miradas rápidas hacia atrás mientras se alejaba por la calle del Príncipe abajo. «Pobrecillo —pensó Lena—, qué mal debe de estar ahora su autoestima, con lo guapo que es y los esfuerzos que hace para serlo.»

A punto ya de perderlo de vista y volver a entrar a la habitación, lo vio pasar por delante de una obra, donde una grúa balanceaba un contenedor metálico amarillo lleno de cascotes de la casa que estaban derribando.

En un microsegundo, el contenedor se soltó de su amarre y cayó directamente sobre el muchacho de la cazadora de cuero. Desde el balcón, Lena oyó varios gritos femeninos y un revuelo de voces.

Casi sin darse cuenta, se encontró corriendo calle abajo hasta llegar al corrillo que se había formado en torno a las piernas enfundadas en vaqueros que eran lo único que sobresalía de la vagoneta que había aplastado el resto del cuerpo. Lentamente, un charco rojo y espeso iba adueñándose del asfalto. El pie izquierdo del muchacho aún se movía descontroladamente, como un juguete al que se le está acabando la cuerda.

Sin poder evitarlo, Lena vomitó lo poco que tenía en el estómago y, antes de que llegara la ambulancia, se dio la vuelta, se metió las manos en los bolsillos y, casi sin decidirlo, entró en el Tocaroro, un bar cubano que había visto nada más llegar al hotel y que acababa de abrir para la noche. Se sentó en un taburete porque las piernas habían empezado a temblarle y pidió el primer daiquiri de los diez o doce que pensaba tomarse.

Al fijarse en el calendario de detrás de la barra, sin poder evitar el ataque de histeria, se echó a reír como una loca. Se acababa de dar cuenta de que era su cumpleaños.

Villa Lichtenberg. Costa de Amalfi (Italia)

Dominic tenía razón. La casa era realmente maravillosa y, ahora que estaba allí, se daba cuenta de que había sido una buena idea salir de entre aquellas montañas y bajar al mar, a perder la vista en el inmenso azul y empezar a pensar en un futuro más allá del embarazo y el parto, un futuro en el que ya serían una familia y ella podría plantearse qué hacer, dónde vivir, qué forma darle a su nueva vida, esa vida que prácticamente le había caído encima sin esperarlo y con la que, de momento, no sabía muy bien qué hacer.

Habían llegado el día antes, a media tarde, de Zurich a Nápoles en el avión de la compañía, y del aeropuerto de Nápoles a la casa en helicóptero. Dominic se había tomado tiempo para ella, la había acompañado y le había enseñado el chalet, iluminado de felicidad, como un niño que enseña su juguete favorito.

La finca constaba de varios edificios de una o dos plantas construidos en torno a un núcleo medieval de piedra con una bella torre vigía, unidos por pasarelas al aire libre o acristaladas, y había sido construida en lo alto de un acantilado justo enfrente del mar; varias piscinas comunicadas se extendían por la casa, unas interiores, otras, apenas estanques o *jacuzzis* en rincones escondidos entre el follaje del jardín hasta la más grande, en la terraza, entre el salón y el mar, que al ser de desbordamiento producía la impresión de fundirse con el cielo.

Todo daba una sensación de ligereza, de vacaciones, de aire que podía moverse libremente por las habitaciones decoradas en tonos rojos y anaranjados. Era de verdad un paraíso y, si no fuera porque su compañero iba a ser más el doctor Kaltenbrunn que Dominic, Clara se habría sentido absolutamente feliz. Le daba escalofríos ese hombre, y ahora que él conocía su secreto, todavía se sentía más en sus manos, esas manos largas, finas, de pianista o de estrangulador.

La noche antes, Dominic y ella habían cenado en la terraza, junto a la piscina, disfrutando de la buena temperatura y de la noche estrellada mientras el tío Gregor se había excusado para que pudieran estar solos. Clara había estado a punto de decirle a Dominic que necesitaba su apoyo, que le estaba pasando algo terrible y que no sabía qué hacer, pero él estaba tan relajado, tan sonriente y tan lleno de planes de futuro que no se había sentido capaz de estropearle la alegría diciéndole que se había convertido en un monstruo.

Después de cenar, la había acompañado al mejor dormitorio de la casa, con su vista a poniente y su terraza con piscina particular, y había vuelto a coger el helicóptero para poder volar a San Francisco al día siguiente.

Apenas tres minutos después, cuando aún sentía el calor de su último abrazo, se había presentado el tío Gregor, tan helado y distante como siempre, a darle las buenas

noches y a hacer ciertos arreglos de futuro.

—Querida Clara —le había dicho con su repugnante suavidad—, sé muy bien lo que te está pasando y comprendo que hayas decidido venir aquí en lugar de continuar en el sanatorio donde, antes o después, acabarían por sospechar de ti. No te molestes en negarlo. Ven, vamos a sentarnos un poco, creo que necesitas información.

Habían bajado de nuevo a uno de los salones principales y se habían instalado junto a la chimenea, que el doctor había mandado encender.

—Aunque pueda parecerlo, el fuego no es el elemento del clan rojo, como supongo que sabes, sino el del clan negro.

Clara asintió con la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

—Creo —continuó él, dando vueltas a sus gafas entre los dedos, fuertes y finos como cables de acero— que no tienes mucha idea de lo que está pasando. Lo que no sé es si no preguntas porque no te interesa, o eres tan estúpida que no te has dado cuenta de nada, o es que estás aterrorizada.

Ella se quedó mirándolo a punto de llorar, con la garganta tan oprimida que no se sentía capaz de pronunciar palabra.

—Vamos, Clara, estoy esperando una respuesta.

—Yo... yo... no sé lo que me está pasando... y tengo miedo —consiguió decir por fin.

—¡Bien! Ya es algo... —Su voz, cultivadísima, sonaba cada vez más despreciativa—. Según nuestro *mahawk*, tú eras la persona adecuada para concebir a ese niño que todos esperamos, pero, sinceramente, no me explicó por qué. Empiezo a tener la sensación de que ha sido estúpido confiar en un *mahawk* que está loco a todas luces.

—No entiendo nada —se atrevió a decir Clara—. ¿Qué es un *mahawk* y qué tiene eso que ver conmigo?

—Es una especie de chamán, de especialista en asuntos míticos, religiosos, numinosos... como quieras llamarlos. Cada clan tiene uno y, en mi opinión, no sirven absolutamente para nada; pero ciertas decisiones se toman junto con él para asegurarse de que todos los aspectos de un problema hayan sido considerados antes del compromiso definitivo. También actúa de representante del clan frente a los otros. El nuestro está loco. Ya lo conocerás.

—¿Sí? —La voz había sonado tan apocada, tan amedrentada, que el doctor alzó los ojos hacia ella y sonrió con desprecio.

—Como muy tarde, el día del parto, pero no te preocupes, estaremos todos allí. A todo esto, ¿sabes que nuestros hijos no necesitan nueve meses para estar listos? No. Ya veo que no lo sabes. Si todo va bien, el niño nacerá dentro de unos tres meses.

Ella dilató los ojos y abrió la boca.

—¿Tan pronto?

—Así es. Y en estos tres meses, tu cuerpo te pedirá sangre cada vez con más insistencia. No tienes que asustarte. Es normal cuando una mujer espera un hijo del clan rojo.

—Pero yo... yo no...

—Vamos, no seas estúpida. Sé muy bien que has estado procurándote animales por los alrededores del sanatorio. ¿Quién crees que ha ido dejando a tu alcance esos animales heridos y débiles que has ido encontrando en las últimas semanas? ¿Quién crees que te dejó a esa muchacha en la habitación de al lado de la tuya?

Clara se tapó la boca con la mano. Lo sabía. El doctor Kaltenbrunn sabía que un par de noches atrás ella había oído quejarse a una chica, había ido a ver qué le pasaba y se la había encontrado casi sin conocimiento, perdiendo sangre por el vientre, donde le habían practicado la cesárea unas horas antes. No había tardado mucho en pedir ayuda, pero los primeros dos o tres minutos no había podido controlarse y había bebido la sangre de aquella mujer hasta que su humanidad se había impuesto y había corrido a buscar a un médico.

—Hasta el nacimiento del bebé eso te pasará cada vez con más frecuencia. He arreglado que haya en esta casa suficiente personal de servicio de fuera de estos alrededores para que nadie sospeche si uno de ellos tiene un accidente o se debilita en unos días. No tienes más que indicarme a uno de ellos y yo le suministraré las gotas que harán que, durante un par de horas, no reaccione y que después no tenga recuerdo de lo sucedido. Procura ser discreta con tus necesidades y elegir lugares que no estén muy a la vista. La parte de atrás de las rodillas es un buen lugar. Luego yo les haré una cura y, en principio, no habrá problema.

—¿Y si lo hay? —preguntó ella con un hilo de voz.

—La vida es peligrosa, Clara. Un accidente lo tiene cualquiera, y el mar es grande.

Ella dejó caer la cabeza, horrorizada y a la vez aliviada por haber solucionado su mayor problema.

—¿Lo sabe Dominic?

—Por supuesto. Pero sabe que tú no quieres hablar de ello, que te avergüenzas de lo que te sucede.

—¡Pues claro que me avergüenzo! —explotó ella—. Me he convertido en una fiera, en un monstruo. Soy una vampira.

—No. Eres *haito* y al contacto con *karah* tu hijo necesita cierto tipo de alimento. Si te tranquiliza, a los mosquitos les sucede igual. ¿Sabías que sólo las hembras que están procreando necesitan sangre? Los mosquitos macho no pican. Y el asunto de los vampiros... querida mía... es una leyenda que inventaron los palurdos de Centroeuropa para explicar algo como lo que te está pasando a ti.

—Drácula no era una mujer. Los vampiros siempre eran hombres.

—Porque en la Edad Media nadie se podía imaginar que una mujer pudiera ser la que aterrorizara a una población; tenía que tratarse de un hombre. Las mujeres, para *haito*, siempre fueron secundarias.

—¿Qué es *haito*?

—Los tuyos. La especie humana.

—¿Vosotros... vosotros no sois humanos? —Había oído ya tantas cosas abstrusas que ni siquiera le parecía espectacular lo que le acababa de decir el doctor. Dominic no era humano, no era humano... entonces ¿qué era?

—Por supuesto que no. Nosotros somos *karah*.

—¿Y de dónde habéis salido?

—Somos otra rama de la evolución, mucho más avanzada aunque, por desgracia, poco prolífica y actualmente en peligro de extinción.

—Entonces es que no sois mejores. —Casi escupió las palabras—. Las especies que de verdad están adaptadas a su medio y son flexibles son las que resisten y perviven, como los tiburones, como las cucarachas; los que no consiguen evolucionar, se extinguen. Como vosotros. —Le había salido del fondo del alma y lo dijo con toda claridad, mirándolo a los ojos transparentes, fríos e inexpresivos como los de un reptil; fue un alivio poder decir tres frases seguidas y, sobre todo, decir algo que sentía de verdad y que colocaba a los suyos, los humanos, por encima de los arrogantes miembros del clan rojo.

—Quizá —dijo él tras unos segundos de silencio—. Se ha hecho tarde, Clara. Vamos a retirarnos, si te parece.

Se puso de pie y se alejó hacia la escalera del fondo con su paso elástico y relajado, como si Clara no lo acabara de insultar, a él y a su especie.

Ya estaba a punto de suspirar y relajarse al verlo desaparecer cuando se dio cuenta de que el cosquilleo que sentía en las venas y que pronto se convertiría en un incendio devorador recorriéndola entera era la necesidad de sangre que se hacía más imperiosa noche tras noche. Él le había prometido arreglarlo para que ella tuviera ocasión de tomar lo que necesitaba, y ahora se marchaba olvidándose de su promesa.

No. No se le olvidaba. Era su forma de vengarse por lo que ella acababa de decirle. «Los humanos sois mejores porque estáis mejor adaptados, ¿no? Pues encuentra una manera de solucionar tu problema sin ayuda de *karah*.»

Podría salir al jardín y buscar algún animal que se dejara atrapar por ella, pero desde que había probado la sangre de la mujer, sabía que no quedaría satisfecha con otra cosa. Y la sed se hacía cada vez más intensa. Tendría que pedirle ayuda a ese hijo de puta. Sentía cómo todo empezaba a girar, a ponerse cada vez más rojo, como si la estuvieran envolviendo en un velo primero transparente, luego más y más espeso que la ahogaba.

—¡Tío Gregor! —gritó, cuando ya no podía verlo.

—¿Sí, querida? —oyó su voz como entre algodones desde algún lugar de la casa.

—Por favor... por favor... ayúdame.

—Por supuesto que te ayudaré, mi pequeña cucaracha —le oyó decir, con su voz suave, inalterada.

Un momento después, estaba a su lado y la llevaba en brazos hacia el jardín, hacia la noche.

Negro. Innsbruck (Austria). Shanghai (China)

El tiempo era extraordinariamente templado en Innsbruck y la plaza del mercado estaba llena de gente sentada a las mesas que todos los bares habían sacado al exterior para que sus clientes pudieran disfrutar del sol que, en los lugares más resguardados, creaba un miniclíma de dieciocho y hasta veinte grados. La Nordkette brillaba empenachada de nieve y casi podía sentirse la primavera en el aire.

Nils, con los ojos cerrados tras las gafas de sol y la cabeza apoyada en la fachada del bar, se dejaba acariciar por el cálido sol de las tres de la tarde mientras delante de él humeaba una gran taza de café. Cuando su móvil empezó a sonar pensó por un instante en no cogerlo. Ya llamaría él después a quien fuera, pero el entrenamiento pudo más. No podía olvidar que su estancia en Innsbruck era profesional, por decirlo de algún modo, así que echó una mirada al *display* y al ver «Shanghai», pulsó la tecla verde.

—Te escucho.

—¿Quieres que te dé una alegría? —La voz de Imre Keller sonaba, como siempre, un poco irónica, como cargada de un reproche que nunca llegaba a concretarse. Decidió no darse por aludido y se limitó a producir un ruido, espirando por la nariz.

—Ja.

—Puedes empezar a moverte.

—¿La habéis localizado? —Eso sí que era realmente una buena noticia. Se estaba cansando de estar allí, mano sobre mano, entre montañas, en aquella ciudad, diminuta y provinciana para alguien que llevaba tanto tiempo viviendo primero en Nueva York y luego en Shanghai.

—A la *haito* del clan rojo, sí. Se acaban de trasladar a la casa de los Lichtenberg, en Amalfi.

—Al menos veré el mar.

—Sabes lo que tienes que hacer, Nils. No nos defraudes. No me defraudes — insistió el Presidente, enfatizando el «me».

—No, señor. —Ahora era él quien enfatizaba el «señor».

—Menos guasa.

—Te llamaré cuando me instale.

—Suerte.

Madrid (España)

Nada más tomarse el primer daiquiri, Lena supo que estaba haciendo una tontería. Claro que resultaba tentador beber hasta perder la conciencia y los recuerdos de lo que acababa de suceder, pero no le ayudaría en absoluto porque se pasaría la noche vomitando, al día siguiente se levantaría con un dolor de cabeza espantoso y todo seguiría igual. Se acordaría del chico aplastado como una cucaracha con la misma claridad, con el mismo detalle: el charco de sangre extendiéndose por la calzada; las piernas sacudiéndose en espasmos reflejos, a pesar de que ya estaba muerto; la horrible sensación de que si ella hubiera aceptado sus servicios no habría salido a la calle en ese momento, sino un rato más tarde, y se habría salvado.

Aunque lo más probable era que no hubiese sido un accidente, sino la mente retorcida de Sombra eliminando a todo el que supiera de su existencia, y en ese caso nada podría haber evitado la muerte del chaval.

Salió del bar sintiéndose tan aplastada como él y más sola que nunca. No conocía a nadie en Madrid y hablar por teléfono no sería suficiente para calmar esa necesidad de contacto humano que Sombra había querido regalarle y que ella había rechazado. ¿Cómo era posible que se hubiera equivocado tanto? Él era capaz de entrar en su mente y saber lo que pensaba, sentía y necesitaba. Sin embargo, le había llevado a alguien que sólo podía darle sexo, sin más.

Aunque... ¿no era eso lo que necesitaba? Lo pensó con calma porque no era la primera vez que Sombra sabía mejor que ella lo que realmente le hacía falta. ¿Era sexo lo que quería? No sólo, no, pero quizá también. Volver a vivir la sensación de que alguien te desea, te acaricia, quiere estar contigo; otra piel frotándose con la tuya, otros ojos reflejando tu mirada, otra respiración en tu oído, un corazón latiendo cada vez más de prisa bajo tus manos. Hacía ya demasiado tiempo que había sentido todo eso con Dani y en esos momentos, parada en la Puerta del Sol, junto al oso y el madroño, símbolos de la ciudad, lo echaba de menos con tanta intensidad que le

cortaba el aliento. Ella lo que quería en esos momentos, lo que quería de verdad era estar con Dani: ir de la mano por las calles en el atardecer de Madrid, reírse juntos, hacer planes sencillos para la noche, para el día siguiente, tomarse el pelo, besarse... Ella lo que quería era ser normal.

Todo el mundo caminaba en pareja, o en grupo, o en familia. Sólo los locos, los mendigos y los drogadictos iban solos, hablando en voz alta, con la mirada perdida, soltando risotadas incongruentes o llorando en voz baja, con lágrimas que abrían surcos claros en la piel sucia.

Llamó a Sombra porque no había nadie más y su llamada se perdió en el vacío. Se había marchado, como hacía de vez en cuando, o no quería contestar. ¿Estaría ofendido por su rechazo? No, seguro que no. Si algo sabía con toda claridad era que, para estándares humanos, Sombra era un psicópata: empatía cero. Le daba absolutamente igual qué sintiera ella, cómo reaccionara o qué quisiera.

Sin embargo... quizá lo que había intentado Sombra era hacerle un regalo de cumpleaños, pensando que a los humanos eso les parecía importante para sentirse bien. No. Prefería no pensarlo; sonaba demasiado perverso. O quizá no perverso sino simplemente no humano, como era él.

Siguió caminando entre la multitud que llenaba las calles en dirección de la Plaza Mayor. Entró en una tienda y eligió un par de prendas, casi al azar. Le daba asco llevar la misma ropa con la que, en un solo día, había sido testigo de dos asesinatos. Y en uno de los casos no sólo testigo. Recordaba con una intensidad que le daba escalofríos su reacción al darse cuenta de que alguien disparaba contra ella: había usado su fuerza mental para repeler la agresión y, sin saber todavía cómo había sido capaz, había incrustado al tirador en el banco del Retiro para inmovilizarlo. Lo que habría hecho después, si Sombra no hubiese acudido, era algo que no quería imaginar.

Se probó unos pantalones claros, un par de camisetas y un suéter azul y, al verse reflejada en el espejo, tuvo la sensación de que ya no era ella. Un cambio sutil se había instalado en sus facciones, una seriedad que antes no estaba, una aura sombría, de peligro latente, que hacía que las otras chicas se apartaran ligeramente y le cedieran la cabina. ¿Tenía cara de asesina?

Cerró la cortina del probador y se miró a los ojos en el espejo. Recordaba a su madre cuando, antes de cualquier aparición pública, tanto profesional como privada, se contemplaba así, directamente a los ojos, como si fuera otra persona, y decía «*Showtime*». Entonces, nunca supo cómo, se volvía más guapa, más brillante, más segura, como si hubieran pasado su imagen por un programa de photoshop.

Ahora era ella quien necesitaba afirmarse, cambiar, dejar de ser aquella persona de mirada vidriosa, aquella mujer que daba miedo y que tenía miedo, para volver a ser una chica joven, alegre y despreocupada, al menos exteriormente.

Se miró a los ojos, lo borró todo de su mente y, recordando a su madre, dijo «*Showtime*», exactamente como ella lo decía frente al espejo del dormitorio. Cerró los ojos un instante y, al abrirlos, volvía a ser ella, pero mejorada, brillantada, como si le hubieran echado por encima una película transparente de puro glamour. Sonrió.

Salió de la cabina, eligió un vestido de florecitas, unas medias y unos zapatos de medio tacón, cómodos pero femeninos. Una vendedora se le acercó preguntando si necesitaba ayuda y Lena, con total desparpajo, le dijo que su maleta se había perdido en el aeropuerto y necesitaba unas cuantas cosas para pasar unos días en Madrid. Una hora después salía de la tienda con un equipo básico que incluía desde ropa interior y pijama hasta una chaqueta nueva, varios pantalones, dos pares de zapatos, el vestido, una falda, camisetas y jerséis. Al fin y al cabo era su cumpleaños. Diecinueve.

Las bolsas pesaban, pero le apetecía caminar y estaba empezando a tener una hambre de lobo, cosa nada extraña porque no había comido nada desde los churros con chocolate de la mañana.

Tanteó en su mente buscando a Sombra, pero seguía desaparecido, de modo que decidió ir a cenar y luego meterse en la cama hasta que él decidiera que volvían al entrenamiento. Cerca del hotel, en una de las plazas, había visto un restaurante bonito, con grandes ventanas. Iría a tomar algo allí.

Las calles estaba todavía más llenas que antes, pero ahora el gentío le parecía acogedor, como si le acolchara un poco la realidad en la que llevaba tanto tiempo metida que apenas recordaba cómo era llevar una vida normal, de clases y amigos, de novio y exámenes. ¿Cuánto tiempo había pasado ya desde que salió huyendo de Innsbruck, desde aquel último café con Lenny al lado de la universidad? ¿Qué estaría haciendo Lenny? ¿Se acordaría aún de ella? ¿Tendría novia?

Antes habría sacado el móvil y habría mirado el calendario. Ahora ya no tenía aunque, pensándolo bien, nada le impedía comprarse uno de tarjeta; eso no representaba ningún peligro, ya que nadie tenía ese número y no podían localizarla. Pero, puestos a comprar un móvil, casi resultaba más práctico comprar un *netbook* pequeño que le permitiera entrar en Internet y descargarse Skype. Las tiendas estaban a punto de cerrar; lo pensaría más tarde y quizá al día siguiente saliera de compras, esta vez electrónicas.

Encontró el restaurante, se permitió una cena abundante con ensalada, carne, verduras y postre y, a pesar de que seguía sola, con sus bolsas por toda compañía, se sentía bastante mejor que antes, casi feliz, con la pequeña punta de nostalgia que siempre llevaba dentro, como un bultito en un zapato que no se puede quitar y al que uno se va acostumbrando con el tiempo.

Al cruzar una calle levantó la vista y el cartel de Internet Café la atrajo irremisiblemente. Hacía tanto tiempo que no miraba su correo que seguramente estaría lleno de *spam* y a lo mejor ya ni siquiera funcionaba, pero cabía la posibilidad

de encontrarse con un *mail* de Dani, de los que le habría mandado al principio de su desaparición, y de pronto era lo que más le apetecía en el mundo: leer sus palabras, aunque fueran de dos meses atrás, aunque ya ni siquiera fuera verdad lo que le decía.

Sacudió la cabeza, negándose a sí misma la posibilidad. No quería volver a caer en la depresión de antes. No hacía tanto que habían hablado por teléfono y él le había dejado claro que seguía queriéndola.

Se sentó al ordenador del fondo en un cibercafé bastante cutre y casi vacío, y empezó la sesión con el estómago encogido, segura de que de un momento a otro aparecería Sombra y la sacaría a rastras de allí.

Tenía más de veinte mensajes de Lenny, cinco de Dani, dos de Andy, varios de amigas y amigos del instituto, unos cuantos del *dojo* o de compañeros de aikido, uno del director con un «Que te mejores» en el Asunto, muchísimos de ofertas raras, de invitaciones y anuncios de obras de teatro, conciertos y demás, uno de su padre, que acababa de llegar, y dos de Clara, uno de un par de días atrás con una sola palabra en la barra de Asunto: «Ayúdame».

Exhaló con fuerza por la boca el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta y estiró los brazos por encima de la cabeza. Por un momento estuvo tentada de apagar aquel trasto y seguir con su vida sin más. Estaba agotada, le habían pasado demasiadas cosas en un solo día y lo que más le habría gustado era recibir simplemente un SMS, un único SMS cariñoso que la hubiera acompañado a la cama antes de apagar la luz y cerrar los ojos, pero aquello era una avalancha que no podría despachar en menos de dos horas, y no tenía ningunas ganas de hacerlo. Si aquellos mensajes habían estado esperándola durante casi tres meses, igual podían esperar una noche más. Pero al menos tenía que ver el de su padre. Y los de Clara. No le había escrito en todo aquel tiempo y ahora, de golpe, un mensaje pidiendo ayuda. Imposible no leerlo.

Abrió primero el de su padre:

«¿Todo bien, hija? Por aquí todo bien. Salgo de viaje. Intentaré estar en contacto. Te quiero mucho. Ve por la sombra».

Las últimas palabras la hicieron sonreír. Era una frase que sus padres le habían dicho desde siempre cuando querían decir que llevara cuidado, que fuera amable consigo misma, que no hiciera tonterías. Siempre se lo habían dicho cuando salía de viaje con el colegio o cuando, más tarde, se había ido a hacer algún curso al extranjero: «Ve por la sombra». ¿Habrían sabido ellos, ya entonces, que algún día se encontraría de verdad con esa Sombra? Poco a poco empezaba a darse cuenta de que, tratándose de sus padres, todo era posible.

Abrió el último de Dani, de dos semanas atrás, cuando ella aún estaba en

Marruecos:

«Como creo que no tienes acceso a tu correo, no me extenderé, pero quiero contarte un par de cosas, por si acaso. He conocido a tu padre, hemos hablado mucho, ahora sé algunas cosas que antes no sabía y, aunque hay mucho que no entiendo, quiero que sepas que estoy contigo y te ayudaré en lo que sea. Max y yo nos hemos caído muy bien. Estoy acabando la mili y, en cuanto tenga los papeles, saldré a buscarte. Te necesito, Lena, y espero que tú me necesites también».

Puso los codos en la mesa y apoyó la cabeza entre las manos, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas que en seguida se quitó con los dedos para poder seguir leyendo:

«Te echo muchísimo de menos. Te quiero. Llámame cuando puedas y dime dónde estás. Necesito verte. Por favor».

Lo llamaría en cuanto llegara al hotel, le diría que estaba en Madrid y le diría que ella también lo necesitaba, que fuera a verla. Le daba igual lo que pensara Sombra.

Abrió el último mensaje de Lenny porque en la barra de Asunto decía «Clara» y eso la intrigó lo suficiente, aunque, por lo demás, ya no quería saber nada de él.

«Querida Lena:

»Llevo semanas escribiéndote sin haber tenido ninguna noticia tuya, por lo que me figuro que hago bien en suponer que no tienes ningún interés ni sientes nada por mí, a pesar de lo que me diste a entender en el Uni Café la última vez que nos vimos. En fin. Hay que saber perder.

»Ahora te escribo por algo que me parece muy urgente. No sé si lees tus mensajes ni si borras los míos sin abrir, pero tengo que intentarlo.

»Clara, sorprendentemente, se ha puesto en contacto conmigo porque, al parecer, tampoco consigue localizarte. No explica mucho en su mensaje pero dice que necesita ayuda, que la tienen prácticamente secuestrada en una casa en Italia, en la costa de Amalfi, y que está muerta de miedo. Pide por favor que alguien vaya a visitarla porque siente que se está volviendo loca. No dice lo que espera de esa visita.

La verdad es que no sé qué hacer. Su mensaje me ha impresionado mucho, pero al fin y al cabo es ella quien eligió casarse con ese tipo que ahora es su marido y muy pronto será el padre de su hijo. Probablemente

sólo sea que se siente muy sola y tiene miedo del parto, pero la verdad es que me ha dado muy mala espina. Estoy pensando coger un Interrail ahora por Pascua y bajar a Nápoles, a ver si consigo verla y convencerme con mis propios ojos de que no le pasa nada grave, pero a la vez pienso que lo más probable es que llegue allí y no me dejen ni cruzar la verja. Su móvil ya no funciona y, aparte del e-mail, no tengo otra forma de comunicarme con ella. Quizá tú sí. Al fin y al cabo eres (o eras) su mejor amiga. ¿No te ha escrito también a ti? Dime, por favor, qué piensas hacer y lo que crees que debería hacer yo. ¿Voy? ¿No voy? He ahí el dilema.

»Por favor, Lena, aunque no quieras saber nada de mí, aunque el soldadito ese que te gusta me haya ganado la partida, al menos contéstame como amiga y dime qué crees que podemos hacer para ayudar.

»LENNY

»P.S.: Ah! Hazme un favor y borra todas mis cartas anteriores sin abrirlas (suponiendo que no las hayas abierto y/o borrado ya). No vale la pena y, considerando lo poco que te importo, me daría vergüenza que las leyeras, ahora que está claro que no sientes nada por mí.»

Abrió directamente el primer mensaje de Clara sin darse tiempo a pensar en lo que le reprochaba Lenny en su carta. Ya lo pensaría después, si aún tenía ánimos.

«Te necesito, Lena. No tengo a quién más pedir ayuda. Mi madre no me entendería y sólo estás tú. Estoy en Villa Lichtenberg, cerca de un pueblecito que se llama Minori y está en la costa de Amalfi. Estoy muy sola. Tengo mucho miedo. No puedo contarte más por escrito. Por favor, Lena, no me dejes tirada. Perdóname por todo lo que te he hecho y ven cuanto antes.

»Tu amiga,

»CLARA»

Lena se quedó mirando la pantalla con los ojos desenfocados, tratando de entender qué le pasaba a Clara, qué le habían hecho para que sonara así, qué les había pasado a las dos en los últimos meses para que sus vidas hubieran descarrilado de esa manera.

Tendría que ir. No podía ignorar esa llamada de la que durante años y años había sido su mejor amiga. Tenía que ir a Italia y ver qué estaba pasando, cómo podía ayudar. Había tenido toda la razón al desconfiar de Dominic y, ahora que sabía algo

más de los clanes y de *karah*, podía imaginarse con claridad que los planes que tenían para Clara no incluían dejarla elegir su futuro. Tenía que ir, aunque sólo fuera para tranquilizar a su amiga, para hablar con Dominic y decirle que ella también pertenecía, aunque sólo fuera parcialmente, a uno de los clanes; quizá así la consideraría casi una igual y no la trataría con esa arrogancia y ese ligero desprecio que siempre había mostrado con ella.

Abrió el otro *e-mail* de Clara, el que había escrito un par de días antes. Era todavía más extraño, tanto que se le puso la carne de gallina.

«No sé si me estoy volviendo loca, Lena, todo puede ser. No sé cómo decirte esto, así que creo que lo mejor es no pensarlo demasiado y escribirlo como es. Creo que me estoy volviendo vampira. No te rías, no es ninguna broma. No sé lo que me han hecho, pero desde que empezó esta locura me he ido convirtiendo en un monstruo. Necesito sangre, y no es una forma de hablar, es la pura verdad. Me doy asco a mí misma, estoy aterrorizada, no sé qué hacer. Contéstame, por favor. No tengo con quién hablar.»

»Por favor. Por favor. Por favor. Por favor.»

Se frotó los brazos con las manos, angustiada. ¿Qué rayos quería decir Clara? ¿Se estaría volviendo realmente loca? ¿De verdad creía que la habían vampirizado literalmente?

Tenía que ir a Italia. Era fundamental ir a verla, volver a traerla a la realidad, sacarla de allí si era posible.

Pero Sombra nunca lo permitiría. Tenía tanto que aprender que no creía que Sombra estuviera dispuesto a concederle una pausa para que pudiera visitar a su amiga y tranquilizarla, aunque quizá podría convencerlo de continuar el entrenamiento en Italia. Él nunca le había explicado por qué se habían trasladado primero a Rabat y luego a Madrid; cabía dentro de lo posible que si ella le pedía que fueran a Italia, aceptara directamente. Sombra siempre la sorprendía.

Cerró la sesión y salió del cibercafé dándole vueltas a tantas y tantas cosas que tenía la sensación de que la cabeza acabaría por explotarle. Tenía que llamar a Dani para decirle que ya no estaba en Marruecos y que, si quería verla, lo mejor era que fuera él a Madrid. Eso era lo primero. Luego Clara.

¡Dani!

¿Por qué no pedirle que se encontraran en Amalfi? Para él estaba más cerca y así podían matar dos pájaros de un tiro. ¿Y si Lenny se presentaba allí también? No. Tendría que escribirle a Lenny diciéndole que ella iría a visitar a Clara y que si necesitaban más ayuda ya lo llamarían, pero que de momento no hacía falta que

fueran los dos.

¿Y si Sombra se negaba?

No podía poner en peligro a Dani dejándolo acercarse a ella sin que Sombra lo hubiera aprobado. Sombra no tenía ningún problema para asesinar a quien fuera si creía que no era conveniente su presencia junto a Lena. Y eso sí que no. Dani tenía que estar a salvo.

Llegó al hotel agotada pero con el cerebro trabajando a tope. Dejó las bolsas tiradas junto al sillón y se metió en la ducha, esperando que el agua la calmara un poco, porque tenía la sensación de que no podría dormir, ya que no conseguía apagar su mente y los pensamientos daban vueltas y vueltas en su interior, cada vez más de prisa, como un remolino en el desagüe.

Sombra seguía ausente y eso, que en otro momento la habría animado muchísimo al proporcionarle unas horas de libertad de su constante presencia y tutela, ahora estaba empezando a angustiarla. ¿Y si le había pasado algo?

Aella misma le dio risa la idea. ¿Cómo iba a pasarle algo a Sombra? Nada ni nadie en el mundo podía representar un peligro para Sombra.

Se equivocaba.

Negro. Shanghai (China)

Imre se guardó el móvil en el bolsillo del traje, borrando de su memoria con ese gesto la conversación que acababa de mantener con su hombre en el Congo, así como la orden que había dado de sofocar una rebelión de los trabajadores de las minas de coltán. Nada preocupante, de hecho. En cuanto hubieran muerto un par de cientos, los demás entrarían en razón. Siempre había sido así. Había dado ese tipo de orden tantas veces en su vida que ya le ocupaba mínimamente el pensamiento. En otros tiempos, quizá más felices, él mismo habría salido a caballo al frente de una partida de los suyos a imponer su voluntad por las armas. Ahora, el mundo se había hecho demasiado amplio, sus intereses ya no se limitaban a una zona que pudiera recorrerse cabalgando y sus gustos habían cambiado. La violencia física ya no le colmaba.

Perdió la vista en el paisaje de rascacielos de la ciudad que había elegido como residencia, una ciudad caótica, en pleno desarrollo, donde los edificios parecían surgir del suelo durante la noche, y crecían, como en una jungla, cada vez más altos, cambiando el aspecto de las calles casi de un día para otro: bellísimos edificios que reflejaban las posibilidades técnicas del siglo XXI junto a casas de dos y tres pisos de

la época colonial, con sus fachadas blancas y sus gráciles columnas; templos budistas como juguetes pintados, pagodas de tejados rojos y verdes, brillantes como escamas de dragón; atrevidos puentes, y túneles que unían las dos orillas del Huang Pu; una ciudad donde todo se vendía y se compraba a velocidad lumínica, donde se hacían fortunas de la noche a la mañana y se deshacían con la misma rapidez, un juego en el que él siempre había sido maestro y que, poco a poco, estaba dejando de interesarle.

El chófer lo dejó a la puerta del edificio donde pasaba la mayor parte de su vida y, por unos segundos, el tiempo que necesitó para bajar del coche y entrar en el vestíbulo, el agobiante calor, húmedo como el de un baño turco, lo envolvió en un abrazo de serpiente.

Tomó el ascensor, pero en lugar de ir a su despacho, subió directamente a su apartamento, se encerró en la biblioteca y recorrió el largo camino hasta el jardín secreto sin atreverse a formular ni para sí mismo la razón que lo había llevado allí en mitad del día, ya que normalmente se trataba de un lujo que sólo se permitía al final de la jornada, como pago por el trabajo realizado.

Llegó al final del pasillo desnudo, salpicado de puertas iguales que no llevaban a ninguna parte, se quedó plantado frente a la pared del fondo y esperó hasta que el sistema reconoció su presencia y descorrió el panel que dejaba ver la última puerta. Apoyó las manos en la superficie, la puerta se abrió y volvió a cerrarse silenciosamente a sus espaldas.

La habitación, como siempre, estaba fresca y en penumbra. Las plantas y los árboles, gracias a la iluminación especial que les hacía poder prescindir de la luz del sol, crecían exuberantes, salpicados de orquídeas de todos los colores. Era como entrar en un bosque sagrado en plena noche de luna, con su olor a tierra húmeda, a flores y a vida. Le traía recuerdos de otro lugar, de otra existencia, de los momentos de auténtica felicidad que ahora le parecían tan lejanos y escasos.

Caminó hasta el centro de la enorme sala por los senderos que se insinuaban entre los árboles cargados de lianas, de los que goteaba el agua, punteando el silencio fresco. Allí, entre la fronda, una caja de paredes de cristal traslúcido dejaba entrever los contornos de un cuerpo femenino. A ambos lados de la caja, dos bancos algo más elevados permitían ver el interior y su ocupante. Imre había pasado muchas horas sentado en ellos, solitario, en silencio, contemplando el rostro de la mujer que yacía en la caja, alimentando su esperanza.

Se acercó, puso las dos manos a los lados de la cabeza de ella y acercó los labios al cristal, hasta empañarlo.

—Ennis —susurró—. Mi tesoro. Ya falta poco. Cada vez estamos más cerca de lograrlo. Duerme, mi amor. Sueña. Cuando despiertes, volveremos a estar juntos.

Permaneció junto a ella media hora más, contándole los últimos acontecimientos, dándole ánimos aunque sabía que no podía oírlo, y dándose ánimos a sí mismo. Su

vida era larga, y aunque ya había consumido la mayor parte de su tiempo, aún le quedaba el suficiente como para esperar que todo saliera como estaba planeado y que se produjera el milagro.

Madrid (España)

—¿Se puede saber adónde vamos? —preguntó Lena por centésima vez, fastidiada por el silencio de Sombra y por el tiempo que llevaban ya en el coche alquilado.

Sombra se había presentado en el cuarto del hotel sin avisar, como siempre, y le había hecho recoger todas sus cosas en unos minutos porque tenían que marcharse. Hasta el momento, no se había dignado contestar a ninguna de sus preguntas, ni las que había hecho en voz alta ni las mentales.

—A las Cuevas del Águila —contestó Sombra de pronto, como si fuera la primera vez que oía la pregunta.

—¿A qué?

—Tienes que ver algo.

—¿Me has estado escuchando cuando te he contado lo que le pasa a mi amiga Clara?

—Sí.

—¿Me has oído también cuando te he dicho que tengo que ir a ayudarla?

—Sí, pero no es posible todavía.

—¡Ah, vaya, *todavía!* —enfaticó—. ¿Y cuándo será posible?

—Lo sabrás cuando lo sea. Si te tranquilizas, puedes estar segura de que irás y te encontrarás con el clan rojo.

—¿También ves el futuro? —preguntó con todo el sarcasmo que pudo. Sin saber por qué, no conseguía hablar con normalidad con Sombra; le fastidiaba en lo más profundo que fuera siempre él quien tomara las decisiones por los dos.

—A veces. Sombra te enseñará también a intuir los hilos del tejido del futuro. Es importante que sepas hacerlo.

—Así que es el próximo punto del programa.

—Uno de ellos.

Sombra había adquirido el aspecto que podría tener un coronel británico retirado pero en excelente forma física. Llevaba gafas muy oscuras, como casi siempre, el pelo rubio cortado a cepillo, los pómulos muy marcados y un bigotito de color arena en un rostro curtido y bronceado. Los músculos de sus brazos llamaban la atención.

Si él pensaba que parecía un turista normal, debía de ser el único en pensarlo.

—Sombra —continuó Lena que se había dado cuenta de que su maestro parecía dispuesto a dar respuesta a sus preguntas y no quería perder la ocasión—, lo que cuenta Clara en su mensaje de que necesita sangre son tonterías tuyas, ¿verdad? Alucinaciones, sueños... lo que sea.

El paisaje era plano y amarillento, como pelado, con árboles desnudos que se agitaban en el viento frío bajo un cielo gris.

—No. Cualquier hembra *haito* que haya quedado preñada de *karah* necesita sangre, a ser posible humana, para alimentar adecuadamente a su criatura.

Lena se quedó mirándolo.

—¿Siempre es así?

—Siempre.

—Entonces, cuando mi madre estaba embarazada de mí, ¿también era vampira?

—Los vampiros no existen.

—No seas tan literal y contesta mi pregunta, demonios.

—Eso sólo les sucede a *haito*. Tu madre era *karah*. *Karah* no necesita alimentarse de sangre durante el embarazo. Eso, ocasionalmente, viene después. Ahora basta de preguntas. Tienes que trabajar.

Lena suspiró, cerró los ojos y trató de relajarse en el asiento, archivando para más tarde la frase que Sombra había añadido como sin darle importancia, lo de «eso viene después». Ya estaba acostumbrada a que las conversaciones terminaran de esa estúpida manera, con esa insultante brusquedad. La cosa no tenía arreglo, de modo que inspiró hondo, cerró los ojos a la realidad y vio.

Frente a los ojos de su mente apareció un salón acogedor, vagamente esotérico, traspasado de luz, una luz de color índigo que hacía el ambiente dulce y también muy misterioso. Sombra, con su apariencia más frecuente —el hombre fibroso y fuerte, vestido de negro, de cabeza calva y ojos de fuego frío que parecía estar hecho de alambre de espino—, la esperaba sentado frente a una mesita baja de cristal iluminada desde abajo. Su rostro era una amalgama de planos y sombras. Detrás de él, una palmera en maceta, de hojas finas y amplias, ponía un marco a su figura y parecía inclinarse hacia él.

¡*Siéntate!*

Su conversación era mental. Obedeció.

Antes de que Lena pudiera darse cuenta de cómo lo había hecho, Sombra colocó sobre el cristal de la mesa varias imágenes traslúcidas que brillaban como diapositivas.

Haito llama Tarot a estas imágenes. ¿Las has visto antes?

Sí. Mi madre las usaba. Me explicó algunas cosas, pero no sé mucho.

Aquí tienes los arcanos del I al V: el Mago, la Sacerdotisa, la Emperatriz, el

Emperador, el Sumo Sacerdote. Poco a poco las conocerás todas. Sombra quiere que aprendas sus líneas, sus números, sus colores, sus símbolos. Entre otras muchas cosas que irás sabiendo, cada una de ellas representa a un clánida que encontrarás a lo largo de tu viaje. Cuando sepas quién es quién y qué simbolizan, podrás manejarlos. No dejes que ellos sepan que sabes.

¿Soy yo una de ellos, Sombra? ¿Quién soy yo?

Ésta es la carta que te representa. El Mundo. El término del viaje.

El maestro puso una carta sobre la mesa que llevaba el número XXI y mostraba a una muchacha desnuda con dos cetros en la mano elevándose hacia el cielo azul entre los símbolos de los cuatro evangelistas, o eso le pareció.

¿Son esos los cuatro evangelistas: Mateo, Marco, Lucas y Juan?, preguntó, orgullosa de recordar los nombres.

Son, desde que la Iglesia cristiana decidió usarlos en su propia simbología. Pero, de hecho, son mucho más antiguos y representan a los cuatro clanes: el toro es el elemento de tierra, el clan rojo; el león es el fuego, el clan negro; el águila es el elemento agua, el clan azul; el hombre o el ángel el aire, el clan blanco. La figura femenina que hay en el centro, rodeada por la corona de laurel, es la quintaesencia, el quinto elemento. Tú, Lena.»

Puso otra carta junto a la de ella. Era un joven con un traje floreado recortado contra un cielo violentamente amarillo, caminando despreocupadamente por un paisaje rocoso y a punto de dar el paso que lo llevaría a caer al abismo. Su número era doble: el XXII y el 0.

Éste es tu contrario.

¿Mi enemigo?

Tu contrario. Piénsalo en términos de orden y caos, de yin y yang, de la tensión de la que surge la chispa.

Mi uke, dijo, usando la palabra que en aikido designa al atacante.

A veces uke, a veces tori. Igual que tú.

Me gusta. Me gusta porque es verdad.

Lena se quedó un tiempo mirando las cartas, fijándose en los detalles, en los colores, disfrutando de su belleza y de la sensación de que había mundos encerrados en aquellos simples dibujos, mundos que aprendería a reconocer y a utilizar.

Y ¿quién eres tú?, preguntó al cabo de un rato.

Nadie.

Pero ¿quién eres? ¿Qué carta es la tuya?

Tuvo la sensación de que la respuesta tardaba en llegar, como si dudara.

Ningún arcano me representa.

¿Quién eres de verdad?

Ya lo sabes. Sombra.

—Abre los ojos. —La voz que entraba por sus oídos la sacudió. Hizo lo que le pedía su maestro y vio una ciudad parda en el paisaje pardo totalmente rodeada por una muralla medieval con gruesas torres redondas. Por un momento tuvo la sensación de que habían abandonado el siglo XXI y que, por alguna razón que no podía comprender, estaban en el pasado. Miró a Sombra, inquieta.

»Ávila. En la actualidad —añadió. Al parecer sabía perfectamente lo que ella acababa de sentir.

—Es impresionante.

Él no contestó, como solía hacer cuando consideraba que no era necesario. Al cabo de unos minutos, cuando la ciudad se hubo perdido en el retrovisor, volvió a hablar.

—Vuelve a concentrarte. Irás viendo los arcanos uno tras otro, para que vayas memorizándolos, sintiendo sus significados. Cuando sientas que no puedes más, relájate y descansa. Si te duermes, Sombra te despertará al llegar.

Lux Aeterna. Isla de la Rosa de Luz (mar Caribe)

El techo estaba tan lejos que se perdía en las tinieblas. El suelo bajo su cuerpo era duro, de piedra, pero no estaba frío, lo que podía significar que llevaba tanto tiempo allí que su propia temperatura había calentado las losas.

No sabía dónde estaba. Ni siquiera sabía quién era. Pero recordaba el momento de su muerte, el momento en que le llegó la revelación de que había usado mal su vida, de que todo era un engaño, de que no había ángeles ni demonios y de que Israfel no existía.

¿Se había equivocado al pensarlo? ¿Había llegado al lugar adonde van los muertos? ¿Había realmente un más allá?

No tenía ningún recuerdo del tránsito, ni de luz, ni de paz, ni de criaturas angélicas recogiendo su alma para acompañarla al otro lado. Recordaba el dolor, la angustia, el terror de saber que su tiempo había acabado, que su vida terminaba allí. Y luego... nada. Hasta ese mismo momento en el que había abierto los ojos en la casi completa oscuridad y se había dado cuenta de que seguía vivo, o al menos consciente.

Levantó el brazo derecho con mucha dificultad, concentrándose en el movimiento, y dejó reposar la mano sobre el pecho, tratando de sentir los latidos de su corazón, si aún lo tenía. Lo tenía. Seguía ahí, bombeando mansamente como un animal fiel a su amo. Eso quería decir que de alguna extraña manera había vuelto a la

vida. Porque si de algo estaba seguro era de que había estado muerto. Había sentido su muerte, total, irrevocablemente. De eso estaba seguro, y entonces lo que le había sucedido era una resurrección.

Sintió un escalofrío extenderse por todo su cuerpo, recorriendo sus nervios. Se había convertido en un resucitado. O en un zombi. O en algo sin nombre.

Y en ese caso, si de verdad había estado muerto y ahora seguía vivo, Israfel existía y era mucho más poderoso de lo que él nunca había llegado a imaginar.

¿Y quién era él?

Oyó unos pasos detrás de su cabeza, unas pisadas metálicas reverberando en las paredes del inmenso lugar donde se encontraba. ¿Dónde? Le habría gustado girar el cuello y ver quién o qué era lo que se acercaba a él, pero no podía moverse. La frente se le perló de sudor y su respiración se aceleró de puro miedo.

—Si estás tratando de saber cómo te llamas, no te esfuerces más —dijo una voz masculina detrás de él; una voz que creía conocer, que le traía recuerdos imprecisos—. Yo te lo diré. Fuiste Alejandro Andrade, Gran Maestro de la Rosa de Luz por voluntad del arcángel Israfel a quien traicionaste al romper tu juramento. Has sido destruido y el nombre que él te concedió en tu iniciación ha sido borrado para siempre de la lista de Elegidos.

El hombre que había sido Andrade soltó un gemido de terror. Los recuerdos empezaban a acudir a su mente y comenzó a ser consciente de las consecuencias de sus actos.

—Ahora te llamas Horra y los ángeles atlantes han decidido ofrecerte una disyuntiva. Serviste bien a la Rosa durante casi veinte años, de manera que puedes elegir entre la muerte inmediata y eterna o la esclavitud a ellos mientras te dure la vida; después, si lo has merecido, Aliel te acompañará en el tránsito. No volverás a ver a Israfel.

Sin pretenderlo, se le escapó un sollozo y, una vez roto el silencio, ya no pudo controlarse y siguió llorando hasta que empezó a sentir que se ahogaba. El hombre a sus espaldas continuaba en silencio, pero su presencia era casi tangible.

—¿Servirás? —preguntó, cuando los sollozos empezaron a remitir.

—Serviré.

El hombre dio la vuelta al cuerpo yacente en las losas y lo contempló desde arriba. El antiguo Gran Maestro no podía verle el rostro en la oscuridad; sólo una silueta alta, de hombros anchos. Tenía algo en la mano derecha. Algo que brillaba con una luminosidad rojiza, como el color de las ascuas cuando se ha extinguido la hoguera.

—Llevarás la marca mientras vivas, Horra. Servirás a la Rosa. Confesarás tu traición para que los Elegidos aprendan. Defenderás los Secretos con tu vida y con tu alma o sufrirás tortura hasta el fin de tus días y luego serás arrojado a las tinieblas por

toda la eternidad. Y ahora sabes muy bien, porque lo has experimentado en propia carne, que no se trata de símbolos ni de artificios retóricos. Te pregunto de nuevo: ¿servirás?

—Serviré.

El hombre empezó a inclinarse sobre él.

—¿Quién eres? —preguntó entre escalofríos de terror, tratando de retrasar lo que fuera que pensara hacerle.

—Soy el ejecutor de la voluntad de los ángeles atlantes.

Sin más dilación, la figura de sombra se inclinó sobre él y entonces Andrade recordó en un relámpago que era el mismo hombre que lo había reclutado casi veinte años atrás para crear la Rosa de Luz, el que le había dado las instrucciones y había llevado al santuario las cajas de los secretos. El Ejecutor.

Ahora se acordaba de su voz, del aura de peligro y locura que emanaba de él, de su alivio año tras año cuando se limitaba a darle instrucciones por teléfono. El Ejecutor.

La mano que portaba el brillo rojizo se acercó a su rostro y, con un movimiento rápido y certero, trazó un camino de fuego desde la sien izquierda, pasando por la nariz, hasta la comisura derecha de la boca. De inmediato, el dolor explotó en su cuerpo haciéndole retorcerse y aullar. Un instante después, otro foco de espantoso dolor se incendió en su talón derecho.

Andrade se mordió los labios sin poder controlarse. Todo el aire que contenían su estómago y sus intestinos vacíos abandonó ruidosamente su cuerpo en un humillante y larguísimo petardeo, bajo la mirada fría del Ejecutor. La vergüenza era tanta como el dolor. La orina caliente derramándose por sus pantalones fue casi un alivio.

—Ahora vendrán tus acólitos y te asistirán, Gran Maestro. Estamos en el mismo templo que te atreviste a profanar. En el futuro, cada vez que te mires al espejo, cada vez que intentes caminar, recordarás tu traición y tu nueva promesa. Espero que no volvamos a vernos.

Antes de que los pasos del Ejecutor se perdieran en las sombras, Andrade se desmayó.

Valle del Tiétar (Ávila. España)

Cuando llegaron al Valle del Tiétar era ya casi de noche a pesar de lo temprano de la hora. Lena suspiró, aliviada, al darse cuenta de que Sombra torcía en un camino rural

en lugar de continuar por la carretera que llevaba a las Cuevas del Águila; por un momento se había temido que quisiera ir directamente a su destino sin dejarla descansar ni un momento, pero parecía estar aprendiendo que los simples humanos tenían unas necesidades diferentes de los seres como él. Suponiendo que hubiera más seres como él, que no fuera el único en su especie.

Siguieron trepando por la montaña hasta llegar a una casita oscura, aislada frente a un bosquecillo. Sombra cortó el contacto, bajó, sacó la mochila de Lena y se dirigió a la entrada sin mirar si ella lo seguía o no.

—¿Quién vive aquí? —preguntó ella.

—Tú. Es una casa de alquiler, para turistas que hacen senderismo. Sombra piensa que aquí llamas menos la atención y estás mejor que en un hotel.

—Si sabes cocinar, sí.

Como esperaba, Sombra no se inmutó ni contestó al comentario.

La casa era sencilla, pero acogedora; estaba limpia y en la despensa y la nevera había unas cuantas provisiones básicas. También se habían molestado en encender la calefacción y, aunque no hacía calor, al menos no había que estar con el anorak puesto en la sala de estar. Suponía que la temperatura iría mejorando a lo largo del día y por la noche ya no le daría horror la idea de desnudarse y meterse en la cama.

—¿Necesitas dormir?

—Sí, claro, pero aún no; son apenas las cinco de la tarde. Lo que pasa es que estoy cansada y no creo que pueda seguir trabajando por el momento.

—Puedes aprovechar el tiempo de todas formas.

—¿Haciendo qué? —preguntó, suspicaz. Sombra no parecía darse cuenta de que una no podía estar siempre trabajando y aprendiendo.

—Practicando tu humanidad, como deseas. Haz algo que establezca tu comportamiento humano.

—¿Como qué? —Le estaba empezando a parecer un diálogo surrealista.

—Sombra ignora qué debe hacer un humano para seguir siéndolo.

—Seguro que llevas siglos tratando con humanos; deberías saber algo. ¿Cuánto tiempo hace que te dedicas a esto?

—Unos veinte mil años de vuestra cuenta.

Extrañamente, lo que más gracia le hizo a Lena de la respuesta no fue la cifra incomprensible que Sombra acababa de nombrar, sino que no hubiera contestado con precisión perfecta, que hubiera sido capaz de decir «unos veinte mil años» como si dos o tres mil años arriba o abajo no tuvieran importancia y, más curioso todavía, como si empezara a ser capaz de usar una cierta *fuzzy logic*.

—¿Y has notado cambios en los humanos desde entonces?

—Algunos, pero más de expresión que de base.

Hablar con Sombra, incluso cuando estaba dispuesto a contestar, era francamente

agotador porque no parecía ser capaz de contar nada sin que hubiese una pregunta concreta a la que responder.

—¿Cuándo fue la última vez que trabajaste con alguien como lo estás haciendo conmigo?

—Hace algo más de dos mil años.

—Y ¿aprendió todo lo que querías enseñarle?

—No todo. Malinterpretó ciertas cosas cruciales y lo mataron, o más bien *karah* lo dejó morir. A ti no te pasará.

Lena sintió un escalofrío. Confiaba en Sombra y estaba absolutamente segura de que la protegería, pero no resultaba agradable saber que dos mil años atrás las cosas habían acabado así para otro alumno del mismo maestro. Miró hacia la chimenea, apagada, y al montón de troncos de madera cortados a tamaño regular.

—¿Sabes hacer fuego, Sombra?

—Sí.

—Por favor. Eso me ayudaría a mantener mi humanidad.

El maestro empezó a preparar un fuego en la chimenea mientras Lena, tumbada enfrente, en el sofá con una manta, le daba vueltas a lo que acababa de decirle.

—¿Me cuentas la historia de tu último alumno, Sombra?

—Ahora no es el momento.

—¿No me puedes decir tampoco para qué estamos haciendo todo esto, por qué yo, qué se supone que va a pasar cuando haya aprendido todo lo que me enseñas?

—No. Aún no. Sombra aprende de los errores. La última vez hubo demasiados errores por exceso de información.

Los troncos del hogar empezaron a ser lamidos por unas llamas rojas y amarillas, bellísimas.

—Gracias, Sombra. Creo que era justo lo que necesitaba para volver a sentirme humana.

—¿Esto ayuda también?

El olor la asaltó de pronto y, por un segundo, la transportó a su primera infancia, a unos días que pasó con sus padres en una cabaña de troncos a finales de otoño. Ella debía de ser muy pequeña, pero recordaba con toda claridad el calor del fuego, las pieles de oveja que cubrían el maltrecho sofá, su padre y su madre abrazados mirando las llamas y abrazándola a ella, acurrucada entre los dos, el olor de los buñuelos de azúcar recién hechos y el chocolate caliente. El mismo aroma que llegaba ahora de la mesita lateral, donde sobre un plato de florecillas rosa había tres buñuelos aún humeantes y una taza de cholate.

—¡Sombra! ¿Cómo has hecho esto?

En el momento en que lo había perdido de vista, había desaparecido. Le contestó sólo la voz familiar en su mente.

Todo está compuesto de un número finito de materiales. No hay más que combinar y reagrupar. Aprenderás, Lena.

¿Dónde estás? ¿Qué haces?

Lo mismo que tú. Preservar lo que hace que Sombra sea Sombra. Disfruta tu humanidad. Luego duerme. Mañana seguirás trabajando.

Lena sonrió, alargó la mano, cogió un buñuelo y le dio un mordisco gigante. Para haber sido hecho por un monstruo estaba buenísimo, como los de su madre.

Cuando, a la mañana siguiente, salió al exterior, todo se había vuelto blanco. Una delgada capa de nieve cubría el paisaje, los pinos, las encinas del jardín, el césped y la casa, y, como cuando era pequeña, sintió una alegría repentina por la belleza que se desplegaba a su alrededor. Luego recordó que ahora la nieve ya no significaba hacer planes para la noche, para salir con los amigos a montar en trineo y a tomar un vino caliente después, y el pensamiento de cuánto había perdido la entristeció de repente, de modo que volvió adentro, desayunó abundantemente mientras oía las noticias en la radio, extrañándose de que el mundo siguiera allí, y empezó a prepararse mentalmente para otro día de trabajo agotador.

Oyó el motor del coche, supuso que Sombra la estaba esperando fuera y salió abrochándose el anorak.

Efectivamente, su maestro estaba al volante, tan oscuro y helado como siempre. Por un segundo pensó que sería estupendo empezar el día con un abrazo y dos besos, o un saludo normal y una sonrisa; luego se imaginó a Sombra sonriendo y fue como si le hubieran frotado la piel desnuda con un guante de alambre de espino.

—¿Qué programa tenemos hoy? —preguntó mientras bajaban la carretera, curva tras curva, hasta el valle.

—Hoy empieza todo.

Lena se quedó mirándolo fijamente, pero Sombra no dijo más y ella, sin saber bien por qué, decidió no insistir. Era mejor no saberlo. Una ola de miedo le pasó por encima, con la fuerza de un puñetazo en el estómago, dejándola débil y temblorosa.

¿No era ya bastante con todo lo que le había pasado? ¿Qué era lo que iba a empezar ese día? No quería que empezara nada, no quería que le sucedieran más cosas. Sólo quería que la dejaran en paz, tener los problemas normales de una chica normal, estudiar, preocuparse de si conseguiría un trabajo, pelearse con el novio... No quería ser capaz de hacer cosas extraordinarias que la alejaban de los demás, de sí misma, de su vida anterior.

—¿No podemos parar, Sombra? —preguntó al cabo de un rato, cuando ya habían cruzado varios pueblos y acababan de tomar la desviación que los llevaría a las cuevas.

—¿Aquí? ¿Te sientes mal?

Ella lanzó una carcajada estridente, sin humor.

—No. En general. Parar... lo que sea que se está poniendo en marcha, lo que va a empezar hoy.

—No.

Ella se abrazó a sí misma y perdió la vista en los campos nevados que los rodeaban. La carretera estaba desierta.

—Además —continuó Sombra, sobresaltándola—, tú no quieres detenerte. Tienes miedo a lo desconocido, como todos los seres vivos, tienes miedo a perder tu identidad, tu integridad física, tu salud y tu cordura; pero también tienes curiosidad, y estás orgullosa de lo que has conseguido y quieres respuestas a muchas preguntas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Sombra conoce tu mente. Ha estado allí. Es un bello lugar.

—¿Mi mente? ¿Has estado hurgando en mi mente?

—En el pasado Sombra necesitó entrar en tu mente para confirmar ciertos datos. Ahora no lo hace sin tu consentimiento. Del mismo modo que tú pediste entrar en la mente de Sombra.

—Aquella... aquella especie de catedral extraña ¿era tu mente?

—Una imagen para que tú pudieras comprender.

Guardaron silencio durante unos minutos. Sombra llegó al aparcamiento de las Cuevas del Águila y cortó el contacto. Sólo había cuatro coches más.

—Sombra —preguntó Lena antes de bajar—, ¿cómo es mi mente?

—Luminosa, amplia, llena de colores, y de detalles incomprensibles para Sombra. Un lugar para descansar. ¡Vamos!

Mientras se ponían en marcha, Lena empezó a darle vueltas a lo que su maestro acababa de decirle. «Un lugar para descansar.» Era algo precioso, lo más personal que Sombra le había dicho nunca y, a la vez, era también algo difícil de aceptar. No podía imaginarse su mente, tan confusa y tan llena de miedos, como un lugar donde alguien pudiera relajarse. Pero Sombra no mentía, ni adornaba las cosas innecesariamente. Tenía que ser ésa la sensación que de verdad le había producido la visita a su interior, igual que a ella la visita al interior de Sombra le había creado inquietud y angustia.

Subieron un camino empinado que zigzagueaba hasta una zona donde había una tienda que vendía recuerdos, collares, postales y las entradas de la cueva. Las luces estaban encendidas y las puertas abiertas, pero no había nadie.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Lena, inquieta.

—Aquí.

—¿Y por qué no los veo?

—Porque Sombra y Lena ocupan un tiempo intermedio. Puedes imaginar que se mueven en el tiempo que separa un segundo de otro, como si el tiempo de los demás y el de Sombra y Lena fueran dos líneas onduladas que se cruzan puntualmente,

cuando una sube, otra baja, de modo que son dos existencias separadas. Sombra elimina los puntos de cruce y los dos tiempos no se tocan ni se ven entre sí.

—¿No habría sido más fácil venir de noche para estar solos?

Sombra no contestó y la precedió hacia la escalera que bajaban a la cueva. La temperatura era una delicia; debía de haber casi veinte grados en el interior y, lo que en verano se sentiría como fresco en comparación con los cuarenta del exterior, ahora era maravilloso, porque eran quince grados más que fuera.

—Va a hacer falta mucho más que una noche. —La respuesta, casi un minuto después de la pregunta, la dejó por un momento perpleja. Cuando entendió qué quería decir, Sombra ya se había alejado unos metros y tuvo que darse prisa para alcanzarlo.

La gruta estaba bien iluminada, sin excederse en los focos, para crear un ambiente misterioso y algo mágico. Las formaciones rocosas brillaban tenuemente, blancas en su mayor parte, con tonos rojizos a veces, negros, e incluso suaves azules en ocasiones. El sendero los llevaba hacia arriba y hacia abajo bordeando una especie de gran sala central. El levísimo sonido de alguna gota de agua al caer era lo único que se oía, además de sus propios pasos. Los ojos se empeñaban en buscar figuras reconocibles en los caprichos de la naturaleza, aquí una tortuga, allí una virgen con niño, allá una gran ave de presa.

Llegaron a un punto que a Lena no le pareció diferente del resto de la cueva donde, de pronto, Sombra se detuvo y, abandonando su forma humana, volvió a convertirse en la alta columna de oscuridad pulsante que ella ya conocía y a la que no conseguía acostumbrarse. Empezaba a comprender que hubiera preferido hacer ese extraño truco con el tiempo en lugar de arriesgarse a que alguien los viera.

Aquí es. Ven, dijo la voz de Sombra en su interior.

¿Adónde?

Aquí.

Era evidente que le estaba pidiendo que entrara en la nube oscura que era él ahora. Sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a sacudir espasmódicamente la cabeza en una negativa. No quería entrar ahí. Sería como entrar en Sombra, como fundirse con él. La idea le daba pánico.

No temas, Lena. No hay peligro para ti. Vas a seguir siendo tú. Sombra te va a guiar al centro del nodo. Después se retirará.

¿Qué es un nodo? ¿Qué me va a pasar? ¿Por qué tengo que hacer eso?

Ella misma sabía que sonaba como si tuviera cuatro años y estuviera en plena fase de negarse a todo lo que querían los mayores, pero no podía evitarlo. La habían educado para querer saber, para cuestionar las situaciones, para no dejarse arrastrar sin crítica y análisis.

Después de esto, cuando hayas entrado en contacto con el nodo, empezarás a comprender. Confía en Sombra. Ven.

Alzó la vista hacia el altísimo techo cuajado de estalactitas blancas, hacia la torre de oscuridad pulsante y danzante que era su maestro y, de golpe, llegada de ninguna parte, oyó la voz de su madre, con toda claridad, como si estuviera realmente a su lado, y a la vez sintió su mano apretada por la mano familiar, pequeña como la suya, suave, fuerte: «Preciosa mía, mi niña blanca y negra, ha sido un largo camino para llegar hasta aquí. No tengas miedo. Estoy contigo». La mano volvió a darle un apretón confortador y Lena, a pesar de que sabía que tenía que tratarse de un truco de Sombra para darle el empujón definitivo, cerró los ojos, inspiró hondo y entró en la oscuridad.

De momento no sucedió nada. Primero sintió un cosquilleo agradable en todo el cuerpo, como cuando se mete la mano entre las chispas de una bengala de Navidad y se notan diminutos pinchazos en la piel que hacen sonreír. Luego el cosquilleo se extendió a su interior, como una cascada o una ducha de chispas que, misteriosamente, pudiera alcanzar también la parte interna de su cuerpo.

Extrañamente, no se sentía fundida con la esencia de Sombra, ni amenazada de ningún modo. Lo único que no le acababa de gustar era que sus sentidos normales no recibían ningún impulso: no veía nada, no oía, no percibía olores ni sabores, no se sentía ni las manos ni ninguna otra parte del cuerpo, pero a la vez se encontraba segura, protegida, casi de regreso en el útero materno.

Dolerá unos instantes. Prepárate.

Agradeció el aviso porque siempre se había sentido mejor cuando sabía que algo iba a doler y durante cuánto tiempo. Sombra debía de haberse enterado de ello al explorar su mente.

De un momento a otro fue como si una aguja la atravesara de la cabeza a los pies, entrándole por la coronilla y saliéndole por el cóccix. Tuvo la sensación de que gritaba, pero no consiguió oír su propio grito y, tal como le había prometido Sombra, el dolor desapareció tan rápido como había llegado.

Inmediatamente después sintió un extraño bienestar derrámandose por su interior y se le ocurrió que su sangre estaba siendo sustituida por un fluido caliente y relajante que iba dibujando todo su cuerpo por dentro mientras recorría sus arterias, sus venas y sus capilares. Veía el diseño con toda claridad, un mapa de sí misma en un azul fluorescente con chispas naranja, rojas y doradas.

Dentro de sus ojos cerrados o quizá inexistentes empezaron a destellar los colores con una intensidad desconocida, envolviéndola, arropándola, no como algo extraño a sí misma sino como si ella se estuviera convirtiendo en el color, en el puro color que la llenaba entera.

Aquí el tiempo no existe, Lena. Vas a aprender lo más difícil, lo que es realmente crucial para tu tarea. No vas a sentir el paso del tiempo y cuando regreses a él no recordarás nada de lo que has hecho, pero estará grabado en cada una de tus

células.

¿Cuánto tiempo pasará en el exterior?

Semanas, meses quizá. Depende de cómo reacciones a la Trama, de lo rápido que aprendas, de otras cosas que aún no debes saber.

Prométeme que avisarás a mi padre y le pedirás que él avise a Daniel.

A Lena se le hizo tan largo el silencio que temió que su maestro hubiera vuelto a desaparecer.

Sombra no entiende por qué o para qué.

Porque me tranquiliza a mí. Porque, si sé que ellos saben que estoy bien y que volveré, puedo concentrarme en lo que sea necesario. ¿Lo harás?

Es razonable. Sombra lo hará.

Gracias. ¿Qué me va a pasar?

Nada. Sombra te protege.

¿No me matarán, como a ese otro alumno tuyo?

Esta vez no. Por eso olvidarás lo que vas a aprender aquí hasta que llegue el momento.

Tengo miedo, Sombra.

Él no contestó pero Lena sintió una especie de caricia, una mano gigante que alisara las plumas de un pájaro o se deslizara con suavidad por el pelo de un gato, calmante, tranquilizadora. Como si Sombra hubiese acariciado su aura y ella lo hubiera sentido.

Estoy lista, Sombra. Cuando quieras.

Lena volvió a dejarse caer, volvió a hacerse consciente de la aguja inexistente que la traspasaba como una espina, se contrajo en un nuevo espasmo de miedo y de dolor, y se entregó a lo desconocido.

** * **

En un tiempo sin tiempo, en un lugar fuera de todo espacio, algo empezó a pulsar, a vibrar, a coagularse. Cuatro existencias interdependientes fueron activadas por la presencia que acababa de ocupar el nodo y, lentamente, empezaron a desarrollarse para entrar en función.

Urruahkhim.

Hacía miles de años de la última vez que se habían presentualizado, pero eran seres eternos y el tiempo no contaba.

Había llegado de nuevo el momento. Todo podía comenzar.

* * *

Tercera Parte

Principios de mayo. Rojo. Villa Lichtenberg. Costa de Amalfi (Italia)

Un resplandor rojizo se filtraba a través de las pesadas cortinas tiñendo la penumbra de la habitación de un color sangriento que le aceleraba el pulso. Tenía la garganta seca y los labios cuarteados, como si en vez de haber pasado un par de horas durmiendo hubiese estado caminando a través de un desierto.

Levantó la cabeza. Por la rendija, donde se unían las dos cortinas, se colaba un rayo de sol, una purísima lanza de luz de color rubí que moría a los pies de su cama, como un dedo luminoso que la señalara desde el cielo, desde el horizonte del atardecer por el que ahora el sol se precipitaba a su muerte, aserrado por los afilados dientes del acantilado.

Pronto llegaría la noche con su suave luz perlada y ella se encontraría mejor. Podría abrir del todo los ojos y salir a la terraza, o bajar al jardín, a disfrutar de la brisa marina en su piel sudorosa; el dolor de cabeza desaparecería y, por un tiempo, volvería a sentirse bien, dueña de su vida, otra vez joven y fuerte. Enamorada.

Luego volvería a tener hambre y vendrían de nuevo la lucha, el asco, los remordimientos, pero eso sería después y ahora prefería no pensarlo. Ahora se levantaría, en cuanto la luz dejara de ser roja y se volviera azul, se daría una larga ducha fresca, se pondría el vestido rosa claro que le había regalado él, abriría las puertas de la terraza para respirar hasta el fondo de los pulmones el olor a flores, a mar y a jardín recién regado, y bajaría al salón con la esperanza de que él ya hubiera vuelto.

Ése era siempre el mejor momento del día: cuando se despertaba de la larga siesta y, lavada y perfumada, bajaba a encontrarse con él. Entonces lo demás dejaba de tener importancia.

Pero él viajaba tanto que muchas veces pasaba más de una semana sin verlo; una semana en la que su única compañía eran el doctor, los pocos criados, que apenas si hablaban con ella, y Eleonora, si no estaba también de viaje.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron y, sin darse cuenta, se encontró sentada en la cama, apretando las sábanas contra el pecho, forzando la vista para penetrar la repentina oscuridad. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie. Estaba sudada, con el pelo sucio y un aliento repugnante, como de fiera, como siempre al despertar.

Se quedó inmóvil, con la esperanza de que la dejara en paz pensando que seguía dormida, pero la puerta empezó a abrirse lentamente y la silueta alta y angulosa del doctor Kaltenbrunn quedó recortada contra la pared de seda dorada del pasillo.

—Sé que estás despierta, Clara. —Tenía una voz grave y cálida, tranquilizadora, que sin embargo siempre conseguía darle escalofríos—. Levántate. Tienes visita.

—¿Visita? —Le salió una voz entre ronca y destemplada, casi chillona, de la que se avergonzó inmediatamente.

Era imposible que tuviera visita. Nadie sabía dónde estaba, salvo su madre, y ella estaba en Estados Unidos.

—Dice que es una amiga tuya. De hecho, dice que es tu mejor amiga y que no piensa irse sin haberte visto.

—¿Lena? ¿Lena está aquí?

—Ése es el nombre que me ha dado, sí. Aliena. ¿Qué hago, Clara? ¿La dejo pasar? —Terminó la pregunta con una especie de risa ahogada que para cualquier otra persona habría resultado incongruente, pero que a Clara le oprimió el estómago.

—¡No! ¡No, por favor, doctor!

—Si es tan buena amiga como dice...

—Dígale que me espere en el salón, que tengo que arreglarme un poco. Dígale que ahora bajo.

—¿Tienes hambre ya, Clara? —preguntó antes de cerrar la puerta—. ¿Le digo a Emmanuela que os prepare algo?

Clara negó con la cabeza hasta que se dio cuenta de que el doctor no podía verla.

—No. O no sé... Sí. Quizá Lena quiera comer algo.

—Le preguntaré. No tardes.

Cuando volvió a quedarse sola, en la oscuridad, tardó aún un par de minutos en soltar la sábana que había tenido agarrada todo el tiempo, como un escudo que pudiera defenderla de todo mal. Estaba confusa, angustiada. Por un lado, la visita de Lena era lo más maravilloso que le había pasado en todos los meses de encierro, primero en la clínica privada del doctor Kaltenbrunn, en Suiza, y ahora en la villa de la costa amalfitana, propiedad de la familia Lichtenberg. La idea de volver a ver a Lena, de abrazarse a ella, de oír su voz y su risa la llenaba de excitación y de impaciencia. ¿Cómo habría conseguido encontrarla? ¿Para qué habría ido allí?

Por otro lado, sin embargo, le daba horror lo que pudiera pasar. ¿Qué pensaría su amiga al verla en ese estado, en ese cuerpo que casi no se parecía ya al que ella conocía? ¿Sabría —simplemente al mirarla— en qué se había convertido en los meses que llevaban sin verse? ¿Notaría de inmediato que se había convertido en un monstruo?

Mientras se duchaba, decidió que no la abrazaría, para minimizar el peligro. Le diría que tenía algo contagioso, una gripe no muy fuerte pero muy persistente.

Se lavó los dientes casi con furia, tratando de quitarse el sabor que le llenaba la boca, de espaldas al espejo para no verse reflejada, para no ver las ojeras violáceas, la piel tensada sobre los pómulos, los ojos espantados en un rostro de cera. Nunca en toda su vida había estado tan horrible.

Y sin embargo él la quería, la mimaba, le decía que estaba preciosa y que muy

pronto empezaría a mejorar, a comienzos del verano. Apenas podía ya soportar la espera, apenas conseguía fingir ya, disimular para que él no lo supiera, aunque el doctor le había asegurado que él lo sabía, que él la comprendería, la ayudaría incluso. Pero ella no quería tener que confesárselo, arriesgarse a ver en sus ojos una chispa de desprecio, de vergüenza. Se moriría si él la abandonaba.

Quizá ahora Lena podría ayudarla. La había encontrado, había acudido, era su amiga, la ayudaría, estaba segura.

Se quedó rígida de pronto al comprender: por eso el doctor le había permitido visitarla. Para que ayudara. Para que la ayudara de un modo que le daba ganas de gritar de desesperación. Por eso le había dicho «si es tan buena amiga como dice...» sin terminar la frase.

No. No lo haría. Eso nunca. No podía hacerle eso a Lena después de tantos años de amistad, después de todo lo que habían hecho la una por la otra, primero cuando murió la madre de Lena, luego cuando los padres de Clara se separaron de un día para otro y él desapareció, abandonándolas, y cuando el padre de Lena se lió con una imbécil veinte años más joven, y cuando la madre de Clara se perdió en su trabajo y casi dejó de existir para su hija.

Siempre se habían tenido la una a la otra hasta el octubre pasado, el momento en que Clara conoció a Dominic y lo dejó todo por él, incluso a Lena.

Ahora podría volver a ser así, si Lena quería. Ahora podrían volver a ser amigas.

A punto ya de ponerse el vestido rosa, se dio cuenta de que para Lena aquello parecería un disfraz, de modo que volvió al armario, buscó los *leggings* vaqueros y una blusa blanca tipo túnica, se puso pendientes largos y bajó a reunirse con su amiga con el corazón cantando de alegría, igual que diez meses atrás, diez meses en los que había toda una vida, cuando se saltaron las dos primeras clases de la mañana para que Clara pudiera contarle a su amiga cómo había conocido a Dominic.

Villa Lichtenberg. Costa de Amalfi (Italia)

Nils guardó los prismáticos en su funda, se puso las gafas de sol, se ajustó la gorra de manera que el sol poniente dejara de deslumbrarlo y perdió la vista en el horizonte del mar. Un turista más, especialmente interesado en las aves marinas que volaban junto al acantilado.

Llevaba ya un buen rato observando el perímetro de Villa Lichtenberg, pero si tenían guardias los tenían muy bien ocultos y no había podido descubrirlos. ¿Era

remotamente posible que se sintieran tan seguros que ni siquiera se hubieran preocupado de quién pudiera entrar? Claro, cámaras había por todas partes y era de suponer que todo estuviera lleno de sensores de movimiento e incluso sensores térmicos en las habitaciones centrales de la casa, pero por fuera nada indicaba que no fuera uno más entre los chalets millonarios de la zona.

Era un conjunto realmente curioso: varios edificios modernos, de una o dos plantas, casi de cristal, unidos por puentecillos y pasarelas, rodeando a diferentes alturas un núcleo antiguo, constituido por una especie de pequeño castillo medieval, de pura piedra, con torreón almenado. El clan rojo tenía mejor gusto del que él habría creído y, sobre todo, un excelente arquitecto.

Esperaría a la caída de la noche y trataría de darse una vuelta por el jardín, a ver de qué se enteraba. Al fin y al cabo, incluso si lo descubrían, lo más que harían sería ponerlo en la calle. Ya habían pasado los tiempos en los que *karah* mataba a los suyos; eran muy pocos para eliminarse entre sí y él sólo quería un poco de información, cosa comprensible para cualquier clan.

Sólo llevaba en la costa amalfitana unas cuantas horas, por lo que todavía no había tenido ocasión de ver quién estaba en la casa, pero, si seguía observando por los alrededores, antes o después iría viendo llegar a la gente del clan y eso le indicaría con bastante exactitud el momento del nacimiento de la criatura. Se trataba de algo tan poco frecuente que todos los miembros de un clan hacían lo imposible por estar presentes cuando nacía uno de ellos.

Él mismo, al ser el miembro más joven del clan negro, nunca había asistido al nacimiento de nadie de los suyos y habría estado dispuesto a recorrer medio mundo a pie para no perderselo.

Cambió de posición cumpliendo con su papel de turista ornitólogo y, por la carretera, se cruzó con un tipo flaco y con gafas que también llevaba unos prismáticos colgados del cuello y que, curiosamente, le sonaba de algo.

Ésa era una de las maldiciones de la longevidad: había tantos rostros grabados en la memoria que cada vez costaba más reconocer a la gente.

Intercambiaron un saludo con la cabeza y Nils eligió otro lugar, volvió a sacar los prismáticos y los enfocó de nuevo hacia la casa. En una de las terrazas, de espaldas a él, Eleonora estaba hablando con alguien por teléfono. Su enorme melena roja brillaba como la aureola de una santa diabólica.

Hizo una inspiración profunda y apartó la mirada para perderla en el azul del mar. Eleonora era una mujer bellísima y, si él no tuviera grabada a fuego esa repugnancia innata a relacionarse con una *karah* de otro clan, habría pensado inmediatamente en ella como pareja, desde la primera vez que la vio. Pero un clánida sabe perfectamente cuál es su deber y en su caso, llegado el momento, la única posibilidad viable era Alix, bellísima también, pero tan distinta a Eleonora como el día y la noche.

Lamentablemente, aunque habían pasado mucho tiempo sin verse, Alix y él se conocían desde siempre y él nunca había conseguido encontrarla atractiva, a pesar de su belleza.

Él, por mucho que le avergonzara la idea, por quien se sentía atraído sin poder evitarlo era por Lena.

Pero Lena era *haito*, y eso convertía el simple pensamiento en una perversión. Una perversión que no conseguía erradicar de su mente.

A pesar de todo, le gustaría volver a verla. ¿Acudiría al reclamo de Clara? Un par de meses atrás, él había hecho todo lo posible para redactar los dos *mails* que ella habría recibido ya, de modo que sintiera la obligación, casi la necesidad, de acudir a ayudar a su amiga, pero no podía estar seguro de que los hubiera leído ni de que estuviera dispuesta a emprender el viaje para averiguar qué quería decir Clara con aquello de que se estaba convirtiendo en vampira. Ni siquiera podía estar seguro de que le resultara físicamente posible viajar a Italia. Nadie sabía dónde estaba y había pasado ya mucho tiempo.

Nils llevaba varias semanas confiando en que su anónimo informador, el conclánida a quien había visto por primera y última vez en la conversación nocturna del cementerio de Mühlau, volviera a ponerse en contacto con él y le dijera algo más sobre Lena. En aquella ocasión se había limitado a insinuarle que ella iba a jugar un papel importante en el desarrollo de los acontecimientos y que le convenía asegurarse su amistad. No había querido decirle más, pero había bastado para que él empezara a interesarse por ella, y a partir de cuando se habían visto en el Uni Café y la había besado, ese interés había cambiado de signo. Tenía que confesarse a sí mismo que cuando pensaba en Lena no lo hacía sólo por cuestiones relacionadas con los intereses de su clan.

Era la primera vez en su vida que una *haito* le resultaba atractiva y, aunque a veces se despreciaba por ello, en otras ocasiones pensaba que podía tratarse de una evolución natural para garantizar la supervivencia. Si los hombres del clan rojo se habían habituado a perpetuarse a través de la reproducción ocasional con ciertas elegidas entre las hembras *haito*, ¿por qué lo mismo sería impensable para un clánida negro? Y sin embargo... sin embargo, hasta ese momento siempre había sido así, los suyos siempre habían considerado deshonrosa y perversa la idea de mezclar su sangre con *haito*. No le gustaba la idea de decirle a Imre que había decidido unirse a alguien que no era *karah*. Pero al fin y al cabo no valía la pena darle vueltas. No iba a suceder.

Siguió observando por los prismáticos. Eleonora seguía hablando por teléfono, caminaba de aquí para allá gesticulando con la mano derecha en la que sostenía un cigarrillo y no conseguía verle la cara porque estaba todo el rato mirando al mar o, como mucho, de perfil. Llevaba una fina túnica roja que, a contraluz como estaba,

dejaba ver su curvilínea silueta como en los créditos de una película de James Bond.

Unos momentos después, justo cuando acababa de colgar y estaba apagando el cigarrillo, Dominic salió también a la terraza, se reunió con Eleonora y, juntos, bajaron la escalera en dirección al jardín delantero, dieron la vuelta a una esquina y desaparecieron de su vista. Si también Gregor andaba por allí, lo que sería lógico, considerando su profesión médica, ya no faltaban muchos. Se preguntó si aparecería el Shane. Se rumoreaba que estaba cada vez más loco y que había estado por Shanghai a principios de otoño, pero no se habían encontrado, y él hacía mucho que no lo había visto. Tanto como a la gente del clan blanco, a los que prácticamente ni recordaba. No debían de quedar muchos y seguramente seguirían entre los hielos investigando o escondiéndose o lo que fuera que hubiesen decidido hacer. Desde la desaparición o la muerte de Ennis, unos cincuenta años atrás, parecía que todos ellos, los pocos que quedaban, habían perdido por completo el entusiasmo por la vida.

Se dio la vuelta de golpe, sacudido por una idea imprecisa.

El tipo aquel de las gafas y los prismáticos con el que se había cruzado hacía apenas un cuarto de hora, ¿no tenía alguna relación con el clan blanco? Se quedó mirando sin ver, tratando de recordar. No. Seguramente no. Debía de ser alguien a quien había visto recientemente, quizá al llegar al pueblo, y ahora su mente no conseguía ubicarlo. Pero ya lo lograría; no se quedaría tranquilo hasta que lo hiciera.

Lena se paseaba impaciente arriba y abajo por una sala enorme, de piedra, que hacía las veces de vestíbulo, salón y sala de armas del torreón central de aquel sofisticado complejo que, según la placa de la verja de entrada, era Villa Lichtenberg.

Había llegado hacía unas horas al aeropuerto de Nápoles y luego un taxi que le había costado una fortuna la había depositado a la puerta de la mansión. Alquilar un coche le habría salido más barato, pero aún no tenía ni la edad mínima para hacerlo ni los años de práctica requeridos, de manera que no habría tenido más remedio que tomar el taxi y confiar en poder quedarse en la casa a dormir. Al fin y al cabo, si Clara la había llamado, estaría dispuesta a ofrecerle una cama.

Comprendía que estuviera aterrorizada, como daba a entender su *mail*. El tipo que la había recibido daba escalofríos, era como relacionarse con un escalpelo: metálico, frío, afiladísimo, sin sentimientos. Doctor Kaltenbrunn, había dicho. Tendría que mirar la lista de los clánidas y ver si aparecía, pero habría apostado cualquier cosa a que sí. Debía de ser algo así como el doctor Frankenstein de la familia.

Aún no había conseguido interiorizar que habían pasado más de tres meses desde su último recuerdo: Sombra en la cueva alzándose sobre ella como una columna de tinieblas vivas, diciéndole que olvidaría lo que había aprendido, aunque quedaría grabado en su interior para activarse cuando fuera necesario.

Su siguiente recuerdo era del aeropuerto de Madrid, donde había tomado un avión a Frankfurt y de ahí a Nápoles, vestida casi de verano, con la mochila entre las

piernas. Sin embargo, y a ella misma le resultaba incomprensible, no tenía miedo, no le importaba que aquellos tres meses hubieran desaparecido de su memoria. Sombra le había prometido avisar a su padre y a Dani y eso era lo único que contaba porque, para ella, era como si se hubiera ido a dormir la noche anterior y se acabara de despertar. Los mensajes de Clara pidiendo ayuda estaban frescos en su mente y, para su propia sensación, si no miraba un calendario, era como si nada más recibirlos se hubiera puesto en camino hacia Italia.

Sin embargo, para Clara habrían pasado tres largos meses de silencio por su parte; tres meses en los que se habría sentido abandonada por su mejor amiga, traicionada, castigada por lo que ella le había hecho en Innsbruck, cuando decidió que habían dejado de ser amigas, se subió en el coche de Dominic y la dejó allí, tirada frente al instituto.

Y dos segundos después la llamó el falso notario.

Se rodeó el cuerpo con los brazos y, por un instante, sintió la imperiosa necesidad de desaparecer, de marcharse de allí sin ver a Clara, sin mezclarse en los asuntos de otro clan; el primero con el que iba a entrar en contacto, ya que el suyo, el blanco, no parecía tener ningún interés en comunicarse con ella.

Pensó con un escalofrío qué le habría enseñado Sombra durante todo ese tiempo, cuánto camino habría recorrido hacia la transformación que ya había empezado a manifestarse en Rabat. Ella no se sentía diferente. Ni más adulta, ni más madura ni más sabia. Eso era lo peor: que no tenía la sensación de haber aprendido nada de particular y, sin embargo, sabía que tenía que ser así. Sombra no mentía. Por tanto, era seguro que ella tenía ahora conocimientos y habilidades de los que no era consciente, y tenía miedo de que se manifestaran de golpe sin que pudiera controlarlos.

Por una de las puertas del fondo entró una sirvienta uniformada llevando una bandeja con una jarra en la que tintineaba el hielo, y dos vasos de cristal fino. La dejó en una enorme mesa de café de mármol blanco, frente a la chimenea apagada.

—¿Una limonada? —preguntó con los ojos bajos—. La señorita bajará en seguida. ¿Puedo prepararle algo de comer? ¿Unos sándwiches, canapés, una ensalada?

—No, gracias, aún no —se apresuró a contestar—. Ahora, cuando baje Clara, lo que a ella le apetezca.

—La señorita Clara apenas come ya. Todo le sienta mal. Pero falta poco para que nazca el niño y entonces se recuperará.

Lena la miró, sorprendida.

—Según mis cálculos, apenas está de seis meses, seis y medio como mucho. El niño debería nacer en julio.

—Perdone, señorita, puedo estar confundida.

Resultaba profundamente desagradable que aquella mujer se empeñara en no mirarla a los ojos, pero no había nada que hacer. Hizo una pequeña reverencia y se marchó por donde había llegado.

En ese momento sonaron pasos por la escalera y Lena se volvió, dispuesta a salir corriendo a abrazar a su amiga sin importarles todo lo que las había separado desde hacía tantos meses, pero al ver a Clara se quedó clavada donde estaba sin saber qué hacer. La chica que bajaba la escalera lentamente, agarrada a la baranda de madera noble, casi no se parecía a su amiga de toda la vida, y no se trataba sólo del vientre que parecía ocupar todo su cuerpo. Era evidente que se había lavado el pelo y había hecho lo posible por disimular su horrible aspecto y ponerse guapa, con la túnica blanca y los pendientes largos, pero daban ganas de llorar ver su extrema delgadez, sus ojeras moradas, la melena que le caía lacia y sin vida, como una peluca de mala calidad, la piel tensada sobre los pómulos de momia, pero sobre todo los ojos: espantados, redondos, aterrorizados aunque estaba haciendo lo posible por parecer alegre y natural.

—¡Lena! ¡Qué alegría! —estaba diciendo ya desde la escalera—. ¡Qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

«¿Cómo que qué sorpresa? —pensó Lena—. ¿Ya no se acuerda de que me ha llamado ella? ¿Tan mal está? ¿O es que tres meses han sido suficientes para que lo haya olvidado?»

Clara llegó al final de la escalera y Lena se acercó, más despacio de lo que habría querido, sin saber si abrazarla, darle la mano como a una desconocida o limitarse a mirarla hasta ver qué decidía ella.

Se miraron un instante hasta que Clara adelantó una mano y acarició la mejilla de Lena.

—Mejor no besarnos; tengo una especie de gripe que no se acaba de curar y resulta muy pesada. Da fiebre y eso.

Lena le cogió la mano y se la besó con cariño. Parecía de papel de arroz. El anillo de compromiso con el enorme rubí le bailaba en el dedo huesudo.

—Ven, vamos a sentarnos al jardín —dijo Clara—. Esto parece una cripta, con tanta piedra. En invierno debe de ser muy acogedor, pero ahora es una tumba.

Lena cogió la bandeja.

—Deja, mujer. Para eso hay criadas.

—No me cuesta nada.

Clara se encogió de hombros y avanzó delante de Lena hasta salir al jardín. Bajaron unos escalones que llevaban hasta una terraza bordeada de lavanda en flor. Todo el azul del mar se extendía frente a ellas. El sol acababa de ponerse dejando el cielo incendiado de rosa y naranja con algunas nubes casi incandescentes. Lena dejó la bandeja en la mesa y se acomodó en una de las sillas de hierro pintado de blanco.

—¡Qué preciosidad de sitio!

Clara no contestó. Se limitó a servir dos vasos de limonada y a ofrecerle uno.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó mirándola fijamente con esos ojos afiebrados e inquietos que habían sustituido a los que ella conocía.

—¿Ya no te acuerdas de que tú misma me dijiste dónde estabas?

—¿Yo?

—Por *mail*. Me pediste que viniera, me explicaste cómo llegar.

Clara sacudió la cabeza.

—No. Yo no he sido. Hace siglos que no me dejan usar el ordenador.

—¿Cómo que no te dejan?

Lanzó una mirada de reojo, por encima del hombro, hacia la casa antes de contestar.

—No quieren que me excite, dicen. Desde hace meses no he hablado casi con nadie, excepto con Dominic, su hermana Eleonora y el tío Gregor, el médico.

—¿El monstruo metálico que me ha recibido?

Clara siseó un «chist», pero la miró agradecida de que alguien pensara lo mismo que ella sobre el doctor Kaltenbrunn.

—¡Qué tipo más desagradable! ¿Es de verdad tío de Dominic?

—Sí, eso es lo que parece. He tenido mucha suerte de que sea ginecólogo.

—Sí —contestó Lena con toda la ironía de que fue capaz—. No hay más que verte.

—¿Tan mal me encuentras?

—Sí.

Clara se quedó mirándola entre escandalizada y hasta cierto punto agradecida por la sinceridad.

—No me explico que no hayan hecho nada para que te encuentres mejor. Estás espantosa, Clara. ¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada —contestó, algo picada.

—Sí, ya. Pero yo he conocido a unas cuantas embarazadas en mi vida y ninguna estaba como tú. Parece que acabes de salir de la tumba. No me extraña que hayas pedido ayuda.

Clara empezó a sollozar bajito.

—Tienes que salir de aquí —insistió Lena—. Está claro que esto no te sienta bien.

—No puedo. No me dejan. Y no sería bueno para el niño. —Se iba enfadando conforme hablaba—. Y además yo no te he pedido ayuda. No necesito ayuda de nadie. Dominic viene una vez por semana, a veces dos. Eleonora me hace compañía siempre que puede y pronto tendré al niño.

—¿Se sabe ya que va a ser chico? —Lena sabía que si quería frenar el incipiente enfado de Clara, que siempre se ponía agresiva cuando se sentía mal, tenía que tratar

de cambiar de tema.

—Sí. Es un chico.

—¿Y cómo le vais a llamar?

—Arek.

—No lo había oído nunca, pero es bonito.

—¿Te gusta? —Clara parecía realmente sorprendida.

—Sí. ¿A ti no?

Ella volvió los ojos de nuevo hacia atrás y movió la cabeza lentamente, mientras se recogía los labios con los dientes.

—Entonces ¿por qué le vais a poner ese nombre?

—Lo han elegido ellos.

—Clara —dijo Lena cogiéndole la mano por encima de la mesa—. ¿No quieres contarme qué te pasa? ¿No quieres decirme algo más de lo que comentabas en tu *mail*? ¿Lo de la sangre?

Pareció dudar durante unos segundos. Luego se levantó y dio unos pasos en dirección a la baranda del mirador. Lena se levantó también, fue tras ella y le echó un brazo por los hombros. Clara empezó a sollozar.

—No te acerques, Lena, por favor. Vete. Vete de aquí antes de que sea tarde. Soy peligrosa.

—Tonta es lo que eres, tonta, retonta. Anda, dime qué te pasa y ya se nos ocurrirá algo, como siempre.

Por un instante todo el cuerpo de Clara se desmadejó entre los brazos de su amiga, pero en seguida se repuso, se apartó de ella y se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—No me pasa nada, Lena. Las hormonas del embarazo, que me sientan fatal y que, como estoy mucho tiempo sola, a veces pienso tonterías. Perdóname. No tendrías que haber venido. Ven, vamos a decirle a Emmanuela que te prepare algo de cenar. ¿Dónde duermes?

Lena se quedó mirando a su amiga como si no la conociera.

—Acabo de llegar del aeropuerto. Suponía que podía quedarme aquí.

—No. Aquí no puedes quedarte. —La respuesta no admitía duda, pero Lena sacudió la cabeza, perpleja.

—No me digas que tienes todas las habitaciones ocupadas. O ¿qué pasa, que el monstruo metálico te lo tiene prohibido?

—Se está haciendo de noche —contestó Clara como si no hubiera oído a su amiga—. Le diré a Giovanni que te lleve a Amalfi, o si lo prefieres al pueblo de aquí cerca, y que te busque un hotel o una pensión. Mañana, si aún estás por aquí, puedes volver a verme.

—Clara, no entiendo nada, pero si me voy ahora, me voy para siempre. No te

molestes en volver a llamarme.

—Yo no te he llamado, maldita sea, ¿no lo entiendes? No sé quién lo ha hecho y no sé para qué, pero yo no he sido. ¡Yo nunca habría querido que me vieras así! —Se dio la vuelta violentamente y echó a andar por el jardín, seguida de Lena, que no entendía nada de lo que estaba pasando. No sabía si creerla o no porque, si la creía, la cosa tenía demasiadas implicaciones: si Clara no le había enviado los mensajes por *mail*, entonces ¿quién había sido? y ¿para qué? Tendría que ponerse en contacto con Lenny, que era la única persona, además de ella, que decía haber recibido un *mail* de Clara.

Cuando llegaron a la verja de la propiedad, Clara parecía haberse calmado un poco.

—Lena, por favor, vete ahora pero vuelve mañana. Trataré de explicarte algunas cosas. No es fácil y aquí no se puede hablar —dijo bajando la voz.

Ella asintió con la cabeza en silencio.

—Me he dejado la maleta en la sala donde estábamos antes.

—En seguida te la traerán.

Efectivamente, un momento después, un hombre fuerte, de traje oscuro y corbata negra, metió la maleta de Lena en un coche enorme, muy limpio, con asientos de cuero color crema, y se instaló tras el volante después de haberle abierto la puerta a ella.

—¿Cuándo te toca? —preguntó Lena antes de subir al coche.

Clara la miró como si hubiera hablado en otro idioma.

—El niño. El parto —apremió Lena.

—Según el doctor, muy pronto ya. En cualquier momento. La familia está a punto de llegar y por eso necesitamos todo el espacio. —Era tan evidente que mentía que Lena no sabía qué hacer para sacarla de aquella situación y que le hablara como antes, como cuando eran amigas.

—Pero estás de seis meses, ¿verdad?

—Todo está perfecto —dijo Clara mirando la nuca del chófer por encima del hombro de su amiga.

—¿Quieres que me quede hasta que nazca?

—Me gustaría mucho. Le preguntaré al tío Gregor.

Lena se sentó en el coche, casi físicamente empujada por la fuerza de la mirada de Clara que se inclinó hacia ella como si fuera a darle dos besos.

—¿Vendrás mañana? —preguntó muy bajito, directamente en su oído.

Lena asintió con la cabeza, aún perpleja y cada vez más inquieta, como contagiada del miedo de su amiga.

—Cuídate, Clara. Hasta mañana.

Desde la curva, Lena aún pudo ver la frágil e hinchada figura cruzando el jardín a

toda velocidad, como si tuviera muchísima prisa por llegar a alguna parte.

Amalfi (Italia)

No sabía lo que le habían hecho a Clara, pero su comportamiento era tan extraño que se alegraba de haber salido de Villa Lichtenberg y haber encontrado habitación en un hotelito agradable al final de una callejuela colgada sobre el mar.

Si hubiera encontrado a su amiga en un castillo entre montañas una noche de invierno, habría pensado que se trataba de un lugar embrujado y que nunca lograría salir de allí, pero por fortuna era primavera, estaban junto al mar y, una vez fuera de aquellas paredes, todo parecía un mal sueño, una exageración de sus percepciones.

Lo que, sin embargo, estaba claro que no había soñado era el horrible aspecto de Clara y el hecho de que su amiga, después de medio año sin verse, ni siquiera le hubiera preguntado cómo estaba ella o qué había sido de su vida. Era más que posible que no supiera que había dejado el instituto, pues en ese caso le habría preguntado por los compañeros o le habría extrañado que ella pudiera estar visitándola en lugar de estar en clase y estudiando para los exámenes de Matura. O bien es que estaba tan obsesionada y tan enferma que no podía pensar más que en sí misma y en el bebé que pronto nacería. Pero ¿cómo iba a estar a punto de nacer si se había quedado embarazada a primeros de noviembre y estaban a primeros de mayo?

Y ¿qué había querido decir con eso de «soy peligrosa»? ¿Tenía alguna enfermedad contagiosa, quizá mortal? ¿O se trataba más bien de que Clara estaba realmente convencida de haberse convertido en vampira y tenía miedo de atacarla si se le acercaba demasiado?

Sombra le había explicado que la necesidad de sangre era normal cuando la criatura había sido engendrada por *karah*, pero era más que posible que el clan rojo no hubiera considerado necesario explicárselo a Clara porque la ignorancia y el miedo la hacían más vulnerable y le impedían pedir ayuda a la gente que la quería.

Lo que estaba claro era que todo lo que se relacionaba con los clanes, con *karah*, era extraño y nada fácil de comprender. Y como Clara suponía que Lena no estaba informada de nada, seguramente ni siquiera se le ocurría por dónde empezar a contarle lo que le estaba pasando. Por eso no habría más remedio que insistir, volver a Villa Lichtenberg al día siguiente y preguntar, preguntar todo lo posible y lo imposible, aunque podría darse el caso de que Clara no hubiera sido informada. Al fin y al cabo, ella misma sólo sabía algunas cosas a través de su madre y, después, por

Joseph y Chrystelle.

Se aseguró de que la puerta de su cuarto estuviera cerrada con llave, abrió la mochila y fue poniendo sobre la cama la herencia de su madre. Seguía sin saber para qué servían la mayor parte de los trastos y las llaves, y sin entender qué utilidad podían tener la foto del cementerio y el recorte de periódico, pero al menos las listas podían servirle de algo.

Las puso una junto a otra en el pequeño escritorio. Dominic von Lichtenberg destacaba con claridad, en rojo. También en rojo aparecía Eleonora Lavalle —¿serían hermanos de distinto padre?— y, como era de esperar, Gregor Kaltenbrunn, el doctor Frankenstein de la familia.

Por pura curiosidad echó una mirada a la otra lista, donde los nombres estaban relacionados con los Arcanos Mayores del Tarot: Dominic, el Mago; Eleonora, el Sol. Gregor Kaltenbrunn, el Segador, el siniestro esqueleto con la guadaña. Tenía sentido.

Lena pasó el dedo por la lista: en rojo aparecían también Flavia Brunelleschi, Mechthild Kaiser y Miles Borman. Subrayado varias veces destacaba un nombre curioso, sin apellido de ningún tipo y con artículo: el Shane. Los demás nombres, escritos en otros colores, no le decían nada, salvo el de soltera de su madre, Bianca Bloom, y el suyo propio, que no recordaba haber leído la primera vez que le echó un vistazo a la lista, en París, una eternidad atrás.

Aliena Wassermann. El último nombre de la lista del clan blanco.

Los otros eran: Emma Uribe, Albert de Montferrat, Lasha Rampanya, Ennis O'Malley y Tania Kurova-Gutridottir. Su clan. Y sin embargo no conocía a nadie, ni sabía dónde estaban, ni tampoco ninguno de ellos había tratado de ponerse en contacto con ella, para informarla, para protegerla, para, simplemente, reconocer su existencia y su pertenencia a la familia.

De pronto, se sentía tan sola que habría podido ponerse a aullar. Sólo hacía unas horas que no sabía nada de Sombra y le parecía un año. Se había acostumbrado hasta tal punto a estar con él, a su entrenamiento constante, a tener el tiempo lleno y planeado, que ahora se sentía vacía sin su presencia, y además, estaba empezando a tener miedo. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué no le había dicho adónde iba y cuándo pensaba volver? ¿Y si ahora que se había marchado de España no conseguía encontrarla?

A ella misma le dio risa la idea de que Sombra pudiera no saber dónde estaba si quería localizarla, pero, por si acaso, decidió que en cuanto cenara algo y se metiera en la cama, trataría de concentrarse con todas sus fuerzas para ponerse en contacto con él.

Pasó la mano por los objetos que había extendido sobre la cama y, ya estaba a punto de guardarlos de nuevo en la mochila cuando recordó que las instrucciones de su madre decían con claridad que los llevara siempre encima, así que, sintiéndose

vagamente culpable por no haberlo hecho hasta ese momento, empezó a distribuirlos por los diferentes bolsillos de los pantalones que se había comprado especialmente para eso.

Se dio cuenta de que en el artículo que hablaba de las joyas recuperadas del naufragio del *Titanic* había una foto que mostraba exactamente el medallón que le habían dado Joseph y Chri-Chri en París; en el pie de foto se leía: «No se ha conseguido averiguar a quién perteneció esta exquisita joya de platino y brillantes, por eso se la conoce como *Collier Mystère*».

Por lo que le habían dicho ellos, el original había pertenecido a una antepasada suya, una mujer del clan blanco, y ellos tenían los documentos necesarios para probarlo, pero como tenía otras cosas en que pensar, guardó el artículo, las fotos y el mapa que, de momento, no le decía nada, el móvil que aún no se había animado a encender por miedo a que la localizaran, y dejó en último lugar a *Alex*, el leoncito de peluche.

Le peinó la melena con los dedos, le cogió las zarpitas, tan suaves, y se las acercó a las mejillas, como tantas veces había hecho cuando era pequeña y estaba triste. ¡Qué lástima que fuera tan diminuto y no pudiera darle un abrazo de verdad! Pero de todas formas se lo apretó contra el cuello, debajo de la oreja, y se tumbó en la cama con los ojos llenos de lágrimas, sintiéndose sola, perdida, abandonada, absolutamente absurda. Sus dedos sujetaban firmemente el león por el cuerpo y, de repente, notó una dureza dentro de la barriga del animalillo. «¿Qué se habría tragado el tonto de *Alex*?», pensó con una sonrisa.

Siguió palpando con las yemas de los dedos hasta notar un objeto pequeño, oblongo y duro, como un encendedor, pero más chico y cuadrado.

Se levantó de golpe limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano y fue al cuarto de baño a buscar el neceser donde llevaba unas tijeras de uñas. No iba a tener más remedio que descoser al pobre de *Alex* para saber si era simplemente uno de esos bichos que llevan dentro un mecanismo que los hace llorar o rugir, o si se trataba más bien de algo que su madre había ocultado en el peluche.

En cuanto empezó a tratar de descoser la costura supo que se trataba de lo segundo: las puntadas eran finas, pero habían sido dadas a mano.

Con dedos temblorosos hurgó en el relleno de *Alex* y sacó lo que su madre había escondido allí para ella: un lápiz de memoria.

Echó una mirada a su reloj —las ocho y media— y se dio cuenta de que no tendría más remedio que esperar al día siguiente para comprar un *netbook* que le permitiera abrir el lápiz y ver qué era lo que su madre le había entregado. No podía meterse en un cibercafé y abrir una información que debía de ser secreta si se había tomado tantas molestias para hacérsela llegar de manera discreta.

Se quitó el medallón y, con cierto esfuerzo, consiguió pasar el lápiz por la misma

cadena. Volvió a ponérselo, lo metió por debajo de la camiseta para que no estuviera a la vista y, llamándose imbécil por no haber comprado antes un portátil, con la cantidad de veces que había pensado hacerlo, cerró la habitación y salió a buscar un sitio para cenar. Luego trataría de encontrar un ciber y le escribiría a Lenny, a ver si entre los dos averiguaban algo sobre los *mails* que supuestamente había enviado Clara.

Haito. Rojo. Villa Lichtenberg. Costa de Amalfi (Italia)

Muy cerca de donde se encontraba Lena, en Villa Lichtenberg, Clara bajaba la escalera de caracol que llevaba al sótano de la antigua torre vigía. A pesar del peso del vientre y de la torpeza de movimientos que solía sentir a la caída del sol, bajaba rápido, movida por la necesidad y el deseo, y su cerebro estaba en punto muerto, como siempre que se acercaba el momento de saciar su sed.

Si alguien hubiera podido ver sus ojos, le habría recorrido un escalofrío. Se habían convertido en dos agujeros muertos, sin expresión, como espejos velados que no reflejaban el espíritu que debía habitarla. Su respiración era rápida y agitada, superficial.

Llegó abajo, empujó con todo su peso la maciza puerta de madera con herrajes negros y entró en una sala de roca, no muy grande, pero suficiente para contener un colchón colocado sobre una amplia tarima que tenía algo de escenario.

Desmadejado sobre el colchón había un muchacho joven, desnudo, con el rostro vuelto hacia la pared.

El doctor Kaltenbrunn estaba guardando una jeringa usada y una botella llena de líquido transparente en el maletín, miró a Clara y, con un gesto de invitación hacia el cuerpo del chico, le ofreció una de sus sonrisas heladas.

—La cena está servida, milady —dijo socarronamente.

—¿Está...? —A Clara le temblaban los labios y sentía como una corriente eléctrica recorriendo su cuerpo.

—¿Muerto? Por supuesto que no. El pequeño Arek tiene derecho a lo mejor que puede ofrecer *haito*. No vamos a servirle carroña. ¿Tienes hambre ya? ¿Quieres que empecemos?

Ella asintió con la cabeza sin apartar la vista del cuerpo del muchacho. No podía evitar verlo como alimento, como la cáscara que contenía lo que más deseaba, lo que necesitaba para sobrevivir y para que sobreviviera su hijo; sin embargo, a veces,

durante unos breves segundos que destellaban como relámpagos en su cerebro atontado, también lo veía como un ser humano, como alguien igual a ella, y la repugnancia no la dejaba respirar. Además, entre la niebla de la angustia y el deseo que era peor que una borrachera, tenía la sensación de conocer ese cuerpo que se le ofrecía desnudo en el camastro, como si lo hubiera visto antes.

«Pero todos los cuerpos jóvenes son iguales —se dijo, mientras se acercaba a él, chupándose los labios—, sobre todo cuando están quietos en un colchón, como muertos, como simple carne y sangre destinada a alimentar otra vida.» Eran simples remordimientos.

Clara se acuclilló en el suelo, junto al chico, y se quedó mirando expectante mientras el doctor Kaltenbrunn colocaba un cuenco de acero inoxidable bajo el brazo del muchacho y, con una lanceta, abría la vena para que fluyese la sangre.

Sin poder evitarlo, Clara lanzó un suspiro de deseo.

—No te prives por mí, querida, disfruta del festín. Estaré ahí mismo, leyendo. Si ves que empieza a coagularse, dímelo y abriré otra vía.

Clara sabía que más adelante, cuando hubiera saciado su primera sed, le preguntaría qué iba a pasar con el chico, si se iba a morir, qué iban a hacer para disimular lo que había sucedido, pero también sabía que de momento no existía nada más que la sangre en su boca, entrando en su cuerpo, extendiéndose por todo su ser, alimentando a su hijo. Lo demás no tenía ninguna importancia, ni siquiera la humillación de tener que beber como un animal, inclinada sobre la herida, bebiendo del cuenco cuando chupar de la vena se hacía agotador o demasiado lento, lamiendo, mordiendo como una alimaña, como un depredador, mientras el doctor Kaltenbrunn, a sus espaldas, se instalaba en el sillón orejero y leía algún artículo científico o un catálogo de una de las subastas de arte a las que acudía con frecuencia para ampliar su ya, según Eleonora, impresionante colección de pintura.

Pasado el primer arrebató en el que todo le daba igual, intentaba no hacer demasiado ruido al sorber, pero el doctor, de todas formas, chasqueaba la lengua de vez en cuando, asqueado por sus maneras.

—¿Tío Gregor? —dijo al cabo de un rato con un hilo de voz.

—¿Querida?

—Apenas fluye ya.

—¿Necesitas más?

«Maldita sea —pensó Clara—. Siempre me hace lo mismo. Claro que necesito más, si no, no se lo habría dicho, pero me obliga a decírselo, a confesar mi necesidad, mi angustia.»

—Por favor.

—Por supuesto.

El hombre se acercó a la tarima, giró el cuerpo del chico como si fuera un pelele

de trapo, acomodó el otro brazo sobre el cuenco y abrió una nueva fuente.

—Luego le vendaré los dos brazos. Ahora sáciate y vete en cuanto termines. Él despertará pronto.

Clara se abalanzó sobre la nueva vía y empezó a chupar con todas sus fuerzas. Al cabo de unos minutos, se separó, satisfecha, y se limpió los labios con el paño que el doctor había dejado a su alcance. Luego subiría a su cuarto, tomaría una ducha y saldría a la terraza a charlar con Eleonora y a esperar a Dominic, que llegaba casi a medianoche.

Pasó distraídamente la mirada sobre el cuerpo yacente tratando de no empezar a sentirse culpable como le sucedía casi todas las noches y, de repente, fue como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Se dobló sobre sí misma y habría vomitado la sangre que acababa de ingerir si no hubiera sido porque el doctor la cogió en volandas y la hizo recostarse sobre el mismo colchón que ocupaba el muchacho.

—¿Qué tienes, Clara? ¿Qué es?

Le temblaban los labios y las lágrimas le caían por las mejillas como un manantial.

—¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó entre sollozos—. ¿Por qué él?

Kaltenbrunn contestó imperturbable mientras le limpiaba las lágrimas, los restos de sangre, los mocos y el sudor con un paño húmedo que olía a menta.

—Dominic pensó que sería un buen regalo.

—¿Dominic?! —chilló ella, casi histérica.

—Le contaste cuánto te hizo sufrir este mocoso cuando aún lo querías. Dominic y yo pensamos que sería una especie de justicia poética el que ahora pague el daño que te hizo contribuyendo a tu bienestar y el de tu hijo.

Clara se sacudía entre sollozos, repitiendo «David, David, David» como una letanía hasta que el doctor se levantó de su lado, fue al maletín y volvió con una jeringa.

—Es por tu bien, Clara, no te conviene excitarte. —Le inyectó un sedante que, casi de inmediato, cortó los sollozos y las lágrimas—. En seguida te llevaré a tu cuarto. Ahora tengo que ocuparme de nuestro invitado. Aún servirá durante un par de días. Relájate y descansa, querida, cierra los ojos. Cuando despiertes, te sentirás mucho mejor.

Amalfi (Italia)

Se acababa de sentar en una pequeña trattoria, dispuesta a pedir un buen plato de spaghetti alle vongole, cuando le llamó la atención un hombre muy atractivo que se había parado a contestar el móvil justo enfrente de la catedral de Amalfi, al pie de la escalera.

Su primer impulso había sido levantarse y echar a correr hacia él, porque por un instante había estado segura de que se trataba de Lenny, que había acudido, como había insinuado en su correo, a ver qué le pasaba a Clara que fuera tan urgente como para pedirle ayuda a un compañero de clase de los que menos conocía.

Pero cuando ya había echado la silla hacia atrás, se dio cuenta de que era totalmente imposible que fuera Lenny. Aquel hombre, aparte de llevar el pelo mucho más corto, era por lo menos diez años mayor. Sin embargo, el parecido era tan grande que no podía quitarle la vista de encima.

Iba vestido con vaqueros y una camiseta gris donde se veía el dibujo de un oso de espaldas, un par de ardillas poniendo cara de ser muy peligrosas y la inscripción DON'T MESS WITH US. A pesar de que la luz ya estaba muy cerca del azul de la noche, llevaba las gafas de sol puestas. Se movía con la misma elasticidad que Lenny y estaba segura de que, si sonreía, tendría la misma sonrisa traviesa. Pero no era él. Y ella no podía acercarse a un perfecto desconocido y preguntarle si era familia de un tal Lennart Schwarz, además de que, aunque dijera que sí, tampoco le iba a servir de nada; de modo que cuando llegó el camarero desvió la vista, pidió la pasta y una copa de vino blanco y, cuando volvió a mirar la escalera, el extraño había desaparecido.

Sacudió la cabeza como para aclararse las ideas. Era evidente que tenía tantas ganas de estar con alguien conocido, de hablar con un amigo, de contar todo lo que le estaba pasando, que ya casi tenía alucinaciones y veía cosas que no estaban.

Antes de salir de Madrid había tratado de llamar a Dani varias veces, pero debía de tener el móvil desconectado porque saltaba de inmediato el buzón de voz. No le había dejado ningún mensaje porque no sabía quién podría escucharlo y porque ella tampoco tenía muy claro adónde iba o dónde estaría localizable. Quizá al volver al hotel se animase a intentarlo de nuevo y entonces le dejaría el número del hotel y le pediría que acudiera a reunirse con ella.

Aunque, como le pasaba de vez en cuando, en ese momento, a pesar de su soledad y de la necesidad que tenía de hablar con alguien de confianza, la existencia de Daniel le parecía algo tan lejano que ni siquiera tenía muy claro si se había limitado a inventarlo, si no sería algo así como un amigo invisible, aumentado en su intensidad y en sus cualidades por el simple deseo de cariño y compañía.

En el poco tiempo que había pasado en la provincia de Ávila con plena conciencia, antes de ir a la cueva, Lena le había pedido a Sombra que la dejara ir a ver a Dani o que permitiera que él se les uniera allí o en Italia, pero nunca había logrado ni siquiera una respuesta.

Luego se había «despertado» de nuevo en el aeropuerto de Madrid, el maestro había desaparecido sin explicaciones y, aunque eso le había permitido llegar a Italia, el tiempo pasado sin Dani había vuelto a distanciarla de la persona real. No le quedaba más que el recuerdo, la imaginación, los sueños... y eso no era bastante.

Pensó fugazmente, mientras le sonreía al camarero para darle las gracias por los espaguetis que, si Sombra volvía a enviarle a un profesional, lo aceptaría agradecida. Un segundo después se percató de que aquel chico que había contratado Sombra para ella llevaba semanas muerto y se le borró la sonrisa. Empezó a comer mecánicamente, con la vista fija en el plato y la mente concentrada en borrar la imagen de aquel chaval aplastado por la vagoneta llena de cascotes, pero apenas conseguía apartarla y le acudía la otra, la del tipo del rifle despatarrado en el banco del Retiro con su propio corazón metido en la boca.

Tomó un sorbo de vino y se quedó mirando la pasta, planteándose si seguir comiendo o pagar y marcharse. Por fortuna lo que había pedido no era carne, así que se obligó a disfrutar del sabor a mar de las almejas mientras intentaba pensar en cosas más alegres o, si no más alegres, menos horribles: si Dani podría ir allí y cuánto tardaría, dónde se habría metido su padre, si podría alguna vez volver a París a aprender más cosas de su clan, si algún día recuperaría su vida o si la habría perdido para siempre, y si Lenny se acordaría aún de ella. Cuál sería la tarea para la que Sombra la estaba entrenando y que nunca le había explicado. Ése era el tema central y, sin embargo, cada vez que se lo planteaba, algo en su interior lo apartaba, como si no tuviera importancia. ¿Era posible que Sombra, igual que le había borrado los recuerdos de lo sucedido en la cueva, le hubiera hecho algo para que no se obsesionara con la pregunta crucial? Tendría que preguntárselo cuando volviera a verlo.

—Los milagros existen —dijo la voz de Lenny a su lado.

Levantó la cabeza, asustada, temiendo estar sufriendo también alucinaciones acústicas, y se encontró con los ojos risueños de su compañero de clase.

—¿Puedo sentarme?

Tenía la sensación de que si intentaba hablar no le saldría más que un gruñido ronco y se limitó a sonreír, asintiendo con la cabeza.

Lenny llevaba vaqueros negros, una camiseta blanca lisa y un *hoody* gris, abierto. Se había cortado bastante el pelo, pero el flequillo seguía cayéndole sobre los ojos y él seguía apartándose con un movimiento de cabeza cada vez que le molestaba demasiado.

—Parece que por fin te has animado a salir del agujero en el que te hubieras metido y venir a ayudar a Clara —le dijo, ofreciéndole esa sonrisa que le cosquilleaba la boca del estómago, mientras se inclinaba a besarla en las mejillas.

—Parece que tú también —dijo Lena por fin.

—Por Pascua no lo conseguí, pero ahora tenemos un puente relativamente largo y he conseguido convencer a mi hermano de que me acompañe a ver la zona.

—¿Tu hermano?

—Sí. Nos llevamos ocho años pero dicen que nos parecemos mucho. Es él quien te ha visto hace un rato, ha venido al hotel y me ha dicho dónde estabas.

—Y tu hermano ¿cómo sabe quién soy?

Lenny se miró las punteras de las deportivas como si ahí estuviese escrita la respuesta.

—Le enseñé tu foto en Facebook hace un par de meses. Cuando aún me hacía ilusiones... —Dejó sin terminar la frase y pidió una cerveza al camarero—. ¿Has conseguido ver a Clara? —continuó, cambiando de tema, cuando Lena ya empezaba a temerse que la conversación derivara a una cuestión que prefería no tocar.

—Sí. No me explico que me hayan dejado verla, pero sí. Está en una especie de castillo-chalet enorme, con mucho personal, y da la sensación de que la tienen prácticamente secuestrada. No me han dejado quedarme allí a dormir, pero al despedirnos me ha pedido que vuelva mañana. Está muerta de miedo, Lenny.

—¿Del parto?

—¡No, hombre! De ellos.

—¿Quiénes son ellos?

Lena bajó la voz.

—La familia de Dominic, bueno, su clan.

—¿Son escoceses? —preguntó él, tratando de hacer un chiste.

—No sé lo que son, pero son algo raro. No es una familia normal, ni siquiera es una familia de mafiosos como los que salen en las películas. Son... otra cosa. Ya me iré enterando. ¿Quieres que vayamos juntos mañana?

—¿Por qué no vamos juntos ahora?

—¿Ahora?

—¿Tienes mejor plan? Sólo son las nueve y veinte y estamos en Italia. Podemos decir que habíamos pensado pasarnos a tomar una copa. Lo peor que puede suceder es que nos cierren la puerta en las narices, y ya que hemos venido hasta aquí...

—Antes me ha dicho que Dominic viene una o dos veces por semana. ¿Qué hacemos si está?

—Le damos la mano como personas educadas y le decimos que hemos venido a visitar a su mujer, que es amiga nuestra.

Aún no había decidido si aceptar el plan o no cuando Lenny llamó al camarero y pidió la cuenta. Pagó Lena después de un pequeño tira y afloja y de prometer que, tanto si conseguían ver a Clara como si no, luego dejaría que Lenny la invitara a una copa.

—Tengo el coche ahí detrás, en un aparcamiento subterráneo, a apenas dos calles.

¿Vienes conmigo o esperas aquí?

—Voy contigo.

Echaron a andar con rapidez, en silencio. Al cruzar una plaza, acodado a una mesa alta donde titilaba una vela en una tulipa anaranjada, a Lena le pareció ver de nuevo a alguien conocido.

—¿No es ése Dominic? —susurró.

Lenny buscó con la mirada.

—Si lo es, está muy cambiado.

—¿Tú crees?

—No sé. Sólo lo vi dos o tres veces cuando iba a esperar a Clara al instituto a principios de curso y, como te puedes imaginar, no lo miraba con mucha atención.

—Ve tú a buscar el coche y yo te espero en esta esquina, ¿vale?

—¿Por qué?

—Porque quiero ver qué hace aquí en lugar de estar en casa, con Clara. Igual ha venido a encontrarse con alguien.

—Tú has visto mucho cine.

—¡Venga! —dijo ella, empujándolo para que se marchara.

—No tardo ni tres minutos. Estate lista.

Asintió con la cabeza sin quitarle ojo a Dominic, que acunaba una copa de algo rojo con una rodaja de naranja y parecía perdido en la contemplación del líquido.

Lena se refugió en las sombras de un portal para poder ver sin ser vista y siguió mirándolo casi fascinada. Lenny tenía algo de razón, había cambiado. Ahora ya no parecía un chico de veinticinco años, parecía mucho mayor, más maduro, con más mundo. Llevaba una americana de hilo, de color crudo, sobre una camisa rosa claro sin corbata, y el cabello natural, sin gomina ni fijador. Seguía siendo guapísimo, con ese esplendor que sólo tienen los actores de las películas de Hollywood filmados por un gran fotógrafo.

Lena desvió la vista hacia la esquina, por si aparecía Lenny con el coche y, cuando volvió a mirar, Dominic estaba abrazado a una mujer casi tan alta como él, con una figura espectacular y una enorme melena roja. Un instante después se estaban besando apasionadamente. Lena tragó saliva y en ese momento vio aparecer un deportivo negro junto al portal donde se escondía. Lenny le abría la puerta.

—¡Venga, sube! Si Dominic está aquí en el bar ahogando sus penas en alcohol, tenemos posibilidades de encontrar a Clara sola en casa.

Antes de que pudiera decidir si contarle lo que acababa de ver o callárselo, habían salido de la plaza. Muchos meses atrás, Clara le había contado que la hermana de Dominic era una mujer guapísima, con un cabello precioso, rojo y rizado, como las mujeres que pintaba Dante Gabriel Rossetti. ¿Sería su hermana, la famosa Eleonora? Imposible. Nadie besa así a una hermana.

Pero si no era su hermana, entonces ¿quién era? ¿Una amante?

Y Clara, ¿lo sabría?

—¡Qué silenciosa estás!

—Acabo de ver a Dominic besando a una mujer.

—Son cosas que a veces hacemos los hombres, ¿sabes? Y algunas mujeres también lo hacen.

—Dominic está casado con Clara y están a punto de tener un hijo.

—Seguro que lo puede explicar... Ese tipo tiene explicaciones para todo —dijo, con ánimo de hacer un chiste.

—No le veo la gracia, Lenny.

—No se te ocurra decirle nada a Clara. No sabes de qué se trata y, si está tan asustada, sólo le faltaría eso.

—Tengo que saber quién es esa mujer. Si nos dejan entrar en la casa, igual hay alguna foto y puedo preguntarle a Clara —dijo Lena casi hablándose a sí misma.

—Vale que sean una familia rara, pero en la mayor parte de las familias que yo conozco la foto de la amante no se suele poner en el salón para que los invitados pregunten por ella.

—Es que creo que es su hermana.

Lenny soltó un silbido, desvió el coche hacia un mirador frente al mar y cortó el contacto. El viaje había durado apenas ocho minutos.

—La boca del lobo —informó—. ¿Probamos?

Lena bajó del coche y se abrazó a sí misma. La temperatura había descendido unos grados y no llevaba chaqueta porque había pensado que volvería directamente al hotel.

—¿Tienes frío?

Ella se encogió de hombros y acabó por asentir. Lenny abrió el maletero, pareció pensarlo mejor, lo volvió a cerrar, se quitó el *hoody* y se lo dio a ella con una sonrisa.

El maletero había estado abierto apenas unos segundos, pero a Lena le dio tiempo a darse cuenta de que, tirada de cualquier manera, una camiseta gris con oso, ardillas y DON'T MESS WITH US le hacía guiños desde el fondo.

Viena (Austria)

Era más de medianoche y la Karlsplatz estaba prácticamente desierta, a excepción de una pareja que caminaba hacia casa bajo el paraguas y dos chavales que, con las

capuchas echadas, se apresuraban por la escalera del metro para no perder el último tren.

Daniel acababa de salir del pub irlandés donde media docena de compañeros habían celebrado el final de su servicio militar y la vuelta al estado civil y a la libertad de movimientos. No había bebido demasiado, pero notaba lo suficiente el alcohol como para haber decidido ir caminando hasta casa de su prima Sophia, donde iba a pasar la noche; al día siguiente pensaba volver a Innsbruck, entrevistarse de nuevo con Max y decidir cuál sería el próximo paso. Ahora que era libre, la prioridad era encontrar a Lena.

Un par de meses atrás, Max había recibido noticias, fidedignas según él, de que Lena estaba bien y no podría ponerse en contacto durante un largo tiempo. Desde entonces no habían vuelto a saber de ella. Empezaba a tener la sensación de que se había enamorado de un fantasma y ahora llevaba meses cultivando un amor inexistente con una novia invisible. Cualquiera persona con dos dedos de frente habría hecho lo posible para quitarse la obsesión y volver a enamorarse de una chica normal, con la que poder salir y con la que poder hacer planes de futuro, sobre todo ahora que el verano se acercaba. Pero él, al parecer, no tenía los dos dedos de frente necesarios para abandonar a Lena. Seguía llevando siempre en un bolsillo la cajita con el anillo de piedraluna, como un talismán, esperando el momento de volver a verla y poder dárselo. «¡Eres imbécil, chaval! —se dijo con cierto cariño, sonriendo bajo la lluvia, admirado de su propia estupidez—. ¡Eres imbécil y cabezota! Pero al menos ahora eres libre y vas a poder ponerte en marcha.»

No hacía demasiado frío y la llovizna resultaba casi agradable después del calor del pub. Se cubrió la cabeza con la capucha de la cazadora y siguió caminando a buen paso, notando cómo se iba despejando conforme avanzaba por el Naschmarkt, a esas horas oscuro y silencioso. Donde durante el día se encontraban docenas de puestos de toda clase de frutas y verduras, pequeños locales de comida de cualquier parte del mundo y tenderetes de objetos de segunda mano, ahora no había más que dos filas de casetas cerradas a derecha y a izquierda.

Llevaba la cabeza baja para mojarse lo menos posible y de vez en cuando, por pura precaución, alzaba los ojos hacia el final de la calle vacía.

A lo lejos, una figura avanzaba en su dirección también por el centro de la calle. Se apartó un poco a la derecha para cruzarse con el hombre que caminaba de prisa hacia él, aunque aún no estaba tan cerca como para poder verle la cara.

Sorprendentemente, en apenas dos segundos había llegado casi a su altura y su mirada se clavaba fijamente en la de él, inexpresiva pero tan cargada de fuerza como un iceberg en movimiento.

Daniel había cumplido más de medio año de entrenamiento militar, había hecho todos los cursillos de defensa y de lucha de todo tipo que le habían ofrecido, más por

deseo de evitar el aburrimiento que por auténtico interés, y cuando caminaba solo por la noche se sentía razonablemente seguro.

Sin embargo, cuando vio al hombre que se dirigía derecho hacia él, supo que estaba a punto de atacarlo y que todos sus conocimientos de defensa personal no le servirían de nada, que nadie lo había preparado para eso.

El tipo era enorme, corpulento, y se desplazaba como si fuera un toro o un búfalo a punto de embestir, como un ariete de puro músculo, a pesar de que sus movimientos eran tan suaves que parecía deslizarse cortando la noche, como un proyectil en busca de un blanco.

No podía verle bien la cara, a pesar de la corta distancia, como si llevara algo fino cubriéndole las facciones, una media, quizá, pero estaba claro que se trataba de alguien que tenía costumbre de matar y que probablemente pensaba hacerlo con las manos desnudas, porque no parecía llevar ninguna arma.

Dani se desplazó hacia la izquierda y el hombre siguió su movimiento con una facilidad increíble en alguien tan pesado. Volvió a hacer una finta y su contrincante se encontró de nuevo frente a él sin perder un paso. Era como estar viviendo en carne propia el tipo de efectos especiales que conocía del cine. No era posible que nadie se moviera así y sin embargo el otro lo hacía.

Echó un rapidísimo vistazo a izquierda y derecha. Estaban solos en medio del aparcamiento contiguo al mercado. La buena noticia era que no se trataba de una encerrona de varios tipos contra él. La mala era que no había nadie que pudiera ayudarlo.

Sabiendo que no podría evitarlo de ningún modo, se preparó para el encontronazo que no podía dejar de producirse, repartió el peso de su cuerpo afirmándose sobre ambas piernas, dobló las rodillas y esperó para tratar de desviar la fuerza del impacto en cuanto se produjera.

Curiosamente, su primer y único pensamiento antes de que aquella máquina de matar se le echara encima fue: «Max tenía razón. Resulta que estoy en peligro».

Luego ya no le dio tiempo a pensar nada más. Sintió el puño del otro en su hombro derecho, como el golpe de un martillo neumático, como la coza de un mulo y, a pesar de su intento de desviar la fuerza como le habían enseñado, no pudo hacer nada salvo volar por los aires convertido en un muñeco de trapo; el brazo se le quedó inútil instantáneamente y el dolor fue tan intenso que apenas si le dio tiempo a nada que no fuera intentar caer lo mejor posible para no romperse la cabeza contra los adoquines y proteger la lengua detrás de los dientes para no cortársela.

El tipo de ataque lo había cogido tan por sorpresa que ni siquiera se le había ocurrido gritar pidiendo ayuda ni probablemente la habría recibido aunque hubiera gritado. El aparcamiento, a pesar de encontrarse en pleno centro, estaba vacío, y la gente, sobre todo en las grandes ciudades, tenía cada vez menos valor para

enfrentarse a un peligro que no le afectara directamente.

Mientras volaba, antes de caer, trató de que su cuerpo recordara cuál era la posición más ventajosa para descomponer la caída, pero, para su sorpresa, no hizo falta porque, en lugar de darse contra el asfalto como esperaba, lo recogieron los brazos del mismo hombre que acababa de atacarlo y que no podía encontrarse allí, tres metros más lejos. Era sencillamente imposible. Y sin embargo, allí estaba, como un jugador de balonvolea listo para el remate.

Aún atontado por el golpe y el dolor del brazo, oyó una voz suave, sin acento, junto a su oído derecho:

—Ya sabes que no puedes huir, así que no lo intentes.

Se sentía ridículo abrazado por aquella bestia como una novia en brazos de su marido a punto de cruzar el umbral de su nueva casa, pero el extraño no hacía ademán de soltarlo y se había puesto de nuevo en marcha, caminando como si no tuviera que hacer ningún esfuerzo para llevarlo en vilo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Nada. Lena quiere algo.

—¿Lena? ¿Está aquí, en Viena? —Trató de ponerse de pie y empezó a forcejear y a patallar como si tuviera dos años y un adulto lo llevara a alguna parte contra su voluntad, pero el hombre siguió caminando, sin soltarlo. Aún no podía mover el brazo y le seguía doliendo horribilmente, pero no quería continuar en brazos de aquella bestia.

—Vas a ir a verla.

—¿Adónde? ¿Dónde está?

—No necesitas saber más por el momento.

A pesar de lo absurdo de la situación, Daniel consiguió relajarse lo suficiente como para volver a pensar. Si aquel tipo decía la verdad y lo llevaba a ver a Lena, lo demás tenía una importancia secundaria. Ya había acabado el servicio militar y era libre de ir a donde quisiera, de modo que, por ese lado, no iba a tener ningún problema.

Recordaba que Max había dicho algo bastante críptico de que Lena había encontrado a una especie de extraño mentor que la estaba entrenando, enseñándole lo que debía saber. ¿Sería ése? ¿Cómo lo había llamado Max? Algo que tenía relación con la oscuridad... ¿Tinieblas? ¿Tenebro? No. No era eso. No sonaba tanto a cómic de superhéroes. Ya se le ocurriría. De momento lo que tenía que intentar era que le permitiera bajar de nuevo al suelo.

—Suélteme —le dijo con el tono más razonable que pudo—, por favor. No voy a intentar nada; no tendría sentido y además yo quiero ir a donde esté Lena. Por favor, déjeme en el suelo.

Medio reclinado en brazos del extraño, como una damisela antigua, lo miraba

hacia arriba, como un bebé a su padre, y en la semipenumbra de la noche urbana, sus ojos eran dos escarabajos de cristal negro rayados de naranja por el reflejo de la luz de las farolas, tan vacíos de expresión como dos cuentas de vidrio. Su boca era apenas la insinuación de una raya horizontal en un rostro pálido y ligeramente borroso, como si fuera una foto desenfocada.

Sin decir palabra, se detuvo y lo depositó en el suelo.

—Gracias. —De repente, quizá por el alivio que sentía, recordó el nombre que había usado Max—. ¿Es usted Sombra? —preguntó.

El hombre no hizo nada especial, pero Dani tuvo la sensación de que su pregunta lo había sorprendido. Tardó unos segundos en contestar mientras bajaban la escalera de la estación de metro.

—Para ti no.

—Disculpe. ¿Cómo quiere que lo llame?

—No es necesario usar ningún nombre.

Unos minutos después, frente a frente en el vagón vacío, masajeándose el brazo herido, Daniel tuvo ocasión de observarlo detenidamente mientras el extraño miraba la nada un poco por encima del hombro de Dani. Algo en él hacía que se le erizara el vello de la nuca. Posiblemente la total inexpresividad de su rostro hecho de planos y aristas, sin redondeces, la ausencia de cejas y pestañas, los labios inexistentes, las orejas ligeramente puntiagudas y el cráneo pelado, como una calavera. Llevaba un jersey gris, ligero, de cuello de pico, sobre un torso desnudo de culturista, y pantalones negros de buena calidad con deportivas también negras, sin ninguna marca, lo que a Dani, sin saber por qué, le resultaba inquietante, como si estuviera disfrazado de humano normal pero se le hubiera pasado por alto ese detalle.

Ya a punto de llegar al aeropuerto, el extraño, que hasta entonces había estado de pie frente a él en perfecto silencio, le preguntó:

—¿Llevas identificación personal?

Tardó un instante en comprender que le estaba preguntando si llevaba el carnet de identidad. Asintió con la cabeza.

De repente, sucedió algo todavía más extraño. Mientras lo miraba, el hombre pareció volverse del revés, hacia adentro, como si su rostro y no sólo sus ojos se volvieran hacia el interior, como cuando se le da la vuelta a la manga de un suéter, y por un segundo Dani sintió que se le abría la boca de asombro y sus ojos parpadeaban enloquecidos tratando de encontrar un sentido a lo que estaba viendo.

Luego, tan de prisa que ya no estaba seguro de si había sido una alucinación, el hombre volvía a estar delante de él, tan inexpresivo como siempre, pero su cuerpo de forzudo de circo se había convertido en una especie de columna de oscuridad, de humo negro, de sombra viva coronada por la cabeza calva.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel con la boca seca, consciente de que había

sucedido algo importante.

—No hay tiempo para viajar.

Tenía la sensación de que aquel tipo no pensaba explicarle nada y parecía a punto de desaparecer sin más, de un momento a otro, y dejarlo allí en el metro sin saber adónde ir.

—¡Dime qué pasa, maldita sea! ¡Necesito entenderlo!

—Lena necesita a Sombra. Puede estar en peligro.

—¡Llévame contigo! ¡Por favor! No me dejes aquí. Llévame contigo. Puedo ayudar.

El monstruo lo miraba fijamente, como si le clavara dos agujas al rojo hasta el fondo del cerebro.

—Dolerá.

—No importa.

—¿Estás listo?

Daniel tragó saliva y asintió con la cabeza, aunque por dentro estaba a punto de retractarse y decirle a Sombra que había decidido quedarse en Viena y esperar a que Lena pudiera reunirse con él.

—Vamos.

El monstruo abrió la negra columna en la que se había convertido su cuerpo como si fueran dos alas de oscuridad, o un manto de tinieblas, y lo envolvió, atrayéndolo hacia sí. Daniel sintió un millón de pinchazos a la vez, en todos los puntos de su cuerpo, pero lo que al principio había sido sólo una especie de cosquilleo eléctrico casi agradable, pronto empezó a convertirse en una pulsación insostenible, como si algo estuviera rompiendo su estructura vital, desgarrando sus células una por una, destruyéndolo minuciosamente hasta la extinción total. Pero cuando quiso gritar, aullar el dolor que sentía, se encontró con que ya no tenía boca y que también sus ojos habían desaparecido. Luego el dolor le hizo perder el conocimiento y cayó en la más completa oscuridad.

Villa Lichtenberg. Costa de Amalfi (Italia)

Clara estaba inquieta. Eleonora acababa de marcharse a ver a unos amigos, prometiendo no volver tarde, ya que sabía que a ella no le gustaba quedarse sola con el tío Gregor, pero como Dominic pensaba aparecer sobre las doce de la noche, no tendría que aburrirse mucho tiempo.

La visita de Lena la había puesto muy nerviosa y, si por un lado se alegraba enormemente de haber recuperado a su amiga y de tenerla cerca ahora que pronto llegaría el momento de dar a luz, por otro casi habría preferido seguir sola y que Lena no la hubiera visto en ese estado. Era demasiado inteligente, no resultaba nada fácil ocultarle cosas y, si empezaba a entrar con frecuencia en la casa, muy pronto se daría cuenta de lo que pasaba. Y eso era algo que no pensaba permitir, de modo que al día siguiente tendría que pedirle que se marchara y que no volviera a visitarla hasta que hubiese nacido el bebé porque, según el doctor, después del parto su necesidad de sangre desaparecería de golpe y para siempre.

Ése era su máximo deseo: volver a ser normal, no convertirse todas las noches en una fiera sin sentimientos, no necesitar aquella droga que la transformaba en un animal.

Lena había mencionado la sangre esa misma tarde. ¿Cómo era posible que supiera nada del asunto? Le daba una vergüenza abrumadora, pero si Lena sabía y podía hablar con ella sin necesidad de explicárselo todo, sería un alivio maravilloso. Quizá pudiera aceptarlo y ayudarla a sentirse humana a pesar de todo.

Pero ¿cómo iba a hablarle de David, de lo que acababa de hacerle a David hacía apenas media hora? Le daba espanto imaginar la expresión horrorizada de Lena, su mirada de desprecio. ¿Y si llamaba a la policía? No. No podía permitirlo. Habría sido mejor que no hubiese ido allí.

Se abrazó fuerte a sí misma, se envolvió bien en el chal de cachemir que se había puesto sobre el vestido rosa que le había regalado Dominic y bajó hasta la última terraza, la que más cerca estaba del mar, a menos de veinte metros de las olas que rompían entre espumas en la oscuridad de abajo. Si se lanzaba al agua, lo más probable era que no sobreviviera a la caída sobre las rocas. Entonces se habría acabado todo: el miedo, la angustia, la vergüenza, el vago terror de no saber qué iba a ser de ella, de su vida futura como madre de un niño sobre el que no podría decidir porque era hijo del clan rojo y eso estaba por encima de todo.

Con el rabillo del ojo detectó un movimiento a su izquierda, se volvió abiertamente y el guardia que se ocultaba en la oscuridad le hizo una seña de reconocimiento. Siempre vigilada. Siempre protegida, decían ellos. Protegida, ¿de qué? ¿De quién? Nadie se había molestado en explicarle realmente por qué era tan importante traer al mundo un niño más, ese niño en concreto. La primera y última noticia sobre la cuestión había sido lo que le había contado Dominic justo antes de marcharse de la clínica de Suiza: que Arek era una especie de Mesías, todos los clanes estaban esperando su nacimiento y era un honor inmenso haber sido elegida para ser su madre.

Ella, sin embargo, no lo sentía como un honor, sino como una carga terrorífica que le quitaba la libertad y la alegría de vivir. Se preguntó por primera vez en su vida

si la Virgen María se habría sentido así también: atrapada, utilizada, sin escapatoria.

Seguramente.

Al menos ella no se había tenido que casar con un viejo; ella tenía a Dominic, que pronto llegaría y le regalaría su deslumbrante sonrisa y le llevaría bombones o algún detalle simpático que habría comprado durante el viaje y le habría hecho pensar en ella.

Y después del parto, cuando volviera a ser normal, podrían empezar una vida maravillosa, juntos, recorriendo el mundo.

Volvió lentamente hacia la casa, sin saber muy bien en qué emplear las casi tres horas que faltaban para que llegara Dominic. En la habitación del tío Gregor brillaba una luz tenue; lo más probable era que se hubiera tumbado a oír música con los auriculares, como solía hacer cuando le dejaba claro que no podía ser molestado más que en circunstancias de extrema urgencia. Él también debía de estar harto de encontrarse encerrado allí, con una muchacha a la que despreciaba y odiaba a partes iguales pero que tenía que soportar porque era la que iba a hacer posible la existencia de Arek.

«¡Qué nombre más horrible!», pensó. Ella siempre había querido llamar Noah a su hijo, pero Dominic no había querido ni hablar del asunto. Cuando salía con David, en los primeros tiempos, cuando eran felices y bromeaban pensando en un futuro común, los dos estaban de acuerdo en llamar Noah a su primer hijo. Y ahora...

Sintió un calambre en el estómago y se dobló sobre sí misma, con la mano derecha agarrada a la baranda y la izquierda sujetándose el vientre.

¡Pobre David! ¿Cómo había podido hacerle una cosa así? Él le había hecho mucho daño, sí, la había abandonado dos veces, le había mentido, engañado incluso, pero nadie se merecía una cosa así. ¿Dónde lo tendrían encerrado? ¿Qué estaría pensando ahora, mirándose los brazos vendados, sintiéndose débil, mareado, muerto de miedo? Si consiguiera saber dónde lo tenían, podría intentar ayudarlo a escapar, o al menos visitarlo, llevarle algo que necesitara.

Se sentó en el balancín de la terraza del salón, junto a la piscina, y la voz imaginada del doctor Kaltenbrunn empezó a sonar en su cabeza: «¡Qué generosidad la tuya, Clara! ¡Qué humana te vuelves cuando has saciado tu hambre! Ahora estarías dispuesta a ayudar a escapar a ese mamarracho al que odiabas cuando aún no conocías a Dominic, pero... ¿y mañana? ¿Qué piensas hacer mañana cuando vuelva el hambre y el deseo y no lo tengas ahí, dispuesto para ti, entregado, lleno de sangre dulce? ¿Te daría menos lástima si no lo conocieras? Por supuesto. La muchacha de servicio que desapareció la semana pasada no te causó tantos remordimientos, ¿verdad? Era sólo una inmigrante desconocida...».

Sentía auténtico asco de sí misma, pero sabía que esos pensamientos eran muy ciertos y que no sólo era lo que el doctor habría dicho. Algo en ella estaba también de

acuerdo. Lo primero era su hijo. Y su propia supervivencia. Lo demás era secundario. La ley de la naturaleza es que unos mueran para que otros vivan; unos comen y otros son devorados, el más fuerte se impone al débil. Debe ser así.

Estaban ya a punto de cruzar la carretera para acercarse a la puerta principal de Villa Lichtenberg cuando vieron llegar un Rolls Royce negro, se abrió la cancela de hierro forjado, el coche aparcó en la explanada de delante de la casa y un chófer de uniforme bajó a abrir la puerta a los dos pasajeros: un hombre trajeado y una mujer de mediana edad vestida con un traje de chaqueta de color burdeos.

Ambos echaron una mirada a su alrededor y, antes de que pudieran descubrirlos, Lenny se abalanzó sobre Lena y ambos cayeron sobre la hierba de la cuneta, ocultos por su coche.

Desde el suelo vieron cómo un instante después se abría la puerta y los dos visitantes eran recibidos por un hombre alto y delgado vestido de gris.

—El doctor Frankenstein —susurró Lena.

—¡Venga ya! —susurró él.

—Así es como lo llamo yo. Ellos lo llaman tío Gregor y es el ginecólogo que se ocupa de Clara. Te juro que da escalofríos.

Estaban los dos tumbados boca abajo sobre la hierba rala, con la nariz a unos centímetros de la grava que cubría el aparcamiento del mirador sobre el mar; Lenny seguía con el brazo sobre los hombros de Lena y los dos eran muy conscientes del calor del cuerpo del otro.

Cuando los recién llegados desaparecieron en el interior de la casa, Lena se separó de Lenny y se sentó, mirando hacia la enorme extensión oscura que era el mar. Él se acomodó a su lado y le pasó el brazo por los hombros, sin hablar, dejando que ella se acostumbrara y se acomodara contra él.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lena al cabo de un minuto, sin retirar la cabeza del hombro del chico. Llevaba tanto tiempo deseando que alguien la abrazara que no quería separarse de él, aunque algo le decía que estaba cometiendo un error.

Lenny inclinó la cabeza, buscó sus labios y la besó con suavidad, como tratando de darle tiempo para adaptarse. Ella respondió al beso, pero antes de que pudiera convertirse en algo más intenso, se apartó de él y sacudió la melena como si algo le hormigueara por dentro.

—No, Lenny. No es momento. Ahora no.

—¿Por qué no? ¿No será, sencillamente, que no quieres?

Ella se puso de pie, impaciente.

—No sé si quiero o no quiero. No me parece buen momento, eso es todo. Tenemos otras cosas en que pensar. Hay que buscar un plan alternativo para ver a Clara.

—¿Por qué? —Ahora Lenny, de repente, ya no parecía un chico enamorado

intentando conseguir una respuesta positiva de la chica que le gustaba. Se había vuelto a convertir en una persona seria, con un propósito concreto, y eso lo hacía parecer más viejo.

—Porque no podemos pasarnos ahora de visita, cuando acaban de llegar esos dos.

—¿Por qué no?

—¿Eres imbécil?

En lugar de ofenderse, Lenny contestó con mucha calma.

—Imagina que en lugar de haber llegado aquí hace diez minutos, hubiéramos llegado ahora. No sabríamos que los Lichtenberg tienen visita y, por tanto, tocaríamos el timbre y seguiríamos con nuestro plan, ¿no crees?

Lena tuvo que conceder que, visto así, parecía razonable.

—Si tocamos y nos dicen que no están para visitas de amigos de Clara, nos vamos y en paz. Ya volveremos mañana.

—Pero ¿tú tienes ganas de entrar ahí ahora?

—Yo, como seguramente habrás notado, tendría ganas de algo muy distinto. Si tuviera elección, preferiría dar un paseo por la playa contigo, y besarte, y quizá convencerte de que eres una mujer importante para mí, que llevo muchos meses volviéndome loco por no saber dónde estás, ni qué te pasa, ni si sientes algo por mí. No, no digas nada, ya sé que no, pero la esperanza nunca muere. —Hizo una pausa, inspiró profundamente y se sacudió los pantalones del polvo y la hierba seca que se les había pegado—. Como eso, obviamente, no es opción, propongo que tratemos de entrar en esa casa. Me muero por saber qué hay dentro.

Lena lo miró a los ojos y, por un instante, se habría arrojado a sus brazos y se habría olvidado de toda la locura que la rodeaba, pero cuando estaba a punto de hacerlo, él se dio la vuelta y echó a andar hacia la casa, delante de ella, y el momento de magia se perdió.

Desde la piscina, Clara no podía oír nada de lo que pasaba en la casa y, cuando sonó el timbre de la cancela de entrada, fue el mayordomo quien atendió, ya que el doctor Kaltenbrunn estaba ocupado con los ilustres visitantes que habían llegado unos momentos antes.

—Residencia de los Von Lichtenberg, dígame —oyeron la voz por el interfono.

Lena, animada por Lenny contestó.

—Soy Aliena Wassermann; ya he estado aquí esta tarde y me gustaría ver a mi amiga, Clara von Lichtenberg. Vengo con un amigo común, Lennart Schwarz.

—Un momento, por favor.

Esperaron más de cinco minutos sin que nadie se dignara decirles si iban a ser recibidos o no, y cuando ya empezaban a pensar que se habían olvidado de ellos, se abrió la cancela y en seguida una doncella de uniforme los guió silenciosamente hacia la piscina donde, de pie y con cara de estar viviendo una alucinación, los esperaba

Clara con un vestido rosa pálido de gasa y un lazo de seda, también rosa, en la melena recién arreglada. Parecía una muñeca macabra, con la piel tan blanca y las ojeras tan oscuras, vestida como la dama de honor de una boda de cadáveres.

Había una extraña vibración en el aire, como cuando se mira una carretera en verano, a pleno sol, y se ve danzar un brillo sobre el asfalto que a veces parece agua y otras veces da la impresión de que algo inconcebible está a punto de aparecer.

Lena miró a Clara, tratando de descubrir si ella lo sentía, pero seguía quieta como un poste, mirando a Lenny con ojos alucinados. Él sí se había dado cuenta de que algo no era como debía ser y, en lugar de avanzar hacia Clara, tendió la mano a Lena y empezó a retroceder muy despacio hacia la casa, sin dar la espalda a la muchacha embarazada.

—¿Qué pasa? —preguntó Lena con un hilo de voz.

—Aún no lo sé, pero creo que nos conviene salir de aquí.

Clara se había arrebujado en su chal y los miraba como si no los reconociera. Se estaba mordiendo los labios hasta hacerlos sangrar, pero no parecía sentir el dolor.

Ellos siguieron retrocediendo hacia el salón, tratando de ganar la puerta antes de que Clara empezara a gritar o alguien se diera cuenta de que estaba pasando algo raro.

Desde algún lugar que no podían precisar había empezado a sonar una especie de zumbido muy grave, casi en el límite de lo audible, que parecía trepar por todos sus nervios poniéndolos en tensión y que iba subiendo, muy lentamente, pero de modo constante.

De un momento a otro, todos los objetos que tenían alguna punta se iluminaron con un brillo azulado, con forma de llama, como el fuego de San Telmo del que hablaban los navegantes de la Antigüedad, que con gran rapidez se extendió por todas las superficies a la vista, creando un inquietante cabrilleo. Era como si todo hubiera sido rociado con una fría gasolina silenciosa y estuviera empezando a arder. El zumbido seguía subiendo de intensidad convirtiéndose poco a poco en un rugido grave, ronco, que recordaba a un instrumento electrónico mezclado con el bramido de un animal furioso.

Las luces de la casa se apagaron de pronto y sólo quedó el fulgor azul que subía y bajaba de intensidad, creando grandes sombras temblorosas a su alrededor.

—¡Vámonos de aquí! —susurró Lena, agarrándose desesperadamente a su amigo.

—Sí, vámonos. Esperemos que no sea tarde —dijo él, mucho más sereno de lo que cabría imaginar en esa situación.

Ya desde el salón, vieron cómo en una de las terrazas de enfrente, dos pisos por encima de la piscina, tres figuras contemplaban desde arriba el extraño fuego azulado. El doctor Frankenstein y sus dos invitados. Si se dieron cuenta de que una pareja de adolescentes estaba intentando huir de la casa, no hicieron nada para

evitarlo.

—¿Cómo vamos a salir? —preguntó Lena al pensar en la verja que siempre estaba cerrada y sólo se abría desde algún cuadro de mandos en el interior de la casa.

—Se acaba de cortar el fluido eléctrico. Lo más probable es que tengan un generador, pero si nos damos prisa, lo conseguiremos.

—¿Qué está pasando, Lenny?

Estuvo a punto de contestar. Por un segundo, se formó en su mente una palabra que sólo conocía de su infancia, de los cuentos que le contaba la gente de su clan cuando él ni siquiera había empezado a ir al colegio, y cuyo simple sonido lo aterrorizaba, pero logró controlarse y evitar decírsela, ni a sí mismo. Sin embargo, estaba seguro de que era eso; ninguna otra presencia podía sonar así, ni hacer eso con el mundo. Nada era tan terrible ni tan destructor ni, sobre todo, tan incomprensible como lo que él estaba temiendo, el ser que designaba esa palabra, que ya era antigua cuando los humanos comenzaron la conquista del planeta.

Había que salir de allí, cuanto antes, aunque aquello podía alcanzarlos en cualquier parte, si de verdad quería.

Mientras cruzaban el salón, que de pronto se había vuelto enorme, como si estuvieran atravesando un aeropuerto, las cosas a su alrededor empezaron a vibrar, a cambiar sutilmente, como si se hicieran más presentes o más grandes o adquirieran otras dimensiones. Al fondo, la puerta blanca con su manivela dorada destellaba como un espejismo invitándolos a llegar y atravesarla y a la vez advirtiéndoles de que no lo lograrían. Sin saber por qué lo hacían, seguían avanzando de espaldas a su meta, tratando de vigilar otros peligros procedentes de la terraza o de las varias puertas que daban al gigantesco salón en penumbra, iluminado tan sólo por las luces fantasmales que cubrían todas las superficies, mientras el bramido, amenazador y casi tangible, seguía subiendo de tono hasta convertirse en una especie de fluido pegajoso que no los dejaba caminar, que los atontaba y les hacía perder la orientación, que les dolía en los dientes, en los huesos, en los globos oculares, en los testículos, en el útero.

Estaban ya casi en la puerta cuando, entre las grandes ventanas de cristal que daban a la terraza, vieron la silueta frágil de Clara intentando avanzar hacia el interior de la casa. Cada uno de sus pasos parecía estrellarse contra una pared de viento que amenazaba con tirarla hacia atrás. Desde donde estaban no podían ver sus ojos, ni siquiera la expresión de su rostro, pero era evidente que estaba aterrorizada y sólo trataba de protegerse del único modo que le parecía posible: dirigiéndose al interior de la vivienda, donde había un techo sobre su cabeza.

Apoyaron la espalda contra la puerta en el mismo momento en que, procedentes de alguno de los pasillos cubiertos que comunicaban las diferentes estancias del complejo, las tres figuras del doctor y sus invitados entraron en el salón, tropezando y

gritándose entre sí para permanecer unidos. Al parecer no habían reparado ni en Clara, que intentaba refugiarse en la casa, ni en la joven pareja que pretendía escapar y ponerse a salvo en el exterior.

El bramido electrónico se había hecho insostenible y ahora empezaba a ulular, mientras las luces cambiaban su color azul violáceo por un anaranjado que se iba haciendo más rojo y más rápido por momentos.

La sensación de inminencia, de que algo espantoso estaba a punto de suceder, era insoportable y, sin saber bien lo que hacían, tanto Lena y Lenny como los demás se dejaron caer de rodillas al suelo cubriéndose los oídos con las manos y cerrando fuertemente los ojos para paliar el dolor y el miedo.

En la terraza, igual que desde la puerta de entrada a la villa, varios guardias de seguridad habían dejado caer sus armas y se retorcían en el suelo cubriéndose los ojos y los oídos, tratando de escapar del dolor y el terror que sentían.

En un rincón de la sala, junto a las ventanas de esquina que durante el día abrían la vista al mar, detrás de uno de los grandes divanes blancos, la oscuridad se coaguló sin que nadie lo advirtiera, y de repente, aparecieron dos figuras, una de ellas humana, aullando de dolor, un grito que, sin embargo, se diluyó en el terrible fragor que llenaba el salón.

La mano del que no era humano se apoyó suavemente, apenas un instante, en la cabeza del que gritaba y le alivió el dolor que lo estaba desgarrando hasta que dejó de gritar y se limitó a ovillarse en el suelo gimiendo como un animalillo herido.

Entonces, en el centro del salón, en medio de un fulgor de colores tan intensos que la vista se negaba a aceptarlos, empezó a tomar forma un ser incomprensible que parecía estar siempre de frente y a la vez de perfil y de espaldas al que lo contemplaba, tan grande que era imposible que tuviera espacio suficiente en aquella casa, tan poderoso que cualquier otro ser sentía sólo un absoluto deseo de aniquilación al encontrarse en su presencia.

Ninguna mente humana era capaz de comprender lo que estaba viendo. No se parecía a nada. Las imágenes se negaban a reunirse en un todo coherente que tuviera algún sentido para la experiencia de la especie.

La emanación de peligro era tan fuerte que todos los que se encontraban en el salón, independientemente de su naturaleza y origen, sintieron que no estaban preparados para enfrentarse a aquello, que fuera lo que fuese y deseara lo que deseara, no tenían más remedio que concedérselo o ser destruidos.

—¿Qué es eso, Dios mío? —susurró Daniel, desde donde estaba, encogido en el suelo, a los pies del monstruo que lo había llevado allí—. ¿Sabes qué es eso?

Sombra, una simple columna de niebla negra, erguido en el rincón, se limitó a contestar sin voz, directamente al interior del muchacho.

Urruahk.

—¿Qué?

Sombra no contestó mientras la terrible presencia se desenvolvía y giraba sin dejar de lanzar su bramido electrónico como si quisiera abarcar toda la estancia, todo el país, todo el mundo.

—¿Qué quiere eso de nosotros? —preguntó Lena con un hilo de voz, abrazada a Lenny, ambos de rodillas contra la puerta de salida.

—¿No lo notas?

Lena cerró los ojos y se dejó llevar. Había aprendido de Sombra que muchas veces no es necesario pensar, sino sólo dejarse llevar, sentir sin palabras, sin argumentos, sin coherencia. Y entonces lo entendió. «Prohibido» era lo que decía aquel ser horrendo. El bramido que volvía los nervios de gelatina sólo significaba que algo no debía hacerse, era un simple «NO», tan potente y tan inapelable que uno sentía que los dientes se le iban a caer a pedazos y que la carne se desprendería de los huesos si trataba de contradecir la orden.

«¡Huye!», «¡Lejos, rápido, huye!», «¡Desaparece!», «¡Ya!»

Como afectados por la onda expansiva de una explosión, todos los presentes empezaron a gatear, a reptar hacia afuera, tratando de alejarse de aquel ser que llenaba todo su mundo y les arrancaba su individualidad, convirtiéndolos en simples insectos aterrorizados.

—¿Qué es eso? —preguntó de nuevo Lena, para sí misma, a punto de desmayarse.

—Creo que en algunos escritos antiguos es lo que llaman un arcángel —contestó Lenny, y ya iba a cogerla en sus brazos y a tratar de arrastrarla a la salida cuando, de un momento a otro, sin saber bien qué estaba pasando, sintió que alguien le arrebató el cuerpo desmadejado de Lena.

Entre el horrísono estruendo del ser oscuro y las tinieblas cruzadas de relámpagos de color, tuvo tiempo apenas de ver una altísima columna de motas de neblina que danzaban como poseídas de una vida propia y el rostro banal de un muchacho humano, palidísimo, de orejas prominentes. Las dos figuras, que parecían salidas de una pesadilla, se abalanzaron sobre él y un segundo después, un segundo antes de perder la conciencia, sintió cómo se llevaban a Lena de su lado. Y todo desapareció tragado por las tinieblas que gritaban a su alrededor.

Amalfi (Italia)

Cuando abrió los ojos a la luz de un amanecer violentamente amarillo, lo primero que vio fue la cara de Dani a unos centímetros de la suya, con los ojos cerrados y la respiración regular de quien está aún profundamente dormido. Por un momento creyó que estaba soñando, pero casi inmediatamente notó que tenía que ir al baño y supo que estaba despierta y que la presencia de Dani era real.

Se levantó sigilosamente para no molestarlo. Los dos estaban completamente vestidos y alguien —Sombra, ¿quién, si no?— les había echado el edredón por encima y había desaparecido, como siempre.

Sentada en el váter, se esforzó por recordar lo sucedido la noche anterior, pero a partir del momento en que vieron a Clara vestida de rosa junto a la piscina como una caricatura macabra de la preciosa chica que había sido unos meses atrás, todo se desdibujaba y lo único que destacaba con claridad era la sensación de terror, de peligro, la necesidad de huir, el pánico absoluto e inapelable que aquello, aquel ser que bramaba y vibraba rodeado de fuego y de ruido, fuera lo que fuese, había desencadenado en ella.

No comprendía de dónde habían salido Sombra y Daniel, no tenía ni idea de qué le habría pasado a Lenny, no había vuelto a ver a Clara. Sin embargo, por egoísta que pareciera, lo que más le importaba en ese momento era haber sobrevivido, haber salido de la oscuridad, haber podido abrir los ojos a un nuevo día y haber despertado en una cama, a salvo, y al lado de Dani.

Comparada con la aparición de aquel espantoso ser la noche anterior, la pesadilla que había tenido no era nada particularmente terrible. Los elementos eran los mismos de siempre, aunque su cerebro los combinaba de distintas maneras cada vez que se los presentaba a su ojo interior, como si alguien hubiera mezclado las cartas de la misma baraja y la única diferencia consistiera en el orden en que aparecían.

Otra vez se había sentido estirada, recorrida, atravesada por algo que nunca llegaba a ver y para lo que no tenía nombre. Otra vez había pensado que se estaba convirtiendo en un puente tendido entre las estrellas esperando a ser cabalgada, pero tampoco esta vez, como la última, en Ávila, se había presentado nadie y poco a poco había vuelto a ser ella misma, cada vez más pequeña y limitada, cada vez más feliz de poder regresar a sí misma. Y entonces había abierto los ojos y se había encontrado junto a Daniel.

Suspiró con alivio, se lavó las manos y se miró al espejo, suponiendo que tendría marcadas en la cara las huellas de lo que había sucedido en Villa Lichtenberg apenas unas horas antes, pero la chica que le devolvía la mirada era la misma de siempre, con la melena fabricada por Sombra, los ojos aún soñolientos y una leve sonrisa insinuándose en sus labios.

Echó una mirada rápida para asegurarse de que Dani seguía dormido, volvió al baño, se quitó la ropa del día anterior que olía a algo raro, químico, y se metió en la

ducha; luego se secó lo mejor que pudo con la delgada toalla del hotel y, desnuda, volvió a la cama.

A él sí que había debido de pasarle algo grave porque se le veía agotado, consumido, con la piel más pálida de lo que ella recordaba, el pelo igual de corto y las orejas despegadas de siempre. Llevaba tanto tiempo pensando en él, sacando fuerzas del hecho de que él existía y la seguía queriendo, que ahora, al verlo al natural, ya no estaba segura de que su imagen y su ser coincidieran con la figura que ella había soñado, con el chico inexistente con el que había inventado tantos diálogos, tantas conversaciones para paliar un poco su soledad. En su ausencia había construido un fantasma que le había ayudado a lo largo de todos los meses que llevaba fuera de casa sin que nadie la abrazara, sin que nadie la hiciera reír, y ahora que por fin lo tenía a su lado, le asustaba un poco la idea de que él no estuviera a la altura, que ya no le gustara como al principio, incluso que fuera ella la que había cambiado tanto que se hubiera hecho imposible la relación con él.

Pero por otro lado Lenny, la noche antes, no parecía creer que ella se hubiera convertido en otra persona. Se habían hablado con toda naturalidad como si no hiciera meses desde aquella vez en Innsbruck, en el Uni Café, y luego, poco antes de entrar en Villa Lichtenberg, ella se había dejado besar casi como entonces. Por tanto, eso quería decir que también con Dani sería posible recuperar lo perdido. Si él quería. Si ella volvía a sentir lo mismo cuando él despertara.

Le pasó la mano suavemente por la mejilla sin afeitarse y cuando él hizo una mueca tan cómica, arrugando la nariz como un conejo de Pascua, supo que podría funcionar o al menos que sí le apetecía intentarlo.

Se puso de lado y se acurrucó contra él, como una cuchara contra otra en el cajón de los cubiertos, hasta que él, aún dormido, la abrazó fuerte pegándose a su cuerpo.

Y justo cuando ella estaba empezando a relajarse y sentía que podría volverse a dormir, Dani la apartó de un empujón, dio un salto y salió de la cama como si le hubiera picado una avispa.

Lena se sentó sin saber qué hacer, mirando la expresión horrorizada de Dani que, aún medio dormido, estaba diciendo: «¿Quién eres tú? ¿Qué haces en mi cama?».

Sólo le faltaba decir lo de «Vade retro, Satán» para que ella terminara de sentirse como un súcubo, como una diablesa.

—Soy yo, Dani, Lena. ¿Ya no te acuerdas de mí?

Él la miró con suspicacia.

—¿Dónde estamos?

—En un hotel. —No se le ocurrió que la pregunta del chico se refería a algo más amplio, que no tenía ni idea de en qué país se encontraban.

Dani seguía de pie, alejado de la cama, como si le tuviera miedo.

—¿Cómo he llegado aquí?

—No lo sé seguro, pero supongo que te ha traído Sombra. —Él sacudió la cabeza, como si tratara de despertar de un sueño particularmente desagradable—. A ver, intenta recordar —insistió ella—. ¿Qué es lo último que recuerdas con claridad?

Dio dos pasos hacia atrás, sin darle la espalda, y cuando sus piernas tocaron una silla, se dejó caer en ella sin molestarse en ver si había algo encima.

—Estábamos en Viena, en un bar, celebrando el final de la mili.

—¿Y luego?

Él volvió a sacudir la cabeza. Lena no insistió porque pensaba que lo mejor era dejar que los recuerdos fueran volviendo poco a poco.

—Dolerá —dijo él de pronto, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Eso es lo que él dijo.

—¿Quién?

—¡Ohhh! —Dani se dobló como si hubiera sufrido un calambre en el estómago—. Ya me acuerdo —dijo entre dientes—. El monstruo me dijo que estabas en peligro, que no había tiempo para viajar y yo le dije que quería ir con él y... ohhh... ¡cómo duele! ¡Qué dolor más horrible!

Lena saltó de la cama y se acuclilló a su lado, pasándole la mano por el pelo, tan corto y puntiagudo.

—Shh, shhh... pasará. Pasará, Dani, ya verás. Aguanta.

—Fue horrible —añadió él, con las mandíbulas contraídas—. Mucho peor que ahora. Y luego aparecimos en algún lugar oscuro donde otro monstruo... otro... distinto... ¿entiendes?... gritaba y giraba... y era... era espantoso... pensaba que me iba a volver loco.

—Sí. Dani, me acuerdo. Yo estaba allí. Me salvaste, ¿no te acuerdas? Me sacaste de la casa.

Él la miró a los ojos, concentrado, perplejo.

—No me acuerdo de nada. ¿Qué era aquello, Lena, qué era?

Ahora fue ella la que sacudió la cabeza en un gesto de impotencia.

—¿Sombra no lo sabía?

—¿Sombra?

—El... bueno... el monstruo que te trajo de Viena.

Hubo un silencio en el que Dani trataba de recordar detalles de lo sucedido la noche anterior.

—Sí —dijo por fin—. Cuando le pregunté, Sombra dijo algo así como *urruahk*. ¿Te suena?

—No. Ya nos lo explicará él.

—¿Va a volver? —Daniel sonaba tan asustado que a Lena casi le dio risa, hasta que se acordó del tiempo que había necesitado ella para acostumbrarse a Sombra.

—Supongo. Es mi... no sé cómo llamarlo. Mi maestro, podríamos decir.

—Entonces es el tipo raro del que hablaba Max: tu mentor, tu protector.

—¿Eso es lo que te dijo mi padre? —Dani asintió—. ¿Cómo está? Mi padre, digo.

—Hace ya un tiempo desde que lo vi, pero bien. Parece que sabe que estás en buenas manos.

Ella sonrió, sin dejar de mirarlo a los ojos, le acarició la cabeza y la mejilla y luego tomó sus manos y las puso en sus pechos, con suavidad, dándole tiempo para reconocerla y volver a desearla.

—¿A ti también te parece que estoy en buenas manos?

Volvieron a la cama y, durante mucho tiempo, no hubo más palabras que las que se susurran y se jadean y se gritan y sólo entienden los que las regalan y los que las reciben.

Cuando, al final, agotados, sudorosos y felices, se quedaron boca arriba, uno junto a la otra, recuperando la regularidad de la respiración, una columna de niebla negra se materializó a los pies de la cama, como si hubiera estado esperando todo el rato a adquirir presencia frente a ellos.

—Sombra —susurró Lena, y su voz sonó a la vez como una expresión de fastidio, como un saludo, y como una exclamación de alivio y casi de alegría porque había vuelto, porque no le había pasado nada.

—Tenemos que seguir trabajando —dijo, sin perder el tiempo en saludos y explicaciones.

Lena, ante el asombro y el temor de Daniel, salió de la cama, desnuda como estaba, y empezó a vestirse.

—Lo sé. Pero tengo que ir a ver a Clara. Se lo prometí. ¿Qué hora es?

—Las doce y media —contestó Dani, que no se había quitado el reloj.

Ella ni siquiera lo miró. Toda su atención estaba concentrada en el monstruo oscuro que ni siquiera se había molestado en disfrazarse de humano.

—Daniel es importante para mí, Sombra. No le hagas ningún daño.

—Él debe irse.

—Lo sé.

—Ahora estás mejor y puedes concentrarte. No queda mucho tiempo.

—Sombra —preguntó mientras se ataba los cordones de las zapatillas—, ¿qué es un *urruahk*?

—No es el momento. Basta con que sepas que es algo extremadamente peligroso, pero no para ti.

—¿Por qué no?

—Porque pueden necesitarte. Depende de sus órdenes.

—¿Has dicho «pueden»? —preguntó Dani, que también había decidido vestirse, como estaba haciendo Lena, sin pasar siquiera por la ducha—. ¿Hay más seres como

el de anoche?

La nube negra que era Sombra pareció volverse en dirección a Dani, como si le sorprendiera verlo aún allí.

—Tres más. Los *urruahkchim* siempre son cuatro. Sólo hay un Sombra, pero hay cuatro *urruahkchim*.

—¿Para qué?

—Para proteger a veces. Para comunicar mensajes. Para destruir, para aniquilar casi siempre. ¡Vamos, Lena!

—Tengo que ir a ver a Clara —contestó ella pausadamente, como si hablara con alguien que no comprendiera su lengua.

—Después. —Sombra se acercó a Lena y su negrura la envolvió.

—¡Lenaaaa! —gritó Dani, viendo que empezaban a desaparecer frente a sus ojos.

—Volveré —la oyó decir.

—¡Vete!, tronó la voz de Sombra en algún punto de su cráneo.

Luego, sin saber cómo, desaparecieron y a los pies de la cama sólo quedó un hermoso rayo de sol anaranjado. Daniel estaba solo en el cuarto, como si todo hubiera sido una alucinación.

Dos segundos después, había sacado el móvil y estaba marcando el número que le había dado Max para las peores emergencias.

Lena. En ningún lugar

Aparecieron de golpe en un paisaje desértico, iluminado por una claridad lechosa pero tan fuerte que hacía daño a la vista. El cielo sobre sus cabezas era intensamente negro y estaba lleno de estrellas que brillaban de un modo excesivo, como si no hubiera nada que se interpusiera entre ellos y el universo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lena, casi sin respiración, asombrada de la belleza del firmamento.

—En un lugar tranquilo donde no podrán interrumpirnos. Sombra ha sido dañado por el *urruahk* y debe retirarse para sanar.

—¿Dañado? ¿Quieres decir que ese monstruo te ha herido? —Había un filo de histeria en la voz de Lena—. ¿Cómo? ¿Qué te pasa?

—Sombra está perdiendo energía y pronto desaparecerá por un tiempo.

—Pero ¿cómo es posible que algo te haga daño?

—Sombra no tendría que haber estado allí. Sombra sabe que no debe aparecer en

un nodo junto con un *urruahk*, pero en ese nodo, ayer por la noche, había miembros de tres clanes y Sombra no sabía si el *urruahk* te protegería si trataban de matarte. Estabas en peligro.

—Entonces ¿tú viniste, sabiendo que te arriesgabas a que te... dañaran?

—Tú eres la única razón de la existencia de Sombra. Sombra haría cualquier cosa por ti.

Lena tragó saliva. Desde pequeña, a lo largo de cientos de películas, siempre había soñado con que alguien le dijera una cosa así; pero en sus sueños nunca era un monstruo asesino hecho de tinieblas quien se lo decía y tampoco estaban en mitad del espacio exterior, aunque se pudiera respirar. En sus sueños, siempre era un chico guapo que la miraba fascinado, y entonces ella se acercaba a él y se besaban.

Tuvo que parpadear varias veces y esforzarse para intentar que Sombra no le leyera el pensamiento como hacía en ocasiones. No quería ni imaginarse que él pensara que eso era lo que ella quería y adquiriera otro aspecto frente a sus ojos.

—Entonces —consiguió decir, a pesar del miedo que empezaba a embargarla—, ¿eso significa que vas a dejarme sola aquí?

—Sombra va a implantarte un protocolo para que puedas seguir aprendiendo mientras tanto. Practica constantemente hasta que lo domines.

—Y ¿cómo sabré cuándo lo domino?

—Cuando seas capaz de salir de aquí por tus propios medios.

—¿Dónde es «aquí»?

—Eso no importa de momento, ya lo descubrirás.

—Pero tengo que volver con Clara. Se lo prometí.

—Todo a su tiempo. Sombra tiene que repararse y descansar.

Ante la mirada aterrorizada de Lena, su maestro empezó a disolverse lentamente, como una gota de tinta en un cuenco de agua, como si se fundiera con la negrura del cielo hasta desaparecer de su vista, dejándola sola en aquel paisaje yermo, plateado y extraño.

—¡Sombraaaa! —gritó Lena, aterrorizada. Pero sabía que él ya no la escuchaba, que acababa de dejarla sola de verdad en aquel lugar sin más ayuda que lo que pudiera haber aprendido hasta el momento y lo que fuera a aprender en adelante.

Sin embargo, sabía con todo su corazón que Sombra jamás la pondría en peligro, de manera que podía tener la seguridad de que no había nada que temer y que, si hacía lo que él le había ordenado, si aprendía lo que se suponía que tenía que aprender, conseguiría salir de allí y continuar con su vida, sabiendo algo más.

Lo que realmente la angustiaba era la situación en la que había dejado a Clara la noche antes: esos ojos que relucían como los del cristal de las muñecas y estaban igual de ciegos, ese vientre hinchado hasta lo grotesco que dejaba bien a las claras que no podían faltar más que días para el nacimiento del bebé, esa promesa que le

había hecho de volver a acompañarla hasta que le llegara el momento de dar a luz.

Pero no había nada que hacer. No podría salir de allí si no conseguía dominar la técnica que le permitiría moverse.

Inspiró hondo, se sentó con las piernas cruzadas en la arena fría y buscó dentro de sí las instrucciones que le había dejado Sombra. Allí estaban: brillando con un resplandor ligeramente violáceo en algún punto de su cerebro. Se relajó y empezó a concentrarse para entender qué tenía que hacer.

No le costó mucho averiguar que, en la base, se trataba de algo muy similar a lo que había conseguido tanto tiempo atrás, en el avión que la llevaba a Marruecos, en su primera clase con Sombra, cuando la cuestión era llegar desde la orilla de un lago hasta el pabellón que se encontraba en su centro, donde ardía un fuego en un cuenco de hierro negro.

Ahora sería más difícil y le costaría más concentración, pero en realidad se trataba de lo mismo: trasladarse de un lugar a otro con sólo desearlo, como le había ocurrido al cruzar la calle de Rabat cuando se dirigía a la Chellah; pero en esa ocasión había necesitado el empujoncito de Sombra en forma de un todoterreno a punto de aplastarla. Sonrió al pensarlo y eso hizo que su concentración se tambaleara un poco, como cuando alguien suspira junto a un castillo de naipes y todo tiembla un instante.

Ahora era un buen momento para tratar de aprovechar las fuerzas de la naturaleza, lo que había aprendido frente al mar en Skhirat.

Volvió a respirar como él le había enseñado, expulsando de su atención todo lo que no tuviera que ver con su propósito inmediato, notando cómo todo se disolvía a su alrededor dejando sólo lo que importaba para alcanzar su meta.

No sabía cuánto podía tardar en conseguirlo, pero sabía que lo conseguiría.

Negro. Shanghai (China)

En Shanghai, el Presidente estaba en mitad de una reunión cuando sintió la vibración del móvil en el bolsillo del chaleco; lo sacó, leyó el nombre en la pantalla, se puso en pie y decretó una pausa de quince minutos que fue acogida con total estupor y absoluta obediencia. Nadie cuestionaba las órdenes del presidente Keller, de manera que todos se levantaron respetuosamente y se dirigieron hacia la mesa del fondo, donde aguardaban las teteras, las cafeteras y las delicadas pastitas francesas que les endulzarían una espera que ninguno de los asistentes había deseado.

Mientras tanto, el Presidente contestó con un escueto «un segundo, por favor», se encerró en su despacho y sólo entonces respondió realmente a la llamada.

—Dime, Nils.

—Imre... no tengo palabras.

A través de los miles de kilómetros de distancia le llegó la sensación del asombro de Nils, de su perplejidad, y de algo más que no era capaz de definir... ¿Admiración? ¿Reverencia?

—Inténtalo.

—¿Te dice algo la palabra *urruahk*?

—Por supuesto.

—Pero nunca has visto a uno.

—No. Evidentemente.

—¿Por qué evidentemente?

—Porque son criaturas míticas, Nils —explicó con minuciosa paciencia—, porque no existen.

La risotada sonó como un disparo.

—Eso creía yo también hasta hace un par de horas.

—Explícate.

—Acabo de encontrarme con uno, Imre. Créeme, no son criaturas míticas. Existen como tú y como yo. Y son espantosos. Lo más espantoso que he visto en la vida, y tú sabes que he visto mucho.

—Según la tradición son mensajeros.

—¡Ja!

—¿No te comunicó nada?

Imre estaba perplejo. Nunca había oído a Nils reírse de ese modo histérico, sin fundamento.

—Supongo que lo que nos comunicó a todos fue un «no» rotundo, un deseo de huir, de escapar, como no he sentido en la vida. El horror absoluto. Y no es hablar por hablar, te lo juro.

—Escapar, ¿de qué?

Nils le hizo un resumen de los acontecimientos que Imre escuchó en silencio, sin interrumpir.

—¿Los demás sintieron lo mismo que tú?

—Me figuro. Allí todos tratábamos de reptar como gusanos buscando una salida. Tanto *karah* como *haito*. Nunca he hecho ni sentido nada tan indigno. Me avergüenzo profundamente, pero era superior a mí.

El Presidente quedó unos instantes en silencio, dándose golpecitos con el índice en los labios cerrados.

—Tú eres el *mahawk* de nuestro clan, Imre. Dime qué quieres que haga.

—Tendrás que quedarte donde estás y, lo siento, Nils, tendrás que volver a entrar en Villa Lichtenberg como sea. Necesitamos a ese niño. Tienes que hacerte con él.

—Me lo temía —dijo con un suspiro—. ¿Y si te digo que preferiría no hacerlo?

Imre sonrió, reconociendo la cita de *Bartleby*. Al menos la aparición del *urruahk* no le había hecho perder el humor de siempre.

—No te queda otro remedio, querido mío. No hay nadie más.

—Podrías enviar a Alix.

—Alix te relevará en cuanto le pases el bebé. Luego puedes tomarte unas vacaciones.

Hubo una pausa tan larga que Imre temió que Nils hubiera colgado.

—Imre...

—Dime.

Por un instante había estado a punto de confesarle que tenía miedo, que no se sentía capaz de llevar a cabo la misión que le había encomendado. Antes todo era más fácil; siempre eran dos o tres de su clan los que se encargaban juntos de que las cosas funcionaran como debían, mientras que ahora prácticamente siempre estaba solo, y no parecía que las cosas fueran a cambiar.

Además, la presencia del *urruahk* lo confundía. Si por un lado estaba profundamente agradecido de haber podido comprobar con sus propios ojos que los mitos que le habían contado en su infancia eran tan reales como su clan había sostenido siempre, por otro lado le aterrorizaba la idea de que, igual que existían, tuvieran también los poderes que las leyendas de *karah* les habían atribuido siempre.

—Nada. Simplemente me estoy cansando de este jueguito absurdo, de andar disfrazado de adolescente para que ahora resulte que tengo que convertirme en un secuestrador de bebés y dedicarme a cambiar pañales en los próximos tiempos. ¿Tan importante es ese mocososo?

—Sí, Nils. Ese mocososo es crucial para el futuro del clan negro. Ese mocososo podría ser incluso nuestro billete de vuelta a casa.

—¿A casa? ¿Te has vuelto loco? ¿De qué casa hablas?

—Tráeme a ese niño y te lo explicaré todo, Nils. Soy el *mahawk* de tu clan. No puedes negarte. Lo sabes.

A miles de kilómetros de distancia hubo una respiración pesada, trabajosa, como si Nils estuviera considerando mandarlo al diablo y desaparecer sin más.

—No quiero tener que recordarte el castigo, Nils. No me hagas llegar a eso, te lo ruego. Perteneces al clan negro y eso está por encima de todo.

Otra respiración en el silencio, casi un bufido. Luego su voz, neutra, firme.

—Honraré a mi clan, *mahawk*. ¡Primero es *karah*!

Imre dejó salir el aire que sin darse cuenta había estado reteniendo durante los últimos minutos. Todo aquello no había sido más que un farol, y Nils tenía que

saberlo. No podía imponerle el castigo cuando casi no quedaba nadie más que él, y sin embargo parte de su mente sabía que habría tenido las agallas necesarias para castigar a Nils, aunque quizá no con tanta dureza como había amenazado, si él se hubiese mostrado desobediente.

—El clan te agradece tu valentía.

No había más que decir, pero ninguno de los dos cortó la comunicación. Pasaron unos segundos en los que ambos no oían más que la respiración del otro y los extraños sonidos del vacío entre dos puntos del planeta.

—Suerte, hijo —dijo Imre por fin con su voz más paternal.

—Me va a hacer mucha falta. Te tendré al día.

Se oyó el clic, Imre se volvió en el sillón y clavó la mirada en los edificios que lo rodeaban, gigantes tratando de escalar el cielo.

Darí cualquier cosa por haber visto a un *urruahk*.

En su cama del hotel, Nils cerró los ojos, confuso y, por una vez en su vida, realmente asustado. Sin embargo, la visión de aquel horrendo ser le llenaba de orgullo, ya que significaba la confirmación de lo que más había deseado a lo largo de su vida, la prueba de que *karah* sí era algo especial, algo diferente.

A lo largo de los años, en muchas ocasiones, Nils había llegado a pensar que los clanes no eran más que una invención nacida de la necesidad de justificar una diferencia obvia entre dos tipos de humanos: los que vivían varios siglos y los efímeros, los pobres desgraciados que morían antes de cumplir los cien.

Sin embargo ahora, después de la aparición del *urruahk*, había quedado claro que eran efectivamente otra especie y que había fuerzas en marcha de las que no habían quedado más que leyendas, pero que eran reales. Lo que eso pudiera significar para él y para los suyos era algo que todavía no podía imaginar, pero posiblemente Imre tuviera razón y todo estuviera relacionado con el próximo nacimiento de ese niño del clan rojo. Y en ese caso, no tenía más remedio que volver a Villa Lichtenberg y hacerse con él como fuera.

¿Y luego?

Alix se ocuparía de ocultarlo y cuidarlo hasta que supieran realmente qué les convenía hacer. Sin embargo, lo que le resultaba inquietante era lo que acababa de decir Imre, lo de que ese niño podría ser su billete de regreso a casa. ¿A qué casa? ¿Era remotamente posible que Imre Keller, el Presidente, el gran hombre de negocios, creyera ni por un momento esas estupideces que circulaban en las épocas más esotéricas y que decían que *karah* no procedía de la tierra sino de algún otro plano de realidad o incluso de algún otro mundo?

No podía creer que Imre pensara así, pero por otro lado él era mucho mayor, y además era el *mahawk* del clan negro, lo que significaba que cabía en lo posible que tuviera acceso a fuentes de información que él no conocía. Tendría que confiar en él

como había hecho siempre.

Por el momento lo único que podía hacer era empezar a preparar el plan que lo llevaría a hacerse con el niño en cuanto naciera. Y llamar a Alix.

Cruzó las manos bajo la cabeza y se puso a pensar cómo llevar a cabo todo lo que había que hacer para honrar su palabra.

Villa Lichtenberg. Costa de Amalfi (Italia)

Poco después del amanecer, desde su puesto de observación sobre las rocas del acantilado, Max contemplaba a través de unos potentes prismáticos el extraño éxodo que estaba teniendo lugar en Villa Lichtenberg; aparentemente el personal de seguridad, que en días anteriores había estado apostado a lo largo del perímetro de la finca, había decidido marcharse de golpe, a toda prisa, y estaban subiendo con todo el equipo a un gran furgón negro sin ninguna marca reconocible. En la puerta, y con una cara de vinagre que resultaba casi cómica, el doctor Kaltenbrunn discutía con el jefe del grupo, que no hacía más que sacudir la cabeza en una negativa constante.

Al cabo de un par de minutos más, el que parecía ser el jefe del equipo se dio la vuelta, subió al furgón y se marcharon sin una mirada atrás. Desde el interior de la casa, por detrás de Kaltenbrunn, apareció otro hombre —Miles Borman, el gran banquero del clan rojo, según el dossier que le había entregado Emma—, y juntos volvieron adentro, cabeceando.

¿Qué podría haber pasado durante la noche para que de repente todo el personal de seguridad hubiera decidido huir?

Él había estado vigilando durante casi todo el día anterior hasta que, poco antes de las once, en vista de que la situación parecía estar tranquila, había decidido marcharse al hotel a dormir un par de horas para volver a ocupar su puesto antes de que amaneciera; pero algo había tenido que suceder entretanto para aquella deserción masiva, y no se le ocurría ni remotamente qué podría haber sido.

En ese momento sintió la vibración del móvil en el bolsillo. Daniel. Contestó, por si tenía alguna noticia de Lena.

—Max, tengo que hablarte. Ha pasado algo que... ¿Dónde estás ahora?

Su voz sonaba tan estrangulada que por un segundo estuvo seguro de que lo que Daniel iba a decirle era que a su hija le había pasado algo terrible y tuvo la sensación de que estaba a punto de caer en un vacío sin fondo.

—¿Se trata de Lena?

—Sí. No —se corrigió—. También.

—¿Qué le ha pasado a Lena? —Si lo hubiera tenido delante lo habría cogido del cuello y lo habría sacudido como a un pelele por el tiempo que le estaba haciendo perder.

—Nada. No sé. —Pareció darse cuenta de golpe de lo que estaba pensando Max y se interrumpió para corregirse de nuevo—. Lena está bien. No te preocupes. No le ha pasado nada. Perdona... no sé lo que digo, es todo tan extraño...

—Para. Inspira hondo. Dime cuál es el problema.

—Creo que tendría que verte cara a cara, Max. Dime dónde estás y voy.

—No voy a decirte dónde estoy, Dani. Dímelo tú.

Hubo un silencio en la línea que a Daniel se le antojó interminable. No entendía por qué, de pronto, Max se había vuelto tan suspicaz con él. Además, ni siquiera podía contestar a su pregunta, aunque quisiera, porque se acababa de dar cuenta de que él mismo no tenía ni idea de dónde estaba; pero era consciente de lo estúpido que podía resultar decirlo.

—No te lo vas a creer, pero no lo sé. —Se acercó a la ventana tratando de adivinar adónde lo había llevado Sombra. A izquierda y a derecha se veía un pueblo de casitas blancas de uno y dos pisos, con contraventanas azules y verdes; delante de él, al fondo de la corta calle empedrada, el mar brillaba esplendorosamente. Lanzó un silbido de sorpresa—. Estoy junto al mar. ¡Joder!

—¿Qué tiene de raro estar junto al mar? —preguntó Max, desde el acantilado, dejando vagar la vista por la extensión azul que había empezado a brillar como un tejido de lentejuelas.

Se le escapó una risa casi histérica.

—Que hace un par de horas yo estaba en Viena, celebrando que había terminado la mili, pensando que en cuanto me dieran los papeles me largaría a buscar a Lena y ahora, de pronto... —En la calle, debajo de la ventana, dos mujeres estaban conversando en voz muy alta, en una lengua que parecía italiano, aunque no era en absoluto lo que él había estudiado en el instituto; podía tratarse de un dialecto muy cerrado—. Creo que estoy en Italia, Max; supongo que más bien al sur, a juzgar por la luz. No sé más; tendré que salir a la calle para enterarme.

—Pero ¿cómo has llegado hasta ahí? ¿Te han drogado? ¿Te han secuestrado? ¿Puedes salir de donde estás?

—Supongo que sí; estoy en un hotel, en una pensión, algo así. Me ha traído el ser ese que le sirve a Lena de maestro. Ese monstruo del que tú me hablaste, ¿recuerdas...? Sombra.

Max no dijo nada pero el silencio adquirió una cualidad diferente, como si se hubiera hecho más espeso.

—Por extraño que parezca —continuó Daniel—, yo diría que vino a Viena a

buscarme porque Lena quería verme. Íbamos en el metro y de repente dijo que no había tiempo para viajar, me avisó de que dolería mucho y de golpe aparecimos... no sé bien, en un chalet, en una casa enorme donde había otro monstruo... joder, Max, vas a pensar que soy imbécil, pero es que no sé cómo contarle, no hay palabras.

—¿Qué monstruo?

—Sombra lo llamó *urruahk*.

—¿Eso existe en la realidad?

—Te lo juro.

—¿Y Lena?

—La sacamos de allí. Vinimos al hotel, ella y yo nos quedamos fritos y al despertarnos... —Decidió no decirle nada al padre de Lena sobre lo que habían hecho en la hora que habían pasado juntos y despiertos—. Entonces apareció Sombra, me dijo que me largara, y se la llevó. No sé qué hacer, Max. ¿Qué puedo hacer?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —Ahora empezaba a entender lo que podía haber pasado en Villa Lichtenberg para poner en fuga a los de la empresa de seguridad. Si la mitad de lo que se contaba sobre los *urruahk* era verdad, no le extrañaba nada que hubieran salido por pies. Daniel parecía estar destrozado y eso que él ya sabía que se estaba metiendo en un asunto donde podían suceder cosas muy, pero que muy raras.

»Dani, sal del hotel ahora mismo y vete a la plaza de la catedral. Quizá podamos vernos allí dentro de media hora.

—¿Tú también estás por aquí? —El alivio era palpable.

—Considerando que no sé dónde estás tú, puede ser y puede no ser. Ahora lo veremos. —Daniel casi podía ver la sonrisa irónica que había esbozado Max—. Espérame una hora. Si no nos encontramos, te llamo yo.

Cinco minutos después de que Max hubiera abandonado su puesto de observación sobre las rocas, una limusina negra se detuvo frente a la entrada de Villa Lichtenberg, se apeó un chófer de uniforme y abrió la puerta a una figura extremadamente delgada que parecía vestida para un baile de *fashionistas*: chaqueta y pantalón rojo vivo, camisa blanca con el cuello abierto, zapatos blancos sin calcetines. El cabello, de color marfil, disparándose en todas direcciones en mechadas irregulares. Las gafas, pequeñas, pegadas al rostro huesudo y tan negras que parecían dos agujeros vacíos bajo las cejas picudas. Un bastón de madera oscura, pulidísima, con puño de marfil en forma de dragón.

El chófer sacó varias maletas mientras la extraña figura paseaba la vista por los alrededores, asintiendo, satisfecha, al no detectar a ningún observador. Cuando le abrieron la casa, siguió al mayordomo con paso ágil, casi saltando, con algo de infantil y travieso en sus movimientos, hasta llegar a una de las terrazas superiores, frente a una piscina de desbordamiento que creaba la ilusión de una superficie

infinita, fundida con el horizonte del mar. Allí le esperaban casi todos los miembros del clan rojo, con los rostros marcados por la tensión.

—¡Qué bonito! —exclamó, nada más verlos, apoyándose en el bastón con las dos manos—. Una reunión familiar, después de tanto tiempo. No hay más que veros las caras para darse cuenta de lo mucho que os alegráis de verme.

—Bienvenido a tu clan, Shane —dijo Miles avanzando con la mano tendida hacia el recién llegado. Éste la ignoró y, con las manos enlazadas a la espalda, fue pasando revista a sus parientes mirándolos de arriba abajo como en una parada militar.

—Estáis igual que siempre, queridos. —Lanzó una carcajada mientras los demás se miraban unos a otros con preocupación—. Tanto los viejos: Mechthild, Miles, Gregor, Flavia —iba haciendo pequeñas inclinaciones de cabeza al nombrarlos—. Como los jóvenes: Eleonora, Dominic. Igual que siempre: bellos, fuertes, sanos. Estúpidos. Increíble, insoportable, dolorosamente estúpidos. Y ese pobre guiñapo de ahí es la *haito* con la que nuestro glorioso clan piensa perpetuarse, ¿no es cierto?

Todas las miradas convergieron en Clara, que con los ojos cerrados y la respiración profunda, descansaba en una otomana blanca, a la sombra, cubierta con una ligera manta.

—Drogada, por lo que parece.

—Ayer tuvimos una visita inesperada, Shane —contestó Gregor—. Fue demasiado para ella y tuve que sedarla.

Shane no dijo nada, pero se quedó mirándolo hasta que completó la información.

—Un *urruahk* —añadió por fin, como a regañadientes.

El Shane se frotó las manos mientras su rostro se animaba con una sonrisa de las que daban grima a sus familiares.

—Por fin —murmuró—. Tanto tiempo esperando... pero la cosa se anima. ¡Bien, queridos, muy bien hecho!

—¿Hecho? Nosotros no hemos hecho nada. —Miles empezaba a enfadarse. Nunca había soportado la teatralidad del Shane—. Si tú entiendes algo, ya que al fin y al cabo eres nuestro *mahawk*, te ruego que hagas el favor de explicarte para que los demás sepamos también qué está pasando.

—Que alguien me traiga un Campari con soda. Me habéis llamado con tanta urgencia que no he tenido tiempo de desayunar.

—Aquí nadie te ha llamado. Todavía —añadió Miles, al darse cuenta de que, cumpliendo la tradición del clan, era absolutamente obligatorio informar al *mahawk* del inminente nacimiento de un nuevo miembro—. Faltan aún un par de días.

—Yo lo he llamado, Miles —intervino Dominic.

El Shane se volvió hacia él ofreciéndole su sonrisa de escalpelo.

—¡Ah! El orgulloso padre. —Se acercó a él, le cogió la cabeza entre las manos y lo miró fijamente a los ojos—. Dime, pequeño, ¿tuviste miedo anoche del *urruahk*?

¿Sentiste que había venido por ti?

Dominic tuvo que esforzarse mucho para quedarse quieto bajo las manos del Shane y no sacudírselas como si quemaran.

—Yo no estaba aquí anoche. Tenía cosas que hacer en otra parte.

—¿Y tú, Eleonora? ¿Tuviste miedo tú?

Ella lo miró fijamente, con valentía, sin retirar la mano de la cadera.

—Yo tampoco estaba, Shane. Voy a ponerte el Campari. ¿Alguien más quiere algo?

Todos pidieron algo y Eleonora se marchó a buscar a una de las doncellas que, desde la noche anterior, habían tenido que encerrar en sus habitaciones para que no salieran huyendo como habían hecho los del servicio de seguridad.

El Shane se dejó caer en uno de los grandes sillones de mimbre, puso los pies sobre un puf y perdió la vista en el horizonte del mar mientras movía la mano derecha, donde brillaba un enorme rubí, como si estuviera llevando el compás de una música que sonara sólo para él.

—A ver. Noticias. Contadme todo lo que haya podido pasar en los últimos días. ¿Hemos tenido visitas?

—El alimento de Clara —dijo Gregor.

—Eso no cuenta —lo interrumpió el Shane.

—Y una amiga de su infancia, Aliena Wassermann, que se marchó al cabo de un par de horas.

—Ajá. ¿Alguien más?

—No. —Hizo una pausa para recordar y se corrigió—. Sí. Ayer, cuando yo acababa de recibir a Miles y a Mechthild, parece que volvió la muchacha acompañada de otro chico, pero momentos después apareció el *urruahk* y todo se volvió muy confuso. Cuando conseguimos recuperarnos, ya no estaban. Supongo que saldrían huyendo como los de seguridad.

—¿Tan horrible fue la experiencia? —preguntó el Shane fingiendo preocupación y dulzura—. ¿Os ha traumatizado a todos, pequeños?

—Sí, Shane, sí a las dos cosas —contestó Mechthild, con rabia—. Sólo espero que tú también pases alguna vez por esa experiencia. Hemos estado a punto de volvernos locos.

—Yo ya estoy loca, dulce. —Se echó a reír, primero con suavidad y luego de modo cada vez más estridente—. Tal vez encontrarme con un *urruahk* me arregle el cerebro...

Llegó una doncella con la bandeja llena y, con los ojos bajos y las manos temblorosas, empezó a servir las bebidas, tratando de darse prisa para poder retirarse cuanto antes. La señorita Eleonora les había prometido que en cuanto naciera el bebé podrían marcharse con paga triple, pero ella se habría ido de inmediato, incluso sin

sueldo, si se lo hubieran permitido. Aquella familia estaba empezando a producirle pesadillas.

—¿Sabéis dónde está esa amiga, esa Aliena?

Todos se miraron, negando con la cabeza.

—Estoy seguro de que volverá —dijo Gregor.

—Más nos vale. Hay que hacerla venir y alojarla aquí, en la casa.

—¿Por qué? —preguntó Dominic con la voz, mientras los demás lo hacían con los ojos.

—Porque lo digo yo, que soy vuestro *mahawk*. Necesitamos a esa niña.

—*Karah* nunca ha necesitado a *haito* para nada. —La voz de Miles era cortante.

—Ahí mismo tenéis la prueba —dijo el Shane levantando su Campari en dirección a Clara, desmadejada sobre la otomana—. No. *Karah* nunca ha necesitado a *haito*... —La ironía era cortante—. Salvo los tarados del clan rojo que, al no poder reproducirse entre sí y no considerar viable la unión entre clanes como caballeros y damas que somos, viva la pureza de sangre y demás estupideces, y como tampoco queríamos extinguirnos, cosa comprensible, hemos acabado por caer en lo que, según nuestros propios estándares, es lo peor posible: copular con *haito* y producir bastardos semianimales que después, como si no hubiera pasado nada, consideramos miembros del clan rojo de pleno derecho. Pero no... nunca... *karah* no necesita a *haito*. Para nada. ¡A vuestra salud! —Alzó la copa y bebió solo bajo la mirada de odio de sus conclánidas—. ¡Cómo escuece la verdad, queridos míos! ¿No es cierto? Al menos el clan negro se está extinguiendo con valor y elegancia.

—Deja de insultarnos, *mahawk*. —Flavia fue la primera en reaccionar. Había notado cómo Dominic apretaba los puños y se temía que no pudiera controlarse durante mucho más tiempo—. Dinos qué quieres que hagamos.

—Bella Flavia, siempre tan sabia. Quiero que esa muchacha nos visite y que se quede a vivir con nosotros, al menos hasta que nazca Arek. Si no me equivoco, jugará un papel importante en nuestro futuro, pero tengo que asegurarme y para ello necesito tenerla aquí. Quiero que tenga acceso a todas partes, a todas las conversaciones, a todos los actos. Quiero que esté presente en el nacimiento.

Se oyó una exclamación ahogada, surgida de todas las gargantas.

—Sé que no confiáis en mí. Pero no hay nadie más. Si alguno de vosotros quiere hacer de *mahawk*... por mí...

—¿Y si viene con el muchacho ese que la acompañaba ayer? —preguntó Gregor.

—En ningún caso. O quizá... —apoyó el dedo índice en la sien, como una mala parodia de pensador, y su rostro se tensó en una extraña sonrisa mientras hablaba como para sí mismo—. Sí... quizá sea eso. Podría ser... Si aparece, hazlo esperar y avísame. Sería realmente gracioso... En fin, ya veremos. ¿Para cuándo espera la ciencia el parto de la criatura? —La pregunta iba dirigida directamente al médico.

—Para cuando tú quieras. Puedo inducir el parto cuando sea conveniente sin que la criatura sufra daño alguno.

—Esperaremos hasta que vuelva la amiga.

—¿Estás seguro de que volverá?

El Shane giró la cabeza hacia Eleonora.

—Sí, la verdad es que estoy bastante seguro. Bella anfitriona, llévame a mis habitaciones, tenemos que hablar.

Aún con la bebida en la mano, roja como la sangre, y con su paso saltarín, sin despedirse de nadie, caminó tras Eleonora haciendo molinetes con el bastón hasta perderse en la escalera del fondo.

Lena. En ningún lugar

En el lugar donde se hallaba Lena el tiempo parecía haber dejado de existir. A pesar de que la noche había acabado y había salido el sol, convirtiendo en un mundo de oro el paisaje de dunas que hasta ese momento había sido plateado, la temperatura seguía siendo la misma, no había la menor brisa y, lo más extraño de todo, ella no tenía ni hambre ni sed; ni siquiera cansancio después de un tiempo eterno de ejercitarse y de repetir una y otra vez las rutinas que Sombra le había marcado. Tampoco tenía ninguna necesidad de dormir.

Cuando no se esforzaba conscientemente por lograrlo, sino que se limitaba a practicar lo que sabía que podía hacer, conseguía saltar a considerable distancia. Sabía que era así porque, siguiendo sus instrucciones, antes de intentar un salto hacía dibujos en la arena a su alrededor y luego, al aparecer unos metros más allá, marcaba el nuevo lugar y caminaba de vuelta para comprobar la realidad del salto.

Después de varios saltos, cuando tenía la sensación de que debía cambiar de ejercicio, practicaba el de fundirse con la materia que la rodeaba e intentaba con todo su empeño que su mano o su pierna se mezclara con la arena sobre la que se apoyaba hasta ser la arena misma. Sabía que también tendría que aprender a no ser detectada por los sentidos humanos, a bajar la intensidad de su presencia hasta conseguir hacerse... indetectable. Invisible era una palabra que no le gustaba, que incluso le parecía un poco ridícula, anticuada en cualquier caso. *La mujer invisible*, como una figura de cómic, qué estupidez. No era necesario intentar volverse invisible. Se trataba tan sólo de que los demás no se dieran cuenta de su presencia. No era cuestión de invisibilidad, sino de pasar desapercibida al grado más alto posible. Como si no

estuviera, pero estando. Indetectable.

Los ejercicios eran, sobre todo, pesados y aburridos: una vez, otra vez, otra, otra, otra más, tanto si tenía éxito como si fracasaba. A veces le pasaba por la cabeza que, en principio, era como entrenarse para un deporte de competición de los más duros, o quizá, simplemente como el aprendizaje de una lengua: repetir, repetir, repetir, hasta que las frases salían con fluidez, sin pensarlas, sin tener que montar los distintos elementos.

Recordaba lo que decía su maestro de Aikiken, algo que nunca había acabado de comprender cuando se entrenaba: «No tienes que saber usar la espada, tienes que ser la espada», algo que siempre le había parecido entre críptico y banal y que ahora, de repente, se llenaba de sentido cuando conseguía que su cuerpo y su mente hicieran exactamente lo que tenían que hacer sin que ella se diera cuenta del esfuerzo.

Pero de todas formas no lograba olvidar que, aunque donde ella estaba el tiempo se había convertido en otra cosa, fuera de allí, en el mundo normal, todo seguía moviéndose al ritmo de siempre y, por tanto, pronto Clara empezaría a preguntarse por qué no había cumplido su palabra, por qué la había dejado sola en el momento más terrible de su vida. Las diferencias que las habían separado unos meses atrás habían dejado de tener importancia comparadas con lo que estaba sucediendo en sus vidas, y el aspecto de su amiga le había dejado bien claro que era fundamental que la acompañara.

Tenía que darse prisa. El problema era que no tenía ni idea de cuánto podía tardar en superar las pruebas que le había dejado Sombra. En ocasiones pensaba que, considerando que él no tenía un pensamiento humano, también podía suceder que cuando consiguiera estar preparada hubiesen pasado un par de siglos en la tierra y toda la gente que ella había conocido estuviese muerta y enterrada. Estaba segura de que Sombra no podría entender qué era lo que le preocupaba de esa posibilidad.

Sonrió.

Si hubiera sido humano, lo habría llamado psicópata, pero no siéndolo, a veces incluso llegaba a encontrarlo... ¿qué? ¿Cómo lo definiría? «Simpático» no era en absoluto la palabra que buscaba. ¿Cuál era? «Soportable» era demasiado poco, «atractivo» tenía un matiz que no le gustaba en absoluto, «necesario» era demasiado. Decidió dejar los adjetivos para otro momento. Daba igual la palabra. Lo importante era que, sin Sombra, se sentía sola, vulnerable, asustada. Sombra le había proporcionado una sensación que no había tenido desde la muerte de su madre: la sensación de estar en el centro de la vida de otra persona, de ser lo más importante, lo más precioso, lo más querido. De ser alguien por quien valía la pena morir y matar. Y eso era algo que, a pesar de la crueldad que representaba, le hacía sentirse realmente bien.

Sabía que, definido así, eso era lo que le gustaría que le hiciera sentir su pareja,

pero no había tenido tiempo ni siquiera para saber si Dani sentía algo así de intenso por ella, y ella, con toda seguridad, aún no sentía eso por él.

Apartó los pensamientos como un prestidigitador que recoge un mazo de cartas de encima de una mesa para barajarlas de nuevo.

¿Dónde estaría Sombra? ¿Estaría bien? ¿Le habría hecho mucho daño el *urruahk*? ¿Tanto como para hacer que tuviera que desaparecer y anularse durante un tiempo, dejándola sola?

¿Estaría él solo y herido sufriendo en alguna parte mientras ella se dedicaba a su entrenamiento? ¿Se atrevería a buscarlo, a intentar de nuevo penetrar en su mente, sin ánimo de molestar, sólo para saber si estaba bien?

Había vuelto a hacerse de noche a su alrededor y las estrellas brillaban con tanta fuerza que Lena tenía la sensación de que el cielo era un simple telón de terciopelo negro, tan viejo que estaba lleno de agujeros por los que se veía la luz del otro lado, una luz deslumbrante, bellísima, que la atraía con su esplendor.

Se sentía de nuevo sola y estaba cada vez más preocupada por él.

¡*Sombra!*, gritó en su interior, con la voz que sólo él podía oír.

Lo llamó con toda su fuerza, con todo su deseo.

¡*Sombra!* ¡*Sombra!* ¡*Sombra!*

No hubo respuesta.

Saltó.

Apareció en otro lugar, sobre una alta duna de arena. No tenía forma de saber si cerca o lejos de donde estaba antes.

¡*Sombra!*

Silencio.

Sombra. Voy a buscarte. Voy a entrar, si puedo. ¿Me oyes, Sombra?

Salto. Deseo. Intensidad. Sombra.

Esta vez no hubo necesidad de esperar frente al muro, de tocar a las inmensas puertas que no tenían aldaba ni anilla ni manivela. Esta vez apareció directamente en el centro de un espacio de una extensión y una altura tan incomprensibles, tan fuera de su experiencia que confundían sus sentidos, y su mente se negaba a procesarlas, de modo que decidió concentrarse en sus propios pies desnudos que parecían moverse sobre el suelo de piedra, aunque ella no sentía el contacto ni la temperatura en su piel.

La única comparación que se le ocurría era, como en la ocasión anterior, una gigantesca catedral gótica, sólo que todas las líneas de fuga estaban mal, como si hubieran sido dibujadas por alguien que concibiera la perspectiva con unas leyes totalmente distintas, pero la sensación de pequeñez propia, de misterio, de tensión, era parecida a la que se podría experimentar en un edificio casi infinito donde uno no sabe si hay algo que pueda querer lanzarse al ataque.

Sombra le había dicho que aquel extraño edificio era una imagen que ella podía

comprender y ahora, comparándolo con la otra vez que lo había visitado, se daba cuenta de que todo estaba distorsionado, de que todo era mucho más extraño, incomprensible, casi enloquecedor. Seguramente porque ahora Sombra no estaba concentrado en ofrecer una imagen que ella pudiera entender.

Avanzó hacia adelante, despacio en la oscuridad, apartándose cuando, muy de vez en cuando, un delgado haz de luz, como un rayo láser violeta, dorado, rojo o verde intenso, pasaba junto a ella en su camino, en un movimiento tan errático como el del vuelo de una mariposa.

No quería ver nada, no tenía intención de interpretar los símbolos desconocidos, los extraños volúmenes que adivinaba entre las sombras; no quería invadir la intimidad de Sombra, sólo había ido a ayudar.

Sombra, ¿estás ahí? ¿Puedo hacer algo?

Un resplandor apagado la hizo desviarse hacia la izquierda. Una mirada fugaz hacia lo alto le produjo un amago de náusea: la perspectiva estaba mal, todo estaba mal, ningún humano podía sobrevivir mirando esas líneas que se encontraban en puntos que creaban espacios y volúmenes que no podían existir.

Bajó la vista hacia sus pies y siguió avanzando hasta que la vaga luminosidad se fue concretando y pudo ver lo que le había llamado la atención, aunque siguió sin comprenderlo.

En medio de un gran espacio abierto, sostenido por altísimas columnas oscuras tan delgadas y flexibles que parecían nervios y tendones, había una especie de caja negra cuadrada, más grande que un ser humano, aparentemente flotando en la nada, dividida en dos partes.

Entre la parte de arriba y la de abajo, en el espacio libre, se enroscaba una niebla que iba cambiando de forma en oleadas, volutas y bucles, a la vez que era iluminada por una multitud de rayos de una luz de colores purísimos que se encendían y se apagaban de manera arbitraria coloreando los remolinos de niebla durante unos instantes para cambiar después de lugar, de intensidad y de matiz.

Casi al límite de lo que era capaz de oír, una especie de música electrónica, que no se parecía en nada a lo que había escuchado en toda su vida, daba la sensación de acompañar o contrapuntear el espectáculo de luz, que era complementado de vez en cuando por una profusión de aromas que explotaban un instante para desaparecer sin dejar rastro un momento después, estimulando en su mente recuerdos y asociaciones táctiles a velocidad vertiginosa. Unas veces le parecía estar pasando las manos por una seda finísima, otras su cuerpo se sentía frotado por manos ásperas, otras tocaba algo duro, fresco, crujiente, que dejaba paso a la suavidad del terciopelo o a la tersura del cristal.

En su mente destellaban imágenes de instantes de su vida, como fotografías o videoclips que la hacían sonreír un instante o angustiarse y sentir que sus ojos se

llenaban de lágrimas, para desaparecer al segundo siguiente sustituidas por otros recuerdos que despertaban otras emociones.

Era lo más hermoso que había presenciado en su vida y, por un tiempo que nunca supo medir, se olvidó por completo de quién era, dónde estaba y qué había ido a buscar.

Un rayo de color índigo incidió sobre la niebla que se arremolinaba en el centro de la caja suspendida en la nada y algo evanescente le recordó a Sombra, sacándola de su embeleso.

¿Estás ahí?

Sombra existe.

No fueron exactamente palabras como otras veces, pero lo sintió en su interior con absoluta certeza y supo que era él quien le había enviado el mensaje.

Su alegría fue tanta que, sin proponérselo, dio un salto y se encontró flotando como la caja, dando volteretas en la penumbra como si estuviera en una nave espacial. Un rayo de luz verde intenso la atrapó y, con suavidad, la depositó de nuevo frente a la caja.

Puedes marcharte y cumplir con tu tarea.

¿Volverás, Sombra?

Ya estaba convencida de que no obtendría respuesta y tendría que marcharse con la peor incertidumbre, cuando sintió en su interior la existencia de la que él hablaba.

Sombra regresará cuando haya sido reintegrado. Regresa tú ahora.

La alcanzó una vaharada de perfume floral que sin saber por qué le recordó a Rabat, a la Chellah, un perfume de flor de azahar, de jazmines, con un fondo de especias. Mentalmente se despidió de Sombra y, sin saber cómo, se encontró guiñando los ojos, deslumbrada por la luz de la tarde, frente a la verja de Villa Lichtenberg.

Villa Lichtenberg. Costa de Amalfi (Italia)

—Max. —La voz de Daniel sonaba excitadísima y por un instante Max tuvo la tentación de pedirle que hablara más bajo, temiendo que lo oyeran. Aprovechando que el personal de seguridad había desaparecido, y antes de que llegara un nuevo equipo a sustituir a los desertores, Max se había introducido en Villa Lichtenberg y estaba escondido en lo más alto de la torre, en una pequeña habitación llena de sillas plegadas y cajas de cartón, que no tenía más que una tronera por la que sólo se veía el

mar. Le había costado Dios y ayuda convencer a Dani de que se quedara fuera, apostado entre las rocas del acantilado para avisar si llegaba alguien. Por supuesto no le había dicho la verdad de para qué quería estar dentro de la villa; se había limitado a insinuar que era fundamental que alguien cuidara a Lena si se le ocurría volver a aquel antro y que ese alguien sólo podía ser él mismo, su padre. El muchacho lo había comprendido y había aceptado sus razones sin cuestionarlas. Por eso estaba en el exterior—. Acabo de ver a Lena. Está frente a la puerta de la casa.

Max se limitó a gruñir aprobadoramente.

—Ha tocado el timbre y está esperando a que le abran. Ahora. Sí. La dejan entrar. Ya está dentro. ¿Qué hago?

—Nada —contestó en voz baja—. Esperar con calma. Informarme si llega alguien más, si pasa algo. Estar atento.

—¿Qué estamos esperando, Max? ¿A qué tengo que estar atento?

Max colgó sin contestar y Daniel estuvo a punto de tirar el móvil al mar de pura rabia e impotencia. Se había dejado mangonear por Max y ahora estaba fuera, pero llevaba tantos meses en el ejército que algo en él había respondido a la voz de mando del hombre y ni se le había ocurrido cuestionar sus planes ni hacer preguntas intempestivas. Max había dicho «tú vigilas desde el acantilado» y allí se había ido él, como si aún llevara el uniforme del ejército austríaco.

Detectó un movimiento casi con el rabillo del ojo y dirigió los prismáticos hacia allí. Alguien se movía con sigilo hacia la casa después de haber saltado la verja por la parte del mar; alguien que debía de tener un buen entrenamiento militar, porque la verja estaba electrificada en todo su perímetro y no era nada fácil de superar.

Le extrañó que hubiera decidido entrar antes de la caída de la noche, arriesgándose así a ser descubierto, pero luego pensó que seguramente había pensado igual que Max, que no era probable que Villa Lichtenberg siguiera muchas horas más sin personal de seguridad.

El intruso llevaba pantalones de camuflaje, camiseta caqui y un gorro verdoso cubriéndole el pelo y toda la frente. Aunque aumentó al máximo la potencia de los prismáticos, no pudo distinguir demasiado, salvo que tenía un cuerpo joven, musculoso y ágil, pero para eso no habría hecho falta ningún instrumento. Nadie se atreve a entrar en una casa llena de cámaras y rodeada por una verja electrificada si no es un profesional.

Lo que le llevó a pensar de nuevo en Max. Según Lena, su padre era abogado, y cuando se conocieron en el restaurante de Viena nada hacía pensar que pudiera ser otra cosa. Sin embargo, ahora iba armado, tenía unos prismáticos de los que no se compran en un Media Markt y se movía con la seguridad de un soldado.

«¿Y si te vuelves a casa, Dani? —pensó, no por primera vez—. Esto está empezando a venirme un poco grande. Al fin y al cabo, Lena, aunque sea preciosa y

encantadora y estés loco por ella, es sólo una chica con la que no has estado más de cuatro veces desde que la conociste. ¿No te parece muy peliculero hacer todo esto por una mujer que quizá, cuando llegues a tener un poco de tiempo y de tranquilidad para conocerla bien, ni siquiera te guste de verdad, para una relación estable? Y tampoco es que ella te haya dado muchas muestras de que te quiere por encima de todo. Se pasa la vida desapareciendo y siempre tiene algo más importante que hacer. Aunque a veces...»

Se le escapó una sonrisa, a su pesar, recordando el tiempo que habían pasado juntos apenas unas horas atrás. Eso no había estado nada mal como prueba de amor. Lena se merecía que él pasara un día entre aquellas rocas, esperando la señal de Max para hacer... lo que fuera necesario, aunque no supiera qué ni comprendiera por qué ni para qué.

El intruso había desaparecido de su campo de visión. Estaba claro que había conseguido colarse en la casa, de modo que, como no quería llamar de nuevo a Max y que creyera que sólo quería charlar para pasar el tiempo, le envió un SMS: «Acaba de entrar un intruso vestido de caqui. Atento». Si quería más explicaciones, ya llamaría él.

En el interior de Villa Lichtenberg todo estaba tranquilo. Los toldos estaban bajados y las persianas echadas contra el calor y la luz deslumbrante de la tarde de primeros de junio. El personal de servicio, aunque Nils no podía saberlo, seguía recluido en dos habitaciones en el ala este. Los miembros del clan se habían retirado cada uno a su cuarto a descansar un rato, esperando que la caída del sol llevara algo de frescor y que para entonces el Shane hubiera decidido si había llegado el momento de traer al mundo al pequeño Arek. Clara dormía, removiéndose en sueños, sudorosa y angustiada porque en su pesadilla el niño que llevaba en el vientre se abría paso entre su carne a dentelladas y los que deberían quererla y protegerla se limitaban a mirar, expectantes y excitados, como si se tratara de un espectáculo.

Dominic y Eleonora, vestidos de rojo y tumbados en una gran cama blanca, entre esponjosas almohadas, se miraban sin hablar, en una tensión casi insoportable. Las aspas del ventilador removían blandamente el aire sobre sus cabezas.

—No puedo más, Nora. —Dominic se puso en pie, se remitió la camisa en la cinturilla de los pantalones y se puso los zapatos—. Voy a hablar con el Shane, a pedirle que acabemos de una vez. Esto es insoportable, tanto para Clara como para nosotros. Es inhumano.

—Claro que es inhumano, Nico. Somos *karah* —dijo ella, intentando hacer un chiste que a él no le arrancó la mínima sonrisa—. ¿Tanto te preocupa la *haito*?

—Quiero que se acabe. Sólo quiero que se acabe. Llevo meses con esto. ¿Tú sabes todo lo que he tenido que soportar? No aguanto más. Tengo que hablar con el Shane.

—El Shane está esperando a que aparezca esa Aliena; yo tampoco lo entiendo, pero me lo ha dejado muy claro.

—¿Qué quería de ti?

—Hablarme un poco de Lena, al parecer es así como la llaman, y, sobre todo, quería elegir la habitación que le vamos a destinar.

—¿A Arek?

—A Aliena. Quiere que se aloje en la casa cuando llegue. Sí, a mí también me extraña, pero él es así. Lo he dejado por allí, en el ala oeste. No tengo ni idea de qué está tramando. Anda, vuelve. Túmbate a mi lado, ya no falta mucho. —Eleonora palmeó la cama, sonriéndole como para darle ánimos, pidiéndole paciencia—. Pronto habrá acabado todo.

Nils recorría la casa como una sombra, sin un sonido, usando las limitadas habilidades que había estado practicando en Shanghai para hacer que *haito* no reparase en él si sus ojos se deslizaban por encima de su cuerpo.

En una habitación del segundo piso oyó voces y continuó por el pasillo, alejándose con rapidez. El sonido de una puerta al abrirse lo llevó a precipitarse en el primer cuarto que se le presentó y los pasos leves que se acercaban a su escondite lo forzaron a ocultarse en un armario que, para su desgracia, tenía las puertas de rejilla y no ofrecía demasiadas garantías de no ser descubierto, pero no había otro sitio donde meterse.

Se apretó contra la pared trasera y se quedó inmóvil, difuminándose en lo posible para evitar que alguien que entrase en el cuarto pudiera detectar su presencia.

Desde su escondrijo veía, una vez que sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra de las persianas semibajadas, la claridad del toldo a su derecha, al frente la cama de tamaño mediano, cubierta por una colcha de motivos africanos; a la izquierda la puerta, el tocador, la entrada al baño. Todo estaba en silencio. Por mucho que se esforzara, ya no conseguía oír los pasos que lo habían llevado a refugiarse allí.

Decidió esperar unos minutos más y luego seguir buscando el escondite perfecto.

En ese momento se abrió la puerta y entró una figura que hizo que todo el cuerpo de Nils se tensara como la cuerda de un arco. Hacía mucho que no lo había visto y, desde entonces, había cambiado tanto que estaba prácticamente irreconocible; sin embargo, el aura de locura y de peligro que irradiaba era tan grande, tan diferente de la de cualquier otro ser, que había sabido de inmediato de quién se trataba. No había en el mundo nadie como él.

Ahora, su delgadez era extrema y no se veía nada de su cuerpo, salvo las manos huesudas y fuertes, casi garras, que llevaba extendidas frente a él, como un ciego que teme tropezar en una casa desconocida. Iba totalmente cubierto por una túnica escarlata de seda tornasolada de negro, con una capucha que le tapaba el rostro y que llevaba horrendas asociaciones con la Muerte Roja como la había descrito Edgar

Allan Poe casi doscientos años atrás.

Pero no era la muerte roja. Era mucho peor. Era el *mahawk* rojo, el Shane. El más salvaje asesino que *karah* hubiera dado al mundo en sus ya miles de años de existencia. El peor psicópata que habían producido los clanes y que, por fortuna, no pertenecía al clan negro.

Sintió cómo todo en él se endurecía al verlo y deseó no tener que enfrentarse con él, no estar allí, no tener que respirar el mismo aire que él respiraba.

El Shane alzó la cabeza y, cerrando los ojos, olisqueó el aire como una alimaña. Notaba que alguien había estado recientemente en aquel cuarto; podía oler el sudor de la excitación mezclado con el pungente toque de otra emoción... ¿Desprecio? ¿Miedo? ¿Odio? Odio, seguramente. Todo su clan lo odiaba, y lo temía, por supuesto. Odio y terror eran las emociones básicas que debía despertar un *mahawk* entre los suyos. Sólo así podía controlarlos.

Estuvo a punto de echarse a reír. ¡Eran tan transparentes! Se creían lo mejor de lo mejor y no eran más que un puñado de niños jugando a mayores. Se creían sofisticados, sabios y despiadados, pero eran tan inocentes que daban risa.

Pronto dejarían de existir todos ellos. Y no sólo ellos: si sus planes salían bien, pronto dejarían de existir tanto *karah* como *haito*; él pasaría al otro lado y la tierra podría recuperarse lentamente y volver a ser un planeta de agua, de piedra, de fuego, sin rastro de los asquerosos gusanos que llevaban tanto tiempo contaminándolo.

La destrucción total estaba a su alcance. El *mahawk* negro, el que ahora llevaba el nombre de Imre Keller, se ocuparía de aniquilar a *karah*, a cambio de que él le solucionara la apertura de la puerta. De *haito* se ocuparía él mismo, con el virus más rápido y más letal que habían sintetizado los laboratorios que él financiaba y que, adecuadamente, se transmitía por el aire.

A pesar de todo, *karah* merecía un respeto especial; no podía permitir que murieran como cucarachas, que era el fin destinado a *haito*. *Karah* moriría honorablemente; conocía bien a Imre y sabía que haría todo lo necesario para preservar la dignidad de sus conclánidas.

Pero aún quedaba un largo camino hasta lograr la constelación necesaria para intentar abrir el portal y para conseguirlo tenía que dar aún muchos pasos: éste era el primero y, por tanto, un momento solemne.

Se acercó a la cama y, con un revuelo de manos, arrancó la colcha y dejó al descubierto las sábanas, blancas, frías, perfectamente planchadas. Retiró ambas con suavidad hasta dejar el colchón desnudo y entonces, como un prestidigitador, echó atrás las amplias mangas de la túnica y, con un ágil movimiento de muñeca, apareció entre sus dedos una cuchilla de afeitar, brillante, plateada, afiladísima.

El Shane la hizo destellar entre sus dedos y sonrió, felicitándose por su idea. Sería bonito, muy bonito.

Desde el fondo del armario, Nils trataba de comprender qué hacía la figura roja, pero estaba de espaldas a él y sólo podía imaginar que había sacado algo de un bolsillo, pero no veía qué era. Entonces se movió hacia el lateral de la cama y se dio cuenta de que se trataba de algo pequeño, brillante y posiblemente metálico por el destello que lanzó a la luz del sol que ya empezaba a teñirse de color melocotón.

Lentamente, con absoluta precisión, el Shane se inclinó sobre la cama y dejó plantada la cuchilla de manera que un filo se clavaba en el colchón y el otro quedaba hacia arriba.

Otro floreo de muñeca.

Otra cuchilla.

Y otra.

Y otra.

Poco a poco la cama empezaba a brillar con una hilera tras otra de resplandecientes filos de metal que el Shane colocaba a intervalos de tres centímetros, como macabras fichas de dominó sobre el colchón de la habitación de invitados.

—Vas a dormir bien, princesa —empezó a canturrear—. Linda, linda princesita del guisante, vas a dormir muy bien, en una cama carmesí, escarlata con tu sangre, si no eres quien yo espero.

Nils tenía las mandíbulas doloridas de tanto apretarlas y se clavaba las uñas en las palmas de las manos para contenerse y no lanzarse contra el Shane y retorcerle el cuello. Pero no le convenía hacerlo. Era mejor esperar hasta que se marchara y quedarse a descubrir en qué terminaba todo aquello. ¿Qué quería hacer aquel fantoche? ¿Para quién estaba preparando aquel lecho fatal?

Cuando hubo colocado la última cuchilla, el Shane quedó un instante admirando su obra. Era una de las que había decidido llamar «habilidades especiales», habilidades que le habían costado siglos de práctica y perfeccionamiento y que estaba seguro de que ninguno de sus conclánidas dominaba. Nadie habría sido capaz de hacer que el filo se sujetara de ese modo en el colchón.

—¡Qué fría belleza! ¡Qué perfección, Shane! —se dijo en voz baja, ahogada de admiración—. Eres un artista, siempre lo has sido. El único *karah* capaz de crear. Pronto veremos si lo merece, si ha valido la pena.

Cogió la sábana del suelo, la lanzó al aire y la dejó flotar, ingrávida, sobre la superficie deslumbrante de cuchillas, hasta que se posó delicadamente sobre ellas. Luego hizo un par de pases con las manos, igual que un mago que quiere convencer al público de que es capaz de hacer levitar a su asistente dormida, alisó la tela sin tocarla y colocó la sábana superior sobre la de abajo. Por último, dobló la colcha a los pies de la cama, como si una doncella hubiese dejado preparado el lecho para su invitada.

Ninguna *haito* ni ningún *karah* adivinarían las cuchillas bajo las sábanas. Si

alguien se dejaba caer sobre ellas, pronto se revolvería en un baño de su propia sangre, en una orgía de dolor. Si Aliena no era más que una vulgar *haito* entrometida, moriría entre espasmos y gritos de dolor que nadie acudiría a calmar.

Pero si resultaba ser quien él creía, entonces el legendario Sombra, caso de existir, sentiría el peligro y acudiría a salvarla, probando así la hipótesis del Shane. Y en ese caso, la muchacha tendría un papel en sus planes. Un papel fundamental.

—Te toca mover ficha, Sombra —dijo con un cloqueo—. Si estás con la princesa del guisante. Si existes. Pero ¿por qué no vas a existir, si ya hemos recibido la visita de un *urruahk*? ¡Presto! ¡Abracadabra! ¡Simsalabim! —Chasqueó los dedos, se abrazó fuerte palmeándose los hombros, dio un par de vueltas sobre sí mismo, se echó a reír y, dando un salto lateral con los dos pies, como un bailarín de musical, salió de la habitación en el mismo momento en que sonaba el timbre de la puerta.

»¡Ahhh! —dijo con un escalofrío de delicia—. Me apuesto el hígado a que se trata de la niña de mis sueños. Eres afortunado, Shane. Afortunado, afortunado. El baile puede empezar.

Cuando el Shane hubo salido del cuarto, lentamente, sin hacer ningún ruido, Nils se dejó resbalar por la pared del armario, y se quedó sentado en la penumbra, con la cabeza apoyada en las rodillas, planteándose qué hacer.

La habían hecho pasar al salón de la terraza inferior, el mismo que había sido escenario de la visita del *urruahk* no sabía exactamente cuándo, ya que ignoraba si su interludio en el desierto adonde la había llevado Sombra había durado horas, días o incluso meses. Todo estaba limpio, ordenado, perfecto; nada recordaba al paisaje de oscuro terror que ella tenía grabado en la mente.

Lena paseó la vista por la habitación, los diferentes niveles asimétricos que se alzaban por encima de la planta baja con sus barandillas de cristal que daban al salón o a la terraza de la piscina infinita, o a otros lugares de la villa en los que nunca había estado. Las enormes plantas de interior, las alfombras de tonos rojizos, las lámparas que, a pesar de la mezcla de estilos —las había de cristal de roca, de papel japonés, de metacrilato, de pergamino— creaban un conjunto armónico; los sofás blancos cubiertos de cojines de colores que jugaban con toda la gama del rojo. Era un lugar agradable que invitaba a relajarse y a disfrutar; sin embargo, había una crispación en el ambiente cuya procedencia no lograba explicarse porque el salón estaba desierto.

Siguió contemplando el cuarto, girando la cabeza a un lado y a otro con la inquietante sensación de que alguien, no sólo alguien, sino varios pares de ojos, la seguían desde diferentes escondrijos, como cuando en una película antigua alguien observa lo que sucede, oculto detrás de un cuadro, y los ojos se mueven y brillan si uno los mira. Pero allí no había ningún retrato; los pocos cuadros eran todos abstractos y de gran tamaño.

A su espalda oyó unos pasos. La hermana de Dominic iba a su encuentro con una

esplendorosa sonrisa, como si se conocieran de toda la vida y se alegrara inmensamente de verla. Llevaba una túnica corta, roja como su melena, que dejaba al descubierto unas piernas largas, muy morenas, y unas sandalias planas de cuero dorado. Si ella no hubiera sabido que los clánidas pueden desarrollar el esplendor y la belleza a voluntad, habría pensado que era la mujer más maravillosa que había visto en su vida, pero ahora sabía que Eleonora acababa de poner en marcha su encanto, como ella misma estaba aprendiendo a hacer y, por tanto, quedó mucho menos impresionada de lo que la hermana de Dominic había calculado.

—¡Lena! ¡Qué alegría! Gracias por venir a visitar a Clara. Le hacía mucha falta una amiga porque, según Gregor, el parto es inminente y su madre no podrá venir hasta pasado mañana. Llegas que ni caída del cielo. A todo esto... —Soltó una risotada cantarina—. Qué tonta estoy, no me he presentado. Soy Eleonora, la hermana de Dominic.

La abrazó con fuerza y le dio dos besos que parecían sinceros, a los que ella correspondió con el mismo entusiasmo, como si hubiera conseguido engañarla.

—Sí, lo sé.

Eleonora no pudo evitar una mueca de contrariedad o de suspicacia.

—¿Sí?

—Clara me enseñó fotos tuyas en Internet. Eres difícil de olvidar.

Ella volvió a reírse, coqueta.

—Sí, Clara también me ha hablado mucho de ti y ya te conocía por Facebook. Anda, ven. Te voy a enseñar tu cuarto y luego vamos a ver a Clara. Ha bajado con su médico a hacerse un control y ahora está descansando un poco.

—¿Mi cuarto?

—Clara me ha dicho que le gustaría que te quedaras unos días. Que la última vez que os visteis te dijo que no podías quedarte porque no sabía si a nosotros nos parecería bien y ahora sentía haber dejado que te fueras. Qué tontería, imagínate, pensar que a nosotros no nos gustaría que ella tuviera a su lado a su mejor amiga. Te quedarás, ¿verdad?

—Si ella quiere y si sirvo de algo, claro, pero tengo mis cosas en el hotel.

—Mandaré a alguien a recogerlas, no te preocupes. De momento te daré un camisón de los míos, hay un par de cosas básicas en el armario y el baño tiene de todo.

Subieron hasta el segundo piso. Eleonora abrió una puerta a la derecha y la dejó pasar delante.

—Es un cuarto muy sencillo, como ves, pero tienes lo necesario. Si te hace falta algo más, dímelo a mí o a cualquiera del personal de servicio. Queremos que te encuentres cómoda.

La cama estaba destapada ya, preparada para la noche, cosa que a Lena le pareció

rara porque todavía había sol.

—Gracias, no necesito nada. Sólo quiero ver a Clara.

—¿No quieres tumbarte un rato?

—No, gracias. No soy muy dada a hacer siestas y ya es bastante tarde.

—Entonces mejor bajamos ya, si te parece.

Desde el armario, Nils vio marcharse a las dos mujeres y lanzó un suspiro de alivio. Había estado a punto de salir cuando había oído las voces femeninas acercándose; apenas tuvo tiempo de volver a esconderse y ahora estaba agradecido de haberlo hecho porque eso había dado respuesta a la pregunta que no había dejado de plantearse desde que había visto al Shane fabricando la macabra obra de cuchillas.

Ahora sabía que aquello estaba pensado para Lena, y no iba a permitir que la asesinaran. El único problema era que su misión estaba muy clara y era absolutamente prioritaria: hacerse con el bebé en cuanto naciera.

Tendría que procurar que una cosa no interfiriera con la otra.

Eleonora no había dejado de hablar mientras bajaban la escalera, cruzaban el salón y volvían a subir otra escalera que llevaba al ala oeste. Le había explicado cosas de cuando construyeron la casa, proyectos para ampliar próximamente la cadena de hoteles con una serie de *lodges* en África, planes para el bebé... daba la sensación de que, por lo que fuera, no le parecía conveniente que se instalara un mínimo silencio entre ellas. Lena contestaba con monosílabos mientras trataba de fijarse bien en el laberíntico plano de la casa para poder orientarse si en algún momento tenía que recorrer aquellos pasillos y terrazas sin guía.

En uno de los descansillos, al pasar frente a un gran espejo que reflejaba los ficus del jardín, Eleonora se quedó mirándola otra vez con más intensidad de la que sería normal, y Lena se dio cuenta.

—Perdona que te mire así, pero es que me recuerdas a alguien y no consigo saber a quién. ¿Tienes hermanas mayores?

—No. Soy hija única.

—No me hagas caso. Ya me acordaré.

Entraron en una habitación iluminada por el sol de la tarde que ya había emprendido su carrera final hacia el horizonte. Clara, con los ojos abiertos de par en par, casi espantados, las miraba como si no diera crédito a lo que veía.

—Mira quién está aquí, Clara. ¿No es estupendo? Le acabo de enseñar su cuarto.

—No puede quedarse aquí —dijo Clara con una voz que Lena no le conocía, chillona, desagradable, como una uña rascando una pizarra—. Ya ha empezado.

—¿Cómo dices? —Eleonora parecía genuinamente perpleja, además de preocupada. Con el rabillo del ojo dirigió a Lena una mirada que parecía preguntar si ella también se había dado cuenta de que Clara parecía haberse vuelto loca.

—El parto. El tío Gregor me acaba de inyectar algo. Dice que conviene sacar al

niño cuanto antes. Me ha prometido buscar a Dominic, pero ya empiezo a notar cosas en la barriga y él no está.

Las dos se dieron cuenta de que estaba a punto de ponerse histérica.

—Voy a buscarlo. —Eleonora se dio la vuelta a toda velocidad y cerró tras de sí. Lena se acercó a su amiga y se acuclilló a su lado, cogiéndole la mano que Clara tenía engarfiada en el brazo del sillón.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

Clara negó con la cabeza.

—Aún no. Son sólo calambres muy fuertes, como cuando algo te ha sentado muy mal y sabes que vas a tener una diarrea espantosa. Pero tengo mucho miedo, Lena. Y necesito que venga Dominic.

—Estoy segura de que vendrá en seguida —mintió. No estaba segura de nada, y menos desde que había visto a los dos hermanos besándose en el bar de la plaza de Amalfi. En aquella familia o clan, o lo que fuera, pasaban cosas muy raras, pero sabía que no era el mejor momento para decirle a Clara lo que había visto con sus propios ojos. Ya habría tiempo más tarde si hacía falta. Ahora lo primordial era calmarla, para que pudiera concentrarse en lo que importaba—. No tengas miedo, Clara. Tu madre lo aguantó, la mía también; todas las mujeres son capaces de pasar por esto y superarlo. La naturaleza nos ha hecho para poder soportarlo.

Clara lanzó un gemido extraño, casi un gruñido de fiera y Lena sintió que se le aceleraba el corazón. Habría dado cualquier cosa por que estuviera allí la madre de su amiga y fuera ella la que se encargara de todo.

—¿Cada cuánto tiempo tienes las contracciones? ¿Quieres que lo controlemos con el reloj? —Lena no tenía la menor idea de para qué servía controlar la frecuencia de las contracciones, pero lo había visto en alguna película y le parecía fundamental que Clara tuviera algo en lo que concentrarse.

En ese momento se abrió de nuevo la puerta y entró Dominic con vaqueros rojos y camisa blanca, dirigiéndose directamente al sillón donde Clara le abría los brazos mientras las lágrimas, Lena pensó que de alivio, le corrían por las mejillas.

Él la tomó en brazos con una facilidad innatural y, sin una mirada atrás, empezó a bajar la escalera murmurándole palabras al oído. Lena echó a andar detrás de ellos hasta que llegaron al sótano, donde los esperaba el doctor Kaltenbrunn. Llevaba ropa de quirófano roja, aunque el delantal, la cofia y la mascarilla eran blancas. Con la mirada y un gesto de cabeza indicó a Dominic que no la llevara todavía a la silla paritoria, de modo que la depositó en una cama de hospital y la acomodó sobre una pila de cojines que le permitían estar casi sentada.

—El parto aún no puede estar muy avanzado —dijo el doctor—. Ahí estarás más cómoda hasta que llegue el momento. ¿No quieres ir a cambiarte, Dominic?

A Clara se le desorbitaron los ojos al darse cuenta de que él pensaba marcharse.

—Volverá muy pronto —añadió el doctor—. Tu amiga te acompañará mientras tanto. Tienes que comprender que es un momento glorioso para todo el clan rojo, Clara. Todos quieren estar presentes y todos visten según nuestras tradiciones milenarias.

—¿Y yo?

—Tú eres la parturienta. Debes estar desnuda.

Kaltenbrunn cogió unas tijeras enormes de la mesa del instrumental y se acercó a Clara, que había empezado a aullar como un animal.

—No me obligues a atarte, Clara. Intenta preservar la solemnidad del momento y tu propia dignidad.

—¡Nooooo! ¡Nooooo! —La muchacha gritaba sin apartar la vista de la mano que sostenía las tijeras.

En la mente de Lena destelló el recuerdo de Sombra en el hotel de París, cuando le cortó toda la ropa con unas tijeras más pequeñas que las que blandía Kaltenbrunn antes de afeitarse el vello púbico y raparle la cabeza. Era lo peor que le había pasado en la vida.

—¡No, doctor! —Se interpuso entre el hombre y su amiga—. Déjeme a mí. Yo la desnudaré. Por favor. Tranquila, Clara, ayúdame y será más fácil. A ver, primero la blusa... así... muy bien... Venga, es mejor así, hace mucho calor, estás sudando...

Prenda a prenda, fue quitándole la ropa hasta que quedó desnuda, gimiendo, con la cabeza vuelta hacia la pared del fondo.

—¿No puede ponerse un camisón de clínica? —preguntó Lena.

—No. Tiene que estar desnuda. Es así.

Pasó más de media hora en la que nadie dijo palabra, el silencio sólo roto por los gritos contenidos de Clara que iban aumentando de frecuencia y algún gruñido ocasional.

—¿No puede darle algún sedante, doctor?

El doctor Kaltenbrunn la miró con absoluto desprecio.

—Las hembras del clan rojo deben parir con naturalidad, con alegría, con el orgullo de traer al mundo a un nuevo miembro.

—Clara no es una hembra del clan rojo.

Extrañamente, el médico sonrió.

—Justamente. Ése es el problema. Para ser *haito* eres bastante lista.

—Es que quizá no sea *haito*. O no sólo, ¿verdad, niña? —dijo una voz aguda y rasposa a sus espaldas.

Lena se quedó mirando al ser que acababa de hablar en aquella sala, mezcla de quirófano, salón y habitación de hospital. También él era una mezcla de varias cosas: no sabía si era hombre o mujer, ni se notaba si era joven o viejo. Lo único que estaba claro era que estaba loco y que era peligroso, muy peligroso.

El pelo, corto y de color marfil, salvo las puntas intensamente rojas, se le disparaba en todas direcciones, como si acabara de recibir un choque eléctrico. Unas gafas de sol, pequeñas y de espejo, impedían que se le vieran los ojos. Iba vestido casi como un cardenal, como un príncipe de la Iglesia del siglo XVII o XVIII, con unas ropas magníficas, ampulosas, en diferentes tonos de fucsia y carmesí, con adornos blancos y dorados. Sobre el pecho, en lugar de una cruz, refulgía un medallón con *La trama de diamantes*, el mismo que ella llevaba debajo de la camiseta y el mismo símbolo tatuado en el cráneo, y que los demás, por fortuna, no podían ver.

Se quitó las gafas unos segundos para mirar a Lena fijamente, con la cabeza inclinada hacia la izquierda, como considerando qué hacer con ella. Tenía los ojos pintados de oscuro y una lengua fina, rosada y rápida como la de un reptil con la que se humedecía los labios estrechos y violentamente rojos. En la mano derecha llevaba un corto bastón de oro, como un cetro.

—¿Qué quieres decir, Shane? —preguntó Kaltenbrunn.

—Nada, nada. Cosas mías. A propósito, acaba de llegar la gente de la nueva empresa de seguridad. Los he dejado con el mayordomo para que les enseñe la casa. —Se acercó a la cama donde Clara se retorció tanto de dolor como de miedo, le apartó una rodilla con el bastón, se agachó y miró entre sus piernas—. ¡Ah, el origen de la vida! ¡El sumo misterio! —Se volvió hacia el médico—. ¿Falta mucho?

Kaltenbrunn se encogió de hombros.

—No es que dude de tus habilidades, Gregor, pero ¿no deberías tener una matrona, un equipo médico, por si acaso?

—Están en la sala de aquí al lado, esterilizados y listos, por si llegaran a ser necesarios. Si no, esta sala está insonorizada; se les pagará y se les despedirá cuando todo acabe. El jefe del equipo es un familiar nuestro.

La extraña figura hizo una reverencia irónica.

—Me inclino ante tu previsión, *medicus*. Y tú, niña, ¿eres consciente del honor que representa poder presenciar el nacimiento de un miembro del clan rojo después de trescientos dieciocho años?

Sin saber exactamente por qué, en lugar de contestar, Lena hizo una genuflexión e inclinó la cabeza, lo que pareció complacer sobremanera al Shane.

—Pero no puedes asistir al nacimiento vestida de ese modo. —Lena, que no sabía siquiera cómo iba vestida, se miró y se encontró bastante normal: los pantalones caqui de los mil bolsillos, una camiseta ya no muy blanca de manga corta, y deportivas—. Rojo, negro, blanco, azul —recitó el Shane como si fuera un conjuro—. Ésos son los únicos colores. Elige un color.

—Blanco —contestó antes incluso de pensarlo.

—¿Estás segura? —La pregunta llevaba una intención que Lena no conseguía

descifrar por completo. Estaba claro que aquel individuo sabía algo más que los otros sobre ella, pero no tenía manera de saber qué ni de qué modo podía haberlo averiguado. ¿Era siquiera imaginable que su propia madre lo hubiera informado de algo antes de morir? Le vino a la mente lo que le decía ella a veces —«mi niña blanca y negra»—, las instrucciones para volver a casa, las canciones misteriosas que la habían acompañado toda su vida. Decidió probar porque, si aquel ser al que llamaban el Shane no sabía nada, daba igual la respuesta. Y si sabía, estaría esperando eso y quizá más adelante le contara cosas que necesitaba saber. Por si era una prueba, contestó:

—O negro. Pero preferiría blanco.

—Sea. ¿Habéis oído?

Las dos mujeres que acababan de llegar asintieron con la cabeza y una de ellas se dio la vuelta y se marchó de nuevo. La otra, una dama muy hermosa de cabello negro con tocado de plumas rojo oscuro con diamantes y rubíes, vestida de seda escarlata como para un baile en el palacio de Sissi, se la quedó mirando fijamente.

—Tiene razón Eleonora —murmuró—. A mí también me recuerdas a alguien.

En los siguientes minutos fueron entrando en la sala los miembros restantes del clan rojo, que Lena no conocía, todos ataviados como para un baile de máscaras temático: Barroco sangriento. Un hombre macizo, de mediana edad, parecía una versión carmesí de Enrique VIII de Inglaterra. Eleonora estaba deslumbrante con un traje de brocado rojo oscuro bordado en oro, de amplia falda y corsé apretado, con un cierto toque entre gótico y victoriano; Dominic casi irreconocible en una levita de color burdeos con chaleco granate y negro y una camisa de un tono apenas rosado de cuello de lazo, con gemelos de rubí, como un caballero de la época romántica.

No era realmente un carnaval temático; fijándose, uno se daba cuenta de que todos llevaban ropas de diseño antiguo, pero cada uno de una época distinta, y todos, en lugar de parecer disfrazados, daban la sensación de estar vestidos cómodamente, del modo que más agradable le resultaba a cada uno de ellos. Sedas, brocados, terciopelos, joyas de oro y rubíes... todo absolutamente incongruente con el quirófano en el que se encontraban, con sus superficies metálicas y sus telas blancas y verdes.

Clara, tensa, sudada y silenciosa, gritaba de vez en cuando sin que nadie le hiciera el menor caso. Lena la tenía cogida de la mano y, cada vez que su amiga sufría una contracción, temía que le rompiera un dedo. No parecía que los demás oyeran sus quejidos ni que les preocupara lo que le estaba sucediendo. Se limitaban a ir poniendo velas y candelabros por todas partes como en una película de terror.

Al cabo de unos momentos volvió la mujer a la que el Shane había enviado a buscar ropa para ella con un vestido blanco sobre el brazo. Desde la puerta la llamó con un gesto y no tuvo más remedio que soltarse de la mano de Clara y,

prometiéndole volver de inmediato, salió del quirófano.

En silencio, la mujer de terciopelo rojo le tendió unas ropas y le abrió la puerta de un cuarto de baño contiguo: un sencillo vestido blanco de satén, casi como un traje de novia de inspiración medieval, con mangas de hada. Una greca negra de hipogrifos y dragones adornaba el escote, los bajos del vestido y el dobladillo de las mangas. El espejo le devolvía su imagen, como la de una dama del unicornio, una *Lady of Shalott* moderna; pero ella no pensaba limitarse a ver el mundo a través de su reflejo.

Dobló cuidadosamente su ropa pensando que no le gustaba la idea de dejar allí todo lo que contenían los diferentes bolsillos de su pantalón y al final sacó el lápiz de memoria y se lo metió en el lateral izquierdo del sujetador; en el derecho llevaba ya el medallón de diamantes falsos que no se había quitado desde que *oncle Joseph* y *Chrystelle* se lo habían entregado en París.

Cuando volvió al paritorio, Clara había sido trasladada a la silla. Sus piernas abiertas y su pubis afeitado permitían ver con claridad la dilatación de la vagina por la que ya se adivinaba la cabecita del bebé.

Los clánidas habían encendido las velas, que estaban por todas partes, y contemplaban en silencio, como hipnotizados, el desarrollo del nacimiento. Eleonora se había colocado detrás de la parturienta, sentada en una silla alta, y sus piernas, también abiertas, flanqueaban la cabeza de la muchacha que gemía, gruñía y aullaba con cada contracción. Ahora eran tan frecuentes que casi no tenía tiempo para recuperarse de una a otra y apenas parecía oír o comprender las indicaciones que el médico le daba.

Además de extraño, había algo teatral, truculento, en la postura de Eleonora, como si se tratara de un acto simbólico que Lena no conseguía descifrar.

Dominic, a la izquierda de Clara, le daba la mano fuertemente mientras, sin que ella lo notara, daba la otra mano a Eleonora.

Lena se mordía los labios sin comprender qué estaba pasando, pero le parecía no sólo una traición, sino un mal gusto espantoso lo que estaba haciendo Dominic, que miraba alternativamente a su mujer y a su hermana como si las dos tuvieran la misma importancia, como si no fuera su mujer la que estaba sufriendo aquellos espantosos dolores para dar a luz al hijo de los dos. Clara, sin embargo, sólo tenía ojos para Dominic.

Había refrigeración en la sala, pero las velas y la respiración de los presentes, junto con las pesadas vestiduras, hacían que todos estuvieran sudorosos.

—¡Vamos, Clara! —gritó Kaltenbrunn al cabo de un tiempo que a Lena se le hizo eterno—. ¡Ahora! ¡Empuja ahora! ¡Otra vez! ¡Ahora!

—Vamos, princesa, ánimo; ya casi ha terminado todo —dijo Dominic mirándola fijamente.

Clara se sentía a punto de desmayarse y, si hubiera podido hacerlo

conscientemente, no habría dudado un instante. Jamás había imaginado que algo pudiera doler de esa manera.

Echaba mucho de menos a su madre, que le había prometido llegar a tiempo para el parto y ahora, según le habían dicho, estaba detenida en el aeropuerto de Roma por una huelga imprevista. Y el tener que pasar por una cosa así rodeada de desconocidos vestidos como para un baile de máscaras en lugar de estar sola con Dominic y su madre añadía a los dolores un elemento espantoso de terror.

No entendía nada. No entendía qué hacían todos allí, por qué se habían disfrazado de ese modo, por qué la miraban sin ninguna expresión, con esa mirada de reptil. Le daba miedo aquel hombre de las gafas de espejo vestido de cardenal que la contemplaba con una mueca de desagrado, como si ella fuera un gusano que alguien hubiera aplastado al pasar.

Gritó de nuevo sin poder evitarlo y dio un violento apretón a la mano de Dominic. Dolía. Dolía horriblemente.

Le daban miedo el otro hombre y las dos mujeres que observaban su sufrimiento con total frialdad. No conseguía comprender qué hacía Eleonora a su espalda. Primero había pensado que iba a abrazarla por detrás, para darle ánimos; pero no la tocaba. Se limitaba a estar allí, en silencio. Ella sentía su presencia detrás de la silla paritoria y si los espasmos que sufría le hubieran concedido un respiro se habría dado la vuelta para ver qué estaba haciendo.

Pero el dolor casi no la dejaba pensar.

Por fortuna, Dominic estaba a su lado, animándola, apretándole la mano, como ella había imaginado siempre que haría cuando llegara el momento. Y Lena también estaba. La única que vestía de blanco en aquella reunión de fantasmas rojos. Se veía que también ella estaba asustada. Tenía la frente sudada, los pómulos se le marcaban bajo las ojeras; sus ojos brillaban afiebrados, como cuentas de vidrio, traspasándola.

Intentó sonreírle, pero en ese momento el dolor le quitó el aliento.

Las contracciones ya no le daban respiro. Se sucedían como olas de un mar embravecido y sentía la cabeza de su hijo abriéndose paso entre sus piernas, rompiéndola, desgarrándola.

—Vamos, Clara, un poco más, ya casi está. —La voz de Dominic, lejana, como si llegara desde el fondo de un barranco muy profundo por donde pasara un río revuelto, trizando el fragor de sus aguas en ecos que se repitieran entre sus paredes de roca.

—¡Clara! ¡Ahora! ¡Empuja ahora! ¡Otra vez! ¡Ahora! —La voz del tío Gregor, perentoria, una voz que no podía desoír.

—¡Ahhhhh!

Con un supremo esfuerzo empujó como le ordenaban y, de un segundo a otro, algo se escurrió entre sus piernas dejándola de golpe vacía y aliviada; tanto, que estuvo a punto de perder la conciencia. Cerró los ojos, agradecida, y sonrió. El dolor

había cesado. No sabía si volvería a doler, pero de momento había cesado. Y el niño estaba en el mundo. El tío Gregor acababa de levantarlo, diminuto y ensangrentado pero vivo, con los ojos oscurísimos abiertos, brillantes, clavados en los de ella.

—¿Está bien? —jadeó—. ¿Está sano? Dámelo, por favor, dámelo, déjame que lo abrace.

Sin contestarle ni reaccionar a sus preguntas de ningún modo, las manos del médico levantaron al bebé a la vista de todos los clánidas, que rompieron a aplaudir como transfigurados al ver la forma diminuta del más joven de la familia.

—Bienvenido a tu clan, Arek —dijo Gregor Kaltenbrunn con la voz más dulce que tanto Clara como Lena le habían oído jamás—. Bienvenido a la tierra. —Cortó el cordón umbilical, lo envolvió en un paño tan rojo como la misma sangre que lo cubría y se lo pasó a Dominic con una sonrisa.

Éste lo miró unos instantes, fascinado, con los ojos húmedos.

—Dámelo, Dominic, dame al niño —gimió Clara, alzando los brazos—. Déjame cogerlo, por favor.

—Bienvenido, Arek —dijo solemnemente, sin reaccionar a lo que Clara le estaba pidiendo—. Yo soy tu padre. —Lo besó en la frente y, levantándolo, pasó el bebé a Eleonora, que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Y ésta es tu madre —añadió.

Lena lanzó un grito sin darse cuenta.

La expresión de horror de Clara era como la de una estatua de piedra. No conseguía pronunciar palabra aunque había abierto la boca para gritar. Pero Lena, su amiga de siempre, estaba hablando por ella.

—¿Quéee? ¿Cómo que su madre? ¡Su madre es Clara!

Todos se volvieron hacia ella, inexpresivos.

—Clara no puede ser su madre —dijo el hombre desconocido para Lena, el que parecía un antiguo rey inglés—. Esa muchacha es *haito*.

Las dos amigas se miraron, totalmente perplejas.

—Pero... pero... Eleonora y Dominic son hermanos —consiguió decir Lena.

Dominic ayudó a Eleonora a bajar de la silla alta donde había estado sentada durante el parto, cambiaron una mirada, sonrientes, Eleonora abrazando fuerte al bebé, y miraron a Lena, que se había quedado de piedra.

—No —dijo Dominic pasando su brazo por los hombros de la mujer en un gesto tan posesivo como protector—. Eleonora es mi esposa.

Desde la silla paritoria, donde había empezado a sentir de nuevo las contracciones que le permitirían expulsar la placenta, Clara gritó como un animal herido.

—¿Qué dices? ¿Tu esposa? ¡Tu esposa soy yo! ¡Te acabo de dar un hijo! —Estaba fuera de sí. Sentía un rugido en los oídos y un velo rojo había empezado a nublarle la vista—. ¡Dame a mi hijo! ¡Quiero tenerlo yo! ¡No quiero que lo tenga Eleonora! ¡Dámelo!

Nadie pareció sentirse afectado por los gritos desesperados de la muchacha.

—¿Y Clara? —preguntó Lena con un hilo de voz—. Si Eleonora es tu mujer, ¿qué es Clara?

—La *haito* que nos ha dado un hijo, que ha dado un hijo al clan rojo. Le estamos muy agradecidos.

—Entonces, ¿todo era mentira? ¿Nunca la has querido? —A pesar de que Lena siempre había detestado a Dominic sin saber por qué, no conseguía aceptar que estuviera diciendo de verdad que todo había sido una farsa para conseguir tener un hijo.

—No seas absurda, ¿cómo iba a quererla? Soy *karah*. Ella no es más que... —Era evidente que estaba a punto de decir que no era más que una humana común, como si hubiera dicho que no era más que un animal, pero no terminó la frase, quizá para no ofender a Lena, ya que el Shane parecía tener interés en ella—. En fin... —Paseó la vista por los reunidos como buscando confirmación—. ¿No comprendes? La he tratado bien, le he dado todo lo que sabía que podía gustarle, me he preocupado por su bienestar y su seguridad. ¿Qué más esperabas, estúpida?

Eleonora había bajado de la silla y mientras hablaban se había ido alejando hacia el fondo, donde iban a cortar el cordón umbilical de Arek, para después lavarlo y vestirlo.

Clara seguía el diálogo de Dominic y Lena como algo que estuviera sucediendo en un lugar muy lejano, en una lengua incomprensible. Sentía la sangre deslizarse entre sus muslos y una pulsación caliente y constante en alguna parte de su bajo vientre. No podía aceptar que todo aquello estuviera sucediendo de verdad, en su propia vida. ¿Estaba diciendo Dominic que nunca la había querido, que todo había sido una farsa para quitarle a su bebé? ¿Dominic, su Dominic, el hombre de su vida, el padre de su hijo, estaba diciendo que todo había sido mentira, una mentira para tenerla contenta mientras ella les daba lo único que querían y que, aparte de eso, no la consideraban más que basura? No era posible. Dominic la quería. No podía hacerle una cosa así. Tenía que tratarse de un error. No comprendía bien lo que estaba pasando. Estaba a punto de desmayarse. Tenía que dejar que Lena hablara por ella, que lo entendiera todo para poder explicárselo después, cuando volviera a tener fuerzas, cuando volviera a despertar del sopor en el que estaba cayendo.

Necesitaba dormir. Tenía que descansar. Estaba agotada. Cuando despertara, se daría cuenta de que todo había sido un mal sueño, una pesadilla. Dominic la abrazaría, le llevaría a Arek lavado y perfumado y ella podría ponérselo en el pecho y ser feliz.

Y luego empezaría su vida de verdad. Se iría con él a recorrer el mundo. Conocería todos los lugares en los que había soñado. Irían a Nueva York, a Shanghai, a París. Le compraría ropita al niño, y todos los juguetes que quisiera. Volvería a

hacer el amor con Dominic, como aquella noche en Roma, mientras Eleonora cuidaba de su sobrino.

No podía ser verdad esa imagen que tenía delante de los ojos: Dominic abrazando a Eleonora, Arek entre los dos; el clan rojo rodeándolos, apoyándolos, ignorando su presencia, su sufrimiento. Como si no estuviera allí. Como si ya no importara. Como si no fuera más que un objeto de usar y tirar.

Las lágrimas empezaron a brotar como una fuente, quemantes, un reguero de fuego que cruzaba sus mejillas y se derramaba por sus pechos hinchados, por su cuerpo desnudo y enflaquecido.

—¡Mamá! —empezó a llamar muy bajito, entre los sollozos que la sacudían—. ¡Mamá! ¡Ven, mamá!

No le importaba a nadie. Quería morir, sólo quería morir y descansar.

Lena miraba uno tras otro a los miembros del clan rojo que rodeaban a Dominic y a Eleonora tratando de asimilar lo que Dominic acababa de decirle, tratando de amortiguar el shock. En alguna parte en su interior sabía que tendría que estar abrazando a Clara, consolándola por lo que le estaba haciendo aquella gente, que era mucho más doloroso incluso que el parto por el que acababa de pasar, pero tenía que saberlo todo, tenía que conseguir una respuesta a sus preguntas. Ya tendría tiempo de consolar a Clara cuando logaran salir de allí.

—Entonces ¿todo ha sido mentira? —preguntó de nuevo Lena para convencerse de lo terrible de la respuesta a base de repetición—. ¿Desde el principio lo único que buscabais era el niño?

—Lógicamente —contestó Eleonora, como si fuera lo más natural del universo, mientras los otros se limitaban a asentir con la cabeza—. ¿No pensarías que Nico podría enamorarse de una *haito*?

Detrás de ella, Clara había empezado a sollozar.

—Sois unos hijos de puta —escupió Lena.

Mientras su amiga se enfrentaba con el clan rojo en pleno, Clara lloraba cada vez con más intensidad, como si algo en su interior estuviera a punto de desgarrarse. Si hubiera sido capaz, se habría levantado de aquella silla monstruosa donde le habían atado las piernas y habría huido para no volver jamás; pero no podía moverse y sólo podía confiar en que Lena consiguiera sacarla de allí y llevarla a algún lugar donde pudiera dar rienda suelta a todo el dolor y la desesperación que la llenaban.

No se sentía con fuerzas para hablar, de modo que empezó a llorar más alto con la esperanza de que Lena se volviera hacia ella y comprendiera con una mirada que lo único que quería era salir de allí, pero su amiga estaba casi de espaldas a ella, enfrentada a Dominic y a Eleonora, que se hallaban detrás de la silla paritoria en una zona donde no los podía ver.

Nadie parecía percatarse de sus sollozos, de su presencia, de su dolor, salvo el tío

Gregor que en ese momento intercambió con ella su mirada fría y se le acercó. ¿Iba a ponerle un sedante, como tantas otras veces? ¿Una inyección para que en unos minutos todo volviera a estar bien?

No. Ahora no quería un sedante. Sólo quería que la desataran, que Lena la ayudara a ponerse de pie y que las dejaran salir de allí, incluso dejando a Arek con ellos, al menos de momento, porque nunca le permitirían llevarse a su hijo por las buenas.

Si conseguían salir de allí, ya pensarían después qué hacer.

El tío Gregor se inclinó sobre ella, le puso una mano bajo la nuca y cuando le levantó la cabeza para sacar la almohada caliente y empapada de sudor en la que había estado apoyándose sintió un alivio inmediato.

Entonces, sin cambiar mínimamente de expresión, la dejó caer sobre su cara y apoyó las dos manos sobre la almohada con todas sus fuerzas.

Por un segundo, Clara no supo interpretar la situación. ¿Iba a asfixiarla? ¿La estaba matando?

Intentó gritar, pero la almohada ahogaba sus sollozos y sus gritos; la fuerza de sus brazos no era bastante para luchar contra el médico; sus piernas seguían atadas y sus ojos se habían cerrado al contacto con la tela.

Comprendió que iba a morir. Los colores empezaron a destellar tras sus párpados, en medio de la negrura, sus pulmones saltaban en su pecho rebelándose ante la falta de oxígeno, sus manos palmoteaban en el vacío buscando en vano un cuerpo donde clavar las uñas para defenderse.

No podía morir aún. No tenía más que dieciocho años y medio. Nadie se muere a los dieciocho años cuando tiene toda la vida por delante.

Vio pasar imágenes brillantes, bellísimas, que atravesaban su mente con rapidez y, sin embargo, era capaz de apreciar con todo detalle: ella, de pequeña, cogida de las manos de sus padres, cuando la llevaban al mercadito de Navidad, lleno de luces, de música y de olor a buñuelos y algodón de azúcar; Lena a los diez años, en camisón, las dos juntas viendo una película de dibujos en la cama, partidas de risa; el brillo en los ojos de Dominic en el baile, su sonrisa, las rosas rojas apretadas contra su vestido negro mientras la llevaba a casa; la maravillosa escultura de Bernini en Villa Borghese, el aliento de Dominic en su oído, la transformación de Daphne convirtiéndose en laurel; Dominic y Eleonora, como un rey y una reina de cuento, maléficos, vestidos de rojo, abrazando a Arek.

Luego una luz muy blanca, muy brillante, arrastrándola hacia arriba. Una última imagen de su propio cuerpo desnudo, enflaquecido, sudoroso y sangriento, desmadejado en la silla metálica. El eco de la voz de Lena haciendo una pregunta, perdiéndose, perdiendo importancia, perdiendo sentido mientras ella se desligaba de todo y se dejaba ir flotando como un globo que se ha soltado de la mano de un niño,

flotando ligera y sin dolor en una brisa suave que la llevaba lejos de allí, arrastrada por una agua tibia y transparente hacia el mar azul.

—¿Qué va a pasar ahora con Clara? —preguntó Lena al clan rojo en general. Se sentía mareada, a punto de vomitar. Sólo quería marcharse de allí llevándose a Clara para que pudiera descansar.

La respuesta le llegó desde detrás, del extraño ser vestido de cardenal.

—Le entregaremos su cuerpo a su madre para que la entierre, o la incinere o lo que haga *haito* con los cadáveres en su región de origen.

Lena se volvió hacia la voz. Tanto el Shane como el hombre y las dos mujeres miraban con absoluta indiferencia al médico que en ese mismo momento estaba retirando del rostro de Clara la almohada con la que acababa de asfixiarla. Lena no se había dado cuenta de nada porque había estado tratando de conseguir respuestas de Dominic, y ahora era tarde.

—¡Noooo! —gritó, abalanzándose sobre la forma inerte de la que había sido su mejor amiga.

Todos la miraron sin intervenir mientras ella intentaba darle un masaje cardíaco y hacerle la respiración boca a boca hasta que al cabo de unos minutos una de las mujeres se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Déjalo ya, Aliena. Ha muerto, ¿no lo ves?

Con la cara deformada por el agotamiento y la rabia, Lena chilló:

—¡No ha muerto! ¡La habéis asesinado!

Sin calcular ningún tipo de consecuencias agarró unas tijeras de la mesa del instrumental y se lanzó contra Dominic en un ataque a ciegas. Un segundo después se las había clavado a la altura de los riñones y las estaba sacando para asestar otro golpe cuando los dos hombres la agarraron fuertemente entre ambos en una presa inmovilizadora mientras el médico se agachaba junto al herido.

—Ha habido suerte —comentó sin darle demasiada importancia—. No es grave. Sanará pronto.

Lena seguía debatiéndose entre los dos clánidas gritando insultos mientras por dentro sentía una furia volcánica que iba convirtiéndose en algo inmenso y, paradójicamente, helado. Algo que, de un modo extraño, le permitía pensar en medio de las emociones desatadas en su interior.

Quería destruirlos a todos, hacerles pagar lo que le habían hecho a Clara. Sentía con absoluta claridad que si tuviera una arma de fuego sería capaz de matarlos a todos, pero sabía que por el momento no debía intentar hacer nada contra ellos. El clan rojo aún no sabía quién era ella. Si demostraba algún tipo de fuerza especial no la dejarían salir de allí. Eran muchos contra ella. Tenía que fingir que no era más que la amiga de Clara. No era el momento adecuado para intentar vengarse. Tendría que esperar. Sombra le había enseñado muchas cosas. Buscaría algo que pudiera ser una

arma. Les devolvería el golpe donde más les doliera; antes o después, pero les devolvería el daño que habían hecho. Pagarían por la vida de Clara. Antes o después.

Se sacudió aún entre los hombres que la sujetaban. Aunque había decidido aplazar el golpe, su cuerpo se negaba a calmarse, su garganta seguía queriendo gritar.

—Vamos a dejarnos de teatro —zanjó el Shane con su voz de cristales rotos—. Vete a tu cuarto, Aliena. Necesitas descansar. Trata de dormir un poco; te necesito lúcida. Subiré a verte luego y hablaremos. Si eres quien yo creo, hablaremos. Si no... —Hizo un gesto con las palmas de las manos hacia arriba—. Vete ahora. Ya se verá. Cuando Arek esté presentable, el clan rojo se reunirá en el salón de la torre para la ceremonia —terminó, dirigiéndose a los demás.

La soltaron en la misma puerta del quirófano, obligándola a salir sin una última mirada al cadáver de Clara que ahora quedaba oculto tras la barrera de los clánidas rojos. Lo último que recordaba de ella eran sus ojos espantados mirándola sin comprender cuando Dominic confesó que nunca la había querido. Si se hubiera vuelto antes hacia ella, en lugar de enfrentarse a él y a Eleonora, habría podido salvar a su amiga.

O tal vez no. ¿Cómo habría podido salvarla contra seis miembros del clan rojo? El destino de Clara había quedado sellado en el momento en que se enamoró de Dominic. Y ella siempre lo había sabido. Lo había sabido y no había podido hacer nada contra aquello.

Con el vestido blanco y negro manchado de la sangre de su amiga, Lena subió lentamente la escalera, como un juguete de cuerda, tratando de no pensar, de no sentir. Los sentimientos no podían ayudarla ni a superar el shock ni a hacer planes de futuro, y de momento tampoco era capaz de pensar con claridad.

Tenía razón aquel monstruo rojo. Necesitaba descansar. Pero sabía que no le sería posible. La rabia, incluso esa rabia helada que había descubierto en su interior, seguía bombeando adrenalina sin permitirle reposo, de manera que tendría que recurrir a las rutinas que la habían ayudado toda su vida: primero se daría una ducha caliente y luego se obligaría a pensar hasta urdir un plan viable para cumplir sus objetivos más inmediatos.

Aún no podía vengarse de ellos, pero acababa de decidir que lo primero era quitarle al clan rojo el hijo de su amiga. Si algo les iba a doler de momento era precisamente eso: quitarles a Arek y esconderlo donde nadie lo pudiera encontrar. Luego ya pensaría otra cosa. Una cosa tras otra. Metódicamente. Paso a paso. Con frialdad.

Sobrevivir.

Raptar a Arek.

Escapar.

Ocultarse.

En ese orden.

De manera que ahora tenía que hacer un plan, a pesar de que las estúpidas lágrimas se empeñaban en velarle la vista y los sollozos casi no la dejaban respirar.

Y el último punto del plan, aunque tuviera que esperar toda la vida.

Vengar a Clara. Vengarse.

Hacía unos minutos Max había recibido otro SMS de Daniel en el que le informaba de que acababa de llegar un nuevo equipo de guardias de seguridad y que estaban desplegándose por el perímetro de la finca. Se lo temía, pero de todas formas le fastidiaba que hubieran ido tan rápido; de ese modo salir de Villa Lichtenberg sería más difícil y bastante más peligroso.

De momento, lo primero era abandonar su escondrijo, ver cómo estaba la situación en la casa y tratar de calcular cuánto tiempo podía faltar para el nacimiento. Pero antes tendría que cambiarse de ropa. Por suerte, había contado con la posibilidad de que sustituyeran al equipo de seguridad y había ido preparado.

Sacó de la mochila unas calzas de color burdeos y un paletó de la misma tela con adornos en negro. Se puso una camisa blanca, unos calcetines altos rosados, como las medias de los toreros, y luego las calzas y el paletó que se cerró hasta el último corchete, dejando fuera el lazo de la camisa. Cambió sus deportivas por unos zapatos negros con hebilla de plata y cubrió su cabeza con una corta peluca gris a la moda del siglo XVIII. Quizá ese detalle fuera excesivo, pero era mejor tener de más que echar de menos.

Lógicamente, considerando los pocos miembros que formaban el clan rojo, cualquiera de ellos se daría cuenta de inmediato de que él no pertenecía al clan, pero la gente de seguridad lo tomaría por uno de la familia, al menos el tiempo suficiente para desaparecer con el bebé, como le habían encargado Albert y Emma antes de marcharse de Chambord. Para el clan blanco era fundamental hacerse con el nexo desde el primer momento, según le habían dicho.

Salió sigilosamente del pequeño trastero donde había estado escondido y se detuvo en el arranque de la escalera, tratando de juzgar por el oído si podía contar con encontrarse a alguien en el descenso. No se oía nada, de modo que cabía la posibilidad de que todos ellos estuvieran reunidos en algún lugar, quizá presenciando el nacimiento. ¿Dónde? En el sótano, con toda probabilidad.

Empezó a bajar la escalera de la torre, con cuidado pero sin gran preocupación, hasta el nivel donde el torreón comunicaba con la primera altura de la construcción moderna. Dejando atrás los gruesos muros de piedra, salió a un amplio pasillo lleno de luz porque las dos paredes eran de cristal. Desde el exterior nadie podía verlo, mientras que él veía con toda claridad al tipo del fusil que cubría la puerta principal. La luz era intensamente roja y pronto daría paso a la hora azul, con lo cual, una vez encendidas las luces de la casa, todo se invertiría: él no vería el exterior y los guardias

lo verían con todo detalle. Tenía que darse prisa en desaparecer de allí.

Llegó hasta el final del pasillo que desembocaba en una terraza interior desde la que se dominaba parte de la escalera y el salón de la planta baja. A su derecha y a su izquierda se abrían pasillos con puertas cerradas de madera clara, dormitorios probablemente.

El silencio continuaba. No había una alma a la vista, como si hubieran desaparecido todos en el tiempo que él llevaba escondido en la torre. La luz escarlata llenaba los espacios con una sensación de atardecer que cosquilleaba los nervios con la idea de que había que darse prisa, de que pronto llegaría la noche y el tiempo se acababa.

¿Dónde estaría Lena? Esperaba que estuviera bien y Sombra la protegiera en caso de necesidad. Hacía tantos meses que no la había visto que a veces se descubría pasando las fotos del móvil para volver a asegurarse de que existía.

Él siempre había sabido que en algún momento su vida se saldría de los márgenes que se había construido y que el tren de su rutina tendría necesariamente que descarrilar, pero, con la tendencia básica de los seres humanos a cerrar los ojos y autoengañarse, había conseguido creer que aún le quedaba mucho tiempo, que aún podía disfrutar de varios años de bendita paz.

Luego había venido lo de Bianca y muy poco después también Lena había desaparecido de su vida.

Se odiaba a sí mismo por referirse a la muerte, al asesinato de su mujer, con «lo de Bianca», pero ambos se habían entrenado desde el primer momento para no dramatizar las cosas innecesariamente. Los dos habían sabido siempre que el tiempo que estuvieran juntos sería un regalo, no un derecho. Y él había estado dispuesto a todo para disfrutar de ese regalo. Había aceptado todas las condiciones, todos los secretos, todos los peligros. Había aprendido a luchar, a disparar, a escalar, a defenderse de todas las formas posibles para poder también defender a Lena y servir al clan blanco en calidad de familiar, aunque casi no lo habían usado nunca a lo largo de los años que Bianca había pasado escondida en Tirol, fingiendo ser una mujer normal, con su marido y su hija, mientras él seguía entrenándose para estar siempre dispuesto a lo que hiciera falta.

Y ahora ella estaba muerta, él tenía una misión que cumplir y Lena estaba aprendiendo a defenderse sola y quizá a ser algo distinto de lo que él siempre había esperado. Bianca nunca le había contado mucho del futuro que preveía para Lena; y él, acostumbrado a los secretos, lo había aceptado sin preguntas. Esperaba que ella supiera más y, sobre todo, que supiera protegerse.

No tenía la menor idea de qué hacía ella también en Villa Lichtenberg, para qué había ido allí, qué pretendía conseguir. Que él supiera, aunque podía equivocarse, los clanes no se mezclaban más que en contadas ocasiones, y una muchacha del clan

blanco no tenía por qué ser bien recibida por el clan rojo, especialmente en un momento crucial para su supervivencia, el momento de recibir a un nuevo miembro.

Como convocada por sus pensamientos, vio a Lena, vestida con un largo traje blanco manchado de sangre al pie de la escalera, dos pisos por debajo de donde él se encontraba, y el corazón le dio un vuelco. Lena. Sangre. ¿Estaba herida su pequeña?

Resistió el impulso de precipitarse hacia ella y la observó durante unos segundos. No. No parecía estar herida, aunque subía muy lentamente y poco a poco, conforme se acercaba a donde estaba él, podía ver por su expresión vacía y la intensísima palidez de su rostro que acababa de sufrir un terrible shock.

Esperó hasta que llegó al descansillo, a apenas tres metros, y la vio torcer a la izquierda, detenerse frente a la tercera puerta y apoyarse en la manivela dorada. Entró en el cuarto y él se plantó en un par de pasos delante de la puerta por donde ella había desaparecido. Pegó la oreja a la madera tratando de escuchar para saber si había alguien esperándola dentro. No le convenía en absoluto que lo descubrieran en ese momento, pero tampoco podía dejar a su hija abandonada después de haberla visto en ese estado.

No se oía nada. Conociéndola, y si estaba sola, se habría metido directamente en el baño y se estaría dando una ducha. Dudó unos instantes. Desde el salón de abajo empezaba a llegar rumor de voces excitadas. Había sucedido algo y todos se estaban reuniendo, comentando entre risas, se oía tintineo de cristales, copas que entrechocaban. Era más que probable que hubiera nacido la criatura que esperaban y entonces su deber era tratar de llegar hasta allí y hacerse con ella. Pero su deber de padre era más fuerte. Tenía que asegurarse de que Lena estuviera bien.

Apretó la manija de la puerta y, esperando que no chirriara, abrió la hoja despacio, tratando de ver algo en el interior de la habitación de donde ya había huido el último sol dejando sólo un resplandor rosado que iba volviéndose lila. La cama estaba abierta, como si Lena hubiera quitado la colcha ya para tumbarse un rato. Ella estaba de espaldas a la puerta, desnudándose y llorando.

La había visto y oído llorar tantas veces en la vida y por tantas razones que sabía perfectamente que el movimiento de sus hombros y sus escápulas indicaba que estaba sollozando, aunque trataba de no hacer demasiado ruido; la frecuencia y el tono de los sollozos dejaba claro que era algo muy serio, algo que le dolía en lo más profundo del corazón.

Lloraba como él la había visto llorar en tantas ocasiones desde la muerte de su madre: con incompreensión, con desesperación, con una total impotencia. Y poco a poco, cada vez más, con rabia.

Se había quitado el vestido largo que la hacía parecer una novia sangrienta y luego el sujetador, y ahora acababa de quitarse los zapatos de tacón y los había lanzado uno tras otro contra el armario con toda la fuerza de su brazo y de la furia

que la envolvía como una aura de fuego.

Max dudaba. Podía acercarse a ella, abrazarla, tratar de calmarla lo suficiente y sacarla de allí. Ya volvería más tarde a cumplir su misión; lo primero era proteger a Lena. Pero por otro lado, ella tenía sus propios motivos y prioridades; sabía cuidarse y tenía a Sombra para defenderla llegado el caso. Quizá lo más sensato fuera no intervenir.

Lena se sentía recorrida por olas de pena, de furia y de una especie de helada determinación que la sacudían con la fuerza de una tempestad en alta mar. Tan pronto se sentía débil y estúpida y quería acurrucarse entre los brazos de su madre, como una diosa vengativa dispuesta a llenar de bombas todo el chalet y verlo estallar en una locura de sangre y fuego, mientras algunos segundos después se sentía tentada de sonreír como una calavera cuando cruzaban su mente retazos de imágenes inventadas en las que se veía a sí misma torturando a Dominic y a Eleonora con una placentera frialdad.

Se desnudó entre sollozos que la hacían sentirse estúpida e infantil, arrojó los zapatos como piedras contra las puertas del armario y durante unos instantes se quedó mirando la cama destapada sintiendo el atractivo que emanaba de ella: tumbarse, tomarse unas pastillas, descansar. Pero no podía dejarse llevar así. Descansar no entraba en sus planes. No podía tumbarse en aquella casa propiedad del clan rojo después de lo que le acababan de hacer a Clara y confiar en que no le pasaría nada mientras estaba reponiéndose.

Aunque... si se tumbaba unos minutos... quizá...

Al ver que Lena se preparaba para tumbarse, Max estaba ya a punto de volver a cerrar la puerta cuando su ojo captó un destello de movimiento en el armario de enfrente de la cama y entonces dejó de pensar y se convirtió en pura acción.

Alguien había estado escondido allí esperando a que regresara a su cuarto, esperando el momento propicio para abalanzarse sobre ella y matarla.

No tuvo tiempo para dudar ni calcular lo adecuado de su decisión. Saltó sobre Lena para apartarla de la trayectoria de quien fuera que se había lanzado hacia ella desde el armario.

El desconocido impactó contra ella casi a la vez que Max y la fuerza del choque hizo que padre e hija cayeran juntos al suelo, sobre la alfombra, mientras que el otro hombre caía de lado rozando el borde de la cama. En el mismo instante lanzó un aullido que controló casi de inmediato, y rodó sobre sí mismo apartándose del lecho, dejando en el suelo un rastro de sangre, oscura a la luz azulada de la noche incipiente.

Max y Lena se pusieron de pie como impulsados por un resorte y se quedaron mirando el panorama que se ofrecía a su vista: la blancura de la cama manchada ahora de sangre, los incomprensibles filos brillantes de cientos de objetos malignos

que habían quedado al descubierto en el borde de la cama, al caer al suelo la sábana que los cubría, la figura yacente que estaba ahora levantándose y apoyándose en la pared con una mano temblorosa y sangrienta.

—¡Lenny! —gritó Lena reconociéndolo de pronto. Se abalanzó sobre él y le pasó un brazo por la cintura, para sostenerlo.

—No se llama Lenny. Es Nils Olafson y trataba de matarte —dijo Max, sin acabar de explicarse que su hija estuviera tratando de ayudarlo.

—¿Es eso verdad? —preguntó Lena al herido, sin soltarlo.

Lenny/Nils asintió con la cabeza. A pesar del dolor y el mareo, era perfectamente consciente del pecho desnudo de Lena rozando su cuerpo mientras lo sostenía.

—Lo primero sí, lo segundo no. Soy Nils Olafson, es verdad, y pertenezco al clan negro. Pero no sólo no intentaba matarte, sino que he tratado de impedirlo. Echa un vistazo a esa cama que el clan rojo te ha preparado con tanto amor y te darás cuenta. —Habla con esfuerzo, como si le costara seguir consciente—. Y tú, ¿quién eres? —continuó, dirigiéndose a Max.

—Es mi padre —contestó Lena por él—. Ayúdame, papá, por favor.

Max se acercó y entre los dos ayudaron a Nils a sentarse en un sillón. Luego padre e hija se abrazaron estrechamente hasta que Max se obligó a separarse de ella.

—Lena, vístete rápido y vamos a tratar de salir de aquí. Daniel está fuera, vigilando.

—¿Dani está contigo? —A Nils no le pasó por alto la alegría en la voz de Lena.

—¡Vamos, rápido!

—No puedo, papá. Tengo que volver abajo y... hacer algo.

—Lo único que tienes que hacer es ponerte a salvo. —A pesar de su entrenamiento y de que sabía que Lena era algo más que simplemente su hija, no podía evitar tratarla de nuevo como un padre a una hija aún casi adolescente.

—En los pantalones que me he quitado estaba casi todo lo que me dejó mamá. Es muy importante recuperarlo. —No era toda la verdad pero tampoco era una mentira. Antes de que Max siguiera preguntando, se volvió hacia Lenny, que seguía desmadejado en el sillón, sangrando mansamente—. ¿Puedes caminar, Lenny? Ven conmigo y trataré de sacarte de aquí.

Él sonrió, aunque estaba muy pálido.

—Gracias, *supergirl*.

—Lo digo en serio.

—*Karah* sana con rapidez. Dentro de poco habré dejado de sangrar y las heridas empezarán a cerrarse. Me irá bien, no te preocupes por mí. Vete a hacer lo que tengas que hacer. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

—¿Tú... tú eres *karah*? —preguntó casi tartamudeando.

—Acabo de decírtelo. Clan negro. No me digas que no lo sospechabas.

Lena lo miró fijamente, le dio la espalda y sin una palabra más volvió a ponerse el vestido blanco con los zapatos que poco antes había lanzado con tanta furia. Se aseguró de volver a meterse en el sujetador el medallón y el lápiz de memoria, y se dio la vuelta para mirar a Lenny que, de repente, ya ni siquiera parecía él. En la penumbra de la habitación su aspecto se asemejaba al de una familia vestida para una fiesta de Halloween.

Cuando Lena y Max estaban ya casi en la puerta, Nils volvió a hablar.

—No os veo extrañados por nada de lo que está pasando, no habéis preguntado qué es *karah* o qué es un clan y los dos vais vestidos de ceremonia; ¿quiénes sois? ¿Quiénes sois realmente?

—Tenemos el honor de pertenecer al clan blanco —dijo Max con voz serena. Abrió la puerta, dejó pasar a Lena y volvió a cerrar tras ellos.

Nils quedó en la oscuridad, sintiendo cómo se iban cerrando sus heridas, con una amplia sonrisa derramándose por su rostro. ¡Qué maravillosa noticia! Lena era *karah*. Era *karah*, como él.

Entonces todo era posible.

Dani estaba empezando a cansarse seriamente de su papel de vigilante. Hacía horas que no había sucedido nada, Max no le contestaba al teléfono y ya era casi noche cerrada. El mundo se había convertido en una cúpula azul donde habían florecido algunas estrellas, las gaviotas que habían estado pescando entre chillidos y volteretas hasta apenas unos minutos atrás estaban retirándose a sus nidos entre las rocas del acantilado y estaban siendo sustituidas por los murciélagos que abandonaban sus cuevas para salir a cazar insectos, los guardias de seguridad estaban convirtiéndose en simples sombras quietas en sus posiciones. Daba la sensación de que, a pesar de que apenas eran las nueve de la noche, todo se disponía para el descanso nocturno.

Caminó agachado protegido por las rocas hasta que estuvo seguro de que no podían verlo desde la casa y entonces se estiró y dio un par de saltos para compensar el tiempo que llevaba quieto, mirando por los prismáticos. Luego sacó el móvil y llamó a Max.

En la escalera que llevaba al sótano, bajando un paso detrás de Lena, Max sintió la vibración del teléfono y sonrió; el chico se estaba impacientando, pero no tenía más remedio que seguir esperando. Ya hablaría más tarde con él.

A punto ya de llegar al corto pasillo que llevaba al salón-quirófano, ambos oyeron ruido de pasos y voces que se acercaban. Cambiaron una mirada, y Lena, poniéndose un dedo en los labios, agarró a su padre del brazo y entraron en el baño donde la mujer del clan rojo le había entregado el vestido que llevaba.

Apenas cerraron la puerta, oyeron que un grupo de personas, a juzgar por el ruido

que hacían, pasaba por delante de ellos en dirección a la escalera por la que ellos acababan de bajar. Sólo entonces se atrevieron a encender la luz y Lena empezó a cambiarse de ropa después de haberse asegurado de que todas sus posesiones siguieran donde las había dejado.

—La familia está en el salón de la torre. Tienen una especie de ceremonia —dijo Lena mientras se vestía.

—¿Y Clara?

Lena miró a Max, bajó los ojos y le hizo un gesto para que la siguiera; abrió la puerta sigilosamente, vio que el pasillo continuaba desierto y, seguida por su padre, se coló en el quirófano.

Clara continuaba allí. Su cuerpo pálido, manchado de sangre, había sido abandonado en la silla paritoria, desnudo, con las piernas abiertas y los ojos, también abiertos, fijos en el techo. Como una basura sin valor.

Max tuvo una inspiración violenta, como un suspiro al revés, seguido de otra inspiración profunda y controlada.

—¡Dios mío! ¡Pobre criatura! ¿Ha muerto en el parto?

—La han asesinado, papá. Ya no la necesitaban para nada, ¿comprendes? No era más que una sucia *haito* —escupió con tanta rabia que a ella misma le dio miedo.

Mientras su hija hablaba, Max había cogido una sábana y entre los dos arrojaron con ella el cadáver de la muchacha después de que Lena le hubiera cerrado los ojos y le hubiera dado un beso en la frente. Nunca se había sentido tan furiosa, en toda su vida. Notaba que la ira le nacía en el fondo del estómago y le subía hasta salirse por la boca en un rugido que apenas si podía controlar. Habría podido matar a cualquiera en ese instante para compensar la muerte de su amiga, simplemente como reacción ante la monstruosidad que representaba lo que tenía delante.

Notaba cómo le cosquilleaban las venas, como si de pronto se le hubieran llenado de burbujas que podrían explotar en cualquier momento. Era una presión tan intensa que se sentía a punto de estallar, y no era sólo porque su amiga, la amiga que la había acompañado durante tantos años, hubiera muerto para siempre, sino porque la muerte no había sido natural; porque la habían asesinado. Y la habían asesinado sin ninguna pasión, con la mayor de las frialdades, como se pisa una cucaracha cuando se la descubre paseando sus sucias patas por un suelo de mármol recién fregado. Se la pisa, se la aparta con el pie hacia algún rincón oscuro hasta que la recoja la sirvienta y se sigue tomando el champán francés sin recordar para nada la mínima molestia que ha representado el desagradable insecto.

No podía apartar de su mente el momento en que Clara le contó que había conocido al hombre de su vida, el cubo de rosas en el baile, el viaje a Roma... recordaba con una claridad tan fuerte que dolía esa imagen de cuando estaba esperando que llegara Dominic a recogerla: la melena recién lavada, los ojos

brillantes, el jersey rosa palo, la sonrisa de excitación...

Su mirada se posó en la muñeca de su amiga, en la pulsera que él le había regalado por su cumpleaños, la pulsera de la que colgaba la llave con la que tanto habían bromeado, «la llave de su corazón», adornada con un rubí, rojo y pulido como una gota de sangre.

De todo eso hacía apenas ocho meses y Clara estaba muerta. Muerta antes de cumplir los diecinueve años.

Lena se la quitó con delicadeza, como si aún estuviera viva, y se la puso en su propia mano, en la izquierda, para no olvidar nunca lo que había decidido hacer.

La habían matado para quitarle lo único que para ellos tenía valor, su hijo, y luego la habían dejado tirada como una carroña, como un insecto aplastado, sin molestarse siquiera en cerrarle los ojos, en ponerla en la cama como a un ser humano.

En ese momento, viendo a su padre coger en brazos el cadáver de su amiga para depositarlo suavemente en la cama, sintió un amor tan grande por él que se le abrazó fuerte, como cuando era pequeña y tenía miedo de algo. Como tantas otras veces desde la muerte de su madre le habría gustado poder girar las agujas del reloj hacia atrás, hacia el tiempo en el que era feliz, en que nunca había oído hablar de *karah* y su vida era sólo suya.

—Papá... —empezó a sollozar en su hombro—. Papá...

—Calma, hija, calma. Ya no podemos hacer nada. Tranquilízate, pequeña. Ahora hay que salir de aquí; luego ya se verá.

Debajo de las palabras de Max, Lena sentía cómo seguía creciendo la rabia en los dos, la furia por lo que aquellos canallas que se creían superiores a los humanos le habían hecho a una pobre muchacha cuya única culpa había sido enamorarse de un monstruo sin saber que lo era. No podía castigarlos, aún no, pero no pensaba dejar que se salieran con la suya y se quedaran con el hijo de Clara. Estaba segura de que lo que más podía dolerles era perder al niño, de manera que tenía que buscar una forma de arrebatárselo y ocultarlo lejos del clan rojo. Era el hijo de su mejor amiga. Era lo que Clara habría querido si hubiera sido capaz de pensar con un mínimo de sensatez.

De repente Max se dio cuenta de que, aunque Lena seguía abrazada a él y el contacto le daba fuerzas y tranquilidad, ya no estaba llorando sino haciendo planes. Le sorprendió darse cuenta de que cada vez se parecían más.

—Vámonos de aquí mientras están entretenidos. Te ayudaré a salir —dijo Max, deshaciendo el abrazo.

—¿A mí? ¿Y tú?

—Yo tengo algo que hacer.

—¿Qué?

Se quedaron unos momentos mirándose a los ojos, a la brillante luz blanca de las lámparas del quirófano que habían quedado encendidas.

—Mi misión es apoderarme del bebé —confesó Max. Al fin y al cabo, ella era miembro del clan blanco. Tenía derecho a saber lo que sus conclánidas planeaban—. No sé bien por qué lo quieren ahora, pero Emma y Albert, casi los únicos que quedan del clan blanco, me lo han ordenado. Según dicen, ese niño es el nexo a quien tú tendrás que entrenar.

—¿Yo? ¿Quién te ha dicho eso?

—Tu madre, hace mucho. Con todo lo que aprendas de Sombra, tú lo enseñarás a él hasta que pueda intentar abrir las puertas a la otra realidad.

A pesar de que no comprendía en todo su alcance lo que acababa de oír, Lena no lo pensó ni un segundo porque coincidía perfectamente con sus propios planes. Podría raptar a Arek y contaba con el clan blanco para ello.

—De acuerdo. Te ayudaré. Sacaremos a Arek de aquí.

—¿Vendrás conmigo?

—No. No puedo. Yo tengo otras cosas que hacer.

Su niña se había convertido en algo distinto, en un ser que casi no reconocía como la hija a la que había visto nacer y crecer. Sin casi darse cuenta, sintió que se estaba poniendo a sus órdenes, como siempre había hecho con Bianca.

—De acuerdo. ¿Cómo lo hacemos?

—¿Qué tenías tú pensado?

—Poco, la verdad. No he tenido tiempo para prepararme. Mi plan era esconderme, coger al bebé de su cuna en un descuido, salir de la casa aprovechando el disfraz, ya que los nuevos guardias de seguridad aún no distinguen entre gente del clan y de fuera, y luego...

—¿Qué pensabas hacer con el niño? No puedes cruzar controles ni fronteras con un bebé sin papeles.

—Eres como tu madre. Nunca me dejas acabar las frases... Joseph y Chrystelle tienen los papeles del niño. Son, oficialmente, sus abuelos.

—Y ¿dónde están?

—En el restaurante panorámico que hay a medio kilómetro de aquí, hacia el sur, La Paloma de Oro, con un cochecito de bebé que no contiene más que un muñeco.

—Perfecto.

Lena echó una mirada circular al salón-quirófano, reunió unas cuantas toallas, las envolvió en un paño rojo y les dio forma hasta que podían ser tomadas, de lejos, por un bebé. Le dio el bulto a su padre.

—Vamos al salón —dijo con voz serena—. Crearé una confusión. Yo me encargo de coger al niño. Tú sales corriendo con esto por la puerta principal, te subes al coche y conduces lo más rápido que puedas hacia el norte, hacia Nápoles. Te cambias de ropa, abandonas el coche en el aeropuerto y vuelas a París.

—Te recuerdo que hay guardias de seguridad rodeando la casa.

—Ya te he dicho que crearé una confusión. ¿No está Daniel ahí fuera? ¿Va armado?

—Le he dejado un subfusil. Ha estado en el ejército, sabe usarlo.

—Pues dile que lo use si ve que es necesario.

—Pero ¿cómo saldrás tú?

—No te preocupes, papá. Eso es cosa mía.

Max volvió a abrazarla, apenas un momento.

—¿Volveremos a vernos?

—Seguro que sí, papá. Hay muchas cosas que aún tienes que contarme. —Lena sonrió como antes, como cuando aún era simplemente su hija, una chica que iba al instituto con su amiga Clara y volvía a casa muerta de hambre y llena de cosas que contarles a él y a Bianca.

—Tú también.

Con la mano ya en el picaporte de la puerta, a punto de salir del baño para enfrentarse con el clan rojo, Lena preguntó por encima del hombro, en una voz que trataba de parecer indiferente:

—¿Qué ha sido de Isabella? ¿Sigues con ella?

Por idiota que le resultara a ella misma, llevaba casi desde la muerte de su madre deseando hacerle esa pregunta: «¿Cómo había podido, después de estar casado veinte años con la mujer más maravillosa del mundo, liarse con esa estúpida y abandonar a su hija del modo en que lo había hecho?». Sabía que no era el momento más adecuado, pero ahora ya no era evidente que fueran a verse pronto; incluso era posible que no volvieran a encontrarse jamás, que uno o los dos estuvieran muertos antes del amanecer; cabía la posibilidad de que no llegara un momento mejor y ella tenía que saberlo para que su cerebro no regresara una y otra vez a la misma pregunta: «¿Cómo pudiste, papá?».

—¿Qué? —La pregunta llegaba tan fuera de contexto que Max se había quedado realmente perplejo—. ¿De quién hablas?

—De Isabella, la novia que te echaste cuando murió mamá. ¿Sigues con ella?

Lena estaba de espaldas a su padre, con la mano en el picaporte, esperando la respuesta. Él le puso la mano en el hombro y le habló al oído en una voz en la que destellaba la risa.

—Isabella no existe.

Ella se dio la vuelta y lo miró fijamente.

—No ha existido nunca. Pero necesitaba una buena excusa para poder moverme sin que supieras qué hacía y adónde iba. Como eso te ofendía tanto, te mantenías al margen. —Max le sonreía, como si fuera una simple travesura lo que tanto daño le había hecho a lo largo de los meses—. No me mires así. Fue idea de tu madre. Para que te desligaras un poco, para que crecieras y maduraras. Para que yo pudiera

continuar mi entrenamiento que, sin ella, iba a resultar más necesario que nunca.

Lena seguía mirándolo fijamente, sin decidirse a reír ni a llorar.

—Si te sirve de algo, cariño, tu madre es la única mujer a la que he querido en toda mi vida. Y cuando uno ha tenido a una mujer como Bianca, no puede encontrar a otra ya. Siempre lo supe y por eso lo acepto. Tuvimos más de treinta años para estar juntos. Otros tienen menos.

Max le dio un apretón en el hombro, se adelantó y empezó a abrir la puerta con cuidado.

—A todo esto, no sé si le has dicho a Daniel lo que le espera si sigue contigo, pero creo que debería saberlo. Parece un buen chico. Y ahora basta de charla. ¡Vamos, hay mucho que hacer!

Los miembros del clan rojo, seis en total, que tenían relaciones regulares entre sí y que habían acudido al nacimiento, se habían reunido en el salón de la torre para la ceremonia de presentación de Arek. El único que faltaba era el Shane.

En siglos pasados, la ceremonia de presentación de un nuevo miembro era una gran fiesta en la que los padres mostraban al resto del clan todo su poder, todo su esplendor, ofreciéndoles lo mejor durante más de una semana de festejos y celebraciones, pero ahora, aunque no les gustara reconocerlo, se habían ido contagiando de una discreción cada vez más intensa que ya no les permitía hacer las cosas a la antigua, e incluso les resultaba un poco ridícula la idea de organizar un evento exagerado para los siete miembros que constituían el clan rojo.

El lugar donde se encontraban era una sala de piedra casi circular con dos entradas: una, la del norte, daba a la escalera de la casa, y la otra comunicaba por el sur con una terraza moderna frente al mar desde la que unos peldaños volados llevaban al jardín. Las puertas estaban abiertas y por ellas se colaba una suave brisa que hacía oscilar las llamas de los cientos de velas rojas que iluminaban la estancia, compitiendo con el brillo plateado de la luna que acababa de salir y rielaba en el mar.

El niño había sido lavado, vestido con largos pañales rojos y dorados, y dormía en brazos de Eleonora que lo contemplaba embelesada, lanzando de vez en cuando una mirada hacia Dominic, que estaba a su lado, concentrado también en la carita del bebé.

—En otros tiempos habríamos tenido músicos y una gran fiesta, y fuegos artificiales —suspiró Mechthild, acariciando con infinita suavidad la frente del pequeño.

—Los tiempos cambian, *chérie* —dijo el Shane, entrando en la sala con un revuelo de faldones escarlata—. Ahora lo más sensato es terminar cuanto antes, dispersarnos de nuevo y difuminarnos en lo posible hasta dentro de un par de meses. Propongo que nos reunamos en diciembre para fijar las pautas de la educación de Arek.

—A Arek lo educaremos Eleonora y yo —dijo Dominic, cortante.

—Los tiempos cambian, como ya he dicho, pero no tanto. La educación de un miembro del clan rojo es asunto de todo el clan. Tú no eres un padre *haito* ni tienes eso tan gracioso que ellos llaman la patria potestad. El clan decide. Me duele tener que recordártelo, pero, para el caso de que lo hayas olvidado, el *mahawk* decide. —El énfasis en las dos palabras era deliberadamente insultante—. Y si el Shane decidiera educarlo personalmente, no podrías hacer nada en contra y no volverías a verlo hasta que fuera adulto, *capisci*? —El Shane se había acercado hasta invadir por completo el espacio de su joven conclánida. Apenas unos centímetros separaban sus ojos.

Dominic se mordió los labios. La herida recién vendada pulsaba en su espalda como un segundo corazón. A pesar del sedante y de su naturaleza, lo recorrió un espasmo de dolor, pero se negó a sentarse en presencia del Shane para no darle la satisfacción de verlo debilitado. Eleonora apretó más fuerte a Arek.

—Es así —dijo Flavia, asustada y conciliadora—. Así ha sido siempre. Es nuestra única garantía de supervivencia, la única posibilidad que tenemos de evitar nuestra disolución en el gran estanque *haito*.

—Todo eso ya no tiene sentido —dijo Dominic haciendo un esfuerzo para sonar razonable—. Hoy en día hay que educar a los niños para vivir en este mundo, que ya no es el mismo de hace trescientos dieciocho años, cuando nació Eleonora, ni de hace ¿cuántos?, ¿setecientos, ochocientos?, cuando naciste tú, Shane.

—Lo discutiremos en diciembre —zanjó Miles—. El *mahawk* tiene razón; ahora nos conviene separarnos de nuevo. Todavía no acabo de comprender que el clan negro no se haya dado cuenta de nada y no haya intentado interrumpirnos, aunque sólo fuera para dejar claro que siguen ahí.

—Yo ya no estoy muy segura de que el clan negro siga ahí —dijo Mechthild en voz baja, sin mirar a nadie en particular, perdiendo la vista en el mar, donde la luna fingía un camino hacia el cielo—. Ni el blanco. Por no hablar del clan azul, que ha desaparecido por completo. A veces pienso que somos todo lo que queda de *karah*.

—No, dulce. —El Shane se acercó a ella y, suavemente, le cogió la barbilla y la obligó a enfrentarse con su mirada—. Imre Keller sigue ahí, y unos cuantos de los suyos, pero les pasa un poco como a nosotros: que se están cansando de ser lo que son, que se están contagiando de *haito* y no saben qué hacer para encontrarle aliciente a la vida.

—¿Imre Keller? —preguntó Miles, curioso—. ¿El Presidente?

—Supongo que la última vez que tuviste que ver con él sería en Viena, en algún momento del siglo XIX y entonces era aún el Gran Duque Iliakof. Ahora, sí, es el Presidente. Y, para lo que a nosotros concierne, el *mahawk* de su clan, que mientras tanto no debe de tener más de tres o cuatro miembros.

—¿Y los blancos? —preguntó Flavia.

—Siguen vivos, pero congelados. —De repente rompió en carcajadas, tan estentóreas, que Arek se despertó y empezó a gritar desesperado, lo que tuvo el efecto de hacer callar al Shane. Nadie más se había reído. Nadie había ni siquiera intentado comprender el chiste.

»Empecemos, parientes.

El Shane se colocó en el centro de la estancia que, en el suelo, tenía cincelado un dibujo esquemático de la Trama. Miles y Gregor llevaron un gran cuenco de oro puro y lo colocaron sobre un trípode delante del Shane mientras Flavia y Mechthild encendían las hierbas aromáticas que habían sido colocadas en cuencos de metal por todo el salón y que, en un segundo, habían llenado el espacio de un humo blanquecino e intoxicante.

Eleonora se adelantó, desnudó al niño pasándole las ropas a Dominic a medida que se las quitaba, puso un paño rojo en el fondo del cuenco para evitar que el cuerpo del bebé entrara en contacto con el frío del oro, y depositó a Arek, desnudo, sobre él.

Luego todos los componentes del clan rojo se subieron la manga derecha y extendieron un brazo sobre el pequeño, con la palma de la mano hacia arriba, formando sobre su cuerpo una estrella que lo cubría.

El Shane sacó un estilete de entre sus ropas y fue cortando las muñecas de sus conclánidas que, de inmediato, empezaron a gotear sangre escarlata sobre el cuerpecillo de Arek, hasta que todas estuvieron cortadas. Entonces, él mismo se hizo dos cortes en ambos brazos, cruzó las muñecas sobre las de sus conclánidas y dijo con voz sonora:

—¡Honor a *karah*, hijo del clan rojo! Honrarás a *karah*, Arek von Lichtenberg, honrarás a tu clan. Recibe nuestro *ikhôr*, conclánida. Eres nuestro. Somos tuyos. Para siempre.

Los seis clánidas giraron los brazos de manera que el corte estaba ahora en la parte de abajo, derramando su sangre sobre el niño que parecía como si hubiera vuelto a nacer y lloraba desconsolado. El Shane repitió lo que había dicho en la antigua lengua de *karah* que ya ninguno de ellos hablaba con fluidez, y volvió a repetirlo en las lenguas que todos los presentes habían considerado las propias durante algún período de su larguísima vida, empezando por el latín.

Luego los miró a todos fijamente, uno por uno, asegurándose de su entrega, de su lealtad, hasta que, enfrentados con su mirada enloquecedora, fueron bajando la vista mientras él ponía su mano sobre cada una de las heridas, tiznándose de la sangre de sus conclánidas, murmurando palabras incomprensibles.

En la penumbra dorada de la luz de las velas, Lena miraba, hierática, la ceremonia, sin que nadie se hubiera apercibido de su presencia, esperando el momento perfecto para actuar. El Shane estaba de espaldas a ella, igual que Dominic y Eleonora, a ambos lados de él. Los otros tres miraban fijamente hacia abajo, hacia

el bebé en el cuenco de oro que reflejaba la luz y pintaba sus rostros dándoles una pátina de suavidad y belleza que los hacía parecer semidioses en un cuadro de Caravaggio.

La rabia de unos minutos atrás había dejado paso a una gran calma, como si todo estuviera en perfecto equilibrio, dándole la certeza de que tenía que ser así.

Max estaba en la puerta de entrada a la casa esperando el momento para salir huyendo con el falso bebé, haciendo creer a cualquiera que lo viera subir al coche que estaba tratando de secuestrarlo. Antes de bajar, había enviado un mensaje a Daniel ordenándole que cubriera la salida y la huida de Lena en cuanto la viera aparecer por cualquiera de las puertas y explicándole adónde se dirigiría.

Ella estaba segura de que Lenny o más bien Nils, su colega del clan negro, tenía que estar también por los alrededores y, si no se engañaba, también con el propósito de hacerse con el bebé, pero por el momento, y hasta que salieran de la casa, sus intereses coincidían y por tanto no valía la pena preocuparse de él.

Ahora sólo tenía que concentrarse, hacer lo que había decidido y confiar en que las enseñanzas de Sombra hubieran servido para algo.

Mientras los clánidas rojos iban cortándose los brazos para derramar su *ikhôr* sobre el miembro más joven, Lena empezó a focalizar la sensación de pánico que había tenido con la aparición del *urruahk*, a concentrar el miedo, la imperiosa necesidad de huir, el terror absoluto que ese monstruo había sido capaz de generar, y a proyectarlo como un sonido, como el rayo de una linterna, hacia el exterior, hacia los acantilados de los alrededores donde dormían cientos de pájaros cuyo simple cerebro despertó de pronto enloquecido de espanto.

Mezcló su propósito con la fuerza que sentía procedente del mar, del movimiento de las olas que se hinchaban y rompían contra los acantilados sobre los que estaba construida la casa y el terror fue creciendo, aumentando de intensidad, chocando contra las paredes de roca donde anidaban las aves.

De un momento a otro, bandadas de gaviotas aterrorizadas salieron proyectadas desde los acantilados donde dormían sin importarles la oscuridad, tratando de huir de un peligro que no eran capaces de identificar, pero que gritaba dentro de su ser conminándolas a alejarse sin que importara adónde mientras sus chillidos llenaban el mundo en los alrededores de Villa Lichtenberg.

Los guardias de seguridad sintieron una sacudida en todo su sistema nervioso cuando las gaviotas empezaron a gritar y, en cuestión de segundos, cubrieron el cielo sobre la casa chocando entre ellas y tropezándose con las paredes, los árboles, las farolas y los seres humanos en su prisa por huir. Poco después, también los murciélagos y los pájaros de todas las especies y tamaños que habitaban los alrededores aleteaban enloquecidos entre los guardias, que disparaban al azar hiriéndose entre ellos mientras las aves chocaban contra los cristales y se colaban por

las ventanas que habían quedado abiertas.

En unos segundos, varios murciélagos se habían metido en la estancia donde el clan rojo acababa de poner fin a la ceremonia de presentación de Arek y pronto fueron seguidos por media docena de enormes gaviotas aterrorizadas que, en el reducido espacio de la habitación de la torre, se golpeaban contra las paredes de roca y se quemaban las alas con las docenas de velas encendidas mientras los clánidas se tiraban al suelo, tratando de protegerse bajo las mesas o tras los muebles para librarse de la furia de sus picos y sus garras.

En medio del pandemónium, el Shane se volvió hacia la puerta, con el rostro cerúleo convertido en una máscara de odio, buscando el origen de aquello. No había nadie en el umbral. Sus brazos seguían goteando sangre que, en la progresiva oscuridad, a medida que las velas iban siendo derribadas y apagadas, parecía un fluido espeso que surgía de sus brazos como cintas negras.

A sus espaldas, un pájaro enorme chocó con el trípode, el cuenco cayó al suelo con el bebé ensangrentado y berreante, pero ninguno de los clánidas se dio cuenta en ese instante porque muchas más gaviotas estaban entrando en la estancia y giraban enloquecidas tratando de salir de aquella trampa sin encontrar escapatoria.

Lena gateó hacia el niño, lo abrazó fuerte y retrocedió resbalando por el suelo de piedra pulida hacia la salida que daba a la casa. No les convenía intentar salir todavía. El exterior tenía que ser, al menos por el momento, una pesadilla de alas y picos y garras y disparos. Se oían chillidos de pájaros, explosiones y desgarradores gritos humanos que quedaban truncados de pronto dejando un instante de silencio más ominoso aún que el griterío.

No perdió tiempo. Apenas se vio fuera de la sala de la torre, se puso en pie, envolvió al pequeño con la tira de una sábana que había cortado antes de subir y se dispuso a ganar la salida más cercana antes de que los clánidas rojos se hubieran dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Esperaba que Max hubiera conseguido engañar a algunos con su maniobra de huida.

Bajó la escalera iluminada sólo por la luz de la luna que se colaba en los grandes salones llenándolo todo de sombras móviles que cruzaban sobre los bultos de los muebles como nubes de tormenta. Los gritos de las aves seguían siendo ensordecedores pero los disparos parecían haber disminuido. Tenía que darse prisa.

Ya había llegado a la puerta principal cuando, de entre las sombras de un pasillo lateral, oyó con toda claridad un sonido que, aunque nunca había experimentado fuera del cine, reconoció con toda claridad. Alguien, a su derecha, acababa de montar una arma.

—Gracias por traerme al bebé, Lena. —La voz de Lenny, de Nils—. Siento tener que quitártelo, pero órdenes son órdenes. Déjalo en el suelo, a tus pies, donde yo pueda verlo. En cuanto lo dejes ahí puedes marcharte. No voy a hacerte nada.

—¿Ya estás curado? —Tenía que ganar tiempo como fuera, para pensar qué hacer. Se había confiado pensando que ya estaba casi fuera y no había contado con la eventualidad de que Nils la estuviera esperando.

—Ya te lo dije. *Karah* sana rápido. Lo comprobarás por ti misma. Deja el niño ahí y márchate. Te buscaré cuando lo haya entregado.

—No te molestes.

—No me obligues a disparar, Lena. Tú también eres *karah*. ¡Honor a tu clan, conclánida! No quiero hacerte daño, no me obligues.

No podía hacer nada, salvo obedecer. No tenía manera de retroceder. Tenía a Arek, que había dejado de gritar y casi no se movía, fuertemente apretado contra su pecho, y la espalda apoyada contra la puerta principal; podía sentir la solidez de la madera reforzada con bandas de acero. No había adónde ir. No tenía más remedio que rendirse.

«Tú eres todo.» La voz de Sombra parecía hablarle desde el pasado, desde el jardín de la Chellah, en Rabat, donde en muchas, muchas sesiones de entrenamiento, había sido capaz de meter la mano en una columna de mármol, de atravesar la pierna de su maestro, de fundirse con el tronco de un árbol y sentirlo vivir y respirar entrelazado con ella. «Tú eres todo. Todo es tú.»

Vació la mente de pensamientos, de miedos, de planes. Apretó el cuerpecillo del bebé, que, como si hubiera recuperado las fuerzas, empezó a llorar y a retorcerse entre sus brazos y, sencillamente, se fundió con la madera y con el acero, atravesándolos como un fantasma.

Al otro lado, Nils empezó a disparar contra la puerta al darse cuenta de que estaban todos los cerrojos echados y no podía salir tras ella.

Lena corrió hacia la verja; estaba cerrada. No sabía si podría atravesarla como acababa de hacer con la puerta. Tendría que correr hacia el acantilado y ver si podía encontrar un paso, pero era demasiado arriesgado, dentro de unos instantes todos estarían persiguiéndola. No podía seguir allí, indecisa, mientras Nils disparaba para hacer astillas la puerta que los separaba.

Lena saltó.

Sin saber cómo, estaba en el arcén de la carretera, a unos cien metros de la verja, con la negra extensión del mar a su derecha. Sentía una ligera náusea. Los contornos de los objetos parecían vibrar como los espejismos que produce el calor sobre el asfalto. Las luces del restaurante brillaban en la siguiente curva.

Saltó.

Estaba en el aparcamiento de La Paloma de Oro, entre dos coches; podía ver a Joseph y a Chrystelle sentados a una mesa en la terraza, con un cochecito de bebé entre los dos, con el aspecto más inocente del mundo.

—¡Chist!

Se volvió hacia el lugar oscuro, debajo de una pequeña pérgola, de donde procedía el ruido. Dani, con una arma entre los brazos, la miraba obnubilado.

—No te he visto llegar —susurró—. No le he quitado ojo a la carretera y de repente estabas ahí. Es como si hubieras aparecido de golpe.

—¿Tú no tenías que cubrirme a la salida?

—Sí, pero como ya no quedaban guardias he pensado que sería más útil cubrirte desde aquí, por si te seguía alguien.

Lena se soltó al bebé de la tela que lo sujetaba contra su cuerpo y se lo pasó a Daniel que, a cambio, le entregó el fusil.

—Llévaselo a la pareja mayor que está en la terraza. Ellos saben qué tienen que hacer. Diles que trataré de ponerme en contacto.

—Espérame, Lena. Vuelvo en seguida.

Estuvo a punto de desaparecer sin más, pero se dio cuenta de golpe de lo que Dani había hecho y estaba haciendo por ella, de modo que, a pesar de su urgencia por huir, se detuvo un momento y le acarició la mejilla.

—No puedo esperar, Dani. Quieren matarme y hay muchas cosas que todavía tengo que averiguar. Escóndete. Ellos aún no saben que existes. Yo te buscaré. —Le devolvió el arma y le dio la espalda, esperando que se marchara rápido con Arek. No quería desaparecer, ni siquiera intentarlo, delante de él. No quería que la viera hacer una cosa así. No quería que pudiera darse cuenta de que ella ya no era del todo humana.

—¡Espera! —casi gritó Daniel—. Ya sé que no es momento, pero ayer, en la habitación del hotel, cuando Sombra vino a buscarte, no me dio tiempo. —Impedido por el niño, que sujetaba sin ninguna gracia con el brazo izquierdo y seguía llorando, se puso a buscar nerviosamente por los bolsillos con la mano derecha haciéndole gestos con los ojos y la cara para que no se fuera todavía.

—¿Has dicho ayer? ¿Sólo fue ayer?

—Creo que sí, Lena. No sé. ¡Ya lo tengo!

En la penumbra, la pequeña cajita blanca brillaba casi con luz propia.

—Me habría gustado dártelo en otro momento, de otra forma... pero por si acaso... quiero que lo tengas... quiero que lo sepas.

—Que sepa ¿qué? —Con la cajita apretada en el puño, Lena echaba miradas por encima de su hombro, deseando ponerse en marcha.

—Ya lo entenderás. Lleva cuidado, por favor. Te esperaré. No tardes, Lena.

Se besaron durante unos breves segundos, sintiendo el cuerpecillo del bebé entre ellos, el fusil, la tensión del peligro que los amenazaba.

Al separarse, Daniel, con infinita dulzura, le acarició la mejilla, se dio la vuelta y se perdió con Arek entre las sombras.

Lena se metió la cajita en el bolsillo y, sin darse tiempo a dudar de si sería capaz

de hacerlo, saltó de nuevo y desapareció.



Elia Barceló nació en en 1957. Estudió Filología Anglogermánica en la Universidad de Valencia (1979) y Filología Hispánica en la Universidad de Alicante (1981). Se doctoró en literatura hispánica por la Universidad de Innsbruck, Austria (1995).

Ha recibido el Premio Ignotus de relato fantástico de la Asociación española de Fantasía y Ciencia Ficción (1991), el Premio Internacional de novela corta de ciencia ficción de la Universidad Politécnica de Catalunya (1994) y el Premio EDEBÉ de literatura juvenil (1997).

Desde 1981 vive en Innsbruck, donde trabaja como profesora de literatura hispánica, estilística y literatura creativa.

Ha publicado novelas, ensayo y más de veinte relatos en revistas españolas y extranjeras. Parte de su obra ha sido traducida al francés, italiano, catalán y esperanto. En 1994 y 1995 colaboró en El País de las Tentaciones con artículos de opinión.

Está casada y tiene dos hijos.